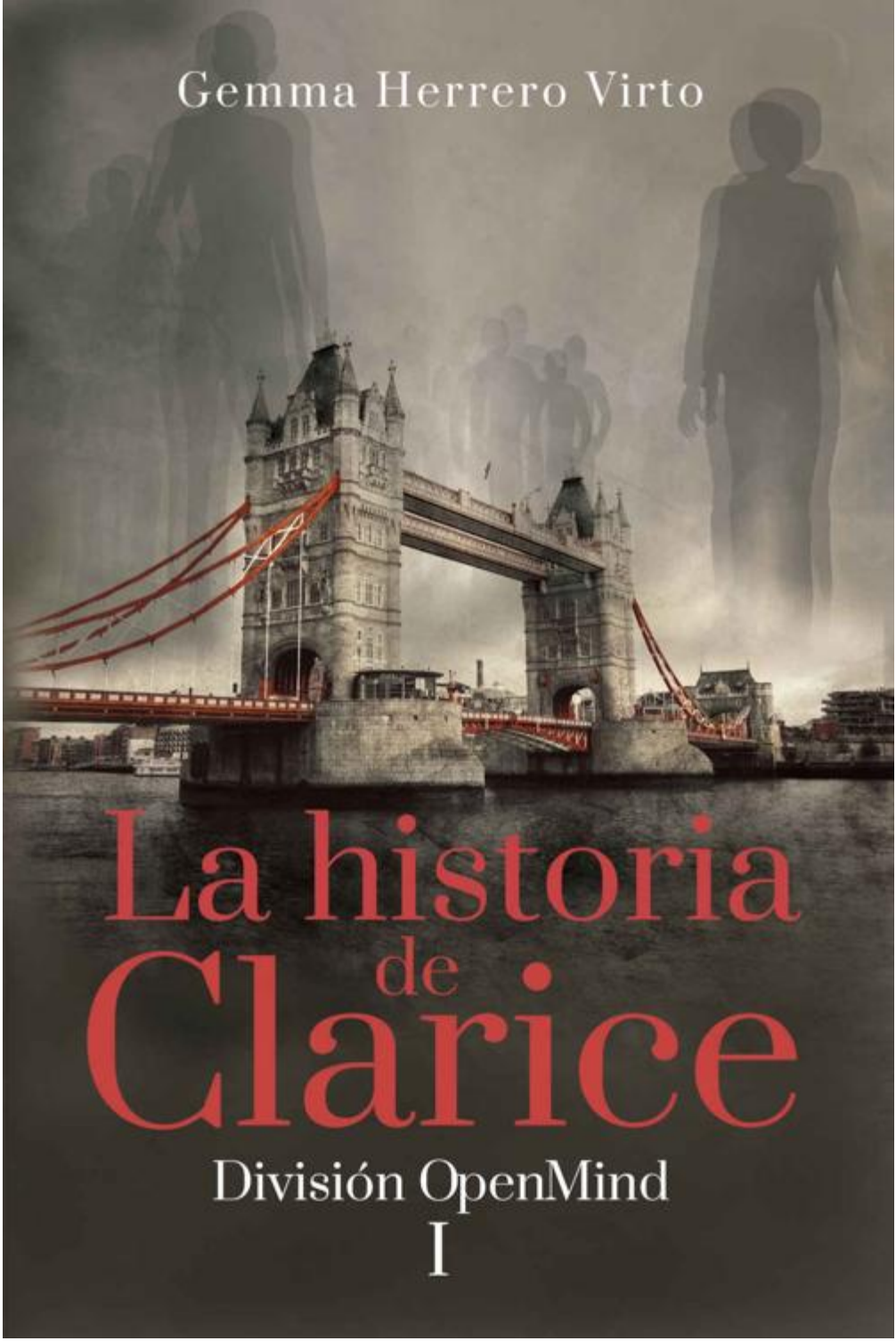
Gemma Herrero Virto



La historia de Clarice

División OpenMind

I

Gemma Herrero Virto

La historia de Clarice

División OpenMind

I

La historia de Clarice

I

División OpenMind

Gemma Herrero Virto

Copyright 2022 Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice I: División OpenMind

Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean
Instagram: gemma_herrero_virto

Copyright de la presente edición: © 2022 Gemma Herrero Virto
N. º de registro: bUjSPyTa-2022-04-19T15:57:17.729
Fecha de publicación: 2 de Mayo de 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todos los que me dijisteis que sí podía.

Para que el mal triunfe, solo es necesario que los hombres buenos no hagan nada.

Edmund Burke

ÍNDICE

Clarice Cooper. Arlington (Virginia), Junio de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Alfred Mitchell. Puerto de Nueva York, Junio de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Arlington (Virginia), Junio de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

RMS Cameronia (Atlántico norte), Julio de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Bletchley park (buckinghamshire), Julio de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Torre de LONDRES, AGOSTO de 1943

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

UNA NOTICIA BUENA Y OTRA MALA

AGRADECIMIENTOS

MEDIOS DE CONTACTO

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Clarice Cooper

Arlington (Virginia), Junio de 1943

Capítulo uno

Aún me sobrecogía cada vez que ponía los pies en el vestíbulo del Pentágono. Aquella enorme mole de piedra y hormigón, inaugurada tan solo seis meses atrás, me hacía sentir diminuta y me recordaba que yo solo era una chica de pueblo a la que todo aquello le quedaba demasiado grande.

En aquel lugar trabajaban miles de personas de forma ordenada y eficiente. De ello dependía la supervivencia de nuestros chicos en el frente y el destino de nuestra nación. Aquel edificio, sobrio e imponente, parecía querer recordarnos el peso que recaía sobre nuestros hombros cada vez que entrábamos en él. Como cada día, luché para que esa responsabilidad no me paralizase y me interné por uno de los pasillos del primer piso hasta llegar a unas escaleras. El guardia que las custodiaba me reconoció y me dejó pasar sin preguntarme nada.

Aquellas escaleras tenían algo especial: se dirigían hacia abajo, a las entrañas del Pentágono. La mayoría de los pasillos y escaleras del edificio servían de rápida comunicación entre sus cinco pisos. Se decía que, dada su configuración en forma de pentágono y sus múltiples pasillos y corredores, era posible ir de cualquier punto del edificio a otro en un tiempo máximo de siete minutos. Aquello podía ser cierto en lo que se refería a los cinco pisos dedicados al departamento de defensa "oficial", pero no tenía nada que ver con el laberinto subterráneo que se extendía bajo sus muros.

Fui descendiendo piso tras piso hasta llegar a mi destino. La puerta estaba custodiada por otro guardia, que, aunque también me conocía por haberme visto entrar allí día tras día durante los últimos tres meses, solicitó mi identificación antes de permitirme el paso al PRD[i]. Mientras recorría el amplio vestíbulo, me estiré la chaqueta del uniforme, me aseguré de que la corbata estuviera bien colocada y traté de caminar con paso seguro sobre mis zapatos de tacón. Cuando llegué frente a la señorita Sturgis, me cuadré y esperé pacientemente a que ella se dignase a dejar de mirar unos papeles para dirigir su vista hacia mí.

—Buenos días, señorita Cooper —saludó mientras abría un cajón para extraer un abultado fajo de expedientes—. Parece que hoy va a tener mucho trabajo que hacer.

—Gracias, señorita Sturgis. Lo haré lo mejor posible.

Le dirigí una sonrisa, pero no recibí una de vuelta de su parte. Se limitó a enarcar una ceja en señal de incredulidad. Desde el principio, había sospechado que a la señorita Sturgis no le gustaba trabajar en el

PRD, que nos consideraba un grupo de farsantes que se estaba aprovechando del dinero público sin ofrecer nada a cambio. Yo esperaba que ella solicitara pronto el traslado a otra unidad y que nos trajeran a alguien que no nos mirase como si fuéramos componentes de un circo de los horrores.

Me puse el fajo de expedientes bajo el brazo y caminé con paso decidido hacia mi despacho. Los coloqué sobre mi mesa y me quedé unos segundos mirándolos con cara de pena. Abrí un par de ellos al azar. La misma ficha de siempre: un nombre, una fotografía de un chico demasiado joven que posaba orgulloso con su recién estrenado uniforme, una dirección y el nombre de una persona de contacto… Como todos los días, deseé que mi labor fracasara con la mayoría de ellos, pero, por desgracia, sabía que no sería así.

Me deshice de los zapatos de dos patadas. Después de quitarme el sombrero, me solté la chaqueta y la dejé colgada en el respaldo de la silla. También me libré de la incómoda corbata y me solté los dos primeros botones de la camisa. Mientras me recogía las mangas, tomé una profunda bocanada de aire. Sabía que, mientras estuviera trabajando, nadie iba a entrar en mi despacho, así que podía permitirme prescindir del uniforme y volver a sentirme yo… o casi. Odiaba aquella ridícula falda estrecha que llegaba hasta debajo de las rodillas y me impedía caminar con normalidad, pero quitarse la falda habría sido demasiado. Después de todo, aunque nadie fuera a entrar en mi oficina, no iba a estar sola.

Abrí el primer cajón del escritorio para sacar el tablero de *ouija* y el máster. Tras encender unas cuantas velas por toda la habitación, apagué la lámpara. El lugar dejó de parecer un frío e impersonal despacho para cobrar la atmósfera que necesitaba. Me encantaba la cálida luz de las velas y el aroma a cera quemada. De alguna manera, me devolvía a mi casa en Montana, a todas aquellas sesiones que había compartido con mi madre mientras ella me enseñaba a utilizar mis dones. Me dejé envolver por aquellas sensaciones, relajando mi cuerpo y preparándome para mi tarea. Cuando sentí que estaba lista, me senté frente al tablero y abrí el primer expediente para comprobar el nombre del joven con el que quería contactar:

—Mark Ellis —pronuncié mientras cerraba los ojos para concentrarme y ponía las manos sobre el máster—. Quiero hablar con Mark Ellis. ¿Estás ahí?

No necesité abrir los ojos para notar que la atmósfera de la habitación cambiaba para volverse más espesa, más fría, más oscura… Alguien estaba apareciendo frente a mí. Cuando los abrí, me encontré la figura translúcida de un joven de pelo castaño y mirada asustada. Llevaba un uniforme de aviador desgarrado y chamuscado en algunos puntos y manchado de una sustancia oscura que parecía ceniza.

—Eres Mark Ellis, ¿verdad? —Dirigí mi mirada hacia su expediente y comprobé que la foto se correspondía, aunque el porte altivo y la sonrisa confiada que aparecía en la imagen habían desaparecido por completo.

El espectro me miró con expresión confusa y tardó unos segundos en asentir. Yo seguí recitando los datos de su ficha, intentando no dejarme envolver por su mirada triste y asustada, no dejarme contagiar por su miedo…

—Naciste en Wayland, Michigan. —Esperé hasta que el volvió a asentir—. Tu persona de contacto es Megan Ellis, tu esposa.

—¿Qué es todo esto? —preguntó al fin con un tono de voz muy cercano a la histeria—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Apoyé las manos en la mesa y tamborileé con las uñas mientras soltaba el aire. Aquella parte siempre era la más difícil. La mayoría no reaccionaban bien cuando les explicaba su nueva situación. Sabía que aquello no era parte de mi trabajo. Mi labor consistía simplemente en invocarlos y asegurarme de que estaban muertos para poder notificárselo a sus familias, así que se suponía que podía romper el contacto en cuanto comprobaba sus datos, pero no me sentía capaz de hacer algo así… No cuando lo que se presentaba ante mis ojos eran pobres críos asustados que no sabían lo que les había sucedido y que se sentían perdidos y confusos. Mi conciencia no me lo permitía, así que clavé mis ojos en la mirada de aquel chico y traté de hablar con un tono tranquilo y que transmitiese confianza.

—Tu avión desapareció durante un bombardeo sobre la ciudad de Rennes, en el noroeste de Francia. —Volví a tomar aire antes de seguir hablando—. Tengo que informarte de que has muerto.

El chico negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se desesperó ni se puso violento. Parecía que ya lo sospechaba y que solo había necesitado una confirmación.

—¿Y qué va a ser de Megan? —preguntó con voz triste—. Tenemos un niño de dos años…

—Sobrevivirá. Todas lo hacen —contesté mientras luchaba por no imaginar lo que sentiría aquella mujer cuando recibiese nuestra carta —. Estoy segura de que es fuerte y sabrá sacar a vuestro hijo adelante.

—No es justo…

—Lo sé. Nada en esta guerra lo es. —Solté un largo suspiro antes de seguir hablando—. Tienes que trascender. No puedes quedarte aquí.

—No… No quiero irme… Podría regresar junto a Megan y cuidarla.

—No. Eso no sería bueno para ella ni para ti —expliqué—. Tú cada vez estarías más confuso y perdido, más desesperado por no poder abrazarla ni consolarla… Te convertirías en un espectro enloquecido y al final ni siquiera recordarías quién eres. Debes trascender.

Cambió en una milésima de segundo. Pasó de ser un pobre chico perdido de ojos tristes a un espectro enloquecido que se lanzó hacia mí con las garras por delante. Me eché hacia atrás por instinto, pero me agarré con fuerza a los brazos de la silla mientras me recordaba a mí misma que no debía moverme. El fantasma avanzó hacia mi mesa hasta que un muro invisible le detuvo. Aquello le volvió aún más loco. Un viento glacial recorrió el despacho mientras un hedor a podredumbre inundaba mis fosas nasales. Agradecí que no me hubiera dado tiempo a desayunar. Las luces de la habitación se encendieron y apagaron de forma intermitente y las carpetas colocadas ordenadamente en el armario que tenía a la izquierda de mi escritorio empezaron a caer al suelo. Aquello me enfadó. Me puse en pie y golpeé con fuerza mi mesa con las manos abiertas para captar la atención de aquel ser.

—Ya basta. No vas a conseguir nada poniéndote así —dije tratando de mantener un tono de voz tranquilo y firme.

Él no reaccionó. Seguía golpeando el muro que nos separaba, tratando de rasgarlo con las uñas, de morderlo… Su cara se había transformado por completo. Se había convertido en un espectro de ojos vacíos y piel ennegrecida que se desprendía de su cuerpo como una lluvia gris y sucia.

—No puedes hacerme nada —expliqué mientras señalaba el círculo de protección que estaba dibujado en el suelo y que rodeaba mi escritorio—. Esta habitación está protegida. No puedes salir de ella y no puedes tocarme, así que te sugiero que te tranquilices y que volvamos a hablar como seres civilizados.

No me escuchó, pero aquello no me sorprendió. Nunca lo hacían. Mientras seguía gruñendo y gritando, volví a sentarme y me dediqué a rellenar su ficha con los datos que debía pasarle al departamento de administración. Cuando dejó de hacer ruido, levanté la mirada. Se había separado un par de pasos de mi escritorio y había recuperado su apariencia anterior. Volvía a ser un pobre crío asustado que lloraba sin consuelo posible. Me habría gustado levantarme y acercarme a él para tranquilizarle, pero sabía que no podía abandonar la seguridad de mi círculo. Nada me aseguraba que no fuera a convertirse de nuevo en el espectro enloquecido que había tratado de atacarme segundos antes.

—Mark, escúchame… Tienes que trascender. No te queda otro remedio.

—Pero yo quiero volver con Megan… —protestó mientras lloraba como un niño.

—Lo sé, pero lo que volvería no serías tú. ¿Has visto en lo que acabas de convertirte? —Esperé hasta que él asintió entre sollozos—. Cada vez serías más eso y menos tú. La rabia por no poder volver a

estar vivo te iría consumiendo, el tiempo que pasarías entre tinieblas te iría volviendo loco… Al final, ni siquiera recordarías para qué te has quedado, ni quién es Megan, ni quién eres tú… Si te quedas, solo te espera la rabia, el dolor y la locura. No es eso lo que quieres.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó mientras me clavaba una mirada desesperada.

—Ya te lo he dicho: tienes que trascender. Has de continuar tu viaje.

—¿Y qué hay al otro lado?

—No lo sé con seguridad, pero estoy segura de que será bueno, de que será infinitamente mejor que lo que te espera aquí.

El asintió mientras las lágrimas seguían cayendo por su rostro manchado de hollín, dibujando caminos sinuosos en sus mejillas. Su figura fue desvaneciéndose poco a poco hasta desaparecer por completo. Solté otro suspiro, abrí un cajón del escritorio y saqué mi petaca para darle un largo trago. No eran horas de beber bourbon, y menos con el estómago vacío, pero necesitaba algo que calmara el vacío que sentía, algo que me calentara el alma y me diera valor para seguir con mi trabajo. Miré la enorme pila de expedientes que aún me quedaban por comprobar y recé para fracasar en mis intentos de contactar con la mayoría de ellos.

Capítulo dos

La jornada laboral terminó por fin. Antes de ponerme de nuevo todas las piezas del uniforme, le di otro sorbo a mi petaca. El día había sido duro, muy duro… Tantos chicos jóvenes con las vidas truncadas… Había conseguido contactar con más de una docena de ellos y la mayoría estaban tan perdidos y confusos que se habían negado a trascender sin oponer resistencia.

En las dos últimas horas no había conseguido contactar con nadie, pero sabía que eso no quería decir que aquellos chicos siguieran vivos. A medida que iban pasando las horas, me iba sintiendo cada vez más agotada y mis capacidades psíquicas iban menguando. Era ridículo pensar que alguien con un don sobrenatural pudiera trabajar en un turno de nueve a cinco, como si fuera algo que se encendiera y apagara a voluntad. Se notaba que la gente que me había reclutado para mi puesto no tenía ni idea de cómo funcionaban este tipo de capacidades, pero tampoco tenía ganas de explicárselo y ponerme a discutir con ellos. Como sabía que estaba prohibido que alguien entrara en mi despacho mientras yo estaba trabajando, dado que podía ser peligroso, había dedicado la última hora a relajarme con los pies encima de la mesa mientras le daba algún que otro trago a mi petaca.

Salí del despacho y cerré a mi espalda. Me sentía muy cansada, pero aquel momento en el que dejaba atrás todo aquel dolor y amargura y sabía que podía olvidarlo hasta el día siguiente, me hacía sentir aliviada y feliz. Vi que otra puerta se abría en el pasillo unos pasos más adelante y reconocí a Sally. Me acerqué a ella taconeando con energía hasta colocarme a su lado.

—¿Qué tal el día? —pregunté colgándome de su brazo.

—Fatal —contestó ella antes de soltar un largo suspiro—. Seguimos sin conseguir nada.

—¿Nada de nada?

—Bueno… Tenemos resultados, ya sabes. He logrado subir mi nivel de aciertos con las cartas al setenta por ciento. Eso es una barbaridad. Nunca pensé que conseguiría tanto…

—¡Felicidades! —Apreté su brazo con cariño—. Nadie había llegado nunca a ese nivel.

Ella me dirigió una sonrisa triste. No parecía muy contenta por haber conseguido ser la mejor telépata con la que contábamos en el PRD. La agarré por la cintura y la atraje hacia mí para reconfortarla.

—¿Qué pasa, Sally? ¿A qué viene esa cara tan larga?

—A que lo que hacemos no sirve para nada —contestó tras ponerse

tras la oreja un mechón de su corta melena castaña—. Nos pasamos el día leyéndonos la mente los unos a los otros y apuntando nuestras estadísticas, pero no estamos ayudando en nada. No creo que lo que hacemos vaya a tener nunca una utilidad práctica en esta guerra.

—Si os tienen aquí, es por algo. ¿Tú sabes lo que cuesta mantener estos programas? Ya os dirán lo que necesitan de vosotros.

—No sé… Espero que no quieran conseguir algo espectacular, como que nos metamos en la mente de Hitler para adivinar sus planes de guerra, porque una cosa es acertar la carta que está mirando la persona que tienes enfrente y otra muy diferente hacer que tu mente sobrevuele el Atlántico para leer los pensamientos de un tirano.

—No creo que quieran eso —comenté mientras me encogía de hombros.

—¿Y en qué te basas? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—En que si quisieran que leyeseis la mente de Hitler, os estarían enseñando alemán —contesté antes de guiñarle un ojo.

Nos reímos juntas mientras continuábamos caminando hacia la salida. Me gustaba hacer reír a Sally. Era la persona más dulce y cariñosa que había conocido en mi vida y la única amiga que tenía en Arlington. Su único defecto era que siempre se preocupaba por todo, que era demasiado responsable y pensaba demasiado, pero parecía que mi carácter, mucho más despreocupado y espontáneo, se complementaba perfectamente con el suyo.

Cuando llegamos a la mesa de la señorita Sturgis, Sally le entregó su informe diario con los logros alcanzados. La mujer les echó un ojo y, tras ponerle un sello y dejarlo en un montón sobre la mesa, extendió su mano para que yo le entregase el fruto de mi trabajo diario.

—Estos son los casos con los que he podido contactar. —Le pasé un fajo de expedientes—. Hay que avisar a sus familiares.

—Son pocos. —Los sopesó en su mano mientras fruncía el ceño.

—Teniendo en cuenta que cada uno de esos expedientes significa que uno de nuestros chicos ha muerto en el frente, debería usted alegrarse de que haya pocos —contesté con tono seco.

—Lo haría si el resto de los expedientes significara que has confirmado que esos chicos están vivos, pero no es así. Son más casos que no has podido confirmar y que se unirán a los que llegarán mañana. Se te acumula el trabajo.

—Sabe que no puedo confirmar la vida de nadie. Mi trabajo es contactar con los muertos y no es una ciencia exacta. Siento que mis resultados no sean satisfactorios. Tal vez debería hablar usted sobre mi rendimiento con el coronel Curtis.

La señorita Sturgis apretó los labios hasta que casi desaparecieron. Sin decir una palabra más, selló los expedientes confirmados que le

había entregado para darles curso y guardó el resto en un armario, donde me esperarían hasta la mañana siguiente. Le dediqué una sonrisa burlona y un saludo con la cabeza y le indiqué a Sally que podíamos marcharnos.

Cuando estuvimos seguras de que la señorita Sturgis ya no podía oírnos, Sally dejó escapar una carcajada.

—¡Qué mala eres! —dijo entre risas—. La has dejado sin palabras. Sabe perfectamente que para el coronel Curtis eres la estrella del departamento.

—No es para tanto. —Me encogí de hombros para quitarle importancia—. Solo soy una más en el PRD.

—Eso es mentira. Aquí hay de todo: gente con capacidades telepáticas o telequinéticas, médiums, adivinos, lectores de auras, hipnotistas… pero tú eres la única que está ofreciendo resultados prácticos y comprobables. Si este departamento sigue funcionando, es porque tú obtienes resultados y el coronel Curtis lo sabe.

—Pues ya podía saberlo también la señorita Sturgis. No entiendo por qué me odia tanto.

—Creo que piensa que todos somos una pandilla de estafadores y que está aquí para desenmascararnos y conseguir que se deje de despilfarrar dinero en este departamento. —Fue el turno de Sally de encogerse de hombros—. Al menos, eso es lo que se rumorea. Y tú serías el mayor obstáculo que tiene para conseguir su objetivo.

—No creo que esté buscando eso…

—Hazme caso. No son solo rumores. —Se acercó a mí para bajar el tono de voz, como si estuviéramos conspirando—. Lo he visto.

—¿Has leído su mente? —pregunté asombrada.

—Bueno, no con claridad, pero puedo percibir su desprecio por todos nosotros y lo mucho que nos odia como si estuviera escrito con letras gigantes en uno de esos carteles luminosos de Broadway.

—Pues quizá debería ser yo la que hablase con el coronel Curtis para decirle que nos gustaría que la cambiaran de puesto.

—No lo hagas. Se sabe protegida —dijo Sally manteniendo el tono de voz bajo—. Creo que es hija de algún alto cargo que trabaja en este mismo edificio.

—¿Y tú cómo sabes eso, bruja?

—Son rumores que he oído por ahí —contestó con una sonrisa pícara.

—Sí, claro… Me da la impresión de que sabes muchas más cosas de las que dices y de que el entrenamiento te está sirviendo para mucho más de lo que me cuentas. En un mes estarás leyéndole la mente a Hitler.

—Entonces será mejor que vayamos a casa y que me encierre en mi habitación. —Me guiñó un ojo—. Tengo que aprender alemán.

Capítulo tres

Sally y yo nos hospedábamos en una casa cercana al Pentágono llamada “Hogar para señoritas de Mrs. Lowestein”. Como el mismo nombre indicaba, estaba regentada por la señora Lowestein, una viuda cincuentona que vestía siempre de negro y a la que no había visto sonreír nunca. Su casa era una antigua mansión de estilo victoriano rematada por una alta torre central. Debía de haber sido muy hermosa hacía años, pero había ido decayendo. Los muros se habían oscurecido, el tejado no estaba en buen estado y era húmeda, fría y tenebrosa. Además, cuando la señora Lowestein enviudó y tuvo que transformar el hogar familiar en una casa de huéspedes, le añadió dos alas rectangulares de ladrillo anaranjado y ventanas estrechas que no casaban en absoluto con la construcción original y que parecían dos apéndices extraños, unas protuberancias de organismos ajenos que estuvieran atacando a la vivienda para devorarla.

La casa por dentro no era mucho mejor. Había un gran comedor con una mesa a la que nos sentábamos todas las huéspedes. Las ventanas siempre estaban cerradas y cubiertas por unos espesos cortinajes de color pizarra que no dejaban pasar ni un solo rayo de sol. El salón, donde la señora Lowestein pasaba la mayor parte de sus horas tejiendo en compañía de sus gatos, estaba presidido por una imponente chimenea de piedra. Sobre ella estaba colocado, en un lugar de honor, el retrato de su difunto marido, un hombre calvo de gesto adusto que lucía una barba al estilo de Abraham Lincoln. Algunas noches me había cruzado con su espíritu, que vagabundeaba de habitación en habitación con los brazos a la espalda, como si estuviera haciendo una ronda para vigilar que todo siguiera en orden en su antigua casa. Un par de veces había tratado de hablar con él, por si necesitaba mi ayuda para trascender, pero ni siquiera me había escuchado. Había continuado su camino como si no pudiera verme, atravesando mi cuerpo y dejándome una sensación fría y pegajosa. Después de esos encuentros, yo también decidí ignorarle. Si él no quería mi ayuda, por mí podía seguir vagando por la casa para siempre. Mientras no resultara molesto o peligroso y nadie más lo percibiera, no había de que preocuparse.

La mayoría de las chicas se hospedaba en las alas laterales, más modernas y menos lúgubres. Sin embargo, yo había escogido la habitación del último piso de la torre. Para llegar a ella había que subir una estrecha escalera poco iluminada que a las demás les ponía los pelos de punta. La habitación incluso me salía un poco más barata que al resto de mis compañeras porque la chica del servicio se negaba

a subir allí a limpiar y debía encargarme yo misma, lo que me proporcionaba la intimidad que deseaba para mis estudios y rituales. Además, aquella habitación, con ventanales en sus cuatro paredes, era la más luminosa de toda la casa y me permitía ver muy lejos, hasta el horizonte, y soñar con las praderas de mi amada Montana.

Estaba tan acostumbrada a que en mi pequeño reino nadie me molestara que los dos suaves golpes en la puerta me sorprendieron. Bajé del alfeizar en el que me había sentado para disfrutar de la brisa de la tarde y abrí. Sally estaba allí, mirando hacia atrás como si vigilara para que ningún fantasma pudiera atacarla por la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

—Ha llegado el correo y hay una carta para ti —anunció mientras me tendía un sobre—. La señora Lowestein me ha pedido que te la traiga. Creo que le da miedo subir aquí.

—Ni que a ti no te lo diera. Vaya cara de susto tienes —dije sin poder contener una risa.

Cogí la carta y me dirigí a mi cama para sentarme sobre ella. Sally se quedó en la puerta sin atreverse a dar un paso dentro mientras contemplaba los símbolos pintados en las paredes y los amuletos que colgaban por toda la habitación.

—No entiendo cómo puedes vivir aquí. —Se frotó los brazos como si tratara de entrar en calor—. Este sitio da escalofríos.

—Bienvenida a la guarida de la bruja —bromeé—. No sé de qué te asustas. Ya sabes lo que soy.

—Ya, pero no me acostumbro.

—¿No quieres pasar?

—No, gracias. Creo que iré a mi habitación a leer un poco. Te dejo con tu carta. —Se giró para marcharse, pero, antes de cerrar la puerta, volvió a asomarse—. Esta tarde hay fiesta en el *Auld Lang Syne* para celebrar no sé qué victoria de los aliados en el frente belga.

Se me escapó una sonrisa triste. Todos los días había fiesta para celebrar cualquier pequeña victoria. Lo comprendía. Era una forma de mantener alta la moral de la gente, pero yo tenía que enfrentarme cada día a los rostros asustados de nuestros chicos caídos en combate y hacerles comprender que habían muerto. No tenía motivos para sentirme contenta ni para celebrar nada. Sin embargo, aquella tarde me apetecía salir y tomar unas copas, así que hice un esfuerzo para que mi sonrisa pareciese sincera y asentí.

—Por supuesto. Quedamos a las seis.

Sally me devolvió la sonrisa y cerró, dejándome a solas. Miré el remite de la carta y comprobé que, tal y como había pensado, era de mi madre. Sabía que era ridículo, pero acerqué el sobre a mi nariz e inspiré hondo, esperando que me trajera un rastro de su perfume o del olor de la hierba de las praderas de mi tierra o un soplo de brisa de

sus nevadas cumbres. Solo olía a papel y, durante unos segundos, sentí que los ojos me escocían por las lágrimas contenidas. Les echaba tanto de menos…

Abrí el sobre con cuidado y contemplé con cariño la esmerada caligrafía de mi madre antes de empezar a leer:

Mi querida Clarice:

Aquí estoy de nuevo escribiéndote otra carta. Seguramente estarás pensando que tienes una madre muy pesada que te escribe demasiado a menudo, pero hace ya más de tres meses que te fuiste y sigo echándote mucho de menos. En noches como esta, en las que estoy sola a la luz de la chimenea, aún levanto la cabeza de mi costura para comentarte algo que acabo de pensar. Casi puedo verte ahí, en el viejo sillón, con las piernas cruzadas y un libro en el regazo… pero las palabras mueren en mi boca al darme cuenta de que no estás.

Sabes que estoy preocupada por ti desde que te fuiste. A pesar de que estás a miles de millas del frente, no dejo de pensar que mi niña está en la guerra, ocupando el lugar que yo debería haber ocupado. Hiciste un gran sacrificio por tu país dejando a tu familia y todo lo que conocías. Sigo creyendo que debería haber ido yo, aunque, al pensar en dejar solos a tu padre y a tus hermanos, se me parte el alma. No te daré nunca lo suficiente las gracias por haberte ofrecido voluntaria para ocupar mi lugar sirviendo a tu país en tan importante misión.

Tienes que contarme qué tal te van las cosas por ahí. Tus cartas son muy breves y no me cuentas si tienes amigos, si estás a gusto con lo que haces, si te sientes sola… Casi me da la impresión de que no eres feliz, pero tratas de ocultárselo a tu pobre madre. Sabes que no sirve de nada. Las madres tenemos un sexto sentido y, en el caso de las madres brujas, este es aún más poderoso.

Después de quejarme de lo poco que me cuentas, te voy a contar yo cómo están las cosas por aquí. Nacieron muchos potrillos esta primavera, así que tu padre está muy contento. Además, un terrateniente del condado de Flathead acaba de comprarle cincuenta caballos. Ya están preparando el viaje para llevarlos hasta allí. Tu padre se va a llevar a tu hermano Jimmy para que le ayude y el chico está emocionadísimo por ese primer viaje. Tendrías que verle entrenando con el lazo todo el día…

No pude evitar emocionarme al leer aquel último párrafo. Siempre había sido yo la que acompañaba a mi padre en aquellos viajes. Jimmy acababa de cumplir los diecisiete años y en muchas cosas era todavía un crío, pero estaba segura de que lo haría bien. Además, al ser el único varón de la familia, estaba destinado a heredar el rancho. Sin embargo, me entristecía pensar que, al haberme marchado lejos, ya habían empezado a reemplazarme.

Las pequeñas Anne y Giselle también están bien. Acaban de cumplir los quince años. Hicimos una fiesta preciosa para su puesta de largo. Vino todo el pueblo y estuvimos comiendo y bailando hasta más de medianoche. Tendrías que haberlas visto… Estaban tan guapas con sus vestidos blancos... Creo que no hubo ni un solo chico del pueblo que no se quedara mirándolas embobado.

De nuevo volví a emocionarme y, en esa ocasión, no pude evitar que una lágrima resbalara de mis ojos y mojara el papel. Me habría gustado tanto estar allí, ver a mis hermanas nerviosas, ayudarlas a prepararse, verlas bailar con algún chico… Me estaba perdiendo tantas cosas… Sabía que lo que estaba haciendo en el Pentágono era importante, pero era duro y solitario. Muchos días, sobre todo cuando recibía carta de mi madre y recordaba todo lo que había dejado atrás, me invadía una nostalgia tan grande que me hacía difícil respirar y lo único en lo que podía pensar era en dejarlo todo y correr a coger el primer tren de regreso a casa. Por desgracia, aquello iba a ser imposible hasta que terminara aquella maldita guerra.

Y hablando de chicos, o más bien de hombres, tengo algo que contarte. Sé que no quieres oír hablar de estos temas, pero tu padre me ha insistido en que te lo cuente para que reflexiones sobre ello. El otro día vino a vernos John Laramie, el vecino. Ya sabes que su mujer murió de una pulmonía hace un par de inviernos, dejándole con tres niños que cuidar. Nos comentó, muy avergonzado y con la cabeza baja, que llevaba tiempo observándote, que le pareces una muchacha muy bonita, fuerte y voluntariosa y que no le tienes miedo al trabajo duro, así que le pidió permiso a tu padre para cortejarte cuando regreses de Virginia.

Me quedé tan sorprendida que pasé los siguientes segundos con la boca abierta, releyendo una y otra vez el mismo párrafo. ¿John Laramie? Aquel hombre debía tener casi cuarenta años. Para mí era un viejo y, además, le faltaban los dos dientes delanteros desde que se acercó demasiado a una yegua enfadada a punto de parir. Aquello hacía que ni siquiera fuera capaz de pronunciar bien mi nombre. Me negaba en redondo a pasar el resto de mi vida con alguien que me llamase *Clariz*.

Cuando se me pasó la sorpresa y pude cerrar la boca, me sentí ofendida. ¿Por qué ese hombre había ido a pedirle permiso a mi padre para cortejarme? ¿No debería pedírmelo a mí? ¿Es que seguíamos en el siglo XIX? Tomé nota mental de que debía decirle a mi madre en mi próxima carta que no estaba interesada en absoluto para que fueran ellos los que se encargaran de quitarme a ese moscón de encima. Respiré hondo y seguí leyendo:

Ya sé que el señor Laramie es un poco mayor para ti, pero es un hombre honrado y trabajador y tiene un rancho con tantas cabezas como el de tu padre. Con él estarías bien cuidada y nunca te faltaría de nada. Sé

que nunca has querido saber nada sobre chicos ni sobre casarte y formar una familia, pero ya tienes veintitrés años y nunca has tenido un novio formal. La gente del pueblo empieza a murmurar y muchos piensan que te quedarás soltera.

Aquello terminó por colmar mi paciencia. ¿Qué me importaba a mí lo que se dijera en el pueblo? ¿Y por qué no eran capaces de meterse en sus asuntos? Que mi propia madre, que sabía la verdadera razón por la que yo no estaba interesada en casarme, me dijera eso me parecía inconcebible. Si algún día tenía que perder mi don, quería que fuese por amor, con alguien especial que me hiciera vibrar solo con pronunciar mi nombre. No pensaba elegir a mi futuro marido por el número de cabezas de ganado que poseyera.

Continué leyendo la carta. Mi madre me hablaba de una nueva familia que había llegado a Shelby, de los nacimientos y las muertes, de que se esperaba una buena cosecha para finales del verano… No fui capaz de concentrarme en nada. Me sentía tan indignada y furiosa... Abrí un cajón de la mesilla y dejé la carta de mi madre junto a las que había recibido anteriormente. Después me acerqué al espejo y cepillé con furia mi larga melena negra. Me sentía tan nerviosa y enfadada que ni siquiera me recogí el pelo. Cuando estuve contenta con como había quedado, me acerqué aún más y miré mi reflejo.

—No vas a dejar que nadie controle tu vida —dije con voz firme, como si tratara de grabar en mi mente un mandato imborrable—. Nadie va a comprarte como si fueras una cabeza de ganado. Eres libre, Clarice Cooper.

Le di unos últimos retoques a mi ropa y salí de la habitación en busca de Sally. No pensaba esperar a las seis para ir al *Auld Lang Syne*. Necesitaba una copa con urgencia.

Capítulo cuatro

El *Auld Lang Syne* era un bar situado en el mismo centro de la ciudad. Lo regentaba un hombre pelirrojo con una larga y espesa barba y un cuerpo que recordaba a los enormes barriles de cerveza que adornaban las paredes del fondo del local. Respondía al nombre de McLeod y, aunque había nacido en Arlington, llevaba muy a gala su ascendencia escocesa. A pesar de que se pasaba el día diciendo que no quería follones en su bar, era el primero en empezar a soltar puñetazos si a cualquiera se le ocurría decir una mala palabra acerca de la amada tierra de sus ancestros.

El bar solía estar muy concurrido. Era el lugar preferido por la mayoría del personal de Arlington para olvidar durante unas horas los problemas del trabajo, la guerra y la melancolía por estar lejos de nuestros seres queridos. La bebida corría a raudales y siempre había un grupo, situado sobre una tarima, tocando música en directo. Las chicas se sentaban alrededor de la pista de baile vistiendo sus mejores galas y mirando de reojo a los guapos oficiales, mientras ellos tomaban un trago para conseguir el valor suficiente para pedirle un baile a la joven más bella del salón.

Aquella tarde no era una excepción. Aunque Sally y yo llegamos una hora antes de que comenzase la supuesta fiesta, el lugar ya empezaba a llenarse. Agarré a mi amiga de la mano y la llevé hasta la barra. Tras conseguir que McLeod nos sirviera dos enormes pintas de cerveza, buscamos una mesa libre en una esquina desde donde poder ver el escenario. Un grupo tocaba música típica escocesa y algunas parejas ya se habían animado a bailar en el centro del local.

Le di un largo trago a mi pinta y cerré los ojos durante unos segundos para disfrutar del sabor fuerte y amargo de la cerveza. Cuando los abrí, me encontré con el rostro de desagrado de Sally.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—No me gusta. Está muy amarga —comentó ella, volviendo a poner cara de asco.

—Siempre estamos igual. Si no te gusta la cerveza, ¿por qué no pides otra cosa?

—Yo habría pedido un refresco, pero no puedo dejar que te emborraches sola.

Negué con la cabeza mientras sonreía. Ya habíamos tenido aquella conversación miles de veces. Sabía que en realidad le gustaba beber y que dejaría de quejarse cuando llevase tres tragos. El problema era que prefería fingir que seguía siendo una dulce señorita y descargar la responsabilidad en mí. Paseé la vista por las mesas próximas y por la

pista de baile. Había bastantes caras nuevas aquella tarde. Sally extendió el brazo para llamar mi atención y se inclinó hacia mi oído para cuchichear:

—¿Has visto a esos dos chicos morenos de la esquina? —preguntó en susurros—. Los que llevan uniforme de oficial.

—Sí, ¿qué pasa con ellos? —dije tras echarles un ojo disimuladamente.

—Se han fijado en nosotras. —El rostro de Sally se tiñó de escarlata —. Están discutiendo para quién es cada una.

—¡Qué bonito! Como si fuéramos ganado… —Resoplé y le di un nuevo trago a mi cerveza—. Ya sabes que no me interesa liarme con nadie. Y a ti tampoco debería interesarte. Son oficiales de paso. Habrán venido a resolver algún asunto en el Pentágono y mañana regresarán a sus bases y no volverás a verlos.

—No sé… Parece que al más bajo le gusto de verdad —comentó Sally mientras le miraba con descaro y le dirigía una tímida sonrisa.

—¿Y de dónde sacas eso?

—Sé cosas que los demás no sabéis. ¿Recuerdas?

—En ocasiones me das miedo. Y se lo darías a ellos si supieran que puedes leerles la mente.

—Ya, pero no lo saben —contestó con una sonrisa pícara—. El alto está pensando que eres muy guapa.

Volví a reírme. Cuando a Sally se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerle cambiar de opinión. Empecé a hacerme a la idea de que, por las sonrisas y caídas de ojos que seguía dedicándole a aquel chico, iba a tener que hacer de carabina y darle conversación a su compañero.

No tardaron ni dos minutos en levantarse de su mesa y acercarse con una sonrisa tímida en el rostro.

—Buenas tardes, señoritas. —saludó el más bajo con los ojos prendidos en la mirada de Sally—. Soy Bill Garret y mi amigo es Steve Dunhill. ¿Les importaría que nos sentáramos con ustedes y les hiciéramos compañía?

—Por supuesto que no. —La voz de Sally sonó tan entusiasmada como si llevara toda la vida esperando escuchar esas palabras—. Yo soy Sally y esta es mi amiga Clarice.

Los chicos se sentaron y Sally se encargó de darles conversación, mientras yo me dedicaba a mirar a la banda como si fueran los mejores músicos que hubiera escuchado en la vida. Sally solía ligar con uno o dos soldados por semana y ya me sabía la conversación de memoria: de dónde eran, a qué se dedicaban antes de la guerra, en qué campamento estaban destinados, si pensaban que iban a ser llamados pronto al frente…

Estaba tan distraída que no me enteré de que Sally se había

levantado de la mesa de la mano de Bill hasta que me tocó en el hombro para llamar mi atención.

—Vamos a bailar un rato —me anunció—. No te importa que te dejemos a solas con Steve, ¿verdad?

—Pues claro que no me importa —contesté mientras la taladraba con la mirada para hacerle ver que en aquel momento la odiaba a muerte. Ella me ignoró, me sonrió y se marchó con su acompañante a la pista de baile.

—Parece que ahora vas a tener que hablar conmigo. —Steve acercó su silla a la mía hasta que nuestros brazos se rozaron—. ¿Has escuchado algo de la conversación o tengo que volver a presentarme desde el principio?

Le miré durante un par de segundos con el ceño fruncido. No me importaba lo más mínimo lo que aquel chico quisiera contarme. Si ya me había gustado poco cuando le había mirado de lejos, tenerlo cerca no mejoraba mi impresión sobre él. Parecía excesivamente seguro de sí mismo y tenía una mirada fría y engreída que no me gustaba nada. Pensé en disimular mi desagradado y pedirle que me hablara de él. Estaba segura de que él disfrutaría del sonido de su propia voz y que no haría falta ni que le prestase atención, pero, después de haber leído la carta de mi madre con la estúpida proposición de matrimonio del señor Laramie, estaba de muy mal humor y no me apetecía aguantar a nadie.

—Lo siento, pero no he escuchado nada de vuestra conversación. Estaba disfrutando de la música. —Vi que él abría la boca, dispuesto a volver a contarme su vida, pero le detuve con un gesto de mi mano—. Me gustaría seguir escuchándola. Me encanta esta canción.

—Si te gusta tanto, podemos ir a bailar —propuso.

—No, gracias. No te molestes —contesté apresuradamente antes de volver a girarme hacia el escenario—. Estoy bien así.

Al cabo de un rato, empecé a sentirme culpable por haberle tratado tan mal. El hecho de no estar interesada en él no justificaba que fuese una maleducada. Me giré para hablarle y le descubrí mirando de forma descarada el trasero de una chica que estaba apoyada en la barra. Me sentí mejor conmigo misma. Además, vi que Sally y su acompañante parecían cansados de bailar y regresaban a nuestra mesa. Aquello haría el ambiente mucho menos incómodo.

Mi amiga estaba a punto de llegar cuando un tipo enorme la agarró por el brazo y la atrajo hacia él hasta empotrarla contra su cuerpo. Sally gritó asustada y colocó sus manos en el pecho de aquel gigante para tratar de apartarse, pero solo consiguió que el hombre soltara una carcajada. Parecía que, a pesar de que aún era pronto, alguna gente ya había ingerido más alcohol del aconsejable.

—Disculpe, pero la señorita está conmigo —dijo Bill en tono

conciliador.

—Estaba contigo, alfeñique —contestó el tipo—. Estoy seguro de que la chica prefiere estar con un hombre de verdad.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame! —Sally seguía retorciéndose para liberarse sin éxito. Aquel tipo era tan grande que le bastaba una de sus manos para rodear casi por completo la cintura de mi amiga.

—La señorita le está diciendo que la suelte —insistió Bill.

El chico avanzó un par de pasos hinchando el pecho para parecer más amenazador. Incluso a mí me dio pena. El gigante volvió a lanzar una carcajada y, sin soltar a Sally, usó su otra mano para empujar a Bill con tanta fuerza como para dejarle sentado de culo en el suelo. Su compañero se acercó para ayudarle a levantarse. Miré alrededor, esperando que alguien se pusiera de nuestro lado, pero lo único que encontré fue la mirada divertida de todos los presentes, que estaban disfrutando con el espectáculo. Pensé en ir a buscar a McLeod y avisarle de que se estaba preparando una pelea en su bar, pero había demasiada gente rodeando la barra como para llegar a él en poco tiempo. Tenía que hacer algo. Bill había conseguido levantarse y no hacía falta ser vidente para darse cuenta por su expresión de lo que pretendía hacer. Se veía en la obligación moral de intentar salvar a Sally de aquel tipo, por mucho que supiera que no tenía ninguna oportunidad de vencer y que aquel hombre iba a darle una paliza. Casi no le conocía, pero me dio pena, así que me levanté de mi silla, me interpuse en su camino y me dirigí hacia el gigante con la cabeza alta.

—¡Eh, tú, imbécil! —grité para llamar su atención—. La chica te ha dicho que la sueltes.

—¿Y quién me va a obligar? ¿Tú? —preguntó antes de volver a reírse.

—Podría ser. Si no te importa que una mujer te gane…

—¿A qué me vas a ganar tú? —preguntó con voz pastosa. Estaba incluso más bebido de lo que me había parecido en un primer momento. Se me escapó una sonrisa. Iba a ser aún más fácil de lo que había pensado.

—A un pulso —contesté poniendo los brazos en jarras—. Si ganas tú, te llevas a Sally. Si gano yo, te disculpas con ella y con su amigo y te marchas del bar.

El gigante soltó a Sally y empezó a reírse tan fuerte que tuvo que agarrarse la tripa. Yo me mantuve firme en la misma postura, mientras a nuestro alrededor se abría un corro para dejarnos espacio. Un par de soldados trajeron una mesa y dos sillas para que pudiéramos enfrentarnos. Escuché como a nuestro alrededor la gente empezaba a apostar. Como era lógico, todo el mundo trataba de apostar en mi contra sin que nadie aceptara la apuesta. Caminé con paso digno y decidido hasta mi sitio en la mesa y, al pasar al lado de

Sally, me detuve y susurré en su oído:

—Apuesta por mí. —Le guiñé un ojo—. Las cervezas de todo el mes nos van a salir gratis.

Ella me devolvió el guiño y me dio un par de palmadas de ánimo en la espalda. Me senté frente al gigante, que se había arremangado la camisa para lucir músculo. Yo simplemente me froté las manos, me senté frente a él y busqué su mirada. Él fijó sus ojos en los míos, desafiante. Le tenía justo donde quería. Sin romper ni un segundo el contacto visual, puse el codo sobre la mesa y le ofrecí mi mano, que quedó engullida por la suya. En cuanto noté el contacto, me concentré y susurré:

—*Minus fortis.*

Sus ojos perdieron el brillo y su barbilla quedó colgando. Parecía a punto de perder la conciencia. Antes de que la gente pudiera darse cuenta de que le pasaba algo, hice fuerza y tumbé su brazo sobre la mesa. Durante unos segundos, un silencio absoluto inundó el bar. Incluso los músicos habían dejado de tocar. Después, se desató la locura. Muchos aplaudieron impresionados; otros, los que habían apostado en mi contra, empezaron a quejarse de que era imposible que yo hubiera ganado y a decir que el gigante y yo estábamos compinchados. Por suerte, él mismo se encargó de desmentirlo. Cuando rompí el contacto visual, agitó la cabeza para despejarse, miró alrededor sin entender qué era lo que había pasado y, al comprenderlo, se puso en pie y golpeó la mesa con ambos puños. Fue un milagro que la mesa resistiera.

—¿Qué me has hecho, bruja? —atronó mientras su cara iba poniéndose más y más roja de furia.

—Yo no te he hecho nada —contesté antes de encogerme de hombros—. He ganado limpiamente.

—Y una mierda. Eso es imposible —protestó antes de lanzarse hacia mí como un toro embravecido.

Por suerte, no consiguió alcanzarme, ya que su camino quedó interrumpido por la enorme figura de McLeod. El dueño del bar lucía un bate de béisbol en su mano derecha e iba golpeando con él la palma de su mano izquierda, amenazador.

—No quiero follones en mi bar —dijo con tono autoritario.

El gigante se acercó un paso más para enfrentarse a él, pero fue rodeado de inmediato por varios de sus amigos que le sacaron del bar. En cuando salió por la puerta, la banda comenzó a tocar y en un par de minutos la pista de baile volvía a estar llena de parejas que brincaban y giraban al ritmo de una antigua tonada escocesa. Sonreí y volví a mi sitio. Parecía que ya se habían olvidado de mí. Sally se sentó a mi lado con una enorme sonrisa adornando su cara mientras agitaba ante mí un fajo de billetes.

—Sesenta y cinco dólares —anunció triunfante—. ¿Qué queréis beber, chicos? Invitamos nosotras.

Capítulo cinco

Para cuando nos dimos cuenta, ya eran más de las nueve y media, así que tuvimos que salir del bar casi a la carrera. Las reglas de la señora Lowestein eran muy claras:

- Nada de visitas masculinas en las habitaciones.
- Orden, limpieza y silencio.
- Ninguna señorita decente llega a casa después de las diez de la noche.

Aquellas reglas nunca me habían parecido normales. Parecía que la señora Lowestein se hubiera quedado anclada en el siglo pasado. Sin embargo, el alquiler era barato y no podíamos permitirnos mucho más con el sueldo que nos pagaba el gobierno, así que no nos quedaba más remedio que acatarlas.

Yo caminaba a paso rápido de regreso a casa con Steve a mi lado. Unos pasos por detrás, nos seguían Bill y Sally. Cada vez que miraba hacia atrás los veía parados, besándose bajo cada farola. Si seguíamos así, no íbamos a llegar a tiempo, nos cerrarían la puerta y tendríamos que llamar para que la señora Lowestein nos abriese. Casi podía visualizarla de pie al lado de la puerta, con su perpetuo atuendo de viuda, mirándonos con gesto adusto y tratando de percibir en nuestro aliento si habíamos bebido alcohol. Si se daba cuenta de todo lo que había bebido Sally, lo cual no era muy difícil, acabaríamos durmiendo en el jardín.

Estaba a punto de gritar para llamarle la atención a mi compañera, como ya había hecho en cinco o seis ocasiones, cuando Steve me tomó de la mano, tiró hacia él e hizo que me incrustase contra su pecho. Cuando me rodeó la cintura con el brazo para evitar que escapara, levanté la mirada hacia él con una ceja enarcada, esperando que, solo con mi expresión, se diera cuenta de que esas atenciones no eran bien recibidas. Por desgracia, no funcionó.

—Deja de ser tan aguafiestas —susurró mientras acercaba sus labios a los míos—. ¿Por qué no dejas de protestar y nos divertimos nosotros también un poco?

Fruncí aún más el ceño, coloqué mi mano en su pecho e hice fuerza para separarme de su cuerpo, pero lo único que conseguí fue que él apretase aún más la presa alrededor de mi cintura. No contento con eso, colocó su otra mano detrás de mi nuca para acercar aún más nuestros rostros.

—Yo no haría eso —le aconsejé muy seria.

Él no hizo ningún caso a mi recomendación. Al contrario, se

aproximó aún más mientras empujaba mi nuca para obligarme a besarlo, a pesar de que cualquiera habría notado que me estaba resistiendo. Su amargo aliento a cerveza me golpeó, haciendo que se me revolviese el estómago y que una idea salvadora apareciese en mi mente. Coloqué mi mano derecha en su vientre y, antes de que pudiera sellar mis labios con un beso, murmuré:

—*Volo te dolor.*

Steve me soltó de inmediato y se dobló por la mitad, agarrándose la tripa con las dos manos. De repente, se puso a vomitar con tanta fuerza que tuve que dar un salto atrás para que no me manchara los zapatos. Escuché unos pasos rápidos sobre la acera y vi que Bill había dejado de besuquearse con Sally y acudía en ayuda de su amigo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó asustado—. ¿Estás bien?

Steve seguía vomitando sin pausa, como si se hubiera convertido en una fuente humana. Me giré hacia Sally y lo que vi no me gustó nada. Tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados frente al pecho. Parecía muy enfadada. Quizá Bill le gustaba de verdad y acababa de estropearle el plan. Me encogí de hombros y puse cara de estar arrepentida, pero aquello no sirvió para que me perdonara. Negó con la cabeza y, aunque no pronunció ningún sonido, en sus labios pude leer claramente la palabra "Para". Solté un suspiro y, con cuidado de no colocarme en la trayectoria de los vómitos de Steve, me acerqué a los chicos.

—No te preocupes —le dije a Bill—. Creo que ha bebido más cerveza de la que debería.

Me incliné para pasarle un brazo por la espalda a Steve, que seguía doblado hacia delante. Al colocarme cerca de su oído, susurré "Libero te". Pasados unos segundos, Steve dejó de vomitar y se incorporó. Su mirada estaba perdida y su expresión era confusa.

—¿Estás mejor? —preguntó Bill.

—Está muy mareado. Creo que deberías llevártelo a casa —propuse.

Bill asintió y, después de darle un último beso a Sally y de quedar en el bar para la tarde siguiente, agarró a su amigo y se lo llevó. Nos quedamos paradas en la acera, viendo como Bill tiraba con dificultad de Steve, hasta que desaparecieron tras una esquina.

—¿No piensas decir nada? —preguntó Sally sobresaltándome.

—¿Nada sobre qué?

—No podemos estar siempre así, Clarice —me riñó ella—. ¿No se supone que está prohibido que uses la magia para hacer el mal?

—No es una prohibición, es más bien una cuestión de ética… Y, además, ese imbécil pretendía besarme sin importarle si yo quería o no. A saber a cuántas chicas les ha hecho lo mismo o algo peor —protesté indignada—. Eso no es hacer el mal. Es hacer justicia.

—Siempre es igual, Clarice. Todos tus ligues acaban vomitando, con horribles dolores de cabeza, se desmayan, pierden la memoria…

—No son mis ligues. Nunca quiero nada con ninguno de ellos, pero no admiten un no por respuesta.

—¡Por Dios! —gritó ella desesperada—. Alguno te tendrá que gustar.

—Quizá algún día, alguien especial… —contesté mientras me cruzaba de brazos y me encogía de hombros.

—No puedes estar toda la vida esperando al príncipe azul.

—No veo por qué no. Yo no tengo prisa.

Sally negó con la cabeza y se le escapó una risa. Le devolví una sonrisa sincera. Mi amiga no era capaz de estar enfadada conmigo durante demasiado tiempo. Me acerqué a ella y la cogí por la cintura para guiarla hacia casa mientras cantaba los primeros versos de *Some day my prince will come*.[ii] Sally soltó otra risita, pero se unió a mi canto.

—En serio, Clarice —dijo girándose hacia mí con gesto serio—. Ya tienes veintitrés años. No puedes decirles que no a todos.

Recordé la carta de mi madre, con la proposición del señor Laramie, y el asqueroso aliento de Steve cuando acercó su boca a la mía y negué con la cabeza. Si lo que podía encontrar eran hombres así, prefería quedarme sola.

—Lo siento, Sally, pero no voy a cambiar. Creo que no hay un solo hombre en toda América capaz de enamorar a Clarice Cooper.

Alfred Mitchell

Puerto de Nueva York, Julio de 1943

Capítulo uno

Llevaba más de una hora acodado en la proa del RMS Cameronia, embelesado por la imagen de la costa que iba haciéndose más y más grande ante sus ojos. El viaje se le había hecho eterno. El Cameronia no era un barco de guerra, sino que había sido construido en 1920 en un astillero escocés como buque de pasaje. Era un navío robusto, pero lento y poco maniobrable, lo cual no era muy adecuado para cruzar el Atlántico en aquellos tiempos inciertos.

Por suerte, después de la batalla del pasado mayo entre la *Kriegsmarine*[iii] y el convoy ONS-5, en la que los alemanes habían perdido más de 40 *U-boots*[iv], parecía que los lobos se habían retirado a lamerse las heridas. Los dos destructores que les habían escoltado durante el viaje, equipados con los más modernos equipos de sonar, no habían detectado ni un solo submarino alemán durante todo el viaje.

Mientras la Estatua de la Libertad se iba haciendo más y más grande ante sus ojos, elevó la vista al cielo y rogó al Señor para disponer de la misma suerte en el viaje de regreso a su patria. Unos pasos a su espalda le obligaron a dejar de mirar la estatua y girarse. Lloyd, el capitán del barco, se acercaba con una sonrisa en los labios. Se acodó a su lado y le dio un par de caladas a la pipa antes de empezar a hablar:

—Impresiona, ¿verdad? —preguntó señalando la estatua con un gesto de la cabeza—. Recuerdo que, la primera vez que la vi, no pude retirar la mirada de ella ni un solo segundo.

—Sí, es bastante llamativa —contestó Alfred mientras asentía con la cabeza—, aunque me resulta algo ostentosa. Por muy enorme y bella que sea, creo que ahora mismo carece de significado.

—¿Por qué dice eso? —El capitán Lloyd enarcó una ceja.

—Si quieren demostrar lo mucho que les importa la libertad, tienen una guerra al otro lado de este océano en la que luchar por ella.

—Nuestros aliados están luchando —le contradijo el capitán—. Tienen un frente abierto contra los japoneses, nos están ayudando con sus barcos en el Atlántico y su aviación colabora con la nuestra en Europa.

—No es suficiente. —Alfred golpeó la barandilla con la mano abierta para descargar su frustración—. El continente casi ha caído por completo en manos de los nazis, nuestras ciudades sufren sus continuos bombardeos, nuestros soldados están siendo masacrados en una guerra larga y cruenta… No podremos aguantar eternamente. Si los americanos no colocan tropas de tierra en Europa, pronto seremos

exterminados.

—¿Es a eso a lo que ha venido? ¿A convencerles de que nos ayuden?

—No. No soy tan importante como para poder negociar eso —contestó Alfred con una sonrisa triste.

—¿Cuál es su misión entonces? Llevamos casi dos semanas viajando juntos en este barco y no se le ha escapado ni una pista —comentó el capitán con una sonrisa burlona antes de darle otra larga calada a su pipa.

—Ya le he dicho muchas veces que es secreto. —Alfred también dejó escapar una sonrisa—. Si se lo dijera, tendría que matarle.

—Voy a enterarme en unos días, cuando regrese con lo que sea que haya venido a buscar. ¿Armas? ¿Alguna mercancía? ¿Tropas?

—Sé que no me va a creer, pero he venido a buscar a una mujer.

—¿A una mujer? ¿Hemos movilizado un barco de pasaje y dos destructores para venir a buscar a una mujer? —Se asombró el capitán —. Debe de ser una mujer extraordinaria.

—Eso dicen —contestó Alfred tras encogerse de hombros—. Lo comprobaré pronto.

Un oficial del Pentágono le escoltó hasta su destino. En lugar de cruzar el vestíbulo principal y dirigirse a las escaleras, como hacía la mayoría de la gente que abarrotaba el edificio, se internaron por un pasillo y, tras recibir el permiso de un soldado que custodiaba la entrada, comenzaron a descender piso tras piso. Alfred se sorprendió. Ya suponían que los planos del edificio con los que contaba el MI6[v] no eran perfectos, pero no esperaba aquel laberinto de escaleras, puertas y pasillos. No pudo detenerse a contemplar nada. El oficial que le precedía avanzaba a paso rápido y no podía arriesgarse a quedarse atrás y perderle. Estaba seguro de que, si se quedaba solo, tardaría horas en salir de aquel laberinto. Además, no creía que fuera a hacerles gracia que se pusiera a curiosear, por mucho que fuera un aliado. Aquella zona del edificio debía de ser secreta incluso para la propia gente que trabajaba en el Pentágono.

El soldado que le precedía dejó de bajar escaleras y, tras conversar unos segundos con otro guardia que custodiaba una puerta, le hizo una seña para que le siguiera. Se encontraron en otro vestíbulo, al final del cual se podía ver a una mujer muy delgada sentada tras un mostrador de recepción. Alfred se sintió incómodo en su presencia. Le contemplaba con el ceño fruncido y los labios apretados, como si le molestaran las visitas. Por suerte, no tuvo que hablar con ella. El soldado se acercó y le entregó unos documentos. Ella los estudió con detenimiento, como si buscara cualquier detalle, por pequeño que

fuera, para no dejarles pasar.

Alfred aprovechó aquel par de minutos para mirar alrededor con disimulo. Por fin estaba en el mítico PRD, la división parapsicológica del ejército estadounidense que, según se decía, tan buenos resultados estaba obteniendo. Su misión era fundar algo similar para el ejército de su país y, además de reclutar a la mujer que había acudido a buscar, debía conseguir toda la información posible. Se sintió decepcionado. Tras el mostrador de recepción se abría un amplio pasillo pobremente iluminado con puertas a ambos lados. Quizá tras aquellas puertas se estaban produciendo fenómenos asombrosos, pero, a simple vista, solo era un pasillo aburrido con puertas aburridas.

—¿El teniente Mitchell? —preguntó la mujer con tono escéptico, como si pusiera en duda su identidad mientras comprobaba la documentación—. ¿Perteneciente a la División OpenMind? Nunca he oído hablar de ella…

—¿En serio? Me extraña muchísimo —comentó él forzando una expresión de seguridad—. Somos el equivalente a su departamento dentro del MI6.

Siguió paseando la mirada por el vestíbulo para no cruzar sus ojos con los de la recepcionista. No se podía decir que estuviera mintiendo, pero tampoco había dicho toda la verdad. La División OpenMind pretendía ser el equivalente británico del PRD, pero muy venido a menos. De hecho, acababa de fundarse y, en aquellos momentos, él, además del máximo responsable, era el único integrante… y, si no conseguía cumplir la misión para la que había acudido a los Estados Unidos, era muy posible que la División OpenMind se disolviera y se convirtiera en una buena idea que nunca llegó a ver la luz.

—Deme unos segundos, por favor —dijo la mujer levantándose de su silla—. Voy a avisar al coronel Curtis de su visita.

Capítulo dos

La mujer se adentró en el amplio pasillo. El soldado que le había acompañado, al comprender que ya no era necesario allí, se dirigió a la salida. Aprovechó aquellos segundos de soledad para dar unos pasos hacia el pasillo y tratar de descubrir algo sobre aquella misteriosa unidad. No sabía realmente qué esperaba ver: luces de otras dimensiones que se colaran bajo las puertas, sonidos extraños, figuras translúcidas que no deberían estar allí… Cualquier pequeña muestra de la magia que, según se rumoreaba, inundaba aquellas instalaciones. Sin embargo, no logró descubrir nada fuera de lo normal. Parecía un pasillo normal y corriente tras cuyas puertas solo pudo escuchar ruidos de pasos y los murmullos de algunas conversaciones.

Un par de minutos después, la puerta del fondo se abrió y la mujer que le había atendido en recepción salió para acercarse a él. Seguía manteniendo el ceño fruncido, por lo que Alfred se preguntó si estaba contrariada porque el coronel Curtis se negaba a recibirle o si aquella mujer solo disponía de aquella expresión facial. Comenzó a andar a su encuentro para salir de dudas lo antes posible.

—El coronel Curtis le recibirá ahora —indicó ella—. Sígame, por favor.

—Muchísimas gracias, señora.

Ella se detuvo de golpe, como si hubiera sido golpeada por un rayo, y se giró hacia él. Su expresión había cambiado, pero no para bien. Parecía aún más amargada y molesta que antes.

—Señorita Sturgis, por favor —le corrigió con una voz tan aguda como para hacerle daño en los tímpanos.

—Mis disculpas, señorita. —Le dedicó una tímida sonrisa mientras se inclinaba hacia delante—. Espero que pueda perdonar mi torpeza.

La cara de la mujer volvió a cambiar, pero tampoco en aquella ocasión fue para bien. Intentó esbozar una sonrisa coqueta, que le quedó forzada y artificial. Alfred supuso que estaba tan poco acostumbrada a sonreír que no conseguía hacerlo de forma natural.

—No se preocupe, teniente. —La mujer se dio unos toques en el cabello para arreglar su peinado—. Sígame, por favor.

Alfred asintió y siguió caminando tras ella. El trayecto hasta la puerta del fondo se le hizo eterno. Aquella mujer le ponía tan nervioso que hasta se olvidó de seguir observando si salía alguna luz o sonido extraño detrás de aquellas puertas que, minutos antes, tanta curiosidad le habían despertado. La señorita Sturgis llegó a su destino, dio un par de golpes en la puerta para anunciar su llegada y, tras abrir, le indicó con un gesto que podía pasar mientras seguía

sonriéndole con aquella mueca que tanto le incomodaba.

En cuanto entró en el despacho y la puerta se cerró a su espalda, se sintió más cómodo. Fijó su mirada en la enorme figura que se sentaba tras la mesa. Era un hombre tan gordo que casi podría calificarse de inmenso. La zona del pecho de su uniforme estaba tan repleta de medallas que Alfred se preguntó si aquel hombre se alimentaría de más para seguir engordando y hacerle hueco a las que tuvieran que llegar. Tras contemplar aquel imponente cuerpo, pasó a fijarse en su cara. Era un hombre mayor, debía de rondar los sesenta años. A pesar de que el cabello engominado seguía siendo negro, innumerables canas adornaban sus sienes y el ancho bigote que lucía. Tenía la mandíbula cuadrada y unas cejas espesas y abundantes que daban un aspecto duro a su expresión. Bajo aquellas cejas distinguió unos ojos oscuros y brillantes que le parecieron perspicaces. Esperaba que, a pesar del rudo aspecto de aquel hombre, fuese alguien inteligente y lo bastante comprensivo como para entender la importancia de la misión que le había llevado hasta allí.

—¿El teniente Mitchell? —preguntó el hombre, levantándose de su silla para tenderle la mano. Incluso bajo el bigote, Alfred pudo ver que le sonreía, lo que hizo que se sintiera más tranquilo—. Tome asiento, por favor.

—Encantado, coronel Curtis —dijo Alfred mientras se sentaba—. No imagina lo agradecido que me siento al tener el honor de ser recibido en sus instalaciones. Ardía en deseos de conocerlas.

—Lo comprendo. Realmente es un honor que no solemos facilitarle a cualquiera. De hecho, el noventa y nueve por ciento de la gente que trabaja en este mismo edificio ni siquiera sabe que existimos. —El coronel volvió a sonreír, abrió una caja que tenía sobre la mesa y, tras extraer un enorme puro, la deslizó hacia él para ofrecerle uno.

—No, gracias. No fumo.

El hombre enarcó una ceja y le lanzó una mirada suspicaz. Alfred se riñó a sí mismo. En realidad sí fumaba, aunque era cierto que el aroma de los puros le desagradaba. Aún así, no le habría costado nada coger uno y resultarle más amable al coronel. Este cerró la caja de un golpe, como si quisiera demostrar que se había sentido ofendido, y se inclinó sobre la mesa para hablarle más de cerca.

—Como le decía, entrar en estas instalaciones no es fácil. Si se lo hemos permitido ha sido porque viene usted recomendado por personalidades de gran renombre, que además son aliados a los que el gobierno de nuestro país respeta muchísimo. —El coronel cogió la documentación que la señorita Sturgis debía de haberle entregado cuando le anunció y le echó un nuevo vistazo—. Se presenta usted con cartas de recomendación del presidente Winston Churchill y del mismísimo rey de Inglaterra. Creo que estoy obligado a concederle

cualquier cosa que pida.

Alfred se permitió esbozar una sonrisa. Cuando le entregaron aquella documentación en su país, ya había supuesto que le abriría todas las puertas. Esperaba que aquella buena predisposición siguiera en pie cuando hiciera sus peticiones, pero sospechaba que no iba a ser tan fácil.

—Muchísimas gracias por su colaboración. No esperábamos menos de nuestros aliados —contestó Alfred mientras su sonrisa se ampliaba —. Espero que podamos llegar a un acuerdo, ya que creo que lo que voy a plantearles resultará beneficioso para ambas partes.

—Usted dirá… —El coronel se recostó contra el respaldo de su silla y le dio una calada tan profunda a su puro que, durante unos segundos, su cabeza quedó envuelta en una espesa niebla.

—Mi primera petición es sencilla. Como sabrá, estamos organizando una división similar al PRD en nuestro país. Me gustaría mucho ver sus instalaciones, conocer los diferentes departamentos y saber a qué se dedican, hablar con su personal para investigar sus aptitudes, recibir información sobre los proyectos que están investigando…

—No es tan sencillo como usted me lo está planteando, caballero —le interrumpió el coronel—. La mayoría de los proyectos de esta unidad están calificados como alto secreto y, por mucho que quiera ayudar a nuestros aliados, no puedo contarle nada sobre ellos. De todos modos, hablaré con mis superiores y prepararé una “excursión” para mañana en la que le mostraremos lo que podamos.

Alfred suspiró. Ya había temido que la gente del PRD iba a ser reticente a compartir los resultados de sus investigaciones con ellos, pero esperaba que la buena relación entre los presidentes de ambos países sirviera para que fuesen más abiertos. Decidió insistir un poco más.

—Como comprenderá, he realizado un largo y peligroso viaje para conseguir información. Tanto nuestro primer ministro como nuestro monarca están implicados en esta misión y creen que puede resultar crucial para el devenir de la guerra en Europa contra nuestro enemigo común. —Alfred había sustituido su sonrisa por una expresión firme y resuelta—. Espero no haber venido aquí, con las esperanzas de tan altas personalidades puestas en mí, para que ustedes me enseñen la sala de descanso y la cafetería.

Aquellas palabras hicieron que el coronel Curtis se atragantara con el humo de su puro. Tras toser un par de veces, asintió y esbozó una sonrisa forzada.

—Por supuesto que no será así, teniente Mitchell —se disculpó—. Como le he dicho, hablaré con mis superiores y trataré de hacerles comprender la importancia de su misión. Le informaremos de todos

los proyectos que podamos, siempre que consideremos que esa información no pone en peligro nuestra seguridad nacional. Puede estar seguro de que estamos predispuestos a colaborar con ustedes en la medida de nuestras posibilidades.

—Me alegro. No me olvidaré de comentarles a mis superiores su buena voluntad —contestó Alfred—. Considero que la información que ustedes estimen como reservada y que no me comuniquen puede significar un retraso de meses en nuestra lucha contra los nazis, pero comprendo que tengan sus reticencias.

—Créame cuando le digo que haré todo lo que esté en mi mano para que usted reciba la máxima información que sea posible —dijo el coronel azorado.

Alfred tuvo que contener una sonrisa y limitarse a asentir con gesto serio. Le tenía donde quería. Aquel hombre pensaba que podía defraudarle y crear un conflicto internacional entre los dos países, lo que haría que se mostrase más receptivo a su segunda petición, que era realmente la razón de su viaje.

—Tengo que hacerle otra petición.

—Por supuesto. Si está en mi mano, haré todo lo que pueda por ayudarle.

—Hemos oído hablar de una de sus empleadas dentro del PRD —explicó Alfred clavando su mirada en los ojos del coronel—. Las capacidades de esa mujer la convierten en alguien único, alguien a quien necesitamos en nuestra unidad.

—Pero si esa mujer está trabajando aquí es porque está siendo útil a nuestro ejército —protestó Curtis.

—Lo sabemos y comprendemos que para ustedes va a ser difícil desprenderse de ella —prosiguió Alfred, como si diera por hecho que iban a cedérsela—. Sin embargo, dada la situación que vivimos en Europa, esa mujer nos va a resultar muchísimo más útil para nuestros intereses comunes si trabaja con nosotros que si sigue trabajando aquí.

—Tendríamos que estudiarlo —respondió el coronel dubitativo—. ¿Podría decirme quién es esa mujer a la que ha venido a buscar?

—Por supuesto. —Alfred asintió y tomó aire para que su voz pareciese aún más firme y expresase que no estaba dispuesto a irse con un “no” como respuesta—. Clarice Cooper.

Capítulo tres

Cuando consiguió salir del Pentágono, aún quedaban un par de horas para que anocheciera. Alfred se quedó de pie en la acera mirando a todos lados, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Le habían asignado una magnífica *suite* en el hotel *Mayflower*, pero no le apetecía quedarse allí solo sin nada que hacer y, además, estaba seguro de que aquella noche le iba a costar conciliar el sueño.

Su entrevista con el coronel Curtis le había dejado más dudas que certezas. Una vez había transmitido todas sus peticiones, el coronel se había limitado a repetir una y otra vez "Lo consultaré con mis superiores". No le había dejado nada claro, no había habido ninguna promesa firme… Hasta la mañana siguiente no sabría si había tenido éxito en su misión o si había cruzado todo un océano para nada.

Además de eso, le parecía un desperdicio dejar pasar la oportunidad de visitar un poco los Estados Unidos. Los americanos le confundían y le fascinaban a partes iguales. Le parecía que tenían una energía y una ilusión desmedida, una vitalidad que a sus compatriotas les faltaba. Eran una nación fuerte, impetuosa, como si estuviera rebosante con la energía de la juventud, pero aquello les hacía actuar de manera irreflexiva, como si no fueran lo bastante maduros como para plantearse las consecuencias de sus acciones. Europa, por el contrario, parecía representar la madurez, la experiencia y la sabiduría que llegan con la vejez, pero le faltaba aquel empuje, aquel arranque. Sintió que el corazón se le encogía al pensar que, en aquellos momentos, la vieja Europa, con sus ideales y su inmenso legado, solo era un pobre ser destrozado por la barbarie que agonizaba indefensa.

Le pareció buena idea dar una vuelta por la ciudad, mezclarse con sus ciudadanos y comprobar de primera mano cómo eran y qué pensaban. En lugar de cruzar el Potomac para acercarse a su hotel, decidió quedarse en esa orilla y vagabundear entre sus calles. Parecía una zona más humilde, más real. Si quería cruzarse con auténticos americanos de a pie, estaba seguro de que podría encontrarlos allí.

Tras media hora de vagar por la ciudad, escuchó una música que le resultó conocida. Se dirigió hacia el lugar del que provenía y pronto empezó a oír las risas y las voces de la gente que acompañaba a la banda en su interpretación. Cuando abrió la puerta del bar, se quedó unos segundos parado en el umbral, mirando asombrado el sitio al que había llegado. Parecía que, al cruzar aquella puerta, había traspasado un portal mágico que le hubiese trasladado a un típico bar de algún pueblecito perdido de Escocia. Sobre un estrado pudo ver a una banda

tocando con entusiasmo la gaita, el violín y el acordeón. En la pista de baile las parejas bailaban, reían y giraban. Tras la barra pudo ver a un hombre enorme con una larga y espesa barba pelirroja. Pensó que solo le faltaba llevar un *kilt*[vi] para parecer un auténtico *highlander*. Se le veía muy ocupado sirviendo pintas y vasos de *whisky* para una clientela sedienta e impaciente.

No era aquello lo que había venido buscando, pero aquel ambiente le hizo sentir nostálgico, así que se adentró en el bar camino de la barra, con cuidado de no chocar con la gente que bailaba tratando de seguir el ritmo, cada vez más frenético, de la canción. Consiguió llegar hasta ella y pedir una pinta de cerveza. Mientras esperaba a que el enorme pelirrojo que reinaba tras el mostrador se la sirviera, se acodó en la barra y dedicó unos segundos a contemplar a las chicas que bailaban. Eran tan diferentes a las damas inglesas a las que estaba acostumbrado… Vestían con blusas ajustadas, que marcaban sus curvas y sus cinturas, increíblemente estrechas. Casi todas llevaban faldas de tubo hasta debajo de las rodillas y altos tacones. Era increíble que pudieran caminar, y mucho menos bailar, con aquella ropa y, sin embargo, estaban haciéndolo delante de sus ojos. Parecía que, a pesar de la guerra, todas se esforzaban por seguir los dictados de la moda: melenas onduladas teñidas de rubio, cejas perfectamente delineadas y labios en un brillante color rojo. Para cuando llegó su cerveza, ya se había cansado de observarlas. Parecían copias perfectas unas de otras.

Después de pagar, cogió su pinta, echó un vistazo al local hasta encontrar una mesa vacía y trató de volver a cruzar la pista de baile sin tropezar con nadie para no derramar una gota. Por desgracia para él, no todo el mundo era tan cuidadoso. Un jovencito que llevaba con dificultad cuatro jarras de cerveza chocó contra su pecho, empapando su uniforme de arriba abajo. Se quedó paralizado, con los brazos abiertos, mientras sentía como el frío líquido se colaba a través de sus ropas. Cuando se recuperó de la impresión, vio que el chico había seguido andando entre la gente que inundaba la pista de baile sin dirigirle siquiera una segunda mirada. Avanzó hacia él, furioso, y le agarró por un codo para obligarle a girarse. El chico trastabilló y dejó caer aún más líquido de sus jarras, empapándole también los zapatos. Alfred apretó los dientes y le dirigió una mirada furiosa, pero el chico se limitó a observarle con los ojos vidriosos.

—¿Por qué me agarras? —le preguntó arrastrando las palabras. Alfred pensó que aquel chico estaba tan borracho que era un milagro que se mantuviera en pie—. Casi me tiras la cerveza.

—Espero una disculpa, caballero —contestó Alfred.

—¿Una disculpa? Yo no te he hecho nada.

—¿Acaso cree que he sido yo quien se ha empapado de arriba

abajo? Usted ha derramado su bebida sobre mí y espero que se disculpe.

—Tienes un acento muy gracioso. —El chico soltó una risita divertida, que acabó de convencer a Alfred de que estaba totalmente alcoholizado. Estaba a punto de perdonarle y olvidar aquella desagradable situación cuando el muchacho volvió a hablar—. Yo no te he hecho nada, puto inglés engreído. Vuelve a tu jodido país y déjame en paz.

Alfred suspiró y, con toda tranquilidad, empezó a soltarse los botones de la chaqueta de su uniforme. El chico se le quedó mirando, como si se preguntara qué estaba haciendo, mientras seguía manteniendo en equilibrio contra su pecho las cuatro jarras de cerveza.

—Si tan solo se hubiera disculpado, yo habría estado dispuesto a olvidar este incidente —dijo Alfred mientras iba remangándose la camisa—. Sin embargo, acaba de insultarme gravemente, tanto a mí como a mi país, y, como comprenderá, eso es algo que no puedo permitir.

—No voy a pegarme contigo. —El chico giró para seguir su camino, pero Alfred volvió a agarrarle para impedírselo—. Déjame en paz, imbécil.

—No puede rehusar un combate entre caballeros. ¿O es que es usted un cobarde?

El muchacho resopló enfadado, buscó con la mirada un lugar en el que dejar las jarras y, tras depositarlas en una mesa cercana, procedió a soltarse la chaqueta del uniforme mientras Alfred esperaba con una sonrisa de suficiencia en la cara. El chico era bastante más bajo que él, pero parecía fuerte. Aun así, sabía que no tenía nada que hacer contra él. Llevaba practicando el noble arte del boxeo desde que era un adolescente. No iba a durarle ni dos minutos, sobre todo teniendo en cuenta lo borracho que estaba.

Se dio cuenta de que, a su alrededor, empezaba a formarse un corro de gente, entusiasmada con la idea de presenciar una pelea. Vio que algunos cuchicheaban y empezaban a pasarse billetes a escondidas. Estaba seguro de que casi todos estaban apostando por su compatriota. Pobres ilusos.

El chico había terminado de quitarse la chaqueta y luchaba para doblar los puños de su camisa, pero parecía que no le estaba siendo fácil. Incluso se balanceaba un poco de lado a lado, como si estuviera en la cubierta de un barco en plena tempestad. Alfred volvió a sonreír. Iba a ser tan fácil que incluso empezaba a darle un poco de pena. A lo mejor alargaba un poco más el combate antes de dejarlo *KO* para salvaguardar la dignidad del muchacho. Cuando vio que su rival estaba listo, alzó los puños, preparado para empezar. Una voz

femenina cargada de autoridad se sobrepuso al sonido de la música y a las voces de la gente:

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño?

Arlington (Virginia),
Junio de 1943

Tarice

Capítulo uno

Me adelanté hasta colocarme delante de Billy con los brazos cruzados frente al pecho y las piernas abiertas para dejarle claro a aquel hombre que no pensaba moverme de donde estaba. Él me miró de arriba abajo y enarcó una ceja, extrañado.

—Disculpe, señorita. No entiendo qué quiere decir.

—Quiero decir que no voy a permitir que le dé una paliza a mi amigo. Usted es mucho más alto y fuerte y por su postura parece que sabe pelear. —El desconocido me sonrió, como si acabara de hacerle un cumplido—. Y Bill está demasiado borracho como para pegarse con nadie. Si está buscando bronca, vaya a buscarla a otra parte.

Por el rabillo del ojo vi como Sally se acercaba a Billy y empezaba a hablarle al oído. Supuse que estaría tratando de convencerle para que salieran del bar. Esperaba que su novio fuera lo bastante sensato como para hacerle caso.

—No he sido yo quien ha iniciado esta pelea —repuso el hombre —. Su amigo ha derramado sobre mi uniforme sus jarras de cerveza y después me ha insultado tanto a mí como a mi país. No puedo dejar esta afrenta sin respuesta.

Fue mi turno de enarcar una ceja. Así que era extranjero. Por eso tenía aquel acento tan remilgado. Seguramente era inglés y, como todos los ingleses, sería un pomposo y un estirado.

—Vuelvo a repetirle que mi amigo está borracho y no sabe lo que dice —expliqué para tratar de finalizar la discusión—. Si le sirve, puedo disculparme yo por él.

—¡No te disculpes con ese estúpido! —gritó Bill a mis espaldas—. ¡Que le den por el culo a él y a su puto país de mierda!

—Como comprenderá, después de esto no me sirve. —El inglés se adelantó un paso y me agarró del brazo para apartarme. Yo lo agité furiosa y puse una mano en su pecho para dejarle claro que no iba a permitirle pasar—. Señorita, por favor… No debería meterse en asuntos de caballeros.

Aquello acabó de sacarme de mis casillas. Levanté la barbilla para mirarle directamente a los ojos y demostrarle que no iba a poder convencerme.

—Si quiere pelear con Bill, va a tener que hacerlo conmigo primero.

Se le escapó una risa despectiva que me enfureció aún más. Agachó la cabeza y me dirigió una mirada que se debatía entre la burla y la compasión.

—Lo siento, señorita, pero mi código de honor me impide pegar a

una dama.

Su tono fue sarcástico, como si pretendiera dejarme claro que no me consideraba una dama en absoluto. Le devolví una sonrisa de suficiencia antes de seguir hablando.

—Comprendo que es usted un caballero y que jamás podría pegar a una mujer —dije dejando que el sarcasmo también tiñera mi voz—. Le estoy retando a un pulso. Si gano yo, dejará en paz a Bill y olvidará sus ofensas.

—¿Y si gano yo? —preguntó divertido.

—Bill se disculpará… —Escuché a Bill protestando a mis espaldas pero decidí ignorarle—. Y le invitaré a todo lo que pueda beber durante esta noche.

—Usted no sabe lo que puede llegar a beber un británico…

—Me da igual. No voy a perder.

Él se rió mientras negaba con la cabeza. No pude evitar pensar que tenía una sonrisa muy bonita. En realidad, el chico era muy guapo. Llevaba el pelo moreno muy corto y tenía unos ojos de un bonito color verde con una mirada que, a pesar de que hasta el momento me había parecido burlona y prepotente, parecía limpia y dulce, como la de un niño. Aparté aquellos pensamientos de mi mente. Lo único de lo que tenía que preocuparme era de machacar a aquel tipo y sacar a Bill del lío en el que se había metido.

Antes de que pudiera arrepentirse, un par de hombres se levantaron de una mesa cercana para dejarnos sitio. Mientras nos sentábamos, vi como la gente empezaba a apostar. Muchos de ellos ya me habían visto ganar alguna vez y apostaban por mí. El inglés se les quedó mirando confuso antes de sentarse.

—Parece que los americanos tienen mucha confianza en sus mujeres —comentó impresionado—. En mi país nunca dejaríamos que una dama tuviera que pelear por nosotros.

—A lo mejor tenéis mucho que aprender de los americanos —respondí desafiante mientras apoyaba el codo en la mesa y le tendía la mano.

El negó con la cabeza mientras volvía a reírse. Luego suspiró, como si no le hiciera gracia rebajarse a tener que batirse conmigo, pero colocó el brazo en posición y me agarró la mano. Un hombre se puso a nuestro lado para contar hasta tres y marcar el comienzo del pulso. Le miré directamente a la cara, como si le desafiara y, en cuanto él cruzó su mirada con la mía, permití que se me escapara una sonrisa traviesa.

—*Minus fortis* —le dije en un susurro.

Al instante, su mirada se perdió y aquella sonrisa de suficiencia que tanto me estaba sacando de quicio desapareció de su cara. Cuando el hombre que teníamos a nuestro lado acabó de contar, hice un poco de fuerza y tumbé su brazo sobre la mesa. En cuanto le hube vencido,

rompí el contacto visual para que quedara libre de mi hechizo. El brillo volvió a sus ojos, pero la expresión de confusión continuó presente. Mientras tanto, la locura se había desatado en el bar. El dinero cambiaba de manos mientras la gente me felicitaba y me daba palmadas en la espalda. Vi que Sally recogía varios billetes y la miré con un gesto de incredulidad. En lugar de aprovechar para sacar a su novio del bar y evitar que siguiera metiéndose en problemas, se había quedado para ganar unos dólares. Cuando me miró, fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Disculpe, señorita… —El inglés parecía estar recuperándose y me había agarrado la mano para llamar mi atención—. ¿Puede explicarme qué ha pasado?

—Un buen mago nunca revela sus secretos —respondí divertida.

—Es imposible que haya podido tumbarme con esa facilidad —protestó.

—Es un truco que aprendí en Montana. Consiste en girar el brazo del adversario en una posición determinada, de manera que deja los músculos sin fuerza. Como comprenderá, no puedo contarle más. —Me levanté de la silla y le tendí la mano—. Espero que su hombría no haya sufrido demasiado y que, tal y como habíamos acordado, las ofensas de mi amigo queden olvidadas.

—Por supuesto. Siempre pago mis apuestas. —Se levantó y aceptó mi mano, pero no la soltó—. Es una pena que me haya vencido. Me habría encantado tomarme una copa con usted.

Me quedé mirándole unos segundos. Tenía algo que me gustaba. Quizá su acento y esa manera de hablar tan educada. Quizá la sonrisa abierta que me estaba dedicando en aquel momento. Quizá aquellos ojos de niño inocente… No sabría explicar por qué, pero sentí que no quería soltar su mano, darme la vuelta y no volver a verle.

—Bueno, eso tiene arreglo. Yo no tengo por qué invitarle, pero puede hacerlo usted.

Él recogió su chaqueta, me tendió el brazo y señaló hacia la salida. Yo me giré hacia Sally y me despedí con un gesto de la mano. Ella me observaba con la boca abierta. No era propio de mí marcharme con un hombre al que acababa de conocer. De hecho, ni siquiera dirigirle la palabra a un desconocido era típico de mí. Me encogí de hombros y le dirigí una sonrisa divertida.

—¿Le importa que vayamos a algún otro bar que no esté lleno de gente que me considere un perdedor? —preguntó mi acompañante.

—No hay problema —contesté riendo—. Hay muchos bares en Arlington y la noticia tardará unos días en correr por la ciudad. Esta noche su reputación está a salvo.

Alfred

Capítulo dos

Cuando salieron del bar, dejó que ella le guiara. Después de todo, no conocía Arlington ni sabía dónde podía haber un local que les gustara. Ella sonrió y con un gesto de la mano le indicó que la siguiera calle abajo. Caminaron en silencio, mientras él la observaba por el rabillo del ojo. Era una chica peculiar, diferente a las demás. En lugar de los elaborados peinados y el artificial tinte rubio que lucían la mayoría de las mujeres en aquel país, ella llevaba el pelo suelto, una cascada de color negro brillante con ondas naturales. Además, no llevaba maquillaje, aunque en su opinión no lo necesitaba. Tenía unos ojos enormes de un color indefinido, entre el azul y el gris, y una sonrisa de labios gruesos y sonrosados. Sin embargo, no era ninguna de esas cualidades la que le había empujado a invitarla a tomar una copa.

Sabía que lo que había sucedido en el pulso no se debía a ningún movimiento especial ni podía explicarse con ningún razonamiento lógico. La había visto mover los labios y susurrar algo que no había logrado entender mientras le miraba a los ojos y, durante unos segundos, su voluntad había quedado anulada por completo y había sentido que la fuerza de todos sus músculos se desvanecía para dejarle convertido en una especie de muñeco de trapo. Aquello no se debía a ningún giro secreto del codo. Estaba seguro de que aquella mujer tenía alguna cualidad psíquica excepcional, lo que le hacía pensar que debía de ser integrante del PRD. Tenía la esperanza de que, tras invitarla a dos o tres copas, podría conseguir que su lengua se soltase y que le contara cosas sobre su trabajo.

Al girar la esquina, se dio cuenta de que habían recorrido toda la calle sin decir una palabra. Era extraño. Las mujeres que solía frecuentar parecían incapaces de permanecer calladas, como si el silencio les molestara. Sin embargo, ella parecía cómoda cogida de su brazo sin necesidad de decir nada mientras contemplaba como el cielo iba oscureciéndose más allá de los tejados de los edificios. No sabría explicar por qué, pero fue él quien se sintió incómodo sin decir nada, así que, tras carraspear un par de veces, comenzó a hablar.

—No me ha dicho su nombre, señorita. —Ella se sorprendió tanto al escuchar su voz como para detenerse y girarse hacia él. Siguió en silencio, como si no supiera qué responder a una pregunta tan simple —. No tengo por costumbre invitar a salir a desconocidas, por muy atractivas que estas puedan resultarme.

Ella le esquivó la mirada para clavarla en los adoquines de la acera. Podría haber pasado por un gesto de timidez ante su cumplido,

pero no le resulto convincente.

—Lisa Preston —contestó ella, sin poder ocultar del todo un ligero tono de duda en la voz. Alfred supo al instante que mentía—. ¿Y tú?

Entrecerró los ojos para observarla unos segundos antes de contestar. ¿Por qué le mentía incluso en su nombre? ¿No se fiaba de él o esa identidad falsa era parte de su trabajo en el PRD? Si era así, su puesto debía de ser aún más importante de lo que él había pensado, por lo que quizá podría sonsacarle una información mucho más valiosa de que lo había esperado en el primer momento. Claro que aquello tenía una contrapartida: si ella era un alto cargo del PRD, podía haber tenido acceso a su solicitud para conocer sus instalaciones y proyectos y, si recordaba su nombre, no se abriría a él por muchas copas a las que le invitara. Decidió mentir también.

—Duncan Jones —dijo sin que la voz le temblara—. Encantado de conocerla.

Ella se soltó de su brazo y le tendió la mano. Alfred se quedó estupefacto durante un instante. No le tendía la mano como lo hacían las damas, esperando que la recogiera con un ademán galante para depositar un beso en ella. Le tendía la mano como un hombre, de igual a igual. Sospechó que, por muy diferentes que fueran las costumbres estadounidenses, aquello tampoco era normal entre ellos y que se encontraba ante una mujer peculiar a la que cada vez le apetecía más conocer.

—Creo que deberías dejar de tratarme de usted. —Ella apretó su mano con firmeza—. Comprendo que en tu país sea lo más normal, pero aquí suena rarísimo.

—Es altamente irregular… Acabamos de conocernos.

—Decir cosas como “es altamente irregular” también suena rarísimo. —Ella soltó una carcajada al ver su cara de desconcierto—. No pasa nada. Comprendo que los ingleses habláis raro.

—¿No es un poco prepotente decir que los ingleses hablamos raro el idioma que nosotros inventamos? —preguntó molesto.

Ella volvió a reírse, pero no contestó. Le señaló un local, situado al final de la calle por la que paseaban. Parecía muy elegante y, de sus puertas abiertas surgía el sonido de la música de una orquesta.

—¿Entramos? —preguntó la chica.

Él asintió, aunque le dio la impresión de que ella no iba vestida de la forma adecuada para entrar a un lugar así. Parecía que le daba igual lo que pudieran pensar de ella o lo que la sociedad quisiera imponerle. La siguió al interior del local. Era muy amplio y, alrededor de una gran pista de baile alfombrada con moqueta de color rojo, se distribuían varias mesas redondas ocupadas por parejas. Se sentaron en una de ellas y la chica se quedó mirando a la orquesta, que acababa de terminar una pieza y se disponía a tocar la siguiente. En cuanto

sonaron las primeras notas, sus ojos se iluminaron.

—¡Me encanta esta canción! —Volvió a levantarse y le tendió la mano—. ¿Bailamos?

Aquello sí que le descolocó por completo, hasta el punto de que notó que sus mejillas se sonrojaban. ¿Es que aquella chica no conocía el decoro ni las más mínimas reglas de educación? ¿Desde cuándo se consideraba normal que una mujer invitase a bailar a un hombre, teniendo en cuenta, además, que acababan de conocerse? Carraspeó, se levantó y estiró la chaqueta de su uniforme antes de tomar la mano que le tendía y seguirla hasta la pista. Se mezclaron con las otras parejas que bailaban con los cuerpos apretados y las cabezas de ellas reposando en el pecho de sus acompañantes. Parecía que habían entrado en el local de moda para las parejas enamoradas. Alfred puso la mano en la cintura de la chica y empezaron a girar.

—Parece que te hubieras tragado un palo —dijo ella riendo—. ¿No te gusta bailar?

—No, no es eso… Es que no sé nada de ti —contestó evitando la brillante mirada que le dirigía y que estaba poniéndole nervioso—. ¿A qué te dedicas?

—Soy mecanógrafa en el Pentágono —contestó con voz firme. Parecía que ya tenía la respuesta preparada o que cada vez le resultaba más fácil mentir—. ¿Y tú? ¿Qué hace un soldado inglés tan lejos de su casa?

—Me han enviado aquí como enlace para gestionar los pedidos de material sanitario que tu país le vende al mío. —Si iban a seguir con mentiras, a aquello podían jugar los dos.

—¿Así que vas a quedarte en Arlington de forma permanente?

—Esperemos que no. —Ella frunció el ceño ante la respuesta—. Solo mientras dure la guerra y todos esperamos que no sea algo permanente y que finalice lo antes posible.

Asintió y siguió bailando. Alfred pensó divertido que, aunque había sido ella la que le había acusado de estar tieso y envarado, tampoco se la veía cómoda entre sus brazos. Miraba a la orquesta y a las parejas con las que se cruzaban mientras tarareaba la canción que estaba sonando. Era *I'll never smile again* de Frank Sinatra, una canción que se había puesto tan de moda que incluso había llegado hasta Inglaterra. Cuando llegó el estribillo, Alfred se inclinó hacia su oído para cantarle la letra:

—En mi corazón sé que nunca empezaré a sonreír de nuevo hasta que te sonría a ti.

Ella dejó de mirar a su alrededor y sus ojos se cruzaron. A él le hizo gracia ver que se había sonrojado. No debía de ser tan dura y fría como intentaba aparentar. Le gustó como le miró en aquel momento. Sus ojos se habían vuelto de un azul brillante y sus pupilas dilatadas le

daban aspecto de niña curiosa. Le pareció que estaba tratando de ver en su alma y, sin saber por qué, le apeteció que pudiera hacerlo, así que no evitó su mirada. A ella debió de gustarle lo que vio, porque sonrió y apoyó la cabeza en su pecho, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo y pudiera confiar en él.

Cuando la canción terminó, regresaron a su mesa y, tras hacerle una seña al camarero, Alfred pidió una botella de champán. Cuando les sirvieron las primeras copas, levantó la suya para brindar:

—Por el final de la guerra —dijo.

—No sé si brindar por eso —contestó ella—. Si la guerra acabara esta misma noche, tendrías que marcharte y me apetece conocerte.

—Pero tampoco podemos desear que la guerra siga. Creo que lo mejor para nuestros países será que nos demos prisa en conocernos. —Acercó su copa a la de ella mientras sonreía—. Brindemos por otra cosa: Por ti, por mí y porque no se acabe esta noche.

—Brindo por eso.

Ella asintió e hizo chocar su copa. Alfred dio un sorbo a su bebida y apoyó los brazos en la mesa para acercarse más.

—Ya que vamos a darnos prisa en conocernos, empieza tú. ¿Qué puedes contarme de ti, Lisa?

Tarice

Capítulo tres

Dos botellas de champán después, salimos del restaurante. Me sentía un poco mareada, así que volví a agarrarme de su brazo. Él me miró y sonrió, como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo. Le devolví la sonrisa, a pesar de que, después de la conversación que habíamos tenido, sentía que no podía confiar en él por completo.

Me había contado muchas cosas sobre su infancia en Liverpool. Según decía, era hijo de un humilde zapatero que, a pesar de haber tenido ocho hijos, había conseguido sacarlos a todos adelante con su esfuerzo y su trabajo. Me había explicado que no pudo seguir estudiando porque tuvo que ayudar a su padre para mantener a su familia y que había estado trabajando con él hasta que estalló la guerra y tuvo que alistarse.

Aquella historia era muy bonita y muy emotiva, pero hacía aguas por todas partes. Ni su manera de hablar ni sus modales se correspondían con alguien que solo hubiera recibido una educación básica y sus manos, tersas y suaves, desmentían que hubiera realizado un trabajo manual en algún momento de su vida. Además, también me había resultado sospechoso el modo tan insistente en el que estuvo preguntándome por mi trabajo. Pedía demasiados detalles sobre un puesto tan aburrido como el de mecanógrafa y, en el brillo de sus ojos, me había parecido vislumbrar una sombra de duda, como si tampoco se creyera nada de lo que le estaba contando.

Era cierto que yo le estaba mintiendo, pero mis mentiras estaban justificadas. Tanto el trabajo que realizaba en el PRD como el departamento en sí mismo estaban considerados alto secreto. Yo tenía mis razones para mentir sobre mi identidad, pero no conseguía adivinar cuáles eran las suyas. Aquellas sospechas deberían haberme hecho huir inventando cualquier excusa, pero había decidido quedarme. Podía ser un espía, enviado por los británicos o por los alemanes para descubrir cualquier cosa sobre nuestros proyectos. Si era así, debía desenmascararle y hablar con el coronel Curtis.

Por otro lado, sabía que me estaba engañando a mí misma, que estaba inventando todos aquellos argumentos para quedarme un poco más a su lado, que, a pesar de saber que me estaba contando una sarta de mentiras, había algo en él, en el brillo de sus ojos, en aquella mirada tan dulce, en la manera en la que se marcaban sus mejillas cuando sonreía, que me hacía querer permanecer a su lado un rato más.

—Lisa…

Tardé unos segundos más de lo recomendable en contestar. Iba

ensimismada en mis pensamientos y no estaba acostumbrada a responder de forma automática a un nombre que no era el mío. Cuando me di cuenta de que me estaba llamando y me giré hacia él, vi que estaba esbozando una sonrisa burlona. Él también sospechaba de mí, pero tampoco se marchaba. ¿A qué retorcido juego estábamos jugando?

—Perdona… Estaba distraída mirando la luna.

Elevé la mirada hacia el cielo y sentí que mi respiración se detenía. El cielo ya estaba oscuro por completo, las estrellas brillaban y una luna casi llena destacaba en lo alto. ¿Qué hora era? Miré mi reloj y solté un respingo. Eran las diez y media de la noche, lo que quería decir que la señora Lowestein ya habría cerrado la puerta de la casa y que al día siguiente iba a tener que dar muchas explicaciones.

—¿Pasa algo? —preguntó él preocupado.

—Sí, la residencia en la que vivo tiene toque de queda y me lo acabo de saltar. —Me llevé las manos al rostro mientras negaba con la cabeza—. Creo que esta noche me he quedado en la calle…

—Seguro que puedes explicárselo…

—No. Tú no conoces a la señora Lowestein. Tendré suerte si consigo que no me eche de su casa para siempre.

—¿Y qué vas a hacer? Podrías venir a mi hotel. —En cuanto pronunció aquellas palabras, se sonrojó antes de continuar hablando atropelladamente—. No me entiendas mal… Me refiero a que, ya que estás en problemas porque yo te he distraído, me ofrezco a pagarte una habitación en el hotel en el que me alojo. No he pretendido ofenderte en ningún momento.

Me quedé mirando sus mejillas enrojecidas y aquellos ojos tan enormes e inocentes como los de un niño pequeño y no pude contener una risa.

—No, tranquilo. —Negué con la cabeza—. Lo que tengo que hacer es esperar a que todo el mundo se duerma y colarme en casa. Mañana puedo decir que entré sin cruzarme con nadie, que me sentí indispuesta y que me fui directa a la cama sin cenar.

—¿Y a qué hora se duermen todos?

—La señora Lowestein suele leer hasta tarde delante de la chimenea. Calculo que tendré que esperar hasta las doce o la una, pero tú puedes marcharte a tu hotel cuando quieras.

—Me estás ofendiendo —contestó él poniéndose serio—. Jamás dejaría a una dama sola en la ciudad de noche y menos a una dama tan bella. ¿Dónde vamos?

Negué con la cabeza y solté una risita. Él no podía saber nada acerca de cómo era yo, pero, cuando acompañaba a mi padre en sus viajes para vender caballos, había pasado multitud de noches sola en las llanuras de Montana, haciendo mi turno de guardia mientras los

demás dormían, con la pistola desenfundada y atenta a cualquier ruido que señalase la presencia de bandidos o de animales salvajes que pudieran atacar a nuestros animales. Era muy capaz de defenderme por mí misma y la noche en la ciudad no me daba ningún miedo. Sin embargo, en lugar de ofenderme, su excesiva y anticuada caballerosidad me hizo gracia, así que volví a engancharme de su brazo y empecé a caminar.

—¿Hace cuánto tiempo no te sientas a contemplar las estrellas? —pregunté.

—No lo sé. No lo recuerdo —respondió él antes de encogerse de hombros—. Supongo que mucho.

—Eso hay que arreglarlo. Vamos a la orilla del río.

Nos habíamos sentado sobre la hierba, mirando hacia las tranquilas y verdosas aguas del Potomac. A lo lejos, se podían distinguir los puentes de la calle 14 y, tras ellos, la silueta del obelisco que conmemoraba a Washington. El cielo estaba claro y estrellado y una brisa suave soplaba desde el río, acariciando las briznas de hierba y revolviendo nuestros cabellos.

Estuvimos hablando durante horas. De alguna extraña manera, ambos sabíamos que el otro nos estaba mintiendo sobre su vida y su trabajo, así que evitamos aquellos temas. Conversamos sobre la música que nos gustaba, sobre las últimas películas que habíamos visto en el cine, sobre los libros que adorábamos, sobre los viajes que nos gustaría hacer cuando la guerra terminara y el mundo volviera a ser un lugar amable del que disfrutar… Al cabo de un rato, él se quitó la chaqueta del uniforme y se remangó la camisa para tumbarse sobre la hierba. Se le veía relajado y tranquilo. No quedaba nada del envarado y orgulloso oficial que había conocido horas antes. Cada vez que me hablaba, giraba la cabeza hacia mí y me sonreía mientras me miraba a los ojos. Nunca había conocido a nadie que mirase de aquella manera tan limpia y directa. Incluso con la leve luz de la noche, podía ver que aquellas pupilas enormes de niño parecían brillar. Cada vez que me sonreía, con aquella sonrisa tan sincera, sentía que mi corazón se rendía un poco más.

Acabé tumbándome a su lado, con nuestros cuerpos tan cerca que casi se tocaban. Nos quedamos unos segundos en silencio con la vista fija en el firmamento. Le escuché suspirar y me giré hacia él.

—¿Qué piensas? —le pregunté sin plantearme que aquella no era una pregunta que se le pudiera hacer a alguien que acababa de conocer.

—En lo hermoso que es el cielo. En Londres nunca se ven tantas estrellas y, además, nos pasamos la noche temiendo que pueda

llenarse de bombarderos alemanes. —Respiró profundamente de nuevo—. Hacía mucho tiempo que no me paraba a mirar el cielo sintiéndome en paz.

—Tendrías que ver el cielo de Montana —respondí con tono melancólico—. Aquí la vista está cortada por los edificios y las luces de la ciudad no permiten verlo tan claro. Allí, en las llanuras, el cielo es inmenso, infinito… Parece rodearte por completo y hay tantas estrellas y brillan tanto… Te hacen sentirte tan pequeño y, al mismo tiempo, parte de algo tan grande…

—Algún día, cuando todo esto acabe, me gustaría verlo —comentó él con voz soñadora.

—Yo te llevaré —respondí sin pensar. En aquel momento, me habría ido con él a cualquier parte del mundo.

Él se limitó a sonreír y seguir contemplando el cielo. Volví a tumbarme sobre la hierba, disfrutando del silencio, solo roto por el canto de los grillos y el sonido de nuestras respiraciones, de sentirle tan cerca que me daba la impresión de que podía notar el calor que desprendía su cuerpo, que, de alguna manera, sin llegar a rozarnos, nos estábamos tocando… Él rompió la magia con su siguiente frase:

—¿No vas a contarme cómo me venciste en el pulso?

Le miré sorprendida y sin saber qué decir. ¿Todavía le seguía dando vueltas a aquello? Fingí una risa y volví a sentarme en la hierba para esquivar su mirada.

—Ya te lo he dicho —contesté—. Es un truco especial. Tan solo hay que girar el brazo de una manera en particular…

—Lisa, por favor, no me mientas. —Él también se incorporó para mirarme a los ojos—. Sé que hiciste algo raro. Vi que movías los labios, murmurando unas palabras, y, durante unos segundos, me quedé sin voluntad. ¿Qué hiciste?

Me habría gustado poder confiar en él. No me veía capaz de mirar aquellos ojos tan dulces y seguir mintiéndole. Sin embargo, me daba la impresión de que tenía demasiada curiosidad por aquel tema. Empecé a sospechar que su invitación para irme con él, las dos botellas de champán y todas las preguntas que me había hecho durante aquella noche sobre mi trabajo en el Pentágono solo habían tenido como objetivo soltarme la lengua y conseguir información. Miré mi reloj y me levanté de un salto.

—Son casi las dos y mañana tengo que trabajar. Será mejor que me marche ya.

Él se incorporó y recogió su chaqueta. Cuando nuestros ojos se cruzaron, descubrí en los suyos una mirada que era mitad diversión, mitad aceptación del desafío. No le había engañado ni por un segundo con aquella excusa, pero estaba dispuesto a seguir intentando descubrir qué secretos escondía.

—Te acompaño a casa.

—No es necesario, de verdad…

—No hay discusión sobre esto —repuso él—. Si mis compatriotas se enteran de que un caballero británico no ha acompañado a una dama a casa, no me dejarán regresar a mi país.

Sonreí y asentí. La magia que habíamos sentido minutos antes se había desvanecido por completo y caminamos en silencio hasta la casa de la señora Lowestein. No quedaba nadie en las calles de Arlington y solo nos cruzamos con algún gato que había salido en busca de aventuras. Cuando llegamos, le señalé la casa:

—Es aquí. Ya me has traído hasta casa —dije con tono divertido—. Tu reputación de caballero está intacta.

—Aún no. No pienso marcharme hasta que vea que has entrado sana y salva.

Negué con la cabeza mientras me reía. Seguro que él estaba acostumbrado a tratar con damas dulces y lánguidas que no hablaban si no se les preguntaba y que no se atrevían a salir de casa solas, pero yo no tenía nada que ver con aquel tipo de mujer. Me encogí de hombros y abrí la valla para entrar en el jardín, seguida de cerca por él. Observé la casa mientras nos acercábamos para comprobar que todas las luces estaban apagadas. Después caminé hacia un lateral y me coloqué bajo una de las ventanas de la cocina.

—Esta ventana no cierra bien —susurré.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó él divertido—. Me da la impresión de que no es la primera vez que tienes que colarte de noche.

—Es muy difícil cumplir con todas las normas de la señora Lowestein —expliqué mientras hacía fuerza para subir la ventana—. Si le hiciéramos caso en todo, nos moriríamos de aburrimiento.

Cuando terminé de subir la ventana y la aseguré, me quité los zapatos y se los tendí a Duncan. Él se quedó con ellos en las manos mientras observaba sorprendido como yo daba un salto y me encaramaba al alfeizar sin dificultad. Una vez dentro, me giré y tendí las manos para que me los devolviera. Tras hacerlo, él apoyó los brazos en el alfeizar para despedirse. Yo me incliné para poder hablarle en susurros, a pesar de que estar tan próxima a él me estaba poniendo nerviosa.

—¿Podré volver a verte? —preguntó mientras hacía un puchero adorable.

—Bueno, ya sabes a qué bar suelo ir todas las tardes —contesté intentando hacerme la dura.

—No puedo pasarme por ahí después de que cierta chica me diera una paliza.

—Si es más importante tu orgullo que encontrarte conmigo, es que no estás muy interesado en volver a verme —respondí coqueta.

—Mañana nos vemos allí. —Se puso de puntillas para acercar aún más su rostro al mío. Se quedó solo a una pulgada de mis labios y empezó a canturrear—. En mi corazón sé que nunca empezaré a sonreír de nuevo hasta que te sonría a ti.

Recorrí aquella pulgada sin pensarlo un segundo y posé mis labios sobre los suyos. Él rodeó mi nuca con su mano con suavidad para prolongar el beso. No habría hecho falta. Desde la primera vez que me sonrió, supe que deseaba beber de esa sonrisa. Cerré los ojos y dejé que el tacto de sus labios y el calor que desprendían llenaran mi mente. En aquel momento, nada más importó. El mundo entero podría haberse desvanecido y yo no lo habría echado de menos.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos a los ojos sin saber qué decir. Al cabo de unos segundos, él agitó la cabeza, como si estuviera recuperándose de un mareo, y volvió a sonreírme mientras caminaba hacia atrás por el jardín resistiéndose a dejar de mirarme.

—Nos vemos mañana. —dijo al llegar a la valla. A pesar de que lo pronunció en susurros, su voz atravesó el jardín y pareció acariciar mi oído.

—Nos vemos mañana —repetí antes de cerrar la ventana.

Me quedé mirando a través del cristal hasta que él desapareció. Suspiré emocionada e incluso improvisé unos pasos de baile mientras recorría el pasillo de camino a mi habitación. En aquel momento no me importaba que la señora Lowestein pudiera descubrirme, no me importaba absolutamente nada. Me veía capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Por suerte, pude llegar a mi habitación sin que nadie se enterara. Cuando me tumbé en la cama, me giré hacia la ventana para mirar aquel cielo que habíamos disfrutado juntos aquella noche. A pesar de que era muy tarde, me sentía demasiado emocionada para dormirme. Tardé horas en conciliar el sueño y, cuando por fin lo conseguí, lo hice con aquella canción de Sinatra sonando en mi cabeza.

Alfred

Capítulo cuatro

Cuando entró en el edificio del Pentágono a la mañana siguiente, se sentía nervioso y agotado. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, preocupado por la respuesta que iba a recibir del coronel Curtis. Dependiendo de lo que hubieran decidido, todo su viaje desde Inglaterra podía haber sido en balde. Sin embargo, no había sido solo aquella preocupación, totalmente lógica, la que le había hecho pasar la noche en vela. Por alguna extraña razón, el recuerdo de Lisa y de aquel último beso había acudido una y otra vez a su memoria. Sabía que debería estar centrado en su misión, que el futuro de su departamento podía depender de la conversación que iba a mantener con el coronel en unos minutos, pero no podía dejar de pensar en ella y de preguntarse si volvería a verla aquella tarde.

Llegó hasta la planta en la que se situaba el PRD y anunció su llegada a la mujer que se encontraba en recepción. Ella le pidió que la siguiera y le acompañó hasta la puerta del despacho del coronel Curtis.

—Espere dentro, por favor —indicó la mujer mientras abría la puerta—. El coronel llegará en unos minutos.

Alfred entró y cerró la puerta a su espalda. Al girarse para dirigirse hacia la mesa del coronel, se quedó paralizado. No estaba solo en el despacho. Sentada en una de las sillas y mirándole con la boca abierta estaba Lisa. Durante unos segundos, se planteó que estaba tan obsesionado con ella como para empezar a tener alucinaciones. Sin embargo, no era así. Estaba cambiada, con su largo pelo negro recogido en un moño y vestida con un uniforme femenino que resaltaba todas sus curvas, pero era ella.

Se acercó, sin saber muy bien qué decir ni cómo comportarse. Lo último que habían compartido había sido un beso. ¿Cómo debía saludarla? ¿Dándole la mano como si no hubiera sucedido nada?

Por suerte, una puerta lateral se abrió y el coronel Curtis entró en el despacho. Alfred se cuadró para saludar y esperó a que el hombre le indicara que podía tomar asiento. Mientras lo hacía, le dirigió una mirada de reojo a Lisa. Ella parecía muy nerviosa y no dejaba de removerse en su silla y de apretarse las manos. Se preguntó qué haría allí. Recordó que le había dicho que trabajaba en aquel edificio como mecanógrafa. Pensó que el coronel querría dejar constancia escrita de lo que hablaran en aquella reunión y que le habría pedido que viniera para que tomara apuntes y lo transcribiera después a máquina. Sin embargo, al mirar como ella continuaba retorciendo sus manos con gesto nervioso, se preguntó dónde estarían sus materiales de escritura.

—Buenos días a los dos —dijo el coronel tras tomar asiento—. Les presentaré.

—Ya nos conocemos —interrumpió Lisa con nerviosismo.

El coronel enarcó una ceja, pero decidió no hacer preguntas. Plantó ambas manos sobre la mesa y asintió.

—Perfecto, así la reunión será más breve y podremos pasar a asuntos más importantes. —Se giró hacia Alfred para dirigirse a él—. He transmitido su petición a mis superiores y están de acuerdo en mostrarle nuestro departamento y hablarle de nuestros proyectos. Como comprenderá, aunque nuestro país está más que dispuesto a colaborar con el suyo, algunos de estos proyectos podrían comprometer nuestra seguridad nacional, así que me han encargado que le acompañe en su visita y que conteste a todas las preguntas que pueda plantearme.

Alfred asintió y fingió una sonrisa de agradecimiento. Estaba seguro de que el coronel Curtis había preparado una especie de "*tour* para turistas", en el que le enseñaría los proyectos menos relevantes. No le preocupó demasiado. Ya suponía que aquella gente, por mucho que fueran sus aliados, no iba a estar dispuesta a compartir sus mayores secretos con otro país. Le correspondería a él estar atento y tratar de deducir información importante de los pocos datos que le proporcionaran.

—En cuanto a su otra petición, me alegro de informarle de que ha sido aceptada. A pesar de que vamos a cederles uno de nuestros activos más valiosos, hemos considerado que puede serles de más utilidad en su departamento.

—Me alegro muchísimo de escuchar eso —contestó Alfred—. Se lo agradezco tanto en mi nombre como en el de mi país. ¿Cuándo podré conocer a la señorita Cooper?

El coronel se quedó mirándole con los ojos muy abiertos y una expresión de confusión en la cara. Cuando pudo reaccionar, levantó una mano y señaló a Lisa.

—No entiendo… Me acaban de decir ustedes mismos que ya se conocían.

Alfred se giró hacia Lisa sin comprender. Ella también parecía confusa y miraba al coronel Curtis con cara de haberse perdido en la conversación hacía mucho rato.

—¿Ella es la señorita Cooper? —preguntó al fin Alfred.

El coronel asintió y permaneció en silencio, esperando una explicación. Alfred volvió a mirar a la chica. No estaba confuso solo porque ella le hubiera dado un nombre falso cuando se conocieron, ni porque hubiera ocultado su profesión. Se había pasado toda la noche sospechando eso. Lo que realmente le tenía confundido era que ella fuese Clarice Cooper. Cuando le habían encomendado la misión de ir

hasta Estados Unidos para tratar de reclutar a una poderosa médium, había imaginado a una mujer mayor vestida de negro y con aspecto místico, no a una atractiva joven. Le dirigió una mirada de enfado con la que pretendía expresarle que tendría que darle muchas explicaciones cuando estuvieran a solas, pero ella se la mantuvo sin pestañear mientras se dirigía al coronel.

—¿Podría saber quién es él? —preguntó.

—Habían dicho que ya se conocían. No entiendo nada. —El coronel se encogió de hombros—. Él es el teniente Alfred Mitchell. Pertenece al MI6 británico y ha venido de visita al PRD para compartir información y conocimientos sobre nuestros departamentos de investigaciones parapsicológicas.

Aquel fue el momento de Clarice de lanzarle una mirada enfadada. Alfred la ignoró y se dedicó a comprobar si llevaba bien atados los zapatos.

—Disculpe, coronel —intervino Clarice—. No entiendo la razón por la que estoy en esta reunión.

—Sí, tiene razón. —El coronel carraspeó antes de seguir hablando —. El departamento de inteligencia británico al que pertenece el teniente Mitchell ha solicitado su colaboración. A pesar de que consideramos que el trabajo que usted realiza aquí es de gran utilidad, creemos que podrá ayudar mucho más colaborando con ellos, así que sus nuevas órdenes son acompañar al teniente a Inglaterra para trabajar en el departamento que están formando.

—¿Qué? ¿Irme a Inglaterra? —Ella se levantó de la silla de un salto y plantó ambas manos sobre la mesa de un golpe—. ¿Y cuándo pensaban comunicármelo? ¿No deberían consultarme si estoy dispuesta?

—Se lo estoy comunicando ahora —contestó el coronel. Parecía enfadado por aquella insubordinación delante de un oficial extranjero —. Le recuerdo que usted se alistó en el ejército de los Estados Unidos y, por tanto, tiene la obligación de seguir las órdenes de sus mandos.

—Pero yo me alisté para trabajar aquí —volvió a protestar ella—. En ningún momento me dijeron que tendría que cruzar el océano e irme a un continente arrasado por la guerra para servir a un país extranjero.

—Usted se alistó para cumplir órdenes, fueran las que fueran. —El tono del coronel expresaba claramente que no iba a seguir tolerando sus quejas—. El barco sale dentro de tres días. Le haré llegar las órdenes concretas con el lugar y hora del embarque. Le sugiero que vaya a casa y empiece a preparar sus cosas.

Clarice no protestó más. Se limitó a soltar un bufido y a pasear su mirada, de un azul tan oscuro como el mar en un día de tormenta, entre Alfred y el coronel, antes de salir disparada del despacho sin

despedirse siquiera.

—¡Vaya carácter! —comentó Alfred, tratando de aliviar un poco la tensión.

—No lo sabe usted bien. Es una mujer extraordinaria, con grandes capacidades, pero no resulta fácil de llevar. —El coronel se levantó de su silla y le señaló la puerta—. Si me acompaña, procederé a enseñarle nuestras instalaciones.

Alfred asintió y le siguió, mientras pensaba que, si Clarice estaba la mitad de enfadada de lo que le había parecido, el viaje en barco hasta Europa se le iba a hacer muy largo.

RMS Cameronia (Atlántico norte), Julio de 1943

Tarice

Capítulo uno

Sally y Bill vinieron a despedirme al puerto. Me quedé apoyada en la barandilla de popa, viendo como sus rostros se iban desdibujando y sus cuerpos iban haciéndose más y más pequeños hasta desaparecer. Luego el barco fue alejándose de la costa, hasta que mi tierra se perdió en la lejanía. Alrededor, mirase donde mirase, solo se veía el agua del mar.

Me enjugué un par de lágrimas traidoras que habían escapado de mis ojos y aspiré con fuerza aquella brisa cargada de salitre. Me marchaba de mi hogar sin fecha de regreso. Partía rumbo a un destino desconocido, a un país arrasado por la guerra… y todo contra mi voluntad. Sentí que los ojos volvían a escocerme. Era tan injusto que no me hubieran dejado opinar en aquel asunto… Era cierto que, al alistarme en el ejército, me había convertido en un soldado que debía obedecer las órdenes de sus superiores, pero el coronel Curtis sabía que mi caso era especial. Yo me había ofrecido voluntaria para sustituir a mi madre en una labor que ambas considerábamos importante para nuestro país, pero, al hacerlo, no me había planteado ni por un segundo que mis funciones o el lugar en el que debería desempeñarlas fueran a cambiar.

Decidí abandonar la cubierta y encerrarme en mi camarote. Unas nubes cada vez más negras empezaban a invadir el cielo. Al girarme, descubrí a Duncan a unos pasos… No, no se llamaba Duncan. Era Alfred, el mentiroso, el culpable de que tuviera que separarme de mi familia y de mi patria por un tiempo indeterminado para ir a servir a un país al que no le debía nada. Él dio un paso hacia mí con una sonrisa en la cara, pero yo le esquivé, decidida a seguir adelante sin decirle una sola palabra. Me agarró del brazo para detenerme.

—¿Necesitas algo, Duncan? —pregunté mientras le dirigía una mirada de odio—. Perdona, ese no es tu verdadero nombre.

—No estarás enfadada por eso, ¿verdad? —dijo él divertido—. Tú también me diste un nombre falso. Comprenderás que soy un agente de otro país en misión oficial. No puedo darle mi nombre ni los detalles de mi misión a la primera desconocida con la que me cruzo. ¿Cuál es tu excusa?

—Que no me fiaba de ti —contesté alzando la barbilla—. Y veo que tenía razón.

—Estamos empatados. No entiendo por qué te enfadas conmigo.

Intenté agitar el brazo para liberarme, pero él siguió firme en su agarre. Lancé un suspiro y le miré a los ojos antes de seguir hablando.

—¿Sabes lo que iba a hacer este cuatro de julio? —Esperé hasta

que él negó con la cabeza—. Tenía unos días de permiso para ir a Montana a reunirme con mi familia, a la que hace meses que no veo y a la que echo muchísimo de menos. Por tu culpa, ya no voy a poder verles este cuatro de julio y seguramente tampoco en Acción de Gracias ni en Navidad… Y quizá tampoco pueda verlos el año que viene ni al otro…

—Lo lamento, pero estamos en una guerra. Hay miles de soldados que tampoco pueden ver a sus familias —contestó con voz firme—. Siento mucho si a la señorita no le viene bien servir a su país.

Me sentí insultada por sus palabras y por su mirada. Parecía que me consideraba una niña malcriada con una rabieta. Volví a agitar el brazo, aun con más violencia, y en aquella ocasión conseguí liberarme. Me marché con paso firme y me encerré en mi camarote. En aquel momento, Alfred me parecía un prepotente al que no le importaban los sentimientos de los demás con tal de que se cumplieran sus malditas órdenes.

Eché un vistazo al pequeño camarote que me habían asignado. Ni siquiera merecía ese nombre. Era un espacio minúsculo con una estrecha cama y un pequeño armario. Un diminuto ojo de buey era lo único que proporcionaba algo de luz a aquel triste ambiente. Me asomé por él y contemplé durante unos segundos el movimiento de las olas. No fue buena idea. Sentí que mi estómago se contraía y que me vendría bien tumbarme un rato, pero, al haberme hecho consciente del movimiento del barco, no funcionó como esperaba. Aquel iba a ser un viaje muy largo.

Me pasé los siguientes cinco días encerrada en mi camarote y no solo porque no quisiera cruzarme con Alfred. Nunca antes en mi vida había abandonado tierra firme y estaba claro que navegar no era para mí. Mi estómago se había convertido en una bola de fuego que giraba sin parar y la sensación de mareo era tan grande que solo me atrevía a levantarme de la cama cuando no podía contener las ganas de vomitar. Tenía tantas náuseas que ni siquiera conseguía dormir, así que estaba agotada. Todo el cuerpo me dolía y hasta me parecía que mi vista se nublaba.

En aquellos cinco días, solo recibí la visita del médico del barco, que me dijo que no me estaba muriendo como yo pensaba y que tan solo se trataba de un mareo normal, y del cocinero, que se empeñaba en traerme caldos y sopas por mucho que yo le insistía en que era incapaz de tragar un solo bocado. Alfred no se dignó a preocuparse por mí. Supongo que pensaría que, con haber conseguido que yo montara en aquel barco infernal y que llegara viva a Inglaterra, ya había cumplido su misión.

Antes de que anocheciera en nuestro quinto día de travesía, el médico volvió a visitarme. Vi en su expresión que empezaba a preocuparse. Yo había perdido peso, lucía unos oscuros círculos de color violáceo alrededor de los ojos y me encontraba tan al límite de mis fuerzas que me resultaba difícil incorporarme en la cama. Revisó mis constantes vitales y me explicó que era urgente que descansara, como si yo no lo estuviera deseando ya, como si no estuviera dispuesta a cualquier cosa por una noche de sueño reparador… El doctor le ordenó al cocinero que me preparara una infusión a base de hierbas y, en cuanto la tomé, caí profundamente dormida.

Desperté varias horas más tarde, confusa y desorientada, sin saber en un primer momento qué era lo que me había sacado del sueño. Me quedé sentada en la cama durante unos segundos, sorprendida al notar que el balanceo del barco ya no hacía eco en mi estómago. De repente, escuché el ruido de una fuerte explosión y el barco se escoró tras haber sido golpeado con fuerza. Me levanté de la cama asustada, preguntándome qué podía ser aquello que nos había golpeado. Sin detenerme siquiera a cambiarme de ropa, me dirigí en camisón hacia la puerta del camarote y salí al pasillo.

No había nadie corriendo por allí ni dando la voz de alarma. Todo el barco estaba sumido en una calma antinatural que me puso los pelos de punta. Después de la explosión y el choque, todos deberían haberse despertado. Lo siguiente que noté fue la espesa niebla de color negro que inundaba el pasillo y el fuerte olor a humo. El barco se estaba incendiando.

Corrí por el pasillo, huyendo del humo, mientras gritaba y golpeaba cada una de las puertas de los camarotes por los que pasaba. No podía entender qué era lo que estaba sucediendo, pero, si no hacíamos algo rápido, íbamos a morir todos. No recibí respuesta de ninguna de las habitaciones.

El humo era cada vez más denso y me impedía respirar. Los pulmones me ardían y los ojos me escocían tanto y estaban tan inundados de lágrimas que casi no podía ver por dónde avanzaba. Si no alcanzaba pronto la cubierta, moriría asfixiada allí dentro. Dejé de detenerme para golpear las puertas pidiendo ayuda. Ya me había convencido de que no iba a encontrarla.

Antes de que consiguiera alcanzar las escalerillas que llevaban hasta la cubierta, volví a escuchar el retumbar de una violenta explosión. El barco comenzó a balancearse como un caballo encabritado y me lanzó contra una de las paredes. Me golpeé la cabeza y todo pareció dar vueltas. Estuve a punto de marearme y caer al suelo, pero me dije a mí misma que no podía permitírmelo. Si caía inconsciente, no volvería a levantarme. El humo ya inundaba por completo el pasillo y era imposible respirar. Hice uso de toda mi

fuerza de voluntad, me apoyé en la pared y seguí andando hacia las escaleras.

Cuando conseguí llegar a la cubierta, caminé tambaleante hacia la barandilla y me quedé allí apoyada, inhalando aire a bocanadas. Poco a poco, el aire fresco de la noche fue limpiando mis ojos irritados y eliminando la sensación de mareo. Respiré profundamente una vez más y miré alrededor, tratando de descubrir qué era lo que estaba pasando.

Todos se encontraban allí: el doctor, el cocinero, el capitán, la tripulación, incluso Alfred… Estaban en posición de firmes, colocados justo a un paso de la barandilla de la cubierta, como si estuvieran formando. Nadie hablaba ni se movía. Tan solo contemplaban el enorme crucero alemán que estaba atacándonos. Pude distinguir su nombre en el costado: *Prinz Eugen*.

El barco enemigo lanzó otro torpedo, que impactó en nuestro casco unos segundos después. En cubierta, nadie se movió, ni gritó, ni trató de hacer nada para salvarnos. Los miré sin comprender. Entendía que nuestro barco estaba ya muy deteriorado, que debía de ser mucho más lento que el crucero alemán, que quizá nuestros motores estaban dañados y no podíamos maniobrar, que no contábamos con armamento suficiente como para hacer frente a aquel monstruo… Sin embargo, nada de aquello explicaba aquella absoluta falta de reacción. Al menos, habría esperado que alguien entonara una plegaria por la salvación de nuestras almas.

El fuego empezó a aflorar en la cubierta del barco. Al mismo tiempo, escuché un sonido extraño que parecía surgir de las entrañas de la nave, como si fuera un animal gravemente herido entonando su último grito de agonía. El barco se partía. Nos hundiríamos en cuestión de segundos.

Ni siquiera cuando el barco empezó a escorarse mis compañeros reaccionaron. Siguieron firmes, con la mirada perdida mientras nuestra nave emprendía su último viaje hacia las profundidades. Yo grité aterrorizada, pidiendo ayuda mientras me agarraba a la barandilla con todas mis fuerzas. La cubierta se inclinaba cada vez más, hasta que, durante unos segundos, se colocó casi vertical antes de empezar su inexorable descenso. Grité y grité, pero mi voz quedó ahogada por las explosiones provenientes de las calderas de la sala de máquinas, por los crujidos del armazón del barco al partirse, por los rugidos del mar embravecido que nos daba la bienvenida abriendo sus voraces fauces para devorarnos.

En cuestión de segundos, el agua nos cubrió por completo. Intenté nadar, pero la corriente me arrastraba hacia abajo. El barco, en su caída a las profundidades, había creado una fuerte corriente que iba a succionarnos a todos, como si no quisiera separarse de sus pasajeros

en aquel último viaje.

Luché cuanto pude, tratando de combatir aquella corriente. El agua helada parecía paralizar mis miembros, incluso mi cerebro. No podía pensar de forma coherente. La corriente jugaba con mi cuerpo, haciéndolo girar, hasta el punto de que ya ni siquiera podía estar segura de si estaba nadando hacia la superficie o si lo hacía hacia mi tumba definitiva en aquel lecho marino. Me convertí en un animal desesperado que luchaba por sobrevivir. Mis pulmones ardían suplicando por una bocanada de aire, pero me encontraba sumida en una negrura absoluta en la que no podía encontrar la salida. Sentí que mi pecho iba a estallar y abrí la boca desesperada, permitiendo que el agua fría y salada del Atlántico inundara mi cuerpo.

Al segundo siguiente, estaba en mi cama. Respiré desesperada, sintiendo que continuaba ahogándome, que el oxígeno salvador que me rodeaba no llegaba a mis pulmones. Tenía el corazón enloquecido. Golpeaba mi pecho con tanta fuerza que pensé que iba a morir en aquel mismo momento. Cuando conseguí que se calmara un poco, me incliné hacia delante y enterré la cara entre las manos. Estaba en la cama, a salvo. Todo había sido un sueño. Sin embargo, la sensación de angustia no desaparecía. Estaba segura de que no había sido un sueño normal. Había tenido sueños similares en otras ocasiones, como la vez en la que un rayo impactó en el tejado de la iglesia del pueblo e incendió varios edificios o la noche en la que murió mi abuela. No era un sueño, no era algo irreal. Lo que había visto iba a suceder. Estaba segura de ello.

Me levanté de la cama y, sin detenerme a coger una bata o unas zapatillas, salí al pasillo. La visión de mi sueño continuaba tan presente en mi cabeza que me sorprendió no encontrarlo cubierto de humo. Me crucé con un marinero, que me contempló con una sonrisa burlona y se llevó la mano a la frente haciendo un saludo militar. Sentí que enrojecía. No era decoroso estar vestida con un camisón translúcido en un barco repleto de hombres. Decidí ignorar mi vergüenza y seguir adelante. En mi interior sabía que no había tiempo para andarse con remilgos.

Corrí por el pasillo hasta llegar a la puerta del camarote de Alfred y empecé a golpearla con insistencia. Solo tardó unos segundos en abrir. Estaba despeinado y su mirada confusa me confirmó que acababa de despertarle de un sueño profundo, pero agradecí que, incluso en aquellas circunstancias, hubiera conservado la lucidez suficiente como para ponerse unos pantalones. Se quedó mirándome con la cabeza ladeada y una ceja enarcada, como si tratara de adivinar qué podía estar haciendo yo en la puerta de su habitación a aquellas horas de la noche y no fuera capaz de encontrar ninguna respuesta coherente.

—Tengo que hablar contigo. —Puse una mano en su pecho para

empujarle al interior del camarote. Él se dejó hacer y yo entré tras él y cerré la puerta a mi espalda.

—Clarice… Esto es muy irregular —dijo cuando pudo reaccionar —. No es correcto que una dama se presente en el dormitorio de un caballero en mitad de la noche. Y menos sin ir cubierta como Dios manda.

A pesar de que en aquel momento me entraron ganas de decirle que él y sus anticuados modales británicos podían irse al cuerno, no pude evitar echar un vistazo a su torso desnudo y a las sábanas revueltas de su cama. Sentí que me sonrojaba, pero ignoré mi vergüenza. No era momento para pensar en tonterías.

—Escúchame, es urgente. —Mi voz debió transmitirle qué lo que quería decirle era importante, porque no contestó y se limitó a asentir para indicarme que tenía toda su atención—. El barco se va a hundir. Vamos a ser atacados esta misma noche.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —Volvió a arquear la ceja.

—Lo he visto en un sueño. —Antes de que pudiera protestar, agité las manos frente a él para impedirle hablar—. No ha sido un sueño normal. He tenido sueños así en otras ocasiones y siempre se cumplen. Un barco alemán va a atacarnos. Si no hacemos algo, moriremos todos.

—¿Y qué sugieres que haga? —preguntó con tono jocoso—. ¿Que vaya donde el capitán y le pida que cambie el rumbo porque has tenido una pesadilla?

—Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo. —Él lanzó una risa sarcástica que acabó por desquiciarme—. No ha sido una pesadilla, ha sido un sueño profético. He visto el barco enemigo. Incluso puedo decirte su nombre: *Prinz Eugen*.

La sonrisa burlona desapareció de sus labios, pero continuó sin moverse, como si estuviera dudando sobre si debía creerme. Decidí aprovechar aquella pequeña grieta para seguir atacando.

—Alfred, por favor, tienes que creer en mí. —Me acerqué a él y tomé sus manos entre las mías—. Has cruzado el océano para buscarme porque crees que tengo capacidades especiales. Confía ahora en ellas.

Él me miró a los ojos durante unos segundos. Sentí que volvía a enrojecer al tenerle tan cerca, con sus manos en las mías y aquellos ojos verdes tan enormes mirándome fijamente. No sé qué vio él en mi mirada, pero acabó asintiendo, me soltó y se sentó en la cama para empezar a ponerse las botas.

—Está bien. Iremos a hablar con el capitán. —Levantó la cabeza y volvió a mirarme con una sonrisa burlona iluminando su cara—. Te sugiero que regreses a tu camarote…

—No. Voy a ir contigo —protesté.

—… y te pongas algo de ropa. No es adecuado que una dama se pasee por un barco en camisón.

Me mordí la lengua y salí de su habitación sin decir nada. Noté que las mejillas volvían a arderme. No podía creer que él tuviera ese poder sobre mí. Estaba preocupada porque podíamos morir aquella misma noche y, aun así, él conseguía hacer que todo se me olvidara y que me sonrojara como una colegiala con cada palabra y cada mirada.

Entré a toda velocidad en mi camarote, cogí un vestido cualquiera y unos zapatos y, tras vestirme, cepillé mi pelo y lo anudé con una cinta. Estaba terminando cuando escuché un par de golpes en la puerta. Salí para encontrarme con Alfred, que ya lucía su uniforme con tanta elegancia como si hubiera tenido horas para prepararse para un desfile. Me tomó de la mano y corrimos hacia el puente de mando. Me complació notar su urgencia. Parecía que había conseguido persuadirle de que el peligro era real y que debíamos convencer al capitán. Recé para que él también me creyera. Si no lo conseguía, acabaríamos aquella noche en el fondo de aquellas oscuras y gélidas aguas.

Alfred

Capítulo dos

Alfred se quedó en el umbral del puente de mando, mirando confundido a sus ocupantes. Allí se encontraban el telegrafista y un marinero, además del primer oficial. Se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta de que, a aquellas horas de la madrugada, el capitán estaría durmiendo.

—Necesitamos hablar con el capitán urgentemente —le dijo al primer oficial.

—Está descansando en su camarote —contestó el hombre tras levantarse de la silla que ocupaba y erguirse—, pero estoy seguro de que yo estoy capacitado para ayudarle.

—Agradezco muchísimo su predisposición y estoy seguro de que, en cualquier otra ocasión, me sería usted de gran ayuda, pero creo que debo tratar este asunto con el capitán.

Escuchó como Clarice bufaba a su lado. Cuando notó que ella soltaba su mano para adelantarse un par de pasos, se sorprendió. Ni siquiera había notado que todavía la estaba agarrando. Era muy extraña aquella sensación de familiaridad entre dos personas que apenas se conocían y que, hasta hacía diez minutos, ni siquiera se hablaban. Se recordó a sí mismo que debía evitar ese tipo de gestos en el futuro. Ella iba a ser su subordinada en cuanto llegaran a Inglaterra y ese tipo de comportamiento no era profesional.

—No tenemos tiempo para tanta palabrería —intervino Clarice, encarándose con el primer oficial—. Necesitamos que cambien el rumbo del barco. ¿Puedes tomar esa decisión o hay que avisar al capitán?

—No hay ninguna razón para cambiar el rumbo, señorita —protestó el oficial.

—Sí la hay. Un barco alemán nos va a atacar y vamos a morir todos —contestó Clarice en un tono que rayaba la histeria.

Un silencio absoluto se adueñó del puente de mando. El primer oficial clavó su mirada en Alfred. No tuvo que pronunciar una sola palabra para que él entendiera que el hombre estaba cuestionándose la salud mental de su acompañante.

—Debería hacerle caso a la señorita —dijo tras asentir—. Puede ser un asunto de vida o muerte.

El hombre reflexionó durante unos segundos, pero acabó por ordenarle al marinero que fuera en busca del capitán y lo trajese al puente lo más pronto posible. Se quedaron esperando en silencio durante lo que pareció una eternidad. Al cabo de un par de minutos, Clarice no pudo soportarlo más y salió a cubierta para pasear arriba y

abajo con la vista fija en el horizonte, como si esperase ver aparecer en cualquier momento el barco enemigo con el que había soñado. Alfred dudó si ir con ella y tratar de tranquilizarla, pero abandonó la idea. Su relación era muy tensa desde que ella había descubierto su verdadera identidad y el objetivo de su misión y no creía que, con el estado de nerviosismo en el que se encontraba, fuera a ser bien recibido.

En cuanto el capitán apareció por cubierta, Clarice se lanzó a por él. Alfred decidió acercarse para ayudarla. No creía que en aquel momento estuviera capacitada para convencerle de la necesidad de alterar el rumbo del barco. De hecho, era muy probable que, en cuanto comenzara a hablar, el capitán pensara que estaba loca.

—Capitán, menos mal que ha llegado. —Ella le tomó las manos como si fueran viejos conocidos. Él se quedó paralizado y enarcó una ceja, sorprendido ante aquella familiaridad.

—Señorita Cooper, creo que lo mejor será que entremos al puente de mando y hablemos tranquilamente —intervino Alfred, tomándola del brazo.

Ella le lanzó una mirada de enfado y clavó sus ojos en el lugar por el que él la estaba agarrando para dejar claro que le molestaba aquel contacto. Alfred asintió, la soltó y señaló la puerta que daba acceso al puente de mando. Ella se dirigió hacia allí con la cabeza alta mientras los dos hombres la seguían.

Cuando entraron, el capitán tomó asiento y, sin dirigirles siquiera la palabra, sacó una pipa de un bolsillo de su chaqueta y empezó a prepararla con gestos tranquilos y parsimoniosos. Alfred dudó si debía iniciar la conversación sin que él les diera pie a ello, pero Clarice no tuvo tantas contemplaciones. Se acercó al capitán y, tras plantar con fuerza ambas manos sobre la mesa, se inclinó hacia él.

—Tenemos que cambiar el rumbo del barco —dijo sin más rodeos.

El hombre enarcó de nuevo una ceja y continuó apisonando el tabaco en la cazoleta de su pipa durante un par de segundos como si no hubiera oído nada.

—Esa es una petición muy inusual —comentó tras colocarse la pipa entre los labios—. Va a tener que darme un argumento muy bueno para convencerme.

—Vamos a ser atacados. Nos cruzaremos con un barco de guerra alemán y nos hundiremos —explicó alterada.

—¿Podría decirme de dónde ha sacado esa información?

—Lo he visto en un sueño —contestó ella con voz firme.

El capitán la miró durante unos segundos con la boca abierta antes de desviar la mirada hacia Alfred. Él se adelantó hasta colocarse al lado de Clarice.

—Creo que debería escucharla, señor —aconsejó—. Sé que suena a

locura, pero tengo razones para pensar que puede estar en lo cierto.

—¿Me están diciendo que tengo que cambiar el rumbo establecido, un rumbo calculado para que sea lo más rápido y seguro posible, porque esta mujer ha tenido una pesadilla?

—Esta mujer tiene poderes que no podemos explicarnos —contestó Alfred—. Hemos hecho este viaje desde Inglaterra para traerla. Tengo razones para pensar que su sueño no es una pesadilla sin sentido, sino un sueño profético.

—Como comprenderá, no pienso alterar el rumbo de la nave sin más pruebas que la confianza que usted pueda tener en ella.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si yo no estuviera delante? —les cortó Clarice—. Tengo pruebas. Vi el nombre del barco en mi sueño. Se llama *Prinz Eugen*. ¿Conocen algún barco de guerra alemán con ese nombre?

—Por supuesto. Es uno de los cruceros más importantes de la *Kriegsmarine*, pero que usted conozca el nombre no prueba nada —objetó el capitán—. Ese barco ha participado en batallas importantes, como en la operación *Rheinübun*, la batalla del estrecho de Dinamarca o la operación *Cerberus*. Puede haber leído usted su nombre en cualquier periódico.

Clarice bufó y volvió a golpear la mesa con ambas manos mientras le lanzaba una mirada asesina al capitán.

—No he visto ese nombre en ningún periódico —insistió ella—. Lo he visto con mis propios ojos, al igual que he visto que nos destrozará sin que podamos hacer nada para defendernos y nos enviará al fondo del mar. Tiene que creerme.

—Me gustaría hacerlo, señorita, pero lo que dice es imposible. —El capitán se recostó en su silla y le dio una nueva calada a su pipa—. El *Prinz Eugen* no puede estar navegando por estas aguas porque está bloqueado en Noruega desde hace meses por la flota aliada.

—¿Y no se les puede haber escapado?

El capitán soltó una risa sarcástica y negó con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba oyendo. Después, se giró hacia el telegrafista:

—Señor Collins, ¿podría preguntar si hay alguna noticia nueva sobre la localización del *Prinz Eugen*?

El joven asintió y empezó a enviar un mensaje a los barcos cercanos. Durante unos minutos, lo único que se escuchó en el puente fue el incesante golpeteo del telégrafo transmitiendo una y otra vez el mismo mensaje. Cuando empezó a escucharse como llegaba la respuesta, todos se acercaron a la mesa del telegrafista y esperaron a que les tradujera aquella sucesión de puntos y rayas que no tenía ningún sentido para ellos.

—Es un mensaje del HMS Ajax —dijo el chico tras unos segundos

—. Dice que han sido avisados hace tres días de que el *Prinz Eugen* consiguió escapar del bloqueo de la flota aliada y que ahora mismo se desconoce su paradero.

—¿Me cree ahora? —preguntó Clarice.

—No lo sé, señorita —contestó el capitán—. Que no se sepa dónde está, no quiere decir que esté en nuestro rumbo.

—¿Pero cómo puede ser tan cabezota? —gritó ella fuera de sí—. ¿Qué más pruebas quiere? Le aseguro que, si no varía la trayectoria, vamos a encontrarnos de frente con ese barco y vamos a morir todos.

El capitán se la quedó mirando con el ceño fruncido. Alfred pensó que el tono de Clarice le había molestado tanto como para estar planteándose echarla del puente y ordenarle que se recluyera en su camarote, pero, por otro lado, en sus ojos había un brillo de duda. Decidió presionar un poco para ayudarla.

—Capitán, confío en lo que dice esta mujer —dijo adelantándose un paso—. Si estamos haciendo este viaje, ha sido para conseguir su colaboración. Hemos cruzado todo un océano para poder utilizar sus extraordinarias capacidades a nuestro favor. No podemos ignorarlas ahora.

El capitán le dio una larga bocanada a su pipa mientras empezaba a caminar arriba y abajo por el puente. Alfred le dejó reflexionar sin decir nada más mientras rezaba para que los escuchase. Él tampoco tenía ninguna razón lógica para pensar que lo que estaba diciendo Clarice fuese cierto, pero, sin saber por qué, confiaba en ella a ojos ciegos.

—Está bien. Esto alargará nuestra travesía un día más, pero, aunque no sabría explicar por qué, voy a hacerles caso.

Sin decir nada más, el capitán se reunió con el primer oficial para calcular el cambio de rumbo y transmitir las instrucciones pertinentes a la sala de máquinas. Clarice lanzó un largo suspiro y salió del puente. Alfred dudó unos segundos, pero finalmente decidió seguirla. Se la encontró en la cubierta de babor, con las manos agarradas a la barandilla y la mirada clavada en la noche estrellada. El viento agitaba su pelo negro y revolvía sus ropas. Alfred se quedó parado un segundo, sorprendido por las sensaciones que ella le provocaba. La veía tan bella y misteriosa, tan cargada de un poder que él solo podía imaginar…

Ella debió de captar su presencia, porque se giró hacia él y le dirigió una sonrisa nerviosa. Alfred se acercó hasta colocarse a su lado y también se agarró a la barandilla y elevó su mirada hacia el cielo. No sabía por qué, pero se sentía demasiado intimidado por ella como para mirarla a los ojos.

—¿Contenta? —preguntó—. Lo hemos conseguido.

—No. No estoy contenta —respondió ella—. La sensación de

angustia no desaparece. Creo que no vamos a poder evitar a ese barco.

—¿No serán simplemente los nervios?

—No. Es algo más. —Se mantuvo en silencio durante unos segundos, hasta que Alfred se giró hacia ella y pudo mirarlo a los ojos —. Llevo toda mi vida sintiendo estas sensaciones y sé cuando son reales. Es demasiado tarde y no va a ser suficiente con variar el rumbo para esquivarlo. Tenemos que hacer algo o moriremos todos.

Tarice

Capítulo tres

La siguiente hora fue frenética. Tras abrir los baúles de mi equipaje y esparcir toda la ropa por la habitación, conseguí encontrar lo que estaba buscando. Era el libro de rituales que mi madre me había regalado al cumplir los dieciocho años, una copia escrita a mano del que su propia madre le regaló a ella al llegar a la mayoría de edad. Era una tradición que se había repetido generación tras generación desde la primera bruja de nuestra familia. Cada hija primogénita recibía una copia de aquel libro con los hechizos y rituales de todas sus antepasadas en el que añadiría sus propios descubrimientos antes de cedérselo a su primera descendiente.

Me senté en el suelo de la habitación con las piernas cruzadas y el libro en el regazo y empecé a pasar sus páginas de forma frenética buscando algo que pudiera ayudarnos. Encontré algunos rituales que se acercaban a lo que necesitaba: hechizos de confusión, rituales de ofuscación, incluso algún hechizo de invisibilidad temporal… Sin embargo, por mucho que busqué, mis temores se acabaron confirmando: no había ningún hechizo ni ritual tan potente como para ocultar un barco de más de quinientos pies de largo. Iba a tener que inventar algo por mí misma y rezar a todos los dioses suplicando ayuda. Tras diseñar el ritual, corrí a la cocina del barco y busqué entre las provisiones algo que pudiera servirme. Hubo momentos en los que tuve ganas de gritar y rendirme. Sabía que no iba a ser fácil conseguir los ingredientes necesarios para un hechizo poderoso en las cocinas de un barco en medio del Atlántico, pero comprobar que no podía acceder a casi ninguna de las cosas que necesitaba me resultó desesperante. Tuve que utilizar mi imaginación y poner toda la fe posible en que, a pesar de lo precario de mi situación, aquello funcionaría. Tenía que funcionar. La vida de todos los ocupantes del Cameronia dependía de ello.

Cuando me convencí de que no iba a encontrar ingredientes mejores y me di por vencida, junté todo en una cesta y subí corriendo las escaleras que llevaban a la cubierta. Alfred y el capitán estaban allí, apoyados en la borda con la mirada perdida en el horizonte. Me acerqué despacio para no hacer ruido y saber de qué estaban hablando. Iba a necesitar la colaboración ciega de aquellos dos hombres. Pensé que sería conveniente enterarme de cuál era su opinión acerca de lo que estaba sucediendo.

—Si los dos destructores que nos escoltaron en el viaje de ida estuvieran aquí, no tendríamos este problema —dijo Alfred.

—Eso es responsabilidad suya —le cortó el capitán—. Si

hubiéramos esperado, nos habrían asignado una escolta, pero usted insistió en que debíamos zarpar ya…

—Sí, tiene razón… Digamos que no estaba muy seguro de que la "mercancía" que debíamos transportar no fuese a escaparse y decidí partir cuanto antes… Espero no habernos condenado a todos con esa decisión.

—No se agobie. —El capitán puso una mano en el brazo de Alfred y apretó con fuerza para transmitirle su apoyo—. Lo más seguro es que nos estamos preocupando por nada. Ya sabe lo imaginativas que pueden ser algunas mujeres.

—Bueno, yo confío en ella, pero puede ser que se esté dejando llevar por la histeria…

Sentí que un volcán de ira ardiente despertaba en mis entrañas. Si no hubiera sido porque estaba segura de que todos moriríamos si yo no hacía algo, me habría sentado en la cubierta a esperar a que el barco alemán llegara y nos bombardeara para mirar en ese momento a los ojos de los dos hombres y preguntarles con voz adorable "Histeria, ¿verdad? ¿Cosas de mujeres? Pues para estar solo en mi imaginación, eso se parece mucho a un crucero alemán real con torpedos reales". En lugar de eso, carraspeé con fuerza a su espalda para hacerles saber que estaba allí y que lo había escuchado todo. Ambos hombres dieron un respingo antes de girarse hacia mí con gesto avergonzado.

—Ya tengo todo lo que necesito para el ritual —anuncié mientras me sentaba en el suelo y empezaba a sacar los ingredientes para dejarlos esparcidos sobre la cubierta.

Los hombres se quedaron mirándome con expresión confusa durante un par de minutos, mientras yo iba sacando elementos tan dispares como sal de cocina, velas, una botella de agua, otra de aceite y todos los botes de especias que había podido encontrar.

—Voy a necesitar toda su colaboración. —Acabé de sacar todos los ingredientes, me levanté del suelo y me sacudí la falda antes de encararles con gesto altivo—. Lo primero que quiero es que apaguen todas las máquinas y las luces del barco.

—Eso es totalmente imposible, señorita —protestó el capitán—. No puedo detener el barco por un miedo infundado…

—No es un miedo infundado, ni es fruto de mi imaginación desbocada, ni producto de uno de esos ataques de histeria tan típicos de la psique femenina —le corté furiosa—. Sé lo que va a suceder. Si no me obedecen, este barco y todos sus ocupantes descansaremos en el fondo del mar antes del siguiente amanecer.

—No puede saber eso —volvió a interrumpirme el capitán.

—Sí, sí que puedo… De hecho, sus superiores están tan seguros de que puedo que no han dudado en movilizar este barco y a toda su tripulación para que cruzaran el océano para buscarme. Me gustaría

que pudiera discutir con ellos el alcance de mis poderes, pero el caso es que, si esta noche no me escucha, no tendrá la oportunidad de hacerlo porque todos estaremos muertos.

Él abrió la boca para volver a protestar, pero no pronunció ni una sola palabra. Se giró hacia Alfred, que contemplaba la discusión con los brazos cruzados frente al pecho. Por suerte, cuando el capitán le dirigió una mirada interrogativa, Alfred se limitó a asentir con energía para indicarle que debía obedecerme. El hombre volvió a abrir y cerrar la boca, soltó un resoplido y, sin decir nada, se dirigió al puente de mando para transmitir las órdenes a sus hombres. Antes de que desapareciese de mi vista, volví a llamarle.

—¡Disculpe, capitán Lloyd! Cuando hayan detenido el barco y hayan apagado todas las luces y todos los motores, necesito que usted y toda su tripulación se presenten aquí para ayudarme con el ritual.

El hombre volvió a dirigir su mirada hacia Alfred, que se limitó a asentir de nuevo. Tras lanzar un resoplido aún más potente y mascullar alguna maldición entre dientes, continuó su camino. Contuve una risa burlona y ocupé su lugar en la barandilla del barco al lado de Alfred. Durante unos minutos, nos limitamos a contemplar el mar en calma y la increíble cantidad de estrellas que iluminaba el cielo nocturno. La voz de Alfred rompió aquella calma:

—¿Cómo de segura estás de que ese crucero alemán va a aparecer?

—No confías en mí, ¿verdad? —pregunté dolida antes de girar la cabeza hacia él—. Crees en mis poderes lo suficiente como para arrancarme de mi hogar y llevarme lejos de todos mis seres queridos, pero no lo bastante como para arriesgar tu imagen siguiendo las premoniciones de una mujer histérica.

—No es eso, Clarice… Me gustaría creer en ti, pero estoy al cargo de toda esta gente. El capitán me está permitiendo tomar decisiones que pueden ponernos en peligro a todos. Ahora esta gente está bajo mi responsabilidad…

—Y bajo la mía. ¿Crees que haría todo esto por un sueño o por un miedo infundado?

Alfred me esquivó la mirada y volvió a fijarla en el horizonte. Tras unos segundos de silencio, tomó una profunda bocanada de aire, se giró hacia mí y me dirigió una mirada triste.

—Me encantaría creer en ti ciegamente…

—Lo harás —contesté elevando la barbilla con gesto digno—. En solo unas horas, lo harás.

Era extraño no sentir la vibración de los motores bajo los pies. Después de tantos días, uno llegaba a ignorarla, pero, en aquellos momentos, sentía que me faltaba algo. Era incómodo sentir el cabeceo

del barco y aquel silencio tan solo roto por el leve golpe de las olas al lamer la quilla. Si para mí, que no estaba acostumbrada a navegar, aquellas sensaciones me resultaban tan incómodas, la tripulación, para la que aquellos sonidos eran su vida, tenía que estar al borde del ataque de nervios.

Todos los ocupantes del barco se encontraban en cubierta, colocados en círculo a mi alrededor. No sabía qué les habría dicho el capitán, pero se mantenían en silencio, con los ojos fijos en mí, atentos a mis instrucciones. Me habría gustado poder hablar con todos y cada uno de ellos, explicarles la importancia de lo que íbamos a hacer y pedirles que confiaran en mí, pero algo en mi interior me avisaba de que el tiempo se nos acababa y me urgía a actuar cuanto antes.

Sin decir palabra, empecé a preparar los componentes del ritual que había diseñado. Mientras trazaba sobre el suelo de madera de la cubierta un círculo de sal, sentí que el miedo empezaba a invadirme. No tenía la más mínima seguridad de que aquello fuera a servir para algo. Estaba intentando realizar un ritual muy complejo y que requería de una energía psíquica inmensa y para ello solo contaba con mis conocimientos de bruja novata y con la colaboración de un grupo de hombres no iniciados en la magia. Aquello era una locura destinada al fracaso, pero era nuestra única posibilidad.

Coloqué varias velas señalando los puntos cardinales y las encendí mientras cerraba el círculo de protección y rezaba para conseguir la bendición de los dioses. Las llamas crecieron hasta alcanzar varios palmos de altura y se volvieron de un color azulado. Aquello despertó los murmullos asustados de todos los presentes. Levanté la mirada y contemplé sus rostros temerosos a la fluctuante luz de las velas. Algunos me miraban con miedo, otros contemplaban a sus compañeros como si les preguntaran con la mirada si deberían huir, un par de ellos musitaba plegarias para pedir protección a Dios frente a la influencia de la bruja… Ya lo había supuesto. Los marineros siempre habían tenido fama de ser gente impresionable y supersticiosa. Debía contener su miedo y hacer que esa energía trabajara en mi favor. Cuando terminé de encender la última vela, me erguí y fui clavando mi mirada en los ojos de todos ellos.

—Esta noche necesito vuestra ayuda. Sé que todo esto os da miedo, pero es lo único que podemos hacer para salvar nuestras vidas. —Tomé aire antes de continuar hablando—. Nuestro rumbo y el del barco alemán *Prinz Eugen* se cruzarán en cuestión de minutos. No tenemos armas para enfrentarnos a él y nuestro barco no puede alcanzar la velocidad suficiente como para huir de sus cañones y torpedos. Nuestra única opción es ocultarnos y eso es lo que vamos a hacer con este ritual. Para que funcione, necesito dos cosas: que

confiéis en mí y que sigáis mis instrucciones.

Volví a pasear mi mirada por los rostros de aquellos hombres. Un par de ellos me lanzaron una mirada desafiante, pero continuaron en sus puestos. Los demás, a pesar de parecer confusos y atemorizados, asintieron a mi petición. Terminé de cerrar el círculo y repartí unos papeles en los que había apuntado las frases del ritual.

—Necesito que aprendáis esas frases y que las pronunciéis una y otra vez —expliqué—. Cuando os lo indique, quiero que os deis las manos, que os relajéis y os concentréis y que entonéis esas frases hasta que yo os pida que paréis. ¿Estáis preparados?

Todos los hombres asintieron. Les dejé un par de minutos para que se pasaran los papeles y memorizaran las frases que debían de entonar. Después, me coloqué en el centro del círculo, tomé aire un par de veces y miré a Alfred para indicarle con un gesto que podíamos empezar. Alfred tomó las manos de los dos hombres que tenía a ambos lados y los demás le imitaron. Cuando el círculo que formaban todos ellos estuvo cerrado, volví a hacerle una seña a Alfred, que empezó a entonar el cántico mientras los demás le seguían.

In silentio abscondam.

In nebula abscondam.

In confusione abscondam.

Me encomendé a los dioses y pedí la fuerza y colaboración de todas mis antepasadas mientras solicitaba ayuda a los espíritus del aire, la tierra, el fuego y el agua. Las llamas de las velas crecieron aún más, hasta alcanzar varios palmos de altura. Empezaron a expulsar un humo negruzco y espeso, una niebla que comenzó a extenderse por la cubierta hasta llegar a la borda. Después, fue deslizándose hacia abajo, como si pesara. Al llegar al agua, siguió extendiéndose, cada vez a mayor velocidad. Desde el centro del círculo, elevé los brazos al cielo y me concentré en seguir suplicando la ayuda de los dioses mientras me unía al cántico de los hombres.

In silentio abscondam.

In nebula abscondam.

In confusione abscondam.

La niebla se extendió más y más, ocultando el cielo y sus miles de estrellas. Era tan espesa que casi no podíamos vernos los unos a los otros. El horizonte desapareció, el mar que nos rodeaba se volvió invisible. Parecíamos perdidos dentro de aquel banco de niebla espeso y antinatural. Las velas se apagaron una vez cumplida su función. Respiré aliviada. El ritual había funcionado. Ya solo nos quedaba esperar.

Alfred

Capítulo cuatro

Alfred se apoyó en la barandilla y la apretó con todas sus fuerzas mientras dejaba que todo el aire que llenaba sus pulmones fuera saliendo, en un vano intento de expulsar los nervios y la angustia que llevaba dentro. Miró su reloj. Llevaban más de una hora sumidos en aquella niebla espesa que no dejaba ver nada, inmersos en aquel silencio antinatural… Los motores continuaban apagados y los hombres trataban de no hacer ningún ruido. Se habían ido sentando, solos o por parejas, en diversos rincones de la cubierta, pero no conversaban entre ellos. Durante los primeros minutos, algunos habían rezado o habían seguido pronunciando la letanía que les había pasado Clarice, pero la tensión y el miedo había acabado por adueñarse de las almas de todos ellos. Ya solo podían permanecer expectantes, en silencio, y esperar a que Clarice les indicase que ya había pasado el peligro o a que llegara el amanecer y todo aquello acabara.

Alfred la buscó con la mirada sobre la cubierta. A pesar de que todo estaba velado por aquella espesa niebla que dificultaba ver cualquier cosa que estuviera a más de tres pasos, distinguió su figura. Se había inclinado hacia delante con los codos apoyados en la barandilla para escrutar aquella niebla impenetrable. A su lado estaba el capitán Lloyd. Llevaba unos prismáticos en las manos y se los colocaba una y otra vez frente a los ojos para tratar de descubrir algo, de traspasar de alguna manera la nube grisácea que parecía haber devorado el mundo.

Se acercó con pasos lentos para que sus zapatos no despertaran ningún eco sobre las tablas de la cubierta. Cuando llegó junto a ellos, se colocó al lado de Clarice y cruzó los brazos frente al pecho mientras miraba hacia aquella niebla oscura y espesa. No sabía muy bien qué era lo que estaban mirando, qué se suponía que esperaban… Lanzó un vistazo disimulado a su compañera. Clarice seguía inclinada hacia delante con el ceño fruncido mientras se aferraba a la barandilla con tanta fuerza como para tener los nudillos blancos. Alfred se dio cuenta de que ella se estaba mordisqueando el labio inferior con nerviosismo y se sorprendió a sí mismo deseando mordisquear aquellos labios...

Se reprendió por aquellos pensamientos fuera de contexto. Acababan de realizar un extraño ritual para librarse del ataque de un crucero alemán que podía destruir su barco y matarlos a todos… O eso se suponía. Si era cierto lo que Clarice decía, estaban en una situación de peligro mortal. Si solo eran desvaríos, Clarice era una loca en la que había puesto todas sus esperanzas de futuro de la División

OpenMind. Cualquiera de las dos opciones era lo suficientemente grave como para no distraerse pensando en besos.

Sacó un paquete de tabaco americano del bolsillo de la chaqueta y se llevó un cigarrillo a la boca, pero, antes de que pudiera encenderlo, la mano de Clarice le detuvo. La miró y vio que ella negaba con la cabeza.

—¿No se puede fumar? —preguntó él confuso—. Es imposible que se vea el brillo de un cigarrillo con esta niebla.

—Rompería el hechizo: *In nebula abscondam* —contestó ella—. Me escondo en la niebla.

—Ya estamos escondidos en la niebla —repuso él—. La llama de un mechero no va a cambiar eso.

—Sí, lo cambia por completo. —Ella negó con la cabeza, impaciente, como si se sintiera molesta por tener que explicar algo tan obvio—. La magia se compone de deseos, de la intención en las palabras, de los pequeños gestos que las acompañan… Es un conjunto en el que todo debe respetarse. No puedo estar diciendo que me escondo y después encender una llama que revele mi posición. Es contradictorio y podría romper el hechizo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó él—. ¿O solo estás impidiéndome fumar porque sigues enfadada conmigo por hacerte ir a Inglaterra?

—No todo el mundo está capacitado para comprender el funcionamiento de la magia. Y no espero que lo entiendas, espero que obedezcas. —Al ver que Alfred iba a protestar, se llevó el dedo índice a los labios antes de susurrar—. *In silentio abscondam*.

Alfred se mordió la lengua para no seguir protestando. Le seguía dando la impresión de que Clarice estaba castigándole de alguna manera y que disfrutaba con ello, pero ni siquiera podía seguir pidiendo explicaciones. Guardó el cigarrillo y se apoyó en la barandilla para seguir escrutando inútilmente aquella niebla impenetrable.

Acabó por perder la noción del tiempo. Mirar aquel oscuro velo en el que danzaban las volutas de niebla resultaba hipnótico. Poco a poco, fue adormilándose y sintiendo que los párpados le pesaban más y más. Era extraño. Se suponía que estaban esperando para avistar a un enemigo, que se encontraban en peligro de muerte… y, sin embargo, aquello estaba resultando soporífero. De hecho, empezaba a estar cada vez más seguro de que no iba a suceder nada y de que lo mejor que podía hacer era regresar a su camarote y tratar de dormir algunas horas. La paz y la quietud de la noche eran tan absolutas que las palabras del capitán Lloyd le hicieron dar un respingo, a pesar de ser pronunciadas en susurros:

—Está ahí —dijo mientras miraba por los prismáticos—. ¡Dios mío,

está ahí!

—¿Es el *Prinz Eugen*? —preguntó Alfred sorprendido.

—No lo sé. Está muy lejos todavía —contestó el capitán—. Solo se ven las luces, pero parece un barco grande.

Alfred tendió la mano y el capitán le pasó los prismáticos. Se los colocó frente a los ojos y apuntó en la misma dirección en la que había estado mirando el capitán para tratar de escrutar la espesa niebla. Enseguida lo encontró: varias líneas de pálidas luces que se deslizaban despacio en la lejanía.

—Sí que parece un barco, uno grande —admitió después de unos segundos—. Pero no podemos saber su nacionalidad ni su nombre ni el tipo de barco…

—Lo sabremos —intervino Clarice con voz firme—. Estoy segura de que viene directo hacia nosotros.

Aunque en un primer momento no había querido creerlo, tuvo que acabar dándole la razón a Clarice. Durante un par de horas, estuvieron escrutando la niebla, viendo como el barco iba haciéndose más y más grande. Tras observar una última vez con los prismáticos, el capitán asintió preocupado y se giró hacia ella.

—Aún no puedo saber si es el *Prinz Eugen*, pero estoy seguro de que es un crucero alemán y que, por su trayectoria, va a pasarnos a menos de una milla. —El capitán tomó una profunda bocanada de aire, como si pretendiera ganar algo de tiempo antes de seguir hablando—. Yo soy un hombre de mar y no sé mucho de magia ni de hechizos… No pretendo contradecirla, pero a esa distancia es imposible que no nos vean. ¿No deberíamos tratar de escapar?

—Sabe que ese barco es mucho más rápido y maniobrable que el nuestro —contestó Clarice—. Escapar es imposible.

—Entonces estamos condenados —sentenció el capitán.

—No, no lo estamos. Sé que resulta difícil de creer, pero no nos descubrirán —dijo ella con voz segura.

—Es imposible que no lo hagan… Y, aunque no nos vieran con esta niebla, su sistema de radar nos detectará.

—No lo hará. El hechizo que he creado nos esconde por completo de su vista, de sus oídos, de sus sistemas de navegación… —Clarice se acercó hasta ponerse justo frente al capitán y le tomó ambas manos—. Lo único que tiene que hacer es asegurarse de que nadie encienda ninguna luz ni haga ningún ruido, por mínimo que sea. Confié en mí y haga que sus hombres también confíen. Lo conseguiremos.

El capitán cerró los ojos por un momento, como si estuviera concentrándose para poder afrontar aquel salto de fe ciega que ella le estaba pidiendo. Al cabo de unos segundos, asintió y, tras soltar las

manos de Clarice, fue acercándose a los hombres que estaban desperdigados por la cubierta para transmitirles sus instrucciones.

Clarice volvió a agarrar la barandilla del barco y siguió escrutando la niebla. Ya ni siquiera hacían falta los prismáticos para distinguir las pálidas luces que se acercaban de forma inexorable. Alfred se colocó a su lado y se acodó en la barandilla, tratando de parecer despreocupado a pesar de los nervios.

—¿Estás segura de que su sistema de radar no detectará nada? —preguntó cuando el silencio le resultó demasiado incómodo.

—Es parte del hechizo. *In confusione abscondam*. Se supone que la tripulación de ese barco se sentirá más confusa cuanto más se acerque al nuestro. Será como si estuvieran sumidos en una especie de extraño duermevela en el que no es fácil pensar con claridad. Mañana ni siquiera deberían recordar estas horas. —Antes de seguir hablando, ella soltó un largo suspiro—. Tengo que confesarte una cosa… No estoy segura de que vaya a funcionar...

Alfred se giró hacia ella como movido por un resorte y la miró preocupado. Tenía que estar entendiéndola mal. Era imposible que ella le estuviera diciendo que el barco enemigo podría detectarlos y que estaban destinados a una muerte segura.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó cuando pudo salir de su estupor—. Te has mostrado muy segura cuando has hablado con el capitán. Le has convencido de que no intentemos escapar…

—Porque intentar escapar no serviría de nada —le cortó ella—. Sé que casi no me conoces y que te resultará difícil creer en lo que digo, pero estábamos condenados. El destino de este barco era acabar hundido, el destino de toda esta gente era perecer esta noche… Y solo la magia puede cambiar eso.

—Pero no puedes estar segura de que vaya a cambiarlo…

Clarice le esquivó la mirada. Ladeó la cabeza para clavar sus ojos en algún punto indeterminado de aquella niebla mientras volvía a aferrarse a la barandilla del barco con tanta fuerza como si temiera perder su último punto de apoyo en el mundo. A pesar de que ella trataba de evitarlo, él percibió el brillo de las lágrimas contenidas en sus ojos y el ligero temblor de su barbilla al hablar. Estaba aterrada.

—No, no puedo estar segura, pero tiene que parecer que lo estoy. Necesito que estos hombres crean en mí para que podamos tener una mínima oportunidad de que funcione. —Se giró hacia él y le miró con ojos suplicantes—. Necesito que tú también creas en mí.

Alfred asintió, colocó su mano sobre una de las manos de Clarice e hizo que ella soltara la barandilla y le agarrase. Se quedaron así, quietos y en silencio, siendo cada uno para el otro el único apoyo, mientras el barco enemigo se acercaba y se iba haciendo cada vez más claro y real frente a sus ojos, como un monstruo que emergiese de la

niebla para devorarlos. Pronto pudieron distinguir perfectamente su proa y leer su nombre allí inscrito sin necesidad de usar prismáticos. Se deslizó a su lado, rompiendo la quietud de la noche con el ruido de sus hélices y motores, mientras ellos seguían inmersos en un silencio absoluto. Todo el mundo a bordo se mantenía callado y quieto, con la respiración contenida, petrificados como estatuas humanas que hubieran sucumbido a la mirada de Medusa.

Alfred trató de contener su respiración alterada y el enloquecido latir de su corazón. Le parecía que sonaban tan fuerte como para que la tripulación del *Prinz Eugen* pudiera oírle con toda claridad. Se quedó quieto, con la boca abierta, contemplando el paso de aquel gigante. Parecía tan cercano… Solo unos palmos separaban ambos barcos. Incluso pudo ver las siluetas de algunos de los tripulantes enemigos mientras paseaban sobre cubierta, pudo distinguir el sonido de una tos y unas cuantas palabras sueltas en alemán. Era totalmente imposible que aquella gente no les estuviera viendo. Sintió como el miedo se instalaba en su estómago y tuvo que morderse el labio inferior para no soltar un gemido asustado cuando notó el roce de una mano sobre la suya. Casi había olvidado que Clarice estaba a su lado. Forzó una sonrisa nerviosa mientras la miraba y asintió.

—Creo en ti —le dijo en un susurro.

Ella le devolvió la sonrisa y apretó su mano con cariño antes de empezar a musitar las palabras de su hechizo en un tono de voz tan bajo que casi parecían un suspiro: *In silentio abscondam. In nebula abscondam. In confusione abscondam. In silentio abscondam. In nebula abscondam. In confusione abscondam…* Alfred se unió a ella en aquella oración mientras el gigantesco crucero seguía pasando majestuoso a su lado. Siguieron pronunciándolas una y otra vez, sin tregua, sin descanso, cuando el barco ya les había rebasado. Continuaron repitiendo el hechizo mientras el barco se alejaba en la niebla e incluso tras perderlo de vista. Solo cuando la niebla empezó a dispersarse con los primeros rayos del alba se atrevieron a detenerse y a mirarse a los ojos con expresión emocionada. El capitán se acercó a ellos con una sonrisa en los labios y los prismáticos aún en las manos.

—He mirado en todas direcciones y no he podido encontrarlo —anunció—. El *Prinz Eugen* se ha ido. Nos hemos salvado.

El capitán se marchó para ir transmitiendo la buena noticia al resto de la tripulación. Se escucharon gritos de alegría y las órdenes de volver a poner el barco en marcha rumbo a Inglaterra. Alfred se giró hacia Clarice. La joven se había inclinado hacia delante hasta apoyar los brazos en la barandilla y esconder la cabeza entre ellos. Se acercó preocupado, pensando que podía estar mareada, y le puso una mano en la espalda. Ella se incorporó con el rostro cubierto de lágrimas de alivio.

—Nos hemos salvado —dijo repitiendo las palabras del capitán.

—No. Tú nos has salvado —rebatió él—. Sé que me odias por haberte arrancado de tu hogar, pero esto solo ha servido para reafirmarme en mi idea. No te imaginas todo el bien que vas a poder hacer… Llegarás a comprenderlo y a perdonarme.

—¿Cuánto dinero estás dispuesto a apostar a eso? —preguntó ella desafiante.

Alfred abrió la boca para discutirle aquellas palabras, pero se contuvo al ver una mirada burlona en los ojos de la chica. Podía seguir dolida, podía seguir pensando que no era justo que la hubieran obligado a dejar su país, pero ya no estaba furiosa con él.

—Creo que todo el que tengo —contestó él antes de guiñarle un ojo.

Ella negó con la cabeza y, tras soltar una carcajada, le dio un par de golpes amistosos en el brazo y se puso en marcha hacia las escalerillas que llevaban a los camarotes.

—Te veo demasiado seguro de ti mismo, pero ya lo discutiremos —dijo burlona—. Ahora me voy a dormir. Ha sido una noche muy larga.

Se despidió de ella con una sonrisa tras llevarse dos dedos a la frente. Cuando Clarice desapareció por las escaleras, se apoyó en la barandilla y se quedó durante mucho rato observando como el sol iba asomando sobre la línea del horizonte. Había dudado de si podría ver aquel nuevo amanecer. Tenía que disfrutarlo.

Bletchley park (buckinghamshire),
Julio de 1943

Tarice

Capítulo uno

Cuando el tren procedente de Londres se acercó a la estación de Bletchley, Alfred se puso de pie y, tras indicarme con una seña que debía seguirle, salió del compartimento.

—¿Y nuestro equipaje? —pregunté tras levantarme e ir tras él.

—He dado órdenes para que lo lleven a nuestros alojamientos. No tenemos que preocuparnos de nada —contestó mientras avanzaba por el estrecho pasillo en dirección a la puerta del vagón.

Decidí dejar las preguntas para más adelante. Concretamente, para el momento en el que dejase de chocar contra las paredes del tren como si estuviera borracha. Como no sabía si aquel día iba a ser presentada a gente importante, me había puesto mi mejor ropa: una blusa y una chaqueta tan ajustadas que me hacían difícil respirar, una falda lápiz hasta debajo de las rodillas que me impedía separar las piernas lo suficiente como para andar de manera digna y unos zapatos de tacón alto a los que no estaba acostumbrada. El tren fue frenando y sus vaivenes se redujeron. Cuando llegué a la puerta del vagón, pude agarrarme a una barandilla y fingir una postura digna. Me aparté de la cara un mechón de pelo que había escapado de mi recogido y tras erguir la espalda y forzar una sonrisa, me vi capaz de hablar:

—¿Nuestros alojamientos? ¿Dónde voy a vivir? ¿En un hotel? ¿En una casa para señoritas?

Casi esperaba que él me contestara que había pensado que compartiésemos la misma casa. Aquella habría sido una excusa perfecta para escandalizarme y acusarle ante sus superiores de pretender tener conmigo un comportamiento indecoroso. No era muy probable que me creyeran, pero quizá, al ver que yo era muy conflictiva y que pensaba protestar por todo, decidieran que era mejor dejarme en paz y devolverme a mi país.

—Te hemos conseguido una habitación con la familia de la peluquera de Bleak Hall. —Tras echar un vistazo rápido a mi estropeado recogido, se llevó una mano a la boca para esconder su sonrisa—. Creo que te vendrá bien vivir ahí.

—¿Con una familia? ¿Y en otro pueblo? —dije sin comprender—. ¿Es que no hay residencias en Bletchley?

—Las hay, pero están repletas desde hace un par de años. Al igual que los hoteles, residencias y habitaciones de casas privadas de la mayoría de los pueblos de los alrededores. Has tenido suerte con el alojamiento que te hemos conseguido.

El tren se había detenido, así que Alfred abrió la puerta, bajó los escalones y me tendió su mano, galante. Tuve ganas de ignorarle y

bajar de un salto, pero no tenía confianza en poder hacerlo con aquella falda y aquellos zapatos, así que acepté el apoyo a regañadientes. Cuando descendí, él no soltó mi mano, sino que siguió sujetando mi brazo para que camináramos agarrados por el andén hacia la salida de la estación.

—¿Suerte? —pregunté yo, esperando que siguiera explicándose.

—Sí. Bleak Hall está muy cerca de Blechley Park, a menos de tres millas. ¿Sabes andar en bicicleta? —Esperó hasta que asentí, aún confundida—. Perfecto. Te proporcionaremos una. También hay un autobús que recorre los pueblos de Milton Keynes, pero es bastante lento…

—No, gracias. La bicicleta será perfecta… —le corté—, pero sigo sin entender cómo no hay ningún sitio disponible en el mismo pueblo al que vamos.

—Enseguida lo comprenderás.

Habíamos salido de la estación. Justo frente a la puerta había un coche aparcado. Alfred se dirigió a él, me abrió la puerta trasera y me invitó a subir con un gesto. Tomé asiento y esperé a que él ocupara el lugar del copiloto. Tras el volante estaba sentado un chico muy joven con uniforme militar que ni siquiera saludó ni sonrió.

No tardamos ni cinco minutos en recorrer el camino que nos separaba de nuestro destino. Tras avanzar menos de media milla por una estrecha carretera entre árboles, nuestro coche se detuvo frente a una alta verja de rejas negras. Al lado de la verja pude ver un cártel que rezaba “Fábrica de radios Bletchley”. Durante un momento, pensé que nuestro chófer se había equivocado de camino, hasta que un soldado que llevaba el mismo uniforme abrió la verja desde el otro lado. El coche avanzó hasta traspasar la puerta y dos soldados examinaron la documentación que Alfred les pasó tras bajar la ventanilla. Por sus miradas serias y las armas que llevaban al hombro, empecé a sospechar que no estábamos entrando en una fábrica de radios.

Cuando los soldados nos lo permitieron, el coche volvió a ponerse en marcha. Avanzó lentamente, cuidando de no atropellar a la multitud de personas que transitaban por aquellas calles. Había gente por todas partes, coches militares, camiones de mercancías… Nuestro coche avanzaba tan despacio que tuve ganas de decirle a Alfred que sería mejor que nos bajáramos y continuáramos andando, pero, cuando recordé los zapatos que llevaba, decidí que sería mejor seguir sentada. Además, al mirar por la ventanilla, me encontré con un cielo cubierto de nubes grises que amenazaban con descargar lluvia en cualquier momento. Me recosté en el asiento y me dediqué a mirar el paisaje mientras el coche avanzaba a una velocidad exasperante. No llevaba ni dos días en Inglaterra y ya la odiaba a muerte. Cielos

siempre grises, poca luz, casas lúgubres construidas con ladrillos de colores oscuros y tejados de pizarra negra. Incluso los árboles parecían apagados y tristes.

Observé a la gente que nos rodeaba y me sorprendí de que la mayoría fueran mujeres. Muchas de ellas llevaban uniformes de diferentes cuerpos del ejército. Otras iban vestidas de civiles, pero, incluso esas, parecían ir uniformadas. Todas llevaban camisas de colores neutros, jerséis de botones y faldas rectas hasta debajo de la rodilla. Toda la ropa era de colores oscuros: negro, azul marino, marrón, gris... Era como si los colores claros hubieran sido desterrados de Inglaterra, a pesar de estar en pleno verano. Todo en aquel maldito lugar resultaba apagado, triste, deprimente… Me hundí aún más en el asiento y recé para no tener que quedarme en ese país durante demasiado tiempo. Estaba segura de que me marchitaría en cuestión de días.

Cuando el coche se detuvo, Alfred se bajó y se apresuró a rodearlo para abrirme la puerta antes de que pudiera bajarme. No fue lo bastante rápido. Ya empezaba a hartarme de aquella caballerosidad exagerada que me hacía sentir como si fuera inválida y necesitara ayuda y protección constante. Yo era capaz de domar un caballo salvaje, de disparar mientras corría a galope, de atrapar un ternero con un lazo… Y de hablar con los muertos y realizar hechizos que asustarían a cualquier hombre. ¿Cómo iba a necesitar ayuda para abrir la puerta de un coche?

Alfred se había quedado inclinado hacia el picaporte y con el ceño fruncido, como si no supiera qué hacer al haberle impedido comportarse como un caballero. Tuve que sofocar la carcajada que acudió a mis labios al verle en aquella postura tan ridícula. Se recompuso en un segundo y, en aquella ocasión, no me tendió su brazo ni me hizo ninguna señal para que abriese la marcha. Carraspeó de una forma bastante pedante, se estiró como si acabara de tragarse un palo y se puso en movimiento hacia la puerta del edificio frente al que nos habíamos detenido.

Mientras le seguía, eché un vistazo al lugar al que nos dirigíamos. Era otro edificio aburrido de ladrillo rojo y tejado negro, pero se distinguía de los que había visto hasta el momento en que era algo más grande y contaba con unos enormes ventanales en la planta inferior. En las esquinas se levantaban dos torres octogonales. La de la izquierda estaba rematada por un tejado de color verde claro, que debería haberle dado un toque alegre al conjunto. Sin embargo, estaba tan fuera de lugar que resultaba incómodo de ver y hacía que te apeteciera mirar para otro lado. Como era de esperar, fue hacia la puerta de aquella aberración estética hacia dónde se encaminó Alfred.

Cuando entramos y pasamos frente a las puertas abiertas de varios

despachos, me felicité al pensar que, al menos, gracias a los enormes ventanales, podríamos disfrutar de varias horas de luz natural al día, aunque fuera una luz tan apagada y triste como la de Inglaterra. Cuando llegamos frente a la gran escalera, tuve que detenerme asombrada ante la maravilla que se desplegaba ante mis ojos. La pared estaba formada por grandes vidrieras de colores que parecían captar la débil luz que llegaba del exterior y multiplicarla para dibujar arcoíris en cada peldaño. Sonreí mientras lo contemplaba, embobada.

—Es precioso —susurré cuando Alfred se colocó a mi lado—. Al menos podré disfrutar de esto mientras trabaje aquí.

—Esto… Siento decepcionarte, pero no vas a poder disfrutarlo mucho. Nos ha tocado trabajar en el sótano. —Me señaló unas escaleras estrechas, oscuras y deprimentes y empezó a bajarlas. Resoplé, negué con la cabeza y le seguí.

Después de bajar un par de tramos de escaleras, Alfred se detuvo frente a una puerta y buscó la llave en su bolsillo. Me paré a su lado y contemplé la puerta, que no tenía ningún cartel ni distintivo especial. Cuando abrió y encendió la única bombilla de la habitación tirando de un triste cordel, le seguí dentro y me quedé unos segundos parada en mitad de aquel lugar desangelado. Era una estancia enorme, en la que habrían cabido más de cien personas, pero, aparte de un escritorio viejo y un par de sillas no había nada más en la habitación. Absolutamente nada más. Ni siquiera una alfombra o papel en las paredes. El suelo estaba cubierto por antiguos tablones sin brillo y se podían ver los ladrillos rojizos que formaban las paredes. Si le sumábamos la ausencia de ventanas, aquel lugar tenía más aspecto de celda que de despacho.

—Bienvenida a la División OpenMind. —Alfred abrió los brazos como si me estuviera mostrando su palacio—. Espero que estés a gusto aquí.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunté alucinada. Cuando él frunció el ceño y asintió como si no comprendiera mi pregunta, estallé —. ¡Por Dios, Alfred! No me mires como si estuviera loca… No hay muebles, no hay luz, no hay ventilación… ¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? ¿Morirnos de asco?

—No te pongas así. —Extendió las manos ante mí para pedirme tiempo para explicarse—. No lo he decorado porque no sé qué es lo que vamos a necesitar, pero arreglaremos esto a nuestro gusto.

—¿Y cómo voy a saber qué es lo que necesitamos si no me has dicho que es lo que vamos a hacer aquí? —pregunté aún furiosa.

—Te lo explicaré, tranquila. —Alfred me señaló una de las sillas con un gesto elegante, como si estuviera dando una recepción en el despacho de su mansión. Cuando me senté, rodeó la mesa para ir a ocupar la otra silla, pero, al ver que tenía una pata floja y que se

balanceaba, se levantó de nuevo y se sentó en el borde de la mesa, frente a mí. Carraspeó, tratando de mantener la compostura, y empezó a hablar—. Lo primero que quiero explicarte es dónde estás.

—Me alegro, porque no creo que esto sea una fábrica de radios —repuse irónica.

—Y no lo es. Estás en Bletchley Park, una de las instalaciones más secretas de toda Inglaterra. La mayoría de la gente que trabaja aquí no sabe realmente lo que está haciendo y tienen prohibido comentar nada con sus familiares y amigos. Revelar cualquier información sobre este lugar se considera alta traición y se paga con la pena de muerte.

Me limité a tragar saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta y a asentir para indicarle a Alfred que le había entendido y que podía continuar. Él me devolvió el gesto de asentimiento, sacó un paquete de tabaco del bolsillo y extrajo un cigarrillo para cada uno. Yo no solía fumar, pero, en aquel ambiente sórdido y con los nervios que estaba sintiendo, me pareció una buena idea.

—Este lugar está controlado por el MI6, al cual pertenezco. La mayoría de la gente, incluidos los militares, piensan que el servicio de inteligencia británico solo tiene cinco secciones y que el MI6 no existe —continuó explicando—. Y para la mayoría de la gente del MI6, Bletchley Park tampoco existe y no tienen ni idea de lo que se está haciendo aquí.

—Lo pillo —le corté sarcástica—. Formamos parte de una división muy secreta con una misión muy secreta.

—No. Todavía no lo has entendido. —Alfred esbozó una sonrisa sarcástica antes de dar una calada a su cigarrillo—. Nosotros no formamos parte de la misión ultrasecreta que se está llevando a cabo en Bletchley Park. Nos han metido en este lugar porque es el más seguro de Gran Bretaña, pero nuestra misión es secreta incluso para la gente de Bletchley Park. Vamos a decirle a esta gente que trabajamos en lo mismo que hacen ellos…

—¿Y qué es…?

—Descifrar los mensajes encriptados del ejército nazi —explicó con tono de desprecio—. Han conseguido decodificar la máquina Enigma y ahora mismo podemos saber dónde están todas sus tropas, sus aviones y sus submarinos y qué pretenden hacer.

—Pero nosotros no vamos a dedicarnos a eso… —dije tratando de seguirle aunque empezaba a sentirme mareada.

—No. Nuestra misión es mucho más importante y mucho más confidencial.

Me quedé mirándole con la cabeza ladeada, como un cachorro que no entendiese lo que le están diciendo. No podía creer que hubiera nada más importante y confidencial que descifrar las comunicaciones

del enemigo y conocer todos sus secretos y sus planes.

—No se me ocurre qué puede ser más secreto e importante que eso —admití al fin.

—¿Has oído hablar de la SS-Ahnenerbe? —preguntó en susurros tras inclinarse hacia mí, como si temiera que alguien pudiera escucharnos.

—No. ¿Qué es? —Yo también me incliné hacia él hasta que nuestras cabezas casi se rozaron.

—En teoría, es una institución encargada de divulgar investigaciones con fines educativos en apoyo de la ideología nazi y de sus teorías relacionadas con la superioridad de la raza aria —explicó con un tono teñido de desprecio—. En la práctica, es un departamento dedicado al ocultismo.

—¿Al ocultismo?

—Sí. Brujería, magia negra, investigación de facultades paranormales y poderes psíquicos, búsqueda de objetos de poder… Se encargan de investigar todo lo que se sale de la racionalidad y la lógica y que creen que puede ayudar al régimen nazi a ganar la guerra.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—¿Nosotros? Nosotros somos la División OpenMind, el departamento de investigación psíquica de la inteligencia británica. —Alfred soltó una risa confiada e hinchó el pecho antes de explicarse—. Somos los encargados de enfrentarnos a la Ahnenerbe, frustrar sus planes y ganar esta guerra.

Alfred

Capítulo dos

Alfred se quedó parado frente a la puerta sin saber cómo abrir. Tenía las dos manos ocupadas, pero prefería no tener que llamar para que Clarice le abriera. Llevaba varios días de mal humor y estaba seguro de que interrumpirla y hacer que se levantara lo empeoraría aun más. Con mucho esfuerzo para no derramar el líquido de las dos tazas, se agachó y consiguió bajar el picaporte con el codo. En cuanto abrió la puerta, Clarice levantó la mirada del dossier que estaba leyendo. Lo que había pensado: nada más verle, frunció el ceño. ¿Tanto trabajo le habría costado fingir una sonrisa? Sin decir nada, depositó las dos tazas, desestimó sentarse en la silla que quedaba libre, que era la que tenía una pata floja, y se apoyó en una esquina de la mesa. Al ver que Clarice había seguido leyendo y que no parecía dispuesta a dirigirle la palabra, carraspeó un par de veces.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella sin levantar siquiera la mirada de los papeles que estaba estudiando.

Se sintió molesto. Podía entender que ella estuviera resentida después de la forma en la que se habían conocido y de las mentiras que había tenido que contarle, aunque creía que aquel enfado ya se le debería haber pasado en aquellas dos últimas semanas. Fuera como fuera, por muy enfadada que estuviese, ella debería ser más profesional y tratarle no solo como a un compañero, sino como a su superior. Pensó en exigirle que se cuadrara cuando él entrase en la habitación y que se dirigiera a él con el respeto que se merecía, pero, aunque no supo por qué, no se atrevió. Se imaginó durante unos segundos la burla que brillaría en aquellos ojos claros si se le ocurría exigirle respeto y decidió no arriesgarse. Imaginó después una mirada de furia en lugar de una de burla y las ganas se esfumaron por completo. Aun así, se resistió a hablarle mientras ella siguiera sin mirarle a la cara, así que volvió a carraspear. Ella resopló enfadada, dejó los papeles encima de la mesa con un golpe seco y cruzó los brazos frente al pecho.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó ofendida—. Estoy trabajando.

—Quería que me informaras de tus avances. ¿Qué tal te va?

Ella negó con la cabeza antes de ponerse en pie y señalar la pila de expedientes que había ido amontonando en un lado de la mesa.

—No me va mal del todo —contestó con un deje sarcástico en la voz—. Esto es lo que he podido revisar en estos cuatro días de trabajo. —Tras decir aquello, señaló a la media docena de cajas apiladas en una esquina del despacho—. Y eso es lo que me falta por revisar.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —preguntó él ignorando el tono de mal humor de la chica.

—Sí. Que esto avanzaría mucho más rápido si tú también colaboraras. —Clarice puso los brazos en jarras mientras le lanzaba una mirada ofendida.

—¿Yo? Soy el jefe de la división. No puedo dedicarme a hacer trabajos administrativos.

—Y se supone que yo soy vuestro mejor agente, por no decir el único. ¿En serio has cruzado el Atlántico en plena guerra en un viaje de ida y vuelta para traerme aquí a realizar labores de documentación?

—Ya discutiremos eso más adelante —la cortó él para volver a encauzar la conversación hacia el tema que le interesaba—. ¿Qué te parece? ¿Qué crees que podemos hacer?

Para su sorpresa, Clarice no contestó en un primer momento. Se limitó a negar con la cabeza y a soltar una risa sarcástica.

—¿Hacer? ¿Nosotros? ¿Contra la Ahnenerbe? —Su risa fue subiendo de intensidad—. Absolutamente nada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él confuso.

—Bueno… No necesito leer toda la información que ha conseguido recopilar vuestro servicio secreto para contestar a tu pregunta. —Clarice resopló antes de seguir hablando—. Estamos hablando de una organización presidida por el mismísimo Himmler[vii]. Según estos informes, está formada por arqueólogos, antropólogos, biólogos, médicos, zoólogos… Tienen personal ilimitado, recursos ilimitados, agentes de campo… Según he leído, han realizado expediciones e investigaciones en el Tíbet y en el Cáucaso y tienen planeada una expedición a Bolivia…

—No entiendo a dónde quieres llegar con todo eso —la cortó Alfred.

—¿Es que no lo ves? —dijo ella antes de señalar la habitación—. ¿Cómo quieres que nos enfrentemos a una todopoderosa organización nazi los dos solos equipados con una mesa y una silla?

—Dos sillas —contestó él muy serio.

—Esa silla tiene la pata rota —rebatió Clarice, levantándose de su asiento para encararse con él—. No finjas que no lo sabes. Siempre te sientas en la mesa.

—Pero tenemos dos sillas —insistió él como si aquello fuera importante—. Puedo arreglarla.

—Eso da igual, Alfred. No tenemos nada que hacer contra esa gente. —Ella ocultó durante unos segundos el rostro entre sus manos y se frotó los ojos con fuerza—. Aunque en esos documentos no aparezca nada, estoy segura de que la Ahnenerbe cuenta con médiums, ocultistas, magos, brujas… Eso por no hablar de que ya

hayan podido conseguir algunos de los objetos de poder que están buscando. A su lado somos insignificantes.

—No, no es así… O no lo será en el futuro. —Alfred se acercó a ella y la tomó de las manos—. Tienes que leer esos documentos y decirme qué necesitamos para luchar contra esa gente. Si necesitas más equipo, lo conseguiremos. Si necesitas dinero, lo tendrás. Si necesitas más sillas, tendrás más sillas.

Clarice no pudo evitar soltar una carcajada nerviosa ante el entusiasmo que hacía vibrar la voz de Alfred. Él le devolvió una sonrisa sincera. Tenía que conseguir que ella creyera en su misión, que creyera en él, que confiara en que, si trabajaban los dos juntos, no habría enemigo que pudiera resistírseles.

—No he hecho un viaje a través del Atlántico de ida y vuelta para que realices labores de documentación —dijo sin soltar sus manos—. Lo he hecho porque sé que eres la única persona en el mundo que puede ayudarme a sacar esto adelante. Sé que juntos podemos crear una división capaz de enfrentarse a la Ahnenerbe, por muchos recursos de los que dispongan, por muchos científicos y médiums que trabajen para ellos.

—Me gustaría tener esa confianza. —Clarice bajó la mirada durante unos segundos, en los que se quedó contemplando las tablas de madera del suelo como si fueran lo más interesante del mundo. Alfred esperó en silencio, sin soltar sus manos, dándole tiempo para que las palabras que había pronunciado calaran en su mente—. Sigo pensando que todo esto es imposible, pero, si estás tan convencido de intentarlo…

—¡Sí! —gritó él entusiasmado—. Claro que lo estoy. Dime qué necesitas.

Ella tomó aire y cerró los ojos para concentrarse. Se llevó dos dedos al puente de la nariz y empezó a hablar:

—Pues no nos vendrían mal algunos muebles… Ya sabes: unos escritorios, unas sillas con las patas intactas, algunas alfombras y lámparas… Y estufas. Aquí abajo hace mucho frío y humedad y eso que estamos en julio. No quiero ni imaginar cómo vamos a estar en invierno.

Alfred había cogido un lapicero y un papel para ir apuntando todo lo que ella le pedía. Al notar que ella se callaba, levantó la mirada y se encontró con su sonrisa burlona.

—¡Qué obediente! —exclamó ella, sarcástica—. Creo que podría acostumbrarte a esto.

—Te sugiero que no lo hagas —contestó él frunciendo el ceño—. Sigo siendo tu superior. Simplemente me estoy dejando asesorar. ¿Qué más necesitamos?

—Gente, mucha más gente…

—¿Qué tipo de gente? —preguntó él, desviando la mirada de la lista para clavarla en ella.

Clarice se quedó en silencio, con los labios apretados. Después, miró alrededor con expresión concentrada, como si esperase visualizar a esa gente si se esforzaba lo suficiente.

—Pues la verdad es que no lo sé —admitió al fin tras encogerse de hombros—. El tipo de gente que necesitamos para este trabajo no se encuentra poniendo un anuncio en el periódico. —Miró hacia el techo y lo señaló—. ¿Cómo contrataron a la gente de ahí arriba, a los que descifran los mensajes de los nazis?

—Pues la verdad es que poniendo un anuncio en el periódico —contestó Alfred con una sonrisa—. Más bien con un crucigrama. Pidieron que todo aquel que lo resolviera en menos de cinco minutos llamara para concertar una entrevista.

—No nos sirve… —Se detuvo durante unos segundos antes de resoplar desesperada—. Es que ni siquiera sé qué es lo que tendríamos que buscar. Veamos… Nuestro objetivo es luchar contra la Ahnenerbe, ¿no? —Esperó hasta que Alfred asintió—. Pues habrá que montar una organización igual pero con gente buena.

—Es un planteamiento un tanto infantil, pero nos puede servir para empezar. Estás diciendo que necesitaremos arqueólogos, historiadores, antropólogos, médicos…

—No. No estoy diciendo eso en absoluto. —Clarice negó con la cabeza—. Si en algún momento necesitáramos la colaboración de algún experto en esos temas, podríamos recurrir a las universidades, pero no es eso lo que tenemos que buscar ahora. Estoy segura de que los nazis tienen contratada a esa gente para disimular sus verdaderas intenciones…

—¿Que según tú son…? —preguntó él enarcando una ceja.

—Ganar esta guerra con ayuda de la magia negra.

Alfred fue a contestar, pero se quedó durante un par de segundos con la boca abierta, sin saber qué decir. Ella cruzó los brazos frente al pecho y se puso el dedo índice sobre los labios mientras paseaba por el despacho concentrada.

—Necesitamos gente con capacidades especiales: médiums, magos, brujas, espiritistas, gente que posea cualidades y poderes extraordinarios… El problema es cómo encontrar a esa gente sin decir para qué les necesitamos.

Alfred se apoyó de nuevo en la mesa y se quedó durante unos segundos mirando al infinito mientras una sonrisa cada vez más amplia iba dibujándose en su cara. Clarice dejó de pasear y le miró, curiosa.

—Al final sí vamos a poner un anuncio en el periódico. —Alfred la miró y le guiñó un ojo—. Vamos a montar un circo.

Tarice

Capítulo tres

Me recosté en la silla y me froté los ojos con las manos. Después, eché un vistazo a mi alrededor y dejé escapar un suspiro de agobio. Hacía tres días que Alfred se había ido a Londres a hablar con sus superiores del MI6 y, durante ese tiempo, mi vida se había reducido a estar encerrada en aquel deprimente sótano, estudiando más y más informes sobre la Ahnenerbe, y, cuando ya estaba demasiado cansada, ir a encerrarme en mi también deprimente habitación hasta la mañana siguiente. No podía seguir así.

La soledad siempre me había gustado. Siempre había adorado ir a pasear o a cabalgar yo sola por las abiertas llanuras de mi tierra… Pero la soledad impuesta que estaba sufriendo los últimos días no tenía nada que ver. Me sentía cansada y triste y echaba mucho de menos mi hogar. Si no hablaba con alguien en las próximas horas, me volvería loca.

Cerré el expediente que había estado leyendo y lo coloqué sobre la pila de documentos que me quedaban por revisar, mientras pensaba que aquello tampoco corría verdadera prisa. No iba a conseguir nada por seguir leyendo lo poderosa que era la Ahnenerbe y lo imposible que sería para nosotros enfrentarnos a ella.

A pesar de estar en julio, cogí mi chaqueta y mi sombrero antes de salir. El sótano no disponía de ventanas para comprobarlo, pero estaba segura de que el cielo estaría gris, de que en un momento u otro del día llovería y de que la temperatura sería fresca. Cuando salí del edificio, vi que mis predicciones habían sido correctas. No hacía falta ser bruja para adivinarlo. Una semana en Inglaterra era suficiente para saber que su clima era una mierda.

Mientras salía de las instalaciones de Bletchley Park, permití que una sonrisa se me escapara al imaginar lo que diría Alfred si pudiera leer mis pensamientos. Algo así como “Una dama no debe expresarse con esas palabras malsonantes. Y te rogaría que no te refirieras a mi amado país en esos términos”. Era tan remilgado en algunas ocasiones, tan correcto y estirado… Y, sin embargo, había algo en él que me atraía: ese brillo de inocencia en sus ojos a pesar de vivir en un mundo arrasado por la guerra, esa manera de ilusionarse con las cosas en las que creía, aquella voz tan masculina con ese acento tan diferente al mío… Se me escapó un suspiro y tuve que recordarme a mí misma que él era mi jefe, que no había nada entre nosotros y que, además, seguía enfadada con él por haberme alejado de mi familia y de mi país.

Cuando aún me quedaban unos cinco minutos para llegar al

pueblo, empezó a lloviznar. En aquel momento me encontraba al descubierto en una carretera de arena polvorienta sin nada más que campos a ambos lados. Aceleré el paso, esperando no mojarme mucho, pero la lluvia fue arreciando y, para cuando llegué a las primeras calles del pueblo, tenía la ropa empapada. Me puse debajo de un alero, del que chorreaba agua como si en el tejado hubiera gente arrojando cubos, y me planteé qué hacer mientras me abrazaba a mí misma para intentar contener los temblores. Estaba de nuevo maldiciendo aquella tierra cuando, de repente, el viento me trajo las notas de una canción. Parecía que había música a un par de calles. Fui avanzando lo más pegada posible a las paredes de los edificios para acercarme a la fuente de aquel sonido. Se escuchaban muchas voces y tintineo de vasos. Al girar una esquina, me encontré ante la puerta de un bar. Sin pensarlo dos veces, crucé la calle, dejé mi bicicleta apoyada en la pared y entré.

Parecía que todo el personal de Bletchley Park estaba allí. El local estaba repleto y se veían uniformes militares por todas partes. A pesar de estar en verano, la leña ardía alegremente en la enorme chimenea. Divisé una pequeña mesa en una esquina, cerca del fuego y me dirigí hacia ella con decisión. Cuando me senté, vi que había una taza de té vacía sobre la mesa, pero no le di importancia. Pensé que debería ir a pedir algo a la barra, pero no quería arriesgarme a que me quitaran el sitio, así que me limité a quedarme allí, frotándome las manos y disfrutando de los agradables estremecimientos de mi cuerpo al entrar en calor.

Vi que un hombre se acercaba hacia mí con una taza de té entre las manos. Iba tan concentrado en no derramar la bebida que ni siquiera miraba al frente para esquivar a la gente que abarrotaba el local. Sin embargo, me di cuenta de algo extraño. Eran los demás los que le esquivaban y se avisaban los unos a los otros para que nadie chocara con él. El hombre cruzó todo el bar con la cabeza baja, llegó hasta mi mesa, depositó la taza y se sentó frente a mí, sin dirigirme una sola mirada. Yo carraspeé, incómoda, y él se dignó mirarme. Durante unos segundos, no dijo nada. Me miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera intentando descubrir cómo había llegado yo allí.

—Disculpe. Esta es mi mesa.

Su tono de voz había sido tan bajo que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para escucharle por encima del sonido de las conversaciones. Fui a contestar, pero me di cuenta de que había dejado de mirarme y se dedicaba a revolver su té, como si yo ya no estuviera. Me sentí ignorada y molesta. Parecía que aquel hombre consideraba que, solo con haberme anunciado que aquella mesa era suya, yo debería levantarme sin protesta alguna.

—Perdone, pero cuando he llegado, aquí no había nadie.

El hombre, con la taza a un par de palmos de sus labios, dio tal respingo que estuvo a punto de derramarse la bebida por encima. Después, volvió a mirarme. Parecía tan sorprendido como la primera vez que me había visto, como si no se creyera que yo siguiera ahí.

—Por supuesto que no había nadie. Todo el mundo sabe que este es mi sitio. —Una leve chispa de entendimiento cruzó su mirada. Sonrió condescendiente y asintió, como si acabara de comprenderlo todo—. Ahora lo entiendo… Usted no trabaja en Bletchley Park. Por eso no sabe quién soy.

Su seguridad era tan aplastante que estuve a punto de recular. A pesar de que su atuendo era modesto, debía de ser alguien importante en Bletchley Park, quizá algún alto oficial. Si seguía molestándole, aquello podría traerme problemas con Alfred. Sin embargo, su mirada de prepotencia me impidió levantarme y pedirle perdón.

—Sí trabajo en Bletchley Park… Y usted tampoco sabe quién soy yo. Estamos empatados. —Me quité el sombrero, aún mojado, y lo deposité sobre la mesa—. Lo siento, pero las mesas de los bares son de uso público. No voy a levantarme.

—Está bien… Como usted dice, estamos empatados. —Una sonrisa burlona se abrió paso en el rostro del hombre—. Compitamos para saber quién es merecedor de la mesa.

A mí también se me escapó una sonrisa. Durante un segundo, pensé en retarle a un pulso, como había hecho en docenas de ocasiones con otros fanfarrones de bar. Sin embargo, me di cuenta de que no iba a funcionar. Aquel hombre, de constitución delgada y manos finas y delicadas, no iba a querer aceptar un desafío físico.

—¿Y a qué quiere que nos lo juguemos? —Me encogí de hombros y asentí, dejando en su mano la elección del reto—. ¿A los dardos? ¿A las cartas?

—No, nada de eso. —El hombre me miró con curiosidad—. Parece usted una mujer inteligente. Ya que nuestro problema es que ninguno de los dos sabe quién es el otro y, por tanto, no podemos decidir quién tiene más derecho sobre esta mesa, juguemos a intentar descubrir cosas sobre el otro.

—Por su manera de hablar, deduzco que usted es alguien importante en Bletchley Park, así que supongo que tendrá más derechos que yo sobre ella —sugerí.

—Es una suposición bastante acertada, pero no tiene por qué ser cierta-dijo él, burlón—. Yo puedo suponer por sus maneras altaneras y prepotentes que es usted la reina de Inglaterra y que, por tanto, tiene más derecho que nadie a ocupar esta mesa, pero me estaría equivocando, ¿verdad? —Fruncí el ceño, molesta por el insulto, pero asentí—. Por supuesto que no es la reina de Inglaterra. Su acento americano la delata. Pronuncia mucho la r al final de las sílabas, que

es algo que los ingleses no solemos hacer… Así que sospecho que proviene usted de algún estado del Medio Oeste. Su piel curtida por el sol y sus manos acostumbradas al trabajo confirman también que no es usted una delicada señorita de la Costa Este. Lo que no alcanzo a entender es que hace una paleta de Kansas en una instalación del ejército inglés.

Tuve que apretar los puños para controlar la rabia y no insultar a aquel cretino. Me daba igual quién fuera aquel tipo. No tenía ningún derecho a hablarme así. Por si fuera poco, me miraba como si esperara que yo le dijera que había acertado en todo y le aplaudiera por ello.

—No ha acertado en nada. —Luché para que la ira no se reflejara en mi voz—. Para empezar, no soy de Kansas. Soy de Montana, que no es un estado del Medio Oeste. —El hombre se encogió de hombros y dejó escapar una sonrisa sarcástica, como si quisiera expresar que aquello eran detalles que no restaban mérito a su deducción—. Y no soy una paleta. Mi madre se encargó de darme la mejor educación posible. Además, considero que el hecho de haber trabajado desde muy pequeña en las tierras de mis padres en lugar de dedicar mis esfuerzos a aprender a bordar y mover un abanico es un motivo de orgullo y no de vergüenza.

—No voy a discutírselo, señorita… Aparte de las apreciaciones subjetivas, estará de acuerdo en que mis conjeturas han sido bastante acertadas y que, sin embargo, usted no ha sido capaz de deducir nada de mí. —Se reclinó en la silla, tomó su taza de té y lo removió mientras me miraba triunfante—. La mesa es mía.

—No tenga tanta prisa. —Le dediqué una sonrisa confiada—. Aún no he empezado. Ahora es mi turno.

Ignoré su mirada condescendiente, me recosté en la silla y cerré los ojos. A pesar del ruido que nos rodeaba, de los cantos, las risas y las conversaciones, conseguí aislarme y centrarme en la cadencia de mi respiración. Durante un segundo, me vino a la cabeza la idea de que mi madre me mataría si supiera que iba a usar mi don más sagrado para ganar en una estúpida riña de taberna, pero deseché aquel pensamiento. Mi madre estaba muy lejos, a un océano de distancia, y yo estaba segura de poder levantar de nuevo mis barreras en cuanto terminase con aquella discusión. Eliminé mis defensas, abrí los ojos y miré a mi alrededor.

No había tantos muertos en aquel lugar como había esperado. Aquella edificación no debía de tener muchos años y no había espíritus atrapados entre sus paredes. Tan solo distinguí a una mujer llorosa que trataba de abrazar a un joven. Supuse que serían madre e hijo y que ella no acababa de aceptar que ya no pertenecía a este mundo. Su cuerpo traslúcido no conseguía tocar al joven. Le atravesaba como si él fuera el fantasma y, a cada intento de abrazo

fallido, su llanto se hacía más intenso y angustioso. Resoplé y negué con la cabeza. Esa era la razón de no levantar nunca mis defensas. Me hacía daño ver a aquellos espíritus torturados. A la noche tendría que invocar a aquella mujer en mi habitación y tratar de hacerle entender que estaba muerta y que debía trascender para que pudiera descansar en paz.

Decidí ignorar aquello de momento y no escrutar la estancia en busca de más espectros. Era en el hombre que tenía enfrente en quién debía centrarme y, por fortuna, no estaba solo. Había un chico rubio a su lado, colocado de pie al lado de la silla, con su mano izquierda apoyada en el hombro del hombre, como si le protegiera. Era muy joven y parecía débil y enfermizo. Su piel estaba muy pálida y sus altos y aristocráticos pómulos se le marcaban bajo la fina piel. Vestía de negro, con un elegante traje que debía de ser aquel con el que fue enterrado. En su mano derecha llevaba un pañuelo blanco de seda bordado a mano en el que resaltaban unas brillantes manchas de sangre. Se lo llevaba a la boca cada pocos segundos para cubrírsela al toser. Estuve segura de que había muerto de tuberculosis.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —le pregunté tras clavar mis ojos en él para que se diese cuenta de que le estaba viendo.

—No voy a contestar a eso, señorita —dijo mi acompañante, pensando que estaba hablando con él.

Le ignoré y continué con la mirada clavada en el joven que se encontraba a su lado. Me miraba a mí, sorprendido de que le estuviera hablando, emocionado por saber que alguien podía percibirle.

—Soy Christopher… —Durante unos segundos, miró alrededor nervioso y confundido, como si no supiera dónde estaba ni qué hacía allí. De repente, se separó del hombre, dio un par de pasos hacia mí y empezó a hablar de forma atropellada—. Soy compañero de clase de Alan en Sherborne. Él no tiene a nadie más. Todos los demás le tratan mal… Los otros chicos, incluso los profesores… Creo que les asusta. Es demasiado inteligente, demasiado diferente a los demás. No pueden comprenderle… Solo yo… No puedo dejarle solo. Sufre mucho cuando los demás le desprecian… Solo yo le entiendo, solo yo puedo consolarle… Él confía en mí…

Supe de inmediato a quién se refería el chico. El hombre que tenía sentado enfrente era Alan Turing, el genio que había descifrado los códigos de los nazis. Durante el tiempo que llevaba en Bletchley Park había captado rumores sobre él: que era un tipo raro que no sabía comportarse con los demás, que se creía por encima de todo el mundo, que era muy difícil de tratar… Volví a mirar a aquel hombre y, en un solo segundo, pude verle tal y como era. Aquella arrogancia, sus modales fríos y altaneros, la manera de dirigirse a los demás con superioridad eran solo partes de la armadura que se había construido

para que nadie pudiera hacerle daño. Le dirigí una tímida sonrisa de disculpa y me levanté para marcharme.

—Ha ganado, señor Turing. La mesa es suya.

Fui a recoger mi sombrero para abandonar el local, pero él alargó su mano y me agarró por el brazo para retenerme. Levanté la cabeza y me encontré con su mirada inteligente y curiosa.

—Había dicho que no sabía mi nombre. ¿Cómo lo sabe ahora?

—Le mentí —respondí tirando de mi brazo para liberarme. A pesar de que él no parecía un hombre fuerte, no lo conseguí—. Sí sabía quién era y estaba gastándole una broma estúpida. Espero que me disculpe.

—No. Es ahora cuando está mintiendo. —Me aferró aún con más fuerza, hasta casi hacerme daño—. Señorita, si no me dice quién es usted y de dónde ha sacado mi nombre, voy a tener que dar aviso a los encargados de seguridad de Bletchley Park. Comprenda que su comportamiento está resultando muy sospechoso.

Desvié la mirada y la clavé en el chico, que seguía parado al lado de Alan, mirándole con una mezcla de preocupación y adoración y, aunque sabía que no debería hacerlo, decidí contar la verdad, por el bien de los dos.

—Me lo ha dicho Christopher, su compañero de Sherborne. —Alan se sintió tan sorprendido que soltó su agarre y se cubrió la boca abierta con ambas manos—. Sigue a su lado, preocupado por usted, protegiéndole… Tiene que liberarle. Si no le deja ir, se acabará volviendo loco. Dígale que estará bien y ayúdele a trascender.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe todo eso? —preguntó mientras seguía negando con la cabeza—. Yo nunca le he contado a nadie nada sobre Christopher…

—No puedo decirle nada más. Comprometería mi trabajo aquí.

—No hay problema. —Me dirigió una sonrisa que no le llegó a los ojos, repletos de lágrimas—. Puede irse. Descubriré por mí mismo quién es. Si sabe quién soy, sabe que me encanta “descifrar enigmas”[viii].

Asentí y salí del bar casi a la carrera. La lluvia seguía cayendo, aunque era mucho más débil, así que decidí regresar. Mi excursión había sido un auténtico desastre: estaba empapada, no había conseguido tomar ni una miserable cerveza ni mantener una conversación agradable con nadie y era posible que hubiera asustado a la persona más importante de todo Blecthley Park y que fuera quejándose de que había una loca peligrosa suelta en las instalaciones. Me encogí de hombros. ¿Qué iban a hacerme? ¿Devolverme a mi país? Aquello era exactamente lo que quería.

Cuando crucé las verjas del complejo, entré en el edificio principal y bajé al sótano. Aún era demasiado pronto para meterme en mi

habitación, así que estudiaría unos cuantos informes más y, cuando me aburriera, cogería mi bicicleta y pedalearía hasta mi alojamiento en Bleak Hall. Recé para que, cuando llegara ese momento, hubiera dejado de llover. No se me ocurría una peor forma de terminar el día que pedaleando tres millas bajo una lluvia torrencial.

Al abrir la puerta del sótano, me encontré a Alfred sentado detrás del escritorio. Me alegré tanto de que mi soledad hubiera terminado que ni siquiera le recriminé que se hubiera sentado en nuestra única silla buena.

—Alfred, has vuelto —saludé con alegría.

—Sí, he vuelto. Y he comprobado que, si no estoy yo aquí para controlarte, el trabajo no avanza. —Se levantó para mirarme de arriba abajo—. ¿Se puede saber dónde estabas?

—He ido al pueblo a tomar algo.

—¿En horas de trabajo? —preguntó con un tono tan ofendido como si acabara de decirle que me divertía quemando banderas inglesas.

—Sí, Alfred, sí… En horas de trabajo. —Puse los brazos en jarras y le miré fijamente para demostrarle que no me intimidaba—. Sabes tan bien como yo que no tenemos nada que hacer aquí y me has dejado sola y aburrida tres días enteros.

Se puso la mano sobre la boca, como si estuviera reflexionando, pero me di cuenta de que en realidad intentaba esconder una sonrisa. No estaba enfadado, ni le parecía mal que hubiera salido. Tan solo le divertía sacarme de quicio. Decidí fingir que no me importaba nada de lo que dijera o hiciera y, aprovechando que se había levantado, pasé por su lado y ocupé nuestra silla buena.

—¿Se puede saber dónde has estado y qué has estado haciendo tú?

—Esto… Clarice, el jefe soy yo —protestó tímidamente.

Alcé la barbilla y le miré mientras negaba con la cabeza. No sabía por qué nos gustaba tanto sacar de quicio al otro y mantener aquella lucha continua por el poder. Quizá era la única manera en la que sabíamos relacionarnos.

—Y yo soy la única con las capacidades necesarias para hacer que esto funcione —respondí—. ¿Vas a decirme qué has estado haciendo?

Él suspiró, asintió y se inclinó hacia mí. Durante un segundo, pensé que se acercaba para besarme y me quedé sin respiración, sin saber si debía apartarme o corresponderle. Pero en realidad él rebuscó en el bolsillo interior de su abrigo, que había dejado apoyado en el respaldo y sacó un recorte de periódico que puso sobre la mesa frente a mí.

—Nuestro plan ha sido aprobado por el MI6. Este anuncio ha salido hoy en el periódico —me dijo—. Mañana nos vamos a Londres. Tenemos que hacer un montón de entrevistas de trabajo.

Recogí aquel trozo de papel y lo sostuve entre los dedos con

cuidado, como si temiera que fuera a desvanecerse. No podía creer que el MI6 hubiera dado luz verde a un plan tan loco como el nuestro, pero aquel anuncio demostraba que sí. Lo leí en susurros, con voz emocionada:

El gabinete de curiosidades de Madame Clarice busca gente con capacidades extraordinarias.

Alfred

Capítulo cuatro

Alfred asomó la cabeza por la ventanilla para ver cómo el tren se deslizaba hacia el interior de la estación de Euston. El lugar era un hervidero en el que destacaba el color verde de los uniformes de los soldados. Algunos iban acompañados de sus familias y tenían cara de asustados y perdidos. Se notaba que acababan de alistarse y que iban a coger un tren hacia uno de los campamentos de entrenamiento repartidos por todo el país. Otros iban en grupo, ruidosos y alegres, incluso borrachos. Aquella alegría desmesurada y fuera de lugar en una guerra escondía un miedo atroz: se dirigían a los puertos del sur, a embarcar hacia el continente sin saber si algún día regresarían.

—¿Está muy lejos nuestro hotel? —preguntó Clarice sacándole de su ensimismamiento.

—No, no mucho… A unos diez minutos andando —contestó él—. Si has traído mucho equipaje, podemos pedir un taxi.

Ella le miró divertida, antes de ponerse en pie y recoger la pequeña mochila que había dejado en la balda superior.

—He traído esto —dijo tras encogerse de hombros—. Se supone que solo vamos a estar un par de días en Londres, ¿no?

Alfred se sorprendió. Todas las damas que conocía habrían llevado un baúl entero, lleno de vestidos, zapatos y sombreros, para un viaje a la capital. Y un ejército de criadas que las ayudasen a llevarlo, a vestirse y peinarse… Clarice era tan diferente a todas ellas que casi no parecía de la misma especie.

—No sé si vas a tener suficiente. ¿Ya has traído ropa adecuada para las entrevistas de mañana? —Esperó hasta que ella asintió con gesto firme—. ¿Y para salir esta noche?

—¿Dónde tenemos que ir esta noche?

—Había imaginado que te apetecería ir al teatro o a la ópera. O a cenar y bailar —contestó él con una sonrisa—. Habrá que aprovechar que te he traído a la capital…

El gesto de Clarice cambió por completo. Frunció el ceño y elevó la barbilla, orgullosa.

—Lo primero es que tú no me has traído a la capital. Me ha traído el tren —dijo con desdén—. Y lo segundo es que no pienso ir contigo a cenar ni a bailar ni a absolutamente nada. Eres mi jefe y yo tu subordinada, ¿recuerdas?

Alfred se quedó tan asombrado que no pudo reaccionar cuando ella, con la mochila al hombro, abrió la puerta del compartimento privado que habían estado ocupando y empezó a avanzar por el pasillo del tren, que ya se había detenido, rumbo a la salida. Tras unos

segundos de confusión, recogió su maleta y salió tras ella mientras se preguntaba qué había dicho para molestarla de aquella manera. Clarice era todo un misterio para él, pero no pensaba dejarlo sin resolver. Fue esquivando a la gente que abarrotaba el vagón, disculpándose a cada paso por sus prisas, cuidando de no perder de vista a la muchacha, que ya avanzaba por el andén como si conociera aquella estación de toda la vida. Saltó los dos escalones que le separaban del andén, corrió tras ella y la detuvo agarrándola del brazo. Ella se giró y miró la mano que la agarraba con absoluto desprecio.

—¿Dónde vas? ¿Por qué te has enfadado?

Clarice suspiró, negó con la cabeza y agitó el brazo para liberarse. Después le dirigió una dulce sonrisa, tan falsa como una moneda de tres peniques.

—No estoy enfadada —mintió—. Solo quiero llegar cuanto antes al hotel.

—No me mientas. He dicho o he hecho algo que te ha sentado mal y me gustaría disculparme —explicó él conciliador.

—Bufff… Si quieres disculparte, vas a tener trabajo para años… —Clarice puso los brazos en jarras y le miró retadora—. ¿Por dónde empiezo? Te presentaste con un nombre falso, me sedujiste con un montón de mentiras…

—¿Te seduje? —Alfred no pudo evitar un tono burlón en su voz.

—Lo intentaste —contestó ella con desprecio—. Me has separado de mi tierra y de mi familia para traerme a un país horrible en el que siempre llueve y en el que se come de pena…

—Clarice, por favor, es mi país. Un poco de respeto…

—Sabes que lo que digo es cierto, por mucho que sea tu país —insistió ella—. Y no me interrumpas… Me has traído a este sitio espantoso para cumplir una misión imposible. Tú y yo solos contra una todopoderosa organización nazi. Esto es una locura…

—Pensaba que creías en nosotros —dijo él, dolido.

—Alfred, por favor… Ni siquiera tú puedes creer en algo tan loco. —Clarice se quedó mirándole durante unos segundos. Debió de conmoverle su mirada apenada, porque, después de apretarse el puente de la nariz mientras negaba con la cabeza, le miró de nuevo y le dirigió una sonrisa—. Lo siento, Alfred, pero todo esto empezó mal desde el principio y no va a poder arreglarse. Me quedaré a tu lado porque me lo han ordenado e intentaré hacer mi trabajo lo mejor posible, pero no voy a hacerme tu amiga ni voy a salir a cenar contigo…

—Ni vas a creer en lo que estamos haciendo. —Alfred resopló para soltar la frustración que sentía y, después, fingió una sonrisa y señaló hacia la salida de la estación—. Comprendido. No volveré a

molestarte. Sígueme, por favor.

Sin decir una palabra más, salió de la estación y se dirigió hacia el hotel. El cielo estaba gris y lloviznaba, pero decidió continuar sin preguntarle a Clarice si prefería coger un taxi. Iban a llegar empapados, pero le dio igual. Así ella tendría aún más razones para quejarse del mal clima de su tierra.

A pesar de sus largas zancadas, podía escuchar los pasos apresurados de Clarice justo detrás de él. La joven no protestó ni una sola vez ni le pidió que redujera el paso. ¡Maldita cabezota! Estaba seguro de que se encontraba sin resuello y de que le resultaba difícil seguirle con los tacones que llevaba sobre el suelo resbaladizo de las calles de Londres, pero preferiría acabar desmayándose de agotamiento que pedirle que la esperase. Clarice Cooper preferiría morirse que pedir ayuda o demostrar debilidad.

Cuando llegaron al hotel, Alfred se dirigió a la recepción. Clarice se colocó a su lado y se dedicó a admirar las cristaleras y la elaborada escalinata de mármol que llevaba a las habitaciones.

—Lord Alfred Mitchell —se presentó él cuando el joven de recepción se acercó a atenderle—. Tengo reservadas dos habitaciones.

—¿Lord? —preguntó ella en un susurro burlón cuando el recepcionista se separó unos pasos—. ¿Otra mentira del MI6 para que nos atiendan mejor?

—No, no es mentira. Soy Lord, el segundo hijo del Duque de Guildford, pero no es necesario que te dirijas a mí por mi título. —Alzó una mano para pedirle tiempo para terminar—. Puedes llamarme teniente Mitchell.

—Llevo semanas llamándote Alfred —protestó ella, confusa.

—Eso fue antes de que me dijeras que no crees en nuestra misión y que no quieres ser mi amiga… Ah, y que mi país te parece un infierno. Creo que tienes razón y que será mejor que mantengamos nuestra relación en un nivel estrictamente profesional. —Inclinó la cabeza como señal de despedida—. Que pase una buena velada, señorita Cooper.

Recogió una de las llaves que el recepcionista había dejado sobre el mostrador, agarró su maleta y salió disparado escaleras arriba, sin esperar a que ella respondiera. Cuando llegó a su habitación, dejó la maleta en el suelo y se desplomó sobre la cama, cubriéndose los ojos con las manos. Solo quería estar un rato a oscuras y en silencio y relajarse. Lo que le había dicho Clarice le había dolido, aunque no podía explicarse por qué. Hasta él tenía que admitir que su misión de luchar ellos dos solos contra la Ahnenerbe era casi imposible. Y que el clima y la comida de Inglaterra eran una aberración… Pero no podía soportar que ella quisiera mantenerse distante, que no aceptara siquiera su amistad.

Escuchó como ella entraba en la habitación contigua y cerraba la puerta de un portazo. Parecía que, a pesar de haberle dicho todas aquellas cosas horribles, todavía no se había desfogado y seguía estando de mal humor. Lo mejor que podía hacer era quedarse en su habitación, tomar una ducha y salir a cenar solo, sin arriesgarse a más comentarios hirientes ni miradas de desdén. Ya se le pasaría el enfado con el tiempo.

Se levantó de un salto, se estiró con un gesto rápido de los bajos de la chaqueta del uniforme y, sin darse tiempo a reflexionar para no arrepentirse, se plantó en el pasillo, delante de la puerta de Clarice. Llamó con un par de firmes golpes y esperó erguido, casi como si estuviera esperando a que le pasaran revista.

Ella abrió la puerta y se quedó mirándole sorprendida, como si no pudiera imaginarse qué hacía allí. Él se irguió aún más y realizó un saludo militar antes de empezar a hablar.

—Me presento. Soy el teniente Alfred Mitchell, agente del MI6 británico y fundador de la División OpenMind. Me enviaron a los Estados Unidos para reclutar a Clarice Cooper, agente especial del PRD, ya que, según me indicaron mis fuentes, es el miembro más prometedor de su división y la única persona capaz de ayudarnos en nuestra misión.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó ella, mirándole como si temiera que se hubiera vuelto loco.

—Presentarme, empezar de nuevo… Creo que tienes razón y que empezamos mal, pero quizá todavía tenga arreglo —explicó él—. Te mentí sobre mi identidad porque estaba en una misión secreta. Quizá debería haberme marchado antes de responder a tus preguntas con mentiras, pero no pude hacerlo. Necesitaba conocerte…

—Alfred, esto no va a arreglar nada…

—Quizá sí. Espera. —Él le mostró las palmas de las manos para pedirle más tiempo—. Yo no elegí reclutarte. También sigo órdenes. Me dijeron que debía buscarte y traerte aquí como fuera. No había posibilidad de elegir. Estamos en guerra y nuestras opciones son limitadas. Me gustaría mucho no haberte separado de tu país, tus amigos y tu familia, pero, al igual que tú, no tenía opción.

—Lo comprendo —contestó ella, apenada.

—Lo que no puedo justificar es el clima y la comida de mi país. Es una auténtica vergüenza nacional, pero tampoco puedo hacer nada por cambiarlo. Espero que no me odies por ello.

Clarice no pudo contener una carcajada. Después se apoyó en la puerta y le sonrió.

—Está bien. Intentaré perdonarte.

—¿Aceptas entonces mi invitación a cenar y bailar?

—No —contestó ella—. Estoy cansada del viaje, mañana tenemos

muchas cosas que hacer y todavía no te he perdonado tanto. —Sonrió al ver la decepción en sus ojos—. Pero quizá te diga que sí otro día.

Él hizo un mohín de disgusto que provocó una nueva sonrisa en los labios de la chica. Se acercó a él, depositó un beso en su mejilla y se acercó a su oído para susurrarle.

—Que pase una buena velada, teniente Mitchell.

Sin decir nada más, volvió a meterse en su habitación y cerró la puerta. Alfred se quedó unos segundos parado en mitad del pasillo, sintiéndose confuso. No sabía por qué, pero, a pesar de haber vuelto a recibir calabazas, sentía que la relación entre los dos había mejorado… y aquello le produjo un calor inexplicable en el vientre, una sensación extraña que le hizo sonreír como un imbécil. Miró de nuevo hacia la puerta y se llevó la mano a la mejilla, en la que todavía podía sentir el aleteo de su beso.

—Buenas noches, Clarice. Que duermas bien.

Sabía que era una estupidez, pero casi pudo sentir que ella seguía al otro lado de la puerta y que también le deseaba que tuviera felices sueños.

Tarice

Capítulo cinco

—Sí, la estoy viendo con tanta claridad como la veo a usted —dijo la mujer con la vista perdida en una esquina de la habitación y el rostro compungido—. Es una dama muy guapa y elegante. Se parece a usted.

Paseé la vista por el salón del hotel en el que estaba realizando las entrevistas para hacer una última comprobación antes de echar a aquella farsante. No había nadie más con nosotras, estaba segura. Ni siquiera se notaba el aire frío ni el olor a flores marchitas que solía acompañar a las apariciones. La mujer que tenía frente a mí no poseía ningún poder y, además, había tenido la mala suerte de estar siendo entrevistada por alguien que sí lo tenía y que podía desenmascararla en cuestión de segundos.

—¡Dios mío! —exclamé alterada—. ¿No será mi adorada madre? Pregúntele, por favor.

La mujer cerró los ojos, fingiendo que estaba concentrándose, y, cuando los abrió de nuevo, me miró con cariño y extendió los brazos para tomar una de mis manos entre las suyas y apretarlas con afecto.

—Sí que lo es, niña… Y dice que te echa tanto de menos…

—Tenemos un gran problema —dije apartando mi mano como si su contacto me quemara—. Mi madre está viva. Por las últimas noticias que tengo de ella, sigue feliz en nuestra granja de Montana y disfruta de una salud de hierro.

—Lamento ser portadora de tan malas noticias, pero la mujer que se me ha aparecido es tu madre.

Sentí como la sangre me hervía por dentro. Aquella mujer no solo fingía tener unos poderes de los que carecía, sino que no le importaba jugar con los sentimientos ajenos y hacer daño para salirse con la suya. Me puse de pie y le señalé la salida con gesto airado.

—Márchese de aquí y no vuelva —grité sin poder contenerme—. Son las personas como usted las que dan mala fama a nuestra profesión.

—Yo tengo poderes verdaderos, niña. —La mujer se levantó y me clavó una mirada amenazante—. No me hables en ese tono o tendré que enseñarte respeto.

Agaché la mirada tratando de calmarme. Sabía que no era justo que pagara con aquella mujer mi mal humor, pero llevaba todo el día entrevistando a farsantes, timadores y embaucadores sin escrúpulos y no podía más. Cuando levanté la mirada y la clavé en sus ojos, mi rabia debía ser tan palpable que la mujer retrocedió un paso, como si acabara de golpearla en el estómago.

—*Volo te dolor.* —Me acerqué a ella y le sonreí mientras veía como su expresión arrogante se tornaba en una de dolor—. No vuelvas a hacer algo así. No vuelvas a jugar con los sentimientos de la gente, no finjas tener unos poderes que no tienes. Si lo haces, me enteraré y el dolor que estás sufriendo ahora mismo te parecerá una caricia comparada con lo que te haré. ¿Lo has comprendido?

La mujer asintió, así que la liberé del hechizo. Me senté de nuevo, convencida de que el susto no le duraría mucho y de que, muy pronto, aquella mujer volvería a buscar a algún incauto con el que practicar sus supuestos poderes. Cuando salió, antes de que pudiera cerrar la puerta, Alfred se coló en la estancia y se acercó a mí enarcando una ceja.

—¿Qué le has hecho a esa mujer? Parecía que hubiese visto un fantasma.

—Que más quisiera ella que haber visto un fantasma —dije tras soltar una risa sarcástica—. Fingía tener poderes de médium, pero no ha conseguido engañarme.

—Bueno, ya temíamos que se presentaría gente sin poderes reales…

—Sí, pero no tantos —me quejé—. No imaginaba que pudiera haber tantos timadores en toda Inglaterra.

—Bueno, por suerte ya casi terminas —me consoló él mientras tomaba asiento en la silla situada frente a mí—. Solo te quedan esos tres de ahí fuera, ¿no? ¿A cuántos has reclutado? ¿Veinte? ¿Treinta?

Me quedé en silencio durante unos segundos, mordisqueando con nerviosismo mi labio inferior. Alfred me sonreía emocionado y en sus ojos brillaba la ilusión, una ilusión que yo iba a destrozar con mis próximas palabras. Lancé un largo suspiro, me recliné en el asiento y decidí darle las malas noticias sin más rodeos.

—Ya he acabado. Las tres personas que hay ahí fuera son las tres personas que he podido reclutar.

—¿Solo tres? ¿En serio? En el Pentágono teníais mucha más gente trabajando…

—Bueno, yo no tengo la culpa de que haya tan poca gente con facultades especiales en tu país. Puedes volver a cruzar el océano y tratar de secuestrarles a todos como hiciste conmigo.

—¿Vamos a empezar otra vez con eso? —protestó él.

—No, tienes razón. Lo siento. —Me encogí de hombros tratando de restarle importancia—. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Consiguiendo gente para nuestro departamento. —Ante mi cara de desconcierto, siguió explicándose—. He estado en la King's College.

Se quedó mirándome como si yo debiera estar impresionada por sus palabras. Esperé unos segundos a que siguiera explicándose y, al ver que no lo hacía, me encogí de hombros.

—No sé qué es la King's College —admití.

—Es una de las mejores universidades de Londres, lo que implica que es una de las mejores universidades del mundo —explicó con aquel tono de superioridad que conseguía sacarme de quicio—. He estado reclutando a los alumnos más brillantes de las facultades de historia antigua, de arte clásico, de medicina, de literatura… Tenemos a nuestra disposición lingüistas, filósofos, teólogos, psiquiatras, sociólogos…

—¿Y para qué va a servirnos todo eso? —pregunté, tratando de rebajar su entusiasmo.

—Nos ayudarán a entender los planes de la Ahnenerbe y a frustrarlos. Los nazis tienen a los mejores en cada campo y nosotros no vamos a ser menos.

No quise discutirle más, aunque estaba casi segura de que en la Ahnenerbe no habían reclutado estudiantes, por muy brillantes que estos fueran, sino que dispondrían de auténticos expertos.

—He fichado a los más selectos estudiantes para poder cumplir con nuestro cometido y, a cambio, tú solo has conseguidos a tres personas. ¿Qué tienes que decirme?

Se paró frente a mí con la barbilla alzada y una ceja enarcada, esperando que me disculpara por mi fracaso. Había momentos en los que odiaba todo de él: sus modales distinguidos, su aire de superioridad, su perfecto acento británico… Puse los brazos en jarras y abrí la boca para ponerle en su sitio.

—¿Que qué tengo que decirte? —No se me ocurrió nada. La verdad es que mis resultados eran decepcionantes. Incluso yo me sentía defraudada—. Que vamos a necesitar muchas sillas.

Vi que él contenía una risa y me sentí más relajada. Estaba segura de que podría hacerle ver que aquellos resultados tan desastrosos no eran culpa mía.

—Tendremos más sillas. Tendremos todo lo que necesitemos. He hablado con mis superiores y me han confirmado que podemos disponer de todo el presupuesto necesario para que esto funcione. Tenemos el dinero, tenemos un montón de mentes brillantes a nuestra disposición… Solo nos falta gente con el poder suficiente para enfrentarse a los psíquicos del ejército nazi… Y solo has conseguido a tres personas.

Él había ido bajando el tono, como si estuviera intentando explicarse sin que yo me sintiera herida o atacada. Asentí y le dirigí una sonrisa triste.

—Me habría encantado recibirte con un ejército de telépatas, médiums y clarividentes, pero no los hay. He entrevistado a unas doscientas personas y casi todos han resultados ser farsantes o locos. —Me encogí de hombros—. No es mi culpa. Creo que Inglaterra no es

una buena tierra para las brujas. Quizá ahorcasteis a demasiadas en la Edad Media.

—Los yanquis no sois nadie para criticarnos —me dijo burlón—. Recuerda Salem.

—Está bien… Lo que quiero decir es que de momento tendremos que arreglarnos con esto. —Lancé un suspiro resignado—. ¿Quieres conocerlos?

En cuanto entramos en el cuarto contiguo, las tres personas que estaban allí se levantaron de forma coordinada. Pensé que era muy gracioso que ya se movieran como si pertenecieran al ejército aunque no tuvieran ni idea de que acababan de ser reclutados. Alfred se colocó a mi lado, tan erguido, marcial y elegante como siempre y esperó a que yo tomara la palabra.

—Disculpad la espera. El proceso de selección ha terminado y tengo que comunicaros que sois los elegidos.

Una sonrisa se abrió paso en los rostros de nuestros tres acompañantes. Me coloqué frente a una chica muy joven, de piel clara, ojos de un azul tan luminoso que parecía irreal y larga cabellera rubia. Su sonrisa era tan amplia y sincera que incluso sus ojos brillaban. Le tomé la mano y me giré hacia Alfred para presentarles.

—Este es el teniente Alfred Mitchell, nuestro jefe. Y esta adorable jovencita es Wendy Thomas, de Clovelly, un pueblecito de pescadores al oeste de Londres. —Ella le dedicó una torpe reverencia a Alfred—. Tiene la capacidad de *notar cosas*…

—¿Notar cosas? —preguntó Alfred confuso—. ¿Podrías ser algo más precisa?

—Bueno, yo… —La voz de Wendy era apenas un susurro—. Veo colores alrededor de la gente y puedo saber cosas sobre ellos: su estado de ánimo, sus intenciones… A veces, tocando algún objeto, también puedo saber cosas de su dueño o de la última persona que lo tocó…

—Muy interesante —dijo Alfred, devolviéndole la reverencia con mucho mejor acierto—. Bienvenida al grupo. Estoy seguro de que tus capacidades nos serán de gran ayuda.

El rostro de porcelana de Wendy enrojeció por completo. Posé por un momento la mano en su hombro para apoyarla. Cuando levantó su mirada asustadiza, le dirigí una sonrisa.

—Y estoy segura de que esas habilidades mejorarán mucho con el entrenamiento. Al igual que las del resto de nuestros candidatos. —Di un par de pasos para acercarme a la otra mujer que había reclutado—. Ella es Irma Cohen.

Saludó con un gesto de la cabeza y esperó sin decir nada, clavando la mirada en la pared de enfrente. Sus enormes ojos negros me habían intrigado desde el primer momento. Era una mujer morena de no más

de treinta años, pero ya poseía una belleza serena y una mirada cargada de recuerdos amargos que no suele alcanzarse hasta tener mucha más edad.

—Ese nombre no es inglés, ¿verdad? —preguntó Alfred a modo de saludo.

—No, soy polaca —respondió Irma—. Escapé del gueto de Lodz hace casi dos años.

—Entonces, además de sernos útil por sus capacidades especiales, podrá usted contarnos mucha información acerca de la Europa ocupada, señorita Cohen —comentó Alfred emocionado.

—Es señora Cohen… Y preferiría no tener que revivir esos recuerdos si no es indispensable —le cortó la mujer—. No entiendo para qué iban a ser de utilidad en un circo ni por qué estamos hablando con un teniente del ejército inglés.

Mientras hablaba, la mujer paseaba la mirada entre nuestros rostros y la puerta de salida. Todo su cuerpo estaba en tensión, como el de un cervatillo que estuviera a punto de salir huyendo después de haber escuchado el disparo de una escopeta demasiado cerca. Traté de tranquilizarla con una sonrisa.

—Os lo explicaremos todo en un par de minutos. —Me giré de nuevo hacia Alfred—. Podríamos decir que la señora Cohen practica el mesmerismo.

—¿El qué? —preguntó Alfred confuso.

—Algo similar a la hipnosis.

Alfred me tomó el brazo y me guio hasta la pared del fondo de la habitación para que pudiéramos hablar sin ser escuchados por nuestros compañeros.

—Lo siento… Ya sé que has encontrado a poca gente, pero esa mujer no nos sirve —susurró mientras le echaba miradas furtivas—. Ya te he dicho que he fichado a varios médicos y psiquiatras del King's College y dominan esa disciplina.

—No como ella —le corté.

—Por supuesto que no como ella. Estoy hablando de auténticos profesionales de la medicina que se han aproximado al fenómeno de la hipnosis desde una perspectiva científica y no como parte de un espectáculo de feria. No se puede comparar a un estudiante de una de las más prestigiosas universidades inglesas con una vendehúmos de algún extinto circo polaco.

Ahí estaba otra vez su arrogancia y su prepotencia británica. Cuando hablaba de aquella manera, me entraban unas ganas irremediables de ponerle en su sitio… y, por suerte para mí, en aquel momento tenía a mano todas las herramientas necesarias. Me giré hacia la mujer con una sonrisa traviesa en la cara.

—Señora Cohen, ¿sería tan amable de hacerle una demostración de

sus poderes al teniente Mitchell?

Ella me devolvió una sonrisa maliciosa, así que supuse que, a pesar de las precauciones que había tomado Alfred, había escuchado nuestra conversación. Asintió con la cabeza y dio un par de pasos hacia nosotros hasta colocarse en el centro de la habitación.

—Llámame Irma —me pidió antes de clavar sus oscuros y profundos ojos en los de Alfred—. Estaré encantada de demostrarlos.

Tomó aire de forma pausada y profunda durante unos segundos. A pesar de que se mantenía quieta y que parecía que todo su cuerpo estaba en reposo, vi que una gota de sudor resbalada por su frente y que los músculos de su cuello y mandíbula estaban tan en tensión como si la mujer estuviera tratando de levantar un piano a pulso. El aire se llenó de una corriente eléctrica de origen desconocido y las luces de las lámparas titilaron, como si hubiera habido un descenso de la tensión. Cuando los labios de Irma pronunciaron su orden dirigida a Alfred, tuve que hacer un esfuerzo para no obedecerla yo también.

—Estira los brazos. —Los brazos de Alfred subieron como un resorte y se quedaron estirados frente a él, paralelos al suelo, mientras él los miraba con asombro, como si fueran dos apéndices ajenos—. Escúchame con atención. Tus brazos han dejado de ser de carne y hueso y se han convertido en dos sólidas vigas de hierro. No puedes doblarlos. Es totalmente imposible.

Pensé que quizá debería parar aquello. No quería que Alfred se enfadara y expulsara a Irma del equipo. Aunque acababa de conocerla, estaba segura de que podría ser un miembro muy útil para nuestro grupo. Miré el rostro de Alfred y me tranquilicé. No parecía inquieto ni asustado. Contemplaba a la mujer con curiosidad y algo más… Parecía que en sus ojos había un brillo de desafío. Estaba intentando desobedecer los comandos de Irma y deshacer su dominio sobre él.

—Aunque no vas a poder hacerlo, quiero que intentes doblar los brazos. Puedes usar toda la fuerza que quieras. Quiero que intentes recuperar el control sobre tus brazos y doblarlos. Vamos, hazlo.

Volví a mirar a Alfred. Tenía todos los músculos en tensión, la mandíbula apretada, incluso se le marcaban los tendones en el cuello. Estaba aplicando toda su fuerza para recuperar el control sobre su cuerpo, pero le era imposible. Irma dio un paso más hacia él, hasta quedar muy cerca de su rostro y le dirigió una sonrisa burlona.

—¿Cuántos de esos magníficos estudiantes del King's College podrían hacer lo mismo que esta vendehúmos polaca? —Aunque seguía sonriendo, la rabia brillaba en sus ojos.

—Mis más sinceras disculpas, señora. —Las palabras de Alfred sonaron sinceras—. No pretendía ofenderla con mi comentario. Espero que pueda perdonarme y acceda a colaborar con nosotros. Ahora estoy seguro de que será una gran incorporación para el equipo. —Esperó

hasta que ella asintió para seguir hablando—. Y también espero que, al perdonarme, me devuelva la movilidad de los brazos. Me gustaría poder subirme y bajarme los pantalones sin ayuda.

Irma rompió el contacto visual y Alfred recuperó el control sobre su cuerpo. En lugar de observarle a él, que doblaba sus brazos una y otra vez como si no acabara de creerse que pudiera moverlos, me fijé en Irma. Su cara había perdido el color y su mirada parecía perdida. Noté que se tambaleaba y me apresuré a pasar un brazo por su cintura para ayudarla a llegar a una silla cercana.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—Sí, es solo que usar mi poder me agota demasiado. —Tomó asiento y elevó la cabeza para dirigirme una sonrisa que era una mezcla de vergüenza y agradecimiento—. Creo que mi poder es demasiado limitado. No sé si voy a seros útil.

—Tranquila, estoy segura de que eso mejorará con la práctica.

Le di un par de palmadas en la espalda y, cuando estuve segura de que no iba a desmayarse, me giré hacia Alfred. Él asintió y señaló al último de nuestros acompañantes.

—Acabemos de conocer al grupo. Aún tienes que presentarme al caballero.

—Por supuesto. Este es el señor Nigel Hinsley.

Me puse al lado del joven que esperaba su turno. Aunque con las dos anteriores presentaciones me había sentido muy confiada, tenía que reconocer que no estaba tan segura de haber acertado con mi última elección. Sin embargo, Nigel parecía muy seguro de sí mismo. Se adelantó hacia Alfred y le tendió la mano para chocársela con energía. Me quedé mirándole durante unos segundos, preguntándome si me habría equivocado. Nigel era un joven moreno de rasgos afilados, atractivo y bien vestido, quizá demasiado clásico. Llevaba un traje y, sobre él, un abrigo largo de paño negro que debía haber pasado de moda a mediados del siglo anterior. Con su mano izquierda, sujetaba un sombrero de copa y un bastón de ébano con empuñadura de plata que, dada su juventud, no necesitaba para nada. Alfred esperó pacientemente a que yo continuara la presentación, pero, al ver que continuaba ensimismada con el peculiar aspecto de Nigel, carraspeó nervioso.

—¿Y bien? ¿No vas a hablarme sobre las increíbles capacidades de nuestro último invitado?

—Lo haré yo mismo, señor —intervino Nigel—. Espero no sonar demasiado pretencioso, pero mis cualidades psíquicas son muchas y muy variadas. Tengo un amplio dominio de todas las mancias: quiromancia, cartomancia, geomancia… Además, soy un poderoso médium y domino varias disciplinas de la magia…

—Todos esos poderes son falsos —intervine con voz firme—.

Simples trucos de feria. No he tardado más de unos segundos en desenmascararle.

—¿Cómo puede decir eso? —Nigel abrió la boca y negó con la cabeza, fingiéndose ofendido—. Llevo años trabajando en los más prestigioso espectáculos de toda Inglaterra con gran éxito de crítica y público.

—No niego que sea usted un artista, pero no es eso lo que estamos buscando —volví a cortarle—. Buscamos poderes genuinos.

—Y, si crees que es un farsante, ¿por qué está aquí? —preguntó Alfred.

—Porque tiene un poder real —contesté.

—¿Y cuál es?

Volví a quedarme en silencio un par de segundos mientras me mordía con nerviosismo el labio inferior. Ante la mirada de impaciencia de Alfred, decidí continuar.

—Dobla cucharillas —contesté con un hilo de voz.

—¿Perdona? —dijo Alfred inclinándose hacia mí—. Creo que no te he escuchado bien.

—Dobla cucharillas… Con la mente… —Lancé un suspiro, alcé la barbilla y decidí tirar para adelante. Si había decidido escoger a Nigel para el grupo, debía intentar defenderle—. Todos sus otros poderes son falsos, simples ilusiones, pero, por más que me esforcé, no conseguí descubrir ningún truco cuando doblaba las cucharillas. Creo que puede hacerlo de verdad.

—Por supuesto que tengo ese poder —me interrumpió el chico—. Al igual que mis otros poderes…

—Nigel, para… Deja de mentir. —Puse los brazos en jarras y le miré con severidad—. ¿Utilizas algún truco para doblar las cucharillas?

—No, por supuesto que no. —Se llevó la mano al pecho con gesto solemne—. Juro por mi honor de caballero que no hay ninguna trampa.

—Dice la verdad. —La dulce voz de Wendy me sorprendió—. Su aura es blanca ahora. No miente.

—Muchas gracias, Wendy. Podemos asumir entonces que ese poder es real.

—¿Por qué confías ciegamente en ella y no en mí? —protestó Nigel —. Me parece indignante que se pongan en duda todos mis dones y no los de esta señorita.

—Un poco de tranquilidad, por favor. —Alfred se colocó en el centro de la estancia con los brazos extendidos—. Supongamos que la señorita Thomas está en lo cierto y que ese don del señor Hinsley es auténtico… ¿Podrías explicarme cómo puede ayudarnos que él sea capaz de doblar cucharas en nuestra lucha contra el Tercer Reich? ¿Es

que vamos a intentar que Hitler se atragante al comer sopa?

—Bueno… Tiene un poder real que puede entrenarse y mejorarse —contesté no muy segura—. Hay magia en este chico y tampoco había mucho más entre lo que elegir.

—Perdón, perdón, perdón… —dijo Nigel agitando las manos a ambos lados mientras nos miraba estupefacto—. ¿Qué es todo eso de luchar contra el Tercer Reich? ¿Esta entrevista no era para trabajar en un espectáculo?

Alfred y yo nos miramos durante un par de segundos. Me encogí de hombros y le señalé para indicarle que era su turno de dar explicaciones. Después, me senté en una silla con las manos colocadas en el regazo y cara de no haber roto un plato, dejándole toda la responsabilidad de la conversación. Él asintió e hizo un gesto para indicar a nuestros compañeros que sería mejor que también tomaran asiento.

—Bueno… Creo que va siendo hora de que les expliquemos que están haciendo aquí en realidad. —Alfred esperó a que se hubieran sentado antes de seguir hablando—. Lo primero de todo es decirles que acaban de ser reclutados para el servicio secreto británico. Bienvenidos a la División OpenMind.

Alfred

Capítulo seis

Cuando Alfred entró en el sótano, se quedó parado en el umbral, con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha en la cara. Habían sido varias semanas de duro trabajo, pero por fin la División OpenMind empezaba a funcionar. El inmenso sótano, antes vacío y desangelado, bullía de actividad. Gente sentada a sus mesas, leyendo o redactando informes, estudiosos inmersos en raros textos antiguos escritos en lenguas muertas, grupos reunidos en los rincones o cerca de la cafetera discutiendo sobre los próximos pasos a seguir en sus investigaciones…

Llenó sus pulmones con una profunda bocanada de aire y se internó en el sótano para llegar hasta el fondo, donde se habían levantado varios tabiques para construir dos estancias privadas. La primera de ellas, la más pequeña, era su despacho, donde podía realizar reuniones en privado y trabajar con más tranquilidad. La otra, a la que se dirigía en aquel momento, era el corazón de OpenMind, un departamento secreto dentro de una división secreta en una base militar secreta, como si estuvieran imitando a esas muñecas rusas que se guardaban unas dentro de otras. Era el lugar en el que Clarice y sus compañeros entrenaban sus extraordinarias capacidades. Aunque parecía que, de momento, no estaban consiguiendo grandes resultados, tanto él como Clarice estaban seguros de que todo aquel trabajo daría sus frutos.

Mientras recorría los pasos que le separaban de su objetivo, varios compañeros se levantaron de sus mesas para hablar con él:

—Teniente Mitchell, necesito hablar con usted unos segundos… He encontrado unos testimonios de unos aldeanos polacos que dicen que fueron atacados por sus propios soldados caídos.

—Señor, he encontrado más datos sobre la expedición de Ernst Schafer al Tíbet…

—Teniente Mitchell, me han pasado unos mensajes en los que se habla de una división nazi llamada Unidad *Todesritter*. Creo que puede ser algo que nos interese…

Alfred prometió atenderles a todos en un rato y consiguió cruzar el sótano sin detenerse. Aquellas interrupciones le provocaron una sensación agridulce. Por un lado, era maravilloso y excitante darse cuenta de la cantidad de información que estaban encontrando e investigando. Por otro, le hacía darse cuenta de la ventaja que les llevaban los nazis en aquel campo. Su división ocultista llevaba funcionando a pleno rendimiento desde mediados de los años treinta y habían realizado multitud de investigaciones, expediciones, experimentos… OpenMind acababa de nacer y resultaba insignificante en recursos y conocimientos si la comparabas con la omnipotente

Ahnenerbe. Alfred sacudió la cabeza e irguió los hombros. No iba a dejar que aquellos pensamientos negativos le invadieran. Ellos podían ser menos y tener menos experiencia, pero luchaban por una causa justa.

Dio un par de golpes en la puerta del departamento de Clarice y esperó a que ella abriera. Dado que las actividades que se realizaban en aquella estancia eran consideradas alto secreto y que, además, podían ser peligrosas, se había prohibido que nadie abriera nunca aquellas puertas, pasara lo que pasara y oyeran lo que oyeran al otro lado. Unos segundos después, escuchó unos pasos y, cuando la puerta se abrió unas pulgadas, contempló el rostro de Clarice.

—¿Puedo pasar?

Ella sonrió, se hizo a un lado y le franqueó el acceso. Alfred entró y se encontró a los tres compañeros de Clarice sentados a una larga mesa. Enfrente de Nigel, habían colocado media docena de cucharillas de plata. Alfred se giró hacia Clarice, que se había quedado a cerrar la puerta con un pasador.

—¿Seguís jugando a doblar cucharas? —preguntó con un leve matiz de enfado en la voz.

—No estamos doblándolas —contestó Clarice—. Estamos intentando que leviten.

—¿Y habéis conseguido algo?

—Bueno… Aún no hemos conseguido que se separen de la mesa, pero han temblado un poco.

—Dudo mucho que eso vaya a hacer temblar a los nazis —intervino Nigel—. Y me duele muchísimo la cabeza. Creo que va siendo hora de que sean Wendy o Irma las que ejerciten sus capacidades.

—Está bien —concedió Clarice—. Irma, es tu turno. Quiero que intentes instalar una orden en su cerebro para que la cumplan cuando ya no estés presente.

—Y que no sea nada vergonzoso —la cortó Nigel—. Nada de hacernos cacarear en el comedor.

—Una maldad así solo se te podría ocurrir a ti —observó Wendy con su dulce voz—. Yo confío en Irma.

—Si no te necesitan aquí, me gustaría hablar en privado contigo —dijo Alfred dirigiéndose a Clarice—. Acompáñame a mi despacho, por favor.

Clarice asintió y ambos salieron de la estancia. Cuando llegaron al despacho de Alfred, este se sentó en su sitio y le indicó a su acompañante que se sentara enfrente. Ella lo hizo, mientras le lanzaba una mirada de curiosidad.

—¿Qué necesitas, Alfred?

—He pensado que me gustaría que instauráramos la costumbre de

reunirnos todas las mañanas para que me hicieras un resumen del progreso de la unidad.

—¿En serio? —Clarice frunció el ceño y cruzó los brazos frente al pecho mientras se recostaba en el respaldo de su silla—. ¿Y se puede saber por qué debería hacer eso?

—Pues porque soy tu oficial superior —contestó él mientras intentaba descubrir, a la mayor velocidad posible, qué era lo que había dicho para despertar su rechazo.

—A mí también me gustaría saber qué está haciendo toda esa gente de ahí fuera y si está sirviendo para algo. ¿Por qué no me haces un informe tú a mí? —repuso ella.

—Te lo voy a repetir por si no ha quedado claro la primera vez: soy tu oficial superior —Se puso de pie y se inclinó hacia delante para tratar de parecer más seguro e imponente—. Yo soy quien pide los informes y los demás los que debéis dármelos.

—Pero es que yo no soy como los demás o, al menos, no es eso lo que me hiciste creer. —Ella también se puso de pie y apoyó las manos en la mesa para dejar su rostro a escasas pulgadas del de Alfred—. Me dijiste que era imprescindible para el desarrollo de esta unidad, que sin mí no podrías hacer nada…

—Y es así. Te he puesto al frente del departamento de investigación psíquica…

—Ese es el problema —le cortó ella—. Me has puesto al frente. Tú eres el que decides, el que separa a la gente por departamentos, el que asigna las funciones…

—Soy teniente, agente del MI6 y he sido nombrado jefe de esta operación por el Estado Mayor. ¿Es que quieres encargarte tú de todo?

—No, pero me hiciste creer que mi opinión sería tenida en cuenta —objetó ella—. Sin embargo, nos has encerrado en una habitación oculta, separados de todos los demás… No sé qué le has dicho a esa gente, pero nos evitan y cuchichean a nuestras espaldas, como si fuéramos bichos raros.

—Solo les he dicho que no debéis ser molestados y que vuestra misión aquí es alto secreto.

—Pues les he oído referirse a nosotros como “los bichos raros”, “los monstruos de feria”, “los niños prodigio”, “los ocultos”…

—Ese nombre me gusta. Podríamos usarlo para la unidad. —dijo Alfred sonriendo. Al ver que Clarice volvía a fruncir el ceño, se apresuró a seguir hablando—. No sé los rumores que habrán oído y eso es algo que no puedo controlar, pero no tenéis de que preocuparos. Ahora mismo, todo es nuevo y despierta curiosidad, pero se les pasará con el tiempo.

—Espero que sea así, pero, por como nos miran cuando pasamos, me da la impresión de que algunos nos quemarían en la plaza del

pueblo si pudieran.

—No seas exagerada. Como mucho os exorcizarían —bromeó él. Al ver que a ella se le escapaba una sonrisa, decidió volver al tema inicial de la conversación—. ¿Vas a informarme de los avances de tu departamento?

—¿Qué avances?

Alfred pensó que aquella pregunta servía perfectamente como respuesta, pero decidió seguir insistiendo. Después de todo, él también tenía que redactar informes para sus superiores y no podía decirles que la joya de la corona de la División OpenMind no estaba consiguiendo nada.

—Lleváis un par de semanas encerrados en esa sala —protestó—. Algo habréis avanzado…

—Esto no es una ciencia exacta, Alfred —contestó ella mientras volvía a tomar asiento—. Estamos hablando de cualidades psíquicas extraordinarias. Casi no sabemos nada de ellas: ni de dónde surgen, ni cómo o por qué se desarrollan, ni cómo mejorarlas… Lo único que podemos hacer es practicar e intentar llevarlas cada día un poco más allá, pero tienes que tener en cuenta que los aprendizajes arcanos llevan años, incluso toda una vida…

—No podemos esperar —la cortó Alfred—. La Ahnenerbe nos lleva años de ventaja. A saber las capacidades que poseen sus miembros y lo que son capaces de hacer.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que tenéis que mejorar a toda velocidad, que tenéis que haceros más poderosos. —Al ver que ella negaba con la cabeza, decidió seguir hablando para no dejarle tiempo a protestar—. Tengo órdenes de las más altas esferas para proporcionaros todo lo que necesitéis. Si necesitas más personal, dímelo. Si necesitáis unas instalaciones mejores o cualquier recurso…

—Sí, eso es. Necesito un recurso —consiguió decir ella.

—Lo que quieras —respondió él abriendo los brazos mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Tiempo.

—Tiempo es lo único que no puedo darte.

—Pues tiempo es todo lo que necesito. —Clarice volvió a levantarse, dando por finalizada la conversación—. Mientras no entiendas eso, no tenemos nada más de lo que hablar.

Ella se dirigió hacia la puerta del despacho dispuesta a marcharse. Durante un segundo, Alfred se mantuvo en silencio, viendo como se iba sin decir una palabra. Sabía que ella tenía parte de razón en lo que decía, pero no podía permitir que se fuera pensando que había ganado la partida. Como se había encargado de decirle en un par de ocasiones en el curso de aquella conversación, él era el oficial al mando y debía

quedarle claro que no iba a tolerar que le hablara en aquel tono ni que pensara que podía ignorar sus órdenes. No entendía por qué no era capaz de imponer su autoridad delante de Clarice cuando, durante toda su vida, había conseguido que los demás le obedecieran sin cuestionarle nada. Quizá fuera por haberle conocido como si fuera un soldado raso o por haber salido a beber y a bailar juntos o por aquel beso en su ventana… Detuvo de inmediato aquel hilo de pensamientos, que le despertaban sentimientos que debía mantener a raya. Todo aquello no tenía que haber sucedido y no debía enturbiar su relación profesional. Y él era el encargado de encauzarla:

—Señorita Cooper, vuelva aquí inmediatamente —dijo tras ponerse en pie y cruzar las manos a su espalda.

—¿Por qué?

—Porque se lo ordeno yo, su oficial superior —continuó él con la mirada perdida en el infinito. Sabía que, si la cruzaba con sus ojos, del color azul grisáceo de un día de tormenta, su discurso perdería fuerza. Cuando vio que ella había vuelto a colocarse frente a él, continuó hablando—. Como le decía, el tiempo es el único recurso del que carecemos, así que debemos hacer lo posible y lo imposible por conseguir resultados cuanto antes. Ahí fuera tengo a un centenar de hombres y mujeres que se están dejando la piel para ponerse al día y descubrir en cuestión de semanas cuáles son las operaciones y logros de las divisiones ocultistas nazis de los últimos quince años. Espero el mismo compromiso de usted y de su departamento.

—Sabes que estamos haciendo todo lo posible —le cortó ella.

—Se contesta "Sí, señor" y solo cuando se le pregunte —la reprendió con tono seco—. No sé qué costumbres tendrán en el ejército estadounidense, pero aquí obedecemos y respetamos a nuestros superiores. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

El tono de su voz sonó tan gélido que le provocó un escalofrío en la espalda, tan cargado de rabia como si estuviera impregnado de veneno. Decidió ignorarlo y seguir hablando.

—A partir de mañana, quiero un informe diario sobre los avances de su departamento. Y espero que haya avances de los que informar. —Se tomó un segundo para que sus palabras calaran en la mente de Clarice antes de terminar su discurso—. ¿He hablado con claridad?

—Cristalina, señor.

De nuevo el tono sonó agresivo e irrespetuoso, pero decidió dejarlo estar. Le dio permiso para que se retirara y ella salió, sin decir una sola palabra más pero dando un portazo que hizo que todas las conversaciones del otro lado de la puerta se detuvieran de inmediato. Alfred resopló mientras tomaba asiento. Sabía que había hecho bien en imponer su autoridad. No podía pasarse el día dando explicaciones

ni discutiendo con ella cada decisión. El ejército no funcionaba así y ella debía aprender a obedecerle sin cuestionarse nada más.

Negó con la cabeza y se apretó el entrecejo con dos dedos, luchando por contener el dolor de cabeza que se acercaba. Sabía que en teoría había hecho lo que tenía que hacer…

En teoría…

En la práctica, le daba la impresión de que Clarice Cooper no era una mujer a la que se le pudieran dar órdenes. Y, además, temía que aquella era una lección que solo estaba empezando a aprender. Una lección por la que acabaría pagando un precio muy alto.

Tarice

Capítulo siete

Me costó controlarme para no salir del edificio a la carrera. Sentía en mi interior tanta rabia, tanta energía contenida, que tenía ganas de correr, de gritar… En realidad, lo que sentía eran ganas de volver a entrar en el despacho de Alfred y dejarle muy claro que no tenía ningún derecho a hablarme como acababa de hacerlo, pero sabía que sería inútil. Él tenía razón: era mi superior y yo no debería olvidarlo.

Aquel pensamiento me hizo enfurecer aún más. Apuré el paso, salí del edificio y cogí mi bicicleta. Mientras me dirigía a la salida de Blecthley Park, traté de concentrarme en pedalear y olvidar mi mal humor, pero me fue imposible. Era culpa de Alfred que yo olvidara que debía tratarlo como a un superior. Era él quien tenía un comportamiento confuso y voluble. Tan pronto quería reafirmar su autoridad y se comportaba como un arrogante y distante oficial británico como deseaba acercarse a mí y que nos tratáramos como amigos… O como algo más. En ocasiones, su manera de mirarme y de sonreír me confundía tanto…

Los guardias de la puerta me dejaron pasar sin preguntarme nada. No solía haber controles para salir de Blecthley Park y, además, ya llevaba varias semanas entrando y saliendo del complejo y algunos de los guardias ya me conocían. Seguí pedaleando con energía, esperando que el esfuerzo físico me ayudara a templar mis ánimos. Por suerte, aquel día no llovía, aunque el cielo presentaba un deprimente color gris y el aire que soplaba del norte era frío y desapacible.

En unos minutos, llegué a la taberna. En cuanto entré, mi mirada se dirigió a la chimenea, en la que, como siempre, brillaban alegres las llamas de una hoguera. Todas las mesas estaban llenas y, en la más cercana al fuego, reconocí la figura de Turing. Como si hubiera notado mi presencia, él levantó la mirada de los papeles que estaba estudiando y me saludó con la mano, invitándome a acercarme. Le indiqué que iba a pasar primero por la barra. Dudé sobre qué debería pedir. Me apetecía un café caliente y cargado, pero el que preparaban en Inglaterra era un brebaje repugnante que no merecía llamarse café. Tampoco me apetecía un té. En aquel momento, odiaba todo lo que pudiera estar relacionado con aquel maldito país. A pesar de que ni siquiera era mediodía, pedí una pinta de cerveza. A la mierda mi reputación… A la mierda todo.

Me senté frente a Turing y posé la jarra sobre la mesa. Él enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se limitó a remover su taza de té durante unos segundos. Al ver que yo no saludaba ni hacía el menor esfuerzo por comenzar una conversación, decidió tomar la palabra.

—Buenos días, señorita Cooper. ¿Una mala mañana?

No contesté, al menos no con palabras. Me limité a soltar un gruñido, a llevarme la jarra a los labios y vaciar la mitad del contenido.

—Espero que, ahora que ha saciado su sed, esté más comunicativa —dijo con su suave voz—. Ya sé que no quiere hablar del tema, pero me gustaría que conversáramos sobre Christopher.

—Ya le he dicho que no puedo comentar nada sobre eso. No puedo decirle cómo sé cosas sobre su amigo ni cómo consigo comunicarle con él —contesté con voz firme.

—Lo sé, lo sé… Y no voy a insistirle sobre ello. He investigado por mi cuenta y sé que su trabajo, al igual que todo lo que están haciendo en los sótanos de Bletchley Park, es altísimo secreto.

Aparté la mirada de las llamas de la chimenea y le miré. Una media sonrisa adornaba su cara y en sus ojos brillaba una mirada burlona, con la que parecía querer indicarme que sabía mucho más de nuestras actividades de lo que podía imaginar. Me encogí de hombros y le devolví la sonrisa.

—Entonces, si ya sabe que no puedo hablar de mi trabajo, ¿de qué quiere hablar?

—Me gustaría saber si Christopher sigue conmigo. —Negué con la cabeza, pero él extendió su brazo por encima de la mesa y me tomó la mano. Cuando le miré, vi la angustia en sus ojos—. Por favor, es importante. Soy un hombre de ciencias y no debería creer en estas cosas, ni planteármelas siquiera, pero se trata de Christopher… Seguramente la persona a la que más unido me he sentido en la vida. ¿Podría, por favor, decirme si sigue conmigo?

Suspiré y bajé mis defensas, a pesar de que estaba segura de lo que iba a encontrar. Tal como pensaba, el joven pálido continuaba de pie al lado de Turing, contemplándole con expresión preocupada.

—Claro que sigue con usted. —No pude evitar que se me escapara un leve tono de reproche—. ¿Acaso ha tratado de liberarlo, tal como le indiqué? No. Usted sigue necesitándole de una forma tan desesperada como para no soltarlo, a pesar de que le dije que estaba condenando su alma y evitando su descanso eterno.

—¿Cómo puedo saber que me está diciendo la verdad? —preguntó Turing. Su tono había cambiado. Ya no era suplicante, sino que se había vuelto beligerante y altanero—. ¿Cómo puedo saber que no me está engañando para sacarme algo?

—Primero, porque no hay nada que yo quiera de usted —contesté mientras me encogía de hombros—. Y segundo, porque ya me cree. Si no, no me habría llamado para invitarme a su mesa y no habría sacado el tema. ¿Qué quiere de mí, señor Turing?

—Quiero hablar con Christopher. —Su voz era tan baja que tuve

que acercarme para escuchar sus palabras por encima del ruido de las otras conversaciones de la taberna—. No pude despedirme de él cuando murió y necesito hacerlo. Después le liberaré.

Volví a negar con la cabeza, me recliné en el respaldo y le di otro largo trago a mi pinta. No podía darle lo que me estaba pidiendo. Se suponía que debía tratar de pasar desapercibida y que mis dones permanecieran en secreto. No podía arriesgarme a que Turing se fuera de la lengua y empezara a contar por todo Bletchley Park que yo era una bruja capaz de comunicarse con los muertos.

—No puedo ayudarle. No tengo esas capacidades —mentí.

—Sé que eso no es cierto. Conozco a mucha gente aquí dentro y he conseguido mucha más información de la que imagina acerca de quién es usted, cuáles son sus capacidades y qué están haciendo en su departamento. —Turing me miró a los ojos. No había amenaza en ellos, pero sí desafío. Creo que le molestaba que yo intentara engañarle—. Y voy a decirle dos cosas: sé que usted puede ayudarme a comunicarme con Chris y que yo puedo ayudarles a ustedes en su misión contra la Ahnenerbe.

Me quedé callada durante unos segundos, intentando esconder lo mucho que sus palabras me habían afectado. Se suponía que todas las actividades de la División OpenMind eran alto secreto y, por lo que acababa de decirme Turing, ese secreto estaba comprometido. Pensé en decirle que no sabía de qué estaba hablando, levantarme e irme, pero algo me hizo quedarme. No sabía por qué, pero quería ayudar a Turing y al espíritu de su amigo. Me daba la impresión de que ambos necesitaban encontrar la paz y que solo yo podría ayudarles a lograrlo. Y, por otro lado, tampoco me parecía peligroso hablar con Turing acerca de las actividades de OpenMind. Aquel hombre era el responsable de descifrar los códigos nazis. Su fidelidad a nuestro bando en la guerra estaba fuera de toda duda. Aun así, el brillo retador de sus ojos me hizo desear ponérselo un poco difícil.

—Si sabe algo que pueda ayudarnos en nuestra lucha contra la Ahnenerbe, debería decírmelo sin pedir nada a cambio. Se supone que estamos en el mismo bando.

—Sabe que lo haré de todas formas. —Chasqueó la lengua con fastidio antes de seguir hablando—. ¿Va a ayudarme a comunicarme con Christopher o no?

—De acuerdo —concedí—. ¿Qué es lo que quiere decirle?

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó sorprendido—. ¿No necesita nada?

—¿Qué voy a necesitar? ¿Velas, incienso, una bola de cristal…? Todo eso son artificios usados por farsantes y timadores —respondí cansada—. Estoy viendo a su amigo tan claramente como le veo a usted. Dígame qué quiere decirle.

—¿Cómo puedo saber que es verdad? —Turing enarcó una ceja—.

A lo mejor usted también es una farsante.

—¿En serio tenemos que jugar a esto? Si ha investigado sobre mí como dice, sabrá que no miento sobre mis poderes. —Suspiré resignada y me eché hacia delante en la silla para apoyar un codo en la mesa—. Está bien. Se lo demostraré. Christopher, ¿hay algo que quieras decirle a Alan?

—Sí, claro. Necesito que me haga un favor. —El muchacho apoyó una mano en el hombro de Turing, provocando que este se estremeciera y acercara las manos a la chimenea mientras seguía manteniendo su mirada fija en mí—. No sé qué ha pasado… Yo estaba pasando unos días con mi madre y ahora no sé bien dónde estoy, pero supongo que estará preocupada por mí. Se llama Isobel Morcom… Alan la conoce. Se la presenté en unas vacaciones. ¿Podría hablar con ella y decirle que estoy bien y que volveré pronto? No quiero que se angustie…

Asentí y forcé una sonrisa para tranquilizarle. Aquello era aún peor de lo que había imaginado. A pesar de que debía llevar varios años muerto, Christopher no era consciente de ello en absoluto. Iba a ser difícil explicárselo y convencerle de que debía trascender.

—¿Ha dicho algo? —La voz de Turing interrumpió mis pensamientos.

—Sí. Me ha hablado sobre su madre, Isobel Morcom. Me ha dicho que usted la conocía. —Esperé hasta que él asintió—. Quiere que usted hable con su madre y que le diga que está bien y que volverá pronto.

—¿Que volverá? ¿Cómo? —Turing se estremeció de nuevo al hacer esa pregunta.

—No es consciente de haber muerto. Tendré que explicárselo y convencerle de que pase al otro lado.

—No, no haga eso —pidió Turing.

—¿Cómo que no? ¿No era eso lo que quería? ¿Despedirse de su amigo?

—No. No quiero separarme de él. —El hombre agachó la cabeza durante unos segundos. Cuando la levantó, vi que en sus ojos brillaban lágrimas contenidas—. Usted no lo entiende… Cuando Chris murió, todo mi mundo se desmoronó. Me rebelé contra todo, me rebelé contra Dios… No era posible que hubiera un Dios que permitiera que una mente privilegiada como la suya, que un ser tan excepcional como lo era Chris desapareciera… No podía ser que sus pensamientos, su creatividad, su lógica, su inteligencia estuvieran ahí y que, al día siguiente, todo se hubiera perdido.

—No se ha perdido. Se lo estoy demostrando. —Deslicé el brazo sobre la mesa y agarré su mano para mostrarle mi apoyo, pero él la retiró como si mi contacto le quemara—. Su espíritu, su alma, su

mente… como quiera llamarlo… sigue vivo, sigue aquí. No se pierde. Hay algo más después de la muerte del cuerpo físico.

—Pero usted quiere hacer que él se vaya.

—Por supuesto. Se lo dije la otra vez. El tiempo y el espacio para ellos no es igual que para nosotros. Si no trasciende, su mente se irá perdiendo, su espíritu se irá corrompiendo y acabará por volverse loco… Al final, no recordará a su madre, ni sabrá quién es usted, ni siquiera sabrá quién es él… Solo será una mente perdida y furiosa tratando de regresar al mundo de los vivos. No querrá usted eso para su amigo.

—¿Pero a dónde tiene que trascender? ¿Qué hay al otro lado?

—Eso no puedo decírselo. Nadie lo sabe.

—¿Y si solo está la nada? ¿Cómo sabe si, al ayudarle a trascender, no le hará desaparecer para siempre?

Negué con la cabeza, pero no pude responder nada. No tenía respuestas a aquellas preguntas, aunque mi fe me hacía pensar que, al otro lado, los espíritus encontraban la paz y el descanso que anhelaban. No sabía si había un cielo como promulgaban los cristianos o algún tipo de paraíso en el que vivir felices para siempre en compañía de nuestros seres queridos o si volvíamos a reencarnarnos o si nos fundíamos con la energía del universo. Solo sabía que los espíritus que se quedaban no encontraban la paz, que se volvían cada vez más tristes, furiosos, enloquecidos y agresivos…

—Quedarse aquí no le va a hacer ningún bien —insistí—. Sé que intenta proteger a su amigo, pero permanecer entre ambos mundos solo hará que su mente se vaya perdiendo e internándose en la locura.

—Es mejor ser un loco que no ser en absoluto. No voy a ayudarla a convencer a Christopher para que se vaya de este mundo sin que me ofrezca la seguridad de que va a un sitio mejor.

—No puedo ofrecerle esa seguridad —dije con tono firme—. Y yo tampoco voy a ayudarle a comunicarse con su amigo y mantenerle aquí.

—No es necesario que me ayude. Si no puedo comunicarme con Chris, no lo haré. Me basta con saber que está a salvo y a mi lado.

Decidí levantarme y marcharme. Había acudido a aquel bar buscando un poco de tranquilidad después de la discusión con Alfred y no tenía ninguna gana de acabar discutiendo con Turing. Cuando me vio ponerme en pie, él me imitó y buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Espere, le he dicho que tenía algo para usted.

—Sí, pero me había dicho que me lo daría si le ayudaba a comunicarse con su amigo y no estoy dispuesta a hacerlo.

—Eso da igual. —Turing soltó un suspiro resignado—. Siéntese, por favor.

Volví a mi sitio de mala gana y me dediqué a pasear la mirada por la taberna, mientras Turing rebuscaba sin éxito en todos sus bolsillos. Finalmente, soltó una exclamación de alegría y colocó frente a mí un papel arrugado. Lo cogí y lo contemplé sin entender nada. Contenía dos líneas de letras, sin ningún sentido ni separación entre ellas.

—¿Qué es esto? —pregunté después de unos segundos.

—Es un mensaje que hemos interceptado —explicó.

—Pero no tiene ningún sentido —le corté.

—Eso mismo pensamos nosotros en el primer momento. De hecho, íbamos a desecharlo, pensando que estaba mal descodificado, pero uno de nuestros hombres se dio cuenta de un par de detalles que podían ser importantes. —Turing se inclinó hacia delante. Tomó el papel de mis manos y lo colocó en el centro de la mesa para que ambos pudiéramos verlo—. A pesar de que parece un galimatías sin sentido, encontró dos palabras en alemán. —Deslizó el dedo por el papel para señalarme la primera—. *Ahnenerbe*. Según me han comentado mis fuentes, esa es la organización alemana contra la que están luchando desde los sótanos de Blecthley Park. ¿Me equivoco?

—Sabe que no puedo afirmar ni negar nada de eso —contesté.

—Bien, lo tomaré como un sí y les haré llegar todos los mensajes dirigidos a esa organización que consigamos interceptar. —Yo le dediqué una sonrisa de agradecimiento, lo máximo que podía hacer sin admitir lo mucho que iba a ayudarnos con eso. Él me guiñó un ojo y señaló otra serie de letras al final del mensaje—. Como puede ver, aquí hay otra palabra en alemán: *Doppelgänger*.

—No hablo alemán —admití—. ¿Qué significa?

—Algo así como "Doble andante" —contestó Turing—. Al estar situado al final del mensaje, suponemos que es una especie de firma, el nombre clave de la persona que envía el mensaje. Estas dos palabras en alemán, que parecen señalar el destinatario y el emisor del mensaje, nos hicieron darnos cuenta de que estaba bien descifrado.

—Sí, pero no podemos entender el mensaje en sí —apunté.

—Lo sé, pero, según me han dicho mis colaboradores, eso puede deberse a que está escrito en un idioma que no es ni inglés ni alemán. —Turing puso un dedo sobre el papel e hizo que se deslizara sobre la mesa hacia mí—. Me han dicho que puede ser alguna antigua lengua semítica y que es posible que en su departamento tengan algún lingüista que pueda traducirlo. Ya sé que tampoco va a afirmar ni negar ese punto, pero ahí tiene el mensaje. Espero que puedan descifrarlo y que les sirva de algo.

Doblé el papel, me lo guardé en un bolsillo de la chaqueta y, tras levantarme, le tendí la mano.

—No podré decirle cuál es el resultado. —Él se encogió de hombros —. De todos modos, agradezco su colaboración y siento no haber

podido ayudarle con su amigo.

—No es que no pueda. Es que no quiere. —Me dirigió una sonrisa triste—. No se preocupe. Chris y yo estaremos bien. Siempre nos bastó con estar cerca el uno del otro, incluso sin hablar.

Asentí y salí del bar. Unas nubes de color gris oscuro habían invadido el cielo, como un negro presagio. A pesar de que el viento no era frío, sentí que me estremecía. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que el mensaje que me había dado Turing era importante y que anunciaba un gran peligro. Monté en mi bicicleta y pedaleé con energía de vuelta a Bletchley Park. Si algo había aprendido en mis años como bruja, era que a los presagios había que hacerles caso.

Alfred

Capítulo ocho

Levantó la cabeza del informe que estaba leyendo cuando escuchó abrirse la puerta de su despacho. Supuso que el edificio debía estar viniéndose abajo, porque ninguno de sus subordinados se atrevería a abrir esa puerta sin llamar antes… Ninguno salvo Clarice, por supuesto.

Ella entró con gesto resuelto y cerró a su espalda. Alfred temió que la chica hubiera estado reflexionando sobre su última conversación y hubiera regresado para seguir discutiendo y cuestionando su autoridad, pero por su gesto no parecía enfadada. Al contrario… Los ojos le brillaban y una sonrisa iluminaba su rostro. Sin saludar siquiera, ella se sentó sobre su mesa y cruzó las piernas antes de poner frente a él un trozo de papel arrugado.

Estaba tan sorprendido por aquel comportamiento tan inadecuado que fue incapaz de decir una sola palabra. Se limitó a esperar a que ella le diera alguna explicación. La sonrisa de Clarice se amplió aun más mientras le daba un par de golpecitos con el dedo índice a aquel pedazo de papel.

—¿No querías resultados? —preguntó con tono altivo—. Pues aquí tienes resultados.

Él soltó un suspiro y cogió el papel de encima de la mesa. Lo miró un par de veces, sin entender qué era aquel galimatías sin sentido.

—¿Qué es esto?

—Un mensaje secreto interceptado a los alemanes —contestó ella ufana.

—¿Y qué tiene que ver esto con nuestro departamento y con los resultados que te he pedido?

—Es un mensaje para la Ahnenerbe. —Clarice le arrancó el papel de las manos, lo colocó sobre la mesa y pasó el dedo por las letras en las que aparecía el nombre de la organización enemiga. Después hizo lo mismo con los caracteres finales del mensaje—. Y está firmado por un tal *Doppelgänger*.

—¿El qué?

—*Doppelgänger*. Significa algo así como “doble” en alemán —respondió ella molesta, como si no le gustara tener que contestar a preguntas tan obvias.

—Sé lo que significa *Doppelgänger*. Hablo alemán a la perfección. En realidad, se utiliza para referirse a un doble fantasmagórico o a una especie de gemelo malvado de una persona viva.

—Vaya, no sabía que el señor era tan listo —le interrumpió ella sarcástica—. ¿Hay algún idioma más que sepas hablar a la perfección?

—Sí. Francés e italiano, pero no creo que eso sea importante ahora. —Le gustó el gesto de sorpresa que apareció por un segundo en los

ojos de la chica—. El resto del mensaje no está en alemán ni en ningún otro idioma que conozca. ¿Qué significa?

—No lo sé. Te lo he traído porque se supone que tienes a tu disposición a un montón de lingüistas e historiadores. Me han dicho que el mensaje puede estar escrito en alguna lengua muerta, probablemente semítica. Espero que alguno de tus expertos cerebritos pueda leerlo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Alfred suspicaz—. ¿De dónde has sacado este mensaje?

—Se dice el pecado, pero no el pecador. —Clarice se bajó de la mesa de un ágil salto y se alisó la falda con unos golpecitos—. Si me disculpa, señor, he de ir a entrenar a sus subordinados y a exprimirlos como limones hasta que sean útiles a la gloriosa Gran Bretaña. Y a elaborar un concienzudo informe para que usted sea feliz.

Antes de que él pudiera protestar, ella se puso firme, golpeó con fuerza ambos talones y le dirigió un saludo militar tan mal hecho como para haberla mandado un par de días al calabozo. Después, se giró y salió a toda prisa del despacho.

Alfred se quedó mirando durante unos segundos aquella puerta cerrada mientras sostenía el papel en sus manos. Después, sin poder contenerse, se echó a reír. Aquella chica estaba loca e iba a conseguir volverle loco también a él.

Miró de nuevo el mensaje que ella le había entregado. No sabía de dónde lo habría sacado Clarice, pero estaba escrito con el mismo tipo de papel y usando la misma metodología que utilizaban para apuntar los cientos de mensajes enemigos que se interceptaban y descifraban a diario en Bletchley Park. Se encogió de hombros. A lo mejor se trataba de algo importante. Además, disponía de varios expertos en lenguas muertas en la habitación contigua que, en aquel momento, no tenían nada que hacer. Aquello al menos les serviría de entrenamiento y a él le ayudaría a mantener la cabeza ocupada. Si seguía pensando en cómo “domesticar” a Clarice, acabaría por volverse loco.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Alfred se vio obligado a entrar sin haber sido invitado en la habitación que Clarice y sus compañeros usaban como sala de entrenamiento. Llevaba más de dos minutos llamando sin recibir respuesta. En un primer momento, había pensado en marcharse y volver más tarde. Clarice le había advertido en alguna ocasión de que las actividades que iban a realizar en aquella sala podían ser peligrosas y que nunca debería acceder sin que le hubieran dado permiso para ello, pero en aquel momento aquellas advertencias le parecían un buen motivo para entrar. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si habían intentado algo tan peligroso como para estar heridos o

incapacitados? Tendría que arriesgarse y entrar. Además, lo que tenía que decirles era importante.

Abrió la puerta un par de pulgadas y miró dentro, temiendo que, en cualquier momento, un rayo le atravesaría de arriba abajo o que un espíritu maligno escapado del otro lado le atacaría para poseerle o devorar su alma. No sucedió nada. Todo era tranquilidad al otro lado. Demasiada tranquilidad…

En el centro de la habitación estaba Wendy. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido, como si estuviera muy concentrada en algo. Entre las manos, llevaba un pedazo de tela blanco, quizá un pañuelo. Irma, Nigel y Clarice la rodeaban. Cada uno de ellos tenía una mano en contacto con la chica. Todos mantenían la cabeza baja y los ojos cerrados. Ninguno de ellos cambió su postura ni abrió los ojos, como si estuvieran tan inmersos en lo que estaban haciendo como para no haberse dado cuenta de que él había entrado en la habitación.

Esperó unos segundos a ser atendido, pero nada sucedió. Estaban tan quietos, tan en silencio como si fueran estatuas. Cerró la puerta con cuidado y dio un par de pasos dentro de la estancia, sin saber si debería carraspear o llamar a alguno de ellos por su nombre. Por suerte, debió de hacer el suficiente ruido como para romper la concentración de Clarice, porque ella abrió un ojo y le miró enfadada.

—Creo haberte dicho que no debes entrar en esta habitación sin haber sido invitado —dijo a modo de saludo.

—Ya, pero no sé si me has dicho eso para que no os moleste —contestó él con una sonrisa irónica que esperaba sirviese de disculpa —. No veo que estéis haciendo nada peligroso.

—La verdad es que no —intervino Wendy antes de soltar un suspiro apenado y desplomarse en una silla cercana—. No estábamos haciendo nada.

—Eso no es verdad —la contradijo Clarice—. Estábamos practicando para mejorar nuestras habilidades. Eso no es “no hacer nada”.

—¿Y qué es lo que estabais practicando exactamente? —preguntó Alfred.

—Ya sabes que Wendy tiene la capacidad de saber cosas sobre la última persona que tocó un objeto o sobre su dueño… —empezó a explicar Clarice.

—Sí, pero no funciona siempre. Ni siquiera puedo hacerlo a voluntad —se excusó Wendy. Parecía tan apenada como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro—. Son solo impresiones e imágenes que llegan a veces, sin que yo pueda controlarlas.

—Por eso estamos entrenando, Gwen. —Clarice se acuclilló al lado de la chica y, con un tierno gesto, le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Tus habilidades mejorarán con la práctica. Solo

tienes que tener confianza en ti misma.

Alfred se sorprendió deseando que, en alguna ocasión, Clarice mostrara hacia él una décima parte de la dulzura que estaba mostrando con Wendy. Por suerte, la voz de Nigel le distrajo de aquellos estúpidos e inoportunos pensamientos.

—No te agobies, Wendy. Los demás tampoco hemos conseguido nada.

—¿Y qué se supone que estabais haciendo los demás? —preguntó Alfred interesado.

—Tratábamos de imbuirle nuestra fuerza espiritual para potenciar sus capacidades —contestó Irma.

—¿Creéis que eso se puede hacer?

—Ni idea. —Clarice se encogió de hombros—. Pero no lo sabremos si no lo intentamos. Bueno, volvamos a lo importante. ¿Se puede saber por qué has entrado en nuestras instalaciones sin permiso?

Alfred tuvo que morderse la lengua. Parecía que no iba a servir de nada decirle que aquellas no eran sus instalaciones o recordarle que se estaba dirigiendo, sin el más mínimo respeto, a su oficial al mando. Esas consideraciones no parecían el tipo de cosas que preocuparan a alguien como Clarice. Decidió hacer como que no había oído aquella impertinencia y seguir con lo que le había llevado allí.

—¿Recuerdas el mensaje que me pasaste hace un rato? ¿Ese mensaje interceptado a los nazis y que no quieres decirme de dónde has sacado?

—Claro que lo recuerdo —contestó Clarice acercándose—. ¿Has conseguido saber en qué idioma está escrito?

—He conseguido mucho más que eso.

Alfred sonrió y, sin explicar nada más, se dirigió hacia una mesa situada en una esquina de la habitación. Supuso que la habrían apartado allí para tener más sitio para sus experimentos. Separó unos palmos la mesa de la pared, buscó una silla y la colocó detrás para tomar asiento.

Clarice le había seguido hasta allí y esperaba en silencio, aunque le miraba con impaciencia. Escondió una sonrisa y dedicó unos segundos a sacar un pañuelo de su bolsillo para limpiar la silla, disfrutando de estar haciéndola sufrir. Ella no era la única que sabía jugar a ser misteriosa.

—Bueno… ¿Qué? ¿No vas a decir nada? —estalló por fin Clarice.

—Sí, claro. Sentaos conmigo —contestó con una sonrisa amable, como si no hubiera estado tratando de ponerla nerviosa—. Esto nos interesa a todos.

Esperó hasta que tomaron asiento antes de sacar el papel que llevaba en el bolsillo y ponerlo en el centro de la mesa, donde todos pudieran verlo. Después, se giró hacia Clarice:

—¿Les has contado algo sobre el mensaje? —le preguntó.

—No. —Clarice negó con la cabeza de forma vehemente—. No sabía si sería algo confidencial.

—Vaya, parece que solo somos un equipo para lo que nos interesa —interrumpió Nigel molesto.

—Clarice ha hecho bien. Le pasaron un mensaje descifrado que les hemos interceptado a los nazis y no podíamos saber su grado de confidencialidad hasta que lo hubiéramos traducido —le explicó Alfred antes de volver a dirigirse a Clarice—. Tal y como sospechabas, estaba escrito en una antigua lengua semítica. Arameo, para ser exacto.

—¿Arameo? ¿Eso qué es? —preguntó Wendy.

—Una lengua de más de tres mil años de antigüedad que surgió en Siria. Se cree que puede ser la lengua en la que hablaba Jesús de Nazaret.

—¿Entonces es un texto antiguo? ¿Algún fragmento de la Biblia? —preguntó Clarice.

—No, para nada —negó Alfred—. De hecho, el mensaje parece muy actual. —Cogió el papel entre sus manos y leyó en voz alta—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días. *Doppelgänger*".

Todos se quedaron en silencio, mirándose los unos a los otros con gesto confuso. Clarice le cogió el papel de las manos y estuvo observándolo durante unos segundos. Después, levantó la mirada y negó con la cabeza.

—No entiendo nada. ¿Qué significa esto? ¿Estás seguro de que está bien traducido?

—Lo estoy. Tenemos la suerte de contar con los servicios de la señora Kenyon, directora del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres, una auténtica eminencia en la lengua y la cultura de Oriente Medio —apuntó Alfred—. No hay ninguna duda sobre la traducción del mensaje.

—Pues no entiendo nada —protestó Nigel—. ¿Es un mensaje secreto sobre la salud de un cuervo?

—Yo tampoco creí que fuera eso cuando me pasaron la traducción —continuó Alfred—. Es ridículo pensar que un agente alemán ha traducido un mensaje al arameo y luego lo ha cifrado para avisar sobre la salud de un pájaro, por mucho que este viva en la Torre de Londres. Sospeché de inmediato que debía ser un mensaje en clave, que ese cuervo del que hablan tiene que ser algún personaje importante.

—¿Y cómo vamos a saber a qué se refieren? —preguntó Irma, inclinándose sobre el hombro de Clarice para leer el texto de nuevo.

—Envié el mensaje al cuartel general del MI6 para ver si ellos

podían ayudarnos. —Alfred se puso de pie antes de seguir hablando—. Ya he recibido respuesta. Creen que puede ser muy importante. —Señaló las abreviaturas—. Sospechan que H.H. puede referirse a Heinrich Himmler y que E.S. puede ser Ernst Schäfer, los dos máximos responsables de la Ahnenerbe.

—Sí que parece importante —admitió Clarice—. No creo que se moleste a Himmler por cualquier tontería.

—Exacto. Por eso he recibido la orden de que acudamos a Londres de inmediato.

—¿Qué vayamos a Londres? ¿Quiénes? —preguntó Clarice.

—Los cinco.

—¿Para qué vamos a ir nosotros? —Nigel negó con la cabeza, sin comprender—. No vamos a servir para nada.

—Yo creo que es bueno que empecemos a trabajar juntos. —Alfred le puso una mano en el hombro para tranquilizarle—. Somos el comando operativo de la División OpenMind. Ahí fuera tenemos a los mejores teóricos de nuestra nación, dispuestos a ayudarnos en todo lo que necesitemos, pero son eso: teóricos. Cuando llegue la hora de la acción, estaremos nosotros solos.

Se miraron los unos a los otros, como si no pudieran asimilar las últimas palabras de Alfred. Parecía que, durante aquellas últimas semanas, se habían hecho a la idea de que no tendrían que hacer nada fuera de aquellas paredes, que se pasarían lo que quedase de guerra practicando sus capacidades, dejando la guerra al otro lado.

—¿Y qué se supone que vamos a tener que hacer? —preguntó Wendy con voz temblorosa.

—No te preocupes. No creo que esta misión sea peligrosa —la tranquilizó Alfred—. Simplemente investigaremos todos juntos y aprenderemos a trabajar de manera coordinada. —Al ver que el grupo seguía en silencio, trató de animarlos con una sonrisa—. Vamos, chicos. Se trata de averiguar qué le pasa a un pájaro. ¿Qué puede salir mal?

—Todo. No somos veterinarios —contestó Nigel—. ¿Cuándo tenemos que salir de viaje?

—Mañana a primera hora. Cogeremos el tren de las seis. —Alfred hizo un esfuerzo por tragar saliva antes de seguir hablando. Sabía que sus próximas palabras pondrían aún más nervioso a su equipo, pero no le parecía bien que comenzaran aquella misión sin saberlo todo—. Hay que llegar cuanto antes porque tenemos una cita importante a las cinco de la tarde en la Torre de Londres.

—¿Una cita con quién? —preguntó Clarice.

—Con Sir Winston Churchill, nuestro primer ministro.

Torre de LONDRES,
AGOSTO de 1943

Alfred

Capítulo uno

Tras atravesar el Puente de la Torre, el taxi se detuvo frente a la Puerta del Traidor. Alfred pagó al taxista, salió y abrió la puerta trasera para que sus acompañantes pudieran bajarse. Se habían pasado todo el viaje quejándose por ir tan apretados, así que salieron a toda prisa. El último en abandonar el vehículo fue Nigel, que parecía encantado de haber hecho el viaje con Wendy sentada sobre sus rodillas. Alfred le dio un codazo para borrarle la sonrisa embobada que adornaba su cara.

—Es una dama encantadora, ¿verdad? —le preguntó en un susurro conspirador.

—¿Quién? ¿Wendy? —Nigel asintió con desgana—. Bueno… No está mal.

—Puedes mentirme a mí si quieres, pero te recuerdo que ella puede saber tus sentimientos con solo mirarte.

El chico enrojeció y dio un par de pasos hacia la muralla para no continuar con la conversación. Todos se reunieron cerca del rastrillo que cerraba el paso y se giraron hacia Alfred.

—¿Tienes algún documento para que nos permitan pasar? —se interesó Clarice.

—Estarán avisados. No creo que el primer ministro haya quedado hoy aquí con mucha más gente —contestó él.

—Sigo sin poder creer que Churchill nos vaya a recibir para hablar del estado de salud de un pajarraco. —Nigel dio un par de pasos más hacia la verja y se agarró a ella mientras miraba hacia el interior. Se separó al ver a un soldado vestido con un uniforme azul y escarlata y un extraño sombrero que se acercaba a la reja llevando una alabarda en la mano derecha—. Esto se pone más surrealista a cada momento.

—Es un *beefeater*, uno de los guardias de la Torre de Londres. Ese es su uniforme oficial —explicó Alfred antes de adelantarse para colocarse al lado de Nigel—. Buenas tardes. Soy el teniente Alfred Mitchell. Mis compañeros y yo tenemos una cita en la Torre.

—Sí, estoy informado —El soldado hizo una seña a algún compañero que ellos no podían ver y el rastrillo comenzó a levantarse —. Síganme, por favor. Les están esperando.

Alfred asintió y les indicó a sus acompañantes que pasaran primero. Cuando el soldado volvió a cerrar la reja, se pusieron en marcha. Alfred se colocó al final del grupo para poder observar el lugar. A pesar de que había contemplado muchas veces la Torre de Londres desde fuera en sus anteriores visitas a la ciudad, aquella era la primera vez que traspasaba sus muros. Mientras cruzaban el patio,

contempló las piedras grisáceas oscurecidas por el tiempo y la humedad. Aquella antigua fortaleza despertaba una extraña sensación de nostalgia, una especie de tristeza quizá causada por las tragedias que, a lo largo de los siglos, habían contemplado aquellos muros.

Se forzó a alejar aquellos funestos pensamientos. Él no tenía ningún poder extrasensorial y no era capaz de percibir la presencia ni los sentimientos de los fantasmas que pudieran poblar aquel lugar. Aquella sensación de pesadumbre, que parecía robarle las fuerzas y la energía, tenía que ser debida a la sugestión. Si Clarice y Wendy, que sí poseían la capacidad de percibir fenómenos extraños, caminaban tan relajadas como si estuvieran de paseo por la campiña, debía suponer que no estaba acechándoles ningún espectro.

Tras cruzar otra puerta situada entre la Torre Lanthorn y la Torre Wakefield, llegaron a un patio abierto al fondo del cual podía verse la Torre Blanca, el lugar al que se dirigían. En una esquina del patio, junto a una pared de la antigua muralla, distinguieron varias jaulas enormes. Todos se detuvieron a contemplarlas. Al darse cuenta de que ya no le seguían, el *beefeater* también se detuvo y retrocedió hasta colocarse junto a ellos.

—Disculpen, pero no podemos entretenernos —dijo con voz firme —. Como les he dicho, ya les están esperando.

—Sí, será solo un momento —le contradijo Clarice mientras señalaba a las jaulas—. Esos son los cuervos de la Torre de Londres, ¿verdad?

—Sí, lo son.

—Pues a mí me parece que gozan de muy buena salud —comentó Irma, acercándose a una de las jaulas y colando un dedo entre los barrotes.

—Le recomiendo que no haga eso, señorita. —La voz del soldado sonó preocupada—. Pueden atacar si se asustan.

—Pero estarán acostumbrados a la gente, ¿no? —preguntó Irma—. Llevan aquí toda la vida…

—No exactamente —contestó el guardia con tono dubitativo—. Si me siguen, conseguirán las respuestas a todas sus preguntas.

Volvieron a ponerse en marcha hacia las escaleras de madera que daban acceso a la Torre Blanca, el edificio principal de la fortaleza. Tras traspasar su puerta, el soldado les hizo cruzar una habitación hasta llegar a una capilla de piedras blancas cuya nave estaba rematada por un ábside semicircular. Alfred distinguió la figura de un hombre caminando entre los arcos, bañado por la luz de la tarde que entraba por las estrechas ventanas.

El soldado se retiró sin presentarles, así que Alfred dio un par de pasos dentro de la capilla. Le llegó un penetrante aroma a tabaco. Cuando la persona que paseaba entre los arcos se giró hacia él, su

rostro se mantuvo oculto tras el humo de un enorme puro durante unos segundos, como si estuviera velado por la niebla que solía salir del Támesis cada atardecer. Cuando aquella niebla se disipó, pudo distinguir el rostro de bulldog inglés del primer ministro. Se cuadró frente a él y le dirigió un saludo militar.

—Teniente Alfred Mitchell a su servicio, señor.

Escuchó como sus compañeros se colocaban a su espalda y cuchicheaban como niños asustados. Era normal. En aquel momento se encontraban ante uno de los hombres más poderosos del mundo. Incluso él, criado desde niño en la nobleza y acostumbrado a tratar con personas influyentes, notó que las piernas le temblaban un poco. El primer ministro no contestó a su saludo. Se limitó a dar otra profunda calada a su enorme puro, que envolvió de nuevo su rostro arrugado entre espesas volutas azuladas. Después asintió lentamente mientras paseaba la mirada por los rostros del grupo, como si se sintiera satisfecho ante lo que estaba viendo.

—Descanse, teniente —dijo por fin—. ¿Así que ustedes son la División OpenMind?

—Somos su comando operativo, señor —contestó Alfred, aún firme —. Disponemos de muchos más efectivos en la central…

—Sí, sí, sí… Ya sé… Pero ustedes son los que tienen poderes. — Churchill frunció el ceño como si estuviera valorándoles antes de volver a asentir—. Tenemos grandes esperanzas puestas en este proyecto. Espero que no nos defrauden.

—No lo haremos, señor.

—Le he dicho que descanse, teniente. Parece que se ha tragado usted un palo. —Alfred escuchó a su espalda la risa contenida de Clarice—. Van a poder demostrar su valía desde hoy mismo. Supe que teníamos que reunirnos desde que recibí ese mensaje para la Ahnenerbe que han interceptado.

—Sí, señor. Aún estamos intentando descubrir qué quiere decir eso de la muerte del último cuervo —respondió Alfred.

Churchill enarcó una ceja y negó con la cabeza antes de darle otra calada a su puro. Después se puso en marcha hacia la puerta de la capilla y les hizo un gesto para que le siguieran.

—Yo creo que el significado del mensaje está más que claro —dijo mientras se dirigía con paso firme hacia la salida de la torre. Tras cruzar la puerta, se quedó en lo alto de la escalera y, desde allí, señaló hacia las enormes jaulas de los cuervos—. El mensaje dice “El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días”. ¿No es así?

—Sí, pero suponemos que ese “último cuervo” debe referirse a alguna importante figura política. Será algún nombre en clave…

—Por supuesto que no —le cortó Churchill—. No hay ningún doble sentido ni significado oculto. El mensaje se refiere a los cuervos de la

Torre de Londres.

—Pero eso no tiene sentido —intervino Clarice—. ¿Por qué iban a estar interesados los alemanes en la muerte de los cuervos de la Torre?

—Por la leyenda —respondió Churchill—. ¿No la conocen?

Todos negaron con la cabeza. El primer ministro volvió a indicarles que le siguieran y bajó la escalera para dirigirse hacia las jaulas. Cuando llegó frente a ellas, esperó a que todos se colocaran en semicírculo a su alrededor, como alumnos atentos a la explicación de su profesor.

—No se sabe de dónde surge la leyenda… Algunos dicen que se debe a que la cabeza de Bran Hen de Bryneich, llamado *el rey cuervo*, fue enterrada aquí como un talismán que protegería a Inglaterra de cualquier invasión. Otros dicen que fue Carlos II quien dio la orden de mantener siempre seis cuervos en la torre, incluso a pesar de las protestas de su astrónomo John Flamsteed, que se quejaba de que las aves entorpecían sus observaciones. Se cuenta que, en lugar de desalojar a los cuervos, el rey mandó trasladar el observatorio a Greenwich. Sea como sea, la leyenda dice que, si los cuervos desaparecen de la Torre de Londres, esta se desplomará y la corona de Inglaterra caerá.

Churchill calló y fue paseando su mirada por los rostros de sus interlocutores, como si pretendiera averiguar qué pensaban de sus palabras. Estos se mantenían en un incómodo silencio. Al ver que sus compañeros no decían nada, Nigel dio un paso al frente y se proclamó el encargado de romperlo.

—Disculpe, señor, pero… ¿No se creerá usted esas paparruchas?

Alfred se maldijo en voz baja. Tendría que haber sido él quien continuara la conversación en lugar de permitir que Nigel le faltara el respeto de aquella manera al primer ministro. Por suerte, este dio una profunda calada a su puro, expulsó el humo al rostro del chico, haciéndole toser, y después sonrió.

—No es cuestión de que yo lo crea o no, joven —dijo mientras señalaba hacia el otro lado de las murallas de la Torre de Londres—. Lo importante es lo que crea el pueblo de Inglaterra.

—Siento insistir, señor, pero no creo que el pueblo inglés siga creyendo en esos cuentos de viejas —le interrumpió Nigel—. Estamos en el siglo XX. Ya nadie cree en esas antiguas leyendas.

—Una cosa es lo que se crea a nivel racional y otra lo que se siente aquí. —Churchill se dio un par de golpes en el pecho, a la altura del corazón—. Vivimos en una época de adelantos tecnológicos. Hemos conseguido desterrar la oscuridad de nuestras casas y calles gracias a la electricidad; nos movemos a toda velocidad en coche o en tren; incluso somos capaces de volar… Pero también nos ha tocado vivir una época oscura. Llevamos años sufriendo los bombardeos alemanes.

Nuestro pueblo pasa hambre, frío y miedo.

—Lo comprendo, señor, pero no entiendo qué tiene que ver eso con los cuervos de la torre —le interrumpió Nigel.

—Inglaterra no tenía ninguna posibilidad en la guerra desde el principio. Alemania es, a nivel bélico y tecnológico, muy superior a nosotros. De hecho, lo único que hemos estado haciendo desde que entramos en la guerra ha sido sufrir. El daño que le hemos causado a los alemanes es insignificante comparado con el que nos han causado ellos a nosotros. —El primer ministro tomó aire e hinchó su pecho antes de seguir hablando—. Si Inglaterra sigue en pie no es por nuestro potencial militar, sino por la moral de su gente. Y la moral se alimenta de creencias, de fe, de leyendas… ¿Se imagina el miedo que sentirían los habitantes de Londres si se enteran de que los cuervos de la Torre se están muriendo?

—Pero no es así, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Clarice, mientras señalaba al interior de las jaulas—. Los cuervos están ahí y se les ve bien.

—Sí, bueno… Ahora mismo tenemos ocho cuervos en la Torre —explicó Churchill—. La leyenda dice que debe haber al menos seis y tenemos dos más para asegurar.

—Disculpe mi atrevimiento, señor, pero entonces no veo dónde está el problema —intervino Alfred antes de que alguno de sus compañeros pudiera decir algo inapropiado—. No hay nada que nos haga pensar que los cuervos vayan a desaparecer en unos días.

—Estos cuervos que veis aquí no son los cuervos originales. Al menos, no todos. —Churchill se tomó unos segundos para dar una nueva calada a su puro antes de seguir explicándose—. Solo queda una pareja de los cuervos originales: Mabel y Grip. El resto han ido muriendo en las dos últimas semanas sin que hayamos podido determinar la causa. Simplemente aparecen muertos en sus jaulas. Sin heridas, sin haber sido envenenados… Nada.

—¿Y los cuervos que están en las jaulas? ¿De dónde han salido? —preguntó Irma.

—Hemos estado trayéndolos de un criadero de Somerset. A todos los cuervos que viven aquí, se les recortan las plumas del ala derecha para que no puedan volar muy lejos. Tan solo suelen sobrevolar las torres y el Támesis y luego regresan a sus jaulas… pero con los últimos que hemos traído no ha sucedido así. En cuanto los soltábamos, escapaban aterrados para no volver. —El hombre soltó un largo suspiro de agobio—. Como comprenderán, los cuervos del criadero no son infinitos, así que hemos resuelto tenerlos día y noche encerrados en sus jaulas bajo vigilancia.

—Es buena idea —asintió Irma—. Así no podrá sucederles nada.

—No es buena idea. —El primer ministro negó con la cabeza—. La

gente está empezando a murmurar al no ver a los cuervos sobrevolando la fortaleza. Y, además, a pesar de estar encerrados y vigilados las veinticuatro horas del día, siguen muriendo.

—No puede ser —susurró Alfred incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Pues es —respondió Churchill molesto—. Y encima interceptan un mensaje de algún espía alemán asentado en nuestro territorio diciendo que en diez días caerá el último cuervo.

—Diez días no. Ya solo quedan nueve —interrumpió Nigel.

El primer ministro entrecerró sus ya pequeños ojos hasta convertirlos en dos ranuras negras cargadas de rabia. En lugar de dirigirse a Nigel, que en aquel momento debería haber sido el foco de su ira, se colocó frente a Alfred, que se cuadró de inmediato, y fue golpeando su pecho con el dedo índice al ritmo de sus palabras.

—Quiero que detengan esto. Quiero que averigüen lo que está pasando y que atrapen al culpable. —Dejó caer los brazos a los lados y se giró hacia la salida. Antes de marcharse, se detuvo, se dio la vuelta y volvió a hablar—. Tengo una guerra que librar. Tengo a mis soldados muriendo en Europa. Tengo a mis ciudadanos pasando hambre y sufriendo bombardeos. No puedo ocuparme de la salud de unos pajarracos, pero necesito saber que estarán bien y que harán todo lo que esté en su mano para que esto se detenga.

—Lo haremos, señor. No se preocupe —prometió Alfred, despidiéndose con un saludo militar.

Todos sus acompañantes asintieron para reforzar esa promesa. Churchill dibujó una sonrisa entre los pliegues de su cara antes de girarse de nuevo y marcharse.

Alfred se mantuvo en silencio, sin saber qué decir. Le habría gustado dar un discurso conmovedor que motivara a sus compañeros, pero no encontraba las palabras. Por un lado, le parecía que la primera misión que se le había encomendado a la División OpenMind era una auténtica estupidez. Se suponía que aquella unidad se había creado para luchar contra las fuerzas oscuras del bando nazi, no para cuidar de la salud de media docena de pájaros. Sin embargo, por otro lado, le daba la impresión de que había algo misterioso y sombrío tras aquellos sucesos, una amenaza real e importante que solo ellos podían evitar.

Por suerte, Clarice reaccionó y, tras darle un par de palmadas en la espalda para sacarle de su estupor, le dedicó una sonrisa.

—Parece que vamos a tener que encargarnos de que nadie le toque una pluma a esos bicharracos —bromeó—. ¿Quién hace conmigo la primera ronda de vigilancia de esta noche?

Tarice

Capítulo dos

La puerta se abrió y dejó paso a una ráfaga de viento frío acompañado de una cortina de lluvia. Me giré hacia allí justo a tiempo de ver como Alfred empujaba la puerta para tratar de cerrarla. Contuve una sonrisa y terminé de servir las dos tazas de té que había estado preparando.

—Nadie diría que estamos en verano —dije a modo de saludo.

—Esa palabra no existe en Inglaterra. Es un invento de los yanquis —bromeó él mientras se quitaba la chaqueta.

—¿Qué tal ha ido la ronda? Debería haberte acompañado.

—Tranquila, es suficiente con que se moje uno de los dos. —Alfred se sentó a la mesa y colocó ambas manos alrededor de su taza de té para entrar en calor—. Está todo en orden. Los ocho cuervos están dentro de sus jaulas y todos parecen gozar de buena salud. Esperemos que no se resfríen con este clima y se mueran.

—No lo creo. Son recios cuervos ingleses —bromeé—. Me preocupa más que te resfríes tú. La próxima ronda la haré yo.

—Puedo jurar por mi honor de caballero que no lo permitiré —repuso él—. No tienes de que preocuparte. Esta taza de té me reconfortará. Estaré perfectamente en cuestión de segundos.

Conseguí contener una risa, pero no pude evitar que mis labios se curvaran, burlones. Él me observó con el ceño fruncido.

—¿Podrías indicarme que es lo que te hace tanta gracia?

No pude aguantarlo más y solté una carcajada. Su ceño se frunció aun más.

—Es tu manera de hablar. Lo siento mucho —me disculpé.

—¿Qué le sucede a mi forma de hablar? Yo creo que es correcta.

—Ese es el problema —dije entre risas—. Que es demasiado correcta. No conozco a nadie en mi país que diga cosas como “Esta taza de té me reconfortará”. —Me callé durante un par de segundos para reflexionar—. Bueno, quizá alguna tía abuela solterona de Boston, pero nadie más.

—No te imaginas cuánto te agradezco que me ilumines sobre la forma adecuada de hablar un idioma que nosotros inventamos.

A pesar de que estaba sonriendo, pude notar en su mirada que estaba molesto. Me habría gustado comportarme, pero se me escapó una risita más.

—Perdona, de verdad que lo siento. —Me tapé la boca—. Ya paro.

—Eso espero. —Bufó enfadado. Después, se levantó de la silla y se colocó de cara a la ventana para observar la cortina de agua que seguía cayendo—. Mañana elegiré a Nigel como compañero de

guardia.

—Prometo portarme bien.

Di un trago a mi té, respiré hondo y, cuando estuve segura de que podría contenerme, yo también me levanté y me acerqué a la ventana. Desde el pequeño despacho que nos habían dejado para vigilar no se podían ver las jaulas de los cuervos. Velada por la lluvia se distinguía una escalera que descendía desde la explanada a una amplia porción de césped en la que no había ninguna edificación. A lo lejos, se divisaba un trozo de la muralla y una de las torres, quizá la Torre Beauchamp.

—¿No ves nada extraño? —me preguntó Alfred después de pasar un par de minutos contemplando el paisaje en silencio.

—No. ¿Qué debería ver?

—Tienes poderes para ver a los muertos, ¿no? —Se giró hacia mí y me miró confuso—. Se supone que estamos en uno de los edificios más encantados de toda Inglaterra. —Volvió a mirar por la ventana y señaló al exterior, a la parcela de césped que se extendía frente a nosotros—. De hecho, eso es la Torre Verde. Miles de personas refieren haber presenciado apariciones en ese lugar.

Me acerqué hasta casi tocar el cristal con la nariz y forcé la vista. Finalmente, me di por vencida.

—Debo haberme quedado ciega. Ni siquiera veo la Torre Verde. Solo hay un trozo de pavimento en medio del jardín —admití.

Aquel fue el turno de Alfred de soltar una carcajada. Se acercó a mí hasta que su pecho rozó mi espalda y señaló al exterior por encima de mi hombro. Después, se aproximó a mi oído y susurró:

—Ese pavimento de granito marca el punto exacto en el que se levantaba el cadalso donde se ejecutaba a los nobles. —Me estremecí, más por sentir el aire que escapaba de sus labios acariciando el lóbulo de mi oreja que por lo que estaba contando—. Los miembros de la nobleza tenían derecho a una ejecución privada, alejada de las burlas e insultos de la plebe.

—¿Y se ejecutó a mucha gente ahí? —pregunté con tono firme, tratando de aparentar que su cercanía no me alteraba en absoluto—. ¿Algún fantasma famoso?

—Por supuesto. Robert Devereus, Jane Rochford, William Hastings… —Al ver que yo encogía los hombros, negó con la cabeza antes de continuar—. ¿Catalina Howard y Ana Bolena, dos de las esposas de Enrique VIII?

—A ellas sí las conozco.

—Pues puede que esta noche las conozcas en persona—. Volvió a inclinarse hacia mi oído, hasta casi apoyar la barbilla en mi hombro, para seguir hablando en un tono misterioso y lúgubre—. Todos ellos fueron decapitados en ese lugar. Se dice que puedes encontrártelos en

procesión y que todos llevan la cabeza entre sus manos.

Soltó una risa maligna antes de apartarse. Me giré hacia él y puse los brazos en jarras.

—¿Te parece divertido esto? Pensaba que eras más maduro…

—¿No te darán miedo estas cosas? —preguntó burlón.

—Por supuesto que no me dan miedo. —Eché un último vistazo a través de la ventana para comprobar que no había nada extraño paseando por el jardín y volví a sentarme cerca de la chimenea—. Como tú mismo has dicho, tengo el don de hablar con los muertos. No voy a asustarme por una leyenda sin fundamento.

—¿Y cómo es? —preguntó él tras sentarse frente a mí.

—¿Cómo es el qué?

—Hablar con los muertos. —Se tomó un par de segundos antes de seguir hablando, como si le costara encontrar las palabras—. Quiero decir… ¿Los ves todo el rato? ¿Hay alguno aquí ahora mismo?

—No funciona así… Gracias a Dios.

Dejé escapar una risa nerviosa. No me gustaba hablar abiertamente de mi don. Estaba acostumbrada a ocultarlo y mantenerlo en secreto, siempre con miedo a que los demás me vieran como una loca, como a la chica rara a la que había que evitar. Él pareció notar mi incomodidad, porque extendió su brazo para tomar una de mis manos y apretarla con cariño.

—A mí me lo puedes contar —me dijo—. Estamos juntos en esto.

—Está bien… Después de todo, estamos en una unidad formada por gente rara, así que creo que aquí puedo mostrarme como soy. —Solté un suspiro y sonreí—. La verdad es que no hay tantos espíritus como la gente piensa. No están atestando los hospitales y los cementerios ni paseando de noche por los desvanes y pasillos oscuros de las casas. La mayoría de la gente muere en paz y trasciende hacia el otro lado. Son pocos los que se pierden y continúan vagando en esta tierra.

—¿Y por qué se pierden?

—Hay muchas razones. Algunos tienen una muerte tan repentina que no pueden aceptarla. Otros tienen asuntos por cumplir y se resisten a abandonar este mundo. Otros han muerto por causas violentas y exigen justicia o venganza… —Alfred me contemplaba extasiado con la boca abierta. Tuve que contener la risa. Parecía que ahora era mi turno de asustarle—. Sea como sea, no suelo verlos a no ser que les invoque.

—¿Les invocas? ¿Cómo?

—Suelo usar la *ouija*. También existen algunos hechizos que sirven para llamarlos o para levantar el velo que les separa de nosotros y poder verlos.

—¿Entonces normalmente no los ves?

—No. De hecho, aprendí desde pequeña a bloquear mi don. Normalmente, tengo que hacer un esfuerzo consciente para bajar mis barreras y poder verlos. Si los viera todo el tiempo, creo que me habría vuelto loca.

—¿Y de dónde te viene ese don?

—Digamos que es una herencia familiar. Todas las mujeres de mi familia tenemos este poder y lo conservamos siempre que nos mantengamos puras…

Me callé justo después de decir aquellas palabras. No había pretendido contarle tanto. Noté que la cara me ardía, así que me levanté y volví a mirar por la ventana.

—Entiendo. —Fue la única palabra que pronunció Alfred, consiguiendo con ella que yo enrojeciera aún más—. ¿Y nunca te has encontrado con un fantasma que se te apareciese de pronto, sin que tuvieras que llamarlo? Me refiero a que hay gente que dice ver fantasmas sin tener siquiera tu poder. ¿Tú no podrías verlos?

—Por supuesto. Me ha pasado algunas veces —contesté, agradecida de que él hubiera cambiado de tema—. Hay fantasmas tan fuertes que son capaces de atravesar el velo por sí solos. Normalmente, para llegar a tener ese poder, han tenido que pasar mucho tiempo al otro lado, alimentándose de emociones muy potentes, como la ira o la venganza, así que suelen ser espíritus muy antiguos y poderosos.

—¿Cómo los que pueden habitar en la Torre de Londres? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Ya te he dicho que a mí no vas a poder asustarme —dije señalándole con el dedo—. Pero no se te ocurra contarle estas historias a la pobre Wendy o se negará a relevarnos en la guardia. Hablando de eso, ¿qué hora es?

—Pronto. Aún nos quedan un par de horas de guardia más.

—Voy a necesitar más té. —Cogí la tetera y la puse de nuevo a calentar—. Esperemos que deje de llover antes de que nos toque salir de nuevo.

—No apuestes por eso. —Alfred acercó su silla a la chimenea y extendió los brazos para calentarse las manos—. Tiene pinta de ir a llover toda la noche. A ver si me da tiempo a secarme un poco…

—¿Y de qué te va a servir si dices que vas a volver a mojarte?

—Para estar seco entre chaparrón y chaparrón. Eso es lo máximo a lo que se puede aspirar en este país. Ya te acostumbrarás.

Las campanadas graves y profundas de una iglesia lejana me despertaron. Me froté los ojos y me estiré mientras miraba confusa a mi alrededor. Durante los primeros segundos no logré recordar dónde me encontraba ni por qué. Alfred y yo estábamos sentados frente a

una chimenea en la que ya solo brillaban unos rescoldos rojizos que no durarían mucho tiempo. A través de la ventana, se escuchaba el ruido de una débil lluvia que golpeaba los cristales.

Miré a Alfred. Se había quedado dormido, cubierto por su chaqueta. Se me escapó una sonrisa al contemplarle. Mientras dormía, no lucía ese aspecto estirado que le caracterizaba. Incluso estaba algo despeinado y un mechón rebelde colgaba sobre su frente. Parecía tranquilo y relajado y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Me dio tanta ternura verle así que decidí no despertarle. Después de todo, aquella era la última ronda que teníamos que hacer antes de llamar a los demás para que nos relevaran. Podía hacerla yo sola.

Me até los botones del abrigo mientras contemplaba el paisaje por la ventana. La lluvia había perdido fuerza, pero un viento desapacible agitaba las copas de los árboles. Antes de salir, eché un par de troncos a la chimenea para evitar que el fuego se extinguiera del todo. Así, cuando terminara, podría volver a sentarme frente a la hoguera para recuperar el calor. Aún no había salido y ya me moría de ganas de volver. Lo mejor sería no pensarlo y acabar con aquello cuanto antes. Después de todo, solo tenía que bajar la escalera, cruzar el jardín y llegar hasta las jaulas de los cuervos para comprobar que todos seguían vivos y a salvo. No tardaría ni cinco minutos.

En cuanto abrí la puerta, una ráfaga de viento frío me golpeó. No me podía creer que estuviéramos en agosto. Si aquel era el clima que tenían en verano, no quería ni imaginar cómo sería el invierno en aquel país. Me abracé a mí misma mientras bajaba las escaleras y me dirigí casi a la carrera hacia las jaulas de los cuervos.

De repente, escuché un sonido, algo que no debería estar ahí. Era el ruido de unos pasos, de unos pies que se arrastraban sobre la gravilla. Y algo más… Un murmullo, una especie de plegaria irreconocible pronunciada entre dientes. Me giré despacio hacia la fuente de ese sonido mientras sentía como un frío mucho más intenso invadía mi cuerpo y me paralizaba. Durante un segundo, intenté engañarme a mí misma diciéndome que no vería nada extraño, que me había sugestionado con los cuentos de fantasmas de Alfred y que, cuando mirara hacia la Torre Verde, el espacio vacío en el que siglos atrás se había levantado el cadalso, no vería absolutamente nada. Aquel sonido tendría una explicación lógica: el viento entre las ramas de los árboles, quizá el murmullo lejano de algún motor… Tenía que ser eso.

Por desgracia, no encontré ninguna explicación lógica para lo que vi. No era algo claro, no tenía la consistencia de los objetos físicos de este plano. Estaba ahí y al mismo tiempo no estaba, pero era reconocible: era un cadalso, una estructura elevada de madera donde no debería de haber nada. Hacia él caminaba una procesión de figuras

traslúcidas. Me acerqué hasta las escaleras que llevaban a la Torre Verde y, al estar más cerca, pude escuchar con más claridad aquellos sonidos que había confundido con una plegaria: eran lloros, sollozos ahogados, súplicas de clemencia que no iban a ser escuchadas.

Tal y como me había contado Alfred, frente a mí se deslizaba la procesión de nobles ejecutados siglos atrás en la Torre de Londres. Agradecí que, al contrario de lo que él me había dicho, aún mantuvieran la cabeza sobre los hombros. Me quedé contemplándolos sin poder moverme, hipnotizada por el miedo y la fascinación a partes iguales.

Los espectros se deslizaban sobre la hierba sin tocar el suelo. Como muchos de los fantasmas con los que me había cruzado en mi vida, no tenían pies. Su cuerpo iba desvaneciéndose según se acercaba al suelo hasta desaparecer por completo. Sin embargo, se oía con claridad el sonido de múltiples pies arrastrándose sobre la gravilla, sus pasos indecisos al subir la escalera del cadalso, su caminar renuente al avanzar los últimos pasos sobre la tarima… Y entonces se escuchó el siseo de un filo invisible al cortar el aire y el golpe de un hacha al cercenar un cuello. A pesar de que no hubo sangre ni gritos ni cabezas rodando sobre el suelo del patíbulo, sentí que el estómago se me revolvía.

Durante un segundo, me sentí impulsada a acercarme para tratar de ayudar a aquellas almas en pena. Me parecía terrible la idea de llevar siglos participando en aquella macabra procesión, de revivir una y otra vez el momento de sus ejecuciones. Sin embargo, no me moví. Mi madre me había hablado de aquella clase de fenómenos. No eran en realidad almas perdidas. Tan solo eran el eco de un suceso terrible, de un dolor tan potente como para quedar grabado en las antiguas piedras, de un recuerdo tan fuerte como para repetirse una y otra y otra vez como si fuera la proyección de una película. En realidad, no estaba en presencia de un grupo de fantasmas. Tan solo era un triste recuerdo de la crueldad humana que se repetía noche tras noche.

Me quedé contemplando como aquellas figuras blanquecinas recorrían el patíbulo hasta el lugar en el que les esperó en el pasado el hacha del verdugo. Una y otra vez se repetía la misma secuencia. Se escuchaba un siseo y un golpe del hacha y la figura desaparecía… Y le tocaba el turno a la siguiente figura.

Cuando todas ellas hubieron desaparecido, la normalidad se adueñó del paisaje. Un trozo de césped anodino que rodeaba un círculo de gravilla, la pertinaz lluvia, el frío viento que susurraba entre los árboles y yo. Solté el aire que había estado reteniendo y decidí continuar con mi ronda antes de acabar pillando una pulmonía. Sin embargo, no conseguí moverme. Había algo más en aquel lugar,

algo que no acababa de definir… No me sentía sola del todo.

Escuché un sonido, un ulular más agudo y potente que el del viento. Me estremecí de pies a cabeza y, en aquella ocasión, no fue por el frío. Había algo a mi espalda… Algo no. Alguien. Notaba una consciencia extraña, la mirada fija de unos ojos en mi nuca.

Me giré despacio, muy despacio, con la estúpida esperanza de que aquel ser, fuera quien fuera, se hubiera marchado antes de que terminara de volverme. Pero continuaba allí. Era una mujer joven, de rasgos delicados, piel pálida y ojos tristes. Llevaba un vestido gris oscuro de damasco y el pelo recogido. A pesar de no llevar joyas ni adornos, su postura altiva indicaba que se trataba de un personaje importante. Y el corte que cruzaba su cuello de lado a lado anunciaba que estaba muerta.

Tragué saliva y me mantuve muy quieta y en silencio. Albergaba la esperanza de que aquel ser se marchara sin hacer ni decir nada más. Por un momento, el tiempo pareció detenerse. La lluvia cesó y el viento dejó de mecer las ramas de los árboles. Ni siquiera se escuchaba el aleteo de los cuervos en sus jaulas. Las nubes se abrieron, dejando pasar unos rayos de luz de luna que atravesaron la figura de lado a lado.

La mujer volvió a gritar, un largo lamento de agonía que me arrebató el aliento. Su sollozo despertó ecos contra las viejas murallas, pero nadie apareció para ver qué sucedía. Parecía que el mundo entero se había detenido, que aquel espectáculo era solo para mí.

Cuando dejó de gritar, volvió a mirarme. Me di cuenta de que de sus ojos brotaban lágrimas de sangre que iban dejando surcos oscuros en sus mejillas. Del corte de su cuello también empezó a manar la sangre, lenta al principio, a borbotones después. La mujer respiró con esfuerzo. Sonó extraño, como si el aire se escapara por el tajo de su cuello sin llegar a sus labios. Sin embargo, consiguió hablar:

—La corona de Inglaterra caerá.

A pesar del miedo y del frío extremo que me provocaba estar en su presencia, pensé en interrogarla. Aquella mujer podía saber qué estaba provocando la muerte de los cuervos y si aquello era realmente un mal presagio para el futuro de la corona. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, la mujer volvió a gritar. En aquella ocasión, echó la cabeza hacia atrás, como si quisiera que su lamento llegara más lejos y más alto. La herida se abrió, la sangre manó sin control, el cuello se separó en dos con un repugnante sonido de succión que me revolvió el estómago. El grito creció y creció en volumen y se volvió tan agudo como para hacerme daño. Me tapé los oídos mientras caía de rodillas al suelo. Aquel grito me estaba atravesando el cerebro hasta conducirme a la locura. Además, cada vez sentía más frío y me era más difícil moverme. Me daba la impresión de que aquel frío se

estaba llevando mi fuerza, mi energía… Y me di cuenta de que no era un frío normal, sino el frío de la muerte.

Una vez en el suelo, reuní valor y levanté la mirada para volver a contemplar a la mujer. Se acercaba con la cabeza entre sus manos. Sus ojos seguían fijos en mí, llorando lágrimas de sangre. Su boca se abrió para volver a hablar:

—El fin del reino está próximo.

Me habría gustado escapar de aquel ser que continuaba aproximándose a mí, pero me fue imposible. Era incapaz de mover un solo músculo, como si aquel frío extremo hubiera congelado todos mis miembros. Traté de gritar pidiendo ayuda, pero de mi garganta tan solo salió un vaho frío que se perdió en la penumbra del jardín. Tuve miedo de perder la cordura si aquel ser me rozaba, pero Dios debió apiadarse de mí. Mi mente se apagó y caí en la inconsciencia.

Alfred

Capítulo tres

Cuando despertó, el brillo mortecino del amanecer ya se colaba por la ventana. Durante unos segundos, volvió a cerrar los ojos y trató de hacerse aún más pequeño debajo de la chaqueta que le cubría para retener el calor y volver a conciliar el sueño. Se sentía muy cansado y todo su cuerpo estaba dolorido por haber dormido en un sillón… Aquel pensamiento despertó un tintineo de alarma en su mente, obligándole a abrir de nuevo los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba dormido en un sillón, apenas cubierto por su chaqueta, en lugar de descansar cómodamente en una cama?

Tardó en reconocer la estancia en la que se encontraba. Era una de las habitaciones de la planta baja de la Torre Blanca, la que les habían cedido para hacer guardia y cuidar de que no les sucediera nada a los cuervos durante la noche. Se irguió en la silla y miró alrededor. La chimenea se había apagado por completo. Ni siquiera quedaban rescoldos. La estancia estaba fría y, a la débil luz del amanecer, resultaba triste y desapacible.

Las preguntas se amontonaron en su cabeza en cuanto fue capaz de pensar con claridad. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Por qué seguía allí al amanecer sin que sus compañeros le hubieran relevado en la guardia? ¿Por qué Clarice no le había despertado? Y, la más importante, ¿dónde estaba Clarice?

Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta de la habitación mientras se ponía la chaqueta. En cuanto salió de la torre, sintió como el miedo atenazaba su garganta, impidiéndole respirar. Clarice estaba ahí, a unos pocos pasos, justo al lado de la escalera que bajaba hacia la Torre Verde. Estaba tirada en el suelo, inconsciente… O dormida… O quizá muerta… No, no debía pensar aquello.

Corrió hacia ella mientras gritaba su nombre, pero no contestó. Se lanzó de rodillas a su lado, la agarró por los hombros y la incorporó mientras la zarandeaba, sin cesar de decir su nombre una y otra vez. El miedo empezó a invadir su cuerpo por completo, como un frío glacial que amenazara con destruirlo todo. Por suerte, sus ojos se abrieron. Estaban perdidos y asustados, apagados por la confusión, pero eran sus hermosos ojos de color azul grisáceo.

—Clarice, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Ella dejó que él la ayudara a incorporarse. Cuando estuvo sentada, se llevó las manos a las sienes, en un esfuerzo para ayudarse a recordar. Debió de conseguirlo, porque dio un respingo y empezó a mirar a su alrededor, asustada.

—La mujer… ¿Dónde está? —Se agarró a la camisa de Alfred y tiró de ella—. Estaba aquí… A mi lado… Y estaba muerta… Y su cabeza… Dios mío, su cabeza…

—Clarice, no entiendo nada de lo que estás diciendo. —Se quitó la chaqueta y se la pasó a la chica sobre los hombros para que dejara de temblar, a pesar de que sospechaba que los temblores que la sacudían se debían más al miedo que al frío—. Intenta relajarte y dime qué te ha pasado.

—Salí a ver a los cuervos y escuché sus pasos… Estaban ahí, caminando hacia el cadalso —dijo señalando al espacio que tiempo atrás ocupó la Torre Verde—. Y, de repente, ella estaba a mi espalda… Me dijo que la corona va a caer, que el fin del reino está próximo.

—¿Quiénes eran esas personas? ¿Crees que pueden seguir por aquí? Habrá que avisar a los guardias…

—No eran personas, eran espíritus. —Clarice se agarró a sus brazos para que la ayudara a levantarse. Volvió a señalar al lugar en el que se levantó el cadalso—. Ni siquiera eran eso. Creo que solo eran una proyección, un eco del pasado. Sin embargo, la mujer que vi a mi espalda era algo más. Seguía teniendo conciencia y había mucho dolor y mucha ira en su interior.

—¿Podrías describírmela?

—Era una mujer joven. Llevaba un traje sencillo pero lujoso… Tenía una herida en el cuello… Y luego… Luego llevaba la cabeza entre las manos…

Clarice había vuelto a echarse a temblar. Miraba a su alrededor asustada, como una gacela en alerta por los disparos de los cazadores. Alfred la abrazó para tranquilizarla y se dio cuenta de que sus ropas estaban empapadas. Debía de llevar horas inconsciente, tumbada sobre la hierba húmeda mientras la lluvia fría e inclemente le caía encima.

—Esa descripción se corresponde con la del fantasma de Ana Bolena. Muchos testigos refieren haberse cruzado con ella en los últimos siglos. —Alfred trató de hablar con tono tranquilo, como si, en lugar de estar hablando de la aparición de una reina decapitada, estuviera comentando las noticias del día. Esperaba que aquello relajara a Clarice, que seguía tensa entre sus brazos—. Vamos dentro. Deberías quitarte esa ropa mojada y meterte en la cama.

—No. —Clarice se soltó de sus brazos y se giró hacia la zona de la antigua muralla en la que estaban las jaulas de los cuervos—. Me advirtió… Sus palabras se corresponden con la leyenda de los cuervos. Ella también me ha dicho que el reino caerá.

—Eso puede esperar —dijo él para intentar calmarla.

—No. Tengo que ver si los cuervos están bien.

La chica salió corriendo hacia las jaulas sin decir nada más. En cuanto se repuso de la sorpresa, Alfred salió tras ella. Cuando llegó a su lado, vio que Clarice se había arrodillado frente a una de las jaulas y contemplaba a su ocupante. Era uno de los cuervos nuevos que

había llegado en los últimos días para suplir a los que habían fallecido. Alguien, seguramente uno de los guardas de la Torre, había escrito su nombre en una tablilla de madera y la había sujetado a las verjas con un cordel. Hugin, así se había llamado. Pero ya no hacía falta que nadie aprendiera su nombre. Estaba muerto.

Cuando la puerta se abrió, Alfred dejó de fingir que estaba leyendo el periódico y se levantó. Nigel, que hasta aquel momento había estado contemplando el paisaje por la ventana, también se giró para ver entrar a sus dos compañeras.

—¿Qué tal está? —preguntó Alfred, preocupado.

—Cansada y algo débil, pero creo que se debe a las emociones de la noche y a no haber dormido bien —contestó Irma—. No creo que se vaya a poner enferma. Es una mujer fuerte.

—De todos modos, le hemos obligado a meterse en la cama y a tomarse un caldo caliente —intervino Wendy—. Y le hemos dicho que permanezca acostada porque usted ha dado orden de que no se levante hasta mañana.

—¿Creéis que obedecerá? —preguntó Alfred, imaginándose las protestas de Clarice.

—Creo que sí —dijo Irma—. Estaba agotada. Mientras la arropábamos, ya se le estaban cerrando los ojos. Al menos, descansará unas horas. ¿Cómo se le ocurre dormir al raso con este tiempo? Podría haber pillado una pulmonía.

—No se durmió. Cayó inconsciente tras presenciar una visión. —Alfred miró a sus compañeros y decidió no explicar más. Necesitaba que esa noche fueran ellos los que hicieran guardia y prefería que no se sugestionaran—. La culpa fue mía por haberme quedado dormido. Debería haber estado acompañándola.

—No te preocupes. Tampoco ha pasado nada malo. —Nigel se colocó a su lado y le dio un par de palmadas en la espalda, tomándose unas confianzas que nadie le había dado—. ¿Qué sabes de esa visión? ¿Ha contactado con alguno de los fantasmas de la torre?

—No me lo ha explicado con claridad, pero eso no es lo importante ahora.

—¿Y qué es más importante que poder ser atacados por fantasmas? —preguntó Wendy asustada.

—No os va a atacar ningún fantasma —insistió Alfred—. Además, voy a dar la orden de que varios guardias estén en todo momento vigilando los patios y las jaulas de los cuervos. Vosotros solo debéis estar disponibles para investigar si sucede algo extraño.

—¿Algo como la muerte de otro cuervo? —sugirió Nigel con tono irónico—. Quizá habría sido buena idea colocar guardias anoche para

no perder a uno de ellos.

—Sí, podría haber sido buena idea, pero no pensé que el agresor pudiera atacar estando nosotros aquí —contestó Alfred, molesto.

—¿El agresor? —preguntó Irma, confusa—. ¿Acaso crees que una persona es la causante de la muerte del cuervo?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé, pero me parece imposible que alguien haya podido escalar estas murallas, pasar por delante de todos los guardias, llegar hasta las jaulas y matar a uno de los cuervos sin que nadie se enterase. —Irma negó con la cabeza mientras paseaba por la habitación, como si andar de forma enérgica la ayudara a concentrarse—. Además, no tiene sentido. ¿Por qué no matar a todos los cuervos de una vez y acabar con todo?

—No lo sé, Irma —admitió Alfred—. Yo también tengo muchas preguntas, pero estamos aquí para darles respuesta. ¿Vamos fuera?

—¿A qué? —preguntó Nigel—. No somos investigadores de Scotland Yard.

—No. Somos investigadores de la División OpenMind y más vale que empecemos a ganarnos el sueldo.

Sin decir nada más, Alfred cogió su chaqueta y salió de la habitación. Escuchó los pasos de sus compañeros detrás. Iban quejándose en susurros. Parecía que no estaban muy convencidos de que lo que fueran a hacer sirviera para nada. Decidió no discutir con ellos. Después de todo, estaba al mando y debían cumplir sus órdenes, les gustaran o no. Soltó aire mientras pensaba que era una pena que ni siquiera él creyese que lo que estaban haciendo llevara a alguna parte. Si estuviera más seguro, sus órdenes sonarían mucho más convincentes.

Había un par de alabarderos cuidando de las jaulas de los cuervos. Cuando se acercó, les dio orden de abrir la jaula de Hugin y marcharse. Estarían más tranquilos si no había ojos ajenos observando cómo trabajaban. Sobre todo porque no tenía muy claro lo que iban a hacer ni cómo.

—¿Y bien? —preguntó Nigel tras entrar en la enorme jaula y colocarse justo al lado del pájaro muerto —¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Tú de momento vas a salir de la jaula —contestó Alfred—. No quiero que estropees ninguna pista. Wendy, entra tú.

—¿Yo? ¿Con ese bicho? —preguntó la chica mirando al cuervo con miedo.

—Está muerto. No va a hacerte nada…

—¿Y por qué tengo que entrar yo?

—Se supone que tienes el poder de ver el pasado tocando cosas, ¿no? —Alfred luchó por mantener un tono relajado.

—Sí, bueno… A veces puedo notar quién fue la última persona que tocó algo o descubrir algún dato sobre su propietario, sobre todo si hay un fuerte vínculo emocional con el objeto.

Cuando terminó de hablar, Wendy se quedó mirando a Alfred, como si no supiera qué más hacer. Alfred señaló de nuevo al cuervo, impaciente.

—Procede —le ordenó.

—¿Qué proceda a qué? ¿A tocar a ese pájaro muerto?

—¡Por Dios, Wendy! Creo que podemos considerar a todos los efectos que un cadáver es un objeto. —El gesto de repugnancia de Wendy le dio a entender que ella no estaba muy de acuerdo con aquella información—. ¿Podrías, por favor, tocar a Hugin y descubrir cómo ha muerto?

Irma cogió a la chica del brazo y la acompañó al interior de la jaula. Wendy se dejó llevar, aunque seguía mirando al pájaro como si fuera a vomitar en cualquier momento. Alfred tuvo que respirar y mirar a otro lado para serenarse. ¿Qué clase de equipo de investigación estaba formando? ¿Cómo iban a enfrentarse a una todopoderosa organización nazi si no eran capaces de acercarse a un pájaro muerto sin montar una escena? ¿En serio aquellas personas formaban el mejor equipo que podía reclutarse en Gran Bretaña? Decidió detener el curso de sus pensamientos y centrarse en lo que estaban haciendo. Si seguía dándole vueltas a aquello, acabaría yendo al MI6 para decirles a sus jefes que lo mejor que podían hacer era dar la guerra por perdida y rendirse.

Wendy había entrado por fin en la jaula y se había arrodillado en el suelo al lado de Hugin. Estaba pálida y tenía los labios apretados, como si estuviera tratando de contener las náuseas. Alfred no pudo controlarse más.

—Wendy, por favor, ¿quieres tocar de una maldita vez a ese bicho?

Se sorprendió a sí mismo. Él siempre controlaba sus emociones y había sido educado para no perder nunca las formas, mucho menos delante de dos damas. Sin embargo, todo en aquella situación empezaba a resultarle ridículo y desesperante.

Wendy soltó un respingo y asintió. Parecía asustada, como si ella tampoco se hubiera esperado aquel exabrupto. Alfred se dio cuenta de que la chica tenía los ojos brillantes, como si estuviera conteniendo las ganas de llorar. También se dio cuenta de que Nigel e Irma le estaban mirando entre asombrados e indignados, como si le culparan por haber hecho sentir mal a la pequeña del grupo. Resopló y se giró durante unos segundos para recuperar la compostura. Si se dejaba llevar, les mandaría a todos a su casa y llamaría a Churchill para decirle que podía dar por perdido el reino de Inglaterra.

Cuando volvió a mirar hacia la jaula, Wendy ya había extendido

las manos y las había colocado sobre el pecho del ave. La chica cerró los ojos durante unos segundos y empezó a respirar de forma acompasada mientras se mecía de un lado al otro. Un viento gélido apareció de la nada para alborotar sus largos cabellos rubios, como si unas manos invisibles estuvieran jugando con su pelo. Cuando la chica abrió los ojos, Alfred sintió que el estómago le daba un vuelco. No había vida en ellos. Eran fríos y opacos como los ojos de los peces, nublados por un velo blanquecino como los ojos de los ahogados. La chica continuó meciéndose durante unos segundos mientras susurraba.

—Es de noche… Llueve y hace frío… El viento sopla entre las copas de los árboles… No hay nadie, solo los cuervos… Hace más frío, cada vez más frío… Los otros cuervos gritan asustados… Hace tanto, tanto frío…

Wendy separó bruscamente sus manos del cuerpo del cuervo y se giró hacia ellos. El velo de sus ojos había desaparecido para ser sustituido por una mirada de terror. Irma entró en la jaula y se arrodilló a su lado para abrazarla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con cariño mientras la apretaba contra su pecho.

—La muerte… La muerte ha llegado sin más, de ninguna parte. He podido sentir como se moría… —contestó Wendy conteniendo un sollozo.

—¿Cómo que ha llegado de ninguna parte? Algo ha tenido que suceder —protestó Nigel.

—No. El frío fue creciendo y consumiendo su cuerpo. Su corazón se detuvo de pronto, su sangre dejó de fluir… Nadie lo ha matado. La muerte se lo llevó.

—¿Estás segura? —preguntó Alfred tratando de que su tono sonara tranquilo. Cuando la chica le miró como si no le comprendiera, se puso en cuclillas para mirarla a los ojos y parecer menos amenazador —. Clarice dice que aún estáis aprendiendo a controlar vuestros poderes… ¿Hay alguna posibilidad de que te hayas equivocado en tu percepción?

—Por supuesto —contestó ella avergonzada—. Además, esto no es una ciencia exacta. Solo son sensaciones, imágenes… Puede que no lo haya interpretado bien…

—No te disculpes continuamente. Tienes que creer en ti misma y en tu poder—le dijo Irma—. ¿Tú qué crees que ha sucedido?

—No ha habido nada externo que le haya causado daño. —Wendy había bajado la cabeza y mantenía los ojos fijos en el cadáver del pájaro. Su tono de voz era tan bajo que tuvieron que aproximarse para escucharla—. Nadie lo ha matado, pero tampoco era su hora. Es como si algo le hubiera robado la vida, como si se hubiera apagado…

Cuando Wendy levantó la cabeza y le miró, Alfred asintió y le

dirigió una sonrisa tranquilizadora. Se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo. Al notar el roce de su piel, se estremeció. Estaba helada, como si el frío de la muerte hubiera salido del cuerpo del cuervo para invadirla.

—Irma, por favor, ¿podrías acompañar a Wendy dentro y ponerle un té? Creo que le vendría bien.

Las dos mujeres se marcharon. Wendy parecía agotada y se apoyaba en Irma para caminar. Cuando desaparecieron dentro de la Torre Blanca, Nigel se giró hacia Alfred.

—¿Te lo crees? ¿Piensas que el pájaro se pudo morir sin más?

—No lo sé. Sabemos que hay algo extraño en su muerte… Ya sabes: la leyenda, que los nazis estén interesados en la muerte de los cuervos, que el propio Churchill esté tan preocupado… Pero me sigue resultando difícil creer que no haya un ser de carne y hueso implicado en estas muertes, que se estén muriendo sin más.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—De momento, tú y yo vamos a entrar en esa jaula y vamos a examinarlo todo: la hierba, el cadáver… Si hay alguna pista, vamos a encontrarla.

—Genial, ahora somos forenses de pájaros —bromeó Nigel mientras entraba en la jaula—. ¿Y si no encontramos nada que nos haga pensar en un asesino real?

—Esperaremos a que Clarice se despierte y nos ilumine. Después de todo, ella es la especialista en asuntos preternaturales.

—Pues espero que a ella se le ocurra algo —comentó Nigel—. Solo nos quedan ocho días y siete pájaros.

Tarice

Capítulo cuatro

Irma llevaba unos minutos entrevistando al último soldado de la Torre que había tenido guardia la noche anterior. Como en las otras entrevistas, había ido recitando las preguntas que tenía apuntadas en una hoja de papel de modo mecánico. Ya estaba llegando al final de la lista, así que me incliné hacia delante para contemplar mejor la cara de mi compañera y disfrutar del espectáculo.

El cambio podría haber pasado desapercibido para un observador casual, pero yo llevaba un par de horas viéndola actuar y estaba sobre aviso. Irguió los hombros, tomó aire y carraspeó un par de veces para llamar la atención del guardia. En cuanto el hombre cruzó su mirada con la de Irma, esta entrecerró un poco los ojos y dejó escapar la misma sonrisa que esbozaría un depredador al darse cuenta de que su próxima víctima no tiene escapatoria.

—Dime la verdad —pronunció con tono autoritario—. Quiero que seas totalmente sincero conmigo.

—Sí vi algo… Lo siento… —dijo el hombre con tono lastimero.

Contuve la respiración, como si temiera que cualquier ruido pudiera hacer que aquel hombre saliera del trance en el que Irma acababa de atraparle. Parecía que por fin estábamos a punto de encontrar algo.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Irma—. Cuéntame cualquier cosa que se saliera de la normalidad.

—Era la procesión de los muertos. Caminaban hacia la Torre Verde, como otras noches… —El hombre se detuvo durante un par de segundos—. Los he visto más veces, pero no me acostumbro. Dejé mi ronda y volví a la garita. Siento haberla dejado sola, señorita Cooper.

—¿A qué te refieres? —pregunté confusa.

—Acababa de verla salir de la Torre Blanca y sabía que usted estaba fuera, que iba a cruzarse con los muertos —se lamentó el hombre—. Debería haber ido a avisarla, pero no tuve valor.

—No te preocupes. Son solo proyecciones. No pueden hacernos nada malo a los mortales —le consolé—. ¿Viste también a la mujer joven? —Él negó con la cabeza—. Ya sabes: una chica de piel pálida y pelo recogido que lleva un vestido lujoso gris o negro… Es bastante fácil de reconocer por el tajo que le atraviesa el cuello.

—Supongo que se refiere al fantasma de Ana Bolena. —La cara del hombre había perdido el color por completo. Pensé en sugerirle que debería solicitar el traslado a un destino más tranquilo, pero decidí callar—. No, nunca lo he visto, pero muchos de mis compañeros sí. Yo espero no encontrármela nunca.

—¿Escuchaste sus gritos? ¿Unos lamentos lastimeros que parecían atravesarte el cerebro de lado a lado?

—Sí, sí los oí… Y volví a pensar en salir a por usted para asegurarme de que estaba bien, pero no me atreví.

—No te preocupes —le consolé—. ¿Viste o escuchaste algo más?

—No, nada más. Tendría que haber salido a hacer más rondas durante la noche, pero no tuve valor. Creo que, en algún momento, debí quedarme dormido al lado de la chimenea, porque me despertaron los gritos del teniente Mitchell llamándola. Cuando salí, les encontré delante de las jaulas, mirando al cuervo muerto…

—¿Así que no pudiste ver si alguna persona se coló y se acercó a las jaulas? —preguntó Irma.

—No. Lo siento… Aunque mi testimonio no sirva de mucho, no creo que nadie se colara —dijo en un susurro.

—¿Por qué crees eso?

—Nadie está matando a los cuervos. Están cayendo uno detrás de otro, sin heridas, sin haber sido envenenados… Sin explicación. Es el fin para todos.

Le hice un gesto a Irma para indicarle que podía liberar al guardia. No iba a poder aclararnos nada más y sus comentarios pesimistas tampoco iban a ayudarnos. Irma esquivó la mirada del hombre y, en cuanto el contacto visual se interrumpió, el hechizo se desvaneció. El hombre agitó la cabeza y se llevó las manos a las sienes, como si se encontrara mareado y confuso.

—Puedes retirarte. Hemos acabado.

—¿Le contaran al teniente Mitchell que me escondí en la garita y que me quedé dormido? —preguntó preocupado—. Siento muchísimo no haber ido en su ayuda.

—No. No le diremos nada, —dije comprensiva—, pero debería plantearse que, si le tiene tanto miedo a lo sobrenatural, la Torre de Londres no es el mejor destino para usted.

—Es esto o la guerra, señorita… —El hombre suspiró apenado antes de seguir hablando—. Yo preferiría marchar al frente, pero tengo una mujer y seis hijos pequeños que dependen de mí. No se imagina cómo se pondría mi esposa si le dijera que he abandonado este destino seguro para irme a luchar al frente. Me da más miedo ella que los fantasmas de la Torre o las tropas nazis.

No pude reprimir una sonrisa. A pesar de que aquel guardia había abandonado su deber y me había dejado a merced de una procesión de fantasmas, resultaba demasiado enternecedor imaginarse a aquel hombretón temblando ante la perspectiva de una bronca de su esposa. Le indiqué con un gesto que podía retirarse y, cuando cerró la puerta tras de sí, me giré hacia Irma. Estaba recostada en su silla, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Su piel estaba tan pálida que

me asusté:

—Irma, ¿estás bien? —pregunté mientras me inclinaba hacia ella.

—Sí, sí… Tranquila. —Abrió los ojos y se forzó a sonreír—. Es solo que me sigue agotando usar mis poderes. Este era el último, ¿verdad?

—Sí, ya hemos acabado. —Solté un largo suspiro—. Y no hemos conseguido nada.

—Bueno, al menos tienes la confirmación de que no imaginaste la procesión de espectros ni a la mujer con la cabeza entre las manos.

—No necesitaba esa confirmación. —Me encogí de hombros—. Llevo viendo fantasmas desde que era niña.

—No te imaginas cuánto me alegro de no tener ese poder. Yo me habría vuelto loca hace tiempo. —Se levantó de la silla con esfuerzo —. ¿Cuál es el siguiente paso? Seguimos sin saber qué les está sucediendo a los cuervos.

Escuchamos unos pasos apresurados por el pasillo antes de que la puerta de la pequeña estancia que habíamos usado como sala de interrogatorios se abriera con tanta fuerza como para chocar contra la pared. Nigel apareció en el umbral, doblado por la cintura para recuperar el aliento.

—Venid… Tenéis que ver esto —dijo cuando pudo volver a hablar.

Sin darnos tiempo a preguntar nada, volvió a salir a la carrera. Irma y yo nos miramos un momento sin saber qué hacer. Opté por encogerme de hombros y salir disparada detrás de Nigel. Irma me siguió sin protestar.

A pesar de que Nigel nos había sacado ventaja, conseguimos no perderle de vista. Tras salir de la Torre Blanca, había cruzado por detrás de la antigua muralla en la que se apoyaban las jaulas de los cuervos para dirigirse a la Puerta del Traidor. Cuando salimos del recinto y llegamos a la carretera, vimos que Nigel se había reunido con Alfred y Wendy. Los tres estaban detenidos al lado de una vieja camioneta que llevaba la parte de atrás cubierta por una lona. Alfred estaba al lado de un anciano vestido con ropas de campesino que le había tendido unos papeles. Tras mirarlos detenidamente durante unos segundos, estampó su firma en ellos y se los devolvió.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunté tras unirme al grupo—. Nigel nos ha traído hasta aquí como si hubiera un incendio. ¿Pasa algo malo?

—No, no lo creo. —Alfred se encogió de hombros—. Puede que incluso sea algo bueno.

Se giró hacia Nigel y le dirigió un gesto de asentimiento. El chico se colocó al lado de la camioneta, señaló el bulto cubierto con un teatral movimiento de su brazo derecho y, de un solo tirón, arrancó la lona que cubría la carga, como si intentara dejarnos boquiabiertos con un truco de magia.

Lo que descubrió fue una jaula en la que se encontraban dos grandes cuervos. Los animales llenaron el aire con sus graznidos y empezaron a agitar las alas con violencia, como si se quejaran por la intromisión. Me acerqué y les observé sin comprender.

—¿Más cuervos? —pregunté al fin.

—Sí, son un regalo de Churchill —explicó Alfred colocándose a mi lado—. Los dos últimos cuervos del criadero de Somerset.

—¿Y para qué nos los envía?

—Supongo que pretende ganar tiempo con ello —dijo él antes de encogerse de hombros.

—¿Tú crees que servirá de algo? —Me atreví a agarrar las rejas de la jaula con las manos para mirar a los cuervos más de cerca—. El mensaje que interceptamos decía que el último cuervo caerá dentro de ocho días, sin importar cuántos haya.

—Pero puede que no contaran con que podíamos traer más. —Él también se agarró a las rejas y miró a los pájaros—. Sea como sea, mal no nos va a hacer que estén aquí.

—A nosotros no, pero a los cuervos no creo que les haga gracia estar en un sitio en el que su especie tiene una tasa tan alta de mortalidad —bromeó Nigel—. Mira qué nerviosos están. Casi parece que lo supieran…

Nos quedamos en silencio, observando a los cuervos. Graznaban enloquecidos y agitaban las alas como si pretendieran escapar de su cautiverio. Me giré al escuchar unos pasos firmes acercándose desde el interior de la torre. Dos guardias se dirigían hacia nosotros.

—Vienen a por los cuervos —explicó Alfred—. Tienen que llevarlos a sus jaulas.

—Pobrecillos. —Wendy los miró con pena.

—No tiene por qué pasarles nada. Estamos aquí para eso.

—¿Crees que va a servir de algo? —Wendy soltó un largo suspiro sin separar su mirada de los aterrados pájaros—. No podemos evitar su muerte si no sabemos qué es lo que los está matando.

—Lo descubriremos —dijo Alfred con voz firme—. Esta noche volveremos a vigilar. Quiero que en todo momento dos de nosotros estén de guardia delante de las jaulas de los cuervos. No vamos a quitarles los ojos de encima en ningún momento. Tenemos que descubrir qué es lo que está pasando.

Elevé la mirada a lo alto. Las nubes seguían siendo espesas y ocultaban las estrellas, pero, a través de un pequeño hueco entre ellas, pude divisar la luna en cuarto creciente. Había dejado de llover hacia tan solo unos minutos y lo más probable era que, a lo largo de la noche, volviera a hacerlo, pero, curiosamente, los habitantes de

Londres consideraban que aquello era un tiempo estupendo. En las noches despejadas, el cielo de la ciudad solía llenarse con el ruido de los motores de los aviones alemanes y las mortíferas bombas sustituían a la lluvia para bañar la ciudad con fuego y sangre. Las nubes y la niebla que solían cubrir la ciudad eran el mejor escudo contra la muerte que caía del cielo.

Me giré hacia las jaulas y contemplé a los cuervos. Estaban quietos y tranquilos, posados en sus perchas, dormitando. Parecía que esa noche no iba a suceder nada. Me atreví a sentir un pequeño destello de esperanza. A lo mejor íbamos a ser capaces de detener la profecía. Quizá nuestra simple presencia allí iba a impedir que los cuervos siguieran muriendo y que la corona de Inglaterra cayera con ellos. Me habría encantado poder confiar en aquellos pensamientos, pero algo en mi interior me decía que no iba a ser tan fácil.

Nigel paseaba al otro lado de las jaulas. A pesar de la oscuridad reinante, distinguí su caminar despreocupado. Iba con la cabeza baja, mirando abstraído algo que sostenía en la mano derecha. Me sentía tan aburrida de estar haciendo guardia sin que pasara nada que decidí recorrer los pasos que nos separaban para conversar un rato.

Cuando estuve más cerca, me di cuenta de lo que estaba haciendo y sonreí complacida. Nigel caminaba con el brazo derecho extendido y la palma de la mano hacia arriba. A apenas un par de pulgadas de distancia de su mano, flotaba una cucharilla de plata. La cucharilla giraba sobre sí misma, como la aguja de un reloj que marcara los segundos.

—Es increíble cuánto has mejorado —susurré para no romper su concentración.

El chico separó la mirada de la cucharilla, que siguió girando aunque él ya no estuviera vigilándola. Se encogió de hombros, como quitándole importancia, aunque me pareció distinguir orgullo en su sonrisa.

—Sí, ya empiezo a controlarlo… aunque sigo pensando que esto no sirve de nada.

—Le encontraremos alguna utilidad. No te preocupes —le consolé.

—No sé… Me siento tan fuera de lugar… —Su voz sonó apenada. Hizo descender la cucharilla y se la guardó en un bolsillo del abrigo, como si de repente le avergonzara lo que estaba haciendo—. Tú puedes contactar con los muertos. Wendy puede leer los sentimientos de la gente en su aura y averiguar cosas solo con tocar objetos. Irma es capaz de controlar a los demás y no hay nada que se le escape en un interrogatorio… Y yo muevo cucharillas.

Iba a seguir consolándole cuando noté que algo había cambiado en el ambiente. La temperatura, que ya era fresca a pesar de encontrarnos en pleno agosto, había descendido varios grados de golpe. Me

estremecí y me abracé a mí misma para alejar aquel frío sobrenatural.

—¿Tú también lo notas? —le pregunté a Nigel.

El vaho que surgió de mi boca fue suficiente respuesta. No me lo estaba imaginando. Aquella fresca noche de verano acababa de convertirse en una gélida noche invernal. Nigel asintió y empezó a mirar a todos lados, como si tratara de descubrir al posible causante de aquel fenómeno.

Y entonces los cuervos también lo notaron. Comenzaron a graznar y a revolotear dentro de sus jaulas, a chocar contra los barrotes como si pretendieran derribarlos y escapar. Me quedé mirándolos paralizada, sin saber qué hacer. ¿Debería abrir las jaulas y liberarlos? Me pareció percibir terror en el brillo de sus pequeños ojos negros, angustia en sus graznidos… Quizá si abriese las jaulas y les permitiera salir, podrían escapar de aquello que les estuviera amenazando.

No me dio tiempo a pensarlo más, no pude actuar. Escuché un ruido a mi espalda y vi que uno de los cuervos yacía desplomado en el suelo de su jaula con las alas abiertas de par en par, totalmente inmóvil. Mientras corría hacia aquella jaula, escuché otro golpe contra el suelo y un grito asustado de Nigel. Me giré hacia él y vi que contemplaba el interior de otra jaula, en la que otro cuervo yacía muerto.

—¿Dos al mismo tiempo? —preguntó él, asombrado—. No puede ser.

Rebusqué en el manojo de llaves que me habían prestado los guardias y abrí la jaula que tenía enfrente. Me lancé a su interior y me dejé caer de rodillas al lado del cuervo. Puse una mano sobre su oscuro plumaje, intentando sentir el latido de su pequeño corazón, pero lo único que noté fue un frío glacial que parecía surgir de su cuerpo y extenderse por mi brazo, un frío que quemaba y que me hizo retirar la mano, asustada.

Nigel se había acercado y estaba en el umbral de la puerta, sin atreverse a entrar. Le miré y negué con la cabeza.

—Es Jubilee, ¿verdad? Uno de los cuervos que llegaron hoy.

—Sí, el otro es Rocky —contestó él—. Uno de los cuervos que ya tenían en la torre. No entiendo por qué han muerto dos.

—Creo que es la forma en la que la profecía nos está diciendo que va a cumplirse de todos modos —dije en un susurro—. Da igual los cuervos que podamos traer. Ya consigamos dos, diez o mil, el último de ellos morirá dentro de siete días.

—Y también parece que da igual que estemos vigilando o no —comentó él con la derrota tiñendo su voz—. No hemos visto nada, no hemos podido hacer nada por evitarlo.

—No hemos podido hacer nada esta vez, pero eso tiene que cambiar. —Me levanté, me erguí y salí de la jaula para dirigirme a la

Torre Blanca—. Vamos a despertar a los demás.

—¿Para qué? —preguntó Nigel mientras aceleraba su paso para seguirme—. Ellos tampoco saben cómo detener esto.

—Lo sé. Tendremos que encontrar a alguien que sepa cómo hacerlo. —Me detuve y miré hacia el lugar en el que la noche anterior había divisado a la comitiva de los muertos, casi como si esperara que estuvieran allí, contemplándonos—. Y creo que sé quién puede ayudarnos.

Alfred

Capítulo cinco

Cuando Alfred entró en la sala, todo el equipo estaba ya esperando. Wendy e Irma, aún en camisón y bata, se habían sentado muy juntas en un sofá para taparse con la misma manta. Nigel estaba un poco apartado, vigilando a través de la ventana.

—Por fin apareces —le saludó Clarice mientras terminaba de servir té para todos—. No hacía falta que te prepararas tanto para venir a vernos. Esto es una reunión informal.

Ella le dedicó un guiño y una sonrisa burlona que hicieron que se sintiera incómodo. Era cierto que se había tomado su tiempo para ponerse el uniforme, pero le habían educado para estar siempre presentable y no iba a cambiarlo ahora, por mucho que le llamaran de forma urgente en mitad de la noche. Para él era impensable presentarse a una reunión de trabajo con pijama y zapatillas. Y mucho menos si a esa reunión iban a asistir damas.

Decidió no dar explicaciones. Estaba de mal humor por haber sido despertado a esas horas y, además, solo iban a servir para que Clarice se burlara aún más de él. Se estiró los faldones de la chaqueta antes de tomar asiento y darle un primer sorbo a su taza de té. Después, se irguió en el sillón y paseó su mirada entre Clarice y Nigel.

—¿Vais a contarnos por qué nos habéis llamado con tanta urgencia? ¿Y por qué no estáis vigilando a los cuervos? —preguntó molesto—. Al menos uno de los dos debería haberse quedado de guardia.

—No hay nada que vigilar —contestó Nigel—. Ya han muerto dos cuervos esta noche y no creo que vayan a morir más.

—¿Cómo que han muerto dos? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Habéis visto al culpable? ¿No habéis hecho nada por evitarlo?

—Tranquilo. Son demasiadas preguntas. —Clarice dejó la tetera sobre la mesa y se sentó frente a él—. Veamos si recuerdo todas… Sí, han muerto dos. No sabemos lo que ha pasado, ni hemos visto al culpable ni hemos hecho nada por evitarlo, a pesar de que estábamos justo a su lado. Simplemente hemos notado un frío terrible que lo invadía todo, los cuervos se han vuelto locos y luego dos de ellos han caído desplomados, primero Rocky y luego Jubilee.

—¿Pero no habéis visto al causante?

—No ha habido causante. Se han muerto solos —intervino Nigel tras abandonar la ventana para ir a sentarse en el reposabrazos del sofá que ocupaban Wendy e Irma.

—Que no lo hayáis visto no quiere decir que no haya habido un causante. Quizá simplemente no era de este mundo. —Alfred miró a

los ojos de Clarice esperando una respuesta, pero solo consiguió que ella negara con la cabeza, apesadumbrada.

—Lo siento, pero no he percibido la presencia de ningún espectro.

—¿Entonces qué es lo que los está matando? —Alfred se levantó y empezó a pasear por la habitación, incapaz de mantenerse quieto—. No es ninguna enfermedad ni ningún veneno. Tampoco los está matando ningún enemigo, ni vivo ni muerto. Pero algo tiene que estar acabando con ellos. Su muerte no puede ser casual y menos cuando sabemos que anuncia la inminencia de la caída de la corona británica.

—Sabemos que no son muertes naturales. Algo extraño está pasando, pero seguimos tan perdidos como al principio —dijo Clarice.

Alfred se giró hacia ella, enfadado. Sabía que no tenía sentido ponerse furioso con Clarice, pero se suponía que ella era la experta en temas sobrenaturales. Había cruzado el Atlántico para buscarla porque se suponía que era la única persona en todo el mundo con las capacidades que necesitaba para fundar la División OpenMind. Ella no podía reconocer que estaba perdida y que no sabía qué hacer. Sintió como la ira y la impotencia se fundían en su interior como lava hirviendo.

—Tenemos que hacer algo. —Volvió a sentarse en el sillón y golpeó la mesa con el puño, haciendo que todos sus acompañantes brincaran en sus asientos—. ¡Maldita sea! Se supone que la vida del rey puede estar en nuestras manos, que el destino de todo el reino puede depender de que esos condenados pájaros sigan vivos y ni siquiera somos capaces de mantenerlos a salvo. No podemos reconocer que estamos perdidos y rendirnos.

—Yo he dicho que estamos perdidos, pero no que vayamos a rendirnos— le interrumpió Clarice.

—¿No? ¿Y qué vamos a hacer? —preguntó él desesperado—. Porque quedarnos mirando como los cuervos siguen muriendo uno tras otro no creo que vaya a solucionar nada.

—Tenemos claro que lo que está sucediendo es algo sobrenatural, algo relacionado con los cuervos, la Torre de Londres y la extraña maldición que predice la caída de la corona inglesa —comentó Clarice —. El origen de esa maldición se ha perdido en la noche de los tiempos, pero los habitantes de la Torre quizá sepan algo.

—Ya hemos interrogado a todos los guardias y ninguno sabe nada —intervino Irma.

—No me refiero a sus habitantes vivos. —Los labios de Clarice se curvaron en una misteriosa sonrisa que provocó que un escalofrío recorriese la espina dorsal de Alfred—. Tenemos que hablar con sus habitantes más antiguos, los que llevan aquí siglos. Quizá ellos recuerden el origen de la leyenda y puedan arrojar algo de luz sobre este misterio.

—¿Con quién quieres hablar? —preguntó Wendy en un susurro, como si estuviera preocupada porque los fantasmas pudieran oírla—. ¿Con la procesión de muertos que viste la otra noche?

—No, esa procesión es solo una sucesión de imágenes sin conciencia, algo así como una serie de fotografías del pasado que se repiten una y otra vez, un eco del dolor que recorrió estos muros —explicó ella—. No hay conciencia en esas imágenes a la que podamos interrogar.

—Entonces, ¿en quién has pensado? —preguntó Alfred.

—En Ana Bolena —contestó ella—. Es un espectro, un alma perdida que lleva entre estos muros cientos de años. Estoy segura de que, si conseguimos contactar con ella, podrá darnos las respuestas que necesitamos.

Alfred dejó de cavar y se limpió el sudor de la frente. A su lado, Clarice seguía sacando grandes paladas de tierra sin detenerse un momento. La contempló durante unos segundos, admirado. Era tan diferente a las mujeres con las que se había relacionado durante toda su vida… Ninguna de ellas habría aceptado siquiera la idea de cavar y arriesgarse a estropear sus delicadas manos o a romperse una uña. Se fijó en las manos de Clarice. No eran las manos de una dama, eran manos fuertes y de uñas cortas. Las manos de alguien acostumbrado a trabajar en el campo. No. Definitivamente, Clarice no tenía nada que ver con las mujeres que había conocido hasta el momento. Se le escapó una sonrisa. Cualquiera de aquellas mujeres se habría desmayado solo con sugerirles que debían entrar de noche en una antigua capilla para profanar una tumba. Y, sin embargo, Clarice no lo había dudado ni un solo segundo… De hecho, la idea había partido de ella.

—¿No piensas trabajar más? —La voz de la chica interrumpió sus pensamientos—. ¿Vas a dejar que lo haga todo yo sola?

—No. Por supuesto que no. —Alfred volvió a empuñar su pala, pero, antes de dar siquiera la primera palada, volvió a apoyarse sobre ella para contemplar a su acompañante—. ¿Estás segura de que esto está bien? Estamos profanando la tumba de una antigua reina…

—Los reyes y reinas son personas, igual que los demás —contestó ella—. Y sus cadáveres también son cadáveres normales.

—Esa es una manera muy americana de ver las cosas. Siempre tan democráticos y con esas ideas de que todos somos iguales… El sueño americano —dijo él con una sonrisa irónica asomando a sus labios—. Aquí no somos iguales. Creemos en las diferencias entre clases y respetamos a nuestros reyes.

—Por lo que tengo entendido, a esta reina le cortasteis la cabeza. A mí eso me parece una falta de respeto bastante grave.

Alfred no pudo contener una risa, a pesar de que ni el lugar ni la

situación eran apropiados para ello. Le encantaba la manera de ser de Clarice: siempre tan directa, tan sincera, tan libre… La contempló durante un par de segundos más antes de ponerse a cavar. No quería que volviera a llamarle la atención.

Unos minutos después, la puerta de la capilla se abrió y la cabeza de Wendy se asomó. Alfred dejó la pala y salió del agujero que habían abierto en el suelo para acercarse a la chica. Una vez fuera, echó un vistazo al hoyo que habían excavado y a la tierra que se amontonaba a ambos lados. Tenía ya varios pies de profundidad, pero seguían sin encontrar nada.

Se acercó a Wendy, que contemplaba el agujero sin moverse de la puerta, como si no se atreviera a poner un píe dentro de la iglesia.

—¿Os queda mucho? Nigel lleva ya un rato distrayendo a los guardias con juegos de manos, pero en cualquier momento se cansarán y continuarán su ronda.

—No lo sé. No soy ningún experto en a cuánta profundidad se entierra a la gente —contestó Alfred antes de volverse a Clarice—. ¿Tú lo sabes?

—La verdad es que no. Es la primera vez que hago esto.

—¿En serio?

—Claro. ¿Es que crees que me paso las noches desenterrando cadáveres? —Al ver que él asentía mientras se encogía de hombros, ella bufó antes de explicarse—. Tengo el don de ver a los muertos. No necesito hacer estas cosas. De hecho, suelo poner barreras para no verlos todo el tiempo.

—Entonces, ¿por qué estamos haciendo todo esto? —preguntó él enfadado—. ¿No podrías llamarla y ya está?

—Podría, pero no me fío. Es un fantasma muy antiguo y que murió de forma violenta —explicó ella—. Es muy posible que se haya convertido en un espectro poderoso y peligroso. No voy a llamarla sin haber tomado antes todas las precauciones posibles.

—¿Y no estaréis enfadándola aún más al profanar su tumba? —preguntó Wendy asustada.

—No, no creo que le importe. Seguramente su mente estará ya muy perdida y ni siquiera sabrá que su cuerpo descansa aquí. De hecho, es una suerte que nosotros hayamos podido encontrarla.

—Sí que lo es, porque el cadáver de Ana Bolena estuvo perdido durante siglos. Se encontró su cuerpo en un arca sin marcar a finales del siglo pasado, al hacer unas obras de remodelación de la capilla, y se decidió poner una losa de mármol con su nombre para marcar el lugar —dijo Alfred señalando la pesada losa que habían tenido que retirar antes de empezar a cavar—. ¿Crees que quedará igual cuando terminemos? No quiero tener que dar explicaciones sobre esto…

—Sí. Volveremos a echar la tierra y pondremos la losa en su sitio.

Nadie notará nada. —La pala de Clarice sonó diferente al entrar en la tierra, como si hubiera golpeado algo duro. Ella levantó la cabeza y sonrió—. Creo que he encontrado el ataúd. Ven a ayudarme.

En cuanto escuchó esas palabras, Wendy se retiró y cerró la puerta de la capilla de un portazo, como si quisiera dejar muy claro que no pensaba participar en aquello. Alfred se acercó y, de un ágil salto, volvió a bajar al hoyo que habían excavado. Clarice se había colocado de rodillas y apartaba la tierra con las manos, dejando al descubierto una caja de madera. Él también se arrodilló y empezó a ayudarla.

—¿Vas a explicarme ya para qué estamos haciendo todo esto? ¿Qué quieres encontrar?

—A ver cómo lo explico… —Pensó durante un par de segundos antes de seguir hablando—. Los espíritus están unidos a algunos objetos del mundo físico, a algunas pertenencias que tuvieron importancia para ellos. Esos objetos pueden encantarse y usarse como "cadenas psíquicas".

—No lo entiendo —admitió él.

—Esos objetos funcionan como amplificadores que permiten invocar al fantasma con más facilidad y, al mismo tiempo, los mantiene bajo el control de la persona que los invoca.

—¿O sea que con ese objeto vas a poder dominar al fantasma?

—No exactamente… No se puede tener control total sobre un espíritu. Siempre existe el riesgo de que no quiera plegarse a la voluntad del invocador e incluso de que se ponga agresivo, sobre todo si es un espectro antiguo y poderoso. Tener algo suyo me servirá como una especie de seguro.

—¿Y qué objeto estás buscando?

—No creo que quede nada, así que cogeré un hueso de su esqueleto. Una falange me servirá. —Se giró hacia él y negó ante su gesto de repugnancia—. No me mires así. Es solo un hueso. Además, un trozo del cuerpo del fantasma es la mejor "cadena" que podríamos encontrar. Los fantasmas siguen unidos de alguna forma a su cuerpo físico… Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible. Si en algún momento la situación se descontrola, tener un trozo de su cuerpo con el que poder hacerle daño puede ser nuestra única salvación.

Alfred sintió que un escalofrío recorría su espalda. En aquel momento, le daba mucho más miedo escuchar hablar así a Clarice que todos los fantasmas que se decía que habitaban en la Torre de Londres. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella no era una chica normal. Al tratarla todos los días, llegaba a olvidarse de que se encontraba ante una bruja poderosa, una nigromante con poderes auténticos acostumbrada a tratar con el mundo de los muertos.

Clarice tocó su mano, haciendo que se detuviera. Ya habían

apartado la suficiente tierra como para poder retirar la tapa del ataúd. Alfred tomó su pala, la introdujo entre la tapa y la caja e hizo palanca. En cuanto estuvo abierta, Clarice se colocó a su lado.

—Sal del hoyo, coge la linterna y alúmbrame —ordenó ella—. Si estamos los dos aquí abajo, nos estorbaremos.

Alfred asintió y salió del agujero sin protestar. Se sentía más seguro fuera de aquel hoyo. De hecho, se sentiría mucho más a gusto cuando hubieran acabado con todo aquello y pudiera salir de aquella iglesia.

Se arrodilló al borde del agujero, tomó la linterna y la levantó por encima de su cabeza para iluminar el ataúd, tal como Clarice le había pedido. Ella se esforzaba por apartar del todo la pesada tapa. En unos segundos, consiguió levantarla y dejarla apoyada contra una de las paredes del agujero. A pesar del respeto que le daba la situación, se asomó para echar un vistazo al interior del ataúd.

Solo pudo distinguir un pequeño esqueleto amarillento. Se estremeció al ver que la cabeza no estaba colocada en su lugar, sino que descansaba a mitad del ataúd, al lado de una de las manos. Aquello parecía confirmar que se encontraban ante el cuerpo que estaban buscando.

—Alumbra aquí —pidió Clarice, señalando la mano izquierda del cadáver.

—¿Vas a arrancarle un dedo? —preguntó él mientras se estiraba para acercar la linterna lo más posible luchando para que no le temblara la mano.

—Claro que no, hombre —contestó ella, justo antes de tirar del dedo meñique del cadáver y llevarse un trozo, lo que hizo que el estómago de Alfred se encogiera—. No necesito el dedo entero. Me basta con una falange. Y, además, no hay que arrancárselo. Prácticamente está suelto… ¿Estás bien? Tienes mal color.

Él se limitó a asentir, aunque en realidad le parecía que el mundo a su alrededor se había vuelto algo borroso y que parecía girar. Además, sentía ganas de vomitar. Tomó aire un par de veces para controlarse. Era un soldado, un teniente del servicio secreto británico. No iba a desmayarse ni a vomitar por la visión de un esqueleto. Sin embargo, había algo en la forma en la que Clarice se enfrentaba a la muerte que le resultaba enfermizo y desagradable. Era como si ella, al estar en contacto con el otro lado, hubiera dejado de respetarlo por completo.

Clarice se guardó en el bolsillo de la chaqueta el pequeño hueso, cerró de nuevo el ataúd y le tendió su brazo para que la ayudara a salir del agujero. Cuando estuvo a su lado, le dio un par de golpes en la espalda, como si fueran camaradas de toda la vida. Cuando él la miró, ella le devolvió una sonrisa triunfal.

—Tapemos esto de nuevo —le dijo mientras cogía su pala y empezaba a echar tierra sobre la tapa del féretro—. Cuanto antes

acabemos, antes podremos irnos de aquí.

—Sí, será lo mejor. —Alfred agitó la cabeza para ahuyentar la sensación de estupor que parecía haberse adueñado de su mente—. Tengo muchas ganas de terminar con esto.

Escuchó una risa ahogada proveniente de Clarice y se giró hacia ella esperando una explicación. Ella negó con la cabeza y contestó sin siquiera mirarle, mientras seguía echando tierra para sellar el agujero.

—Acabamos de empezar, Alfred —contestó con tono misterioso—. Nos queda mucha noche por delante… Y esta ha sido la parte fácil.

Tarice

Capítulo seis

Tras dibujar un círculo con sal alrededor de la mesa, dejé sobre ella un cuenco con el trozo de hueso que habíamos sacado del ataúd de Ana Bolena y me senté. Antes de seguir con el ritual, miré a mis compañeros. A pesar de la tenue luz que iluminaba la estancia, pude darme cuenta de que estaban pálidos y de que el miedo brillaba en todas sus miradas. Les dirigí una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y continué con los preparativos.

Rebusqué entre los pequeños saquitos que había dejado sobre la mesa. Irma se inclinó hacia mí, demasiado curiosa como para permanecer más tiempo en silencio.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —me preguntó.

—Un ritual para controlar al fantasma. Quiero asegurarme de que no va a ponerse agresivo con nosotros —expliqué mientras empezaba a echar los ingredientes en el cuenco—. Romero para ayudarle a recordar, albahaca, que es la hierba funeraria por excelencia, sal, que es el principio alquímico y símbolo de pureza…

Escuché una risita ahogada y levanté la mirada. Nigel se tapaba la boca con una mano para tratar de contener una carcajada. Le miré con severidad, pero no dije nada.

—Lo siento, pero es que todo esto me resulta ridículo —se excusó —. ¿De verdad esperas que el espíritu de una reina de Inglaterra vaya a presentarse aquí porque estés haciendo un guiso con uno de sus dedos? Supongo que tendrá cosas mucho más interesantes que hacer en el más allá.

—Nigel, por favor —le regañó Alfred—. Si no vas a poder comportarte de forma adecuada, te ruego que abandones la habitación.

Nigel respiró profundamente para tratar de controlarse. Preferí ignorarle y seguir con mi labor. Sabía por qué se comportaba así y no era porque fuese escéptico ni porque tratara de molestarnos. Su mirada asustada, su voz demasiado aguda y cercana a la histeria, su postura envarada, la forma en la que se frotaba las manos en las perneras del pantalón para secarse el sudor… Estaba asustado, muy asustado, y trataba de esconderlo detrás de sus bromas y de un fingido escepticismo. Esperaba que pudiera controlarse cuando el espíritu hiciera acto de presencia y que su miedo no fuera un problema ni nos pusiera en riesgo.

—Si quieres, puedes marcharte —le ofrecí—. Creo que me bastará con la energía psíquica de los demás para controlar al espectro.

—No, no. Me quedo —contestó él antes de tragar saliva con

dificultad—. Quiero ayudar.

Asentí y seguí con el ritual. Después de verter todos los ingredientes en el cuenco, cogí el *athame*[ix] que reposaba sobre la mesa y, con un rápido movimiento, me hice un corte superficial en el dedo índice de la mano derecha. Ya había hecho aquello muchas veces en ocasiones anteriores, pero siempre me sorprendía lo agudo que era el dolor, lo mucho que escocía un corte así y la manera tan abundante en la que manaba la sangre, como si fuera un torrente deseoso de escapar de los límites del cuerpo. Coloqué la mano sobre el cuenco y dejé que la sangre resbalara.

—Ya lo tenemos todo preparado —anuncié—. Tenemos un círculo que nos protege de todo mal y un trozo del cadáver del espíritu al que vamos a llamar que nos ayudará a mantenerlo bajo control, pero, aun así, lo que vamos a hacer es peligroso. Si alguno de vosotros cree que no va a poder soportarlo, es mejor que lo diga ahora y que se vaya.

Les di unos cuantos segundos para que se decidieran, mientras iba paseando la mirada por sus rostros. Todos parecían asustados, pero fueron asintiendo con seguridad cuando crucé mis ojos con los suyos. Yo también asentí al terminar la ronda y dibujé una sonrisa de orgullo.

—Antes de empezar, aún tengo que haceros algunas advertencias: Solo puedo protegeros mientras permanezcáis dentro del círculo. Pase lo que pase, haga lo que haga el espíritu, no debéis salir de él. —Volví a darles unos segundos para que asintieran—. Vamos a darnos las manos para unir nuestra fuerza espiritual. Voy a alimentarme de vuestra energía para tener el poder suficiente para llamar y dominar al espectro, así que es muy posible que tengáis frío o sueño o que os sintáis cansados o enfermos. Es normal, no os asustéis. Os recuperareis enseguida en cuanto esto acabe. ¿Estáis preparados? —Volví a esperar. Estaban más asustados que antes. A pesar de mirarme con los ojos abiertos como platos y de lo agitadas que estaban sus respiraciones, todos volvieron a asentir—. Está bien. Allá vamos.

Las luces de las velas esparcidas por la estancia parecían incrementar las sombras. Cualquier movimiento nuestro se reflejaba en las paredes, haciendo que nos giráramos en busca de un posible atacante que nos acechara desde las sombras. Todos estaban nerviosos… No, más bien estaban aterrados y, sin embargo, habían decidido permanecer a mi lado y ayudarme. No podían imaginarse cuánto se lo agradecía. A pesar de que llevaba toda la vida invocando a los muertos y relacionándome con ellos, me sentía muy intranquila. Mi miedo no se debía tan solo a estar a punto de enfrentarme a un espíritu antiguo y poderoso, sino al recuerdo que aquel espectro me

había dejado cuando nos encontramos la pasada noche.

Aquel fantasma era especial. Ningún otro encuentro anterior con un ser sobrenatural me había producido un temor parecido. Recordaba el frío que había sentido, el cansancio extremo, como si con su sola presencia se hubiera llevado toda mi energía y mis ganas de vivir… Recordaba sus lágrimas de sangre, el desagradable tajo de su cuello, aquellos gritos tan agudos y desesperados que dolían… Y recordaba como se había acercado a mí llevando su cabeza entre las manos, una cabeza que seguía mirándome, que era capaz de hablar… Y como había pensado que, si aquel ser me tocaba, me volvería loca, que mi corazón se detendría de puro terror. La otra noche había conseguido escapar de aquel ser casi de milagro y ahora me proponía volver a llamarlo. Era una locura.

Respiré varias veces de forma lenta y profunda, tratando de calmarme. Si quería que aquello funcionara, tenía que ser capaz de concentrarme y estar tranquila. Si aquel ser era hostil, como yo sospechaba, y se daba cuenta del miedo que le tenía, no podría controlarlo. No podría protegerme de ella y, lo que era aún peor, no podría proteger a mis compañeros.

Cerré los ojos y me concentré solo en mi respiración, mientras imaginaba una esfera dorada de poder que nacía en el centro de mi pecho e iba haciéndose más grande y más potente con cada una de mis exhalaciones. Imaginé que aquella esfera iba creciendo y creciendo hasta ocupar todo mi cuerpo para después salir de él e invadir todo el espacio hasta los límites del círculo de sal que había trazado, protegiéndonos a mí y a mis amigos.

Cuando me sentí lista, abrí de nuevo los ojos, esbocé una sonrisa y susurré:

—Vamos a empezar. —Carraspeé para aclararme la garganta y empecé a pronunciar con voz potente el hechizo que bendeciría el círculo que nos iba a proteger—. Yo te conjuro, círculo de poder, para que seas mi límite entre el mundo de los hombres y el mundo de los espíritus. Te conjuro para que seas guardián y protector del poder que levantaré dentro hasta que decida liberarlo. Por eso, te bendigo y te consagro.

Noté que alguien me apretaba con demasiada fuerza la mano derecha. Sin perder la concentración, me giré hacia Wendy y le dirigí una sonrisa para transmitirle que todo iba a salir bien. Ella asintió y aflojó la presión de su mano, aunque pude percibir que estaba temblando. Respiré de nuevo profundamente y continué con mi hechizo:

—Éste es un tiempo que no es tiempo y un sitio que no es sitio. Estoy ante el umbral de dos mundos, ante el velo de los misterios. Que los Dioses me protejan y me guíen a través de esta travesía mágica. —

Esperé unos segundos antes de seguir hablando—. El círculo está cerrado. Nada que no haya sido llamado entrará en él y podré cumplir los propósitos de este ritual. Que los Dioses y los Guardianes me guíen y me protejan.

La primera parte del ritual estaba completada. A partir de ese momento estábamos protegidos de cualquier espectro que se presentara. Nada podría hacernos daño si nos manteníamos unidos y no traspasábamos los límites de ese círculo. Pensé en volver a advertírselo, pero supuse que no hacía falta. Ya les había dejado muy claro que no debían levantarse ni romper el contacto. Tenía que confiar en ellos. Éramos un equipo y sabríamos trabajar unidos. Volví a cerrar los ojos para eliminar cualquier rastro de ansiedad y enfrentarme al fantasma de Ana Bolena con una actitud serena y confiada. Noté que estaba en paz, que creía en mí misma, que sabía que podría hacerlo. Abrí los ojos de nuevo y la llamé:

—Yo te conjuro, espíritu difunto, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio. Ana Bolena, acude a mí. Si no lo haces, te sobrevendrán nuevos castigos.

Del cuenco colocado en el centro de la mesa empezó a surgir una tenue niebla iridiscente, un vaho blanquecino que parecía brillar a la luz de las velas. Estaba funcionando, tal y como había esperado. Miré a mi alrededor, escrutando los oscuros rincones de la habitación, pero no conseguí ver al fantasma. ¿Por qué no acudía? ¿Estaba intentando resistirse a mi invocación?

—Ana Bolena, acude a mí. Si no lo haces, te sobrevendrán nuevos castigos —insistí.

Noté algo extraño en mi interior, una sensación de caída súbita, como si me estuviera despeñando desde el borde de un precipicio, pero me hubiera dejado el estómago arriba. Al mismo tiempo, mi visión se nubló, como si un humo negro hubiera cubierto mis ojos. No me asusté. Mi madre me había hablado de aquellas sensaciones. En ocasiones, había que adentrarse mucho en la tierra de los muertos para llamar a uno de ellos. Era aquello lo que se sentía: la caída, la oscuridad y el frío de la muerte. Pero era algo temporal. Solo duraba unos segundos, el tiempo suficiente para llegar hasta el Más Allá y llamar al espectro con el que quería comunicarme. Una vez logrado, mi conciencia regresaría por sí misma al mundo de los vivos, con la misma velocidad con la que se emerge a la superficie del agua en busca de oxígeno.

—Está ahí. —Wendy volvió a apretar mi mano con tanta fuerza como para hacerme daño. Su voz sonaba aterrada—. Hay una luz, un aura… pero es muy débil y se apaga… No es de alguien de este mundo…

Dirigí mi mirada hacia el lugar en el que Wendy tenía clavados sus ojos aterrados. No había esperado que ella pudiera percibirla, pero parecía que el poder de la chica era más potente de lo que habíamos pensado. Allí estaba la mujer que me había encontrado la noche anterior, la joven pálida y delicada vestida con su traje gris. Agradecí que llevara la cabeza sobre el cuello. Sus ojos estaban fijos en mí, pero ya no estaban tristes sino furiosos. Parecía que no le había hecho ninguna gracia tener que acudir a mi invocación.

—Eres Ana Bolena, ¿verdad? Yo soy Clarice, la persona que te ha invocado. —Me sentí ridícula por intentar comenzar la conversación presentándonos, como si aquella fuera una charla informal en alguna reunión social. Por suerte, ella no se burló. Se limitó a asentir mientras seguía clavando en mí aquella mirada tan cargada de odio—. Solo voy a hacerte unas preguntas y te dejaré marchar.

—Eso espero. No me gusta que hayas perturbado mi descanso. —La figura se movió desde la oscura esquina que había estado ocupando y se acercó. Se detuvo a un paso del círculo de sal y dirigió su mirada hacia el centro de la mesa, donde reposaba el cuenco con el hueso de su dedo—. Tampoco me gusta que hayas profanado mi tumba y mi cadáver.

—Necesitaba hacerlo para hablar contigo. —A pesar de estar disculpándome, traté de que mi voz continuara firme. No podía permitir que Ana tomara el control de la situación—. Si contestas a mis preguntas y quedo satisfecha, te prometo que devolveré ese hueso para que tu cuerpo vuelva a estar completo y que no te molestaré más.

—¿En serio? —me interrumpió Alfred—. Nos hemos tirado horas para abrir y cerrar esa tumba.

Le lancé una mirada asesina que hizo que cerrara la boca de inmediato. Por suerte, Ana parecía ignorar a todo el mundo menos a mí, ya que su mirada seguía fija en mi rostro. Asintió despacio y se acercó un poco más, hasta quedar justo a mi lado, al borde del círculo de sal que nos protegía.

—Formula tus preguntas. Me duele estar aquí.

—¿Sabes qué les está pasando a los cuervos? —pregunté.

—Se están muriendo —contestó ella.

—Eso ya lo sé —dije molesta—. Te estoy preguntando si sabes qué es lo que los está matando.

—Formula tus preguntas con más precisión. No me gusta que me molesten con tonterías. —Abrí la boca para insistir y hacer que me respondiera, pero, de repente, ella dejó de mirarme y se llevó las manos a las sienes—. Duele mucho estar aquí. Duele estar muerta en un mundo de vivos.

—En cuanto me contestes, podrás regresar —le prometí.

—No quiero regresar —dijo arrastrando las palabras, como si le

costara pronunciar sonidos. Un reguero de sangre oscura empezó a manar del corte de su garganta—. Quiero estar viva de nuevo… Quiero quedarme aquí y que no me duela.

—Sabes que eso no es posible —la corté con voz firme—. Tranquilízate, escúchame y contesta a mis preguntas.

—¡No quiero! ¡Me duele!

Ana se dobló sobre sí misma, con las manos aún sujetando sus sienes con fuerza y dejó escapar un alarido tan agudo y molesto como el ulular de una sirena. Me tapé los oídos, intentando mitigar aquel horrible sonido y, ante mi asombro, vi que mis compañeros también lo hacían. El espectro de Ana era aún más fuerte de lo que yo había pensado si la gente sin ningún poder era capaz de percibirla.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Alfred alarmado.

—Está enfadada y es difícil de controlar. Dame unos segundos.

Alfred asintió y yo me forcé a sonreírle para demostrarle que lo tenía todo bajo control. Era mentira. No controlaba la situación en absoluto. El grito de Ana era cada vez más agudo y penetrante y dolía como si un hierro al rojo vivo fuera hundiéndose poco a poco en el cerebro. Eso me impedía concentrarme. Además, el contacto con el resto del grupo se había roto. Todos habían soltado sus manos para poder taparse los oídos y ya no estaban relajados y concentrados. En esas condiciones, no podían prestarme su poder. Iba a tener que enfrentarme a Ana yo sola. Me puse en pie y planté las dos manos sobre la mesa con un fuerte golpe para atraer su atención.

—¡Cállate y escúchame! —le ordené—. Soy yo quien te ha invocado y debes obedecerme.

En un segundo, el grito cesó. Me sentí poderosa, invencible… Había sido capaz de dominar a un espectro de siglos de antigüedad con solo mi voluntad.

Cuando miré los ojos de Ana, esa confianza desapareció como se desvanece la niebla ante los primeros rayos de sol. Me miraba burlona, con una sonrisa maléfica adornando sus pálidos labios.

—Tú no eres nadie para darme órdenes, sucia mortal —susurró entre dientes.

Me di cuenta de que la habitación se hallaba sumida en un silencio tan absoluto como para escuchar la respiración agitada de todos los presentes. Habían dejado de taparse los oídos y miraban a todos lados, asustados, como si trataran de ver al espectro con sus propios ojos. Solo Wendy miraba en la dirección adecuada, por lo que supuse que la chica seguía siendo capaz de percibir su aura fantasmal.

De repente, me di cuenta de algo más. Hacía frío, muchísimo frío, un frío intenso y húmedo que entumecía mis articulaciones y hacía que me doliesen todos los huesos. El vaho de nuestro aliento se dibujaba como una nube blanca con cada respiración.

—Detente. —Volví a ordenarle al fantasma—. Si no me obedeces, te sobrevendrán nuevos castigos.

Ana no se asustó ante mi amenaza. Al contrario. Me miró y empezó a reírse. Primero fue una risa queda entre dientes, luego una risa abierta y después una carcajada que fue subiendo más y más de volumen hasta retumbar contra las paredes y despertar ecos. Toda la habitación pareció temblar con aquella risa. Los cristales vibraron, la llama de las velas se extinguió y las luces de las lámparas, que habían permanecido apagadas hasta aquel momento, empezaron a titilar. En aquella oscuridad, escuché los gritos de mis amigos, el arrastrar de sillas y sus pasos asustados.

—¡No salgáis del círculo! —les advertí, aun sabiendo que estaban tan aterrados que no iban a escucharme.

La carcajada de Ana seguía subiendo de volumen. El dolor era tan insoportable que temí que mis tímpanos fueran a reventar. Tenía que recuperar el control de la situación y dominar a Ana o expulsarla al mundo de los muertos. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y que la garganta se me cerraba. ¿Cómo había sido tan estúpida? No tenía la suficiente experiencia como para controlar a un ser con tanto poder. Quizá mi madre habría podido hacerlo, pero yo no.

Aparté de mi mente aquellos pensamientos. Ya me castigaría más adelante por haber sido tan inocente. En aquel momento, solo debía centrarme en controlar al fantasma de Ana antes de que alguien saliera herido.

—¡Basta! —grité—. Si no me obedeces, te haré daño. Recuerda que sé dónde descansa tu cuerpo.

La risa de Ana se detuvo de pronto. Todas las luces de las lámparas se encendieron y los cristales dejaron de temblar. La busqué con la mirada pero no pude encontrarla. Parecía que se había marchado.

Miré a mis compañeros para asegurarme de que todos estaban bien. Alfred e Irma continuaban sentados en sus sillas, pálidos y temblorosos pero a salvo dentro del círculo. Nigel había salido y se encontraba al lado de la puerta, con la mano tendida hacia el picaporte, como si la luz le hubiera sorprendido tratando de escapar y no supiera qué hacer. Wendy estaba en un rincón de la habitación, de espaldas al resto, como una niña que hubiera sido castigada por portarse mal. Se balanceaba de lado a lado, lentamente, como si estuviera siendo mecida por alguna corriente o por una mano invisible. Me sorprendió aquella conducta. ¿Qué hacía quieta en aquel rincón? ¿Por qué no nos miraba? Cuando se giró hacia nosotros con una sonrisa enloquecida en su rostro, sentí que el corazón se me paraba.

—No me importa que destruyas mi cadáver —me dijo con una voz que no era la de Wendy—. Ya he conseguido un cuerpo nuevo.

Alfred

Capítulo siete

Sintió que su corazón se saltaba un par de latidos. Aquello no podía estar sucediendo. Clarice le había advertido de que lo que iban a hacer podía ser peligroso, pero nunca había pensado que la situación podría descontrolarse hasta aquel punto.

Volvió a mirar a Wendy, sin poder creer que en aquel momento llevara un espíritu maligno y enloquecido en su interior. Wendy, la más inocente y delicada del grupo. Llevaban poco tiempo juntos, pero había empezado a apreciarla como a una hermana pequeña. Tenía que hacer algo para ayudarla. Miró hacia Clarice con ojos suplicantes. Ella debió de notar su mirada, porque se giró hacia él y asintió antes de ponerse firme y tomar el control de la situación.

—Nigel, vuelve al interior del círculo inmediatamente —ordenó con un tono que no admitía discusión.

El joven salió de la parálisis que parecía haberle invadido y, de un solo salto, dejó su lugar al lado de la puerta y se colocó a su lado.

—Ahora quiero que pongáis vuestras manos sobre mí y que os concentréis en estar relajados y en cederme toda vuestra energía.

Sus compañeros se colocaron a su lado y pusieron las manos sobre sus hombros, brazos o espalda. Alfred trató de controlar su respiración y tranquilizarse, como ella había pedido, pero pensó que iba a resultarle imposible. ¿Cómo iba a estar tranquilo después de ver como un espíritu maligno acababa de adueñarse del cuerpo de Wendy?

—No separéis las manos. Os necesito —continuó Clarice—. Y no salgáis del círculo pase lo que pase. Si lo hacéis, no podré protegeros.

Sus palabras fueron interrumpidas por la risa de Wendy. No, no era Wendy. Aquel ser de ojos enloquecidos y risa demoniaca no era su compañera. Se dijo a sí mismo que debía tenerlo muy presente por si en algún momento tenía que tomar la decisión de atacarla.

—Estúpida bruja… No vas a poder proteger a tus amigos. No vas a poder hacer nada contra mí.

—Me llamas estúpida, pero sabes que no lo soy —contestó Clarice con voz firme, mientras cruzaba sus brazos frente al pecho y miraba al espectro con ojos desafiantes—. Sabes que nunca podrás atravesar este círculo y que estamos a salvo.

—Eso no me importa. Ya tengo lo que necesito.

—También sabes que eso no es cierto. Esa unión con un cuerpo mortal no podrá prolongarse mucho. Estás dañándolo y también te haces daño a ti misma. Sé que no te importa matarla, pero, si tu alma se debilita demasiado con la posesión, puede perderse para siempre en el Más Allá y no encontrar nunca el camino de regreso.

Alfred sintió que se quedaba sin aire, que el estómago se le encogía por la angustia. Según lo que acababa de decir Clarice, Wendy estaba

en peligro de muerte y, en lugar de hacer algo por salvarla, estaban hablando con aquel fantasma. Sintió ganas de lanzarse sobre aquel espectro y obligarle a salir del cuerpo de Wendy, pero sabía que aquello era ridículo. Si se liaba a puñetazos, tan solo conseguiría dañar el cuerpo de la chica. Tenía que confiar en Clarice y esperar que supiera cómo arreglar aquello. Ella volvió a tomar la palabra:

—Escúchame, Ana. Sé dónde descansan tus restos mortales. Si no abandonas de inmediato el cuerpo de Wendy, quemaré tus restos y haré que tu espíritu desaparezca para siempre. ¿Es eso lo que quieres? ¿Desaparecer? ¿Disolverte en la nada?

Los ojos de Wendy parecieron brillar como si tuvieran ascuas encendidas dentro. Un viento pútrido surgido de ninguna parte inundó la habitación y removió sus cabellos y sus ropas.

—No lo harás —contestó el espectro con tono burlón—. Me has llamado porque querías respuestas.

—¿Acaso las tienes? —preguntó Clarice.

—Por supuesto que las tengo. —El fantasma bajó la voz hasta convertirla en un susurro tentador—. Todo depende de lo que estés dispuesta a ofrecer a cambio. ¿Cómo de importante es para ti salvar la corona de Inglaterra?

—También es tu reino, es tu país —la cortó Clarice.

—No, no vayas por ahí. —Una carcajada histérica escapó de los labios de Wendy—. ¿Tengo que recordarte lo que me hicieron? Yo era su reina y me condenaron a muerte por los caprichos de un rey voluble y mujeriego. Me da igual lo que le suceda a Inglaterra o a cualquiera de sus reyes.

Alfred apretó el hombro de Clarice para hacer que se girara hacia él y, cuando le miró, negó con la cabeza de forma vehemente. Le daban igual las respuestas que aquel ser pudiera ofrecerles. Lo importante era sacarlo cuanto antes del cuerpo de Wendy y poner a salvo a su compañera. Ya conseguirían la información que necesitaban por otra vía. Clarice asintió y se inclinó un poco hacia él para susurrarle:

—Confía en mí. Necesitamos esas respuestas. —Sin esperar a que él pudiera contestar, volvió a encararse al espectro para seguir hablando —. Te escucho. ¿Qué es lo que quieres a cambio de esas respuestas?

—Quiero que me prometas que no vas a hacer nada contra mí. No dañarás mis huesos ni volverás a profanar mi tumba… —Esperó hasta que Clarice asintiera para terminar de pronunciar sus peticiones—. Ni me obligarás a abandonar este cuerpo.

—No, eso no… Tienes que salir del cuerpo de Wendy.

—No hay trato. Debéis decidir… —El tono del espectro volvió a hacerse tentador y sugerente—. ¿Qué es más importante para vosotros? ¿Esta simple plebeya o la vida de vuestro rey y el futuro de

toda Inglaterra?

Apretó de nuevo su hombro para decirle que no aceptara aquel trato miserable, pero en aquella ocasión Clarice ignoró su llamada y continuó con la vista al frente. Notó como tomaba aire y se erguía orgullosa antes de contestar.

—Te ofrezco mi cuerpo —contestó.

—¡No! —gritó Alfred, tirando de su hombro para hacer que se girara hacia él—. ¡No puedes hacer eso!

—Confía en mí —repitió ella en un susurro antes de seguir hablando con el espectro—. Es un buen trato: mi cuerpo es más fuerte y aguantará tu posesión durante más tiempo. Y te prometo además que nunca haré nada contra ti. Ni dañaré tus huesos ni profanaré tu tumba. ¿Aceptas?

Cuando el fantasma asintió, con una maligna sonrisa de triunfo afeando el dulce rostro de Wendy, Alfred sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. No podía permitir que Clarice se sacrificara por ellos. Preferiría mil veces que aquel monstruo le poseyera a él antes que perder a Clarice. Se dio cuenta de que no se debía solo al hecho de ser el líder de aquel grupo y, por lo tanto, tener la responsabilidad de pagar las consecuencias de sus errores. Había algo mucho más importante que le estaba desgarrando el alma en aquel momento: no podía perder a Clarice. Quería seguir a su lado, conociéndola, admirándose de su fuerza y su valor, incluso enfadándose con su irreverencia y sus insubordinaciones… No podía imaginarse la División OpenMind sin ella. No quería imaginarse el mundo sin ella.

Apretó con fuerza su hombro para retenerla. Ella se giró hacia él y le miró directamente a los ojos. Se sorprendió al ver que no había miedo en ellos, sino rebeldía, desafío… y un ligero brillo de triunfo que no pudo comprender.

—Confía en mí —susurró de nuevo—. Y recuerda lo que te dije sobre el hueso.

Después, de forma delicada pero firme, apartó la mano de Alfred de su hombro y salió del círculo de protección. El cuerpo de Wendy se desplomó y quedó tendido en el suelo. Durante un segundo, el espectro de Ana Bolena se hizo visible, flotando a varias pulgadas del suelo. No era la figura translucida de una joven de aspecto delicado que Clarice le había descrito, sino un maligno monstruo de cabellos desgreñados y ojos vacíos que se lanzaba hacia ella. El espectro alargó sus manos de uñas ennegrecidas mientras ululaba. Su boca era un inmenso y oscuro agujero que crecía y crecía, como si pretendiera devorarla de un solo bocado. Aquella espantosa aparición chocó contra el cuerpo de Clarice y desapareció en su interior.

Alfred sintió que había perdido por completo el control de su

cuerpo. Aquello iba cada vez peor. Wendy estaba inconsciente, tirada en el suelo y fuera de su alcance. No podían ir a por ella y ponerla a salvo sin salir del círculo. Clarice había sido muy clara respecto a aquello. No debían salir bajo ningún concepto: ni para recoger a Wendy ni para tratar de salvarla a ella. Entonces, ¿qué podían hacer?

Se mantuvo quieto, tratando de recuperar la calma. Solo podía escuchar los gritos de Nigel y los sollozos de Irma y una respiración desbocada y enloquecida que, después de unos segundos, reconoció como propia. A pesar de lo desesperado de la situación, se forzó a cerrar los ojos, a tomar una profunda bocanada de aire y mantenerla dentro para después expulsarla de forma pausada. Recordó la mirada que le había dirigido Clarice antes de salir del círculo. Una mirada llena de seguridad, de triunfo. Ella pensaba que aún podían ganar… Y tuvo la absoluta seguridad de que confiaba en él para lograrlo.

Se forzó a pensar en las últimas palabras que le había dedicado. "Recuerda lo que te dije sobre el hueso". ¿Qué hueso? ¿De qué hablaba? ¿Qué tenía que recordar? En aquel momento se sentía demasiado confuso para pensar en nada.

El cuerpo de Clarice parecía haberse transformado. Había una negrura en sus ojos, una frialdad que no le había visto nunca. Su piel se había vuelto pálida y enfermiza, pero, aun así, una sonrisa adornaba su rostro. No era su sonrisa. No era cálida ni amable. Era una sonrisa torpe, congelada… Después de observarles durante un par de segundos y de dirigir una mirada distraída al cuerpo inerte de Wendy, les dedicó una reverencia y se encaminó a la puerta de la habitación.

—¡Detente! —gritó Irma—. ¿Dónde vas?

—A aprovechar este recipiente humano. Este cuerpo no me durará mucho tiempo y quiero sentir que estoy viva —respondió el espectro con tono soñador—. Quiero sentir el sol, el viento, la lluvia… Quiero comer y beber y bailar…

—No puedes irte.

—Sí puedo. Es el trato que me ofreció vuestra bruja a cambio de dejar tranquilo el cuerpo de la chica.

—Prometiste algo más —insistió Irma—. Dijiste que nos contarías la causa de la muerte de los cuervos y qué es lo que está amenazando al reino de Inglaterra.

—Tenéis razón y cumpliré mi parte del trato. —El espectro asintió —. Supongo que me preguntáis por la profecía.

—Sí, esa leyenda que dice que cuando los cuervos desaparezcan de la Torre de Londres, esta se desplomará y la corona de Inglaterra caerá —explicó Irma—. ¿Qué les está pasando a los cuervos? ¿Por qué están muriendo?

—Lo habéis entendido al revés. —El fantasma se rió de ellos—. La

muerte de los cuervos no es causa, sino consecuencia. Es mucho más lógico de que lo que pensáis.

—No te entiendo —dijo Irma, confusa.

—Los cuervos de la Torre están unidos a la corona de Inglaterra, pero no en la manera en la que pensáis. —Negó con la cabeza mientras dejaba escapar una risa burlona—. La muerte de los cuervos no provocará la caída del reino. Eso sería ridículo. Es la proximidad de la caída de Inglaterra lo que está provocando la muerte de los cuervos.

—¿La caída de Inglaterra? ¿Cómo? ¿Por qué?

—El rey de Inglaterra morirá pronto y con su muerte llegará el final del reino. Y, cuando eso suceda, morirá el último cuervo. —Volvió a dedicarles una teatral reverencia y se giró hacia la puerta—. Ya he contestado a todas vuestras preguntas y he cumplido mi parte del trato. Haced vosotros lo mismo.

Ver la figura de Clarice de espaldas, preparada para irse, hizo que Alfred saliera de su estupor. Tenía que hacer algo para evitar que se marchara. Estaba seguro de que, si dejaba que aquel espíritu cruzara la puerta llevándose el cuerpo de Clarice, no volvería a verla nunca con vida. ¿Pero qué podía hacer? Ella le había prometido al espectro que nunca harían nada contra su cuerpo ni volverían a profanar su tumba. No… Un momento… No era así. Clarice había prometido que ella no haría nada contra el espectro de Ana, pero no había dicho nada del resto del grupo. Eso quería decir que podían actuar, que no estaban atados por aquel juramento.

Volvió a pensar en las últimas palabras que le había dirigido Clarice. ¿Qué tenía que recordar? ¿Qué le había dicho ella sobre un hueso? Y entonces recordó la escena en la capilla, mientras desenterraban el féretro de Ana Bolena, con tanta claridad como si estuviera sucediendo ante sus ojos y escuchó cada una de sus palabras como si las estuviera pronunciando en aquel mismo momento:

“Los fantasmas siguen unidos de alguna forma a su cuerpo físico… Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible. Si en algún momento la situación se descontrola, tener un trozo de su cuerpo con el que poder hacerle daño puede ser nuestra única salvación”.

Lo tenía. Encima de la mesa, dentro del cuenco, tenía una falange de Ana. Aquello tendría que servirle para hacer que abandonara el cuerpo de Clarice y obligarla a regresar al infierno. Se giró hacia la mesa, tomó el cuenco, sacó el pequeño hueso y con él bien aferrado, estiró el brazo y llamó:

—Ana, no puedes irte —gritó—. Sal del cuerpo de Clarice.

La figura se volvió hacia él. A pesar de que sus ojos continuaban vacíos de expresión, parecía confiada y burlona. Sin embargo, cuando vio el objeto que Alfred sujetaba en su mano derecha, su rostro cambió. Sus ojos volvieron a brillar como si se hubiera desatado un

incendio dentro de ellos. Se inclinó hacia atrás y abrió la boca mucho más de lo que podría abrirla un ser humano y profirió un alarido agudo y prolongado que hizo retumbar las paredes.

Todas las luces se apagaron y un viento frío y paralizante les sacudió y les trajo el aroma de las flores marchitas, de la humedad de la tierra de los cementerios y de la carne en putrefacción. Aquel viento derribó las sillas, tiró los cuadros de las paredes y los libros de sus estanterías. Los cristales vibraron durante unos segundos antes de estallar en mil pedazos.

Alfred continuaba firme aferrándose a aquel pequeño huesecillo como un náufrago se aferraría a un tablón a la deriva. Si el espectro se había puesto tan furioso significaba que realmente podía hacerle daño. Si no tenía miedo, si se mantenía firme, podría vencerlo.

En aquella oscuridad absoluta, distinguió un resplandor plateado. Se dio cuenta de que era la imagen de Ana, superpuesta a la figura de Clarice. Era como si las dos ocuparan al mismo tiempo el mismo lugar. Veía el cuerpo físico de su amiga y, rodeándolo como una segunda piel, el brillo argénteo de la figura del espectro. Y se acercaba a él, amenazador, furioso… En un solo segundo, cruzó la habitación para colocarse frente a él, pero se detuvo como si hubiera chocado contra un sólido muro. Cuando se sobrepuso al terror, Alfred comprendió lo que había pasado. El círculo le protegía. Mientras se mantuviera dentro de sus límites, Ana no podría hacerle daño.

Se permitió sonreír a pesar de tener al espectro a pocas pulgadas de su cara, rugiendo y gruñendo como un animal rabioso, tratando de rasgar con sus largas uñas negras el velo invisible que les separaba. Volvió a recordar las palabras de Clarice y rezó por estar interpretándolas bien:

“Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible”.

Se giró de nuevo hacia la mesa, dejó el pequeño hueso sobre su superficie, sacó su revólver del cinto y le dio un fuerte golpe con la culata. Un nuevo grito llenó la habitación y despertó mil ecos y se multiplicó hasta el infinito, como si se encontraran en una caverna en las profundidades de la Tierra. Se giró hacia la figura y vio que había perdido brillo, que parecía más débil. Aquello le dio esperanzas, así que volvió a golpear el pequeño hueso una vez y otra vez y otra… En pocos segundos se deshizo en un fino polvo amarillento que el viento que seguía soplando dentro de la habitación se encargó de dispersar.

Las luces volvieron a encenderse. Alfred extendió ambos brazos para que Nigel e Irma esperaran y no saliesen del círculo. El viento había cesado, el frío que había invadido la habitación había desaparecido y el aroma a camposanto se había desvanecido. Percibió los sonidos del exterior. El aleteo de los cuervos en sus jaulas, el sonido de los pasos de un guardia sobre un camino empedrado, el

ulular de un búho a lo lejos… Todo había terminado.

Salió del círculo y se arrodilló al lado de la figura inerte de Clarice mientras Nigel e Irma se apresuraban a auxiliar a Wendy. Escuchó un gemido de la joven y desvió la mirada para ver como la incorporaban y ella abría los ojos. Se permitió un suspiro de alivio. La chica estaba bien. Ahora solo quedaba despertar a Clarice.

Levantó un poco su cuerpo mientras la llamaba por su nombre. Tocó su rostro y sus manos y sintió que el terror le invadía. Su piel estaba helada y pálida y sus labios tenían un tinte azulado, como si hubiera sido rozada por la mano de la Muerte. No, no podía ser. Temió que, al expulsar a Ana mientras ocupaba su cuerpo, podía haberla dañado.

Se sintió desesperar. ¿Y si había interpretado mal sus palabras y, al intentar ayudar, la había matado?

Acercó su oído a los labios de la joven y percibió su aliento. Muy débil, casi inexistente, pero ahí estaba. La abrazó contra su cuerpo para darle calor mientras la llamaba una y otra vez.

—Clarice, Clarice… Por favor, no te vayas. Clarice, vuelve a mí.

Sintió que ella se estremecía entre sus brazos y notó como tomaba una fuerte bocanada de aire, como alguien a punto de ahogarse que consigue llegar a la superficie. La separó para mirar su rostro y vio como ella abría sus ojos y le reconocía.

—¿Dónde está Ana? —preguntó asustada.

Él le ayudó a incorporarse y se sentó en el suelo a su lado. Miró durante un momento a sus compañeros, que también habían conseguido sentar a Wendy y la habían apoyado contra una pared. Le devolvieron una sonrisa de triunfo.

—Ya está. Hemos acabado con ella —explicó Alfred—. Recordé tu explicación sobre el dolor que causa a los fantasmas dañar su cuerpo, así que destruí el hueso que habías sacado de su tumba.

—Bien… Perfecto. —La voz de Clarice era muy débil—. Siento mucho lo que ha pasado. Creí que podría controlarla, pero era demasiado poderosa… Y encima no ha servido para nada.

—Sí que ha servido —la contradijo Alfred—. Tenemos la información que necesitábamos. Irma consiguió conservar la sangre fría necesaria para interrogarla.

—¿Y qué hemos descubierto? —Clarice había abierto los ojos de par en par, como si hubiera recuperado de golpe toda su energía—. ¿Sabemos por qué se mueren los cuervos?

—Sí, y lo estábamos enfocando todo al revés. Nosotros pensábamos que el rey de Inglaterra estaba en peligro porque los cuervos se estaban muriendo y es al contrario. La muerte de los cuervos es la consecuencia y no la causa.

—Acabo de ser poseída por un espectro maligno y me encuentro

algo confusa —dijo ella mientras se masajeaba las sienes—. ¿Podrías explicármelo más claro?

—Los cuervos se están muriendo porque el rey de Inglaterra va a morir. En el momento en el que el rey muera, caerá el último cuervo.

—¿Así que es al rey de Inglaterra al que debemos proteger si queremos salvar a esos pajarracos y no al revés? —preguntó ella, provocando una risa de Alfred—. Ya entiendo. ¿Qué vamos a hacer entonces?

—Ya no tenemos nada que hacer aquí. —Él se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo—. Nos vamos a Buckingham.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 19 de abril de 2022

UNA NOTICIA BUENA Y OTRA MALA

Lo sé. Ahora mismo me odias.

Sé lo que estás pensando. ¿Cómo que se acaba aquí? Pero si me falta la mitad de la historia… Y es cierto. Todavía quedan muchas páginas para que se resuelva el caso, tantas que no cabían en un solo libro.

Y esa es la mala noticia: De momento la historia termina aquí y no vas a poder saber ahora mismo si la División OpenMind consigue descubrir qué es lo que está pasando con los cuervos de la Torre de Londres y si serán capaces de salvar al rey y evitar la caída del reino.

Pero ahora viene la buena noticia: La segunda parte ya está casi escrita. De hecho, no vas a tardar mucho en poder leerla, porque planeo publicarla en un par de meses. A principios de julio de 2022 ya tendrás disponible en Amazon la segunda parte, que se titulará La historia de Clarice II: El último cuervo.

Si quieres ser el primero en enterarte de cuándo estará a la venta (además de estar informado de mis próximos estrenos, promociones sorteos y demás), puedes unirte a mi lista de correo. Además, solo por inscribirte, te llevas un libro en digital de regalo. Solo tienes que entrar en www.gemmaherrerovirto.es y dejar tu nombre y tu dirección email para no perderte absolutamente nada.

¡Nos vemos en un par de meses para seguir con la aventura!

AGRADECIMIENTOS

Hace casi dos años empecé a escribir la primera frase de esta novela y me ha costado mucho llegar hasta aquí. A pesar de que no es una novela histórica al uso (de hecho algunos acontecimientos históricos pueden estar modificados para hacer que sean más novelescos y otros son totalmente ficticios), el hecho de estar ambientada en la segunda guerra mundial hacía que documentarse fuera un proceso muy largo y laborioso. En aquel momento, en medio de la pandemia y de varios cambios personales importantes, yo no tenía la cabeza preparada para algo tan complejo, así que tuve que abandonar la historia, pensando que quizá no la terminaría nunca…

Sin embargo, la idea de escribir la historia de Clarice y de la División OpenMind nunca se fue del todo. Sabía que tenía que contarla, que, si no podía en ese momento, ya lo haría más adelante. Y hubo mucha gente que me apoyó y me dijo que lo conseguiría, así que hoy quiero darles las gracias a todos ellos:

A Ángela y Corina, mis Supremes. Gracias por todas esas horas de charlas. Os quiero.

A Ángel, Jorge, Juanmi, Lidia, Ager y Mary por ser mis amigos. No. Por ser mis AMIGOS, en mayúsculas y con letras de neón, porque no merecéis menos.

A Jessi por todo el apoyo y el cariño que me das siempre. Sabes que no hay palabras para decirte lo que te quiero pero que entre nosotras tampoco hacen falta.

A Ainara y Elena, mis supernenas, porque estáis siempre ahí, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Lo nuestro sí que es amor del bueno y eterno y no esas mierdas que te venden en las pelis Disney.

A Laura, mi lectora cero, por tu trabajo y entusiasmo sin fin, por tener siempre la vista certera para detectar errores y decirme tantas cosas bonitas como para rebajar mis nervios.

A Mónica Gallart, por vestir siempre de gala mis historias y dejarlas por fuera así de bonitas.

A Iván, mi chico de los ojos mágicos y la sonrisa eterna, por todas esas horas de carretera soportando como canto, por todos esos planes de última hora, por esa energía y esas ganas de vivir, por estar tan loco como yo o más… Gracias por haber hecho de este último año una aventura continua.

Y ya por último a ti, lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido. Eres la razón última por la que escribo, la gasolina que mantiene la máquina en movimiento, el polvo de hadas que me permite seguir soñando. Gracias por acompañarme en mis aventuras, por embarcarte en mis historias, por conocer mis mundos y encariñarte con mis personajes. Gracias por el apoyo continuo y los mensajes de ánimo. Gracias por estar ahí siempre.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte*, *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete).

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Terror/fantasía urbana: Saga ¿Tú me ves?

¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles...

¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller paranormal

Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.

Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?

Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía: Trilogía viajes a eilean

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Fantasía: Trilogía de Kayne

¿Recuerdas esas historias de espada y brujería, de valientes caballeros y hermosas princesas, de sabios magos y terribles monstruos? ¿Recuerdas las batallas a espada, los asedios a castillos, los bosques misteriosos en los que se ocultaban criaturas de leyenda? ¿Recuerdas haber leído sobre ello bajo las mantas, con la ayuda de una linterna, temiendo que tus padres te pillaran y que te hicieran dejar de leer?

Nunca es tarde para recuperar algo que nos hacía tan felices. Vuelve a sentir la aventura con la Trilogía de Kayne: TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- La muerte del heredero
- La profecía del traidor
- PRÓXIMAMENTE EN AMAZON EL TERCER TÍTULO DE LA TRILOGÍA.

- **Novela policíaca: Serie Caronte**

Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos... ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos

Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.

Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica

¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[i] Phychic Research Department o Departamento de Investigación Psíquica.

[ii] Es la canción de la película Blancanieves en la que la protagonista canta sobre lo maravilloso que será su príncipe azul cuando llegue.

[iii] Nombre de la marina de guerra alemana

[iv] Abreviatura del alemán *Unterseeboot.* Nombre con el que se conocía a los sumergibles y submarinos alemanes. Se les conocía también como "Lobos de la Kriegsmarine" por su estrategia de atacar en manada a los convoys enemigos.

[v] Servicio de inteligencia británico.

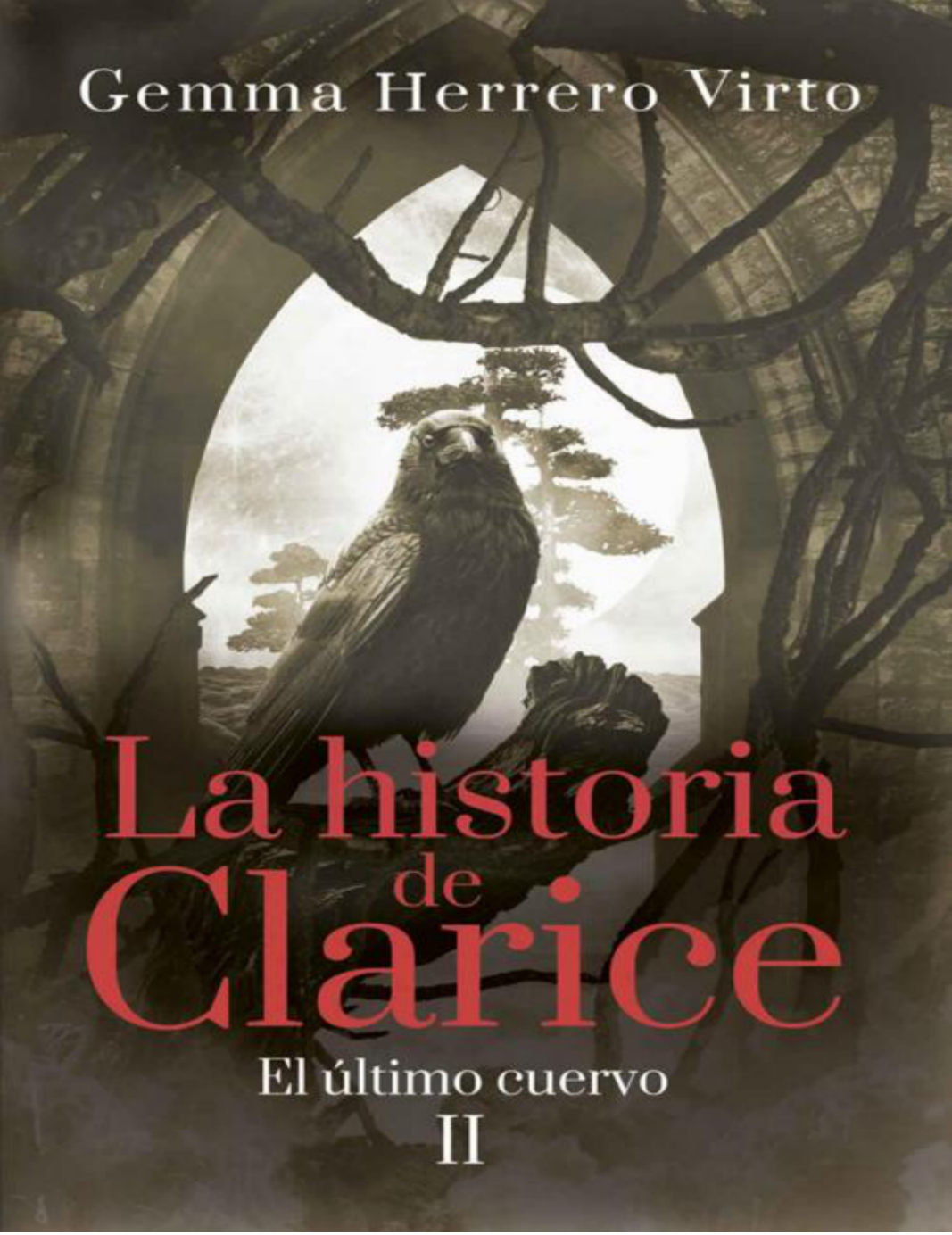
[vi] Falda típica escocesa.

[vii] Oficial nazi de alto rango, jefe de las SS y uno de los principales líderes del Partido Nazi. Fue el creador y supervisor de los campos de concentración y una de las personas más importantes de la Alemania nazi durante la guerra.

[viii] Enigma era el nombre del código secreto utilizado por el ejército alemán en sus comunicaciones durante la segunda guerra mundial, código que fue descifrado por Turing y sus colaboradores en Blecthley Park, contribuyendo con ello a acortar la guerra.

[ix] Daga ceremonial usada en los rituales. Suele tener un mango negro y una hoja de doble filo.

Gemma Herrero Virto



La historia de Clarice

El último cuervo

II

TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED

La historia de Clarice

II. El último cuervo

Gemma Herrero Virto

Copyright 2022 Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice II: El último cuervo
Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land) Diseño de logotipo División OpenMind: Lidia S. Balado
Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean
Instagram: gemma_herrero_virto

Copyright de la presente edición: © 2022 Gemma Herrero Virto N. º de registro: XkIBF333-2022-07-12T13:11:19.969
Fecha de publicación: 25 de julio de 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Art

Siempre tendrás reservado un pedazo enorme de mi corazón en el que seguir viviendo.

No tengo nada que ofrecer salvo sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas.
Winston Churchill

Advertencia previa

El hecho de que uno de los personajes que aparece en esta novela sea una persona real que sigue viva a día de hoy y que, además, es reina de un país extranjero, me obliga a advertir de que muchos de los acontecimientos relatados en este libro son ficticios y que, como se dice en muchas películas, cualquier parecido con personas vivas o muertas o con hechos reales es pura coincidencia.

O quizá estos acontecimientos sí hayan sucedido, pero en un universo paralelo al nuestro.

O quizá mi cohorte de abogados me ha advertido de que debo poner esta advertencia para protegerme de cualquier represalia por revelar una verdad que ha permanecido oculta durante todo este tiempo.

¿Quién sabe? Esa es la magia de las historias…

Índice

Advertencia previa

Palacio de Buckingham (Londres), Agosto de 1943

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis

Castillo de Guildford (Condado de surrey), Agosto de 1943

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Castillo de windsor (Condado de Berkshire), Agosto de 1943

- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince

Capítulo dieciseis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Bletchley park (buckinghamshire), Agosto de 1943
Capítulo uno
AGRADECIMIENTOS
MEDIOS DE CONTACTO
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Palacio de Buckingham (Londres), Agosto de 1943

Clarice

Capítulo uno

Entre las brumas del sueño, escuché unos leves golpes en la puerta. Aún con los ojos entrecerrados, me senté en la cama. La luz del sol se filtraba por la ventana y me hacía daño, como si se colara hasta el centro de mi cerebro para taladrarlo. Me sentía como si tuviera una resaca espantosa, pero no recordaba haber bebido nada.

A pesar de que toda aquella luz parecía indicar que ya era muy tarde, volví a tumbarme de espaldas a la ventana y me tapé la cabeza con la manta. Necesitaba un poco más de tiempo. Me sentía muy cansada y estaba tan confusa que ni siquiera podía recordar por qué. Solo quería dormir, dejarme llevar…

Escuché otro par de golpes, más enérgicos que los anteriores. Pensé que podía ser mi padre para pedirme que le ayudara con los caballos… O quizá mi madre para decirme que llegábamos tarde a misa. ¿Era domingo? Ni siquiera podía recordar eso… Sí, seguramente era domingo…

—Pasa, mamá —dije volviendo a sentarme en la cama.

Mientras se abría la puerta, me estiré tratando de desperezarme y bostecé de forma exagerada. El bostezo se me cortó de golpe al ver la figura que ocupaba el umbral. Desde luego que no era mi madre. Era Alfred y estaba muy guapo con su uniforme de gala. Me froté los ojos y traté de recomponer mi pelo. Estaba segura de que tenía un aspecto horrible, pero enseguida me di cuenta de que no debía preocuparme. Alfred mantenía la mirada fija en el suelo, como si hubiera algo interesantísimo entre sus pies.

—No. No soy tu madre. —Me pareció percibir un tono de burla en su voz—. Espero que puedas disculpar mi osadía. Sé que no debería presentarme de esta manera en la alcoba de una dama, pero ni Wendy ni Irma han querido venir a llamarte y es bastante urgente que te levantes y te prepares.

—¿Y eso? —pregunté confusa.

—Dicen que tienes un genio de mil demonios cuando te despiertas —contestó él. De nuevo, percibí la burla en su voz.

—No, eso no… Pregunto que por qué es urgente que me levante —dije molesta.

—Bueno… Primero, porque es más de mediodía —respondió él—. Te hemos dejado dormir hasta tarde para que te recuperaras de las emociones de anoche, pero creo que ya es suficiente.

Levantó levemente la mirada para clavarla en mí. Me di cuenta de que se había sonrojado. Aquellos modales remilgados y pasados de moda deberían haberme sacado de quicio y, sin embargo, en él me resultaban adorables. La noche anterior, aquel hombre se había enfrentado sin dudar al espectro de una antigua reina de Inglaterra y en aquel momento, se ponía nervioso por estar delante de una chica en camisón. Debió de darse cuenta de que me divertía su incomodidad, porque desvió la mirada y carraspeó nervioso antes de seguir hablando.

—Además, tenemos una cita para tomar el té a las cinco en el 10 de Downing Street —anunció.

—¿Y quién vive ahí?

—¿En serio? —preguntó asombrado—. En ocasiones olvido que eres americana… Es la residencia del primer ministro. Tenemos una reunión con Churchill para informarle de los últimos sucesos y de nuestros próximos pasos.

—¿Vamos a ir solo los dos?

—Bueno… Yo y un acompañante… Si eres capaz de levantarte y ponerte presentable de aquí a las cinco, me gustaría que fueras tú. —Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo mientras se explicaba de forma atropellada—. Eres el miembro más antiguo de la División OpenMind, aparte de mí, y creo que eres la más indicada para explicar lo que pasó anoche…

—Tranquilo, te acompañaré. Ahora bajo a desayunar.

—Es la hora de comer.

—Me da igual. Necesito café… A litros. —Fruncí el ceño al ver que él no se movía de la puerta—. ¿Te importaría dejarme sola? Me gustaría levantarme y vestirme y creo que no sería un espectáculo adecuado para un caballero británico.

No podría decir qué pasó por su cabeza, pero, en aquella ocasión, no se sonrojó. Su mirada se paseó por mi cuello y el escote de mi camisón. Después, cerró los ojos e inspiró con fuerza.

—Por supuesto, Clarice. Te espero abajo.

Sin decir nada más, cerró la puerta y me dejó a solas. ¿Qué había sido aquello? ¿Había sido deseo lo que había brillado en sus ojos? Aquel hombre me desconcertaba cada día más. Intentaba comportarse siempre de forma fría y correcta, dejando claro que era mi superior. Sin embargo, de vez en cuando, se le escapaban pequeñas muestras de emoción… Lo que acababa de pasar era una pequeña dosis. La manera en la que estuvo llamándome de forma desesperada

mientras me abrazaba para despertarme del desmayo la noche anterior había sido una muestra mucho mayor.

Sin saber por qué, me encontré recordando aquella primera noche en la que nos conocimos, los dos tumbados a orillas del Potomac bajo un cielo cuajado de estrellas, el paseo hasta mi casa, la forma en la que me cantó aquel verso de Sinatra bajo la ventana, aquel primer beso… Agité la cabeza para apartar aquellos estúpidos pensamientos y, con un par de patadas, empujé las mantas para levantarme de la cama. No debía pensar en aquellas cosas. Aquella noche ni siquiera éramos Alfred y Clarice. Éramos Lisa, la mecanógrafa, y Duncan, un soldado inglés hijo de un humilde zapatero. Ellos dos sí podían besarse, sí podían permitirse enamorarse. Para Alfred, el teniente del MI6 hijo de un poderoso duque, y Clarice, la bruja a sus órdenes, resultaba imposible. Eran demasiado diferentes.

Decidí dejar de darle vueltas a aquel tema y centrarme en lo importante. En unas horas, tenía que reunirme con el primer ministro del Reino Unido, famoso por su mal genio, para contarle que un espíritu nos había avisado de que su rey iba a morir en seis días. No iba a ser fácil hacer que lo comprendiera.

Un taxi nos recogió en la puerta de la Torre de Londres y nos llevó hasta la residencia del primer ministro siguiendo la orilla del río Támesis. Londres era una ciudad más grande de lo que yo había esperado, así que, a pesar de ir en coche, aquel trayecto nos iba a llevar más de media hora. Alfred estaba muy ocupado repasando el informe sobre nuestra estancia en la Torre de Londres para no cometer ningún error cuando tuviera que explicárselo todo a Churchill. Leía entre dientes, asentía, pasaba las páginas adelante y atrás, negaba con la cabeza, volvía a releer… Parecía muy nervioso, así que decidí dejarle tranquilo y dedicar el viaje a contemplar la ciudad, ya que aún no había tenido tiempo de visitarla.

Lo que pude ver a través de los cristales del taxi no daba muchas ganas de conocerla en profundidad. Aquella tarde, el cielo estaba gris y encapotado y una ligera llovizna bañaba las calles. Las aguas del Támesis tenían un color insano e indefinido, entre verdoso y parduzco. Pensé que, seguramente, aquel era el río más turbio que había visto en toda mi vida.

Las calles de la ciudad también parecían tristes, sucias y apagadas. Por todos lados se veían casas abandonadas, con sus puertas y ventanas cerradas por tablones. Otras estaban semiderruidas por los bombardeos alemanes. Había ventanas sin cristales, que mostraban los

muros del interior manchados por el humo de los incendios… La ciudad casi parecía condenada al olvido, a ir cayéndose poco a poco sin que nadie hiciera ningún esfuerzo por salvarla. Pero, cuando vi a sus habitantes, silenciosos, taciturnos, grises como el paisaje, comprendí que la verdad era aún más dura. La ciudad no estaba abandonada, sino habitada por miles de ciudadanos sin esperanza. ¿Para qué ibas a gastar recursos y energía en arreglar una casa que podía caer bajo las bombas a la noche siguiente? ¿Para qué ibas a repararla si quizá los ataques iban a recrudecerse hasta tal punto que te verías obligado a abandonarla? ¿Para qué ibas a preocuparte del estado de tu hogar si tú y tu familia podríais estar muertos al día siguiente? Aquella gente sobrevivía día a día, casi sin esperanza, con el ánimo justo para no rendirse y seguir luchando.

En aquel momento, pensé en mi país… También estábamos sufriendo las penurias y la escasez causadas por la guerra, también estábamos perdiendo a familiares y amigos en el frente, pero no era lo mismo. Nuestros pueblos y ciudades estaban a salvo, no vivíamos con el miedo a que una bomba cayera del cielo cualquier noche y destruyera nuestras casas y matara a nuestros seres queridos. También vivíamos la guerra, pero lo hacíamos con un océano de por medio. Pensé que, si yo tuviera que vivir durante meses con la incertidumbre de no saber si llegaría viva al siguiente amanecer, me volvería loca.

—Es una pena que tengas que ver Londres en estas condiciones —dijo Alfred como si acabara de leerme el pensamiento—. Antes de la guerra era una ciudad llena de vida.

Me volví hacia él y vi que, aunque tenía la mirada fija en las calles que íbamos recorriendo, parecía que estuviera viendo mucho más allá. En su mente debía de estar reviviendo los recuerdos de niños jugando en las aceras, de ancianos sentados en los bancos de los parques, de enamorados recorriendo la orilla del río agarrados de la mano, de tiendas ofreciendo sus productos, de artesanos mostrando sus mercancías y obreros acudiendo a sus puestos de trabajo… Nada que ver con aquella ciudad fantasmal que parecía agonizar entre la niebla que empezaba a levantarse desde las aguas del Támesis.

Sin pararme a pensar en lo que hacía, estiré mi mano para cubrir la suya y apretarla con cariño:

—Londres volverá —dije con convicción—. Todos volveremos a ser los que éramos cuando esto acabe.

Él me contestó con una sonrisa forzada y, después de dedicarle una última mirada triste a las calles de la ciudad, volvió a enfrascarse en sus papeles. No levantó la vista hasta que el taxi se detuvo.

—Hemos llegado —anunció antes de bajarse del coche y dar la vuelta

con rapidez para abrirme la puerta—. ¿Nerviosa?

—Un poco —confesé—. No sé si nos creerá…

—Yo espero que sí. —Alfred se dirigió a la entrada de la casa del primer ministro, custodiada por un par de soldados—. La idea de fundar la División OpenMind partió de él, así que no debe de ser muy escéptico respecto a los temas sobrenaturales.

Asentí y esperé a que Alfred le entregara nuestra documentación a uno de los guardias. Mientras la comprobaba, contemplé el edificio de tres plantas de ladrillos azulados con puertas y ventanas de color blanco. No parecía señorial ni intimidante. Con lo pomposos y estirados que siempre me habían parecido los ingleses, había esperado alguna refinada y excéntrica mansión y no aquel edificio sencillo y funcional.

El soldado nos devolvió nuestra documentación y nos indicó que le siguiéramos, dejando a su compañero al cuidado de la entrada. Rodeamos la casa por un sencillo jardín hasta una puerta en la parte trasera. Entramos en un estrecho pasillo de paredes de madera blanca adornadas con los retratos de los antiguos primeros ministros y sus equipos de gobierno hasta un *hall* pintado de un brillante color amarillo que quedaba ocupado casi en su totalidad por un enorme globo terráqueo. Al fondo de la estancia comenzaba una escalera de peldaños blancos adornada por más y más retratos de antiguos políticos y nobles, colocados en varias filas hasta casi llegar al techo. Me sentí mareada ante aquella muestra de historia pasada. Después de todo, yo procedía de un país con una historia de poco más de un siglo. Si hubiéramos tenido que adornar una escalera como aquella con los retratos de nuestros presidentes, no habríamos pasado de los primeros cuatro o cinco peldaños.

Cuando llegamos al primer piso, el guardia abrió una de las puertas blancas y nos indicó que entráramos. Me adentré en aquella enorme sala con la boca abierta, mientras el soldado cerraba a nuestras espaldas dejándonos a solas. La habitación era tan lujosa como había imaginado sin llegar a resultar ostentosa. Las paredes estaban pintadas en un suave color crema que hacía destacar todos los adornos de yeso que inundaban el techo y rodeaban los marcos de las puertas o la impresionante chimenea. Las cortinas de terciopelo de color salmón y los mullidos sofás daban un aspecto acogedor a la estancia. Me dio miedo sentarme y poder estropear algo, pero Alfred ya había ocupado uno de los sillones y me señalaba el que tenía justo al lado, así que le imité. Me quedé muy quieta, con las manos cruzadas en el regazo para no tocar nada, sintiéndome totalmente fuera de lugar.

Por suerte, nuestra espera no duró mucho. Otra de las puertas de la sala se abrió y Churchill entró en la sala a paso rápido. No llevaba

corbata, tenía el chaleco suelto sobre la prominente barriga y las mangas de su camisa estaban recogidas hasta el codo. Parecía tan campechano y fuera de lugar que no le habría reconocido si no fuera por el enorme puro que colgaba de sus labios y cuyo humo rodeaba su cabeza como si fueran volutas de espesa niebla. Sin mediar palabra, se sentó en un sofá frente a nosotros, le dio otra profunda calada a su puro y miró a Alfred con el ceño fruncido.

—Bien, teniente, cuénteme… ¿Han descubierto ya por qué se están muriendo nuestros cuervos?

Alfred se había levantado y estaba tieso como un palo, haciendo un saludo militar. Churchill le indicó con un gesto de la mano que se sentara. Después de obedecer, Alfred carraspeó y me lanzó una mirada que interpreté como de disculpa y que no me gustó nada. Tampoco me gustaron sus siguientes palabras:

—Sí, señor —contestó con voz dubitativa—. Hemos querido reunirnos con usted porque tenemos nuevos datos que parecen indicar que tendremos que cambiar nuestra línea de investigación… Pero será mejor que se lo cuente nuestra experta en temas paranormales. Señorita Cooper, por favor, ¿sería tan amable de explicarle al primer ministro todo lo que hemos averiguado en los últimos días?

Alfred

Capítulo dos

Clarice le había lanzado una mirada capaz de derretir los polos, pero Alfred fingió no haberse dado cuenta y dedicó los siguientes minutos a escuchar como la chica contaba toda la historia: la procesión de fantasmas, los cuervos muertos sin ninguna razón física que pudiera explicarlo, la profanación de la tumba de Ana Bolena, la invocación de su espectro, la posesión de Wendy… Mientras la escuchaba, se sintió aún más seguro de que había hecho lo correcto al dejar que fuera ella quien lo explicase. No se veía a sí mismo contando todo aquello en presencia del primer ministro con la convicción con la que ella lo estaba haciendo. A pesar de haber vivido aquellos acontecimientos en primera persona, había momentos en los que todavía no podía creérselo. ¿Cómo iba a contarlo con seguridad si muchas veces se sorprendía pensando que todo aquello era una locura?

—Y entonces, para expulsar al espíritu de Ana, el teniente Mitchell golpeó el hueso de su dedo meñique con la culata de su revólver y lo redujo a polvo. —Terminó de explicar Clarice.

Alfred se sorprendió. ¿Por qué había tenido que contar aquello? ¿Era su manera de vengarse por haber hecho que ella tuviera que explicarse delante de Churchill? Miró al primer ministro con miedo, planteándose si consideraría aquello como una afrenta a la Corona y le mandaría arrestar por haber destruido una reliquia. No le pareció percibir enfado en los pequeños y brillantes ojos de su interlocutor. Durante unos larguísimos segundos, se limitó a darle profundas caladas a su habano mientras asentía, como si estuviera tratando de procesar toda la información que Clarice le había dado.

—Así que lo que me están diciendo es que la muerte de los cuervos se debe a que el rey está en peligro y que lo que indicaba el agente alemán en el mensaje que interceptaron en Bletchley Park es el día exacto en el que van a atentar contra el rey, el día en el que la Corona de Inglaterra caerá y, como consecuencia, morirá el último cuervo de la Torre de Londres.

—Exacto —intervino Alfred, satisfecho al ver que no parecía que Churchill considerase su historia una locura—. Por eso creemos que no tiene sentido seguir vigilando a los cuervos. Hay que reforzar la seguridad del rey y evitar ese atentado.

—¿Acaso está insinuando que somos negligentes en la seguridad del rey? —preguntó el primer ministro entrecerrando los ojos.

—Para nada, señor. No quería decir eso… —se excusó Alfred.

—El rey está todo lo seguro que puede estar. —Churchill se levantó y empezó a pasear por el amplio salón mientras seguía con la mirada las volutas azuladas de su puro, como si aquello le ayudara a pensar—. A pesar de esa vigilancia extrema, el agente nazi que envió el mensaje está seguro de que podrá acabar con la vida del rey en seis días… y teniendo en cuenta que los cuervos de la Torre están muriendo, podemos suponer que va a conseguirlo.

—Sí. La profecía se está cumpliendo y eso parece indicar que el plan de matar al rey va a funcionar —intervino Clarice.

—Pues hay que evitarlo. —Churchill se plantó frente a ellos y les apuntó con el dedo—. Y ustedes y su equipo serán los encargados de hacerlo.

—¿Nosotros? —preguntaron Alfred y Clarice al unísono.

—Por supuesto. Como les he dicho, la vigilancia del rey es perfecta. No hay ninguna posibilidad de que se nos haya colado un asesino o de que alguien de su entorno pueda estar preparando un atentado… Si tenemos en cuenta que la Ahnenerbe está detrás de todo esto, podemos pensar que la forma en la que han planeado acabar con el monarca tiene que ver con lo sobrenatural. Es su división la que debe encargarse.

—A sus órdenes, señor —dijo Alfred, levantándose de nuevo para cuadrarse —. ¿Qué es lo que quiere que hagamos?

—Van a infiltrarse en el palacio de Buckingham. Quiero que descubran lo que están planeando los nazis y que lo detengan. —Churchill los miró como si los evaluara—. Habrá que conseguir identidades falsas para todo su equipo.

—Yo puedo integrarme en la guardia de palacio. —Alfred pensó durante unos segundos antes de sonreír y seguir hablando—. Wendy e Irma pueden trabajar en el servicio y Nigel en las cuadras.

—No. Wendy debería estar en la recepción del palacio. Que nadie entre o salga de Buckingham sin que ella vea su aura —propuso Clarice.

—Gran idea. ¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Alfred.

—¿Sabe usted cocinar? —sugirió Churchill.

—Bueno, tengo unas nociones básicas —admitió ella.

—Con eso servirá. Le conseguiremos un puesto de pinche de cocina y, al menos, podrá asegurarse de que nadie envenena la comida de los reyes. —Churchill se acercó a una mesa situada en una esquina y descolgó un teléfono—. Voy a dar aviso para que les preparen la documentación. Esta misma noche los quiero en palacio.

—Por supuesto, señor. —Alfred volvió a cuadrarse una vez más—. Puede estar seguro de que haremos todo lo posible para evitar la muerte del rey.

—No harán todo lo posible —le corrigió el primer ministro—. Lo conseguirán. Tienen que evitarlo sea como sea.

—Lo conseguiremos —aseguró Clarice—. El agente infiltrado no espera que alguien con capacidades especiales esté tras sus pasos. Puede que nuestra simple presencia allí sirva para asustarlo y hacer que desista de sus planes.

—Si es así, nos daremos cuenta enseguida —dijo Churchill—. Si dejan de morir los cuervos, sabremos que estamos consiguiendo algo.

Cuando salieron del 10 de Downing Street, Clarice se quedó parada en la acera. Alfred se colocó a su lado y le tendió su brazo de forma galante, pero ella le ignoró y miró a ambos lados.

—¿Hacia dónde tenemos que ir?

—Podemos ir andando hasta Buckingham. Será un paseo de una hora y hace buen tiempo.

Alfred se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar hacia la orilla del río mientras se decía a sí mismo que no debía comportarse de forma galante con Clarice. Ella no solía apreciar esos gestos y, además, él era su superior y ella una subordinada. Tendría que grabarse aquello a fuego en la cabeza, porque le resultaba muy difícil controlarse.

Había sido educado para comportarse de forma atenta con las damas, para cuidarlas y complacerlas en todo momento. Y le era muy difícil evitarlo con una mujer que, además, le resultaba tan atractiva como Clarice. Sin embargo, era muy consciente de que a ella había que tratarla de forma diferente. Clarice no agradecía aquel tipo de comportamientos y dejaba claro en todo momento que no era una damisela en apuros que necesitara que la cuidasen.

—¿No deberíamos volver a la Torre para recoger nuestras cosas?

—No. He llamado por teléfono y le he pedido a Irma que recojan todo y se reúnan con nosotros en la puerta del palacio. Tenemos tiempo de sobra para dar un paseo.

Clarice no parecía entusiasmada con la idea, pero comenzó a caminar a su lado en silencio, con las manos a la espalda. Llegaron a la orilla del Támesis y continuaron paseando sin cruzar una palabra, disfrutando de la tranquilidad que se respiraba a aquellas horas. El sol

empezaba a declinar y doraba la niebla que se levantaba del río, dándole a la ciudad un aspecto de lugar encantado. Había poco tráfico a aquellas horas y se podían escuchar los cantos de algunos pájaros desde las ramas de los árboles cercanos.

Alfred dejó de contemplar el paisaje para girar la cabeza hacia Clarice, esperando descubrir en su expresión que ella también estaba disfrutando del atardecer, pero no fue aquello lo que encontró en sus ojos. Parecía triste y preocupada, como si le disgustara todo lo que estaba viendo.

—Ya sé que te gusta criticar a Inglaterra en todos sus aspectos, pero no puedes negarme que esta puesta de sol es hermosa —comentó él para sacarla de su ensimismamiento.

—¿La puesta de sol? Sí… Perdona… Es hermosa, pero no estaba mirando eso.

—¿Y qué estabas mirando? —preguntó él intrigado.

—La ciudad… Tenéis que haber sufrido tanto…

Alfred miró a su alrededor y también sintió que el corazón se le encogía. Por todos lados, se veían rastros de la guerra. Edificios sin cristales, casas quemadas o semiderruidas, montones y montones de escombros… Para él era tan habitual ver la ciudad así, que su mente ignoraba aquellos signos de destrucción. Eran parte del paisaje, ya ni siquiera dolían. Todo Londres estaba destrozado, pero para sus habitantes había llegado a convertirse en algo normal.

—Sí. Sufrimos bombardeos constantes durante casi dos años, pero, por suerte, se han reducido mucho. Desde mediados del 41, ya solo nos bombardean de vez en cuando.

—Lo dices con tanta tranquilidad que resulta asombroso…

—Sí, nadie pensaría que el corazón humano pueda acostumbrarse a tantos horrores… Pero es así. Necesitábamos sobrevivir y seguir luchando sin que nuestra moral se resintiese, así que aprendimos a esconder el miedo y el dolor, a levantar la cabeza y seguir adelante… A pesar de la destrucción… A pesar de tanta muerte…

Sintió que la voz se le quebraba y carraspeó para disimularlo. Hacerse consciente de aquella destrucción parecía reabrir las heridas y hacer que volvieran a doler. Sintió el roce de la mano de Clarice en la suya y levantó la mirada para cruzar sus ojos con los de ella.

—Siento mucho todo lo que estáis pasando.

—No conseguirán doblegarnos. No hay bombas suficientes en toda Alemania ni en el mundo entero para conseguir que el pueblo inglés agache la cabeza —respondió él con orgullo—. Además, como te he

dicho, la frecuencia de los bombardeos ha decrecido muchísimo en los últimos meses. Supongo que la *Luftwaffe*[i] ha encontrado otros objetivos más interesantes…

Su discurso fue interrumpido por el ensordecedor sonido de varias sirenas. Los pájaros de los árboles cercanos cesaron en sus trinos y alzaron el vuelo, cubriendo el cielo de Londres como un mar de saetas negras. El resto de la ciudad se paralizó durante unos segundos, como si todos sus habitantes estuvieran conteniendo la respiración, como si la propia ciudad se hubiera quedado congelada, quizá como una presa que esperara que, si se mantenía lo bastante quieta, los depredadores pasarían de largo. Y, de repente, aquella calma antinatural cesó. Los gritos de alarma y los ruidos de carreras apresuradas se superpusieron incluso al estridente aullido de las sirenas.

Alfred tomó la mano de Clarice y tiró de ella. La chica no le siguió en el primer momento. Estaba paralizada, mirando a su alrededor confusa, como si no entendiera nada. Alfred tiró de ella con más fuerza para sacarla de su estupor.

—Parece que con mis palabras les he invocado. La aviación alemana va a bombardear la ciudad —explicó—. Tenemos que buscar un refugio.

Clarice

Capítulo tres

Me agarré a la mano de Alfred con fuerza, como si fuera una niña que temiera perderse. Él empezó a correr y yo le seguí, esperando que supiera qué hacer en aquella situación. No suelo asustarme con facilidad, pero, en aquel momento, me sentía aterrada. Nunca había vivido un bombardeo y no sabía cómo reaccionar. El sonido de las alarmas me aturdía, los gritos y carreras de la gente con la que nos cruzábamos me asustaba aún más. Lo único que me apetecía era encogerme en el suelo, con los brazos cubriéndome la cabeza, y dejar de ver, de oír, de sentir, rezar con todas mis fuerzas para no estar allí… pero sabía que, si cedía a aquel instinto, era muy posible que acabara muerta. Mi única posibilidad de sobrevivir era seguir sujetando la mano de Alfred y confiar en él.

Dejamos atrás la orilla del Támesis y nos adentramos entre las calles de Londres. Me habría gustado preguntarle adónde íbamos, pero, entre la angustia y la carrera, casi no llegaba aire a mis pulmones. Lo necesitaba todo para seguir corriendo, así que me resultaba imposible hablar.

Desde las calles cercanas se nos iba uniendo más y más gente. Madres que corrían con sus hijos de la mano, otras que llevaban a sus bebés en brazos, mujeres que acompañaban a sus padres ancianos… Personas indefensas que corrían desesperadas en busca de la salvación. Un poco más adelante, se agolpaban para entrar a un edificio de fachada rojiza. Aunque Alfred intentó parar, nos vimos empujados por la multitud que llegaba por nuestra espalda hasta convertirnos en parte de aquella turba alocada que luchaba por encontrar refugio.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este sitio? —le pregunté a Alfred en cuanto recuperé el aliento.

—Es la estación de Aldwich —contestó él dirigiéndome una sonrisa tranquilizadora. A pesar de los continuos zarandeos, él no soltaba mi mano—. Es un refugio. Estaremos a salvo dentro.

La gente que llegaba seguía empujando, azuzada por el continuo ulular de las sirenas. Fuimos avanzando, como si estuviéramos siendo arrastrados por un torrente, y conseguimos cruzar aquella puerta. Por suerte, una vez pasado aquel obstáculo, el pasillo se ensanchaba, convertido en un túnel en el que la gente pudo esparcirse. Apoyé durante un segundo la espalda en la pared y después me incliné hacia delante, con las manos en las rodillas, para intentar recuperar el

resuello y eliminar la sensación de mareo que me invadía. Noté las manos de Alfred en mis hombros. Empujó hacia arriba para hacer que me irguiera y clavó su mirada preocupada en mi rostro.

—¿Estás bien? —preguntó—. Tenemos que continuar. Aquí todavía no estamos a salvo.

Solo pude asentir. No me veía con fuerzas para pronunciar palabra. No sabía lo que me pasaba, pero me sentía tan perdida como una niña que se ha soltado de la mano de su madre entre la multitud, tan desorientada como si me hubiera despertado completamente a oscuras en una habitación que no reconociera como la mía, tan asustada como si en esa oscuridad percibiera el eco de una respiración que no debería estar ahí… Me paralizaba la inminente sensación de ir a morir, la impotencia de pensar que no había nada que yo pudiera hacer para evitar esa muerte tan injusta y a destiempo.

Alfred no me permitió regodearme en aquellas sensaciones. Tiró de mí con fuerza y me hizo correr por aquel pasillo hasta unas escaleras que se internaban en la tierra. Bajamos varios tramos de peldaños, una distancia que se me hizo eterna. Los ojos se me llenaron de lágrimas y la sensación de mareo se intensificó al fijar la vista en los estrechos peldaños de aquella escalera que parecía girar una y otra vez sobre sí misma, como si estuviéramos internándonos en las entrañas de la Tierra.

Nos detuvimos de forma tan brusca que choqué contra la espalda de Alfred. Él se giró hacia mí. Al mirarme, su expresión cambió. Debía de tener un aspecto horrible, porque él me tomó las manos con fuerza y apretó, como si tratara de demostrarme que estaba a mi lado y que no iba a dejarme sola.

—Clarice, tranquila. Ya hemos llegado —susurró con voz suave mientras tiraba de mí hacia una pared.

Sin soltarme las manos ni un solo segundo, me ayudó a sentarme con la espalda apoyada en el muro y se puso en cuclillas frente a mí. Yo anclé mi mirada en sus ojos y empecé a respirar de forma profunda, tratando de calmarme. Me sorprendí perdiéndome en aquellos ojos verdes. Me recordaron a un mar de hierba mecido por el viento, a las copas de los árboles, a las relajantes aguas de los riachuelos de mi amada tierra. Mirando a sus ojos me sentí de nuevo en casa y el miedo pareció ir desvaneciéndose.

—Estoy mejor —le dije cuando la angustia se redujo lo suficiente como para dejarme hablar.

—Te traeré algo para beber —dijo antes de ponerse de pie. Yo me negué a soltar sus manos, pero él me tranquilizó con la sonrisa

confiada que se le dirigiría a un niño asustado—. No voy a tardar nada. Es mejor que vaya ahora antes de que empiece a haber cola.

Asentí y le dejé marchar, aunque no entendía lo que había querido decir. ¿Cola para qué? Solté el aire varias veces en largas bocanadas, mientras me limpiaba el sudor de las manos en la falda. Cuando me sentí más relajada, miré a mi alrededor. Estaba en el andén de una antigua estación de metro, solo iluminada por unas raquíticas lámparas que proyectaban una luz amarillenta y enfermiza. La gente iba apoyándose en las descarnadas paredes de ladrillo rojizo tratando de conseguir un sitio libre para pasar la noche. Un par de soldados paseaban arriba y abajo del andén para mantener el orden.

Me dediqué a mirar los carteles que inundaban las paredes, todos ellos indicaciones de seguridad: "No se acerquen al borde del andén ni sobrepasen la línea blanca". "No formen grupos". "No dejen que los niños jueguen junto a las escaleras, los ascensores ni los trenes". Cuando acabé de leerlos, paseé la mirada por la gente que iba abarrotando los andenes y en todos ellos vi la misma mirada de miedo que debía brillar en mis ojos.

Cuando los andenes empezaron a saturarse, la gente comenzó a bajar a las vías. Como si fuera lo más natural del mundo, colocaron mantas sobre los raíles y se sentaron o tumbaron en el suelo.

—Te he traído un té.

Miré hacia arriba y vi a Alfred de pie a mi lado, con dos vasos de té en las manos. Me los tendió y se sentó en el andén junto a mí.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunté confusa.

—Han instalado una cantina provisional. Se puede conseguir té e incluso pasteles caseros. —Mi cara debía mostrar tal desconcierto que él soltó una risa antes de seguir explicándose—. Esta estación no funciona desde 1940. Los trenes dejaron de pasar para permitir que la gente pudiera utilizar tanto los andenes como las vías para refugiarse. Este sitio está perfectamente habilitado como refugio. Se han instalado retretes, algunos cuartos con literas para los enfermos y los niños más pequeños e incluso una cantina. Hemos tenido suerte de estar tan cerca.

—Yo no le llamaría suerte a estar tan cerca. De hecho, daría todo mi dinero para estar lejos, muy lejos. Al otro lado del Atlántico a ser posible.

—¿Vas a volver a culparme por haberte traído a Londres? —preguntó poniendo una adorable cara de niño triste.

Me reí mientras negaba con la cabeza y empecé a soplar mi té. La

verdad era que aquella bebida no me parecía la más adecuada para una noche de agosto en una estación de metro atestada y mal ventilada, pero tampoco podía ponerme muy exigente dada nuestra situación.

Estaba a punto de llevarme el vaso a la boca cuando cayó la primera bomba. Un ruido ensordecedor atravesó la distancia desde la superficie y retumbó en el túnel. Las paredes vibraron y crujieron como si se quejaran y una lluvia de arenilla se desprendió del techo para caer sobre nosotros. Elevé la vista al techo y vi la infinidad de pequeñas grietas que lo adornaban. Sentí que el aire me faltaba. Todas las toneladas de piedra que se interponían entre nosotros y las bombas y que, hasta ese momento, me habían parecido un escudo, se convirtieron en una nueva amenaza. Me invadió el terror al pensar que, en cualquier momento, el túnel se derrumbaría sepultándonos a todos.

—Shhh, no va a pasar nada. Tranquila —susurró Alfred en mi oído.

Su aliento en mi cuello me produjo un escalofrío. Me di cuenta de que, por el miedo, me había lanzado contra su cuerpo y que, en aquel momento, él me rodeaba con sus brazos. Pensé que aquello no era apropiado, que debería separarme de él, disculparme y dejar de comportarme como una cría asustada. Pero no pude. La siguiente explosión volvió a sobresaltarme e hizo que me apretara aun más contra él. Me abrazó con fuerza, dejando que ocultara la cara en su pecho. La frecuencia de las bombas aumentó. Una, otra, otra… En los pocos segundos que separaban las explosiones lo único que podía oírse eran gritos y llantos. Todas aquellas personas llevaban años soportando bombardeos continuos y no conseguían acostumbrarse. ¿Quién iba a poder acostumbrarse a aquel horror?

Separé la cara del pecho de Alfred, pero no dejé de abrazarle. Solo quería mirar a mi alrededor, comprobar que todo el mundo estaba bien y que las grietas del techo no se estaban haciendo más grandes… Por todos lados se veía gente abrazada: parejas de ancianos, hermanos mayores que consolaban a los más pequeños, madres que apretaban a sus hijos contra su pecho con tanta fuerza como si temieran que fuera a desvanecerse entre sus brazos…

Contemplé a un niño rubio de enormes ojos claros que estaba sentado con su madre a pocos pasos de mí. No debía tener más de dos años, pero parecía la persona más calmada del refugio. No lloraba, ni siquiera parecía asustado. Se limitaba a mirarnos a todos con sus enormes ojos azules. Me di cuenta de que aquel niño había nacido en un mundo en guerra, que para él el ruido de las bombas era tan habitual como lo había sido para mí el sonido de los truenos durante

las tormentas de verano, que aquellas calles destrozadas y llenas de escombros eran el escenario de su infancia… Y me dio tanta pena que volví a ocultar el rostro contra el pecho de Alfred y empecé a sollozar.

Él no me dijo nada, no me pidió que me calmara. Se limitó a abrazarme con más fuerza mientras posaba los labios sobre mi pelo. Me pareció que incluso depositó algunos besos en mi cabeza, pero me dije a mí misma que debía de haberlo imaginado. Poco a poco, el sonido de las bombas se fue espaciando y fue reemplazado por el retumbar del corazón de Alfred contra mi oído. Y, sin darme cuenta, me fui tranquilizando y me quedé dormida.

Cuando desperté, me sentí muy confundida. No entendía por qué estaba tumbada sobre aquel suelo tan frío e incómodo. Ni siquiera podía recordar bien dónde estaba. Cuando fui a moverme, me di cuenta de que no podía. Alguien me estaba abrazando por la espalda. Me quedé muy quieta y, poco a poco, los recuerdos fueron regresando. Debía de haberme quedado dormida entre los brazos de Alfred y él se había encargado de tumbarme en el suelo para que estuviera cómoda y de taparme con su chaqueta para que no tuviera frío. Moví un poco la cabeza, lo suficiente para contemplar el brazo que me rodeaba la cintura. Sí, era Alfred. Reconocí su reloj. Me quedé contemplando su antebrazo. Se había arremangado la camisa y, sobre su piel, más bronceada de lo que era habitual entre los británicos, destacaba un vello fino y moreno. No podría explicar por qué me quedé embelesada contemplando su muñeca, su mano fuerte y de uñas bien cuidadas, la forma en la que sus dedos descansaban sobre mi cintura… Me encontré a mí misma deseando que aquella mano se moviera y me acariciara, que no hubiera ropa que separara esa mano de mi piel… Sentí que un extraño calor surgía de mi vientre y se expandía por todo mi cuerpo y que mi respiración se agitaba. Sin plantearme lo que estaba haciendo, saqué un brazo de debajo de la chaqueta y coloqué mi mano sobre la suya.

Esperé unos segundos hasta estar segura de que Alfred no se había despertado con mis movimientos. Seguía abrazándome desde mi espalda, con su cuerpo muy pegado al mío, con su cabeza justo detrás de la mía. Podía sentir su respiración profunda y acompasada. Su aliento cálido se colaba entre mi cabello, parecía besar mi cuello y acariciar el lóbulo de mi oreja. El calor que me invadía se incrementó. Me sentía muy extraña, confusa, casi mareada, invadida por una sensación de irrealidad y descontrol desconocida. Pensé que lo mejor sería levantarme y apartarme de él. Seguramente dar un paseo por el andén me calmaría. Incluso era posible que los bombardeos ya hubieran cesado y que pudiera salir a la calle a tomar un poco de aire. Sí, aquello era lo que necesitaba, lo más conveniente…

Sin embargo, cuando quise moverme, mi cuerpo se negó a obedecerme. En realidad, no quería separarme de él. Lo que deseaba era que aquel momento se prolongara para siempre. Tenerle tan cerca y al mismo tiempo no ser capaz de obtener más de él se estaba convirtiendo en una tortura, pero era una tortura tan deliciosa que no me sentía capaz de ponerle fin. Sabía que era una mala idea, pero empecé a deslizar mi mano por la suya, acariciando aquellos dedos fuertes, subiendo por su antebrazo para rozar aquel pequeño trozo de piel que quedaba al descubierto. Mi mente se descontroló y me pidió más. Me moría de ganas de seguir acariciándole, de tocar toda su piel, de recorrerla entera con las yemas de mis dedos, con mis labios… Pero incluso en aquel estado de locura supe que no podía hacer nada. Era Alfred, mi superior, y estábamos en un andén de metro rodeados de docenas de personas… No se me ocurría una situación menos favorable para desearle de aquella manera tan apasionada, tan loca, tan enfermiza… Intenté buscar en mi mente algún atisbo de razón que me detuviera, pero no encontré nada. Solo el deseo de recorrer su cuerpo y de que sus manos recorrieran el mío. Sin darme cuenta, eché la cadera hacia atrás para rozarme con él y me sorprendí al notar su erección presionando contra mis glúteos.

Sabía que aquello no significaba nada, que muchos hombres tenían erecciones mientras dormían y, sin embargo, tuve la absoluta seguridad de que estaba así por mí, que, de alguna manera, en sus sueños había notado mi deseo y lo correspondía. En lugar de apartarme, me apreté aún más contra él, mientras de mis labios surgía un gemido ahogado.

—¿Clarice?

Su voz a mi espalda me sorprendió tanto que estuve a punto de soltar un grito. Por suerte, pude contenerlo. Me mordí el labio inferior y, después de un par de segundos en los que recé todo lo que pude para que la tierra se abriera y me tragase, hice lo único que podía hacer: cerré los ojos y respiré de forma acompasada, fingiendo que estaba profundamente dormida.

Noté que se movía a mi espalda. Se incorporó sobre un brazo y se inclinó sobre mí. Me habría encantado abrir un poco un ojo y observar su cara para intentar descubrir en su expresión qué era lo que estaba pensando. ¿Se habría dado cuenta de que había estado acariciándole? ¿Habría notado mi excitación? Noté que un vacío absoluto se abría en mi estómago cuando me pregunté si habría estado despierto todo el tiempo. Aquello me hizo cambiar mis rezos. Necesitaba que cayera un rayo y me fulminara al instante.

Alfred dejó de mirarme, se separó un poco de mí y volvió a

tumbarse. Yo seguí con mi farsa mientras trataba de adivinar qué hacía. Estuvo tumbado un par de minutos, después se giró hacia el otro lado, luego se sentó… Parecía nervioso. Pensé que era normal. Su compañera de división había intentado abusar de él mientras dormía. No era una situación muy cómoda…

Escuché cómo se levantaba y comenzaba a caminar por el andén. Cuando sus pasos empezaron a sonar lejanos, me atreví a abrir un ojo para descubrir qué hacía. Le vi hablando con uno de los soldados que habían estado custodiando el refugio. Estaban fumando un cigarrillo y parecía que mantenían una conversación muy animada.

Me di cuenta de que la gente empezaba a levantarse. Se incorporaban, llamaban a sus parejas, hermanos o hijos con un beso, unas palabras alegres o meciéndoles por el hombro y recogían sus cosas para salir a la calle. Yo también me incorporé y miré mi reloj. Eran las siete y media de la mañana. Los aviones alemanes estarían ya muy lejos. Habíamos conseguido sobrevivir a la noche y que la muerte que llegaba del cielo nos pasara de largo.

Me levanté y me acerqué a Alfred para tenderle su chaqueta. Le sonreí, esperando que a la débil luz de las lámparas que iluminaban la estación, no pudiera percibir el rubor de mis mejillas. Él cogió la chaqueta y me devolvió la sonrisa.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Sí, mucho mejor de lo que esperaba. Debía de estar agotada porque he dormido del tirón y no me he movido en toda la noche.

Le observé detenidamente para saber si se creía aquella mentira. No dijo nada. Le dio una última calada a su cigarrillo, se puso la chaqueta y me señaló las escaleras de salida para que le acompañara. Le seguí sintiéndome intranquila. A pesar de que había intentado esconderla, no se me escapó la mirada suspicaz que me había dirigido. ¿Se había creído alguna de mis palabras o se había dado cuenta de la verdad?

Alfred

Capítulo cuatro

La ciudad volvía poco a poco a la vida. Los habitantes de Londres salían de sus escondrijos con los ojos entrecerrados después de haber pasado tantas horas entre penumbras, como topos que hubieran decidido abandonar la seguridad de su madriguera para dar un pequeño paseo a la débil claridad del alba. Y, al igual que los topos, temerosos de que un búho apareciese desde lo alto para devorarlos, ellos también escrutaban las alturas, como si no se creyeran que la amenaza hubiera pasado de largo.

Alfred salió del túnel y se apoyó en el muro para contemplar la ciudad. Era difícil distinguir si había habido muchos daños. Las pilas de escombros se habían convertido en parte del paisaje habitual. Sin embargo, varias columnas de humo procedentes del este indicaban que los bombarderos se habían cebado con aquella parte de la ciudad. Intentó calcular la distancia para saber si aquella era la zona en la que debían de estar sus compañeros, pero no fue capaz. No conocía Londres tan bien como para poder saberlo.

Encendió un cigarrillo y empezó a fumar con la vista clavada en el cielo azul. Maldijo aquella ausencia de nubes que había permitido a los aviones alemanes sobrevolar la zona con seguridad. El cielo casi siempre gris de Londres había dejado de ser una triste costumbre para convertirse en un anhelado escudo.

Clarice se había apoyado a su lado y contemplaba la ciudad en silencio. Sin decir nada, le quitó el cigarrillo de las manos y le dio un par de profundas caladas antes de devolvérselo. Cuando Alfred se lo llevó a los labios, sintió un nudo en el estómago. Aquel cigarrillo acababa de estar en la boca de Clarice. Era casi como un beso a distancia, una forma de acariciar esos labios que para él estaban prohibidos. Se avergonzó por aquellos pensamientos. ¿Desde cuándo se había vuelto tan cursi? No lo sabía, pero, cuando ella estaba a su lado, se sentía como un adolescente avergonzado delante de su primer amor.

Tenía que conseguir tranquilizarse, pero lo que había sucedido la noche anterior no se lo estaba poniendo fácil. Cuando Clarice se quedó dormida en sus brazos, agotada por tantas emociones, la tumbó en el suelo para que estuviera más cómoda y la tapó con su chaqueta. Notó que, incluso en sueños, estaba temblando, pero se dio cuenta de que no era por el miedo a las bombas. Las baldosas del suelo del andén estaban frías y el ambiente en el túnel era húmedo y desapacible. Se

tumbó tras ella, con su cuerpo tan pegado como era posible para tratar de darle algo de calor.

Enseguida se dio cuenta de que aquello había sido una pésima idea. Sus rizos negros le acariciaban el rostro y, sin pensarlo siquiera, se acercó aún más para percibir su perfume… El aroma a vainilla que desprendía su cuerpo y la visión de la piel de su cuello le resultaron tan turbadores… Sentía ganas de posar sus labios en aquella piel para comprobar si era tan suave como parecía, si su sabor era tan dulce como estaba imaginando. Y entonces ella se movió y sacó una mano de debajo de su chaqueta para empezar a acariciar su antebrazo. Se quedó muy quieto, con todos los sentidos en alerta, preguntándose si la habría despertado, si se habría dado cuenta de lo cerca que estaba, del deseo que le invadía… Pero ella continuó acariciando su brazo con suavidad, de forma mecánica, como si estuviera soñando.

Ese pensamiento hizo que una pequeña hoguera se encendiera en el centro del pecho de Alfred. Si Clarice estaba soñando, ¿con quién lo hacía? ¿Sería con él? Se sintió estúpido ante aquel pensamiento. Por supuesto que no era con él. No había nada entre ellos, no tenían una relación tan estrecha. De hecho, ni siquiera sabía si había un joven en la lejana Montana esperando a que ella regresara. Quizá era un héroe de guerra, un avezado piloto que en aquellos momentos luchaba contra los cazas japoneses en el Pacífico… O un valiente marinero a bordo de un submarino que buscaba barcos alemanes en el Atlántico. La imagen de un joven alto y fuerte, con la mandíbula cuadrada y un hoyito en la barbilla se abrió paso en su mente. Se imaginó a aquel chico, de noche en su litera, sacando de la cartera un retrato en blanco y negro de Clarice, estropeado por haberlo mirado tantas y tantas noches, y sonriendo al pensar que se reuniría con ella cuando acabara la guerra.

Había luchado por apartar aquellos pensamientos dolorosos. Era posible que aquel chico no existiera, que Clarice fuera libre… En aquel momento, eran sus brazos los que la rodeaban, era su piel la que ella acariciaba. ¿A qué venía torturarse con aquellos celos estúpidos e infundados?

Cerró los ojos y se concentró en sentir el momento, sin importar nada más. En el perfume dulce y avainillado de su cuerpo, en la forma en la que sus rizos oscuros le acariciaban el rostro, en el roce delicado de sus dedos acariciando su piel… Empezó a imaginar que ella se giraba y, que, cuando contemplaba sus ojos, veía en ellos el mismo deseo ardiente que le invadía, que todo el resto de los presentes en aquel túnel se desvanecían y que él se lanzaba sobre ella para besarla con urgencia, para acariciar su cuerpo y arrancarle la ropa con torpeza, para hacerla suya en aquel mismo lugar sin importar nada más… Y

entonces notó que ella echaba sus caderas hacia atrás hasta apretar su entrepierna. Sintió que la respiración se le detenía por completo y tuvo que abrir los ojos para asegurarse de que seguían en un atestado túnel de metro y no lanzarse sobre ella para cumplir sus fantasías. Se preguntó por qué habría hecho aquello Clarice. ¿Era parte de sus sueños o se había dado cuenta de lo que estaba provocando en él y estaba intentando demostrarle que ella también le deseaba?

Se apoyó en un codo, se inclinó sobre ella para verle la cara y la llamó por su nombre. No hubo respuesta. Su rostro estaba en calma, sus ojos cerrados, su respiración era profunda y regular… A pesar de la oscuridad, estaba tan cerca de ella como para darse cuenta de que un ligero rubor cubría sus mejillas. Quizá se debía a lo que estaba soñando… y tuvo que volver a recordarse que, muy probablemente, no soñaba con él. No supo cómo reaccionar… Se tumbó, se sentó en el andén, se volvió a tumbar… Su deseo por ella no se desvanecía y tenerla a su lado dormida, tan indefensa y deseable, era demasiada tentación. Se recordó a sí mismo que era un caballero y que jamás osaría ponerle una mano encima a una dama sin su consentimiento y se levantó para irse a fumar un cigarrillo al otro lado del andén, lo más lejos posible de ella.

—¿En qué piensas?

La voz de Clarice le devolvió a la realidad. Había estado tan ensimismado en sus recuerdos que casi había olvidado que se encontraba en una calle de Londres al amanecer con la causa de sus desvelos justo a su lado. Ella sonrió y volvió a quitarle el cigarrillo de las manos para darle unas caladas. Cuando lo terminó, lo tiró al suelo, lo apagó con la punta de uno de sus zapatos de tacón y se le quedó mirando con los brazos en jarras.

—Nada, tonterías —contestó mientras se frotaba la cara para despejarse—. Supongo que uno nunca termina de acostumbrarse a los bombardeos.

—Eso sería imposible. —Ella bajó la mirada al suelo, como si se avergonzase—. Creo que no había pasado tanto miedo en toda mi vida.

—Pues has tenido suerte, porque, desde hace un par de años, los bombardeos nazis son mucho menos frecuentes. —Alfred le tendió el brazo y, contra todo pronóstico, Clarice apoyó la mano en su codo y comenzó a caminar a su lado mientras él continuaba explicándose—. Durante los primeros años de la guerra, eran casi continuos. Hitler se propuso doblegar nuestra moral destruyendo la ciudad y matando a todos los civiles posibles, pero no contaba con la legendaria cabezonería de los ingleses. Somos la nación más orgullosa de la

Tierra. Nadie ha podido nunca conquistarnos y los alemanes no iban a ser los primeros.

Se le escapó una sonrisa de autosuficiencia que hizo que ella resoplara y soltara una risa:

—¿Tengo que recordarte que nosotros, los americanos, os ganamos una guerra? —preguntó con tono sarcástico.

—Os dejamos ganar —bromeó él—. Nos dimos cuenta de que era mejor no tener ningún tipo de relación con gente tan loca como para tirar el té al mar.[ii]

—Por supuesto —dijo ella, esbozando una sonrisa—. Ahora me entra la duda de si os habrán conquistado alguna vez y simplemente no queréis verlo.

—Piensa lo que quieras. La realidad es que Hitler ordenó bombardear sin descanso la capital y otras ciudades inglesas de importancia. Los bombardeos eran casi diarios y se cebaban con objetivos civiles. No respetaban nada. Bombardearon barrios residenciales, hospitales, escuelas, iglesias, orfanatos… Su idea era que nuestra moral se redujera y acabáramos rindiéndonos y pidiendo un armisticio, como había hecho el gobierno francés.

—¿Pero no funcionó? —aventuró ella.

—No funcionó. —Alfred hinchó el pecho con orgullo—. Se calcula que en esa campaña murieron más de cuarenta y tres mil personas y que un millón de viviendas quedaron destruidas, pero el pueblo inglés no se rindió. Fue una época terrible: cadáveres en las aceras, regueros de sangre por las calles, barrios enteros en llamas destruidos por las bombas incendiarias, decenas de sótanos y estaciones de metro reconvertidas en refugios…

—No puedo ni imaginar lo horrible que tuvo que ser…

—Sí, durante unos años los ingleses no pudimos llevar una vida normal. Nuestro único objetivo era sobrevivir y proteger a los nuestros… Pero resistimos. Gracias a la valentía y la pericia de nuestros pilotos de la RAF y a nuestro sistema de radares, los alemanes empezaron a tener cada vez más bajas y a comprender que no iban a ganar esa batalla. Decidieron bombardear solo de noche, ya que nuestros aviones les causaban demasiado daño. Después, empezaron a usar aviones que volaban más bajo para despistar a nuestros radares… Pero nada de eso sirvió. En mayo del 41, Hitler ordenó un último bombardeo masivo para destruir los edificios históricos más emblemáticos de la ciudad, como si fuera un niño con un berrinche que decide romper los juguetes de sus compañeros antes de marcharse a casa, y decidió centrarse en la invasión de la Unión

Soviética.

—Pero si ya no planean invadiros, ¿a qué vino el bombardeo de anoche? —preguntó Clarice.

—Siguen bombardeándonos de vez en cuando. Debe ser para que no se nos olvide que están ahí y que seguimos estando en su punto de mira, que en cualquier momento, si consiguen vencer en el frente ruso o en el norte de África, el águila nazi volverá a girar su cabeza hacia Inglaterra y se lanzará sobre nosotros para destruirnos —respondió él mientras se encogía de hombros—. Solo estamos libres de momento, pero al menos los bombardeos son mucho menores. Llegaron a tirarnos tres mil bombas en una sola noche. Lo de ayer fue una tontería en comparación.

Se giró hacia ella y vio que la chica se estremecía. Alfred imaginó el miedo que habría pasado la noche anterior y lo horrible que debía haber sido para ella enfrentarse a su primer bombardeo. Una pizca de resentimiento cruzó por su mente. Para los americanos era muy fácil decir que estaban en guerra contra Alemania con la seguridad que les daba tener todo un océano como escudo. Sus ciudades no estaban siendo bombardeadas, sus barrios no se consumían en llamas, sus calles no quedaban alfombradas de cadáveres…

Se mordió la lengua y prefirió no decir nada. Clarice era americana, pero no era la culpable de las decisiones de su país. Había muchos grupos de poder que se negaban a enviar tropas de tierra a la asolada Europa. Mientras Estados Unidos se limitaba a batallar en el Pacífico y en el Atlántico, sabiendo que su territorio estaba a salvo, Europa se desangraba. Pero ni Clarice ni sus compatriotas, cada vez más favorables a una mayor intervención en la guerra, tenían la culpa de aquello.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Clarice.

Alfred se sorprendió. Había estado tan concentrado en sus pensamientos, que ni siquiera había sido consciente de que dejaba escapar un largo suspiro de frustración. Había ido caminando, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada baja, fija en los adoquines de la acera, sin darse cuenta siquiera de por dónde caminaban. Por suerte, su cuerpo había decidido por él y les había guiado por el camino correcto. Al levantar la cabeza, vio que habían estado caminando al lado de un parque y que, al otro lado de la calle, ya se podía ver la plaza en la que se levantaba el Memorial de la Reina Victoria y la verja negra y dorada que rodeaba el palacio de Buckingham.

—Ya casi hemos llegado —dijo, señalando hacia allí.

—¿No deberíamos haber vuelto a la Torre de Londres para ver cómo están los demás?

—No sé si seguirán allí. Lo mejor será que entremos en el palacio, nos presentemos y pidamos permiso para usar el teléfono. —Alfred la tomó del brazo para que cruzaran juntos la calle.

—Creo que no va a hacer falta —repuso Clarice con una sonrisa adornando su rostro en cuanto pusieron el pie en la acera—. Mira quiénes están ahí.

Alfred miró en la dirección que ella señalaba y también sonrió. Sus tres compañeros estaban sentados en las escaleras de mármol blanco del Memorial, rodeados de maletas. Cuando les reconocieron, los tres se levantaron de un salto y, dejando el equipaje sin vigilancia, corrieron hacia ellos. Antes de que pudiese decir nada, Alfred ya había recibido un par de fuertes palmadas en la espalda de Nigel y tenía a Wendy rodeándole con los brazos. Tan solo Irma mantenía la compostura mientras trataba de contener la risa al ver su expresión de incomodidad. Aguantó unos segundos y después carraspeó un par de veces para tratar de hacerle ver a Wendy que aquella no era una forma adecuada de comportarse con su oficial al mando. Ella le soltó, pero, en lugar de avergonzarse, se lanzó a abrazar a Clarice.

—Estábamos preocupadísimos por vosotros —dijo Irma en un intento de disculparse por el comportamiento de sus compañeros—. No sabíamos si habríais podido refugiaros del bombardeo ni si estaríais bien…

—Pasamos la noche en una estación de metro —explicó Clarice —. ¿Y vosotros?

—Hay una cripta debajo de la Torre Blanca. —Wendy había dejado de abrazar a Clarice, pero se negaba a soltar su mano, como si le diera miedo volver a separarse de ella—. Un sitio horrible, frío, oscuro, húmedo… Y el ruido de las bombas sonaba tan cerca… Pensé que íbamos a morir.

Alfred sonrió comprensivo. Wendy no era de Londres, sino de un pequeño pueblecito pesquero en la costa oeste de Inglaterra que seguramente nunca había sido objetivo de la aviación alemana. Era muy probable que, al igual que para Clarice, aquel hubiera sido su primer bombardeo.

—Hemos traído todas nuestras cosas, tal y como nos indicaste ayer. —Irma señaló las maletas desperdigadas sobre las escaleras del monumento y todos se pusieron en marcha hacia allí.

—Sí, hemos traído también vuestro equipaje —intervino Nigel —, pero no nos habéis explicado para qué queríais que nos

reuniéramos aquí.

—Este va a ser nuestro nuevo hogar. —Alfred señaló la imponente fachada del palacio—. Ya no vamos a cuidar de los cuervos. Ahora que sabemos que el verdadero objetivo es el rey, debemos velar por su seguridad y descubrir si alguien va a atentar contra él.

—Una pena —dijo Nigel antes de cargarse su petate a la espalda—. Ahora que los cuervos han dejado de morirse…

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Clarice.

—Que esta noche no ha muerto ninguno —explicó Nigel—. Cuando hemos salido de la cripta al amanecer, nos hemos acercado a las jaulas y hemos visto que nuestros siete cuervos siguen vivitos y coleando.

—¿Crees que eso puede significar algo, Clarice?

Ella se mantuvo en silencio unos segundos antes de contestar. Finalmente, esbozó una tímida sonrisa.

—Me gustaría pensar que sí, que el hecho de que hayamos descubierto que la muerte de los cuervos era un presagio de la muerte del rey y que ahora estemos aquí dispuestos a impedirlo lo haya detenido todo. —Su sonrisa se hizo más amplia y sus ojos brillaron al mirarle—. Quizá signifique que estamos en el buen camino, que vamos a poder detener la caída de la Corona.

Alfred le devolvió la sonrisa, recogió su maleta e indicó a todo el equipo que se dirigieran hacia la verja de entrada del palacio. Se quedó rezagado un par de pasos, escuchando cómo se contaban unos a otros sus vivencias de la noche anterior y cómo celebraban que todos los cuervos de la Torre siguieran vivos como un buen presagio del éxito de su misión. Prefirió no acercarse y bajarles la moral. Él no creía que detener el plan de los nazis fuera a ser tan fácil.

Clarice

Capítulo cinco

Después de ponerme el uniforme que me habían entregado, salí de mi nueva habitación y seguí el pasillo intentando encontrar la zona de las cocinas. Aunque me habían dicho que, debido a las restricciones por la guerra, la mayoría de las estancias del palacio estaban clausuradas, aquel lugar seguía siendo enorme y laberíntico. Recorrí varios pasillos desiertos y poco iluminados, sintiéndome más inquieta a cada paso que daba.

Aquel palacio distaba mucho del lujo y la comodidad que yo había esperado para el alojamiento de unos reyes. La mayoría de las lámparas estaban apagadas, no había fuego en las chimeneas e incluso en algunas estancias faltaban los cristales de las ventanas, lo que convertía aquellos pasillos en fríos y húmedos corredores. Casi daba la impresión de que el lugar estuviera abandonado, de que yo fuera la única moradora de aquellas estancias inhóspitas y desiertas.

Oí el familiar estruendo de los cacharros entrechocando y, al girar una esquina, el hedor de la col hirviendo inundó mis fosas nasales. Odiaba aquel olor desde pequeña, pero al menos me indicaba que no me había perdido y que las cocinas estaban cerca. Caminé durante un par de minutos más hasta llegar a unas puertas dobles. Tras abrirlas, me encontré en las enormes cocinas del palacio.

En aquel momento, solo estaban ocupadas por tres mujeres. Una anciana enjuta que fregaba unas cazuelas tan enormes que parecía imposible que pudiera manejarlas, una joven que se afanaba en llevar sacos de legumbres y cereales a una pequeña estancia lateral que debía ser la despensa y una mujer de unos cuarenta años que, nada más traspasar yo la puerta, dejó de remover el contenido de una enorme olla para apoyar las manos en sus generosas caderas y mirarme con desconfianza.

—¿Y tú quién eres? —preguntó suspicaz.

—Esto… Soy Clarice, la nueva ayudante de cocina —señalé mi delantal, como si aquello lo explicara todo.

—Sí, me habían avisado de que vendría una chica nueva. —A pesar de sus palabras, siguió mirándome con aire receloso—. Tú no eres de por aquí…

No sé cómo lo hizo, pero aquella frase no sonó como un comentario casual o una observación inocente. Sonó como una acusación de alta traición en toda regla. Carraspeé incómoda y crucé los brazos frente al

pecho para sentirme menos expuesta.

—No, esto… Soy americana… De Montana.

—¿Y qué hace una chica de Montana en Londres?

Durante un par de segundos, permanecí en silencio, preguntándome si estaba obligada a darle explicaciones a aquella mujer. ¿No se suponía que Churchill había dado orden de que se nos permitiese acceder al palacio? ¿No debería haber preparado también una buena historia que nos sirviera de coartada y habernos informado de ella?

—Bueno… Yo, esto… Vine aquí por amor…

La mujer enarcó la ceja derecha y se me acercó un par de pasos sin separar las manos de sus caderas. Era un palmo más alta que yo y me sacaría unas cincuenta o sesenta libras, así que resultaba bastante imponente, pero levanté la barbilla y clavé mis ojos en los suyos para demostrarle que no me asustaba.

—¿Por amor? —preguntó con un tono que indicaba que no se creía nada.

—Sí, comencé una relación por correspondencia con un caballero inglés viudo… Un amigo de un familiar lejano… Nos escribimos un par de años y, finalmente, decidí venir a conocerle para que pudiéramos casarnos…

Hasta yo me di cuenta de que mi historia hacía aguas por todas partes, pero ya no podía recular. La cocinera asintió, animándome a continuar.

—¿Y qué pasó cuando llegaste? ¿Os casasteis?

—No, el muy sinvergüenza ya estaba casado… Me encontré en Londres perdida, sin nadie a quien acudir y sin dinero para pagar el billete de vuelta a mi país… Y entonces estalló la guerra.

—¿Y cómo has conseguido un puesto en palacio sin tener contactos? ¿Tan buena cocinera eres?

Por un momento, pensé en mentir y decirle que sí, que mis habilidades culinarias me habían hecho merecedora de un puesto en la cocina real, pero desistí de inmediato. A mi madre siempre le había encantado cocinar para toda la familia y no solía permitir que pusiéramos un pie dentro de sus dominios. Yo sabía cocinar lo justo para no morirme de hambre y, si tenía que ser sincera, la mitad de los días la comida estaba cruda y la otra mitad quemada. Quizá Dios me había bendecido con muchos dones, pero la habilidad en la cocina no era uno de ellos.

—La verdad es que no… Pero aprendo con mucha facilidad y tengo

muchas ganas —dije fingiendo entusiasmo.

—Sí, claro, eso dicen todas, pero esto es la cocina del palacio de Buckingham. Hacemos comida para más de cincuenta personas todos los días. No es suficiente con tus ganas. Hay que trabajar de verdad.

Asentí, bajé la cabeza en señal de humildad y junté mis manos en el regazo, delante del blanco delantal. Aquella demostración de obediencia pareció aplacar al dragón.

—Está bien… Supongo que has llegado aquí recomendada por alguien importante. —Me limité a asentir sin levantar la cabeza ni atreverme a enfrentar su mirada—. Te pondré a prueba unos días. Sígueme.

Me llevó hasta una oscura esquina de la cocina, lo bastante lejos de los fogones como para que hasta allí no llegara el calor del fuego. Se detuvo delante de una pila de patatas más alta que yo y la señaló.

—Ve pelando patatas —ordenó.

—¿Cuántas? —pregunté asustada ante la idea de que aquello fuera una especie de condena eterna en el infierno: pelar patatas para siempre en un rincón húmedo y oscuro.

—Pela hasta que yo te ordene parar —contestó confirmando mis peores temores—. Hoy vamos a hacer estofado de Lancashire para comer y tenemos que cubrir la escasez de cordero con muchas patatas y cebollas.

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos. No tenía ni idea de qué estaba hablando aquella mujer. Cuando vi que volvía a enarcar la ceja derecha, fingí una sonrisa y asentí entusiasmada.

—No sabes lo que es un estofado de Lancashire. —Se alejó de mí bufando y meneando sobre su cabeza la cuchara de madera que aún llevaba en la mano—. Debes de tener amigos muy poderosos para haber conseguido entrar aquí sin tener ni idea… Ya me enteraré, ya… Que ha venido por amor, dice… Como si no hubiera buenos mozos en su tierra…

Siguió refunfuñando mientras se alejaba. No supe si echarme a reír o enfadarme con ella por ser tan cotilla. Parecía furiosa porque no le hubiera contado mi vida. Me planteé si sería solo curiosidad o si habría algo más… Aquella matrona inglesa no acababa de encajar con la idea que yo tenía de un espía nazi, pero un buen espía sería alguien que no lo pareciese. Y aquella mujer se encargaba de preparar día tras día la comida de la familia real inglesa... Ya que iba a tener que pasar muchas horas en aquella cocina, lo mejor sería que no la perdiese de vista.

Me senté en un pequeño taburete y cogí una patata de la pila para empezar con mi particular condena, mientras me planteaba que, cuando me dijeron que iba a formar parte de una de las divisiones de élite del servicio secreto británico, jamás me imaginé que acabaría haciendo aquello.

Ya era casi medianoche cuando me dirigí a mi cuarto arrastrando los pies. Me encontraba tan agotada que me detuve, levanté la cabeza y contemplé la puerta del final del pasillo. Me pareció que estaba a varios universos de distancia y que no sería capaz de llegar hasta mi habitación… Si aquella era mi habitación… Ni siquiera estaba segura de no haberme desorientado.

Por suerte para mí, una puerta se abrió un poco más adelante. Irma salió de su cuarto, me vio y se acercó a mí sonriente. Se colocó a mi lado y me tomó la mano. Cuando me di cuenta de que trataba de guiarme por el mismo camino que yo acababa de recorrer, decidí no moverme y continuar clavada al suelo.

—Vamos, tenemos reunión en la habitación de Alfred —susurró—. No pueden vernos aquí.

Solté un largo suspiro y me puse en marcha, mientras le lanzaba una mirada de nostalgia a la puerta de mi cuarto. Adiós, tranquilidad. Adiós, descanso. Adiós, cama…

—¿Una reunión para qué? —protesté con voz compungida.

—Para poner en común lo que hayamos descubierto —contestó Irma sin parar de tirar de mí ni un solo momento.

—Yo no tengo nada que informar. Solo he descubierto que odio la cocina mucho más de lo que pensaba. Odio pelar patatas, odio picar cebollas, odio fregar cacharros y, sobre todo, odio este horrible olor a col que se me ha pegado a la ropa y al pelo y que no voy a poder quitarme de encima nunca.

Irma negó con la cabeza, como si quisiera restarle importancia a mis quejas, y soltó una risita. Me hubiera gustado matarla, pero incluso en mi estado de agotamiento profundo, recordé que aquello estaría mal.

—Ya hemos llegado —anunció.

Irma dio un par de golpes quedos en la puerta y, tras escuchar una invitación desde dentro, abrió y tiró una vez más de mí para hacerme pasar. Cuando entré, vi que ya estaban todos allí. Eché una mirada al dormitorio de Alfred. Era mucho mejor que el mío. Mientras que yo tenía que conformarme con una habitación oscura y estrecha decorada con una cama de muelles oxidados y un armario

desvencijado, a Alfred le habían asignado una amplia estancia con una mullida cama de matrimonio, un enorme armario, estanterías para libros y una especie de pequeña salita con una mesa de centro, un cómodo sofá y un par de sillones para recibir a las visitas o leer al lado de la ventana. Miré con suspicacia una puerta colocada en el lateral.

—¿Eso es un baño privado? —pregunté.

—Claro —respondió Alfred—. Si lo necesitas, puedes usarlo.

Me limité a mirarle con odio mientras pensaba en el baño que yo tenía que usar, un cuchitril frío y oscuro que debía compartir con todos mis compañeros de pasillo.

—¿Por qué tienes una habitación tan buena?

—Esto… Yo… Soy teniente del ejército británico y me han concedido un puesto como guardaespaldas personal del rey. ¿Qué habitación quieres que me asignen?

—No sé… Pensaba que estábamos en el mismo equipo y que todos teníamos los mismos derechos, pero claro, yo solo soy una emigrante expatriada sin ningún tipo de habilidad reseñable que tiene que conformarse con pelar patatas y cebollas.

—¿Te pasa algo, Clarice? —preguntó preocupado.

Vi que iba a acercarse a mí con aire solícito y levanté la palma de mi mano para detenerle. Suspiré y traté de calmarme. Él no tenía la culpa de aquello.

—No, no pasa nada. Es solo que estoy muy cansada. Acabemos con esto lo antes posible, por favor.

Sin pensar bien en lo que hacía, me dejé caer en la enorme cama. Sí, era tan cómoda y mullida como parecía. Me dio la impresión de que el colchón me abrazaba, de que los cojines me rodeaban, de que mi cuerpo se hundía y se dejaba llevar a la inconsciencia. Tuve que hacer un esfuerzo para ponerme de medio lado y apoyarme sobre un codo para mirar a mis compañeros.

Alfred me observaba estupefacto. Supuse que las damas que él trataba no solían tumbarse en su cama sin aviso previo, pero me dio igual. Lo único que quería era acabar con aquello lo antes posible e irme a dormir.

—Bien, empecemos… —Alfred agitó un par de veces la cabeza como si pretendiera aclarar sus pensamientos—. Ya ha pasado otro día y solo nos quedan cinco para detener el cumplimiento de la profecía, así que tenemos que descubrir cuál es el plan de los nazis e impedirlo. ¿Habéis encontrado algo? —Todos nos mantuvimos en silencio—. ¿Wendy? Tú eres la encargada de observar a todo el mundo que entra

y sale del palacio. ¿Has visto algo raro?

—La verdad es que no —contestó ella mientras se encogía de hombros.

—¿No has detectado nada con tu poder? —insistió Alfred.

—No, lo siento. He visto auras de muchos colores, gente con muchos sentimientos diferentes, pero nada sospechoso. Nadie parecía especialmente malvado, ni loco, ni con capacidades mágicas especiales… —Al ver la expresión de desilusión de Alfred, se apresuró a seguir hablando—. Pero seguiré observando. Si ese espía nazi pasa frente a mí, lo sabré.

—Muchas gracias, Wendy. ¿Y los demás? ¿No habéis visto nada sospechoso?

—Me he pasado el día en las cuadras y no he visto nada raro —intervino Nigel—. Tampoco es que ahora mismo se usen mucho los caballos, así que los otros dos mozos y yo casi no tenemos trabajo. Nos hemos pasado el día tumbados sobre un montón de paja dándole tragos a una botella de *whisky* barato y fumando cigarrillos. La única forma de que esa gente suponga un peligro para la Corona es que se emborrachen tanto como para quedarse dormidos con un cigarrillo encendido y que le peguen fuego al palacio.

Le miré con odio. No era justo que él se hubiera pasado todo el día haciendo el vago mientras yo me veía condenada a trabajos forzados sin haber hecho nada malo para merecerlo.

—A mí me han asignado un trabajo de doncella —intervino Irma como si pretendiera consolarme—. Un trabajo muy cansado… Todo el día limpiando, haciendo camas… Pero el ambiente es muy bueno. Todas las chicas parecen muy simpáticas. Son mujeres normales, con sus maridos, sus hijos… No puedo imaginarme a ninguna de ellas atentando contra la Corona.

—¿Y tú, Clarice? —preguntó Alfred con voz apenada, como si esperara que yo no le defraudara y anunciara algún gran descubrimiento.

—Nada de nada —dije tras negar con la cabeza—. Me encantaría decirte que Molly, la cocinera jefe, es la espía nazi y que la encerrarais y tirarais la llave al Támesis, pero la verdad es que, por mucho que la odie, tampoco le veo madera de espía. No sé si este plan va a funcionar.

—Claro que va a funcionar —nos animó Wendy—. De hecho, ya está funcionando. Hoy tampoco ha muerto ningún cuervo. Quizá no sepamos qué es lo que estamos haciendo, pero, de alguna manera,

algo hemos hecho o vamos a hacer que va a detener la profecía.

Como si fuera una respuesta a sus palabras, un par de golpes en la puerta de la habitación nos sobresaltaron. Alfred se puso un dedo sobre los labios para indicarnos que debíamos permanecer en silencio, apagó las luces de la habitación, dejando solo una pequeña lámpara de lectura y nos señaló la puerta del cuarto de baño para que nos escondiéramos dentro. Entré la última y me quedé espiando por la rendija de la puerta, que había dejado entreabierta. Vi que se sacaba los faldones de la camisa, se arremangaba y se soltaba un par de botones. Después, agarró un libro de la estantería y se acercó a la puerta de la habitación.

—¿Teniente Mitchell? —escuché preguntar a una voz joven y masculina.

—Sí, soy yo —contestó Alfred con tono somnoliento—. Debe ser muy tarde… Creo que me he quedado dormido leyendo.

—Casi la una, señor. Lamento molestarle tan tarde, pero ha llegado un mensaje prioritario de la Torre de Londres.

—Sí, yo mismo di la orden de que me avisaran a cualquier hora. Ha hecho bien, soldado. Puede retirarse.

Cerró la puerta y se quedó apoyado contra ella con un sobre en las manos. Todos salimos del baño y nos quedamos mirándole preocupados. Estábamos seguros de que eran malas noticias. Alfred tomó aire y lo expulsó en un largo soplido mientras se disponía a abrir el sobre.

Bajé la mirada y la clavé en el suelo mientras contenía la respiración, al igual que todos los presentes. Era tal el silencio que pude escuchar con claridad el sonido del sobre al rasgarse, de un modo que me pareció cruelmente lento. Me entraron ganas de lanzarme sobre Alfred, arrebatarle el sobre y leer el mensaje por mí misma, pero me contuve. Sabía lo que iba a decir ese mensaje. Todos lo sabíamos. Anunciaba la muerte de otro cuervo y echaba por tierra nuestras esperanzas de haber detenido la profecía.

Estaba tan segura de que aquel iba a ser el mensaje que la reacción de Alfred al leerlo me sorprendió. Lanzó un gemido de sorpresa, se apoyó contra la puerta que tenía a su espalda y se pasó una mano por el pelo mientras seguía mirando el papel con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse lo que estaba leyendo.

—¿Qué pasa, Alfred? ¿Ha muerto uno de los cuervos? —pregunté para facilitarle la labor de darnos la mala noticia.

—No. Tres.

Había contestado en voz tan baja que durante unos segundos pensé que le había escuchado mal. Después, pensé que no le estaba entendiendo.

—¿Cómo que tres? ¿Tres cuervos muertos? —Irma salió del estupor, se acercó a él y le arrebató el papel de las manos para leerlo por sí misma—. No puede ser. Munin, Erin y Harris.

—¿Eso quiere decir que solo quedan cuatro? —preguntó Wendy, también confusa.

Alfred asintió y, sin decir palabra, regresó al sillón que había estado ocupando y se derrumbó sobre él. Todos nos quedamos en silencio durante unos segundos, con las cabezas bajas, como si no quisiéramos cruzar nuestras miradas y ver en los ojos de los demás el mismo miedo que nos estaba carcomiendo a todos y cada uno de nosotros: que no sabíamos qué teníamos que hacer y que nos sentíamos perdidos y pequeños frente a una organización tan poderosa como la Ahnenerbe. Irma carraspeó y empezó a decir las palabras que todos estábamos pensando.

—No lo hemos detenido... No vamos a ser capaces de detenerlo. Quizá deberíamos hablar con el primer ministro y decirle la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Alfred levantando la cabeza para mirarla.

—Que todo esto nos queda grande —estalló Irma, extendiendo los brazos a ambos lados—. ¿Qué somos? Un soldado, una bruja, una vidente, una hipnotizadora, un chico que dobla cucharillas…

—Soy ilusionista —la interrumpió Nigel, molesto.

—Da igual lo que seas —Irma se oprimió las sienes con las manos—. ¿Qué podemos hacer nosotros contra los nazis?

Volvimos a quedar en silencio, sin movernos siquiera. Sabía que lo que acababa de decir Irma era la verdad, lo que todos estábamos pensando aunque ninguno nos hubiéramos atrevido a decirlo… Sin embargo, había algo dentro de mí que se rebelaba, que no quería rendirse, una pequeña chispa de esperanza que quería crecer y obligarme a seguir luchando. Por suerte, Alfred se levantó del sillón dispuesto a alimentar esa chispa. Se irguió, esbozó una sonrisa y empezó a hablar mientras paseaba su mirada brillante por todos nosotros.

—Yo no soy solo un soldado —dijo—. Soy vuestro líder. Y vosotros no sois solo una bruja, una vidente, una hipnotizadora y un ilusionista. Sois la División OpenMind. Puede que ahora nos sintamos pequeños, perdidos e insignificantes, pero somos la jodida división que va a derrotar a los nazis.

Me mordí los labios para contener las lágrimas que me quemaban en los ojos. Tenía tantas ganas de creerle, pero, al mismo tiempo, sentía tanto miedo de fracasar… En ese momento, los ojos de Alfred se cruzaron con los míos y su sonrisa se ensanchó, se llenó aún más de esperanza y confianza.

—Yo no tengo ningún poder, pero lo sé, lo siento aquí dentro. —Se dio un par de golpes en el pecho con el dedo índice—. Veo lo que sois, lo que llegaréis a ser y sé que vais a ser muy grandes. Por mucho miedo que nos dé, es posible que el desarrollo de esta guerra dependa de nosotros. De hecho, la vida del rey de Inglaterra ya depende de nosotros. Y vamos a salvarle. No tengo ninguna duda de que lo conseguiremos.

Irma volvió a negar con la cabeza, pero vi que en sus labios se dibujaba una tímida sonrisa. El discurso de Alfred parecía haber hecho mucho más efecto en Wendy y Nigel, que sonreían abiertamente.

—Y ahora os vais a ir todos a dormir porque mañana tenemos que detener a un espía. Vamos, fuera de mi habitación.

Alfred abrió la puerta de su cuarto y nos señaló el pasillo. Dejé que los demás se adelantaran para ser la última en marcharme. Me quedé mirándole: su camisa remangada, su pelo revuelto y ese porte confiado que me resultaba tan atractivo… Me acerqué a paso lento, para dejar que los demás se alejasen lo suficiente como para que no nos escucharan y me coloqué frente a él. Levanté la cabeza y clavé la mirada en aquellos ojos verdes en los que cada día me gustaba más perderme.

—Tienes razón: eres un líder. Un gran líder, el mejor líder que podríamos tener. —Me puse de puntillas y deposité un suave beso en su mejilla—. Lo conseguiremos.

Alfred

Capítulo seis

Alfred decidió dar otro paseo por el palacio. A pesar de que se suponía que estaba asignado a la guardia personal del rey, el mismo Churchill había dado orden de que se le diera libertad para moverse por donde quisiera, por lo que no solía pasar mucho tiempo al lado del monarca. Aún quedaban cuatro días para que el agente que los nazis habían infiltrado atentara contra el rey, así que podía marcharse sabiendo que, al menos de momento, no iba a sucederle nada malo. Si los días pasaban y seguían sin descubrir al culpable, aquello cambiaría y tendría que convertirse en la sombra del soberano. Tenía que aprovechar aquella libertad para recorrer todo el palacio, observar a sus habitantes y tratar de descubrir al infiltrado lo antes posible.

Pasó al lado del mostrador de recepción en el que se encontraba Wendy. En aquel momento, un hombre gordo con bombín y un frondoso mostacho estaba colocado frente a ella, deletreándole su apellido. La joven apuntó todos sus datos y, después, comprobó la documentación que él le había pasado. Cuando estuvo conforme, se la tendió al hombre. Alfred se dio cuenta de que, durante unos segundos, ella siguió manteniendo la documentación en su mano, mientras clavaba la mirada en la figura de su interlocutor. Alguien que no hubiera sabido lo que estaba pasando no se habría dado cuenta, pero la chica acababa de atisbar el aura de aquel individuo y, por suerte para él, no debió ver nada raro, porque le sonrió, soltó sus documentos y le deseó una buena mañana.

Alfred pasó junto a ella y la saludó con un gesto de la cabeza. Ella le devolvió el saludo y le guiñó un ojo para hacerle entender que todo iba bien. Antes de seguir su camino, Alfred echó un vistazo a la fila de gente que esperaba para entrar. Decenas de personas llegaban cada día para entrevistarse con el rey o la reina, pedir audiencia, negociar con el servicio para ofrecerles algún producto… Se preguntó si el agente que iba a tratar de matar al rey intentaría entrar por aquella puerta dentro de cuatro días o si, por el contrario, ya estaría dentro, infiltrado entre ellos. Si no lo encontraban para el día del atentado, tendrían que tomar medidas. Buckingham debería cerrar a cal y canto. Sin embargo, aquello no le preocupaba demasiado. No sabía por qué, pero algo en su interior le decía que la amenaza no llegaría de fuera, que el peligro ya estaba oculto entre los muros del palacio. No podía explicar cómo lo sabía, pero lo sentía en su interior como una certeza inapelable, más allá de toda discusión. Sonrió al pensar que, si estaba en lo cierto, quizá debería plantearse que él también tenía algún poder

que todavía no le habían descubierto.

Continuó su camino. Recorrió varios pasillos y fue cruzándose con decenas de criados, mayordomos, doncellas, mozos de servicio, soldados de la guardia… Al cruzar una puerta, se encontró con un patio interior en ruinas. Reconoció el lugar. Lo había visto en las noticias que proyectaban en el cine antes de las películas. Era el patio en el que habían caído varias bombas durante uno de los bombardeos nazis, muy cerca del lugar en el que, en aquel momento, habían estado los reyes, que habían resultado ilesos de milagro. Ni siquiera lo habían reparado. Todos los cristales de las ventanas que daban al patio estaban rotos, en el suelo se amontonaban los cascotes y un agujero en el muro de la capilla dejaba ver su interior en ruinas y el órgano destrozado. No pudo adivinar si aquel estado de abandono se debería a la falta de financiación, ya que los reyes habían decidido someterse a las mismas restricciones que estaba sufriendo su pueblo, o si servía de recordatorio de aquellas palabras que la reina había pronunciado tras el bombardeo:

“Me alegro de que nos hayan bombardeado. Me hace sentir que puedo mirar al East End a la cara”

Aquellas frases la habían hecho merecedora del respeto de todo su pueblo y del mismísimo Hitler, que la había nombrado “la mujer más peligrosa de toda Europa”.

Se apoyó en una columna del patio y encendió un cigarrillo mientras seguía mirando aquellas ruinas. Hitler tenía razón al decir aquello de su reina. Tanto ella como su marido se habían convertido en poderosos símbolos de la resistencia del pueblo británico. A pesar de los bombardeos continuos sobre la ciudad y de que las bombas nazis habían llegado a golpear varias veces su residencia, se habían negado a abandonar Londres y ponerse a salvo. Habían decidido quedarse a sufrir con sus compatriotas, pasar hambre con ellos, compartir sus noches de frío y miedo mientras en el cielo se escuchaba el ruido de los motores de los aviones enemigos y el silbido de las bombas… No eran solo unos reyes. Simbolizaban la capacidad de resistencia de toda la nación. Y, si algo les sucedía, la moral de todos y cada uno de los ingleses sufriría un golpe quizá mortal.

Arrojó el cigarrillo con rabia y siguió su camino, cruzando su mirada con cada persona que se le cruzaba, desconfiando de todos, intentando descubrir cualquier comportamiento fuera de lugar que pudiera resultar sospechoso. Eran demasiados y algo en su interior le gritaba que no podía fiarse de ninguno de ellos, aunque su aspecto fuera inofensivo, aunque llevaran años y años de servicio a la Corona, aunque hubieran demostrado su lealtad en multitud de ocasiones.

Entre ellos se ocultaba un asesino y tenía que detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Tras escuchar un par de suaves golpes en la puerta de su habitación, Alfred abrió y dejó entrar a Nigel y Wendy. Antes de que pudieran decir nada, les señaló el mensaje que acababa de llegarle y que había dejado sobre la mesa.

—¿Eso es…? —preguntó la chica sin atreverse a terminar la frase.

—Sí, un mensaje de la Torre. —Alfred cerró los ojos y se apretó el entrecejo en un vano intento de contener el dolor de cabeza que se le estaba despertando—. Ha muerto un cuervo más.

Nigel cruzó la habitación en un par de zancadas y cogió el papel, como si no quisiera aceptar que lo que él había dicho pudiera ser cierto y tuviera que comprobarlo por sí mismo. Wendy le siguió y, durante unos segundos, ambos leyeron en voz baja el mensaje que había llegado de la Torre de Londres.

—Oh, no… Merlina —se lamentó Wendy—. ¿Por qué ella?

—¿Qué más da cuál de ellos haya sido? —preguntó Alfred molesto—. Lo importante es que ya solo nos quedan tres.

—Sí, pero esta era mi favorita. Era la más anciana de toda la Torre, tenía casi quince años.

—Bueno, entonces igual ha muerto de vieja y esto no tiene nada que ver con la profecía —aventuró Nigel.

Alfred iba a contestarles de mala manera, pero otro par de golpes en la puerta se lo impidió. Abrió para encontrarse con Irma y Clarice al otro lado del umbral.

—¡Qué mala cara tenéis! —observó Irma después de entrar—. ¿Ha pasado algo malo?

—Sí —contestó Wendy con voz quejumbrosa—. Merlina ha muerto.

—¿Y quién era Merlina? —intervino Clarice.

—Uno de los cuervos de la torre, la más anciana de todos. Le cogí cariño en los días que pasamos allí.

—Siento tu pérdida, Gwen, pero creo que debemos centrarnos en lo importante. —Alfred cruzó la habitación y se derrumbó sobre uno de los sillones—. Solo nos quedan tres cuervos… Y tres días. Decidme que me traéis buenas noticias.

No hubo respuesta, solo un silencio pesado e incómodo que pareció inundar la habitación. Después de unos segundos, todos empezaron a

moverse y fueron sentándose en el resto de asientos vacíos.

—Yo no tengo nada —confesó Clarice—. Molly, la cocinera, me sigue cayendo fatal, pero tanto ella como las otras dos mujeres de la cocina llevan toda la vida aquí. Sinceramente, no creo que ninguna de ellas trabaje para los nazis y, además, me da la impresión de que no voy a sacar nada de seguir trabajando ahí.

—¿No será que estás harta de pelar patatas? —preguntó Nigel, socarrón.

—Eso también —reconoció ella—, pero además siento que no estoy ayudando en nada y que el tiempo se nos acaba.

—Tranquila, hablaremos de eso después —dijo Alfred—. ¿Alguno ha conseguido algo?

—Yo tampoco he descubierto nada —respondió Nigel—. Como no había trabajo en las cuadras, me he ofrecido voluntario para ir a ayudar en los jardines. Los jardineros jóvenes hace tiempo que fueron reclutados para la guerra, así que ahora mismo hay media docena de vejestorios ocupándose de los jardines del palacio. No son capaces de subirse a una escalera y hasta tienen dificultades para sujetar las tijeras de podar. No me imagino a ninguno de ellos protagonizando un magnicidio.

—Yo he seguido tratando de hablar con todas las mujeres de servicio —intervino Irma—. Lo mismo. Son mujeres normales que llevan muchos años sirviendo a la familia real.

—Y yo tampoco he visto nada raro en las auras de los visitantes. —Wendy sonó avergonzada, como si pensara que era culpa suya no haber descubierto nada—. Lo siento.

—Tranquilos. Yo he estado todo el día dando vueltas por palacio y he pensado lo mismo: toda la gente que trabaja aquí es de máxima confianza. Muchos de ellos llevan toda su vida sirviendo a la familia Windsor y, en muchos casos, sus padres y sus abuelos también lo hicieron. De otro modo, no se les permitiría estar tan cerca de los reyes.

—Sí, es cierto, pero entre ellos tiene que haber un infiltrado —le contradijo Clarice.

—Yo creo que hay dos formas en las que los nazis pueden haber planeado asesinar al rey. —Alfred se puso en pie, cruzó las manos a la espalda y empezó a andar por la habitación, como si caminar le ayudara a poner en orden sus pensamientos—. La primera es que el asesino todavía no esté aquí. Puede que hayan planeado que entre como una de las decenas de visitas que se pasan cada día por el

palacio justo el día del asesinato.

—En ese caso, Wendy le vería y podríamos detenerlo —le cortó Nigel.

—Eso espero, pero no estoy tan segura. —Wendy se mordió el labio inferior, nerviosa—. Ni siquiera sé qué es lo que estamos buscando ni si seré capaz de detectarlo.

—No pasa nada. De cualquier modo, esa es la hipótesis que menos me gusta. No puedo creer que los nazis hayan fiado todos sus planes a la posible entrada de su agente el último día, sin que conozca el terreno, sin tener asegurado su acceso al rey… Es dejarlo todo al azar. Solo con prohibir cualquier entrada ese día, evitaríamos el atentado.

—Hagámoslo así entonces —propuso Irma.

—Se podría prohibir, pero aún nos quedaría la otra forma en la que pueden haber planeado cometer el atentado: que el asesino ya esté aquí, infiltrado entre nosotros. Es más arriesgado, porque tendría que pasar mucho tiempo desapercibido, pero así podría conocer mejor el terreno e incluso tener asegurado su acceso al monarca el día del crimen.

—Pero eso supondría que es alguien que ya está en el palacio y ya hemos dicho que todos parecen de la máxima confianza —le contradijo Clarice.

Algo en la frase de Clarice hizo que una chispa se encendiese en su cabeza. "Todos parecen de la máxima confianza". "Parecen". "Parecen". "Parecen"…

—¿Y si el asesino parece una persona de máxima confianza, pero no lo es? No quiero decir que no sea alguien de máxima confianza, sino que ni siquiera sea la persona que creemos que es.

—No entiendo qué quieres decir. —Clarice negó con la cabeza, confusa.

Alfred levantó el dedo índice para pedirles un momento y se puso a revolver entre las carpetas que tenía apiladas sobre la mesa hasta encontrar lo que buscaba. Sacó un papel y lo colocó en el centro a la vista de todos.

—Esta es la transcripción del mensaje que interceptamos a los nazis en Bletchley Park.

—Sí, ya lo veo —dijo Clarice antes de leerlo en voz alta—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días. *Doppelgänger*".

—Eso es. —Alfred puso su dedo justo debajo de la última palabra—. Creo que la clave puede estar aquí, en la firma. *Doppelgänger* es una

palabra alemana que significa “doble andante”. —Cuando vio que todos le miraban confundidos, decidió seguir explicándose—. En el folclore germánico es una especie de “gemelo malvado”.

—¿Crees que alguna de las personas que trabaja aquí puede tener un gemelo malvado que ha sido reclutado por los nazis para reemplazar a su hermano y asesinar al rey? —preguntó Nigel—. ¿No es una teoría muy enrevesada?

—No, claro que no… Lo que quiero decir es que creo que *Doppelgänger* no es solo el nombre en clave del agente nazi. Creo que de alguna manera alude a su poder…

—¿Crees que puede ser alguien capaz de tomar el aspecto de otra persona y sustituirlo? —intervino Clarice.

—Sí, eso es… ¿Se podría conseguir algo así con magia negra, con algún ritual…?

—Podría ser… Yo no sé hacer ese tipo de hechizos, pero he leído sobre ellos en antiguas leyendas y tratados de magia. —Clarice había palidecido. Su tono de voz fue solo un susurro cuando pronunció sus siguientes palabras—. Alfred, si lo que piensas es cierto, todos son sospechosos.

—Lo sé, por eso tenemos que tomar medidas urgentes. —Alfred resopló antes de seguir explicándose—. Hay que hablar de inmediato con Churchill y contarle lo que sospechamos.

—Él tampoco va a poder hacer nada —protestó Irma.

—Sí que podrá. Tiene que convencer al rey de que es imposible que podamos garantizar su seguridad con cientos de visitantes entrando cada día y con decenas de empleados rondándole. Se acabaron las visitas externas y todos sus contactos deberán reducirse al mínimo.

—Por mucho que lo reduzcas, es imposible que este palacio siga en funcionamiento con menos de cincuenta personas en el personal de servicio. Y hay que tener en cuenta también a los guardias… —puntualizó Irma.

—Lo sé. No podemos dejar un palacio en medio de Londres sin servicio y sin seguridad. Sería peligroso y, además, la gente empezaría a murmurar que pasa algo raro. Por eso nos marchamos de Londres. Churchill tendrá que convencer al rey de que nos mudamos de inmediato y de que nos llevemos solo al personal imprescindible —explicó Alfred—. Nos vamos a Windsor.

Castillo de Guildford (Condado de surrey),

Agosto de 1943

Clarice

Capítulo uno

Revisé por última vez el armario de la habitación y los cajones de la mesilla de noche. Lo bueno de que me hubieran asignado una habitación tan pequeña y con tan pocos muebles era que no había muchos sitios en los que pudiera olvidarme nada. Cuando me aseguré de haber recogido todas mis pertenecías, cerré la maleta que tenía sobre la cama y me despedí de aquel cuartucho con una sonrisa.

Estaba segura de que el castillo de Windsor me iba a gustar mucho más. Wendy me había contado que había podido verlo de lejos en el viaje que había hecho desde Clovelly, su aldea natal, hasta Londres. Me había dicho que era un castillo enorme, con una alta muralla, almenas, un foso y un precioso jardín en la parte delantera. Casi no podía aguantar la emoción de verlo. Mi país tenía paisajes impresionantes, pero los castillos medievales no eran algo que se pudiera visitar allí.

Estaba a punto de agarrar mi maleta y salir en busca de mis compañeros cuando un par de golpes en la puerta me detuvieron. No esperaba ninguna visita. Pensé que sería alguna de las chicas, que venía en mi busca para que fuéramos juntas hasta la salida del palacio.

—¿Quién es? —pregunté mientras me acercaba a la puerta.

—Soy Alfred. Abre. Es importante.

Me detuve en seco, volví al armario y abrí sus puertas para encontrar un pequeño espejo descascarillado. Después de atusarme un poco el pelo, pasé la punta de la lengua por mis labios para hacerlos brillar. Me reñí a mí misma por comportarme como una colegiala nerviosa que recibiera la visita del chico que le gustaba. Tendría que empezar a comportarme de una manera más profesional… pero no aquel día. Ensayé frente al espejo mi mejor sonrisa y abrí la puerta de la habitación.

Alfred estaba parado en medio del pasillo con un telegrama entre las manos. Me asusté. No podían ser malas noticias desde la Torre. Todas las muertes de los cuervos habían sucedido de noche.

—¿Otro cuervo muerto? —pregunté asustada.

—No, peor. —Sin esperar a ser invitado, Alfred se coló en mi habitación.

—¿Qué puede haber peor que la muerte de otro cuervo? —pregunté sintiendo que mi inquietud se acrecentaba—. ¿Tengo que recordarte

que solo nos quedan tres?

—Bueno, esto no es peor para el futuro del reino, pero es peor para mí. —Me tendió el papel para que lo leyera.

Lo leí durante unos segundos sin entender antes de volver a mirarle con expresión interrogadora:

—¿Una invitación a cenar? ¿Eso es lo que te parece tan grave?

—No es una simple invitación. Es una horrible emboscada tendida por mi madre. —Alfred apartó mi maleta y se dejó caer sobre la cama. Apoyó los codos en las rodillas y enterró la cara entre sus manos, como si estuviera al borde de la desesperación—. No sé cómo se ha enterado de que estoy en Londres y de que voy hacia Windsor. Siempre lo sabe todo. Deberíamos contratarla, a ella y a todo su grupo de amigas cotillas, para que formaran parte del MI6. No se nos escaparía absolutamente nada.

Tuve que morderme el labio inferior para contener la risa. Me senté a su lado y le di un suave puñetazo en el lateral del brazo para hacerle reaccionar.

—Vamos, no será para tanto.

—Sí que lo es. Aprovechando que el castillo de mi padre está a mitad de camino entre Londres y Windsor, ha decidido organizar una cena para esta noche y me ha enviado esa invitación envenenada.

—¿No te apetece ir a ver a tus padres?

—Si los conocieras, no preguntarías eso. —Alfred me lanzó una mirada apenada y suspiró.

—Pues contéstale que no puedes ir —le aconsejé tras encogerme de hombros—. Dile que estás muy ocupado.

—Es que no es verdad y estoy seguro de que ella se enterará. No sé cómo, pero se enterará.

—¿Cómo que no es verdad? Estamos tratando de salvar la vida del rey y de evitar la caída de la Corona inglesa.

—Sí, pero hoy no tengo nada que hacer en realidad. —Se le escapó una sonrisa al ver mi cara de confusión—. No he tenido tiempo de avisaros, pero no vamos a poder salir hasta mañana por la mañana.

—¿Y eso?

—Parece ser que no es tan fácil cambiar a la familia real de residencia. Hay que seleccionar el personal de máxima confianza, hacer el equipaje…

—Si solo vamos para unos días… —le interrumpí.

—Eso da igual. Tendrías que ver los baúles que está preparando la reina. En alguno de ellos podría viajar una persona cómodamente. —Volvió a suspirar, exasperado—. Menos mal que las princesas llevan meses viviendo en Windsor. Si llegamos a tener que esperarlas también a ellas, no saldríamos nunca.

—Aún así, tenemos cosas que hacer —repuse—. Podríamos encargarnos de seleccionar al personal y a la guardia que va a acompañarnos.

—El rey ha dicho que quiere encargarse personalmente y creo que tiene razón. —Alfred se encogió de hombros—. Después de todo, lleva viviendo con esa gente toda la vida y nosotros acabamos de llegar y no los conocemos. Él tiene muchos más datos…

—Y debería ser él quien decidiese en manos de quién quiere poner su vida —le interrumpí—. Entonces tienes razón: vas a tener que ir a esa cena en casa de tus padres.

—¿Y si me acompañas? —Alfred siguió hablando de forma atropellada para evitar que me negara—. Por favor, tú tampoco tienes nada que hacer aquí. Podríamos coger un coche y esta misma tarde estaríamos en Surrey. Mañana por la mañana saldríamos de allí y llegaríamos a Windsor antes del mediodía. No nos vamos a perder nada.

—Pero has dicho que tus padres son horribles…

—Bueno, quizá estaba exagerando. —Puso cara de pena—. Por favor, Clarice. Con las visitas siempre son encantadores. A ti te tratarán bien y me servirás de apoyo.

—¿Pero en concepto de qué voy a ir contigo?

No sabría explicar por qué, pero, en un solo segundo, mi mente construyó toda una novela de amor, en la que él me pedía que fingiese que era su novia para que su madre dejara de atosigarle con la idea de que ya era hora de que buscara esposa. Yo accedía y nos pasábamos la noche teniendo que fingir que éramos pareja y, en algún momento de aquella representación, los dos nos dábamos cuenta de que estábamos perdidamente enamorados… Y después éramos felices y comíamos perdices… Por eso, sus siguientes palabras me sentaron como un jarro de agua fría:

—Podemos decir que eres mi secretaria.

—Sí, tu secretaria, claro… —Forcé una sonrisa—. No sé si me convence. Igual te pones demasiado mandón al hacer como que eres mi jefe…

—No sé cómo decirte esto, pero es que ya soy tu jefe. —Soltó una risa, estiró el brazo y tomó mi mano—. Por favor, no me digas que no.

—Es que tenía muchas ganas de ver Windsor… —protesté—. Para ti será normal, porque llevas aquí toda la vida, pero no te puedes imaginar lo que significa para mí dormir en un castillo del siglo XI.

—Mis padres también viven en un castillo. Y se dice que fue fundado por los sajones— respondió el, orgulloso. Al ver que no reaccionaba, continuó explicándose—. Siglo IV.

No tuvo que decir nada más. Me puse de pie, agarré con una mano la maleta y con la otra tiré de él para hacer que se levantara.

—No se hable más. Vamos a tu castillo.

—Bueno, no es mío —dijo mientras se dejaba llevar—. Es de mi padre, el duque de Guildford, y tras él lo heredará mi hermano mayor… Y ya no queda nada de la construcción original —dejó de hablar cuando me detuve en seco y le miré con el ceño fruncido—, pero sigue siendo un castillo impresionante…

—Más te vale que no me sienta defraudada —le advertí—. Recuerda que llevo en la maleta mis libros de hechizos.

A pesar de que intenté sonar amenazante, se me escapó una sonrisa. La verdad era que me daba igual acompañarle en calidad de secretaria. Tampoco me importaba que su castillo no fuera tan antiguo como me había dicho. Íbamos a hacer un viaje los dos solos y a olvidarnos por unas horas de cuervos, presagios de muerte y espías nazis. Con eso me era suficiente.

Alfred

Capítulo dos

El coche devoró con rapidez la carretera que separaba Londres del castillo de Guildford. Con demasiada rapidez. Alfred se sintió tentado de detener el coche en cualquiera de las verdes praderas que se veían a ambos lados o de decirle a Clarice que deberían parar un rato a disfrutar de la sombra de los frondosos bosques que iban dejando atrás, pero sabía que no iba a servir de nada. El destino de su viaje no iba a cambiar por mucho que postergara la llegada.

Trató de convencerse a sí mismo de que no era para tanto. Era cierto que su padre, el duque de Guildford, orgulloso aristócrata y reconocido héroe de la Gran Guerra[iii], era un hombre arisco que nunca había dedicado un gesto o palabra amable a ninguno de sus cuatro hijos. No lo reconocería nunca en voz alta, pero aquel hombre era una de las pocas cosas en el mundo que le daba miedo. Si le diesen a elegir, preferiría enfrentarse desarmado a un escuadrón nazi antes que mantener una conversación con su padre.

Su madre no era mucho mejor. Parecía sonriente, adorable y encantadora, pero debajo de aquella fachada, se ocultaba un corazón frío y calculador que evaluaba a las personas en función del beneficio que podría obtener de ellas… Eso si tenía corazón, algo que Alfred se había planteado en múltiples ocasiones.

Soltó un largo suspiro y trató de relajar el nudo que se había formado en su estómago y que iba apretándose más y más a medida que la distancia a Guildford se reducía. No había razón para sentirse así. Ya no era un crío asustadizo, no quedaba nada del niño temeroso de no cumplir con las expectativas de su exigente padre ni del chiquillo lloroso que anhelaba a escondidas una caricia de su madre.

Era un hombre hecho y derecho, un soldado, un agente del MI6 británico, el líder de una división secreta que pretendía enfrentarse a un grupo de mortales ocultistas nazis… Alguien así no podía estar asustado por sus propios padres.

—¿Queda mucho?

La voz de Clarice rompió el silencio y le sobresaltó. La chica había estado tanto tiempo absorta contemplando el paisaje que casi había olvidado que estaba allí. Volvió a fijar la vista en la solitaria carretera y negó con la cabeza.

—Casi hemos llegado. —Al decirlo, el nudo de su estómago se apretó aún más—. ¿Ves esas colinas ahí delante? En cuanto lleguemos a ellas

ya podremos divisar el castillo.

—No puedo creer que te hayas criado en un castillo y que no me hubieses dicho nada hasta ahora —comentó ella, eufórica.

—¿Y por qué debería habértelo dicho?

—¡Porque es un castillo! —exclamó—. Los europeos lo veis como algo normal, pero a mí me fascina. Hasta que llegué aquí, solo los había visto en las películas.

—Siento decirte que te van a defraudar. Windsor sí es un castillo enorme como los que puedes haber visto en el cine, pero la mayoría de ellos son lugares sombríos, fríos y húmedos en los que no querrías pasar una sola noche.

—¿Guildford es así? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Bueno… Hemos rehabilitado el ala este y la hemos adaptado a las condiciones de vida del siglo XX, pero el resto del castillo está deshabitado y casi en ruinas —explicó él—. Cuesta mucho trabajo y mucho dinero mantener en pie un sitio tan grande y tan antiguo y ahora mismo hay otras prioridades.

—Quizá cuando acabe la guerra —sugirió ella.

—Sí, puede ser. No sé qué planes tendrá mi padre o si mi hermano Phil querrá reformarlo cuando lo herede. Es su problema, no el mío.

Se dio cuenta de que su tono había sonado demasiado frío y cortante. Había conseguido contenerse, ya que por él Guildford podía derrumbarse hasta la última piedra y hundirse en el infierno, pero, aún así, se arrepintió de haber dejado entrever sus sentimientos. Observó a Clarice por el rabillo del ojo. Parecía confusa e incómoda. Cuando vio que él no iba a explicarse más, se giró hacia la ventanilla y volvió a contemplar el paisaje en silencio.

Pocos minutos después, pasaron entre las colinas que había señalado y, tal como había dicho, el pueblo de Guildford apareció ante sus ojos, con el enorme castillo dominándolo desde lo alto. Ella sacó la cabeza por la ventanilla para poder verlo mejor y soltó un grito de alegría que hizo que a él se le escapara una sonrisa.

Siempre había pensado que el castillo de Guildford no era más que una enorme mole de piedra grisácea que resultaba mucho más imponente que bella. Sin embargo, Clarice lo miraba ilusionada, con los ojos brillantes de una niña. Le encantó verla así, con aquella sonrisa adornando sus labios, las mejillas sonrosadas y el pelo suelto agitado por el viento. En aquel momento, deseó poder detener el tiempo de alguna manera, no llegar nunca a su destino, poder seguir viajando con ella, los dos solos… Podrían recorrer Europa buscando

castillos, imponentes catedrales, antiguos monasterios y misteriosas ermitas. Él podría enseñarle todos aquellos tesoros de la vieja Europa que a ella tanto le gustaban y recibir como único pago esa sonrisa y esos ojos brillantes.

La realidad le golpeó con fuerza. En unos minutos se acabaría su viaje, a la mañana siguiente tendrían que apresurarse para llegar a Windsor y seguir trabajando para llevar a buen término su misión… y era imposible recorrer Europa y visitar sus maravillas. En aquel momento, era un continente asolado por la guerra más cruel de la historia de la humanidad. Algún día tendría que acabar, pero ¿qué iban a encontrarse cuando eso sucediera? Era muy posible que la mayoría de los monumentos que le habría gustado enseñarle a Clarice estuvieran reducidos a inmensos montones de escombros.

Atravesaron el pueblo y ascendieron por un estrecho camino entre árboles que llevaba al patio delantero del castillo. Cuando llegaron frente a la escalinata de entrada, un hombre vestido con una librea roja y tocado con una peluca blanca salió a recibirles. Abrió primero la puerta de Clarice, pero ella estaba tan sorprendida que no se movió.

—Es nuestro mayordomo —susurró él—. Sal, no te hará nada.

Ella se llevó una mano a la boca para ocultar una sonrisa burlona y salió. Alfred esperó pacientemente a que el sirviente diera la vuelta al coche y le abriera la puerta.

—Permítanme darles la bienvenida —saludó antes de hacer una reverencia—. Nos sentimos muy honrados con su presencia, Lord Alfred.

—Muchas gracias, William. Yo también estoy encantado de haber vuelto —mintió sin que la voz le temblara—. ¿Puedo saber dónde están mis padres?

—Su padre ha ido a revisar unos campos. El trigo está casi a punto para la siega, señor —contestó el mayordomo antes de hacer una seña a dos criados cercanos para que recogieran el equipaje de los viajeros—. Regresará para la hora de la cena.

Asintió satisfecho. Se alegraba de no tener que ir a saludarle. Cuanto menos tiempo tuviera que pasar en presencia de ese hombre, mejor se sentiría.

—¿Y mi madre? —preguntó mientras rezaba en silencio para que hubiera acompañado al duque a revisar los campos de cultivo.

—En su cuarto de costura. Ha pedido que le condujera a su presencia en cuanto llegara, señor.

Alfred no pudo contener un suspiro hastiado. Le habría gustado tener algo de tiempo libre para pasear con Clarice antes de la cena y mostrarle los jardines del castillo, pero aquello tendría que esperar.

—No se preocupe por su invitada, señor —dijo el mayordomo como si le hubiera leído el pensamiento—. La acompañaremos a su habitación para que pueda asearse, descansar y prepararse para la cena.

Una mujer con uniforme de doncella se acercó a Clarice y, con un gesto, le indicó que la siguiera escaleras arriba hacia la zona de las habitaciones. Alfred la vio alejarse con envidia. A él también le habría encantado tener un rato para descansar antes de la cena, pero primero tenía que pagar un precio.

Se dio cuenta de que el mayordomo continuaba a su lado, mirándole expectante. Asintió resignado y dejó que lo guiara al cuarto de costura, a pesar de que conocía a la perfección todas las habitaciones del castillo. Atravesaron el gran salón que se utilizaba para los bailes que a su madre le encantaba organizar, con sus paredes repletas de enormes espejos de marco dorado y su lámpara de araña que atrapaba la luz en sus miles de diminutos cristales. Cruzaron después un largo pasillo, adornado con los retratos de sus antepasados. Como siempre que caminaba por aquel lugar, le pareció que los ojos de todos sus parientes muertos se clavaban en él y le juzgaban… y que nunca quedaban satisfechos.

Llegaron a una doble puerta de color blanco. El mayordomo se situó frente a ella, dio un par de golpes y, cuando recibió permiso desde dentro, la abrió y anunció la llegada de Alfred como si estuvieran en una recepción real:

—Lord Alfred Mitchell.

El criado se retiró a un lado y le indicó a Alfred que podía pasar. Él dio un par de pasos dentro de la habitación y escuchó como la puerta se cerraba a su espalda. Se quedó durante un par de segundos contemplando la estancia sin decir nada. Era un pequeño cuarto decorado en color rosa, con grandes ventanales blancos por los que se colaba la luz que llegaba del jardín. Parecía un lugar tranquilo e idílico, pero Alfred no se dejó engañar. Sabía que acababa de entrar en la guarida del monstruo.

—Buenas tardes, madre —saludó.

Ella levantó la vista de su bordado y le miró sonriente. Alfred se sorprendió al ver cuánto había cambiado desde la última vez que la vio. Seguía conservando su belleza y elegancia, pero en su pelo brillaban ya mil hebras de plata y unas pequeñas arrugas se dibujaban

alrededor de sus ojos y en su ceño. Se preguntó cuánto tiempo llevaba sin pasar por allí, pero fue su madre la que contestó a su muda pregunta.

—Buenas tardes, Alfred. Pensé que moriría sin verte de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años?

—Puede ser —respondió él dubitativo—. Ya sabes… La guerra… He estado fuera…

—Sé que has estado en Bletchley y en Londres. No hay ni dos horas desde cualquiera de esos lugares. ¿Tanto te cuesta sacar un rato para visitar a tus padres? Cualquiera diría que no quieres vernos…

Alfred soltó el aire en un largo suspiro, se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia el ventanal para contemplar el jardín. Fue lo único que se le ocurrió para no continuar plantado en medio de la habitación, aguantando la regañina de su madre como un niño que se hubiera portado mal.

—¿Dónde está Jane? —preguntó para cambiar de tema.

—Tu hermana ha ido a asegurarse de que tu invitada está bien instalada. —La duquesa abandonó de nuevo su costura y le clavó una mirada interrogadora—. Por cierto, ¿quién es ella?

—Clarice Cooper, mi secretaria.

—¿Tu secretaria? ¿Y para qué necesitas tú una secretaria? —Al ver que Alfred no contestaba, continuó su ataque—. ¿Y desde cuándo se lleva uno a su secretaria a una visita a casa de sus padres?

—Madre, por favor… Sabes que no puedo decirte para qué necesito una secretaria porque no voy a contarte a qué me dedico. Es confidencial. —Su madre chasqueó los labios enfadada y volvió la mirada al bordado—. Y la he traído porque, aunque tú creas que no tengo nada más que hacer que venir a visitaros, estamos en medio de una misión de gran importancia. Así podremos seguir trabajando…

—Sí, ya sé yo qué clase de trabajos se hacen con chicas como ella…

Alfred sintió que la rabia le invadía. Estaba acostumbrado a que su madre siempre se comportara de esa manera tan arrogante y despectiva, pero no pensaba tolerar que despreciara de aquel modo a Clarice sin conocerla.

—Mi relación con la señorita Cooper es estrictamente profesional. Espero que se la trate con todo el respeto que merece…

La duquesa volvió a levantar los ojos de su labor y le lanzó una mirada tan fría como para cortar su frase a la mitad. No sabía cómo lo

conseguía, pero tenía el poder de devolverle a la niñez con solo una mirada, de convertirle de nuevo en un crío que sentía que no merecía una caricia de su madre.

—Por supuesto que la trataremos con respeto. Es nuestra invitada. ¿Acudirá a la cena? —Esperó hasta que él asintió para seguir hablando—. Es una pena que Alexandra no haya podido venir. La avisé de tu visita pero, con tan poco tiempo, no ha podido preparar el viaje.

—¿Quién? —preguntó él confuso.

—La hija de los duques de Kent. Tu prometida, ¿recuerdas? —Dejó escapar una risa tan falsa y exagerada que Alfred sintió que se le helaba la sangre—. Espero que andar por ahí con guapas secretarias no te haya hecho olvidar tu deber con tu familia.

—No lo he olvidado, madre. Sabes que cumpliré con mis obligaciones. —Se inclinó levemente en una reverencia. Sentía que no aguantaba más en presencia de aquella mujer—. Si me disculpas, voy a retirarme. Quiero descansar un poco.

—Por supuesto, hijo. La cena es a las ocho.

Alfred asintió y salió de la habitación a paso rápido. Cuando tuvo una puerta interponiéndose entre él y su madre, sintió que su tensión se relajaba. Se apoyó en la pared y se llevó las manos a las sienes. Solo cinco minutos con ella habían bastado para despertar una incipiente jaqueca. Decidió ir a su antiguo cuarto y tumbarse a oscuras durante un par de horas sin pensar en su madre, ni en su padre, ni en su prometida… Había sabido desde el primer momento que aquel viaje era una mala idea. ¿Por qué se había dejado convencer?

Clarice

Capítulo tres

Dejé mi maleta en una esquina de la habitación y me acerqué a los amplios ventanales para echar un vistazo. Frente a mí se extendía un cuidado jardín y, más allá, una amplia pradera que llegaba hasta una colina sobre la que reinaba un gigantesco roble. El cielo estaba despejado aquel día y lucía un azul radiante. Pensé en bajar y dar un paseo por el jardín y aprovechar el buen tiempo, tan escaso en Inglaterra, pero no me atreví. Después de todo, me habían guiado hacia esa habitación para que me aseara, descansara y me preparara para la cena y, aunque aún quedaban más de tres horas para las ocho, no se me había dicho si tenía permiso para salir de la habitación y vagar por el castillo a mis anchas. Me dije a mí misma que era una invitada, no una prisionera, y que seguramente podría moverme por donde quisiera, pero seguía teniendo dudas. Mis conocimientos sobre el protocolo inglés eran nulos y lo último que quería era dejar en evidencia al pobre Alfred delante de su familia.

No pude plantearme aquello durante mucho tiempo, porque de repente la puerta de la habitación se abrió y una joven entró en estampida, cerrando tras ella. Contemplé asombrada el torbellino de lazos, volantes y tirabuzones que componían la figura de mi extraña visitante sin saber qué decir. La muchacha se colocó frente a mí, se agarró los laterales de la falda y se inclinó en una graciosa reverencia.

—Buenas tardes, señorita —saludó—. Soy Lady Jane Mitchell, la hija pequeña de los duques de Guildford. Encantada de conocerla.

Me quedé mirándola sin poder contener una sonrisa, tratando de calcular su edad. Por sus rasgos y las formas que se adivinaban bajo todas aquellas capas de raso blanco, habría dicho que debía rondar los catorce, pero ninguna chica de esa edad debería vestirse así. Parecía una muñeca de porcelana con sus tirabuzones rubios, su piel pálida y delicada y sus mejillas y labios sonrosados. Cuando me crucé con sus ojos, me resultaron familiares. Tenían el mismo color y el mismo brillo de inteligencia que los de Alfred.

—Yo también estoy encantada de conocerte —dije acercándome para tenderle la mano. Se quedó quieta un par de segundos, mirando mi mano como si fuera un animal exótico, antes de agarrarla y agitarla con fuerza arriba y abajo—. Soy Clarice Cooper, una compañera de tu hermano Alfred.

—¿Eres su novia?

—Esto… No, no… Somos compañeros en el ejército. —Pareció

contrariada con mi respuesta, así que decidí cambiar de tema y preguntar lo que realmente me interesaba—. ¿Sabes si tengo que quedarme en la habitación o si podría salir a dar un paseo por los jardines?

—Puedes ir a cualquier parte, por supuesto, pero yo creo que no tienes tiempo para eso. —Me miró extrañada—. Tienes que prepararte para la cena.

—Me han dicho que es a las ocho —protesté.

—Por eso. Tienes que bañarte, rizarte el pelo, maquillarte… Ya vamos mal de tiempo.

—Pensaba ir así —dije señalando el ligero vestido de verano que llevaba puesto.

—No, no, no… ¿Quieres que a mamá le dé un ataque? —preguntó antes de echarse a reír—. Es una cena de gala y van a acudir muchos invitados ilustres. No puedes presentarte así.

Sentí que los nervios hacían presa en mi estómago. Alfred no me había dicho nada de aquello. Cuando me había comentado que le habían invitado a cenar en su casa, había imaginado una cena familiar íntima, algo no muy diferente a las cenas que se hacían en mi casa. Quizá con criados que sirvieran la comida y cubertería de plata, pero algo sencillo donde no me sintiera fuera de lugar. La perspectiva de tener que sentarme a cenar con un montón de miembros de la aristocracia británica hizo que la respiración se me acelerase. Di un par de pasos atrás y me senté en la cama, tratando de tranquilizarme.

Por un segundo, pensé que lo mejor sería decir que el viaje me había sentado mal, que me sentía mareada y tenía el estómago revuelto. Así podría quedarme escondida en aquella habitación sin riesgo de hacer el ridículo.

No tuve tiempo de decir nada. Jane había salido disparada hacia la puerta y la había abierto para permitir el paso a un pequeño ejército de doncellas, que entraron llevando toallas y cubos con agua caliente para llenar una preciosa bañera de porcelana colocada en una esquina de la habitación. Pensé en quejarme y decirles que nada de aquello era necesario y que era muy capaz de bañarme sola, pero antes de que pudiera abrir la boca, ya tenía encima a un par de mujeres que me estaban ayudando a desvestirme.

Mientras me conducían a la bañera, pude ver como Jane volvía a abrir la puerta para permitir el paso a más doncellas. Traían vestidos de diferentes colores y lujosas telas con los que yo solo habría podido soñar. Fueron depositándolos sobre la cama para que Jane los examinara.

—Creo que estarás preciosa con este vestido lavanda —dijo mostrándome un brillante vestido de raso—. Hace juego con tus ojos. Y te vamos a recoger el pelo pero dejando algunos rizos sueltos…

Negué con la cabeza y sonreí. Nunca en la vida me había preocupado por aquellas cosas, así que decidí confiar en el criterio de Jane, rezando para que no quisiera convertirme en otra muñeca de porcelana. Me sumergí en las cálidas aguas de la bañera y decidí permitir que aquel día me mimaran.

Jane tenía razón. Las más de tres horas hasta la cena se me quedaron cortas. Yo nunca me maquillaba y mi idea de un peinado elaborado era agarrarse el pelo en una trenza, así que no podía ni imaginarme la cantidad de procedimientos extraños a los que iban a someterme aquella tarde. Pero mereció la pena. Cuando aquel comando de doncellas dio por terminada su labor y me coloqué frente a un espejo de cuerpo entero, casi no pude reconocerme. La brillante y suave tela del vestido se pegaba como una segunda piel, resaltando curvas que ni siquiera sabía que tenía, para abrirse a partir de las rodillas como la cola de una sirena. Me giré un poco frente al espejo para observar la trasera del vestido. Dejaba mi piel al descubierto hasta la mitad de la espalda, donde comenzaba una fila de botones plateados que hacían juego con el collar y los pendientes que me habían puesto. Giré sobre mí misma para que la cola del vestido ondulase y estuve a punto de tropezar e irme al suelo. Una doncella me agarró por el brazo y me ayudó a estabilizarme. Le dirigí una tímida sonrisa mientras me recordaba a mí misma que no estaba acostumbrada a andar con unos tacones tan altos como aquellos y que debía tener cuidado si no quería acabar tirada de bruces delante de todos los invitados de los duques.

La puerta se abrió y Jane apareció en el umbral. Se me quedó mirando como si estuviera viendo a un cachorrito y juntó las manos mientras suspiraba.

—Estás adorable. A mi hermano le vas a encantar.

—Ya te he dicho que tu hermano y yo solo somos amigos. —Ella chasqueó los labios menospreciando mi comentario—. ¿Te ha dado tiempo a prepararte?

—Sí, no te preocupes. —Giró sobre sí misma para que apreciara su vestido de gasa de color rosado—. Vamos, no debemos llegar tarde.

Se colgó de mi brazo y salimos juntas de la habitación. Tuve que concentrarme en mantener una postura digna y un paso que pareciese seguro. No fue fácil llevando unos tacones que se hundían a cada paso en la espesa moqueta.

Jane me guió hasta el salón en el que los duques estaban recibiendo a sus invitados. Parecía que la fiesta ya estaba en todo su apogeo. Había unas veinte personas bebiendo champán y charlando animadamente mientras la música sonaba desde un precioso gramófono dorado colocado en una esquina. Busqué a Alfred con la mirada, pero solo me crucé con los ojos de una bella mujer de mediana edad que me observaba con el ceño fruncido, como si desaprobara por completo mi presencia allí. Miré al hombre que estaba a su lado, un caballero de pelo y barba blanca y pose aristocrática, cuyos rasgos me recordaron muchísimo a los de Alfred. Deduje que eran sus padres, los duques de Guildford, y que, por alguna razón que desconocía, su madre me odiaba sin siquiera conocerme.

—Debo de ser el caballero más afortunado del mundo, porque pienso cenar en medio de las dos damas más hermosas de la fiesta —dijo una voz a mi espalda, sobresaltándome.

Me giré para encontrarme con Alfred y no pude evitar mirarle sorprendida. Estaba muy elegante con su uniforme de gala y sus ojos brillaban al contemplarnos. Su hermana pequeña, prescindiendo de todo protocolo, se le colgó del cuello y le dio un par de sonoros besos.

—¡Alfred! ¡Qué feliz estoy de verte!

—Yo también, hermanita. —Él la separó, la agarró por ambas manos y la contempló—. ¡Qué mayor estás! Casi pareces una mujer.

—Soy una mujer —respondió ella, dolida—. Ya tengo casi quince años.

—Por supuesto, eso te convierte ya en una venerable dama. Casi una anciana, me atrevería a decir. —Paseó una mirada nostálgica por el salón—. Es una pena que Philip y Thomas no hayan podido venir. ¿Sabes algo de ellos?

—No mucho, por desgracia —respondió ella con voz apenada —. Thomas está luchando en algún lugar del norte de África y Philip ha sido ascendido a teniente de navío. Creemos que está patrullando la costa a bordo del Warwick.

—Una pena que no puedan estar aquí hoy. —Se volvió hacia mí —. Me habría gustado que mis hermanos se murieran de envidia al ver a mi hermosa acompañante.

—Eh, que habías dicho que las dos éramos tus acompañantes — se quejó Jane.

En aquel momento, el mayordomo de la librea roja y la peluca abrió unas puertas dobles colocadas al otro lado de la habitación y se

retiró a un lado para dejar espacio libre.

—La cena está lista —anunció—. ¿Serían tan amables de pasar al comedor?

Los padres de Alfred fueron los encargados de abrir la comitiva. Alfred se colocó entre nosotras dos y nos tendió un brazo a cada una.

—Estaré encantado de cenar rodeado de tanta belleza. ¿Me acompañan, señoritas?

Jane se colgó de su brazo izquierdo sin pensarlo un segundo. Yo tardé un poco más, sin saber cómo reaccionar. ¿Aquella forma de tratarnos era solo una broma para su hermana o estaba aprovechando para coquetear conmigo? Pensé que no iba a poder saberlo nunca, pero nuestras miradas se cruzaron y se quedaron prendidas la una de la otra haciendo que el tiempo se detuviese. Carraspeé nerviosa, me colgué de su brazo y los acompañé al comedor con la cabeza alta y la mirada al frente, tratando de imitar el elegante caminar del resto de invitadas.

Tomamos asiento y, como si fuera una coreografía largamente ensayada, un pequeño ejército de criados comenzó a moverse alrededor de la larga mesa para atendernos, mientras el mayordomo iba anunciando los platos en francés. Empecé a sentirme muy incómoda al ver la cantidad de copas y cubiertos que tenía frente a mí. ¿Se suponía que tenía que saber en qué momento usar cada uno? Si ni siquiera sabía qué era lo que me estaban poniendo delante…

Miré a Alfred y él asintió como si me comprendiera y musitó un "Imítame". Yo le devolví una tímida sonrisa y agaché la cabeza para que no se notara que estaba sonrojada. De repente, me sentía tan fuera de lugar... Lo único que me apetecía era estar en mi habitación, huir de allí antes de que aquella gente se diera cuenta de que yo era una impostora que no pertenecía a su clase.

Recé para que aquella cena acabara pronto, pero Dios debía estar demasiado ocupado para acceder a mis ruegos. Durante más de una hora, los criados fueron sirviendo un plato tras otro: ensalada, sopa fría, sopa caliente, guarniciones de acelgas gratinadas, zanahorias y patatas dulces, lenguado, faisán relleno… Estaba nerviosa por la posibilidad de hacer algo fuera de lugar, así que me sentía incapaz de probar bocado. Me limité a dar vueltas a la comida en mi plato, fijándome primero en Alfred para saber con qué cubierto hacerlo, esperando que nadie lo notase.

—¿Qué opina de nuestra cena, señorita Cooper? —me preguntó de repente la madre de Alfred. Parecía que mis intentos de disimular no habían sido tan exitosos como yo esperaba—. ¿No le gustan los

platos que hemos preparado? He notado que apenas ha probado bocado.

—No se preocupe, señora. Estoy segura de que está todo delicioso, pero tengo el estómago algo revuelto del viaje. De hecho, estaba asombrada de la cantidad y calidad de la comida que nos está ofreciendo.

—¿Asombrada por qué? ¿Es que acaso mis invitados no merecen lo mejor?

Fue solo un instante, pero me pareció que sus ojos brillaban con malicia y que las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa cruel. A mi mente vino la imagen de un ave rapaz que acaba de descubrir una presa desde las alturas y, sin saber por qué, me estremecí.

—Por supuesto que lo merecen. No pretendía decir eso —contesté intentado que mi voz no desvelara que hablar delante de todos aquellos nobles me estaba resultando terriblemente embarazoso —. Sin embargo, acabamos de pasar unos días en el palacio de Buckingham y he podido observar que las comidas allí son mucho más frugales. De hecho, sus majestades los reyes comparten el mismo menú que la gente del servicio…

—Sí, sí… He oído todo eso. —La duquesa dejó sus cubiertos sobre el plato y empezó a abanicarse mientras mantenía su altiva mirada fija en mí—. He escuchado muchos rumores sobre el lamentable estado de su residencia y sobre esas tonterías de racionar las comidas y compartir las penurias del populacho…

Sus palabras despertaron un coro de risas burlonas, como si acabara de contar el chiste más divertido del mundo. Yo también dejé mis cubiertos en el plato, quizá con un poco más de ímpetu del que recomendaría el protocolo, y me encaré a ella.

—No veo qué tiene de gracioso demostrarle al pueblo de Inglaterra que no están solos. Creo que su conducta es digna de elogio.

Miré a mi derecha para comprobar si aquel enfrentamiento con su madre estaba molestando a Alfred, pero él había apoyado el codo en la mesa y ocultaba su rostro con una mano. Lo interpreté como que aquello no le estaba haciendo gracia, así que me dispuse a disculparme con la duquesa, pero ella se encargó de quitarme las ganas.

—No necesitan hacer eso para elevar la moral del pueblo. Los reyes, y toda la nobleza, somos símbolos de poder y distinción. Somos la razón por la que el pueblo debe luchar. Simbolizamos lo que deben defender, aun a riesgo de perder sus propias vidas por algo más

grande. —Mientras hablaba, la duquesa me contemplaba como si yo fuera un miserable insecto—. Un símbolo se basa en las formas, en las apariencias. Un rey no puede vestir como un plebeyo, ni vivir o comer como ellos. Debe demostrar en todo momento que está por encima de aquellos a los que gobierna.

—Debemos agradecer a Dios que su rey no sea de su mismo parecer —contraataqué—. Por lo que he podido ver, el pueblo le adora y se sienten acompañados por él. Saber que el rey está sufriendo las mismas penurias que ellos sufren día a día les da fuerzas para resistir y seguir luchando. Dudo mucho que se sintieran igual de comprendidos si supieran que el rey cena lenguado y faisán relleno. De hecho, me parece casi inmoral comer estas cosas mientras la gente se muere de hambre.

Los murmullos se extendieron por el comedor. Volví a observar a Alfred por el rabillo del ojo. Estaba mirando a su madre y me pareció que negaba con la cabeza de forma sutil, seguramente para pedirle que acabara aquella discusión y lo dejara estar, pero ella lo ignoró. Solo tenía ojos para mí y su expresión de ave rapaz parecía haberse acentuado.

—Disculpe, señorita Cooper. Por su acento y sus palabras me parece entender que usted no es ciudadana británica. ¿Me equivoco?

—No. Soy de Estados Unidos. De Montana.

—Debo suponer entonces que su familia no tiene antecedentes nobles. ¿A qué se dedica su padre?

—Mi padre cría los mejores caballos del estado —contesté orgullosa

—Comprendo. Eso me hace disculpar sus ofensivas palabras. —Me dirigió una sonrisa tan amplia como falsa—. Procede usted de un país incivilizado que no sabe valorar el papel de la aristocracia ni tratarla como se merece.

—Procedo de un país de hombres libres e iguales —contesté molesta.

—Ese es precisamente su problema. —La duquesa soltó una carcajada que me heló la sangre—. Ha sido usted educada en la falacia de que los hombres son iguales, que no deben ser discriminados en razón de su cuna y procedencia. Esa idea del gran sueño americano según la cual cualquiera puede llegar a lo más alto dependiendo tan solo de su valía es ridícula y peligrosa.

—¿Peligrosa? —pregunté.

—Sí. Al eliminar la distinción entre clases, cualquiera puede

pensar que tiene el derecho a codearse con las clases superiores. —La duquesa se detuvo durante un segundo, como una cobra antes de lanzar su mordisco mortal—. Por ejemplo, la hija de un miserable granjero paleto del medio oeste puede creerse con derecho a sentarse entre la nobleza y discutir con ellos de igual a igual, como si hubiera conseguido su lugar en esa mesa por derecho propio y no por caridad.

—Madre. Le ordeno que se detenga. —gritó Alfred, levantándose de su asiento y plantando ambas manos sobre la mesa con un golpe seco—. Clarice, espero que puedas disculpar a mi madre.

Me levanté con toda la dignidad posible mientras escuchaba los murmullos y risas ahogadas del resto de invitados. Se regodeaban como una manada de hienas, orgullosas al ver que su líder había puesto en su lugar a su enemigo. Lo que no sabían era que yo no era una indefensa presa. Si ella era la reina de las hienas, yo podía ser una leona. Tomé aire para contener las lágrimas de rabia que me quemaban en los ojos. No iba a permitir que me vieran llorar.

—Ruego que me disculpe, pero voy a retirarme. Como ya le había dicho, tenía el estómago un poco revuelto y esta conversación lo ha agravado. Pensaba que tendría que ir a Berlín para escuchar este tipo de argumentos sobre la existencia de una raza superior, pero veo que también se puede disfrutar del fascismo sin salir de Inglaterra. Con su permiso…

Sin dar tiempo a que dijera nada más, salí del comedor a paso rápido. Por suerte, mi asiento en la mesa estaba muy cerca de la salida, así que no tardé más de unos segundos en llegar a las puertas. El mayordomo me abrió para permitirme el paso y cerró tras de mí. Cuando nuestras miradas se cruzaron, él me sonrió y me guiñó un ojo. Me sentí orgullosa de lo que había hecho, a pesar de que Alfred no iba a perdonarme aquello en la vida.

Agarré los bajos de mi vestido y corrí escaleras arriba para refugiarme en mi habitación. Cuando entré, me apoyé por un momento en la puerta, disfrutando de la sensación de estar a salvo. Sin embargo, sabía que aquella sensación no iba a durar mucho tiempo. Estaba segura de que, en cualquier momento, una de las doncellas de la duquesa llamaría a mi puerta para decirme que debía abandonar Guildford lo antes posible.

Decidí que no iba a esperar a que eso sucediera. No pensaba darle a aquella arpía el gusto de echarme de su casa. Iba a marcharme sin que me lo ordenara nadie. Cogí mi maleta, la abrí sobre la cama y empecé a recoger a toda prisa las pocas cosas que había sacado.

De repente, sonó el temido golpe en la puerta. Me sorprendí de lo poco que había tardado. La doncella que viniera a echarme

prácticamente tenía que haber subido corriendo las escaleras. Lancé un largo suspiro, adopté una pose orgullosa y abrí la puerta. Era Alfred quien estaba al otro lado del umbral y, al contrario de lo que yo había esperado, no parecía enfadado conmigo sino avergonzado.

—Te ruego que disculpes a mi madre —suplicó.

—¿Te ha pedido ella que me digas eso?

—Por supuesto que no. Creo que con lo poco que has visto de ella, ya te has hecho a la idea de que no es de las que se disculpan.

—¿Entonces para qué vienes? —Le dejé en la puerta y continué preparando mi equipaje.

—Para que dejes de hacer la maleta y esperes a mañana. —Cuando vio que me giraba hacia él para protestar, levantó una mano para pedirme tiempo—. Sé que tú también eres muy orgullosa y que no tendrás ninguna gana de pasar la noche bajo un techo en el que se te ha insultado, pero llevo horas bebiendo champán y ahora mismo no me encuentro en condiciones de conducir. Necesito que esperes a mañana. Prometo que nos iremos a primera hora y que no tendrás que volver a cruzarte con ella.

Arrojé una camisa dentro de la maleta de malos modos y me giré hacia él con los brazos en jarras mientras negaba con la cabeza.

—Alfred, por favor, no me pidas eso…

—Lo siento muchísimo, Clarice. —Él dio un par de pasos dentro de la habitación, a pesar de no haber sido invitado, y se colocó justo frente a mí. Tuve que elevar la cabeza para mirarle y quedé atrapada por el hechizo de sus ojos verdes—. No tendría que haberte traído aquí. Sé cómo son mis padres y pensé que, estando tú aquí, se controlarían un poco. No esperaba que fuerais a chocar tan pronto. Discúlpame, por favor.

Parecía tan sinceramente arrepentido que no tuve más remedio que asentir. Después de todo, él no era el culpable de tener una madre como aquella. Bastante desgracia tenía con eso…

—Está bien, pero tendrás que compensármelo.

—¿Cómo? —preguntó curioso.

—No sé. Ya se te ocurrirá alguna manera —bromeé para quitarle hierro a la situación. Tenerle tan cerca me estaba poniendo demasiado nerviosa—. Pero tendrá que ser algo muy especial para estar a la altura de lo que me has hecho pasar.

—Esto… Clarice, ¿cómo te lo diría? Acabas de llamar nazi a mi madre delante de todos sus invitados. No deberías ponerte muy

exigente…

—Está bien. Estás perdonado, pero mañana tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Esperé hasta que él asintió antes de seguir hablando imitando el tono arrogante y pomposo de su madre—. Y ahora, si eres tan amable de abandonar mis aposentos, podré retirarme a dormir.

—Perdón, no me había dado cuenta de que había entrado…

Se quedó en silencio, como si acabara de hacerse consciente de que estábamos solos en mi habitación y de que solo unas pulgadas separaban nuestros cuerpos, aun menos nuestros labios. Ni siquiera tendríamos que dar un paso, bastaría con que él se inclinara un poco hacia mí para que pudiera besarme. Durante un breve segundo, estuve tentada de pedirle que no se fuera… y durante ese breve segundo me pareció ver en sus ojos que él no quería irse.

—Nos vemos mañana, Clarice —dijo de repente, echándose hacia atrás—. Que duermas bien.

Sin darme tiempo a responder, salió de forma apresurada. Cerré la maleta, la arrojé al suelo y me tumbé en la cama sintiéndome confundida y frustrada. Y, de repente, las palabras de su madre se me clavaron en el alma como puñales y las lágrimas que había contenido se desbordaron descontroladas como un torrente. Yo solo era la hija de un criador de caballos procedente de un país salvaje e incivilizado. ¿Qué derecho tenía a soñar con alguien como Alfred?

Alfred

Capítulo cuatro

La primera luz del alba le sorprendió con los ojos aún abiertos. La ansiedad no le había permitido pegar ojo en toda la noche. Por un lado, le preocupaba la reacción de su madre. La noche anterior no había tenido que enfrentarse a ella porque había estado muy ocupada atendiendo a sus invitados, pero estaba seguro de que no iba a dejar las cosas así. El enfrentamiento con Clarice le habría dolido y trataría de vengarse como una fiera herida. Y, si no podía vengarse de Clarice directamente, sería él quien tuviera que pagar.

Y por otro lado, le preocupaba Clarice. Aunque había parecido tranquila y calmada cuando había ido a hablar con ella, estaba seguro de que las palabras de su madre le habían dolido. Sabía que estaba bromeando cuando le dijo que tendría que compensarla, pero sentía que debería hacerlo. Era él quien la había metido en aquella situación tan desagradable… Debería hacer algo para disculparse por aquel mal trago. Pero no se le ocurría qué…

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana para contemplar el amanecer. Frente a él, dorada bajo los primeros rayos del sol, se extendía la amplia campiña que iba ascendiendo hasta una cercana colina dominada por un roble centenario. Recordó aquellas tardes de su juventud en las que, acompañado por sus hermanos, paseaban a caballo hasta aquel lugar para merendar a la sombra del gigantesco árbol. Y entonces se le ocurrió qué hacer para que Clarice le perdonara…

Abrió su armario y descubrió que sus trajes de montar seguían allí, así que se vistió a toda velocidad y salió de la habitación. La casa estaba casi en silencio. Tan solo se escuchaban los ruidos de platos y cazuelas provenientes de la cocina, en el piso de abajo, donde ya estaban empezando a preparar el desayuno. De puntillas, para que sus botas de montar no hicieran el más mínimo ruido, recorrió el pasillo hasta la habitación de Clarice.

Justo antes de llamar, se planteó lo poco adecuado de su conducta. Ya había entrado en la habitación de la joven la noche anterior y, en aquel momento, aprovechando que todo el mundo dormía, se escabullía de nuevo como un ladrón hasta su puerta. En lugar de abochornarle, aquel pensamiento le provocó mariposas en el estómago y dibujó una sonrisa en su cara. Apoyó la oreja contra la puerta y dio un par de suaves golpes.

No escuchó nada. Clarice debía de dormir profundamente. La idea de

olvidarlo y dejarla dormir no se le pasó ni un segundo por la cabeza. Estaba seguro de que ella adoraría la idea de salir a montar a caballo con él, así que volvió a dar un par de golpes, algo más fuertes en aquella ocasión.

Escuchó el ruido de los muelles de la cama y unos pasos quedos acercándose. Clarice abrió apenas unas pulgadas y, cuando vio que era él, soltó la puerta y se atusó el pelo, azorada.

—¿Qué haces aquí, Alfred? ¿Ha pasado algo malo? ¿El rey…?

—No, no, tranquila. Todo está bien. —Se señaló a sí mismo para que ella viera su ropa de montar—. ¿Te apetece dar un paseo a caballo?

Sus ojos se abrieron ilusionados y sus labios formaron una O perfecta que, un segundo después, se convirtió en la sonrisa amplia y luminosa de una niña.

—¡Claro que sí! ¿Sabes el tiempo que hace que no monto a caballo? —preguntó emocionada. De repente, su rostro se ensombreció—. Habíamos dicho que nos íbamos a marchar cuanto antes para no cruzarnos con tu madre. ¿Nos da tiempo?

—Sí, aún no ha amanecido y mi madre no suele levantarse antes de mediodía —la tranquilizó—. Vamos, prepárate mientras yo voy ensillando los caballos. Te espero en los establos.

Salió de la casa y se encaminó hacia las cuadras, donde se encontró con uno de los mozos, ya levantado por si alguno de los moradores del castillo podía necesitarle. Alfred lo pensó durante unos segundos antes de decirle qué precisaba. Estaba seguro de que Clarice se enfadaría con él si pedía que ensillaran para ella alguna yegua dócil o un caballo castrado, así que acabó ordenándole al mozo que ensillara los dos sementales más briosos del establo.

Pocos minutos después, la vio llegar casi a la carrera y se quedó tan estupefacto que, durante unos segundos, no pudo dejar de mirarla. Nunca había visto a una mujer con un aspecto así. Se había recogido su larga melena morena en una coleta alta y estaba vestida con una amplia camisa blanca y unos pantalones ajustados.

—Ya estoy aquí —anunció ella poniéndose frente a él—. ¿Ya has ensillado los caballos? ¡Qué rápido! Oye, ¿por qué me miras así?

—Disculpa, nunca había visto a una mujer vestida de ese modo —respondió él, azorado.

—Ya, supongo que las damas inglesas no se ponen vaqueros, pero las chicas de Montana llevamos años haciéndolo. Es mucho más cómodo. —Soltó un grito de alegría al ver salir al mozo de cuadra llevando de las bridas a los dos caballos ya ensillados—. ¿Puedo elegir el negro?

—Sí, por supuesto —contestó él, tratando de recomponerse—. ¿Quieres dar un paseo hasta el roble de esa colina?

—No, un paseo no. —Ella ni siquiera se dio cuenta de que el mozo de cuadra estaba situado a su lado para ayudarla a montar. Con un ágil movimiento, se colocó a horcajadas a la grupa de su caballo—. Vamos a hacer una carrera. ¿Te atreves?

—Por supuesto —contestó él subiendo a lomos de su montura—, pero debo advertirte que vas a perder. Llevo dando clases de equitación con los mejores maestros del país desde los diez años.

—Yo no he dado ni una sola clase de equitación en toda mi vida —contestó ella con una sonrisa de suficiencia en la cara—, pero mis padres dicen que aprendí a montar a caballo antes que a andar. ¡Vamos!

Sin esperar a que él confirmara que estaba preparado, ella espoleó a su caballo y salió disparada. En pocos segundos, ya se encontraba galopando por la campiña. Alfred tardó en reaccionar, en parte porque no había esperado que ella fuera a dar ya la señal de salida, pero, sobre todo, porque se había quedado embobado viendo como aquel pantalón se ajustaba a las caderas de Clarice. Nunca había visto a una dama montando a horcajadas y mucho menos llevando una prenda que marcara sus formas de esa manera, pero aquella era una costumbre americana que los ingleses deberían adoptar.

Cuando reaccionó, espoleó a su caballo y lo puso al galope para tratar de alcanzarla. Además de llevarle varios cuerpos de ventaja, tenía que admitir que ella montaba muy bien. Además, era mucho más ligera que él, por lo que su montura podía ir más rápido. No iba a ser fácil superarla. Volvió a espolear a su caballo para que fuera aún más rápido y vio con satisfacción como, poco a poco, iba recortando la distancia que ella le había sacado.

Cuando ya se encontraba más cerca, casi a la grupa del otro caballo, vio como Clarice se giraba para mirarle. Esperaba encontrar una expresión de enfado por ir a ser superada en la carrera, pero en lugar de ello, lo que vio fue una sonrisa de burla adornando sus labios. Ella retomó su postura y espoleó a su caballo, que empezó a correr aún más rápido.

No podía creerlo. Mientras que él había puesto a su montura a galope tendido desde el primer momento, ella lo había contenido, creándole la ilusión de que podría alcanzarla. Escuchó como Clarice lanzaba al viento un grito de victoria mientras su caballo iba ganándole cada vez más terreno.

No podía permitir que le venciese. Llevaba toda la vida montando a

caballo e incluso se había proclamado ganador en algunas carreras locales. Era impensable que le ganara aquella mujer, por mucho que se hubiera criado entre caballos.

El roble que marcaba el final de la carrera estaba ya muy cerca. Tenía que darlo todo si quería ganar. Notó que su caballo estaba cansado y que trataba de relajar el paso, pero no se lo permitió. Se inclinó aún más hacia delante y espoleó a su montura casi con violencia, pidiéndole que hiciera un esfuerzo extra… pero a su caballo no debió parecerle buena idea.

Escuchó un largo relincho mientras su montura se encabritaba. Frenó en seco y se puso en pie sobre las patas traseras mientras con las delanteras parecía golpear a un adversario invisible. Alfred apretó las rodillas alrededor de la grupa y trató de sujetar las riendas con fuerza para calmarlo, pero no consiguió sostenerse. Notó una sensación de vacío al caer y una nube negra nubló su vista.

—Alfred, despierta… ¡Por favor, despierta!

Un golpe en la mejilla acompañó a aquellas palabras y le devolvió al mundo real. Parpadeó varias veces y su visión fue haciéndose cada vez más nítida. Vio un cielo aún teñido por los tonos amarillentos del alba y una bandada de pájaros sobrevolándole. De repente, una sombra se interpuso, tapándole la luz. Durante unos segundos, no pudo identificar el angelical rostro que había aparecido ante él. ¿Se habría muerto y estaba en el cielo? No lo veía muy probable. Un ángel no debería tener la expresión de preocupación que se veía en aquel rostro. Poco a poco, la claridad fue llegando también a su mente.

—¿Clarice? ¿Qué ha pasado?

—Te has caído del caballo —respondió ella—. ¡Vaya susto me has dado!

—No me he caído del caballo —la contradijo él al empezar a recordar —. El caballo me ha derribado. No es lo mismo.

—Dilo como quieras. —Clarice frunció el ceño y le señaló con su dedo índice, acusadora—. No deberías haber ido tan rápido.

—Tú ibas más rápido que yo. Te recuerdo que ibas primero —se defendió.

—Sí, pero yo sé cómo hacerlo.

Se sintió insultado por aquellas palabras. ¿Qué quería expresar aquella mujer? ¿Que él no era capaz de cabalgar tan rápido como ella? ¿Que era peor jinete? Intentó sentarse para poder discutir en una posición

más digna, pero, al tratar de incorporarse, el mundo empezó a girar a toda velocidad. Tuvo que volver a tumbarse y cubrirse los ojos con una mano para conseguir que se detuviera.

—¿Estás mareado? —preguntó Clarice, preocupada—. Quizá debería ir al castillo a pedir ayuda.

—No, tan solo dame unos segundos —pidió él—. No quiero que mi madre tenga más cosas que echarte en cara.

—¡Pero si yo no he tenido la culpa! —protestó ella.

—Ella no lo vería así y yo tampoco. Has sido tú la que ha propuesto una carrera y la que me ha hecho forzar demasiado a mi caballo. —Se descubrió los ojos y la miró—. Deberías haberte caído tú.

—¿En serio? ¿Qué clase de deseo es ese?

—Si te hubieras caído tú, yo te habría cogido en brazos como un caballero y te habría llevado bajo la sombra del roble para esperar a que te recuperaras. Y, cuando te hubieses despertado, me habrías besado para agradecérmelo.

Se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras en cuanto lo hizo. Debía de ser el golpe en la cabeza el que le había hecho hablar así. Sin embargo, decidió no disculparse ni retirarlas. Teniéndola tan cerca, con sus labios a apenas unas pulgadas de distancia y mirando aquellos enormes ojos del color azul grisáceo del mar antes de una tormenta, supo que deseaba besarla más que ninguna otra cosa en el mundo, que aquellas palabras que no se habría atrevido a decir si no fuera porque aún estaba algo mareado, eran justo lo que llevaba queriendo decirle desde hacía meses, desde aquel primer beso bajo su ventana al que deberían haberle seguido muchos más.

Ella no pareció escandalizada. Sus labios se curvaron en una sonrisa, una de sus manos se alargó para acariciar su pelo y, sin decir nada, se inclinó hacia él y le besó. Él levantó un brazo hasta su nuca para atraerla aún más, para asegurarse de que no escapara, para intentar prolongar ese beso durante todo el tiempo que le quedara al universo. Ella acercó su cuerpo hasta que no quedó espacio entre ellos y de entre sus labios entreabiertos, surgió un suave gemido que hizo que cualquier pensamiento consciente de Alfred se desvaneciera.

Ya no le importaba nada, no podía pensar en nada. La sensación de mareo se acrecentó, pero supo que no se debía a la caída, sino a sentir su cuerpo tan cerca, a estar saboreando su aliento, a la deliciosa tortura que suponía acariciar la piel de sus brazos. Se sintió más osado y tiró de ella para hacer que se tumbara sobre él. Ella se dejó llevar y, poniendo una pierna a cada lado de sus caderas, se colocó sobre él.

Sentir el peso de Clarice y acariciar su espalda, dejando que sus manos se deslizaran sobre la tela de la camisa, pudiendo sentir el calor que irradiaba de su cuerpo y que parecía abrasar las yemas de sus dedos le hizo volverse aún más loco. Tiró con suavidad de los bajos de su camisa para levantarla un poco, lo necesario para colar su mano y poder sentir por fin la suavidad de su piel.

Clarice volvió a gemir al sentir su tacto y se apretó aún más contra él. La agarró con fuerza y la hizo girar para colocarse encima. Se detuvo por un segundo y la miró, sorprendiéndose de lo bella que estaba con el pelo revuelto y los ojos brillantes, hambrientos… Supo que ella le deseaba tanto como él, que no tenía que preguntarle nada, que podrían entregarse el uno al otro en aquel momento. Volvió a lanzarse sobre sus labios para respirar su aliento, saborear su lengua, mordisquear sus labios… Pensó que nunca en la vida podría saciarse de sus besos…

Y entonces escuchó unos pasos a la carrera que le hicieron detenerse. Saltó hacia un lado, se quedó sentado en el suelo y trató de recomponer su pelo y sus ropas mientras se preguntaba por qué el mozo de cuadras que les había ayudado a ensillar los caballos estaba acercándose a ellos a la carrera.

—Lord Alfred, ¿está usted bien? —preguntó cuando llegó a su lado—. Vi que se había caído del caballo y no sabía si estaba usted herido.

—Estoy bien. Muchas gracias —dijo mientras maldecía para sus adentros al mozo y a toda su descendencia—. Tan solo me encuentro un poco mareado. Ahora me levanto.

Miró a Clarice por el rabillo del ojo y vio que ella tenía las mejillas rojas y que trataba de ocultar una risa nerviosa. Decidió hacer algo para darle tiempo para recomponerse.

—Ve a por los caballos —ordenó—. No pueden haber ido muy lejos.

—Están ahí mismo, señor.

El criado señaló un punto a su espalda. Alfred se giró y vio a los dos caballos pastando tranquilamente a la sombra del roble que había marcado el final de la carrera.

—Tráelos aquí, por favor. Los necesitamos para regresar a casa.

En cuanto el hombre se separó unos pasos, los dos se pusieron en pie. Alfred se colocó a su lado y se inclinó hacia ella para susurrar:

—Deberías arreglarte el pelo y la ropa. Se supone que el que se ha caído del caballo he sido yo. Tú no tienes excusa.

Clarice le miró avergonzada, haciendo que a él se le escapara una risa. Ella se separó un par de pasos mientras se metía los faldones de la

camisa dentro de aquellos pantalones ajustados que, a pesar de que le quedaban tan bien, se moría de ganas de arrancarle.

El mozo llegó un minuto después y les tendió las bridas de sus caballos. Alfred le dio las gracias y montó para regresar, seguido por Clarice. Trotaron de vuelta al castillo de Guildford. Entre ellos se había instalado un silencio incómodo. Se notaba una atmósfera extraña, algo eléctrico, vibrante, una tensión insostenible que tendrían que resolver en cuanto estuvieran solos. De vez en cuando, sus miradas se cruzaban y se mantenían hasta que uno de los dos rompía el contacto con una sonrisa nerviosa asomando a sus labios.

Alfred empezó a plantearse que quizá, cuando llegaran al castillo, podría tomar a Clarice de la mano y tirar de ella escaleras arriba hasta su habitación. Sabía que aquello no sería apropiado, que los ojos y oídos siempre atentos del servicio le irían con el cuento a su madre en cuestión de minutos, pero en aquel momento su deseo era tan desenfrenado, sus ganas de ella le acercaban tanto a la locura que ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

¿Qué pensaría Clarice si le propusiera algo así? Aquello no era digno de un caballero. Casi no se reconocía, pero en aquel momento le daban igual las convenciones sociales, el protocolo, lo que debería o no debería hacer… Solo sabía que necesitaba volver a besarla, sentir su cuerpo cerca, arrancarle la ropa y acariciar cada poro de su piel… Aquello le estaba volviendo loco… y esperaba que Clarice también estuviera lo bastante loca como para aceptar su proposición.

Pero ni siquiera pudo hacérsela. Vio que ella refrenaba su montura y la imitó. Siguió su mirada, que permanecía fija en los jardines del castillo y comprendió por qué Clarice tenía aquella expresión de desagrado. La duquesa estaba allí, desayunando bajo una sombrilla, a pesar de que aún era demasiado temprano para ella.

—Ve hacia la parte este de la muralla. Hay otra entrada —le indicó—. Sube a tu habitación, recoge tus cosas y espérame allí. Iré a buscarte con el coche en quince minutos.

Ella asintió y volvió a poner a su caballo al trote. Alfred esperó hasta que desapareció al girar la esquina y después, con su montura al paso, se acercó al lugar en el que su madre le esperaba. Se apeó del caballo y le tendió las riendas a un sirviente que estaba cerca. Después, sin esperar siquiera a ser invitado, se sentó al lado de su madre.

Ella fingió ignorarle durante unos segundos. Paseó su mirada por los jardines mientras saboreaba un trago de té. Cuando consideró que ya le había humillado lo suficiente, empezó a hablar sin siquiera mirarle.

—Supongo que no hace falta que te indique lo inapropiado de tu

comportamiento, Alfred.

—No sé a qué se refiere, madre, pero tiene razón en que será inútil que me lo explique. —Alfred se sorprendió al notar que estaba enfrentándose a ella sin que la voz le temblara—. No estoy haciendo nada de lo que deba avergonzarme.

—Eso es lo que tú crees, porque ahora mismo estás cegado por esa mujer. —La duquesa posó la taza sobre la mesa y se giró hacia él—. Mi obligación como madre es sacarte de ese error.

—Creo que ya soy lo bastante maduro para tomar mis propias decisiones, madre.

—Yo no lo creo, porque no te estás dando cuenta de hasta qué punto esas decisiones pueden poner en peligro el futuro de esta familia. —Ella tomó aire y soltó un largo suspiro, como si le costara empezar a hablar—. Ya te recordé ayer que estás prometido con Lady Alexandra Addington, la hija de los duques de Kent.

—¡Por Dios, madre! No siga con eso. He visto a esa mujer un par de veces en mi vida y nunca he sentido nada por ella ni le he manifestado mi deseo de convertirla en mi esposa —estalló Alfred.

—Eso no hace falta. Ya lo hicimos tu padre y yo por ti hace años —le cortó su madre—. Es una de las familias más antiguas e importantes de toda Inglaterra y no vamos a permitir que les insultes.

—No entiendo por qué deberían sentirse insultados. Pueden buscar otro pretendiente para su hija…

—No pueden. Se supone que ibais a casaros el año que empezó esta maldita guerra y tuvimos que posponerlo. Ahora ella ya es demasiado mayor para comenzar a buscar otro pretendiente. Además, tu familia necesita que te cases con esa mujer.

—¿Que lo necesitáis? ¿Para qué?

—Son muy ricos, hijo. El duque de Kent es dueño de varias fábricas de armamento y se dice que su fortuna es inmensa.

—¿Y qué más nos da eso a nosotros? Nuestra familia también tiene dinero…

—No, Alfred… Nuestra familia tenía dinero. Hemos perdido varios barcos con cargamentos importantes desde que empezó la guerra. —La duquesa cogió su abanico de encima de la mesa y lo abrió, como si necesitara más aire para poder seguir hablando—. Estamos al borde de la bancarrota.

—Eso no puede ser…

—Es así, hijo mío. —Ella estiró el brazo hasta tocar con cariño la

mano de Alfred—. La dote de Lady Alexandra nos permitirá sobrevivir hasta que los negocios de tu padre se recuperen y también servirá para pagar una dote digna para tu hermana. Si no aceptas, si rompes el compromiso, no solo estarás incumpliendo tu palabra, sino la de toda la familia. No encontraríamos pretendiente para Jane y ninguna dama estaría dispuesta a arriesgarse a comprometerse con Thomas. Por no hablar de que, si caemos en la pobreza, ni siquiera seguirían aceptándonos en su círculo.

—La situación no puede ser tan mala —protestó Alfred.

—Es peor de lo que piensas. Llevamos meses sufragando los gastos del castillo con la venta de mis joyas y de varias obras de arte… Pero eso no durará siempre.

La voz de la duquesa se quebró. Giró la cabeza para que él no pudiera ver su rostro y se enjuagó con disimulo una lágrima traidora que había escapado de sus ojos. Alfred sintió que el corazón se le encogía. No se llevaba bien con su madre, pero no quería verla sufrir. Y mucho menos quería hacer algo que perjudicará el futuro de cualquiera de sus hermanos.

—¿Y Philip? —preguntó buscando una última salida—. ¿No puede hacer algo? Es él quien va a heredar el título.

—Por eso precisamente Philip va a casarse con una hija de los duques de York, una familia muy importante y muy cercana a la realeza.

—¿Y eso no solucionará nuestros problemas económicos?

—No. Los duques de York no están pasando un buen momento, pero estar emparentados con ellos mejorará nuestra posición social.

—Así que tengo que ser yo el que os salve…

—Pensé que te sentirías orgulloso de una responsabilidad así. —Ella apretó su mano con firmeza—. Comprendo lo que sientes por esa mujer americana y no te estoy pidiendo ni por un segundo que renuncies a ella.

Alfred miró a su madre sintiéndose confuso. ¿No era precisamente de renunciar a Clarice de lo que había versado toda aquella conversación?

—Solo tienes que ser discreto —explicó ella—. Tu padre también ha tenido muchas amantes. Yo lo he sabido desde el principio y no le he dado ninguna importancia. Mientras yo sea la legítima duquesa de Guildford, puede tener todas las fulanas que quiera.

Alfred apartó su mano como si el contacto con su madre le diera urticaria. Se mordió la lengua, se levantó sin decir nada y se marchó a su habitación sin despedirse. Sabía que, si se quedaba a discutir lo que

su madre acababa de proponerle, acabaría diciendo cosas de las que se arrepentiría.

Entró en su cuarto y, en cuanto cerró la puerta a su espalda, lanzó un puñetazo contra la pared más cercana a la vez que dejaba escapar un gruñido animal con el que expulsó toda su frustración y su rabia. Él no era así y nunca podría serlo. Siempre había odiado lo superficial y manipuladora que era su madre, lo egocéntrico y frío que era su padre. Él nunca manejaría a los demás para cumplir sus deseos sin importar el daño que pudiera hacerles. Y mucho menos podría hacerle una proposición así a Clarice.

Sin embargo, sabía que su madre tenía razón en algunas cosas de las que le había dicho. Sabía que ellos nunca aceptarían a Clarice, que nunca la considerarían uno de los suyos. Y sabía que, si su familia le necesitaba, no podía dejarles a su suerte.

Pero había algo en lo que su madre se equivocaba. El nunca podría pedirle a Clarice que se conformara con un amor a medias. Si no podía entregarse por entero a ella, no le pediría nada. Desde aquel momento y durante el resto del tiempo que tuvieran que pasar juntos en esa guerra, se comportaría de forma intachable y profesional. Sabía que a ella le dolería, que no lo entendería en el primer momento, pero también sabía que aquello era lo correcto.

Cogió la maleta que estaba colocada al lado de la puerta y salió de la habitación. Caminó a paso rápido hacia el coche, se montó y arrancó rumbo a la entrada este.

Clarice ya le estaba esperando allí. Había cambiado los pantalones ajustados por un vaporoso vestido de flores amarillas. También se había quitado la coleta y había cepillado su pelo, que le caía en espesas ondas hasta la cintura. Cuando se giró hacia el sonido del motor, con los ojos brillantes de expectación y una dulce sonrisa en los labios, pensó que nunca en la vida había visto a una mujer tan bella. Apretó con fuerza el volante, se tragó sus sentimientos y frenó a su lado.

Cuando Clarice ocupó el asiento del copiloto, la saludó:

—Buenos días, señorita Cooper.

—¿Ahora vuelvo a ser la señorita Cooper? ¿A qué viene eso, Alfred?

—Le ruego que a partir de ahora se dirija a mí con el debido respeto. Le recuerdo que soy su superior y que debe llamarme “señor” o “teniente Mitchell”. ¿Lo ha comprendido?

No se atrevió a girarse hacia ella. No se veía capaz de contemplar en sus ojos lo defraudada que debía de estar haciéndole sentir. Se

mantuvo firme, con las manos aferrando el volante y la mirada al frente, durante el largo tiempo que ella tardó en contestar.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Le pido que, por favor, me deje en la estación de tren más cercana en la que pueda conseguir un billete para Windsor.

—Eso no es necesario, Clar… señorita Cooper.

—Sí lo es. Si no va a llevarme a la estación de tren, le ruego que detenga el coche ahora mismo. Llegaré allí por mi cuenta.

Alfred se limitó a asentir y empezó a conducir hacia la estación. Llegaron en apenas unos minutos, sumidos en un silencio espeso y triste. Clarice casi no le dio tiempo a detener el coche. Se bajó de forma apresurada, recogió su maleta y, tras dar un portazo, se dirigió a la estación con paso firme. Él se quedó allí quieto, viéndola marchar, temiendo que, si ella se giraba una sola vez y cruzaba con él sus ojos tristes, se volvería loco y lo dejaría todo… pero ella no se giró ni una sola vez. Desapareció por la puerta de la estación y le dejó solo con la firme convicción de que acababa de estropear su única opción real de llegar a ser feliz.

Castillo de windsor (Condado de Berkshire),

Agosto de 1943

Clarice

Capítulo uno

Ya era mediodía cuando me detuve frente al castillo de Windsor. Había tardado horas en poder coger un tren, atestado de familias con niños ruidosos e incluso un par de mujeres que llevaban jaulas con gallinas. Después de un viaje que me permitió imaginar con claridad cómo debía de ser el infierno, llegué a mi destino y, tras esperar durante algo más de media hora en una parada vacía, tuve que rendirme a la evidencia de que aquel día no iba a encontrar ningún taxi. Aquel debió de ser, además, el único día caluroso de todo el verano de 1943 en aquella zona de Inglaterra. Un sol implacable me acompañó a cada paso por aquella carretera polvorienta. El aire no era solo cálido, sino también húmedo, ese tipo de aire que te hace sentir que estás atravesando un caldero de sopa.

Cuando por fin Windsor se presentó ante mis ojos, ni siquiera disfruté de las vistas. El lugar era tan impresionante como había imaginado, pero en aquel momento me daba igual. Lo único que quería era una ducha fría y una cama en la que poder pasar las siguientes veinticuatro horas… y no volver a ver a Alfred en mi vida. Sabía que mis dos últimos deseos no se iban a poder cumplir, pero me puse en movimiento esperando al menos poder conseguir esa ducha. Tenía la ropa empapada y la piel pegajosa. En aquel momento, me daba asco a mí misma.

Según avanzaba camino a la puerta, me di cuenta de que no llevaba ningún documento que fuera a franquearme la entrada. Se suponía que iba a llegar a Windsor acompañada de Alfred y que él podría responder por mí. Me acerqué a la imponente muralla, donde dos soldados hacían guardia al lado de la verja de entrada, tan tiesos como si fueran estatuas, y carraspeé para llamar su atención. No se movieron en absoluto. Continuaron firmes enfundados en su uniforme de casaca roja y luciendo con una dignidad admirable un enorme sombrero cilíndrico de piel negra que debía pesar una barbaridad. Me coloqué frente a uno de ellos y volví a carraspear aun más fuerte.

—Disculpe. Mi nombre es Clarice Cooper y trabajo en el castillo. —Al ver que los guardias seguían sin reaccionar, hablé un poco más alto—. Tengo que entrar. Me están esperando.

Tampoco conseguí ninguna respuesta en aquella ocasión. Pensé en intentar colarme, a pesar de que las bayonetas de sus armas me sugerían que no era buena idea. Además, la puerta estaba cerrada y me iba a resultar imposible pasar. Estaba a punto de desistir, coger mi

maleta y empezar a recorrer todo el perímetro del castillo para ver si podía encontrar otra entrada en la que los guardias, al menos, me mirasen a la cara, cuando vi pasar a Alfred al otro lado de la verja.

No tenía ninguna gana de llamarle y pedirle ayuda, pero era ridículo quedarme allí tratando de conseguir alguna respuesta de aquellos dos guardias. Habría sido mucho más probable que me contestara un árbol. Me tragué mi orgullo y le llamé, aunque intenté imprimir a mi voz toda la frialdad y desdén posibles.

—Teniente Mitchell, ¿podría indicar a estos soldados que trabajo dentro del castillo para que me permitan el paso?

Él se frenó en seco y se giró hacia mí. Durante un segundo, me dio la impresión de que la emoción embargaba su mirada, de que una sonrisa intentaba abrirse paso en sus labios al verme… Pero solo fue un segundo y, además, debía darme igual. No podía exponer mis sentimientos a alguien tan voluble. Desde que le conocía, me había hecho daño una y otra vez. Aquello tenía que terminar.

—Señorita Cooper, la estábamos esperando —dijo mientras se acercaba a la verja. Hizo una ligera reverencia a modo de saludo y señaló hacia la izquierda—. Hemos prohibido el acceso por aquí. La entrada está más arriba, en la puerta de George IV. —Señaló cuesta arriba—. La esperaré allí.

Asentí, agarré mi maleta y empecé a caminar muy erguida y con la vista al frente. Me sentí extraña. Sabía que él estaba caminando a apenas unos pasos, al otro lado de la muralla. Me pareció que podía sentirle, caminando a mi lado, aunque no pudiera verle. Aquella situación me resultó muy representativa de mi relación con él: tan cerca y a la vez tan lejos, tan inalcanzable…

Cuando llegué al lugar que me había indicado, esperé al lado de la puerta mientras Alfred hablaba con uno de los guardias. Cuando me comunicó con un gesto que podía pasar, le dediqué una sonrisa forzada y me coloqué a su par mientras rodeábamos una amplia extensión de césped. Me señaló el enorme edificio al que nos dirigíamos.

—Hemos decidido olvidarnos del resto del castillo de Windsor y utilizar solo el recinto superior —me explicó—. Como ya sabe, queremos reducir los contactos al mínimo, así que, hasta que esto termine, el rey y su familia estarán recluidos en los apartamentos reales junto con un reducidísimo grupo de personas de confianza entre los que nos infiltraremos.

Se quedó en silencio, como si esperara mi opinión. Me limité a mantener la vista al frente y seguir caminando.

—Si todo el resto del servicio y la guardia son de máxima confianza y se conocen desde hace tiempo, vamos a llamar demasiado la atención —sugerí—. El culpable va a sospechar de nosotros desde el primer momento.

—Tiene razón. Yo también lo he pensado. Pero no nos queda más remedio que hacerlo así. —Por el rabillo del ojo, vi que se encogía de hombros—. De todos modos, casi prefiero que el agente infiltrado se sienta observado. Si decide no actuar o escapar, habremos conseguido nuestro objetivo, que no es otro que evitar la muerte del rey.

—Sí, señor. Puede que tenga razón.

Alfred se detuvo en seco, supuse que sorprendido por mi manera de tratarle. Yo no reduje mi paso. Seguí caminando decidida hasta la puerta de entrada, donde esperaban otros dos guardias. Alfred se apresuró a alcanzarme. Los guardias le reconocieron y nos franquearon el paso.

—No la veo muy convencida del plan.

No pude contestarle. Acabábamos de entrar en las dependencias del castillo y estaba tan asombrada del lujo que me rodeaba que me veía incapaz de pronunciar palabra. Nunca en mi vida había imaginado un lugar así. En la pared que daba al exterior se abrían enormes ventanales en forma de arco que llegaban hasta el suelo y a través de los cuales se colaba una suave luz dorada que iluminaba el lugar como si fuera el escenario de un cuento de hadas. Ni siquiera sabía dónde mirar: las mullidas alfombras de color burdeos, las columnas adornadas con pan de oro, los frescos que decoraban el techo, las mil lágrimas de cristal que adornaban las lámparas y que captaban la luz para convertirla en infinitos y diminutos arcoíris… Cada pulgada de aquella estancia estaba calculada para transmitir una impresión de riqueza, de ostentación, de poder… Y solo estábamos en el recibidor.

Alfred se colocó frente a mí con el ceño fruncido. Me di cuenta de que le había dejado esperando una respuesta. Tuve que agitar la cabeza para dejar de mirar la estancia embelesada y regresar a la conversación que habíamos estado manteniendo.

—No es que no esté convencida del plan. Es que hay cosas que no entiendo —confesé mientras me ponía de nuevo en marcha.

—¿Cosas como qué?

—¿Cómo sabemos que el espía nazi está aquí? No lo veo lógico. —Alfred se mantuvo en silencio, esperando a que siguiera explicándome —. Según el mensaje que interceptamos, aún faltan tres días para la muerte del último cuervo, que, según suponemos, marcará el día del atentado contra el rey. —Esperé hasta que Alfred asintió—. Es eso lo

que no me cuadra: ¿Por qué va a esperar tres días si ya está aquí dentro y tiene acceso a él? ¿Por qué arriesgarse a que le descubramos y le detengamos?

—Eso es algo que tendremos que investigar —admitió Alfred antes de encogerse de hombros.

—Para mí no tiene sentido. Yo creo que no está aquí, que no tendrá la posibilidad de matar al rey hasta dentro de tres días…

—Si ese fuese su plan, estaría destinado al fracaso. —Alfred volvió a ponerse en marcha hacia una de las puertas de la habitación. Nos adentramos en un recargado pasillo lleno de armaduras y retratos de difuntos nobles—. El rey no va a salir de Windsor hasta que consideremos que la amenaza ha pasado y nadie ajeno va a atravesar estos muros. Si el asesino no está aquí dentro, ya le habremos vencido. Su única posibilidad es estar ya entre nosotros.

—Pero eso no tendría sentido. Podría matar al rey hoy mismo. ¿Por qué esperar?

—No lo sé, pero creo que es así. Lo siento aquí dentro. —Se llevó una mano al pecho y dio un par de golpecitos sobre su corazón—. Ya sé que no debería basarme en corazonadas y presentimientos, pero supongo que, si alguien puede comprenderme, eres tú.

Me dirigió una sonrisa que me hizo darme cuenta de que había vuelto a tutearme. Seguí caminando a su lado fingiendo que ni siquiera lo había notado mientras recapacitaba sobre sus últimas palabras. Yo tampoco tenía ninguna razón para pensar que el asesino ya se encontraba entre nosotros y, sin embargo, también lo sentía así. Había algo en la atmósfera que me hacía temer que Alfred estaba en lo cierto, algo que parecía tamizar la luz y dar fuerza a las sombras, que hacía el aire más pesado e irrespirable, una especie de presencia, de energía ominosa que erizaba el vello de mis brazos y hacía que el corazón me aletease despavorido en el pecho, como un pajarillo que tratara de escapar del peligro… Terminé por asentir.

—Sí, yo también lo siento así —admití—. El asesino está aquí y tenemos tres días para descubrirlo. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Habíamos llegado a un descansillo dominado por una impresionante escalera de madera de nogal. Los peldaños estaban cubiertos por una espesa alfombra persa y las paredes se encontraban decoradas con cuadros y tapices. Me pregunté si aquella gente se habría planteado en algún momento que era posible dejar una pulgada de espacio sin decoración. En un primer momento, tanto lujo me había impresionado, pero no llevaba ni cinco minutos dentro de aquel castillo y ya empezaba a sentirme agobiada. Era imposible mantener

una conversación en aquel lugar mientras tu vista era asaltada continuamente por cientos de estímulos.

—Tenemos una reunión ahora con el resto del equipo. —Señaló hacia el tramo de escaleras que descendía—. El MI6 se ha encargado de que nos asignaran un despacho…

—En el sótano. —Completé la frase por él—. Otra vez en el sótano. ¿De dónde ha sacado el MI6 la idea de que somos alérgicos a las ventanas y a la luz del sol?

—No sé… Supongo que como nos dedicamos a temas misteriosos y sobrenaturales, habrán pensado que nos gustan los ambientes sombríos y oscuros.

—Entonces debemos dar gracias de que no nos hayan buscado una cripta en algún cementerio. —Me puse en marcha escaleras abajo—. ¿Los demás ya han llegado?

Alfred me adelantó con paso rápido, asintió y me señaló una puerta situada al final del estrecho pasillo. Cuando abrí, me encontré una especie de enorme y oscuro almacén, iluminado por una miserable bombilla. El sitio era muy amplio, pero estaba saturado con cientos de cuadros, tapices, armaduras, jarrones, alfombras, muebles… Parecía que habían metido allí todo lo que no les había cabido al decorar el castillo… y por lo que pude apreciar en un primer vistazo, había material para decorar tres castillos más.

En el único hueco que quedaba libre, habían colocado un escritorio y un par de sofás viejos a los que se les salía el relleno a través de su tapicería desteñida. En uno de ellos, apretados los unos a los otros como si intentaran sentirse más protegidos, estaban sentados mis compañeros. En cuanto atravesé la puerta, Wendy se levantó de un salto y se lanzó a abrazarme, como si llevara años sin verme. Correspondí a su demostración de afecto, aunque se me escapó una risa.

—¡Qué recibimiento! Así da gusto volver —dije mientras abrazaba a la chica.

—Nos asustamos cuando vimos que Alfred llegaba solo —explicó tras soltarme y quedárseme mirando como si mi presencia allí fuera un milagro—. No ha querido explicarnos por qué ha vuelto sin ti.

—Es que no tengo por qué daros ninguna explicación —intervino Alfred con tono cansado mientras tomaba asiento al otro lado del escritorio—. Soy vuestro superior. Y que sea la última vez que te diriges a mí como Alfred. Soy el teniente Mitchell.

Tras pronunciar aquellas palabras, fue mirándonos fijamente hasta

que todos asentimos. Después, abrió uno de los expedientes y fingió estudiarlo. Agarré la mano de Wendy y tiré de ella para que se sentara a mi lado en el sofá que quedaba libre.

—Una vez dejado claro este punto… —continuó Alfred—, voy a asignaros vuestros puestos en Windsor. Nigel…

El chico se puso en pie con las manos cruzadas al frente, como si se encontrara en el colegio y el maestro estuviera pasando lista. Alfred le miró y enarcó una ceja, pero decidió seguir adelante.

—Como nadie va a poder entrar ni salir de Windsor, no hay que cuidar los establos, así que me acompañarás como parte de la guardia real. —Esperó hasta que Nigel asintió y volvió a sentarse—. Irma, tú continuarás como doncella, tal y como hacías en Buckingham. ¿Te parece bien?

—Sí. No hay problema. Estaré atenta por si descubro cualquier cosa rara —contestó ella.

—Y tú, Clarice, también seguirás con tu trabajo en la cocina…

—No, no, no… —dije poniéndome de pie para reforzar mi protesta—. ¿Ha venido Molly, la cocinera?

—Sí. De todas las personas que trabajan en la cocina de Buckingham, fue la elegida como de mayor confianza…

—Me da igual. No pienso volver a trabajar con esa tirana. Asígname otro puesto.

Alfred resopló y negó con la cabeza. Supuse que se negaría a cambiarme de sitio y que, además, aprovecharía para volver a recordarme que era mi superior y que mi deber era no protestar y seguir las órdenes, pero, antes de que pudiera decir una palabra, Wendy se levantó del sofá, se colocó a mi lado y me tomó la mano.

—A mí me gustaría trabajar en las cocinas. Se me da muy bien. —Alfred tomó aire para replicar, pero ella continuó hablando para no darle tiempo—. Además, como aquí no vamos a tener ninguna visita, ya no voy a tener que estar en recepción. Por favor, me encantaría trabajar ahí.

—Está bien, aunque esa mujer es una de nuestras principales sospechosas —dijo Alfred.

—¿Por qué? —pregunté intrigada—. Es una bruja y una tirana, pero no la veo como espía nazi.

—Tengo más razones para desconfiar de ella que tus informes negativos —explicó él—. Me han dicho que ha estado preguntando por nosotros al personal de servicio, intentando enterarse de quiénes

éramos, por qué habíamos entrado todos a la vez, si nos había recomendado alguien… Quizá solo sea una vieja cotilla, pero no me gusta. Además, tiene la posibilidad de envenenar la comida y matarnos a todos. Quiero que esté vigilada.

—Más razón entonces para que sea yo la encargada de estar con ella —intervino Wendy—. Si oculta algo o planea hacer algo malo, lo veré en su aura.

Alfred se tomó unos segundos para reflexionar y terminó asintiendo. Wendy le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento y volvió a su sitio. Yo me quedé allí de pie, esperando que se me asignara algún destino.

—¿Y bien? ¿Qué voy a hacer yo entonces? —pregunté al ver que Alfred no decía nada.

—¿Qué te parecería ser institutriz? —me preguntó después de ojear su informe durante unos segundos.

—¿Institutriz? ¿De quién?

—Hay dos princesas en este castillo —respondió antes de volver a ojear su informe—. Parece que tienen una institutriz que les enseña historia, lenguaje, literatura y música. En el pasado han tenido profesores de francés. ¿Sabes francés?

—Ni una palabra —admití.

—¿Y qué asignatura podrías enseñarles?

—Ninguna. —Me encogí de hombros.

—Alguna cualidad o conocimiento tienes que tener…

—Claro que tengo… Muchísimas —contesté molesta—. Pero ninguna que pueda serle útil a dos princesas. ¿Quieres que les enseñe a montar a caballo, a cazar terneros con un lazo, a disparar un revólver…? ¿O prefieres que les explique cómo utilizar la ouija y hacer hechizos?

—Eso es —dijo emocionado mientras daba una palmada sobre la mesa —. Los hechizos.

—¿En serio quieres que enseñe a esas chicas a hacer magia? —pregunté temiendo que se hubiera vuelto loco.

—No, por supuesto que no. —Se le escapó una risa—. Pero muchos de tus hechizos son en latín. Puedes enseñarles eso.

—Mi nivel de latín es bastante limitado —admití avergonzada.

—Da igual. Solo tienes que fingir durante tres días y quiero que el entorno de las princesas también esté vigilado. —Me dirigió una sonrisa—. ¿Podrás hacerlo?

—Supongo que sí. Puedo tenerlas tres días estudiando las declinaciones.

—Pues todo el mundo a sus puestos. —Dio una palmada para hacer que nos pusiéramos en marcha—. Tenemos tres días para descubrir a nuestro espía y detenerlo. ¡Buena caza!

Salimos todos del almacén y nos dirigimos a las escaleras con Alfred a la cabeza. Nigel e Irma le siguieron a buen paso, pero Wendy se quedó rezagada hasta colocarse a mi lado. Cuando estuvo segura de que no podían oírnos, se detuvo y me agarró de la mano para que hiciera lo mismo.

—¿Pasa algo, Wendy? —pregunté tras detenerme.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió la chica—. ¿Qué os ha pasado?

—¿A quiénes?

—A Alfred y a ti. Vuestras auras han cambiado.

—No entiendo a qué te refieres. —Intenté ponerme en marcha de nuevo. No quería continuar aquella conversación.

—Tienes el aura roja con manchas marrones, sobre todo cuando le miras —me dijo como si aquello fuera una acusación.

—No sé qué significa eso.

—Que estás enfadada y resentida con él. —Me tomó las dos manos y me las apretó con cariño—. ¿Qué te ha hecho?

—Nada importante, Wendy. —Intenté soltarme, pero ella no me lo permitió. Aquello me hizo sentir aún más incómoda—. No está bien espiar los sentimientos de tus compañeros.

—No puedo evitarlo. Normalmente ignoro vuestras auras, pero hoy brillaban. —Me dirigió una sonrisa triste a modo de disculpa—. La tuya en rojo y la suya en azul grisáceo.

Negué con la cabeza, volví a intentar soltarme de sus manos y, en aquella ocasión, lo conseguí. Subí un par de peldaños antes de detenerme y girarme de nuevo hacia ella.

—¿Qué significa un aura de color azul grisáceo? —pregunté sin poder contenerme.

—El azul es el color de un aura enamorada… Pero ese gris… —Se quedó callada de repente y su mirada se volvió triste—. Ese es el tono de un amor imposible, de alguien que sabe que nunca será correspondido.

Sentí un sobresalto en mi interior, algo que me agitaba las entrañas.

¿Alfred estaba enamorado? ¿Y creía que yo no sentía nada por él? ¿Era aquella la causa de su comportamiento cambiante e inexplicable?

Pensé en echar a correr escaleras arriba, llegar hasta él y arreglar aquello, pero una duda se instaló en mi pecho y fue creciendo más y más a cada segundo. ¿Quién me decía que estaba enamorado de mí? Yo nunca había intentado alejarle de mi lado, nunca le había dado razones para pensar que no le correspondería. Al contrario. En nuestro accidentado paseo a caballo, le había demostrado todo lo que despertaba en mí y habría estado dispuesta a demostrarle mucho más… Y, de repente, él se había retirado. Se había vuelto frío e inaccesible de nuevo… ¿Y si era el recuerdo de otra mujer, de una de la que realmente estaba enamorado, lo que le detenía y le hacía separarse de mí?

No tenía tiempo de pensar en eso. Y tampoco ganas ni energía. Alfred me confundía y me hacía daño. Lo mejor sería dejar las cosas como estaban y centrarme en la importante misión que teníamos entre manos. Sería la mejor manera de mantener mi corazón indemne.

Miré a Wendy y negué con la cabeza mientras le dirigía una sonrisa triste.

—Intenta no hacerlo, por favor. Es muy incómodo saber que puedes conocer nuestros sentimientos.

Esperé hasta que ella asintió y, sin decir una palabra más, continué subiendo los escalones a paso rápido. Mis otros compañeros ya habían desaparecido y yo no tenía ninguna gana de volver a enfrentarme a la mirada compasiva de Wendy, así que seguí adelante por el primer pasillo con el que me crucé. Se suponía que estábamos encerrados en un ala pequeña del castillo. No sería muy difícil encontrar las dependencias de las princesas.

Alfred

Capítulo dos

Terminó su ronda por los pasillos del ala de apartamentos y decidió regresar a su puesto. Ya había pasado la medianoche y el castillo de Windsor era una residencia de verano, por lo que nunca había tanta actividad como en Buckingham. Aun así, siempre solía haber guardias frente a las puertas y personal de servicio cuidando de que todo estuviera en orden incluso en plena noche. Sin embargo, en aquel momento los pasillos estaban tan vacíos que resultaban inquietantes. Se habían seguido las indicaciones de reducir el personal al mínimo y eso se notaba.

Escuchó como, al final del pasillo por el que caminaba, se accionaba el picaporte de una puerta y se puso en tensión. Vio salir a una de las pocas doncellas seleccionadas para seguir sirviendo a la familia real: una mujer de casi sesenta años y cara de matrona adorable que le sonrió con timidez antes de pasar por su lado. Le devolvió una sonrisa nerviosa y continuó caminando hacia los departamentos del rey mientras se repetía a sí mismo que tenía que contener su ansiedad. Se encontraba en un estado de alerta tal que cualquier ruido de pasos, cualquier conversación en susurros, cualquier mirada le hacía sospechar. Veía enemigos por todas partes y notaba que todos sus músculos estaban en tensión, como si su cuerpo estuviera preparado para defenderse de un ataque en todo momento. Si continuaba así, le acabaría dando un ataque al corazón. Mientras seguía recorriendo el pasillo, empezó a respirar de forma profunda y a repetirse a sí mismo que aún quedaban tres días para que el espía atacase y que, hasta entonces, no iba a suceder nada malo.

Cuando giró la última esquina, vio a Nigel junto a la puerta del dormitorio del rey. Se acercó despacio. La mullida alfombra amortiguaba el sonido de sus pasos. Gracias a eso y a la extrema concentración del joven, consiguió colocarse a apenas un paso sin que se diera cuenta de su presencia. Se quedó contemplando en silencio como hacía bailar una cucharilla a pocas pulgadas de su mano. La observaba fijamente, con el ceño fruncido, como si quisiera derretirla con la mirada y la cucharilla se ponía de pie, brincaba en el aire, volvía a ponerse paralela al suelo para girar como la aguja enloquecida de una brújula… Le pareció distinguir el dibujo labrado que adornaba su mango y se acercó a ella un poco más. Lo que sospechaba: la torre del castillo de Windsor rematada con el estandarte real y rodeada de dos ramas de roble. Carraspeó suavemente, haciendo que Nigel diese un respingo y que la cucharilla

dejase de flotar y rebotase sobre su mano. El chico, a pesar del susto, reaccionó de inmediato, consiguió recuperar la cucharilla sin que llegase a tocar el suelo y guardársela en un bolsillo de la chaqueta antes de erguirse y saludar a Alfred con una sonrisa.

—Teniente, qué susto me ha dado. No debería acercarse de forma tan sigilosa.

—Buenos reflejos —le felicitó—. ¿De dónde has sacado esa cucharilla?

—¿Qué cucharilla?

Nigel le dedicó una sonrisa tan inocente y una mirada tan limpia como la de un niño. Alfred se sorprendió preguntándose a sí mismo durante un segundo si habría visto mal. No, imposible. La había visto con todo detalle. Negó con la cabeza mientras pensaba que nunca en la vida se había cruzado con alguien que mintiera con tanta soltura.

—Nigel, por favor… Estabas haciendo flotar una cucharilla de plata con el emblema de la familia Windsor. ¿La has robado del comedor?

—No se puede decir que la haya robado. La he cogido prestada para practicar en los ratos muertos. —Se acercó un poco más y susurró con tono conspirador—. Esto de hacer guardia es aburridísimo.

—Eso no es excusa para robar la cubertería del castillo —le cortó Alfred con tono seco.

—Como le decía, no es robar. La he cogido para afinar mis habilidades y poder ser aún más útil a la Corona. Creo que se me debería felicitar por mi empeño.

— Y yo creo que deberías coger prestada una de las cucharillas normales que usa el servicio —le contradijo Alfred—.Y también creo que va siendo hora de que dejes de perder el tiempo con cucharillas y pruebes a mover algo más grande. Sigo sin verle la utilidad a esa capacidad tuya.

Durante un segundo, el brillo de los ojos de Nigel se apagó. Apretó la mandíbula, tragó aire y asintió.

—Sí, señor. Lo que usted ordene. —Aunque trató de ocultarlo, se notaba en su tono que el comentario le había dolido—. ¿Qué sugiere usted que haga flotar para servir mejor a la Corona y hacer que se sienta orgulloso de mí? ¿Torpedos? ¿Balas de cañón? ¿No cree usted que hacer volar objetos grandes sería muy llamativo y que habría que dar muchas explicaciones?

Alfred no supo qué contestar. Era consciente de que no debería haber menospreciado las capacidades de Nigel. Clarice le había

insinuado en alguna ocasión que el chico tenía miedo de no resultar útil y que se sentía muy inseguro de su lugar dentro de la División OpenMind. Con aquellas palabras, acababa de confirmar aun más sus temores.

—Tienes razón —se excusó—. No debemos llamar la atención. Y eso me recuerda otra cosa que quería decirte: lo mismo que yo te he sorprendido haciendo flotar esa cucharilla, cualquier otro habitante del castillo podría haberlo hecho. Ten más cuidado a partir de ahora.

Nigel asintió, se colocó de espaldas a la puerta del dormitorio del rey y se quedó quieto como una estatua con la mirada al frente. Alfred se sintió un poco culpable por haberle molestado, pero no se le ocurrió la manera de rectificar. Se colocó al otro lado de la puerta y se irguió para continuar con la guardia.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Nigel medio minuto después—. Esto es horrible.

Alfred tuvo que mirar a otro lado y apretar los labios para contener la risa. Estaba claro que la paciencia no era una de las virtudes del chico. Por suerte, parecía que el rencor tampoco era uno de sus defectos. El malestar que le había causado su conversación anterior solo había durado unos segundos.

—No queda mucho —contestó tras mirar su reloj de pulsera—. En menos de media hora vendrán a relevarnos.

—Menos mal. Me caigo de sueño. —Nigel no pudo reprimir un largo bostezo—. Ha sido un día larguísimo.

Alfred se planteó que realmente lo había sido. Recordó como se había levantado ilusionado por poder darle una sorpresa a Clarice, como habían cabalgado juntos, aquel momento en que la había tenido entre sus brazos, la sensación de querer abandonarlo todo, de olvidar aquella guerra, sus obligaciones, incluso quién era… Todo para poder mantenerla entre sus brazos… Pero aquello había sido un sueño, una locura, un delirio del que debía olvidarse… Le parecía que todo aquello había pasado hacía años, que el chico que se había levantado emocionado en Guildford, el hombre que había abrazado a Clarice y se había vuelto loco de deseo por ella no era el Alfred que conocía, sino alguien muy lejano, muy ajeno a él. Se sentía como un viejo que recuerda sus locuras de juventud y casi no puede creer que fuera él quien las cometiera, mientras, al mismo tiempo, piensa que lo daría todo por volver a cometerlas.

—Creo que deberíamos felicitarnos —dijo de repente Nigel.

Volvió la cabeza hacia el joven y le sonrió, agradecido por haberle sacado de aquella espiral de pensamientos dolorosos.

—¿Felicitarnos por qué?

—Bueno… Ayer no murió ningún cuervo y hoy ya es más de medianoche y no ha llegado ningún aviso de la Torre de Londres diciendo que haya muerto alguno, ¿no? —Nigel entrecerró los ojos y le miró preocupado—. Ha dado orden de que se nos avise si alguno muere, ¿verdad?

—Por supuesto. Si pasa algo, nos lo dirán de inmediato. —Alfred asintió—. Parece que hoy tampoco vamos a tener ninguna baja.

—Por eso digo que deberíamos felicitarnos. —La sonrisa de Nigel se hizo más amplia—. Quizá esto quiera decir que lo hemos detenido, que el espía que debía matar al rey no ha sido uno de los seleccionados para venir a Windsor y que ya no va a poder cumplir con su plan.

Alfred tomó una profunda bocanada de aire y la dejó salir con lentitud. Le encantaría ser tan optimista como Nigel, pero no se lo podía permitir. Volvió a mirar a su compañero y negó con la cabeza mientras le dirigía una media sonrisa.

—Yo no voy a estar tranquilo hasta que pase el día marcado… Y no sé si, aun así, esta sensación de angustia se me pasará en algún momento.

—Pues yo creo que deberías ser más optimista. —Nigel se encogió de hombros—. Los cuervos empezaron a morirse sin que supiéramos cómo ni por qué y quizá dejen de morirse de la misma manera. A lo mejor, aunque nunca descubramos todos los detalles del plan ni atrapemos al agente que debía asesinar al rey, ya hayamos frustrado sus planes sin saber cómo. Deberíamos aceptar las buenas noticias aunque no las comprendamos. Se supone que somos expertos en fenómenos inexplicables.

Nigel le guiñó un ojo y él no pudo reprimir una sonrisa mientras negaba con la cabeza. Le encantaría creerlo, daría cualquier cosa por tener esa fe. Pero no podía permitírselo. En su interior sabía que no descansaría tranquilo hasta capturar al culpable.

Clarice

Capítulo tres

—Repetid conmigo —ordené—. *Rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa*…

Margaret, obediente, empezó a repetir, pero Elisabeth[iv], su hermana mayor, se mantuvo en silencio, con los labios fruncidos. Me detuve y me acerqué a su mesa.

—¿Sucede algo, alteza?

—Sí, que no entiendo por qué tenemos que estudiar esto. El latín no nos va a servir para nada.

—Ya sabéis que vuestra madre quiere que recibáis la mejor educación posible y el aprendizaje del latín puede seros de mucha ayuda para aprender otros idiomas derivados de él, como el italiano, el francés o el español —expliqué tratando de parecer comprensiva y paciente.

—¿Y no sería mejor dedicar nuestro tiempo a estudiar directamente esos idiomas en lugar de perderlo con una lengua muerta? —insistió la joven.

—Sí, además no nos hace falta estudiar italiano ni español porque son aliados de nuestros enemigos —intervino Margaret—. No vamos a querer hablar nada con ellos.

—Bueno, pues os servirá para aprender francés —insistí.

—*Nous avons déjà étudié français avec d'autres gouvernantes*[v] —contestó Elisabeth con un brillo maligno en la mirada.

—¿Perdona? No te he entendido —tuve que confesar.

Elisabeth se levantó de la silla y se giró hacia su institutriz, que se mantenía sentada en silencio en una esquina fingiendo estar absorta en su labor de punto, aunque en realidad no se perdía ni un detalle de la clase, como si temiera que fuera a hacerles algo malo a las dos jóvenes princesas.

—Crawfie[vi] —la llamó la princesa con tono lastimero—. Todo esto no sirve para nada. ¿Por qué nos habéis traído a esta mujer?

—Vuestro padre ha decidido que debéis aprender latín para completar vuestra formación —contestó la institutriz.

—Pues no quiero hacerlo. —El tono de Elisabeth se hizo aún más quejoso, como si estuviera al borde de una rabieta—. Es aburrido y no me gusta.

Resoplé desesperada. No me podía creer que aquella chica, que debía

rondar los dieciséis o diecisiete años, estuviera a punto de montar un berrinche como si tuviera dos. Pensé que me encantaría darle un par de azotes para que se le pasara la tontería, pero eso podía hacer que me expulsaran de inmediato del castillo… O provocar un incidente internacional… O que aquella princesa malcriada exigiera que me cortaran la cabeza en la Torre de Londres. Tenía que tranquilizarme y aguantar. Me consolé pensando que solo tenía que conservar aquel puesto durante un par de días más.

—Alteza, por favor, vuelva a sentarse —dije con un tono que esperaba que fuera autoritario pero, al mismo tiempo, respetuoso—. Tenemos que continuar con la lección.

—No quiero. —La princesa se sentó y cruzó los brazos frente al pecho —. Esto es muy aburrido y no sirve para nada.

—Comprendo que ahora no le veáis la utilidad a repetir una y otra vez las declinaciones, pero son necesarias. Más adelante comprenderéis su utilidad.

—No quiero —insistió la joven.

La miré fijamente mientras trataba de respirar de forma acompasada para relajarme. Las ganas de darle un bofetón a aquella niña malcriada iban en aumento. Pensé que quizá podría utilizar algún hechizo, algo que le provocase un dolor de tripas o de cabeza y que la mantuviera indispuesta durante un par de días, lo suficiente para que mi misión en Windsor terminase sin tener que aguantar sus malos modos. Otra posibilidad era pedirle a Irma que usase sus poderes con ella y que le ordenase que fuera más obediente, pero las capacidades de mi amiga aún no estaban lo bastante desarrolladas como para poder instalar en la mente de la princesa una orden que se mantuviera en el tiempo.

Por suerte, Marion pareció apiadarse de mí. Dejó su labor sobre una mesa, se levantó y acudió a mi lado.

—Altezas, ya es casi la hora del té. Vuestra madre os espera en la terraza de su dormitorio a las cinco en punto.

Miré mi reloj con disimulo mientras las dos jóvenes se levantaban de sus asientos para abandonar la estancia. Al pasar por mi lado, Elisabeth me dirigió una sonrisa engreída que me provocó aún más ganas de demostrarle que, por muy princesa y heredera al trono de Inglaterra que fuese, quizá no era la persona más poderosa de la habitación.

Cuando las dos chicas salieron y cerraron la puerta a su espalda, me giré hacia Marion y le dirigí una sonrisa de agradecimiento.

—No sé cómo voy a poder pagarte que me hayas librado de ellas —bromeé—. Creo que había perdido el control de la clase…

—No es que lo creas. Es que lo habías perdido por completo. ¿Qué experiencia tienes como profesora?

Su tono era tan duro y frío que me sorprendió. Durante un par de segundos no supe qué contestar mientras ella me escrutaba como si estuviera tratando de leer mi mente.

—Esto… Yo… Pues tengo bastante experiencia…

—Eso es mentira y lo sabes —me cortó—. No sé cómo has conseguido este puesto, pero no me gustas y no quiero que estés cerca de las princesas.

—Creo que eso no es competencia suya —conseguí contestar.

—Sí lo es, porque todo en ti me hace sospechar. Acaban de recortar de forma drástica el personal que puede acercarse a la familia real, dejando solo a la gente que lleva años y años de servicio a la Corona, y, sin embargo, apareces tú sin que podamos saber de dónde vienes ni quién te recomienda.

—Como le he dicho, eso no es de su incumbencia. Mi presencia aquí responde a razones que no tengo por qué comentar con usted ni con nadie.

La mujer entrecerró los ojos, pero, aun así, seguí distinguiendo la rabia que brillaba en ellos. Miró hacia atrás, a la puerta por la que habían salido las princesas, haciéndome creer que también iba a marcharse y dejarme tranquila. En lugar de eso, una vez que se aseguró de que no había nadie en la habitación, se acercó un paso más a mí y, aprovechando que me sacaba algo de altura, se inclinó para parecer más amenazante. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no recular. Era una mujer muy poco agraciada, con una nariz enorme, ojos pequeños y hundidos y muchos más dientes de los que deberían caber en una boca humana. Me había resultado desagradable desde el primer momento en que la vi y esa impresión aumentaba a cada segundo.

—Voy a descubrir quién eres… Tú y esa otra gente que acaba de llegar al palacio. Voy a estar vigilándote en todo momento.

Sin decir nada más, se giró y salió de la habitación con un rápido taconeo. Me quedé unos segundos paralizada, sin saber bien a qué había venido todo aquello. No era normal tanta desconfianza. Aquella mujer debería imaginar que, si se me permitía estar cerca de las princesas, era porque alguien muy por encima de ella había decidido que yo era de confianza. No era normal esa sobreprotección. ¿Serían

celos? ¿O quizá esa animadversión ocultaba algo más? ¿Algo como que no le gustaba que alguien a quien no conocía pudiera estar observando sus pasos?

—Yo también voy a estar vigilándote en todo momento, Marion —le susurré a la puerta ya cerrada—. Acabas de convertirte en mi sospechosa número uno.

Cuando llegué al almacén del sótano que nos servía de despacho, tan solo encontré a Irma y Wendy, sentadas muy juntas en el mismo sofá mientras vigilaban las sombras. Al escuchar como la puerta se abría, ambas dieron un respingo y se agarraron de la mano como niñas asustadas. No pude evitar la risa mientras volvía a cerrar la puerta a mi espalda.

—No te rías —dijo Irma—. Este sitio le pondría los pelos de punta a cualquiera.

—A cualquiera menos a nosotros —repuse—. Si hubiera algún espectro en este lugar, lo habría detectado. Y Wendy también, ¿no es así?

—Bueno, sí… —contestó la chica, dubitativa—. No puedo verlos, pero sí vislumbrar su aura. El aura de los fantasmas suele ser débil… Y viene y va, como si le costara mantenerse en nuestro plano… Además de rodear a alguien a quien no es posible ver, claro está.

—¿Has detectado alguna vez el aura de algún otro ser sobrenatural? —pregunté interesada mientras me sentaba en el otro sofá.

—Yo no, pero mi madre tiene el mismo poder que yo y dice que muchas veces, paseando por los bosques cercanos al pueblo, ha visto pequeños chispazos de luz iridiscente. Ella cree que es el aura de las hadas. —Se quedó en silencio un segundo, como si no estuviera segura de seguir hablando, pero cuando vio el brillo de interés de mis ojos, se inclinó hacia delante y continuó entre susurros—. Y me contó que una vez vio a una mujer muy hermosa con el aura muy pálida, como si los colores se hubieran desgastado por el paso de los siglos. Mi madre cree que era un vampiro…

—Fantasmas, hadas, vampiros… ¿No podríamos hablar de algo más normal? —preguntó Irma mientras se sacudía por un escalofrío—. No sé si me da más miedo este sitio o vosotras.

—Somos una división parapsicológica, Irma. ¿De qué quieres que hablemos? ¿De punto de cruz? —bromeé.

No dio tiempo a que mi compañera contestara. La puerta volvió a abrirse y Nigel y Alfred entraron en el almacén. El chico sonrió y tomó

asiento a mi lado, mientras Alfred ocupaba su lugar tras la desvencijada mesa de despacho.

—Buenas noches a todos —saludó—. ¿Qué tal el día? ¿Habéis descubierto algo?

Todos nos quedamos en silencio, mirándonos unos a los otros. Parecía que ninguno se atrevía a ser el primero en hablar. Carraspeé un par de veces, me giré hacia Alfred y decidí ser yo la que rompiera el hielo.

—Por mi parte no he encontrado pistas definitivas contra nadie, pero supongo que tampoco esperábamos que el infiltrado nazi que buscamos se pusiera en evidencia. —Alfred asintió para animarme a continuar—. He pasado el día con las princesas y su institutriz, Marion Crawford.

—¿Has descubierto algo extraño respecto a ella? —preguntó Alfred—. La fidelidad de esa mujer está fuera de toda duda. Lleva con las princesas desde que eran unas niñas e incluso se dice que ha ido postergando su matrimonio durante más de diez años porque no quiere abandonarlas. Esa mujer nunca vendería a la Casa Real.[vii]

—Pues a mí no me gusta —insistí—. La veo demasiado recelosa. No quiere que esté cerca de las princesas, no se fía de mí…

—Un exceso de celo profesional no la convierte en una espía nazi… Realmente, sería al contrario. Creo que quiere demasiado a las princesas e intenta protegerlas.

—Está bien, pero seguiré observándola.

—¿Y qué tal ha ido tu clase de latín? —preguntó interesado.

Tomé aire antes de contestar, aunque sabía que mi respuesta no le iba a gustar.

—La mayor es odiosa. Si el espía nazi fuera a matarla a ella en lugar de a su padre, me plantearía ayudarle. —Ante la cara de estupor de Alfred, que parecía al borde de un colapso mental, no pude evitar reírme—. Es broma… Lo de matarla, no lo de que sea odiosa.

—Clarice, estás hablando de la legítima heredera del Reino Unido…

—Y ojalá os dure muchos años, pero es insoportable.

—Su hermana pequeña no es mucho mejor —intervino Irma—. Le gusta desordenar su cuarto para dar más trabajo a las doncellas… Y me han dicho que muerde.

—Basta. —Alfred se puso de pie y plantó ambas manos sobre el tablero de la mesa para llamarnos al orden—. No estamos aquí para juzgar el comportamiento de sus altezas reales. ¿Alguien tiene algún sospechoso firme del que pueda aportar alguna evidencia?

Nos mantuvimos en silencio hasta que Wendy decidió intervenir. Se puso en pie y frotó sus manos sobre la falda, como si pretendiera alisarla, antes de hablar.

—Bueno, yo he estado observando a Molly, la cocinera. Clarice dijo que no le gustaba nada y que sospechaba de ella porque hacía demasiadas preguntas… —Me lanzó una sonrisa de disculpa antes de seguir hablando—. Lo siento, pero no he visto nada raro en ella. Parece una mujer muy curiosa y se mete en todo, pero no creo que sea una mala persona y mucho menos una infiltrada nazi. Además, su aura es normal…

—No hace falta que te disculpes… Yo tampoco estaba segura. La verdad es que no estamos seguros de nada.

—Y solo quedan dos días— me cortó Nigel.

El silencio volvió a adueñarse del sótano, un silencio solo quebrado por nuestras respiraciones, el gotear de una tubería y las carreras de las ratas tras las paredes. Los dos fuertes golpes que sonaron en la puerta fueron tan repentinos y se escucharon con tanta fuerza que nos hicieron botar en nuestros asientos. Alfred frunció el ceño, se levantó y acudió a abrir.

Al otro lado del umbral, se encontraba uno de los guardias de palacio. Cuando se encontró frente a Alfred, se irguió y le dedicó un saludo militar.

—¿Qué desea, Jones? He dado órdenes de que no se nos molestara.

—Lo sé, señor, pero ha llegado una visita del exterior…

—También he dado órdenes sobre eso. Nadie, y he dicho nadie, puede cruzar las murallas de Windsor. Ni siquiera el mismísimo primer ministro.

—Es que soy el mismísimo primer ministro —dijo Churchill, poniendo una mano en el brazo del soldado para apartarlo y colocarse frente a la puerta—. Disculpe al joven. No le he dejado más opción que permitirme pasar. Ya conocen mi carácter.

Después de indicarle al soldado con un gesto que podía retirarse, Churchill entró en el almacén y, tras cerrar la puerta tras de sí, ocupó la silla tras el escritorio que segundos antes ocupaba Alfred. Este, aún confuso, se acercó al sofá en el que estábamos sentados Nigel y yo y, al ver que tampoco había sitio, decidió quedarse de pie en posición de firmes.

—Lamento aparecer así, pero creo que tengo cosas que hablar con vosotros tan importantes y confidenciales como para no poder confiárselas a nadie más. —Churchill fue mirando nuestros rostros

sumidos en la penumbra antes de continuar—. Lo primero es que ha caído otro de los cuervos. Ya solo nos quedan dos.

Alfred

Capítulo cuatro

El silencio volvió a adueñarse de la estancia. Alfred se quedó quieto, con la mirada perdida en las sombras que cubrían las paredes del fondo del sótano. Se había dicho a sí mismo un montón de veces que no debería albergar esperanzas, que el hecho de que durante dos noches no hubiese muerto ningún cuervo no quería decir que lo habían solucionado, que no iba a ser tan fácil… Pero la esperanza es como una chispa en un bosque seco. Prende con facilidad y, cuanto más seco está el terreno, más se extiende y más difícil resulta de extinguir.

Por muy duro que resultara, tocaba volver al mundo real: el rey seguía en peligro, solo les quedaban dos días y seguían sin tener la más mínima idea de cómo solucionar aquello. Y a él, como jefe del equipo, le correspondía la responsabilidad de asumirlo ante el primer ministro.

—¡Pobre! —se lamentó Wendy—. ¿Quién ha sido?

—¿Quién ha sido qué? —preguntó Alfred confuso—. ¿El culpable?

—No, el cuervo que ha muerto —aclaró ella.

—Poppy, creo que se llamaba —contestó Churchill—, pero eso da igual, ¿no?

—A efectos de la investigación, sí, pero la chica les había cogido cariño a los pájaros —explicó él, avergonzado—. Ya solo nos quedan dos… y dos días.

—Exacto. Necesito resultados ya —dijo Churchill elevando el tono de voz—. ¿Tienen algo para mí?

Alfred tuvo que negar con la cabeza mientras hacía un esfuerzo supremo para mantenerle la mirada al primer ministro. El hombre arrugó el entrecejo hasta que sus pequeños ojos casi desaparecieron entre los pliegues de su cara. Resopló mientras sacaba un enorme puro del bolsillo interior de su abrigo, lo encendió y dio un par de caladas que rodearon su rostro con una nube azulada. Durante ese tiempo, nadie se atrevió a decir una sola palabra.

Churchill dio otra profunda calada y clavó sus ojos en los de Alfred. Este sintió que el estómago se le encogía. Era probable que, en aquel momento, el primer ministro decidiera que no estaban siendo de ninguna utilidad y que debía disolver la unidad. La historia de la División OpenMind podía terminar en aquel mismo momento. Tenía

que decir algo.

—Protegeremos al rey y detendremos esto. Aún tenemos dos días para investigar y la lista de nuestros sospechosos se reduce… Y todos nosotros estamos dispuestos a dar nuestra vida por el rey si fuera necesario.

Por el rabillo del ojo vio como todos sus compañeros asentían convencidos. Se irguió orgulloso, esperando el veredicto.

—No he venido solo por esto —explicó Churchill—. Podría haber enviado un mensajero que les informara de la muerte de ese maldito pájaro. Si he decidido venir hasta aquí para hablar con ustedes es porque dispongo de una información confidencial que lo cambia todo.

—¿Y cuál es esa información, señor? —preguntó Alfred.

—Lo primero es que esta misma mañana hemos interceptado un nuevo mensaje en arameo de ese tal *Doppelgänger*. —Churchill se puso en pie, metió una mano en su bolsillo y sacó un pequeño papel que colocó sobre la mesa para poder leerlo—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. Sigo en el nido. El último cuervo caerá en dos días. *Doppelgänger*".

—Esto confirma que su plan sigue adelante y que el asesino sigue entre nosotros con mucha más firmeza que la muerte de Poppy —admitió Alfred—. Ese espía está aquí y lo descubriremos. Le doy mi palabra.

Churchill asintió, aunque Alfred pensó que no lo había hecho con la suficiente firmeza. Le pareció distinguir un brillo de duda, quizá incluso de temor, en sus ojos y sintió que su convicción se debilitaba. El primer ministro, el hombre encargado de insuflar coraje a los británicos durante aquellos oscuros años, no podía perder la fe.

—Hay algo más. Algo aún más preocupante. —Churchill inspiró y llenó su enorme pecho, como si buscara fuerzas para seguir hablando—. Se han descifrado cientos de mensajes en los últimos días en Bletchley Park. Son órdenes para que la flota alemana se acerque lo más posible a nuestra isla, para que muchas compañías de tropas de tierra se sitúen en la costa dispuestas a embarcar, para que escuadrones de aviones se dispongan a bombardear Inglaterra en los próximos días. Parece que están preparándose para la invasión.

—No puede ser —le cortó Alfred—. ¿Y por qué ahora?

—Todas las órdenes señalan que deben estar preparados para dentro de dos días. Parece que han decidido que esa noche invadirán Inglaterra. —Churchill volvió a perfumar el aire con el humo de su

habano antes de continuar—. La razón por la que les cuento esto es porque el nombre de la operación es Operación Último Cuervo.

—Por eso el asesino estaba esperando… —dijo Clarice, levantándose de su asiento de un salto.

—¿Qué quiere decir, señorita? —preguntó Churchill.

—Bueno… Siempre hemos sospechado que el infiltrado nazi ya estaba entre nosotros, cerca del rey, pero no entendíamos por qué no actuaba —explicó ella—. Si podía atentar contra el rey en cualquier momento, no comprendíamos por qué lo demoraba y se exponía a que le descubriéramos… pero ahora todo tiene sentido.

—Sí, eso es. La muerte del rey marcará el comienzo de un ataque a gran escala del ejército alemán contra el Reino Unido —continuó Alfred—. La noticia de la muerte del rey a manos de un espía nazi sería un mazazo en la moral de todos los británicos. Nos atacarían en nuestro momento de mayor debilidad, en nuestra hora más oscura…

—Hay que evitar ese atentado a toda costa. —Churchill agachó la cabeza durante un par de segundos, como si tratara de esquivar sus miradas—. Voy a serles muy sincero: si ese espía consigue su propósito, será la perdición de todos nosotros. Y no creo que ustedes estén preparados para detenerlo.

Los peores temores de Alfred se confirmaban. La División OpenMind iba a pasar a ser historia y no se le ocurría qué hacer o decir para evitarlo. Vio que Clarice daba un par de pasos hacia el primer ministro.

—Disculpe, señor, pero creo que se estaría equivocando si nos aparta de esta investigación.

—¿Sí? —preguntó él, entrecerrando aun más sus pequeños ojos —. ¿En qué me estaría equivocando?

—¿Tiene usted, o alguno de sus asesores, la más mínima idea de quién va a atacar al rey o cómo?

—Admito que no. ¿Acaso la tiene usted?

—No, pero al menos sé que el ataque puede no ser un ataque físico. Ustedes pueden proteger al rey de cualquier asesino. Pueden encerrarlo en la más recóndita de las cuevas o detrás de enormes murallas… Pueden rodearlo de mil soldados… ¿Pero está seguro de que con eso evitará su muerte?

—No entiendo a dónde quiere llegar —admitió Churchill confuso.

—No sabemos qué tipo de ataque han planeado los nazis, pero sabemos que hay una asociación ocultista detrás de ese plan, así que no tiene que ser necesariamente un ataque físico ni el asesino tiene que actuar como lo hacen los asesinos que usted haya conocido hasta el momento. —Clarice agitó la cabeza y se llevó las manos a las sienes, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por ordenar sus pensamientos—. Imagine que el rey es atacado por un espectro, por un ser al que no podrán detener con medios físicos, al que ni siquiera podrán ver… O por alguna maldición misteriosa que le haga enfermar o que le robe el aire sin que haya un atacante del que defenderle… O que el espía sea capaz de controlar mentalmente a cualquiera que esté cerca del rey. Cuantos más soldados le rodeen, más potenciales atacantes le estará ofreciendo al asesino.

El primer ministro se quedó mirando a Clarice durante un par de segundos antes de desplomarse de nuevo en su asiento, donde quedó sentado con la cabeza inclinada hacia delante y los brazos laxos a ambos lados del cuerpo. En aquel momento, dejó de ser el hombre poderoso capaz de levantar la moral de todo un pueblo con sus discursos, el héroe que llevaba a todo el país en volandas, a pesar de la sangre, el sudor y las lágrimas, hacia la victoria contra la tiranía nazi. Frente a ellos, solo quedaba un anciano desvalido que no era capaz de afrontar aquella situación. Como si le costara un esfuerzo desmedido, levantó poco a poco la cabeza hasta enfrentarse a la mirada de Clarice.

—¿Y entonces qué podemos hacer?

—No nos aparte del caso. Somos los únicos que pueden hacer algo. —Clarice se acercó a la mesa hasta apoyar las manos sobre el tablero e inclinarse sobre el hombre—. La protección que quiere ofrecerle al rey, puede dársela aquí. Estamos en un castillo fortificado y puede rodear sus murallas con todos los soldados que quiera, con miles de ellos… Pero aquí dentro no debe quedar nadie más. Solo la familia real y nosotros cinco.

—¿Pretende que expulsemos a todo el servicio? —preguntó Churchill asombrado.

—Y a toda la guardia —asintió ella—. Podemos encargarnos de todo durante estos dos días, pero debe confiar en nosotros.

—¿Y qué van a hacer?

—Nos quedaremos con unas pocas habitaciones en este piso y bloquearemos el resto de accesos. Si el espacio es reducido, puedo levantar barreras psíquicas contra la mayoría de seres sobrenaturales y maldiciones que conozco. —Se giró hacia los demás y los miró esperando su asentimiento, hasta clavar la mirada en los ojos de

Alfred—. ¿Estáis de acuerdo?

Él la miró, pero no fue capaz de decir nada. Sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Cada una de las palabras de Clarice le había emocionado. Le había hecho darse cuenta de que él no había sido capaz de defender a su equipo porque en su interior no creía en él, porque el miedo a fracasar le había paralizado. Pero aquella chica, que siempre estaba quejándose y poniendo pegas, acababa de demostrarle que sí creía en la División OpenMind, que creía en ellos… que creía en él. Y sintió que algo en su pecho crecía y comenzaba a brillar: fuerza, fe, esperanza… Y una idea poderosa: Podían conseguirlo o no, pero en aquel momento, eran los únicos que, al menos, estaban preparados para intentarlo. Y no podían esquivar esa responsabilidad.

—Por supuesto —contestó dando un paso al frente—. La seguridad del edificio quedará a su cargo, señor, pero de la seguridad del rey y de toda la familia real nos encargaremos nosotros. No sabemos qué es lo que va a atacar a su majestad ni cómo, pero puede estar seguro de que todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a sacrificar hasta nuestra última gota de sangre para impedirlo.

Clarice

Capítulo cinco

Acabé de sacar la ropa del armario y me quedé plantada en medio de la habitación, con los brazos en jarras, sin saber dónde más buscar. En apenas unos minutos, había convertido aquel cuarto en un campo de batalla… y todo para nada. A pesar de que la puerta estaba abierta, escuché un par de golpes. Irma estaba en el umbral y contemplaba la habitación con los ojos muy abiertos y una sonrisa traviesa en la cara.

—Vaya, parece que no has dejado un solo rincón sin revisar.

Fue paseando la mirada por la cama deshecha, los cojines del sofá esparcidos por el suelo, la ropa del armario amontonada sobre una de las sillas… Yo me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Para lo que ha servido… ¿De quién era esta habitación? —pregunté —. Es para saber a quién voy a tener que pedirle perdón.

Irma miró el cuaderno que llevaba en las manos y buscó la información. Su sonrisa se hizo más amplia e incluso soltó una breve carcajada.

—De Molly, la cocinera. Parece que has conseguido vengarte por todo lo que te hizo trabajar en Buckingham.

—Esto no es nada. Ya se lo haré pagar —bromeé—. Me habría encantado encontrar un aparato de radio o una máquina Enigma entre sus pertenencias y probar que ella era la culpable, pero aquí no hay nada. ¿Qué tal les va a los demás?

—De momento, nadie ha encontrado nada. Esa idea de Alfred de hacer salir a todo el mundo sin darles tiempo a recoger sus cosas para que no pudieran eliminar pruebas era muy buena, pero parece que no va a funcionar.

—Tiene que hacerlo —insistí mientras recogía un par de cojines del suelo y los tiraba sobre la cama con desgana—. Sabemos que el espía envío un mensaje cifrado a la Ahnenerbe desde el interior de Windsor. La radio y la Enigma tienen que estar aquí.

—Ya, pero quizá no esté en ninguna de las habitaciones ocupadas por el personal. —Irma dejó la carpeta sobre una mesilla y estiró un poco la ropa de cama—. Se lo pregunté el otro día a las otras doncellas. Windsor tiene casi ochocientas habitaciones. Y se rumorea que hay pasadizos secretos que unen unas con otras y que se internan en las profundidades del castillo. Lo que buscamos puede estar escondido en cualquier parte.

—Bueno, aun así, acabaremos de revisar todas las habitaciones de la guardia y del personal. —dije tras encogerme de hombros—. ¿Queda alguna habitación por mirar?

—Sí, nos quedan bastantes. —Irma recogió su carpeta y me enseñó un plano de la planta en la que estábamos—. Dame un segundo para que marque esta habitación como revisada… Ya está. Mira, puedes ir a estas habitaciones del fondo del pasillo.

—¿A quién pertenecían? —pregunté por curiosidad.

—A varios soldados de la guardia. —Escuché una risa de Irma antes de salir de la habitación—. Sé más cuidadosa. Esa gente volverá y tiene armas.

La acompañé en su risa mientras me dirigía por el pasillo hacia las habitaciones que me había indicado. Entré en la primera de ellas y, a pesar de las recomendaciones de mi compañera, no tuve mucho más cuidado en mi búsqueda de la que había mostrado al registrar la habitación de la cocinera.

Tardé cerca de una hora en revisar las habitaciones de los cuatro soldados. Descubrí que uno de ellos no era muy higiénico y guardaba las mudas de ropa sucia en una bolsa al fondo del armario y que otro coleccionaba postales de mujeres desnudas, pero ni rastro de una radio ni de la Enigma. Recé para que alguno de mis compañeros hubiera tenido más suerte y me rendí. Cerré la puerta de la última de las habitaciones que debía registrar y salí de nuevo al pasillo.

Me encontré con Nigel y Alfred. Estaban de pie, de espaldas a mí, contemplando con atención una enorme puerta de madera blanca adornada con filigranas doradas. Desde el otro lado de la puerta llegaba el ruido de golpes y las voces ahogadas de varios hombres.

—¿Qué está pasando? —pregunté mientras me acercaba a ellos.

Nigel se giró hacia mí y me dirigió una sonrisa nerviosa.

—Nos están encerrando. Están clavando vigas desde el otro lado para que nadie pueda entrar ni salir de esta zona del castillo.

—Sí, y están haciendo lo mismo al otro lado de este pasillo —intervino Alfred—. Vamos a quedarnos con unas diez habitaciones y a aislarnos del resto de Windsor.

—¿Y eso por qué? —pregunté confusa—. Ya hemos sacado a todo el mundo. No entiendo por qué tenemos que aislarnos.

—No sabemos los pasadizos que puede haber en el castillo ni a dónde llevan. Reduciendo el espacio, reducimos también la posibilidad de que haya una entrada secreta en alguna de las habitaciones —explicó Alfred—. Además, tenemos una guardia de cientos de hombres ahí

fuera…

—¿Y eso no es bueno? —le interrumpí.

—Sí, pero cualquiera de ellos podría ser el infiltrado. Si la noche del atentado consigue escabullirse e intenta llegar hasta el rey, no quiero que lo tenga fácil. —Alfred se giró hacia mí y sonrío—. De hecho, para poder desatrancar estas puertas haría tanto ruido que tanto el resto de la guardia como nosotros estaríamos sobre aviso antes de que pudiera quitar el primer tablón.

Nos quedamos en silencio, escuchando el sonido de los martillazos continuos que llegaban desde el otro lado de la puerta. Oí unos pasos a mi espalda y me volví. Irma y Wendy se acercaban a nosotros. Se colocaron a nuestro lado sin decir una palabra mientras todos contemplábamos con un respeto casi reverencial aquella puerta cerrada.

Noté una extraña opresión en el estómago. Me sentí como si estuviera siendo enterrada viva y pudiera escuchar como ponían los clavos en la tapa de mi ataúd. Algo me decía que aquello no era una buena idea y mi experiencia como bruja me indicaba que debería hacer caso a mi intuición, pero las razones que Alfred me había dado eran buenas. Seguir aquel plan era lo mejor que podíamos hacer en aquel momento. O, al menos, eso quería creer…

Cuando todo quedó en silencio, nos mantuvimos quietos durante unos segundos más, como si no supiéramos qué hacer a continuación. Fue Alfred el encargado de romper aquella quietud. Tomó aire, dio un paso al frente y se giró, con la puerta cerrada a su espalda, para encararse con nosotros.

—Estamos solos: la familia real y nosotros cinco —anunció mientras iba mirándonos a los ojos—. Lo que suceda a partir de ahora, la vida del monarca, el futuro del reino de Inglaterra, la salvación de nuestro pueblo, depende de lo que pase entre estas paredes en las próximas cuarenta y ocho horas. En estos dos días tenemos que demostrar al resto del mundo y sobre todo a nosotros mismos quiénes somos y qué somos capaces de hacer: somos la División OpenMind y vamos a salvar la vida de nuestro rey.

Todos respondimos con una sonrisa. Incluso Nigel soltó un vehemente “Viva la División OpenMind”, aunque ninguno se mostró lo bastante entusiasmado como para acompañarle. Alfred palmeó su espalda con cariño y nos dejó marchar a cumplir con nuestras obligaciones. Antes de desaparecer por el pasillo, me giré una última vez para mirarle. Seguía de pie al lado de la enorme puerta cerrada y musitaba algo entre dientes. Me pareció leer en sus labios la frase “Que Dios nos ayude”.

Tomé aire para darme fuerza y, después de dibujar en mi cara una alegre sonrisa, di un par de golpes en la puerta y entré decidida. Sin detenerme un segundo, guiada por los rayos de tímido sol que se colaban en el cuarto, caminé decidida hacia las ventanas y retiré las espesas cortinas. Escuché varias quejas a mi espalda y me giré.

—Márchate, quiero dormir más —me ordenó Elisabeth con la cabeza cubierta por la colcha.

Supuse que no era necesario obedecer aquel tipo de órdenes reales, así que tiré de la colcha para destaparla. Solo conseguí que me mirara con odio con los ojos entrecerrados y se cubriera la cara con la almohada. Decidí darle unos segundos para despejarse e ir a por su hermana pequeña, pensando que sería más fácil. Me equivoqué. Margaret agarraba la colcha como si le fuera la vida en ello. Forcejeé tirando cada vez con más fuerza hasta que conseguí arrebatársela de las manos. La niña se sentó en la cama, me miró con rabia durante un par de segundos y, después, empezó a gimotear.

—Me has hecho daño —dijo entre hipidos.

—¿Cómo te he hecho daño? —pregunté nerviosa—. Si ni siquiera te he tocado…

—Sí, me has hecho daño en los dedos al tirar de la colcha.

—¿Os queréis callar? —preguntó Elisabeth, sentándose en la cama tras tirar su almohada al suelo—. ¡Quiero dormir!

—Ya no es hora de dormir. —Luché para que mi tono siguiera sonando tranquilo y paciente—. Tenéis que levantaros, asearos y vestiros e ir a desayunar. En una hora empezamos las clases.

—¿Dónde están nuestras doncellas? —Elisabeth paseó la mirada por la habitación—. No pretenderás que hagamos todo eso nosotras solas.

—Quiero que venga Crawfie —sollozó Margaret aún más alto—. Ella siempre nos ayuda. Y, además, no quiero dar clase contigo. ¡Que vuelva ella!

Sus llantos se intensificaron. Se tumbó en la cama y empezó a patalear, a dar puñetazos al colchón y a agitar la cabeza de lado a lado. Me giré hacia su hermana mayor para preguntarle con la mirada si aquel comportamiento era normal, pero solo me encontré con una sonrisa burlona.

Empecé a plantearme que lo mejor sería que corriese a mi habitación a buscar algún ritual de exorcismo, pero, por suerte, la puerta volvió a abrirse y la reina apareció en el umbral, seguida por Irma. Nada más

verla, el berrinche de Margaret se detuvo como por ensalmo. Las dos chicas se levantaron de la cama y corrieron a abrazar a su madre.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la mujer con voz dulce pero firme.

—Clarice no nos gusta —contestó Margaret agarrada a la cintura de su madre—. Queremos que vuelva Crawfie.

—Eso no puede ser —respondió la reina mientras acariciaba con ternura el pelo de su hija pequeña.

—¿Por qué? —preguntó Elisabeth airada—. Toda esta situación es insoportable. No entiendo por qué nos habéis obligado a dormir juntas ni por qué hemos tenido que prescindir de casi todo el servicio. Estas no son condiciones dignas para una princesa.

—Es por seguridad.

—¿Y no sería más seguro que siguiera atendiéndonos nuestra institutriz de toda la vida y nuestras doncellas de confianza en lugar de estas dos extrañas? —Nos miró a Irma y a mí con desprecio.

—Cariño, hay cosas que todavía no puedes entender. —El tono de la reina se volvió más cortante—. Tendrás que conformarte con saber que esto es un sacrificio que se nos pide por el bienestar de tu padre y del reino y que debes obedecer.

Después de decir esas palabras, se volvió hacia mí y sonrió.

—Le ruego que disculpe a mis hijas. Esta situación nos está poniendo nerviosos a todos. —Esperó hasta que asentí y le dediqué una torpe reverencia como muestra de agradecimiento—. Vaya a preparar las clases. Irma y yo nos encargaremos de las princesas y la avisaremos cuando hayan terminado de desayunar.

Me retiré de su presencia sin darle tiempo a que cambiase de opinión. Aquellas crías me sacaban de los nervios. A pesar de que ya tenían doce y dieciséis años y que se suponía que habían recibido la mejor educación posible, se comportaban como niñas malcriadas. Me habían puesto tan nerviosa que sentía que una especie de corriente eléctrica recorría mi cuerpo hasta amenazar con hacerme estallar. Incluso me parecía que me faltaba el oxígeno, que el aire allí dentro era pesado e irrespirable. Al final del pasillo, divisé una puerta abierta que comunicaba con una terraza y me lancé hacia ella sin pensarlo un segundo.

Una vez al aire libre, atravesé la terraza casi a la carrera hasta llegar a la balaustrada. Me aferré con fuerza a ella y, sin pensarlo un segundo, eché la cabeza hacia atrás y solté un largo grito para eliminar todo mi mal humor acumulado. Después, cerré los ojos y traté de acompasar

mi respiración y hacerla más profunda. Estaba consiguiendo calmarme cuando escuché un carraspeo a apenas un par de pasos de mí.

Sentí que el corazón se saltaba un latido y me di cuenta de que mi cara enrojecía. Abrí los ojos con miedo y me giré hacia aquel sonido… y entonces recé para que la tierra se abriera y me tragase. Era Alfred el que me miraba confuso, como si temiera que me hubiera vuelto loca.

—Clarice… Esto… ¿Te pasa algo? ¿Está todo bien? —consiguió preguntar.

Me di cuenta de que acababa de prescindir del trato formal que él mismo había prometido utilizar cuando hablase conmigo. Pensé en recordarle que debía llamarme "Señorita Cooper", pero decidí dejarlo pasar. No tenía fuerzas ni ganas para plantearme el por qué de sus decisiones cambiantes ni para pelearme con nadie más.

—Sí… Bueno… Las princesas…

—¿Les ha pasado algo? —Me di cuenta de que iba a salir a la carrera de la terraza para ir a ver qué había sucedido y tuve que agarrarle por el brazo para detenerlo.

—Tranquilo, están bien —expliqué—. Estaba pensando en matarlas, pero su madre llegó justo a tiempo para salvarlas.

—¿Qué estás diciendo? —Me miró como si me estuvieran saliendo tentáculos—. Estás hablando de sus altezas reales…

—Sí, sí, sí… Me dan igual los títulos que tengan. Son dos crías inaguantables —expliqué—. La pequeña parece poseída por el demonio y la mayor es maligna.

—Clarice, por favor. Controla tu lengua. La princesa Elisabeth es la heredera al trono…

—Pues tendréis que cambiar el himno —dije poniendo los brazos en jarras—. En lugar de "Dios salve a la reina" deberíais cantar "Dios nos salve de la reina".

Alfred giró la cabeza hacia otro lado. Me di cuenta de que estaba intentando controlar la risa. Aquello hizo que me relajara. Estaba segura de que, por mucho que se mostrara indignado por mis palabras, él también habría oído rumores acerca del difícil carácter de las dos princesas.

Volví a apoyar las manos en la balaustrada para contemplar el paisaje. Frente a nuestros ojos teníamos el patio superior, una amplia extensión de césped que parecía invitarnos a bajar y sentarnos sobre él. Por desgracia, no podíamos hacerlo. Estábamos encerrados en aquella ala del castillo sin escapatoria posible. Levanté la vista al cielo

y solté un largo suspiro. Desde mi llegada a aquel maldito país nunca había visto un cielo tan azul como el de aquel día. Parecía que Inglaterra me odiaba tanto como yo a ella.

Vi que Alfred se había colocado a mi lado y me pregunté si él también se sentiría atrapado allí dentro, si, al igual que yo, estaría muriéndose de ganas de salir a pasear bajo el sol por los hermosos jardines del castillo. Sin embargo, cuando le miré, me di cuenta de que no parecía estar disfrutando del paisaje. Tenía los puños cerrados y la mandíbula en tensión y su vista estaba clavada en una de las torres de la muralla exterior.

—¿Sucede algo? —pregunté intrigada—. Pareces nervioso…

—Y lo estoy —contestó él con una sonrisa forzada mientras señalaba la torre que había estado observando—. Antes de que nos encerraran, di órdenes de que nos avisaran desde esa torre si le sucedía algo a alguno de los cuervos que quedan. Bengala roja si muere Mabel. Bengala azul si muere Gripp.

—¿Y para qué quieres saber cuál de los dos muere? Eso nos da igual, ¿no?

—A mí sí, pero a Wendy no. —En esa ocasión su sonrisa fue más sincera—. Parece que al final les cogió cariño a esos pajarracos y sé que, si muere alguno de ellos, me va a preguntar cuál ha sido.

—Así que te has aprendido sus nombres y has dado orden de que usen bengalas de colores diferentes solo para contentar a Wendy. Al final vas a tener corazón —bromeé.

—Me aprendí los nombres mientras estábamos en la Torre. —Se encogió de hombros para quitarle importancia—. Estuve tratando de encontrar alguna lógica en el orden de sus muertes, por si eso nos podía ayudar en algo. Estudié todas sus características: sexo, edad, tamaño, procedencia… De hecho, te diré algo curioso. Los dos cuervos que quedan no proceden del criadero de Somerset. Son una pareja original de la Torre.

—¿Crees que eso puede querer decir algo?

—No lo sé. Es como si la leyenda hubiera tratado de protegerse a sí misma de las modificaciones que tratamos de hacer desde el exterior. —Ante mi cara de confusión, continuó explicándose—. Se supone que el rey va a morir en una fecha determinada, mañana para ser exactos, y con él caerá el último cuervo de la torre. A la leyenda, maldición o lo que sea le dan igual los cuervos que podamos traer y de dónde los traigamos. El último cuervo de la Torre caerá cuando el rey muera, tal y como estaba pronosticado.

—Por eso los cuervos que trajimos de fuera caían de dos en dos o de tres en tres y han muerto antes que los cuervos originales de la Torre —asentí.

Alfred dejó de contemplar la muralla y se giró hacia mí. Se mantuvo en silencio un par de segundos mientras reflexionaba antes de volver a hablar para hacerme la pregunta que le estaba rondando la cabeza.

—¿Crees que los alemanes saben algo de esto? ¿Qué tenían contemplado que podíamos tratar de impedir el cumplimiento de la profecía trayendo más cuervos pero que no iba a funcionar?

—No. De hecho, creo que los alemanes ni siquiera saben que los cuervos están muriendo —respondí.

—No entiendo. ¿Cómo no van a saberlo? —preguntó confuso—. Son ellos los que han bautizado esta operación como Último Cuervo.

—Sí, lo sé… Creo que ellos conocían la leyenda que dice que, cuando caiga el último cuervo, Inglaterra caerá, pero que no saben que se está cumpliendo en realidad. Me da la impresión de que, aprovechando esa leyenda, decidieron referirse al rey George como el último cuervo, marcando así en sus mensajes la fecha de su asesinato y de la invasión del país, pero que ellos no se esperaban en ningún momento que los cuervos de la Torre de Londres iban a cumplir la profecía y a avisarnos así de que el rey estaba en peligro. Piénsalo: si no llega a ser por las extrañas muertes de esos pájaros, nosotros ni siquiera estaríamos aquí.

—Así que esos pajarracos han cumplido su misión de proteger la Corona al avisarnos de que el rey estaba en peligro —bromeó Alfred —. Habrá que ponerles una medalla… Si sobreviven, claro.

—Lo harán. Para eso estamos nosotros aquí: para salvar al último cuervo.

Le dirigí una sonrisa de ánimo antes de abandonar la terraza y dejarle solo. Me giré antes de entrar en el castillo y vi que había vuelto a colocarse de espaldas a mí, escrutando la muralla con impaciencia, con miedo a que, en cualquier momento, el cielo se llenase con el humo de una bengala. A pesar de que me tocaba volver a enfrentarme a las princesas, pensé que no me gustaría cambiarle el sitio. Al menos yo estaría entretenida y no sufriría el martirio de ver pasar los segundos con el miedo continuo a recibir la noticia que confirmaría que el rey seguía en peligro.

Alfred

Capítulo seis

El sol comenzaba a declinar y se aproximaba ya a las colinas que rodeaban Windsor. Alfred comprobó que nadie le veía, se llevó las manos a las lumbares y se estiró hacia atrás. Llevaba todo el día de pie haciendo guardia en aquella terraza y no había un solo músculo que no le doliera. Lo único bueno que había sacado de aquella larga espera era que no había sucedido nada. Ninguna bengala había surgido de la torre que tenía enfrente para anunciar la muerte de uno de los cuervos.

Pensó con amargura que aquello no le consolaba. Primero, porque las muertes de los cuervos solían suceder de noche, así que el hecho de que no hubiera muerto ninguno durante el día no significaba nada. Y, segundo, porque, después de haber aislado al rey y a su familia por completo, lo lógico era suponer que habían acabado con el problema. Aunque no hubieran conseguido descubrir quién era el espía nazi infiltrado ni hubieran encontrado el equipo con el que transmitía sus mensajes, sabían que habían conseguido expulsarle de Windsor y que habían frustrado sus planes. En aquel momento, el rey era inaccesible para su asesino, fuera quien fuese. Habían ganado… Entonces, ¿por qué seguía sintiéndose tan inquieto? ¿Por qué continuaba escuchando esa voz en su interior que, más que decirle, le gritaba de forma desaforada que el peligro no había pasado?

Tomó una larga bocanada de aire para conseguir relajarse mientras se masajeaba las sienes. No podía continuar en ese estado de tensión. Llevaba días sintiendo una ansiedad que amenazaba con hacerle explotar, noches enteras sin poder conciliar apenas el sueño… Si seguía así, iba a haber un muerto en el castillo de Windsor en las próximas horas, pero no sería el rey, sino él.

Volvió a mirar hacia la muralla y se dijo a sí mismo que no pasaría nada porque se marchase durante unos minutos a dar un paseo, estirar las piernas e incluso ir a la cocina a prepararse un té o algo de comer. Sería demasiada casualidad que llegara el aviso de la muerte de alguno de los cuervos en el preciso momento en el que él se ausentase.

A pesar de no estar convencido del todo con aquellos argumentos, abandonó la terraza y se adentró en los pasillos del ala de Windsor en la que estaban encerrados. Lo primero que hizo fue acercarse al despacho del rey y llamar a la puerta antes de abrirla unas pulgadas. El monarca estaba leyendo el periódico y ni siquiera levantó la cabeza en un primer momento, pero Nigel, que estaba de pie tras él, le dirigió

una sonrisa y atravesó la estancia para acercarse.

—¿Qué tal está todo por aquí? ¿Necesitas algo?

—Todo bien. No te preocupes —contestó Nigel—. Parece que el rey es el único de la familia real que ha comprendido que es imprescindible que pasen los próximos días encerrados y sin contacto con el exterior. Lleva todo el día leyendo.

—Teniente Mitchel, qué agradable coincidencia —intervino el monarca sin levantarse de su sitio—. Justo estaba pensando en pedir que le llamaran.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó Alfred después de cuadrarse.

—Me gustaría recibir el periódico de hoy —contestó el rey—. Como comprenderá, no puedo pasarme varios días aquí encerrado sin saber qué está sucediendo en mi reino.

—Lo siento, señor, pero eso es imposible —se lamentó Alfred.

—Sé que piensan que alguien quiere asesinarme, pero un periódico no me hará daño. ¿O es que creen que los nazis pueden envenenar las hojas o la tinta? —bromeó el rey antes de soltar una carcajada.

—No sabemos cómo pretenden hacerlo y vamos a minimizar los riesgos al máximo, señor —contestó Alfred con voz firme—. Lo siento, pero no puedo acceder a su petición.

—No se preocupe. Lo comprendo. —Dejó el periódico sobre una mesa auxiliar y se levantó para acercarse a Alfred. Cuando estuvo a su lado, se inclinó sobre su oído para hablar en susurros—. Churchill ya me ha dicho que todo esto es alto secreto y que no debo preocuparme porque lo tienen todo bajo control, pero, dado que soy el rey y que somos mi familia y yo los que estamos encerrados… ¿no me podría dar una pequeña pista de qué demonios está pasando aquí?

Alfred tuvo que hacer un notable esfuerzo para hacer descender su nuez y tragar saliva. ¿Qué podía decirle para salir de aquella incómoda situación? Comprendía la curiosidad del rey. Era normal que quisiera saber porque se le había aislado junto con toda su familia, pero, si Churchill había decidido que era mejor que permaneciera en la ignorancia, por algo sería. Era difícil de explicar que una antigua leyenda sobre la muerte de los cuervos de la Torre de Londres les había hecho sospechar que la Corona de Inglaterra podía estar en peligro y que el mismísimo fantasma de Ana Bolena se lo había corroborado. Aunque el rey hubiera estado abierto a la existencia de fenómenos paranormales, la historia era difícil de creer.

—Lo siento, señor, pero no puedo explicarle nada —se disculpó

azorado—. Órdenes del primer ministro.

—Lo comprendo, pero soy el rey. Que yo sepa, soy la máxima autoridad en este país.

Alfred volvió a tragar saliva con tanto esfuerzo como si estuviera tratando de comer erizos. Negó con la cabeza, se mordió el labio inferior y miró al monarca con ojos suplicantes.

—Señor, por favor, le ruego que no me ponga en ese compromiso. Solo tiene que confiar en nosotros un par de días más. Todo esto terminará pronto.

El rey se quedó en silencio unos segundos, manteniéndole la mirada. Debió de gustarle lo que vio en sus ojos, ya que, a pesar de continuar con el ceño fruncido en señal de desagrado, asintió y se giró para regresar a su asiento cercano a la ventana. Volvió a coger su periódico, lo abrió por una página al azar y reanudó la lectura.

Alfred cruzó su mirada con la de Nigel. Ambos respiraron aliviados. Después de asegurarse de que el monarca no les estaba mirando, se llevó el dedo índice a los labios para recordarle a su compañero que no debía decir una palabra por mucho que el rey le preguntara. Nigel confirmó que le había entendido con un asentimiento, así que, después de musitar un "Con su permiso", Alfred salió de la sala casi a la carrera.

Una vez fuera, agradeció a Dios que el rey fuera un hombre cabal y razonable. Si hubiera tenido que lidiar con alguna de las princesas, que según Clarice eran demonios reencarnados, no habría tenido tan fácil escapar de aquella situación.

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, una de las puertas del pasillo se abrió y ella apareció. Sus ojos echaban chispas y sus manos estaban tan crispadas como si estuvieran buscando un cuello que retorcer. Se dio cuenta de que la blusa blanca de la chica lucía un enorme chorretón de color negro.

—Clarice, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—La princesa Elisabeth. Eso es lo que ha pasado —contestó furiosa—. Dice que se le ha caído el tintero justo cuando yo pasaba a su lado, pero, que yo sepa, los tinteros no caen hacia arriba… Esa cría del demonio me las va a pagar…

—Clarice, te recuerdo de nuevo que estás hablando de su alteza real. No puedes hacer que te pague nada.

—No tiene por qué darse cuenta… Ni siquiera será algo grave ni permanente: un dolor de cabeza que le haga quedarse en su habitación, el estómago revuelto…

—No. Estamos aquí para proteger a la familia real, no para enfermarla.

Ella resopló furiosa y, sin decir nada más, salió disparada pasillo adelante hasta encontrar la puerta de la terraza en la que se habían encontrado aquella misma mañana. Alfred decidió seguirla para evitar que pudiera hacer alguna locura y vio que volvía a caminar hacia la balaustrada, apoyaba los puños sobre ella y dejaba salir un rugido de rabia.

—Tengo una extraña sensación de *déjà vu* —bromeó—. ¿Vas a convertir esto en una costumbre?

—No le veo la gracia —dijo ella, encarándose a él y señalándole con el índice—. No pienso volver a cuidar de esas crías del demonio.

—Está bien. Le pediré a Irma que se encargue. En caso de que sigan portándose mal, ella puede usar sus poderes para hacer que la obedezcan sin necesidad de hacer daño a nadie. ¿Te parece bien? —Esperó hasta que ella asintió de mala gana—. ¿Y qué se supone que vas a hacer tú? No quieres trabajar en las cocinas, no quieres ser institutriz…

Una densa columna de humo rosado surgió de la torre de la muralla que tenían enfrente, haciendo que su conversación se detuviera. Los dos se quedaron mirándola en silencio, apoyados en la balaustrada con el cuerpo inclinado hacia delante, sin poder creer lo que aquel humo estaba anunciando: Mabel, uno de los dos últimos cuervos de la Torre de Londres, había muerto… y el rey continuaba en peligro.

—Ya sé lo que voy a hacer —respondió Clarice con voz firme—. No voy a trabajar en las cocinas ni voy a ser institutriz. Voy a hacer aquello para lo que se me ha criado: Voy a ser bruja.

Clarice

Capítulo siete

Después de pasar un par de horas repasando mis antiguos libros de hechizos, rebusqué en mi maleta hasta encontrar todos los ingredientes que necesitaba: una brújula, velas, tizas, un paquete de sal, varias bolsas con hierbas… Busqué también un amplio bolso en el que meterlo todo y salí de mi cuarto para empezar con mi trabajo.

Una vez en el pasillo, saqué la brújula para localizar el este. Todo ritual de protección de un espacio debía comenzar en ese punto cardinal. Observé la brújula durante unos segundos hasta que me ubiqué. En aquella porción del castillo que habíamos aislado, el norte y el sur se correspondían con las dos puertas selladas, una a cada lado del pasillo, que nos separaban del resto del edificio. El oeste se correspondía con la pared exterior y el este a la fachada que daba al patio interior.

Caminé hacia allí con los ojos fijos en la brújula hasta que llegué a una pared. Me coloqué frente a un enorme ventanal desde el que se podía ver el patio y me detuve durante unos segundos a contemplar el cielo. Aquella noche estaba despejado y se atisbaban algunas estrellas, eclipsadas por el fulgor plateado de una luna casi llena. Me quedé allí parada, hipnotizada por su belleza, dejándome cautivar por su hechizo y rogándole que me diera la serenidad suficiente para llevar a cabo mi ritual. Cuando me sentí lo bastante tranquila y concentrada para comenzar, me arrodillé en el suelo, abrí el bolso y empecé a sacar los ingredientes que necesitaba para mi hechizo.

Mi idea era proteger la parte del castillo en la que nos encontrábamos contra cualquier ataque mágico proveniente del exterior. La muerte de Mabel, el penúltimo cuervo de la Torre de Londres, significaba que la vida del rey continuaba en peligro. Después de haber expulsado a todo el personal y haber sellado las entradas, estaba convencida de que la única posibilidad de que fueran a atentar contra el rey era un ataque psíquico, alguna especie de maldición, hechizo o ritual que pudiera causar su muerte a distancia.

En todos mis años de estudio de las artes arcanas, jamás había oído hablar de ningún hechizo tan potente. Había leyendas sobre antiguos rituales de mal de ojo, sobre prácticas vudú capaces de dañar sin necesitar el contacto con la víctima, de antiguas y oscuras prácticas de brujería africana que podían dañarte o incluso matarte con ayuda de sus misteriosos dioses ancestrales… Pero nunca había oído de ningún caso real en el que alguna persona hubiera sucumbido

a esos hechizos ni de ningún mago o bruja que afirmara haber llevado a cabo alguno de esos rituales y pudiera probarlo. Si me hubieran preguntado antes de aquel día, habría dicho que solo eran cuentos de viejas para asustar a los niños o falsa propaganda de charlatanes que querían hacer creer que tenían más poder del que en realidad poseían.

Y, sin embargo, en aquel momento estaba convencida de que el rey sería atacado de esa manera. No había ninguna otra forma en la que alguien pudiera atentar contra su vida. Nosotros mismos nos habíamos encargado de eliminar todas las otras posibilidades. Además, estábamos luchando contra una asociación de eruditos y magos que llevaban años acumulando saberes prohibidos y practicando con la magia negra. A saber de qué eran capaces…

Aquellos pensamientos habían vuelto a alterarme, así que fijé otra vez la vista en la luna y respiré de forma profunda y lenta hasta que noté que la calma se adueñaba de nuevo de mí. Coloqué en el suelo una vela blanca y rodeé su base con sal. Tras encenderla, acerqué a la llama una rama de romero y, cuando prendió, la agité suavemente en el aire para que su esencia se esparciera mientras invocaba la protección del arcángel San Miguel:

—Oh, soberano príncipe Arcángel, líder incorrupto de la legión celestial, cuidador y defensor de las almas que pasan al más allá, el vencedor, el más temido por los entes del infierno, pedimos tu clemencia para que te dignes a liberar este lugar de toda maldad. Líbranos del lazo del cazador y del azote de la desgracia. Cúbrenos con tus plumas y refúgianos bajo tus alas. Aleja de este lugar y de quienes lo habitamos todo mal, ya sea visible o invisible. Amen.

Sentí que la calma me invadía y supe que el hechizo estaba funcionando. Tan solo debía dejar que la vela se consumiera para que el ritual se completase. Me levanté, dispuesta a realizar el mismo ritual en los otros puntos cardinales, pero una sensación de opresión en el abdomen, como si una garra me comprimiese el estómago, hizo que me detuviera y me quedara unos segundos mirando la tenue llama de la vela. No podía engañarme a mí misma. Aquel ritual podía servir para alejar a inofensivos espíritus traviesos, de esos que disfrutaban cambiando las cosas de sitio o de provocar ruidos a medianoche para perturbar el sueño de los habitantes de una casa. También podía alejar las energías negativas y los males de ojo, pero sabía muy bien que no estábamos luchando contra algo así. Se suponía que estaba tratando de detener el ataque psíquico de un grupo de poderosos nigromantes y no era tan incauta como para creer que podría pararles con una vela y una rama de romero.

Suspiré, recogí mi bolso y, siguiendo la brújula, me dirigí al

sur. Tendría que conformarme con aquel ritual de momento. Lo completaría y después regresaría a mi habitación para buscar algún escudo más poderoso. Tenía que haber algo…

Repetí el ritual en la zona sur, en una de las puertas selladas que nos separaban del resto del castillo. Nadie me molestó en mi trabajo. Parecía que el resto de los habitantes del castillo dormía plácidamente. Les envidié. Estaba segura de que yo no podría conciliar el sueño en toda la noche. Quedaba muy poco tiempo para que se cumpliera el plazo que los nazis habían marcado. Se suponía que el rey caería a la noche siguiente y con él toda Inglaterra… y ni siquiera habíamos conseguido averiguar cómo planeaban hacerlo. ¿Cómo íbamos a detenerlo si no sabíamos qué iba a suceder?

Traté de concentrarme en lo que estaba haciendo, a pesar de que, a cada minuto que pasaba, estaba segura de que no iba a servir de nada. Cerré los ojos, respiré para eliminar de mi mente todos los pensamientos negativos y, cuando me sentí preparada, encendí la vela y la rama de romero y pronuncié el salmo de protección.

El oeste se correspondía con el balcón en el que aquella tarde me había encontrado con Alfred. Me acerqué hasta allí preguntándome si debería colocar la vela en el mismo balcón o dentro, al lado de las puertas. No quería arriesgarme a que la lluvia, tan frecuente e imprevisible en aquel país, apagara la vela y nos dejara sin protección. Cuando me acerqué a la puerta de cristal que daba acceso a la terraza, comprobé que el cielo seguía despejado por completo y que la enorme luna llena seguía dominando la noche desde las alturas, iluminándola con su brillo plateado. A su luz, distinguí una figura apoyada en la balaustrada. Incluso en aquella penumbra y a varios pies de distancia supe que era Alfred.

Abrí la puerta y me dirigí hacia él. Estaba apoyado en la barandilla del balcón, con la vista perdida en el firmamento. Parecía tan concentrado que ni siquiera se giró mientras yo me acercaba, así que decidí detenerme a un par de pasos de él y carraspear para llamar su atención. Se sobresaltó y se giró hacia mí.

—Clarice, ¿qué haces aquí? —preguntó asombrado—. Ya es muy tarde.

—Eso mismo podría preguntarte yo —respondí burlona mientras me acercaba a la balaustrada para intentar adivinar qué era lo que le había tenido tan abstraído.

—No puedo dormir… —confesó él—. Solo nos queda un día y siento que estamos tan perdidos... He salido aquí a fumar un cigarrillo y a tranquilizarme.

—¿Y ha funcionado?

—Para nada —respondió con una sonrisa.

—A lo mejor es cuestión de fumarse otro cigarrillo. —Me senté en la barandilla, de espaldas al jardín, y le sonreí—. ¿Me invitas a uno?

Él asintió, sacó el paquete del bolsillo de su chaqueta y extrajo dos cigarrillos, uno para cada uno. Me lo puse en los labios y esperé a que me prestara su mechero, pero, en lugar de hacerlo, Alfred se acercó a mí para darme fuego. Me incliné hacia adelante y apoyé mi mano en la suya para que la llama no temblara. Cuando levanté la cabeza, nuestras miradas se cruzaron. Me quedé sin aliento al tenerle tan cerca, al ver el brillo de la llama del mechero reflejado en sus ojos, al tener su rostro y sus labios tan próximos, al sentir el temblor en su piel bajo la ligera caricia de mi mano… El tiempo pareció detenerse durante un segundo y me encontré rogando para que ese hechizo no se disolviera… pero no funcionó. Él carraspeó incómodo y se apartó un par de pasos. Guardó el mechero en su bolsillo y le dio una larga calada a su cigarrillo antes de hablar:

—¿Y tú qué haces aquí? —Intentó, sin éxito, que su pregunta sonara tranquila y despreocupada.

—Tampoco podía dormir —contesté mientras me encogía de hombros —. Estaba haciendo un ritual de protección para mantener alejada de este lugar cualquier influencia negativa.

—¿Crees que funcionará? —preguntó interesado.

—La verdad es que no… Pienso que si los nazis han planeado asesinar al rey mediante algún ritual o hechizo a distancia y lo han coordinado con una invasión a gran escala, no vamos a poder detenerlo con un simple ritual de protección del hogar. —Dejé salir mi frustración en un largo suspiro—. Ahora mismo no podía hacer nada más. Cuando vuelva a mi habitación, seguiré investigando en mis libros para encontrar algo más potente.

—¿Crees que eso es lo que sucederá? ¿Que el rey caerá desplomado ante nuestros ojos víctima de algún hechizo o ente invisible? Me resulta difícil imaginar eso…

—Es la única opción que queda —respondí—. Si el infiltrado nazi estaba entre el servicio de confianza de los reyes, ya lo hemos expulsado.

Mis últimas palabras se vieron interrumpidas por el sonido del motor de un coche que se acercaba a toda velocidad por el camino que llevaba al castillo. Me bajé de la balaustrada y me coloqué al lado de

Alfred para contemplar como un automóvil de color negro que parecía oficial, se acercaba a la muralla derrapando en las curvas. Un grupo de soldados salió de una garita cercana y corrió hacia la puerta, con las armas preparadas, para apoyar a sus compañeros de guardia.

En la quietud de la noche, escuchamos como el coche detenía su motor al recibir el alto de uno de los soldados. La muralla nos impedía ver qué estaba sucediendo al otro lado. Durante un segundo, me vi tentada a dirigirme hacia allí para averiguar qué estaba sucediendo, pero recordé que las puertas estaban atrancadas con gruesas vigas de madera y que no podíamos salir.

De repente, vimos como uno de los guardias traspasaba la muralla y corría hacia nuestro edificio. Al mismo tiempo, escuchamos como el coche volvía a ponerse en marcha y se alejaba, de vuelta por donde había venido. Nos quedamos quietos, inclinados sobre la barandilla, viendo como el soldado recorría todo el jardín a la carrera hasta entrar en nuestra ala del castillo.

—¿Crees que quiere entrar aquí? —pregunté confusa.

—No, imposible. Nadie va a traspasar esas puertas hasta que yo dé la orden.

—¿Entonces para qué viene?

—Quizá nos traiga un mensaje. —Alfred me agarró la mano y echó a correr hacia el pasillo—. Creo que viene a la puerta norte. Vamos.

Le seguí a la carrera hasta llegar a la puerta cerrada, a través de la cual nos llegaba el eco de los pasos apresurados del soldado subiendo las escaleras. Cuando llegó al otro lado, se detuvo. Había corrido tanto que le escuchábamos resollar como una locomotora.

—¿Quién está ahí? —preguntó Alfred apoyado en la puerta.

—Soy el cabo Bristol, señor —contestó el hombre.

—Sabe que no vamos a abrir. ¿Para qué ha venido?

—Nos han traído un mensaje urgente para usted, teniente Mitchell —contestó el hombre aún con dificultad—. Procede del primer ministro.

—¿Puede pasármelo por debajo de la puerta?

—Por supuesto, señor.

—Hágalo y retírese.

Escuchamos como el hombre se aproximaba aun más a la puerta y vimos aparecer un pequeño sobre blanco. Nos quedamos paralizados mirándolo, como si fuera un insecto venenoso y no quisiéramos tocarlo. No sabría explicar qué era lo que detenía a Alfred, pero sí lo que yo sentí: eran malas noticias. Pusiera lo que pusiera en aquel

papel, no iba a gustarnos.

Cuando los pasos del soldado descendiendo la escalera se perdieron, Alfred salió de su parálisis, se agachó a recoger el mensaje y tras rasgar el sobre, me miró y negó con la cabeza. Me pareció que en sus ojos brillaba el desconcierto y la desesperación.

—¿Qué pasa, Alfred? —pregunté angustiada.

—Es un nuevo mensaje interceptado por Bletchley Park. Dicen que se ha enviado hace unas horas desde aquí, desde Windsor…

—Eso no puede ser… ¿Y qué dice?

—*Ahnenerbe. A la atención de E. S. y H. H. Sigo dentro. El último cuervo morirá mañana a medianoche. Cuando lo haga, daré el aviso para que el reino caiga con él. Doppelgänger.*

Alfred

Capítulo ocho

Se quedó mirando el mensaje por un tiempo que pareció alargarse hasta el infinito. Lo leyó en voz baja una vez y otra y otra, casi como si esperase que todo fuera una extraña broma o un mal sueño. Deseaba despertarse o que las letras se desvanecieran, pero nada de eso sucedió. Al contrario, cada vez que lo leía calaba más y más en su mente y el mensaje parecía hacerse más sólido en su mano. Incluso le pareció que pesaba más y más.

Cuando pudo reaccionar, miró a Clarice, la agarró por el antebrazo sin ninguna consideración y, sin darle explicaciones, tiró de ella hacia su dormitorio. Necesitaba algún sitio seguro en el que pensar, necesitaba tiempo para poner sus ideas en orden y la necesitaba a ella para poder compartir sus dudas y sus miedos y sentir que no estaba solo en una empresa que le quedaba demasiado grande.

Por suerte, ella no protestó. Se dejó arrastrar casi a la carrera hasta su dormitorio, entró y se quedó en medio de la habitación mientras Alfred cerraba la puerta con pestillo para asegurarse de que nadie iba a interrumpirles. Cuando terminó, se giró hacia ella y le señaló la cama.

—Puedes sentarte ahí si quieres —propuso.

Ella negó con la cabeza, cruzó la habitación y se sentó en un pequeño taburete colocado al lado de un escritorio. Después cruzó las piernas y los brazos y le lanzó una mirada interrogadora.

—¿Para qué me has traído aquí?

—Disculpa. Sé que es muy poco apropiado traer a una dama a mi cuarto…

—Al cuerno con eso —le interrumpió ella—. ¿No deberías llamar a todo el equipo y discutir esto? Tenemos muy pocas horas para detener al asesino y necesitaremos toda la ayuda posible…

Alfred la observó durante unos segundos sin saber cómo explicarse. Volvió a mirar el mensaje, que aún mantenía en su mano derecha y, tras cruzar la habitación, se lo entregó. Ella empezó a releerlo en voz alta:

—*Ahnenerbe. A la atención de E. S. y H. H. Sigo dentro…*

—Ahí lo tienes —la interrumpió él—. “Sigo dentro”.

—No entiendo…

—El espía nazi sigue aquí, entre nosotros. No hemos conseguido expulsarlo.

—Pero eso no puede ser —le contradijo Clarice—. Aquí dentro solo estamos la familia real y nosotros…

Su tono se fue apagando al pronunciar aquellas palabras. Incluso perdió el color de sus mejillas. Se quedó durante un momento mirando a Alfred con los ojos muy abiertos mientras el pedazo de papel temblaba en sus manos de forma incontrolable.

—Eso es… Estamos en un lugar cerrado, rodeados de cientos de guardias. Antes de sellar estas habitaciones, revisamos todos los planos del castillo en busca de cualquier pasadizo o entrada secreta. Este lugar está sellado y nadie va a poder entrar ni salir hasta que yo dé la orden. —Alfred se tomó un par de segundos para tomar una bocanada de aire—. Y, sin embargo, el espía dice que está dentro y que el plan sigue adelante.

—Pero eso solo puede significar que el asesino es uno de nosotros, que es un miembro de la División OpenMind.

—Exacto… Y es nuestra obligación descubrir quién es y detenerlo antes de mañana a medianoche.

—Pero eso no puede ser. —Clarice negó con la cabeza de forma vehemente—. ¿Quién? ¿Por qué? Hemos pasado horas y horas juntos. No puede ser ninguno de ellos.

—Yo tampoco quiero creerlo, Clarice, pero es así.

Ella levantó la mirada y cruzó sus ojos con los de Alfred. Distinguió el brillo de las lágrimas contenidas. La comprendía perfectamente. Si a él le dolía aquella traición como una navaja clavada en el centro del pecho, para ella, que los había seleccionado y adiestrado, que llevaba las últimas semanas compartiendo con ellos casi todas las horas del día, que había comenzado a considerarlos grandes amigos, tenía que ser tan doloroso…

—Sé que no quieres creerlo, pero no tenemos tiempo para asimilar la noticia con tranquilidad y discutir sobre ello. —Se acuclilló en el suelo frente a ella, le quitó el mensaje para dejarlo sobre el escritorio y apretó sus manos con cariño y firmeza para hacer que reaccionara—. Tenemos que asumir que entre nosotros hay un traidor y dejar los sentimientos a un lado para desenmascararlo.

—¿Y cómo sabes que no soy yo? —preguntó ella de repente.

—Confío en ti a ojos ciegos —respondió él antes de esbozar una sonrisa burlona—. Además, tú ni siquiera querías estar en este castillo, ni en este país, ni en este continente. No has hecho nada para

acercarte al rey y poder asesinarlo. Al revés, llevas desde que llegaste a Inglaterra deseando marcharte.

—Quizá sea una táctica para disimular.

—Sabes que no. Yo confío en ti y tú confías en mí. Ninguno de los dos es el espía. —Volvió a mirarla con cariño y apretó sus manos con un poco más de fuerza—. Pondría la mano en el fuego por ti tanto como por mí mismo. Y sé que tú también lo harías, pero… ¿podemos decir lo mismo del resto del grupo?

Se quedaron en silencio durante unos segundos, reflexionando con las manos entrelazadas. Clarice no pudo soportarlo más, se soltó, se puso en pie y se dirigió hacia la ventana.

—Me ahogo aquí dentro —explicó mientras la abría.

Alfred notó en su tono que estaba luchando por contener la rabia y el dolor. Decidió dejarla tranquila unos segundos para que pudiera recomponerse. Se irguió y comenzó a pasear por la habitación como un león enjaulado mientras se preguntaba una y otra vez quién de los tres podía ser el traidor.

—Está bien. Discutamos sobre ello. —Clarice se había girado hacia el interior de la habitación y, a pesar de tener la mandíbula en tensión y de estar apretando sus manos crispadas, parecía haber recuperado el suficiente aplomo como para hablar—. ¿De quién sospechas?

—No sabría decirte —confesó él—. Hasta esta noche confiaba en los tres.

—Ya, pero tenemos que abrir los ojos y descubrir quién es, ¿no? —preguntó ella—. Alguien te tiene que gustar menos que los demás.

—Quizá Nigel. —Vio que Clarice fruncía el ceño y extendió las manos frente a él para pedirle tiempo para explicarse—. ¿Qué sabemos de él? No sabemos nada de sus orígenes, de su familia, de su pasado…

—Porque no lo tiene —explicó Clarice—. Le abandonaron en un orfanato siendo bebé. Un sitio horrible, lúgubre y frío en el que casi no les daban de comer y les maltrataban. Escapó de allí siendo todavía un niño y, desde entonces, se ha ganado la vida yendo de un espectáculo ambulante a otro.

—Y robando carteras —añadió Alfred—. Me lo confesó un día.

—Sí, es cierto… Es un delincuente y no ha tenido una vida fácil como has tenido tú ni ha recibido una educación esmerada…

—Nadie lo diría. Se comporta como un auténtico caballero —rebatió Alfred.

—Me contó que perteneció durante un par de años a una banda de

timadores que le enseñaron lo necesario para infiltrarse entre la gente adinerada… Pero nada de eso le convierte en un espía ni en un asesino.

—Piénsalo un poco: ¿Qué le debe Nigel a Inglaterra? ¿Qué les debe a sus reyes? Ha crecido rodeado de miseria, sin que nadie le ayudara ni cuidara de él. —Expulsó el aire y miró a Clarice con pena—. Lleva toda la vida luchando para sobrevivir en las calles sin más meta que el dinero. ¿Y si los nazis le hubieran ofrecido una gran fortuna o un título, cualquier cosa que le solucionara la vida y le sacara de la miseria?

—No, eso no puede ser. —Clarice volvió a negar con la cabeza—. Le he visto hablando de los nazis y los desprecia.

—Es un timador. Podría hacerte creer cualquier cosa —la cortó Alfred con tono paternalista.

—Está bien —admitió Clarice—. No podemos descartarle como sospechoso…

—Sé que le tienes cariño, pero tienes que admitir que tiene muchas papeletas.

—Les tengo cariño a los tres —dijo ella, dolida—. Sigamos con las chicas. ¿Qué piensas de Irma?

—Bueno, quizá es con la que menos he tratado. Es algo mayor que nosotros y parece más seria y profesional…

—Si tuviéramos en cuenta lo estirada que es una persona para que fuera sospechosa de ser un espía nazi, tú tendrías todas las papeletas —le cortó ella, sarcástica.

—Clarice, por favor, sabes a lo que me refiero: Wendy es dulce y encantadora y Nigel es simpático y abierto…

—Lo que ha servido para que le consideres un timador y tu principal sospechoso.

—No estás ayudando nada. Te estás dando cuenta, ¿verdad? —Alfred puso los brazos en jarras y esperó a que Clarice asintiera—. Sigamos: Irma dice que es judía y que salió de Polonia huyendo de los nazis, pero no hay nada que confirme su historia.

—¿No la crees?

—No digo que no la crea. Digo que no tenemos manera de comprobar que eso sea cierto. Puede ser una judía polaca o una nazi infiltrada. —Alfred tomó aire antes de seguir explicándose—. Y ese poder que tiene…

—¿Qué le pasa a su poder?

—Es inquietante eso de que pueda manipular a los demás con su mente. ¿Quién nos asegura que no haya estado manipulándonos a nosotros desde el principio?

—Tienes aún más razones para sospechar de Irma que de Nigel —dijo Clarice mientras negaba con la cabeza—, pero ninguno de los dos me convence.

—Ya sé que esto no te hace gracia, que son tus amigos y les has cobrado aprecio, pero tiene que ser uno de ellos. ¿O es que prefieres pensar que puede ser Wendy?

—No es que prefiera pensarlo, es que Wendy es la principal razón para no sospechar ni de Nigel ni de Irma.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él confuso.

—Que Wendy puede ver el aura de la gente, puede interpretar los sentimientos de las personas con solo mirarlas. Ni siquiera es algo que haga conscientemente. Si hay algo raro, lo ve.

—Sigo sin entenderte. —Alfred tomó aire con fuerza y se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza. Empezaba a entender, pero no quería que esa idea arraigase en su cabeza.

—Sí, sí que lo entiendes —dijo ella como si pudiera leer sus pensamientos—. Si Nigel o Irma fueran los espías, si hubiera algo turbio en sus intenciones, si alguno de ellos fuera un asesino y nos estuviera mintiendo, ella lo habría visto en sus auras y nos lo habría dicho.

—Pero eso quiere decir… —No se atrevió a terminar la frase.

—Que ella es la única de la que no podemos saber el color de su aura —continuó Clarice—, lo que la convierte en nuestra principal sospechosa.

Clarice

Capítulo nueve

Me levanté de la cama cuando el primer rayo de sol se coló en la habitación. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. El cielo estaba gris, cubierto de espesas nubes negras que derramaban una lluvia lenta y cansada. Apoyé la frente en el cristal, esperando que estuviera fresco y me ayudara a despejarme, pero ni siquiera lo noté frío. Hacía un calor húmedo y bochornoso que había sido una de las razones por las que no había sido capaz de conciliar el sueño en toda la noche.

La otra razón era saber que casi se había cumplido el plazo. Ya había llegado el día marcado para la muerte del último cuervo. Según el último mensaje interceptado a los nazis, a medianoche el rey moriría y su muerte sería la señal para que Alemania atacara e Inglaterra cayera en sus manos… Y nosotros seguíamos sin saber qué hacer.

Alfred estaba convencido de que uno de nuestros compañeros era el culpable. Si aplicábamos la lógica, tenía que ser uno de ellos, pero no podía creerlo. Yo misma les había seleccionado, llevaba semanas conviviendo con ellos a todas horas, hablando, compartiendo experiencias, entrenando… Era imposible que uno de ellos fuera un traidor y que mi instinto de bruja no me hubiera indicado nada.

Así que, por muy convencido que estuviera Alfred, yo seguía negando la evidencia. Por eso me había pasado la noche en vela repasando mis antiguos libros de hechizos y rituales. Si me negaba a creer que la amenaza viniera de dentro, tenía que mantenerme fiel a mi creencia de que el ataque procedería de fuera. Estaba segura de que el ataque contra el rey llegaría de la mano de algún espectro controlado por los nigromantes de la Ahnenerbe o en forma de alguna maldición o un poderoso ritual de magia negra… O al menos, eso necesitaba creer.

Regresé a la cama y me senté entre mis libros de magia, que yacían desperdigados sobre las sábanas. Fui mirando las páginas por las que estaban abiertos. Había encontrado un par de rituales que servirían para fortalecer las defensas que había levantado la noche anterior y hacer que estuviéramos algo más protegidos. Aquello habría servido contra la mayoría de maldiciones y males de ojo que pudiera lanzar cualquier hechicero, incluso uno poderoso, pero no podía engañarme… No estaba luchando contra un solo mago, sino contra toda una organización de nigromantes que llevaban años perfeccionando sus poderes. Ni siquiera era capaz de imaginar lo poderosos que podían llegar a ser, pero solo pensar en ello me hacía temblar. Iba a necesitar algo más fuerte.

Cogí el grimorio que había situado en el centro de la cama. Aquello quizá podía servir, pero era un hechizo que conllevaba el gasto de una gran cantidad de energía… y de sangre, de mi propia sangre. Solo iba a poder proteger una habitación y no durante demasiado tiempo. Iba a tener que hablar con Alfred para planear cómo hacerlo.

Un par de golpes en la puerta me sobresaltaron, a pesar de que habían sonado débiles, como si la persona que estaba al otro lado no quisiera ser escuchada. Me levanté de un salto, volví a dejar el libro en su lugar y me acerqué de puntillas a la puerta, tratando de que las tablas del suelo no crujieran bajo mis pasos. Apoyé la oreja contra la puerta, pero durante unos larguísimos segundos no conseguí escuchar nada, hasta que otro par de golpes dispararon mi corazón e hicieron que se me subiera a la garganta.

—Clarice, ¿estás despierta? —escuché preguntar a Alfred.

Me llevé la mano al pecho para calmar los latidos de mi alocado corazón y abrí un par de pulgadas. Él empujó la puerta sin dar ninguna explicación y se coló dentro de mi cuarto. Miró durante unos segundos a mi cama cubierta de libros y enarcó una ceja.

—¿No has podido dormir? —preguntó como si no fuera obvio. Ni siquiera esperó a mi respuesta antes de seguir hablando—. Yo tampoco. He estado dándole vueltas a cómo desenmascarar a Wendy…

—La has declarado culpable sin tener ninguna prueba —le interrumpí.

—Ya lo hablamos anoche. Tiene que ser uno de los tres y ella es nuestra principal sospechosa.

—Tu principal sospechosa…

—Está bien —dijo después de soltar un resoplido de fastidio—. Y si no es ella, ¿quién es? ¿Nigel? ¿Irma? ¿Tú? ¿Yo? Ninguno de los sospechosos nos gustan, pero el asesino está entre nosotros.

—O quizá no. —Extendí mi palma frente a él para pedirle tiempo para explicarme—. Sigo pensando que el ataque llegará del exterior. Estamos luchando contra magos poderosos, capaces de cualquier cosa. Es muy posible que no necesiten estar al lado de su víctima para poder asesinarla.

—Lamento informarte de que tu teoría hace aguas por todas partes.

Ahí estaba otra vez ese tono de superioridad que tanto odiaba. Cuando se estiraba y me miraba de arriba abajo como si yo fuera una pobrecilla ignorante me daban ganas de abofetearle. Puse los brazos en jarras y me acerqué a él para encararle:

—¿En serio? Ilumíname.

—Primero: Si los magos de la Ahnenerbe tuvieran el poder de matar a distancia, ya lo habrían utilizado. Habrían matado al rey hace mucho tiempo… Y a Churchill, que es el principal responsable de elevar la moral del pueblo británico… Y a la reina Elisabeth, de la que el propio Hitler ha dicho que es la mujer más peligrosa de Europa… Y a tantos y tantos más.

—Una cosa es conocer un ritual y otra poder utilizarlo tantas veces como quieras. —Me di cuenta de que en aquel momento era mi voz la que estaba teñida de un tono de superioridad y prepotencia. Me encantaba corregirle—. Cuanto más poderoso es un hechizo, más difícil es realizarlo. Puede requerir una ingente cantidad de energía mágica o necesitar del uso de algún objeto de poder o de algún sacrificio… Que el rey, el primer ministro, la reina o las princesas no hayan muerto de momento no quiere decir que no puedan ir haciéndolo en los próximos meses.

—Está bien… Digamos que acepto tu argumento. —Su tono indicaba que no se daba por vencido—. Aun así, tu teoría sigue haciendo aguas.

—¿Y eso?

—Sabemos que alguien, ese tal *Doppelgänger*, envió un mensaje cifrado a la Ahnenerbe ayer mismo diciendo que seguía dentro. —Alfred se me quedó mirando mientras yo abría y cerraba la boca una y otra vez buscando algún argumento sin encontrarlo—. Sé que no te gusta la idea, Clarice. A mí tampoco. De hecho, odio pensarlo, pero tenemos que admitir que el espía nazi es uno de los nuestros.

—¿Y cómo sabemos que los nazis no han mandado ese mensaje para confundirnos? —contraataqué a pesar de que sentía que me estaba agarrando a un clavo ardiendo—. Quizá saben que hemos descifrado la Enigma y que leemos sus mensajes.

—No lo saben, no tienen ni idea. —El tono de Alfred se había suavizado, como si estuviera tratando de calmarme. Puso sus manos en mis hombros para hacer que le mirara—. Clarice, tienes que aceptarlo.

Me sacudí y me giré hacia la ventana como si su contacto me desagradara.

—No, no lo acepto. No puedes estar seguro al cien por cien, así que voy a seguir con mi plan original: voy a dedicarme a levantar barreras contra cualquier ataque psíquico que pueda proceder del exterior.

—Está bien. Tampoco creo que eso nos vaya a perjudicar —admitió él —. ¿Necesitas que te ayude en algo?

—Realmente, solo necesito tu permiso. Tengo que entrar en todas las

habitaciones para levantar las protecciones.

—Tienes mi permiso y mi compañía. —Me giré hacia él al percibir una nota de triunfo en su voz—. Mientras tú haces tus hechizos, yo revisaré las habitaciones en busca de la radio o la Enigma que tiene que tener nuestro espía. Si me das cinco minutos, voy a asignarle a nuestros compañeros labores lo más lejos posible de sus dormitorios y podremos empezar.

Alfred

Capítulo diez

Cerró la puerta del armario y se quedó en medio de la habitación con los brazos en jarras, mirando a un lado y a otro sin saber qué más hacer. Había estado tan convencido de que iba a encontrar algo que incriminase a Wendy en su habitación… La radio y la Enigma tenían que estar allí, ¿pero dónde? Habían hecho aquel viaje con el equipaje justo y tanto la mesilla como el armario de Wendy estaban casi vacíos. No había mucho sitio donde esconder nada… Tenían que estar ahí, pero no estaban.

Vigiló a Clarice por el rabillo del ojo. La chica estaba arrodillada frente a la ventana, donde, después de dibujar durante varios minutos un montón de símbolos en algún idioma que él no pudo reconocer, había colocado unas cuantas velas de colores y las había rodeado con sal de mesa. En aquel momento, se dedicaba a quemar ramas de diferentes plantas con la llama de las velas y a esparcir su olor por la habitación. Le pareció distinguir aroma a romero, a lavanda, a laurel… Cada uno de ellos por separado le resultaban agradables, pero el aire de la habitación empezaba a cargarse y se le estaba empezando a levantar dolor de cabeza. Aprovechó un momento en el que Clarice dejó de recitar entre dientes sus extraños cánticos para acercarse a ella.

—Disculpa… ¿Podríamos abrir un poco la ventana?

Ella le miró con la misma cara de espanto que le habría puesto si él hubiera sugerido desollar a un cachorrito.

—Imposible. Está prohibido abrir las ventanas hasta mañana por la mañana.

—¿En serio? Empieza a hacer mucho calor y el olor de esas hierbas marea un poco…

—Estoy sellando esta ala del castillo a cal y canto contra cualquier energía negativa. No puedes romper las protecciones porque te apetezca ventilar.

—Está bien, perdona. No lo sabía —se disculpó—. Pero Wendy lo va a oler y se va a dar cuenta de que hemos estado en su habitación.

—¿Y qué? Les explicaré a todos que he estado levantando escudos en todas las habitaciones contra cualquier energía oscura. No creo que vayan a poner ninguna pega.

—Sospechamos que Wendy puede ser la culpable. No creo que le haga gracia saber que hemos estado en su habitación y que hemos podido

registrarla.

—No sospechamos de Wendy. Lo haces tú solo. —Clarice terminó de agitar la última rama encendida en el aire, se levantó del suelo y se sacudió las rodillas antes de seguir hablando—. Y ya has podido comprobar por ti mismo que no hay nada que la incrimine. ¿Me acompañas a la habitación de Nigel?

—Dame un par de minutos —pidió él.

Clarice se cruzó de brazos y se quedó mirando como él iba pisando todas las tablas del suelo del cuarto para ver si alguna crujía de manera diferente. Después, fue dando golpes en las paredes tratando de encontrar algún lugar que sonara a hueco y que pudiera albergar un pasadizo o un doble fondo. Cuando terminó, se giró hacia su compañera que le observaba con una sonrisa sarcástica en el rostro.

—¿Te has convencido por fin? —preguntó burlona.

—Esto no quiere decir nada. De hecho, habría sido muy tonto por su parte esconder en su propia habitación pruebas que pudieran incriminarla. —Clarice bufó y elevó la mirada al techo de la habitación—. Puede haberlo escondido en cualquier parte.

—Estamos encerrados entre dos puertas. No hay mucho sitio donde esconder nada —protestó ella.

—Si no tengo razón, ya lo comprobaré por mí mismo.

—Sí, pero el tiempo se acaba y lo estás perdiendo en desconfiar de tus propios aliados —le acusó ella.

—¿Y en qué quieres que lo ocupe? —preguntó él—. Tampoco tenemos mucho más que hacer.

—Sí tienes más cosas que hacer —dijo ella—. Necesito que me consigas una autorización del rey para entrar en los aposentos privados de la familia real y poder realizar allí mis rituales de protección.

—Lo haré. No te preocupes. ¿Algo más?

—Pues sí. También necesito que el rey y tú elijáis una habitación no muy grande en la que todos podamos pasar la noche. —Él la miró confuso—. He encontrado un ritual de protección muy potente, pero requiere mucha energía e incluso voy a tener que utilizar mi propia sangre. Solo puedo proteger con él una estancia.

—No te preocupes. Hablaré con el rey y le diré que lo más seguro es que pasemos todos juntos esta noche. —Alfred reflexionó durante unos segundos—. ¿Te parece bien el comedor del final del pasillo?

—Es una habitación bastante grande —protestó ella.

—Lo sé, pero no podemos meternos todos en una habitación pequeña sin que protesten. Es la familia real y hay que seguir un protocolo con ellos: no tocarles, mantener una distancia…

—Está bien, creo que servirá. ¿Has acabado ya aquí?

—Sí, creo que sí —contestó él después de lanzar una última mirada apenada al lugar—. Vamos, te acompaño para revisar los dormitorios de Irma y Nigel y después iré a hablar con el rey.

—Te apuesto lo que quieras a que tampoco vas a encontrar nada en sus habitaciones.

No sabría explicar qué se le pasó por la cabeza, pero estuvo a punto de pedirle que se apostaran un beso. Por suerte, consiguió morderse la lengua y fingir una sonrisa educada mientras abría galantemente la puerta de la habitación para que ella pudiera salir.

—Está bien. Si yo tengo razón y alguno de nuestros compañeros es el culpable, tendrás que revelarme cómo conseguiste ganarme en aquel pulso. —Se le ocurrió por fin.

—De acuerdo. Y si gano yo y ninguno de ellos está implicado, seré la jefa de la División OpenMind durante un mes. —Un brillo travieso se abrió paso en los ojos de la joven mientras extendía la mano ante ella —. ¿Aceptas?

—Una semana.

—Me vale.

No pudo contener una risa mientras chocaba su mano con la de la chica. No quería ni imaginarse la cantidad de cosas que tendría que aguantar si Clarice fuera su jefa, pero aquello no era algo de lo que debiera preocuparse. Estaba totalmente convencido de que Wendy era la espía que estaban buscando. Entonces, ¿por qué había sentido que el estómago se le encogía al aceptar la apuesta?

Cerró el último cajón de la cómoda y se giró hacia Clarice. No sabía si tendría que esperar a que ella terminase su último ritual o si podría irse ya y dejarla allí. La tensión de los últimos días y la noche en vela que acababa de pasar estaban empezando a pasarle factura. Se sentía agotado, al límite de sus fuerzas y su paciencia… y tener que aguantar aquel aire denso cargado del pegajoso aroma de las hierbas que Clarice seguía quemando no estaba ayudando en absoluto. Se sentía cada vez más débil y adormilado.

Por suerte, ya estaban acabando. Habían estado en la habitación de Irma y en aquel momento se encontraban en la de Nigel. En ninguna

de ellas había encontrado pistas que les incriminasen, pero era lo que esperaba. A cada minuto que pasaba se sentía más seguro de que Wendy era la culpable, así que había supuesto desde el principio que no encontrarían nada en los dormitorios de sus otros dos compañeros.

Clarice dejó de entonar sus cánticos y se levantó del suelo para acercarse a él. En aquel momento, la puerta de la habitación se abrió y Nigel apareció en el umbral. Se quedó unos segundos parado, paseando su mirada de uno a otro, antes de entrar, cerrar la puerta y encararse a ellos con las manos cruzadas a su espalda.

—¿Puedo saber qué es lo que estáis haciendo los dos en mi habitación sin mi consentimiento? —preguntó enfadado.

—Estoy haciendo unos rituales de protección para sellar todas las estancias contra cualquier energía negativa —contestó Clarice con un tono muy convincente.

—¿Seguro? Podríais haberme pedido permiso para entrar en mi cuarto y os lo habría dado sin problema en lugar de enviarme a la biblioteca a comprobar que no se abría ninguna puerta secreta al tirar de alguno de los… tres mil o cuatro mil tomos que hay en ella. Me habéis tenido haciendo el imbécil toda la mañana, ¿verdad?

La mirada de Nigel fue tan intensa que Alfred no tuvo más remedio que esquivarla, aunque con ello estuviera asumiendo sus acusaciones. Carraspeó y dio un paso hacia el joven para ponerle una mano en el hombro y tranquilizarle.

—Todo tiene una explicación, pero no podemos dártela.

—¿Y eso? Estamos en el mismo equipo, ¿no? Deberíamos ser sinceros los unos con los otros.

—Sí, pero hay momentos en los que el líder del grupo tiene que tomar decisiones sin contar con los demás. Es mi responsabilidad y debéis confiar en mi buen criterio.

—¿Cómo me pides que confíe en ti si tú no confías en mí? ¿Habéis estado registrando mi habitación? ¿Qué esperáis encontrar? ¿Es que acaso creéis que tengo algo que ver con nuestros enemigos? ¿Y estáis vigilando también a Wendy y a Irma?

—Nigel, relájate. —Alfred apretó el hombro del chico, pero este se sacudió para liberarse del contacto—. Son demasiadas preguntas y no puedo contestártelas ahora.

—¿Tú también estás metida en esto, Clarice?

Su compañera dudó durante unos segundos, como si no estuviera segura de a quién de los dos debía más fidelidad. Finalmente, suspiró y, tras dirigirle a Alfred una leve sonrisa a modo de disculpa, se colocó

al lado de Nigel y tomó su mano.

—No. Yo no estoy de acuerdo con esto. No creo que ninguno de vosotros pueda estar relacionado con el ataque al rey de esta noche.

—¿Entonces por qué le ayudas? ¿Qué haces en mi habitación? —preguntó Nigel.

—Lo que te he dicho al principio: yo creo que el ataque llegará del exterior, en forma de alguna maldición o hechizo que no conocemos —explicó ella—. Por eso estoy tratando de proteger todas las estancias de esta ala del castillo.

—Y, sin embargo, tú crees que el culpable es uno de nosotros —dijo Nigel lanzándole a Alfred una mirada dolida.

—Es una posibilidad que tengo que contemplar. No puedo arriesgar la vida del rey por confiar en vosotros ciegamente.

Nigel asintió, pero tenía los labios apretados y la mandíbula en tensión. Nos dirigió una mirada dolida antes de volver a hablar.

—Os recuerdo que fuisteis vosotros los que nos reclutasteis y, además, con engaños. Yo me presenté a la entrevista en aquel hotel pensando que iba a participar en algún espectáculo. No tenía ninguna intención de alistarme en el ejército, ni de cumplir órdenes y mucho menos de ser insultado y acusado de traición. —Alfred fue a protestar, pero Nigel levantó una mano para pedirle tiempo—. Llevo desde crío viviendo en las calles. He convivido con carteristas, con timadores, con gente que se ganaba la vida mintiendo o estafando… Muchas veces me ha faltado un techo sobre la cabeza, una lumbre en la que calentarme o un plato de comida, pero hay algo que hasta ahora no me había faltado nunca: la confianza ciega de mis compañeros. Siempre he sabido que, aun estando entre delincuentes y estafadores, confiábamos los unos en los otros y sabíamos que no nos íbamos a engañar nunca. Es muy triste no encontrar el mismo código de honor entre supuestos caballeros.

Nigel negó con la cabeza, antes de girarse hacia la puerta para marcharse de la habitación. Alfred dio un paso hacia él.

—Espera. No te vayas.

El joven se giró y le dirigió una mirada dolida. Durante un segundo, Alfred se planteó la posibilidad de pedirle disculpas, de reconocer que se había equivocado al desconfiar de ellos y decir que lo lamentaba, pero se contuvo. No era cierto. Seguía estando convencido de que, por mucho que les doliera aceptarlo, entre ellos se ocultaba un traidor. Cuando lo hubiera atrapado, ya le pediría disculpas al resto del grupo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Nigel—. ¿Aún no me has

insultado lo suficiente?

—Quiero pedirte que no le cuentes nada de esto a tus compañeras… Bueno, más que una petición, es una orden. —Alfred se cuadró para resultar más imponente—. Si tú no eres el traidor, debe de ser una de ellas.

—No voy a contárselo… pero no porque desconfíe de ellas ni porque tú me lo ordenes. —Los ojos de Nigel brillaron de furia—. No voy a contárselo porque no quiero que se sientan tan traicionadas y dolidas como me siento yo ahora mismo.

Sin decir nada más, Nigel salió de la habitación dando un portazo que hizo retumbar los cristales. Alfred se giró hacia Clarice para comentarle que no comprendía por qué el chico se lo había tomado tan mal, pero ella esquivó su mirada y comenzó a meter en su bolso los ingredientes del hechizo que le habían sobrado.

—Ahora tengo que ir a tu habitación y a la mía para continuar con los rituales de protección. —Elevó la cabeza y le lanzó una mirada retadora—. ¿Confías en mí o también quieres revisar mi cuarto?

—No será necesario. Gracias.

—Entonces me iré sola si no te importa. —Clarice cerró su bolso y se dirigió a la puerta—. Creo que deberías ir a hablar con el rey para avisarle de que dentro de un rato pasaré a hacer lo mismo por sus aposentos y los de su familia. Y coméntales también que a partir de las nueve tienen que estar en el comedor y que pasarán allí la noche.

Alfred se limitó a asentir. No tenía sentido seguir discutiendo con ella para intentar que viera las cosas como él lo hacía. En aquel momento, estaba solo y nadie de su grupo le apoyaba, pero era algo que como líder debía asumir. Era duro creer que alguno de sus compañeros podía ser un traidor, pero, si el resto del grupo no podía asumirlo, era su responsabilidad como jefe de la División OpenMind investigar y descubrirlo.

Entonces, si todos aquellos argumentos eran tan lógicos y sólidos, ¿por qué se sentía tan solo y tan culpable?

Clarice

Capítulo once

Preparé el bote de pintura blanca y el pincel y me coloqué en mitad del comedor preguntándome por dónde empezar. No podía dejar los símbolos de protección a simple vista. Estaba segura de que los reyes no se sentirían a gusto si tenían que pasar la noche rodeados de símbolos arcanos, así que lo mejor sería hacerlos cuanto antes, esperar a que se secaran y volver a taparlos antes de que ellos llegaran a cenar.

Pensé que, por suerte para mí, la decoración de aquel comedor era tan abundante como en la mayoría de las estancias de Windsor, así que no me iba a resultar nada complicado encontrar sitios en los que ocultar los hechizos con los que pensaba proteger aquel lugar. Podía esconder uno tras uno de los cuadros que adornaban la pared norte, un enorme retrato de algún antepasado del rey, que posaba a lomos de su caballo con gesto serio y armadura completa. En la pared sur, podía ocultarlo tras un antiguo tapiz que representaba una sangrienta escena de caza en la que una jauría de perros acababa de atrapar a un indefenso ciervo. Los otros dos puntos cardinales iban a ser más complicados, ya que la pared este se encontraba cubierta por enormes ventanales y en la oeste se hallaban las amplias puertas que comunicaban con el pasillo, pero pensé que podría dibujar los símbolos en el suelo y volver a taparlos con la alfombra. Me habría gustado retirar la mesa para quitar la alfombra y dibujar en el suelo un círculo de protección que abarcase casi por completo la estancia, pero aquella mesa de roble macizo debía de pesar cientos de libras.

Tras seleccionar la ubicación de los símbolos de protección, dejé mi libro de hechizos sobre la mesa y coloqué al lado el bote de pintura. Respiré profundamente para calmar mi miedo y, tratando de no pensarlo demasiado, saqué mi *athame*[viii] de un bolsillo de la falda. Contemplé su hoja a la dorada luz del atardecer que se colaba por las ventanas. Parecía bastante afilada, tal y como debía ser. Sin darme tiempo a arrepentirme, pasé el filo por la palma de mi mano izquierda y me hice un corte que la recorría por completo.

Tuve que morderme el labio inferior para retener el grito de dolor que me subió a la garganta. Aquello escocía muchísimo. Noté que las lágrimas brotaban de mis ojos al mismo tiempo que la sangre empezaba a manar de la herida. Me los enjugué con el dorso de la mano derecha para que no enturbiaran mi visión y coloqué la mano herida, con la palma hacia abajo, sobre el cubo de pintura blanca. Caía a chorros, un reguero de sangre tan oscura que, en un primer

momento, parecía negra en contraste con la pintura.

Sentí que me mareaba y me apoyé en la mesa para mantenerme firme mientras seguía permitiendo que la sangre fluyera. Todavía necesitaba mucha más. El ritual requería que los símbolos se pintaran con una mezcla de color rojo óxido y, si no vertía la suficiente sangre, tan solo conseguiría un tono rosado.

La puerta del comedor se abrió en aquel momento. Aunque me sobresalté, temiendo que pudiera haber sido descubierta por alguien de la familia real a quien me resultaría muy difícil explicar qué estaba haciendo, conseguí mantener mi mano sobre el recipiente. Me tranquilicé al ver que era Alfred y que no tenía de qué preocuparme.

Por desgracia, él no debió pensar lo mismo al verme a mí. Se quedó paralizado durante un par de segundos, perdió por completo el color de la cara y, sin decir palabra, se quitó la chaqueta y se acercó a mí para agarrar mi mano herida.

—¿Qué haces? —pregunté mientras le empujaba con la mano libre para quitármelo de encima.

—¿Qué haces tú? —gritó preocupado—. Te estás desangrando.

—No seas exagerado. Tan solo necesito algo de mi sangre para proteger esta habitación. Ya te lo conté…

—Sí, pero cuando me dijiste que ibas a necesitar tu propia sangre, pensé que te referías a pincharte un dedo y verter un par de gotas, no a esta carnicería.

—Por eso te dije que quería proteger un sitio pequeño —expliqué—. Cuanto más grande es la estancia, más sangre necesita el hechizo. Pero no te preocupes. Está todo bajo control.

Él negó con la cabeza. Parecía que mis explicaciones no le tranquilizaban en absoluto. A pesar de la palidez de su rostro, se acercó de nuevo a mí, se inclinó hacia mi mano y contempló el corte.

—Si lo tienes todo bajo control, ¿puedes explicarme cómo piensas detener esa hemorragia? —preguntó con aquel tono de prepotencia que tanto me sacaba de quicio—. Parece un corte muy profundo y no veo que tengas gasas ni alcohol…

Miré alrededor como si esperara que aquellas cosas aparecieran por arte de magia. Alfred tenía razón: había estado tan preocupada por los otros componentes del ritual que había olvidado que en algún momento necesitaría dejar de sangrar. Sentí que me sonrojaba y fijé mi vista en el chorro de sangre que seguía manando sin control sobre la pintura blanca.

—Se me ha olvidado —confesé en un susurro avergonzado—. ¿Podrías

ayudarme?

—Por supuesto. No te muevas de aquí.

Salió del comedor en un par de zancadas. Me quedé allí quieta, viendo como la sangre seguía fluyendo. Sabía que un exceso de sangre no estropearía el conjuro, así que no aparté la mano. Según lo que había leído en mi viejo libro de hechizos, cuanta más sangre llevara la mezcla, más poderoso sería… pero empezaba a sentirme mareada. Si Alfred tardaba mucho más en regresar con las vendas, íbamos a tener la mezcla perfecta para el ritual pero ninguna bruja que pudiera llevarlo a cabo.

Me di cuenta de que la vista se me empezaba a nublar y tuve que levantar la cabeza y sacudirla de lado a lado para evitar el mareo. No había perdido tantísima sangre como para desmayarme. Tan solo me estaba sugestionando. ¿Por qué tardaba tanto Alfred? No podía ser tan difícil encontrar unas malditas vendas.

La puerta volvió a abrirse y él entró con un maletín en las manos. Corrió hacia mí, lo dejó sobre la mesa y lo abrió a toda prisa. A pesar de que la ayuda ya había llegado, cerré los ojos al darme cuenta de que la habitación parecía girar a mi alrededor.

—Clarice, escúchame. —Sentí como me agarraba con fuerza por la muñeca—. Abre los ojos y mírame. ¡Vamos!

Le obedecí. Abrí los ojos y los fijé en los suyos… y me quedé atrapada en aquellos iris de color verdoso, en aquellas pupilas de niño, mucho más grandes y brillantes de lo normal. Noté el escozor del alcohol en mi mano y tuve que morderme el labio inferior para no gritar, pero no esquivé la mirada. Fue él quien rompió el hechizo al agachar la cabeza para mirar mi mano.

—Este corte es muy profundo —anunció mientras colocaba un paño sobre la herida—. ¿Hacía falta llegar hasta el hueso?

—No llega hasta el hueso, exagerado —protesté.

—No, pero podías haber hecho un corte más superficial. Te has rajado la mano de lado a lado. ¿No habría bastado con un corte más pequeño?

—Ya te dije que, cuanto más grande fuera la habitación a proteger, necesitaría más sangre. —Él levantó la cabeza y yo le dirigí una sonrisa burlona—. Tú elegiste este comedor enorme…

—No vas a conseguir que me sienta culpable. —Mientras seguía presionando el paño contra la herida, se giró hacia su maletín y sacó un rollo de vendas—. Ya sabes lo que pienso de los rituales de protección que llevas haciendo todo el día…

—Sí, que no van a servir para nada porque la culpable es Wendy, pero sigo negándome a pensar en eso. Además, ¿qué otra cosa querías que hiciera? ¿A qué querías que dedicara todo el día?

—¿A algún ritual para debilitar a Wendy y hacer que se sintiera enferma? —respondió el mientras empezaba a rodear mi mano con la venda—. ¿Podrías hacer algo así?

—¿Y si te estás equivocando? —Él negó con la cabeza y chasqueó la lengua mientras seguía vendando la herida con la cabeza baja. Utilicé la mano libre para agarrarle la barbilla y hacer que me mirara—. En serio, no podemos jugárnoslo todo a una carta y obviar cualquier otra posibilidad, por muy seguro que estés de que la culpable es ella.

—Está bien, pero desangrarte y estar incapacitada para lo que pueda suceder esta noche tampoco me parece una buena estrategia. —Terminó el vendaje y me sonrió—. Ten cuidado con estas cosas.

—Tranquilo, tendré cuidado. Comprendo que no quieras perder al miembro más poderoso de la División OpenMind.

—No quiero perderte a ti y punto. —Se separó un par de pasos de mí y metió las manos en los bolsillos. A pesar de que mantenía la cabeza baja, pude notar que se había sonrojado—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—La verdad es que sí. Necesito mover ese cuadro y ese tapiz y recoger la alfombra… Con esta mano herida me va a resultar muy difícil. —Él sonrió, feliz de ser útil y, tras quitarse la chaqueta y dejarla colgada en el respaldo de una silla, se arremangó la camisa—. Empieza quitando el retrato, por favor.

Mientras él retiraba el cuadro, yo me acerqué para dejar encima de un taquillón cercano el cubo de pintura y el libro de hechizos. Removí la mezcla de pintura y sangre y contemplé complacida que el color era correcto. La sensación de debilidad y mareo, la vista medio nublada y lo muchísimo que me dolía la mano habían merecido la pena. El hechizo iba a funcionar.

Alfred se apartó a un lado mientras yo me acercaba a la pared con el pincel empapado en aquella pintura rojiza. Empecé a copiar los símbolos del hechizo, una serie de caracteres en acadio que, según se decía, formaban el más poderoso ritual de protección de lugares jamás descubierto. Se contaba que los antiguos reyes mesopotámicos usaban esos símbolos en los umbrales de sus palacios y en los escudos de su guardia privada y que, gracias a ellos, su imperio duró milenios. Pensé con ironía que yo solo necesitaba proteger a un solo rey durante una sola noche. Deberíamos ir sobrados…

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó Alfred a mi espalda.

—Sí. Busca algún trapo y ve limpiando la pintura que se me caiga al suelo. No creo que la familia real quiera cenar en un sitio con el suelo lleno de sangre de plebeya. —Ante su mueca de asco, no pude evitar una risa—. Se me olvidaba que tú también tienes sangre noble. Si esta tarea es demasiado denigrante para ti, siempre puedes llamar a alguno de los otros.

—No. Lo haré yo —contestó huraño mientras regresaba a su maletín de primeros auxilios para sacar un par de trozos de tela blanca—. A pesar de mi procedencia de alta alcurnia, siempre me he considerado una persona modesta y humilde.

En aquella ocasión, se me escapó una carcajada que hizo que él frunciera aún más el ceño. Me tapé la boca y traté de contenerme.

—Sí, claro. Eso es justo lo que me viene a la cabeza cada vez que te veo: "qué chico más humilde".

—Clarice, ¿tengo que recordarte que soy tu oficial al mando y que me debes un respeto?

Me lo preguntó ya arrodillado en el suelo, mientras frotaba para quitar una de las manchas de pintura. Levantó la cabeza hacia mí, con una ceja enarcada y expresión de enfado. Tuve que dejar de mirarle y concentrarme en copiar los símbolos para no soltar otra carcajada.

—No me hables, por favor —le pedí—. Me desconcentras. Ya he terminado aquí. Quita el tapiz de esa pared y, dentro de unos minutos, cuando esto esté un poco seco, vuelve a colgar el retrato. —Él asintió y siguió mis instrucciones—. ¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto…

—¿A qué? —preguntó él confuso.

—A que me obedezcas —contesté burlona.

—No te obedezco. Colaboro contigo porque creo que en este tema sabes mucho más que yo. Espero que, cuando llegue el caso, seas capaz de hacer lo mismo.

La sonrisa se me congeló en el rostro. Me acerqué a él, que acababa de descolgar el tapiz que le había indicado y estaba enrollándolo para dejarlo contra una pared.

—Me gustaría poder apoyarte —me sinceré—. De verdad que me gustaría no dejarte solo en esto, pero no puedo creer que Wendy, o cualquiera de los otros, nos estén traicionando. Es demasiado doloroso incluso pensarlo…

Noté que la voz se me quebraba. Me sentía demasiado sensible, demasiado vulnerable… Debía de ser por la ansiedad de los últimos días, por la noche sin dormir, por la pérdida de sangre… En aquel momento me sentía muy débil y cansada. Habría dado cualquier cosa

por poder irme a dormir y levantarme al día siguiente, cuando todo hubiera acabado… para bien o para mal.

—No te estoy pidiendo que me apoyes. Sé que ninguno de vosotros va a hacerlo, que estoy solo en esto. —Me agarró por los brazos y esperó hasta que yo levanté la cabeza y le miré a los ojos—. Por un lado, me duele, pero por otro, estoy muy orgulloso de vosotros.

—¿Orgulloso? —pregunté confusa.

—Sí. Muy orgulloso de lo unidos que estáis, de la confianza que tenéis los unos en los otros, del modo en que os defendéis… La División OpenMind era un sueño y la habéis convertido en una realidad. —Una nube de pesadumbre se adueñó de sus ojos—. Es una pena que entre nosotros se haya colado un traidor y que, después de esta noche, ya no vayamos a ser cinco.

—Puede que estés equivocado —insistí.

—Lo sé… Y es lo que quiero pensar: que tú tienes razón, que el mensaje era una trampa de los nazis para que desconfiáramos los unos de los otros y que el ataque llegará de fuera. Por eso estoy aquí, creyendo en ti, ayudándote y apoyándote en lo que necesites. —Aumentó un poco más la presión que ejercía sobre mis brazos—. Solo te pido que tú hagas lo mismo: que si soy yo el que tengo razón y uno de ellos es un traidor, me apoyes y me ayudes a detenerle, por muy doloroso que te resulte. ¿Lo harás?

Sentí un nudo en la garganta, formado por un mar de lágrimas contenidas, que me impedía pronunciar palabra, pero me di cuenta de que le debía una respuesta, que, por mucho que me doliera, lo que me estaba pidiendo era razonable. Asentí y, con gran esfuerzo, me tragué aquellas lágrimas.

—Te lo prometo.

Él asintió, me dedicó una sonrisa y, tras soltarme, recogió el cubo y el libro de hechizos que yo había dejado sobre el taquillón y me los acercó.

—Pues acabemos con esto cuanto antes. La noche se acerca.

Alfred

Capítulo doce

George VI estaba sentado al lado de la ventana cuando Alfred entró en sus aposentos privados. Levantó la mirada del periódico y le indicó una silla cercana para que se sentara a su lado. Alfred negó con la cabeza y se colocó a un par de pasos en postura marcial.

—Puede descansar, teniente —dijo el rey, volviendo a señalarle la silla —. Solo estamos usted y yo. No es necesaria tanta formalidad.

Alfred asintió y, a pesar de sentirse terriblemente incómodo por aquella falta de protocolo, ocupó el sitio que su majestad le había indicado.

—Muchas gracias, alteza.

—Voy a aprovechar que está usted aquí para preguntarle una cosa… La joven que ha pasado antes encendiendo velas y entonando cánticos, ¿es amiga suya?

—Es parte de mi división, majestad. Ya sé que su conducta puede resultar chocante, pero es una eminencia en su campo…

—Tranquilo, confío en ella. Por eso llevo toda la tarde siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, pero ya no puedo más. —El rey señaló el cenicero repleto de colillas que tenía en una mesita cercana—. Como supongo que sabrá, yo fumo mucho y esa chica me ha prohibido abrir las ventanas bajo ningún concepto. El aire de esta habitación está ya muy cargado y hace mucho calor. ¿No podría abrirlas aunque solo fuera cinco minutos?

Alfred negó con la cabeza. Clarice había insistido en la necesidad de mantener cerradas todas las habitaciones que había bendecido y, por mucho que fuera el rey quien se lo estuviera pidiendo, no quería contradecirla.

—Lo lamento, señor. Ya sé que nuestro comportamiento puede parecerle extraño y nuestras instrucciones absurdas, pero puedo asegurarle que todo tiene un sentido y que estamos haciendo todo lo posible por garantizar su seguridad y la de su familia.

—Y yo estoy haciendo todo lo posible por facilitar su trabajo y no entrometerme, pero sus decisiones me parecen cada vez más peregrinas. —El rey se levantó de su silla y empezó a pasear por la habitación mientras encendía otro cigarrillo—. He permitido que se nos aparte de todo nuestro personal de confianza, que nos haya dejado sin guardias, que nos haya encerrado en esta minúscula ala del castillo… Pero este calor… Y este aire tan viciado… Me ahogo aquí

dentro.

—Podría tratar de fumar un poco menos, majestad…

El rey se detuvo en seco y se giró hacia él para fulminarle con la mirada. Alfred se dio cuenta de que había continuado sentado y se levantó de inmediato para cuadrarse.

—No voy a fumar menos. —Se encaró con él y le señaló con un dedo —. ¿Cuánto más vamos a tener que soportar esta tortura?

—Todo terminará esta noche, alteza. Según nuestros informes, el atentado contra su persona sucederá hoy a medianoche. Si conseguimos evitarlo, a partir de ese momento todo volverá a la normalidad.

—¿Y cómo piensan hacerlo? ¿Saben ya cómo será el ataque?

—No se preocupe, majestad. Está todo bajo control.

Alfred sintió como una gota de sudor resbalaba por su espalda. Si el rey insistía en conocer todos los detalles de la operación, no sabía qué podría decirle. ¿Cómo confesarle que sospechaba que el traidor podía estar entre ellos, que era una de sus colaboradoras y que, aun así, no la había detenido? Se planteó que quizá lo mejor sería expulsar a todos sus compañeros del castillo y quedarse él solo, la única persona de la que en realidad se fiaba, al cuidado de la familia real. Quizá aquello fuera lo más sensato…

No podía hacerlo. Algo en su interior, su sexto sentido, su intuición, cómo quisiera llamarlo, le decía que les necesitaba, que él solo no podría enfrentarse a la amenaza que se cernía sobre el rey. Y, aunque siempre se había considerado una persona lógica y racional, sentía que tenía que hacer caso a esa voz interior. Era posible que se estuviera contagiando de las excentricidades del resto del equipo.

Se dio cuenta de que el rey continuaba parado frente a él con el ceño fruncido. Parecía que no se había quedado conforme y que esperaba una explicación.

—¿Y bien? —dijo el rey antes de dar otra larga calada a su cigarrillo y echarle el humo a la cara—. ¿No tiene nada más que decirme? ¿Espera que me quede tranquilo porque usted me asegure que está todo bajo control?

—Señor, puedo asegurarle que hemos contemplado todas las posibilidades y que estamos en disposición de mantenerle a salvo, a usted y al resto de la familia real. —Alfred se abrió la chaqueta y sacó un revólver—. ¿Sabe disparar?

—Por supuesto. Soy un experto cazador desde pequeño —contestó el rey, ofendido por la duda.

—Con el debido respeto, majestad, no es lo mismo disparar una escopeta que un revólver. —Mientras hablaba, Alfred abrió el tambor del arma y comprobó que estuviera cargado—. Esto es un Enfield número 2 MK 1.

—Lo sé. Es el revólver reglamentario del ejército británico. —El rey extendió el brazo para que Alfred le pasase el arma.

—Sabrá también que es difícil de manejar debido a que tiene mucho retroceso y a que su gatillo es muy rígido. —El rey asintió.

—Sí, he oído esas críticas y que se está haciendo todo lo posible por solucionarlo. ¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque necesito saber si, en caso necesario, sabrá manejarlo y defender su vida.

—Como ya le he dicho, soy un tirador experto. He practicado con este revólver y, aunque estoy de acuerdo con las críticas, sé manejarlo. —El rey se quedó en silencio durante unos segundos mientras sopesaba el arma en su mano—. ¿Cree que esto será necesario?

—Sinceramente, señor, sabemos que esta noche alguien intentará atentar contra su vida y que el destino de toda Inglaterra depende de que lo evitemos. —Alfred carraspeó antes de seguir hablando—. No sabemos cómo van a hacerlo ni si nuestro enemigo será capaz de manipular la mente y la voluntad de alguno de los presentes. Por eso, he decidido que esta noche solo habrá dos personas armadas, las dos únicas que creo que nunca atentarían contra su vida: usted y yo.

—¿Tan seguro está de que usted no será manipulable?

—Sí, majestad. Sé que daría mi vida por la suya sin dudarlo un segundo.

El rey asintió, se guardó el revólver en la cintura del pantalón y volvió a atarse la chaqueta para ocultarlo. Después, le palmeó el brazo a Alfred al pasar por su lado para apagar el cigarrillo en el cenicero y encenderse otro.

—Confío en usted y en los suyos, teniente. Tenga en cuenta que, al hacerlo, estoy poniendo en sus manos el destino de toda Inglaterra. No me defrauden.

Alfred asintió y, después de cuadrarse y realizar un saludo militar, salió de la habitación. Escuchó unos pasos aproximándose por el pasillo. Clarice se acercaba a él con el cubo de pintura en una mano y su libro de hechizos bajo el otro brazo. Le preocupó su aspecto. Estaba muy pálida y parecía al límite de sus fuerzas. Observó, además, que la venda que cubría su mano izquierda estaba manchada de sangre.

Se acercó y, sin preguntarle nada, le quitó el cubo de pintura de la

mano. Ella se detuvo en seco y le miró con el ceño fruncido.

—¿Has acabado con tus rituales? —le preguntó él.

—Sí, ya están todas las habitaciones protegidas —contestó con voz cansada—. Ya no puedo hacer más.

—Sí, sí que puedes. Quiero que vayas a la cocina, que comas algo y que te cures bien esa herida. Y que descanses hasta la hora de la cena.

—No voy a poder descansar —protestó—. Estoy demasiado nerviosa como para dormir…

—Pues no duermas, pero ve a curarte la herida y a sentarte un rato.

—¿Pero no hay nada más que pueda hacer?

Alfred sonrió y negó con la cabeza. La comprendía perfectamente. Según avanzaba la tarde y el sol iba completando su camino en el cielo, la ansiedad que sentía en su interior iba creciendo y creciendo y amenazaba con desbordarse. Sin embargo, a pesar de entenderla, se vio obligado a insistir. Ella tenía tan mal aspecto que le dio la impresión de que podría desmayarse en cualquier momento.

—Clarice, por favor… Voy a necesitarte en plena forma esta noche. —Al ver que ella iba a replicar, levantó su mano, con el índice extendido, para obligarla a escucharle—. Si quieres verlo como parte de nuestra misión, ve a la cocina y vigila a Wendy, que está preparando la cena de esta noche. Si, como sospecho, es la traidora, puede intentar envenenarnos a todos. Es tu misión evitarlo.

—Ya sabes que yo no creo que Wendy sea la culpable… Ni siquiera tú te crees que vaya a intentar envenenar la cena.

—Es una orden. —Alfred extendió la mano para que ella le pasara el libro de hechizos—. Ya me encargo yo de todo esto. Baja a la cocina, vigila y descansa. Nos vemos esta noche en el comedor.

Clarice asintió y le pasó su libro, dándose por vencida. Él se quedó parado en medio del pasillo, viendo como se alejaba con pasos temblorosos. No parecía la mujer fuerte y rebosante de energía que estaba acostumbrado a ver… Esperaba que pudiera recuperarse. Cuando le había dicho que la quería en plena forma aquella noche, había sido sincero. Algo le decía que iban a necesitar toda la ayuda que pudieran conseguir.

Clarice

Capítulo trece

Cuando entré a la cocina, me encontré a Wendy en una esquina, pelando patatas. Lo hacía de manera mecánica, con gesto ausente. Se veía que estaba muy acostumbrada a realizar tareas en la cocina. A mí aquella tarea rutinaria me habría supuesto una concentración máxima.

La contemplé durante unos segundos, con su pelo rubio cayendo hacia delante, dorado por los últimos rayos de sol de la tarde que entraban por el ventanuco y volví a pensar que era imposible que una criatura de apariencia tan inocente y adorable fuese a traicionarnos. Alfred tenía que estar equivocado…

Ella acabó con la patata que estaba pelando y la dejó sobre la mesa. Al levantar la mirada, me vio y una sonrisa auténtica se abrió paso en su rostro. Se levantó de un salto, se limpió las manos en el delantal y se acercó a mí. Mientras recorría los escasos pasos que nos separaban, su sonrisa se desvaneció:

—¿Qué pasa, Clarice? Tu aura ha cambiado…

—¿En qué sentido? —pregunté curiosa.

—La veo pálida. No es vibrante y llena de energía como suele ser. ¿Te ocurre algo?

Su preocupación sonaba tan genuina que no pude hacer otra cosa que devolverle una sonrisa. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba preocupada por la posibilidad de que uno de los miembros de la División OpenMind fuera un traidor y que, además, para su líder ella era la principal sospechosa? Si le decía algo así y era inocente, le rompería el corazón… y sería aún mucho peor si se lo contaba y al final era culpable. Decidí mentir y levanté mi mano izquierda para que viera el vendaje.

—Puede ser que esté débil. Me he cortado con un jarrón roto y he perdido mucha sangre.

—¡Dios mío! —Me tomó con delicadeza por las muñecas y me guió hasta una silla—. Déjame que vea la herida.

Cuando deshizo el vendaje, incluso yo me asusté. El corte era aún más profundo de lo que me había temido y seguía sangrando. Wendy negó con la cabeza.

—¿Quién te ha curado esto? —preguntó con un tono de enfado en la voz.

—Alfred —contesté—. Ha sido muy amable.

—Hay veces que con la amabilidad no basta y esta es una de ellas. —Se incorporó y se dirigió al fregadero. Llenó una cacerola con agua y la puso al fuego—. Esa herida necesita puntos.

—Pero no tenemos médico —protesté.

—Lo haré yo misma. He puesto agua a hervir para desinfectar una aguja y coserla. —Sentí que me mareaba. Debí de perder color, porque Wendy se acercó a mí a toda prisa y me sujetó por los hombros—. Lo he hecho muchas veces. Fui voluntaria en la Cruz Roja en mi pueblo cuando empezó la guerra.

—Vaya, nunca nos habías comentado nada de eso —dije suspicaz—. ¿Tienes más talentos ocultos?

—No ha habido ocasión de contártelo hasta hoy. —Acercó un taburete a mi lado y empezó a limpiarme la herida con un paño—. ¿Pasa algo? Tu aura se ha vuelto de un tono verde claro.

—¿Qué significa ese color?

—Que estás recelosa por algo, que desconfías… ¿He dicho algo raro?

—No, para nada, pero ya te he dicho que es de mala educación fisgonear los sentimientos ajenos.

—No puedo evitarlo. —respondió dolida—. Los veo sin querer. Pedirme que no lo haga sería como pedirte a ti que no veas el color del pelo o de los ojos de la gente. Estoy intentando activar y desactivar mi poder a voluntad, porque comprendo que pueda ser incómodo para vosotros, pero de momento no he conseguido nada.

Bajó la mirada y se concentró en seguir limpiando mi herida. No me hizo falta saber leer auras para darme cuenta de que se sentía incómoda y avergonzada. Puse mi mano libre sobre su hombro para llamar su atención.

—No te preocupes, Wendy. Siento lo que te he dicho, pero lo he hecho por tu bien. Hay mucha gente que puede sentirse molesta si se entera de que sus sentimientos están al descubierto.

—Si todo el mundo tuviera sentimientos bonitos de los que no se avergonzara, no tendría de que molestarse. —Me clavó sus enormes y cristalinos ojos azules, tan claros y brillantes que parecía que pudieras ver su alma a través de aquellos espejos—. Solo la gente mala necesita esconder lo que siente.

Solo pude contestarle con una sonrisa. ¿De verdad era tan inocente? ¿Sus sentimientos eran tan puros como me estaba haciendo ver o estaba ante la mejor actriz que hubiese conocido nunca? Me reñí a mí misma y le ordené a mi cerebro que detuviera aquel hilo de pensamientos. No pensaba dejarme llevar por la paranoia de Alfred.

Dejé que terminara de limpiarme la herida. Después, se levantó y volvió con una botella de brandy y dos vasos.

—¿No tienes alcohol para desinfectar la herida y la aguja? —pregunté —. Quizá podamos pedírselo a Alfred. Tiene un botiquín de primeros auxilios.

—No, tranquila. Tengo alcohol. —Dejó escapar una risita y llenó los dos vasos—. Esto es para nosotras: para que tú soportes el dolor mientras te coso y para que yo supere el asco que me va a dar coserte.

Me uní a su risa, tomé mi vaso y lo levanté para chocarlo con el suyo.

—Brindo por eso.

Me bebí el contenido de un trago y sentí como una corriente de fuego atravesaba mi esófago para quedarse encendido en mi vientre, donde permaneció imitando el calor de una pequeña hoguera. Wendy volvió a sentarse y tomó mi mano con firmeza.

—Cierra los ojos —me ordenó—. Bastará con dos o tres puntos. No tardaré.

En lugar de cerrar los ojos, desvié la mirada hacia lo alto y me quedé mirando una espesa telaraña que ocupaba una de las esquinas de la cocina. Estaba tan fuera de lugar en un sitio tan lujoso como una residencia real… Sin embargo, no era la primera que veía. Supuse que la escasez de personal de aquellos últimos años estaba afectando al cuidado del castillo.

Sentí la primera punzada y ya no pude pensar en nada más. Tan solo en apretar con fuerza el puño que tenía libre mientras me mordía el labio inferior. Por suerte, Wendy no me había mentido. Solo tuvo que dar tres puntadas y lo hizo con gran destreza. En cuestión de segundos, había terminado y ya estaba vendando mi mano.

—Mañana por la mañana vuelve a venir por aquí para que mire cómo va cicatrizando.

Le dediqué una sonrisa y contemplé el vendaje. Parecía mucho más profesional que el que me había hecho Alfred. ¿Por qué Wendy nunca nos había comentado que tenía nociones de enfermería? ¿Qué más nos estaba ocultando? Otra vez la maldita paranoia… Wendy me ayudaba y yo desconfiaba injustamente de ella.

—Muchísimas gracias —le dije mientras me ponía en pie—. No sé cómo voy a poder pagarte esto.

—Para empezar, quedándote sentada en esa silla. —Puso una tetera al fuego—. Has perdido mucha sangre y no voy a permitir que salgas de esta cocina sin comer algo.

La miré con suspicacia. Tampoco había conocido hasta aquel día aquella faceta tan firme y autoritaria del carácter de la dulce Wendy. ¿Y si Alfred tenía razón?

—Está bien —admití volviendo a sentarme—. Pero luego tendrás que dejarme que te lo pague ayudándote a hacer la cena. ¿Has pensado que vas a cocinar para la familia real?

—Sí. —Se volvió hacia mí, puso los brazos en jarras y sonrió ufana—. *Fish and chips*.[ix]

—No sé si los reyes comen esas cosas —comenté dubitativa.

—Por supuesto que lo comerán. —contestó sonriendo—. Me sale de maravilla. Les va a encantar.

Parecía tan ilusionada que no me vi capaz de contradecirla. Después de tomarme la taza de té y el enorme trozo de pastel de zanahoria que me había servido, traté de ayudarla a preparar la cena, aunque mi mano vendada no me permitió hacer mucho.

Ya eran más de las nueve cuando la puerta se abrió e Irma entró en la cocina. Wendy se situó frente a la mesa en la que habíamos colocado la cena y extendió los brazos a ambos lados para presentarla, orgullosa de cómo había quedado.

—*Fish and chips*, patatas rellenas y salchichas con puré de patatas —anunció emocionada—. ¿Qué te parece?

—Me parece que te gustan mucho las patatas —contestó Irma.

—Sí, bueno… En mi pueblo básicamente nos alimentamos de eso —confesó Wendy—. ¿Tú crees que les gustará a los reyes?

—Tendrán que conformarse si no hay más —dijo Irma, pragmática, mientras se encogía de hombros—. ¿No hay mucha comida?

—Es que también he hecho para nosotros. Cuando acaben los reyes, podemos venir aquí y cenar. Espero que no se enfríe mucho.

—No, no vamos a poder volver —la contradije—. Una vez que entremos en el comedor, ya no vamos a salir de allí en toda la noche.

—¿Y eso por qué? —preguntó Irma.

—Creemos que el atentado contra el rey será esta noche —contesté—. Vamos a “atrincherarnos” en el comedor para proteger a la familia real hasta que amanezca.

—Pero eso no tiene sentido. —Wendy parecía perdida y confusa—. Hemos expulsado a todo el resto del personal. El rey está a salvo con nosotros.

—Sí, bueno, eso es lo que nos gustaría creer… —Me tomé unos

segundos antes de seguir hablando, sin saber cuánto podía contarles —. Sabéis que estamos luchando contra una organización de poderosos magos. No sabemos de qué son capaces, si podrán atacar a distancia o lanzar algún tipo de maldición… Desconocemos cómo van a hacerlo, pero planean atacar esta noche.

—¿Y cómo vamos a proteger al rey si no sabemos de qué tenemos que defenderlo? —preguntó Irma.

—He protegido toda esta ala del castillo con rituales y he usado el más poderoso que conozco en el comedor. Espero que sea suficiente.

Mi tono no había sonado seguro en absoluto. Irma debió de notarlo, porque se acercó a mí, me pasó un brazo por la espalda y me apretó contra ella para darme ánimos.

—Pues si no vamos a poder cenar luego, hagámoslo ahora —dijo sentándose a la mesa—. Sería una pena que todo esto se desperdiciara. Tiene una pinta estupenda.

—Pero tenemos que llevarles la cena a los reyes —protestó Wendy.

—Esos estirados no van a disfrutarla ni la mitad que nosotros. —Al ver la cara de estupor de Wendy soltó una carcajada—. Recuerda que yo no soy inglesa y no les debo el mismo respeto que tú les muestras.

—Y yo tampoco —dije, sentándome a su lado—. Vamos a cenar. No sabemos a qué vamos a tener que enfrentarnos, así que es mejor que cojamos fuerzas.

Wendy tomó asiento con nosotras y, aunque en un principio miró la comida con expresión culpable, pronto se lanzó a probarla. Estaba todo buenísimo, pero, aun así, casi no pude probar bocado. Sentía la garganta cerrada, el estómago me dolía como si me lo estuvieran apretando y notaba una especie de energía eléctrica que me recorría el cuerpo por completo y que amenazaba con hacerlo estallar. Sabía que era ansiedad… y algo más. Mi instinto de bruja me estaba avisando. Podía sentarme a comer con mis amigas, podíamos hablar y bromear y fingir que nada malo estaba sucediendo, pero no era así. En cuanto nos levantáramos de la mesa y saliéramos de aquella cocina, íbamos a tener que enfrentarnos con nuestro destino.

No tardamos más de cinco minutos en cenar. Nos levantamos y empezamos a colocar la comida en un carrito para llevarla al comedor. Wendy preparó dos tarteras y las escondió en la parte inferior del carrito.

—Alfred y Nigel también tienen que cenar —me explicó al ver que la observaba confusa.

—No creo que el servicio pueda comer en presencia de la familia real

—objetó Irma.

—Pues que se escondan en alguna esquina o que esperen a que se duerman, pero no pueden estar toda la noche sin comer nada. —Wendy acabó de colocar las bandejas sobre el carrito y se detuvo unos segundos para comprobar que estuviera todo—. Podemos salir.

Yo asentí y me aparté para que ellas dos pasaran primero. La ansiedad seguía aumentando y empezaba a oprimirme el pecho. Me costaba respirar y mi corazón latía con tanta fuerza que dolía. A pesar del miedo, las seguí por el pasillo con paso decidido. A cada segundo que pasaba, estaba más segura de que iba a suceder algo malo y tenía que estar preparada para cualquier cosa.

Se detuvieron frente a la puerta del comedor y se giraron hacia mí. Algo debieron notar en mi rostro, porque ambas me miraron preocupadas.

—Clarice, ¿estás bien? —preguntó Irma.

—Sí, tranquilas. —Me llegaba tan poco aire a los pulmones que me costó un auténtico triunfo pronunciar aquellas palabras—. Abre.

Irma abrió la puerta y se hizo a un lado para que Wendy pudiera entrar con el carrito. Fuimos a seguirla, pero ella se detuvo en seco y lanzó un grito ahogado antes de girarse para salir huyendo del comedor. Corrí hacia ella y la agarré de los brazos para apartarla de la puerta mientras le indicaba a Irma que cerrase. Mi compañera volvió a sacar el carrito con la comida y cerró a nuestra espalda. Dejó el carro apoyado contra la pared y se acercó a nosotras.

A pesar de que la estaba agarrando, Wendy era incapaz de mantenerse en pie. La ayudé a sentarse en el suelo y, sin soltarla, la agité con firmeza para que se recuperara. Había perdido por completo el color de su rostro y las lágrimas bañaban sus mejillas. La miré a los ojos y me asusté. Reflejaban un espanto que no se podía fingir.

—Wendy, me estás asustando. ¿Qué pasa? —le pregunté.

—Esa… Esa cosa…

—¿Qué cosa? ¿Qué has visto?

—La que está sentada enfrente del rey —contestó entre hipidos.

—La reina —intervino Irma—. ¿Qué pasa con ella?

—No… Eso no es la reina. Esa cosa ni siquiera es humana. ¿Es que no os dais cuenta?

Alfred

Capítulo catorce

Ya llevaban un rato esperando, con toda la familia real sentada a la mesa, cuando la puerta del comedor se abrió para dejar paso a una sonriente Wendy, que empujaba un carrito en el que llevaba la cena. Nada más entrar, los ojos de la chica se abrieron con espanto. El color de su rostro desapareció por completo y una expresión de terror se dibujó en su cara. Antes de que nadie pudiera decir nada, la chica reculó y salió corriendo. Un segundo más tarde, Irma apareció en el umbral, recogió el carrito de comida y volvió a cerrar la puerta.

Alfred se quedó unos segundos paralizado, sin entender qué había sucedido. Todo había sido tan rápido que no le había dado tiempo a ver qué era lo que había asustado a Wendy de aquella manera. Paseó la mirada por el comedor, buscando algo fuera de lo común, pero tan solo estaban el rey y la reina, sentados cada uno a un lado de la larga mesa, mientras las dos princesas ocupaban los laterales. No había nada más, aparte de Nigel y de él, que custodiaban a la familia real desde el fondo del comedor. Se giró hacia su compañero, por si él podía darle alguna explicación de lo que había sucedido, pero el chico se limitó a negar con la cabeza mientras le devolvía una mirada confusa.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó el rey enfadado—. Nuestra cena ya llega una hora tarde y ahora encima esto…

—Lo lamento, majestad —se disculpó Alfred—. Ya sabe que, por razones de seguridad, hemos tenido que limitar el personal al mínimo y eso está causando algunos retrasos. Voy a averiguar qué está sucediendo.

Cruzó el comedor a paso rápido y salió al pasillo. Cuando llegó allí, se encontró una imagen aún más inexplicable. Wendy estaba sentada en el suelo, llorando desconsolada mientras Irma y Clarice trataban de tranquilizarla. Cuando la chica escuchó la puerta del comedor al cerrarse, soltó un grito y se giró hacia allí con expresión aterrada, como si temiera que un terrible monstruo fuera a salir para devorarla. Cuando vio que solo era él, se cubrió la cara con las manos y siguió llorando.

Alfred se acercó a ellas y pidió con un gesto que Clarice e Irma se apartaran para poder acuclillarse frente a Wendy. Cogió sus manos con suavidad y se las apartó del rostro para hacer que le mirara.

—Tranquila, Wendy… No pasa nada… Todo está bien… —susurró como si estuviera hablando con una niña pequeña que se hubiera

despertado en mitad de la noche—. Estamos contigo y no va a pasarte nada.

—Pero ella, ella… —dijo Wendy entre hipidos.

—Tranquilízate y dime qué has visto para que pueda ayudarte.

—La reina. —Pudo decir la chica al fin.

—¿Qué le pasa a la reina? —preguntó poniéndose de inmediato en alerta—. ¿Está en peligro?

—No, es ella… —Wendy paseó su mirada entre todos los presentes como si buscara a alguien que la apoyara y le hiciera pensar que no estaba loca—. ¿Es que ninguno lo habéis notado?

—¿Qué es lo que deberíamos notar? —preguntó Clarice, sentándose en el suelo a su lado y rodeando sus hombros con un brazo.

—El aura que la rodea. Es tan brillante que te ciega y parece vibrar, como si zumbara. —Se llevó las manos a las sienes y apretó—. Puedo oírla desde aquí. Nunca había escuchado un aura…

Alfred miró a sus otras dos compañeras buscando alguna explicación, pero ellas se limitaron a negar con la cabeza. Apretó con cariño las manos de Wendy y esperó hasta que la chica volvió a mirarle.

—¿Sabes qué significa un aura así?

—No. Es tan extraña… Nunca había visto algo así. —Cerró los ojos durante unos segundos y trató de respirar de forma más lenta y profunda. Cuando los abrió de nuevo, a pesar de que el miedo seguía brillando en ellos, parecía haber recuperado un poco el control—. Normalmente el aura es una especie de silueta de dos o tres pulgadas que rodea la figura de la persona, pero en este caso… Son como tentáculos enormes que cambian de forma y de tamaño a cada segundo… No sé lo que es, pero eso no es humano.

Alfred miró a Clarice y le hizo una seña con la cabeza para que le siguiera. Ambos se pusieron en pie y, dejando a Wendy al cuidado de Irma, caminaron hasta el final del pasillo. En cuanto giraron la esquina, Clarice le tomó las manos y se las apretó con fuerza mientras una sonrisa enorme se abría paso en su cara:

—¡La tenemos! ¡La tenemos!

—¿Que tenemos qué? —preguntó Alfred sin entender.

—A la culpable. La espía nazi infiltrada… ¡Es la reina! —Al ver que él no se alegraba, frunció el ceño—. ¿Qué es lo que no entiendes, Alfred?

—¿En serio te crees lo que estás diciendo? ¿Piensas que la reina de Inglaterra es una espía nazi infiltrada?

—Bueno, quizá no sea la reina. Quizá la hayan reemplazado. Ya has oído a Wendy. Dice que ni siquiera es humana.

—Quizá no lo haya sido nunca... Quizá hace muchos años algún temible demonio aliado de los nazis se infiltró en la nobleza inglesa para enamorar a nuestro futuro rey. Da igual que en aquella época Hitler fuera un donnadie, que ni siquiera se esperase que los nazis fueran a comenzar la Segunda Guerra Mundial o que nuestro rey fuera el segundo en la línea sucesoria y nadie pensara que fuera a reinar. Ese maléfico demonio sabía lo que iba a suceder y ha esperado años y años hasta que ha llegado su gran noche…

—¿Estás siendo sarcástico? —preguntó ella molesta.

—¡Sí! Por supuesto que estoy siendo sarcástico —estalló él—. Nada de esto tiene sentido.

—¿Cómo que no? Tiene todo el sentido del mundo —le contradijo Clarice—. Esto explica que, aunque hayamos expulsado a todo el séquito de los reyes, el espía continuara dentro. Nunca sospechamos de la reina…

—Porque no se puede sospechar de la reina. ¡Es ridículo! —Alfred levantó una mano para pedirle a Clarice tiempo para explicarse—. Si la culpable es la reina, ¿por qué Wendy no ha dicho nada hasta hoy?

—Porque nunca la había visto antes —respondió ella—. En Buckingham la tuvimos custodiando la entrada, comprobando el aura de todos los que entraban y salían de palacio, pero nunca vio a la familia real. Y aquí la hemos tenido recluida en la cocina y tampoco ha podido verla.

—¡Qué afortunada casualidad!

—¿Más sarcasmo?

—Sí. ¿Cómo quieres que responda a esta locura si no es con sarcasmo?

—Podrías creernos, por ejemplo —contestó ella, cruzándose de brazos y lanzándole una mirada enfadada.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Que entre en el comedor y le meta un tiro entre ceja y ceja a la reina de Inglaterra porque nos lo dice nuestra principal sospechosa?

—No es *nuestra* principal sospechosa —le cortó Clarice—. Es *tu* principal sospechosa. Yo ahora tengo una mucho más convincente.

—Me da igual lo convincente que te resulte. No podemos acusar a la reina de Inglaterra sin pruebas.

—Pero es muy posible que esta noche intente matar al rey…

—O puede que lo intente Wendy.

—Eres muy cabezota. ¿Lo sabías? —preguntó Clarice furiosa.

—No más que tú —la acusó él—. ¡Basta! No vamos a ponernos de acuerdo nunca. Podemos pasarnos toda la noche discutiendo sin llegar a ninguna conclusión…

—Y mientras tanto hemos dejado al rey a merced de su posible asesina…

—Está bien, está bien… ¡Déjame pensar! —Alfred cerró los ojos con fuerza y se apretó el tabique de la nariz mientras respiraba de forma profunda, en un intento de evitar que le estallara la cabeza. Cuando se relajó un poco, volvió a abrir los ojos—. Se supone que el espía tratará de matar al rey a medianoche. Aún nos quedan un par de horas.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Que entremos todos ahí y tratemos de usar ese tiempo para encontrar alguna prueba concluyente que nos permita saber quién es el asesino.

—No creo que Wendy pueda entrar ahí y comportarse como si no estuviera viendo que la reina es un monstruo…

—Pues tendrá que hacerlo. No pienso dejarla suelta por el castillo para que le prenda fuego —estalló él.

—Está bien. Trataremos de calmarla y entraremos —concedió Clarice —, pero… ¿Y si llega la medianoche y seguimos sin estar seguros de quién es el espía?

—Tendremos que estar preparados para frustrar sus planes como sea. —Alfred la miró a los ojos y, después de soltar un largo suspiro, la agarró de las manos y clavó sus ojos en los de la chica—. Escúchame con atención: vas a ser la persona más poderosa en esa habitación y es posible que seas tú quien tenga que detener al asesino. Necesito saber que harás todo lo que esté en tu mano para salvar al rey, incluso aunque eso suponga la muerte de Wendy, de Irma, de Nigel… o la mía propia. Necesito que me lo prometas.

—Te lo prometo. Incluso aunque sea mi propia vida la que esté en juego. —Ella le apretó las manos con cariño y sonrió—. Vamos a salvar al rey y a toda Inglaterra. Ahora vuelve ahí dentro y vigila a la reina. Yo me encargo de Wendy.

Clarice

Capítulo quince

Cuando Alfred entró de nuevo al comedor y cerró la puerta tras de sí, me arrodillé al lado de Wendy. La chica parecía más tranquila, aunque seguía con la cara desencajada y los ojos fijos en la puerta, como si esperase que, de un momento a otro, un enorme monstruo fuera a atravesarla para devorarnos a todas. Le tomé la mano y se la apreté para llamar su atención:

—Wendy, ¿estás mejor? —Ella se limitó a asentir, pero, al menos, dejó de vigilar la puerta para girarse hacia mí—. Me alegro porque vas a tener que ser muy fuerte y muy valiente. Tenemos que entrar ahí…

—¡No! —gritó mientras apartaba su mano como si mi contacto la quemase—. No pienso entrar ahí. No sabemos qué es esa cosa, pero es peligrosa… Es maligna…

—Gwen, cariño, escúchame. —Volví a agarrar su mano, con más fuerza esa vez—. Es a esto a lo que nos vamos a dedicar: a luchar contra cosas peligrosas y malignas, contra magos, maldiciones, demonios, espectros… ¿A qué pensabas que ibas a enfrentarte cuando te uniste a una división parapsicológica?

—Lo sé. Sé que tienes razón, pero… —Bajó la cabeza para esquivar mi mirada. Un par de gruesos lagrimones escaparon de sus ojos y fueron a estrellarse contra su delantal—. No puedo. Me encantaría ayudaros, pero no puedo. Aunque consiga entrar ahí, no voy a poder disimular. Se va a dar cuenta de que lo sé…

Se llevó ambas manos al rostro y empezó a sollozar como una niña. Tenía razón. Era imposible que Wendy consiguiera reunir el coraje suficiente para entrar en el comedor como si no pasara nada. Intenté ponerme en su piel por un momento. Yo tampoco podría comportarme como si nada sucediera si estuviera viendo a un monstruo rodeado de tentáculos oscuros, si pudiera percibir toda la maldad que, según ella, albergaba ese ser. Pero no podía dejarla ahí. Alfred había sido muy claro en sus instrucciones: Quería que Wendy también estuviera en el comedor para poder vigilarla.

Le lancé a Irma una mirada desesperada y, ante mi sorpresa, ella asintió, me apartó a un lado hasta quedar frente a Wendy y, tras tomar sus manos para obligarla a descubrir su rostro, la sujetó con suavidad por la barbilla para hacer que la mirara.

—Wendy, escúchame. Quiero que te fijes en mis ojos, que estés atenta al sonido de mi voz. A partir de este momento, con cada una de tus

respiraciones, vas a ir sintiéndote más y más tranquila. —Su voz resultaba tan hipnótica que incluso yo me noté más calmada—. No hay nada que temer. Ese ser no puede hacerte daño. Vas a entrar ahí dentro y vas a comportarte como si nada malo estuviera pasando, como si nada pudiera dañarte. No vas a tenerle miedo a nada.

Wendy asintió, se levantó del suelo con aire resuelto y se secó los regueros de lágrimas que surcaban su cara con el dorso de la mano. Después, tomó una profunda bocanada de aire y se irguió, casi como si fuera un soldado listo para desfilar.

—Estoy preparada. Puedo entrar. Nada me da miedo —dijo como un autómata.

Miré a Irma con una ceja enarcada y ella me devolvió una sonrisa para tranquilizarme. La postura de Wendy resultaba demasiado envarada, su tono de voz era monótono y artificial… Cualquiera que la conociese se daría cuenta de que no se estaba comportando de una forma natural… pero la reina no la conocía. Tendríamos que intentarlo.

Me puse detrás del carrito de comida. Wendy se colocó a mi lado e Irma abrió la puerta para permitirme el paso. Sentí como el estómago se me contraía al cruzar aquel umbral. No sé lo que esperaba encontrar al entrar en el comedor, pero desde luego, el monstruo que había imaginado no se parecía en nada a la mujer de sonrisa amable que se sentaba al fondo de la estancia. Estaba tan atenta a ella, a intentar descubrir en sus facciones o movimientos cualquier indicio de su maldad, que la voz del rey a mi espalda me sobresaltó y me hizo dar un respingo.

—Ya era hora. Pensaba que ibais a matarnos de hambre. Solemos cenar a las nueve y son más de las diez y media.

—Disculpe, majestad —dije evitando su mirada colérica—. Ya sabe que ahora mismo andamos muy escasos de personal…

—Lo sé, por supuesto que lo sé… Pero también sé que casi no queda gente en esta zona del castillo. Se trataba de preparar una cena para menos de diez personas. —El rey hizo una pausa hasta que levanté la mirada y le miré—. ¿De verdad pretende hacerme creer que eso lleva tantísimo tiempo?

—Lo lamento. No somos cocineras profesionales…

—¿Cómo? —preguntó la reina—. ¿Qué está pasando, George? Vas a tener que explicármelo todo… Nos han encerrado en esta ala del castillo, nos han separado de nuestro personal de confianza y ahora vamos a tener que comer algo preparado por aficionadas…

—Te lo explicaré todo mañana, Elisabeth —le prometió el rey—.

Ahora vamos a cenar. Ya sabes lo que me molestan los retrasos.

Yo no sabía nada de protocolo y Wendy se había situado a mi lado con la postura envarada y la mirada pérdida, así que me quedé sosteniendo el carrito mientras Irma iba sirviendo la cena. Ella tampoco debía de ser ninguna experta porque, cuando terminó de poner las bandejas en el centro de la mesa para que todos pudieran servirse, la familia real se la quedó mirando con gesto confuso.

—¿Por qué no nos has servido? —preguntó la reina con expresión horrorizada—. ¿Se supone que vamos a tener que coger la comida nosotros mismos?

—¿Y qué es todo esto? —preguntó la princesa Elisabeth con cara de asco.

—*Fish and chips*, patatas rellenas y salchichas con puré de patatas —contestó Wendy con voz de autómata—. Les gustará. A todo el mundo le gusta.

La hija pequeña de los reyes se encogió de hombros y, tras ponerse en pie para llegar hasta la bandeja, se fue sirviendo un poco de todo. Pasados unos segundos, su hermana mayor la imitó. Cuando empezaron a comer, en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Esto está muy bueno —dijo Margaret—. Mis felicitaciones a la cocinera.

Wendy no reaccionó al halago. Siguió tiesa como un palo, con la mirada fija en la pared de enfrente. Me acerqué a Irma con disimulo y la agarré del brazo para que se girara hacia el carrito de comida y fingiera que estábamos ordenando algo.

—Afloja el hechizo —le susurré—. Wendy está rarísima. Se van a dar cuenta.

—Me estás pidiendo demasiado —contestó también con un hilo de voz —. Es la primera vez que consigo prolongar la sugestión sin tener que estar manteniendo el contacto visual. Me da miedo que, si hago cualquier cosa, mis órdenes desaparezcan por completo y vuelva a ponerse histérica.

—No hagas nada entonces.

Acabé de doblar una servilleta y me volví de nuevo hacia la mesa. Mis nervios iban a más a cada segundo. Me habría gustado poder salir un momento de la habitación para gritar y expulsar esa ansiedad que amenazaba con hacerme estallar, pero sabía que era imposible. El hechizo que protegía el salón se había activado con mi entrada y ya nadie debía abandonar la estancia. Sin embargo, a cada segundo que pasaba, estaba más y más segura de que el ataque no iba

a proceder del exterior. Me dolía reconocerlo, pero empezaba a estar convencida de que Alfred tenía razón. El asesino era uno de los presentes en ese comedor. Tenía que ser la reina. O quizá Wendy… No, no, la reina… Pero tampoco podía descartar a Gwen… Ni a ningún otro de mis compañeros… Dios, si esa tensión se mantenía durante demasiado tiempo, acabaría por volverme loca.

El rey y las dos princesas estaban dando buena cuenta de la cena que habíamos preparado. Parecía que, una vez superado el recelo inicial, habían comprendido que la comida popular no tenía por qué sentarles mal.

—Madre, ¿podríamos comer esto más veces? —preguntó Elisabeth señalando la bandeja de *fish and chips*—. Está buenísimo.

—No, hija. Esto es una situación excepcional que espero que no se repita. —Me fijé en que la reina ni siquiera se había servido nada en su plato—. Esto es comida para el populacho, no para las clases superiores.

Me sorprendió el desprecio de su voz. Según me habían contado, la reina de Inglaterra siempre había sido muy cercana a su pueblo. Desde que empezó la guerra, y a pesar de la recomendación de muchos de sus consejeros de abandonar Londres e irse a otro país más seguro con las princesas, ella había insistido en quedarse en Inglaterra y sufrir lo mismo que sufría su pueblo: el hambre, el frío, los bombardeos, el miedo… De hecho, cuando Buckingham fue bombardeado, ella declaró que se alegraba porque sentía que podía mirar al *East End*[x] a la cara. Aquellas declaraciones, aquel amor a su pueblo no casaban en absoluto con el tono de desprecio con el que acababa de referirse a ellos. De hecho, esa referencia a las “clases superiores” me había sonado muy nazi.

Busqué la mirada de Alfred para advertirle de mis sospechas, pero él estaba situado detrás del rey, manteniéndose firme de forma impecable sin separar los ojos de su nuca. Estuve mirándole durante lo que me pareció una eternidad, esperando a que cruzase su mirada con la mía para hacerle una señal y avisarle de que necesitaba hablar con él, pero el tiempo fue pasando sin que él moviera un pelo. Estaba empezando a desesperarme. Me planteé que lo mejor sería cruzar la sala, agarrarle del brazo y llevármelo a una esquina para compartir mis sospechas con él, por muy poco protocolario que resultara aquello. Estaba a punto de moverme cuando la voz de la reina me sobresaltó.

—¿Podéis informarme de quién está haciendo ahora mismo el papel de mi doncella de confianza? —preguntó paseando su mirada entre nosotras tres.

—Puedo hacerlo yo, alteza —contestó Irma, improvisando una reverencia que le quedó bastante digna—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He pensado que quiero pasar la noche en la alcoba de su majestad. Estoy muy nerviosa para dormir sola. Siempre que a ti te parezca bien, George. —El rey asintió—. Perfecto. ¿Puedes preparar mis cosas? Creo que todos estamos cansados y que lo mejor será que nos acostemos cuanto antes.

—Disculpe, majestad —intervine adelantándome un paso—. Todos nosotros vamos a pasar la noche aquí.

—No me importa dónde vaya a pasar la noche el personal de servicio —repuso confusa.

—No, no… Todos nosotros. La familia real también —insistí tratando de imprimir firmeza a mi voz—. Nadie va a salir de esta estancia hasta que amanezca.

—Es verdad, querida… Se me olvidó comentártelo. El teniente Mitchell me lo avisó esta tarde —intervino el rey mientras le dirigía a su esposa una sonrisa de disculpa—. Es por nuestra seguridad.

—¿Qué seguridad? Estamos igual de seguros aquí que en nuestras alcobas —protestó ella—. ¿Y dónde vamos a dormir? ¿Sentados en estas sillas?

—No va a pasar nada porque una noche no duerman, majestades. —Nigel se adelantó hasta colocarse al lado de la princesa Elisabeth—. Estoy seguro de que podemos pasar una noche entretenida.

Olvidándose de todo protocolo, Nigel le lanzó a la princesa una sonrisa deslumbrante y le guiñó el ojo. Tuve que contener la risa al ver que ella se sonrojaba y que su hermana menor tampoco podía apartar la mirada de nuestro compañero. Él sacó una baraja de cartas del bolsillo interior de su chaqueta y empezó a barajarlas de forma acrobática.

—Conozco muchos trucos de cartas si eso os complace —dijo sin separar su mirada de los ojos de la princesa, que le contemplaba como hipnotizada ante el baile de una cobra. Él dejó la baraja sobre la mesa, le dio tres golpecitos y sacó la primera carta, que resultó ser el as de corazones, y se la tendió a Elisabeth, galante—. O podemos jugar una partida al bridge… O puedo hacer desaparecer casi cualquier cosa, por ejemplo, esta cucharilla…

Nigel recogió la cucharilla de postre de la princesa y empezó a hacerla girar a toda velocidad entre sus dedos. Temí que fuera a hacerla flotar, revelando así que poseía poderes especiales, pero un fuerte golpe en la

mesa le interrumpió.

—¡Basta ya! —gritó la reina—. ¿Qué significa todo esto? No voy a seguir tolerando estas faltas de respeto ni voy a permitir que mis hijas se mezclen con un vulgar tahúr. George, nos retiramos a nuestras habitaciones. Me da igual lo que esta gente te haya dicho.

Alfred reaccionó por fin. Abandonó su postura envarada y, en un par de zancadas, se colocó frente a la puerta del comedor y, mirando fijamente a la reina, negó con la cabeza.

—Lo lamento, majestad, pero nadie va a abandonar esta estancia hasta que amanezca.

—George, ¿vas a permitir que este hombre me trate así? —preguntó la reina escandalizada mientras se acercaba a él para pedirle ayuda—. Tú eres el rey.

Todo sucedió tan rápido que no pudimos reaccionar. Al pasar al lado de la mesa, la reina agarró un cuchillo y, sin decir nada más, se lanzó hacia el rey buscando su pecho. Todos nos quedamos paralizados… Todos menos Wendy.

Me pareció imposible que se hubiera movido tan rápido. En un segundo estaba a mi lado, tiesa como un palo y con la mirada perdida y, al segundo siguiente, se había colocado delante del rey, justo en la trayectoria de la mortal estocada. Aquella cuchillada, que iba destinada al corazón del monarca, se le clavó en el cuello. Wendy no gritó ni trató de defenderse. Se quedó mirando a la reina durante un par de segundos, con sus enormes ojos azules aún perdidos, antes de desplomarse en el suelo.

No supe qué hacer. Todo aquello escapaba de mi control y, en aquel momento, me sentía tan confusa y perdida que ni siquiera podía moverme. A mi alrededor, todo eran gritos y carreras. Las dos princesas chillaban histéricas. Habían salido corriendo hacia la pared del fondo del comedor y se habían sentado en el suelo, donde se abrazaban desesperadas mientras miraban a su madre sin poder entender.

Irma consiguió reaccionar. Se lanzó de rodillas al lado de Wendy y, tras tirar del mantel que cubría la mesa, provocando que toda la vajilla y la cristalería se estrellasen contra el suelo con estruendo, utilizó aquella tela para taponar la herida del cuello de su amiga.

—¡Ayuda! —gritó desesperada—. Hay que llevarla a un hospital. Se está desangrando.

—Hay algo en lo que teníais razón —dijo la reina mientras recogía un nuevo cuchillo del suelo—. Nadie va a salir de aquí hasta que se haga

de día. De hecho, creo que ninguno de vosotros va a salir con vida de este comedor.

—E… E… Elisabeth… ¿Qué est… estás… hac…iendo?[xi]

Me giré hacia el origen de aquella voz tan cercana a la histeria. Era el rey quien había hecho aquella pregunta. Estaba pálido como un cadáver y todo su cuerpo temblaba. Lo que más temblaba era su brazo derecho, extendido, con el que enarbolaba un revólver. Después, miré a la reina. Empezó a acercarse al rey con la mano izquierda extendida frente a ella, como si pretendiera demostrar que era inofensiva y tranquilizarle, a pesar de estar sosteniendo un cuchillo en la mano derecha.

—Tranquilo, George… No va a pasar nada malo —susurró con voz suave mientras seguía acercándose a él lentamente—. Solo intento defendernos de esta gente. Nos han separado de todas las personas de las que podíamos fiarnos y, ahora que estamos solos y a su merced, pretender acabar con todos nosotros… pero no vamos a permitírselo. ¿Verdad, cariño?

Iba a advertir al rey de que su esposa estaba armada, pero me di cuenta de que él paseaba su mirada desorbitada del cuchillo al rostro de su mujer. A pesar de sus nervios, su brazo temblaba menos. Escuché como amartillaba el revólver.

—No… no… no des un pa… paso más —ordenó el rey.

—Cariño, soy tu mujer. Tienes que confiar en mí —dijo la reina sin detenerse—. Baja el revólver. Los dos sabemos que no vas a dispararme.

—Lo… lo haré… ¡Para!

La voz del rey sonaba demasiado cercana a la histeria y su brazo había vuelto a temblar de forma incontrolable. La reina le sonrió burlona, recorrió el par de pasos que le separaban de él y, tras colocarse frente al cañón del revólver, se lo quitó de la mano.

—Muchas gracias por el arma. Eres aún más estúpido de lo que pensaba. —contestó tras soltar una risa maligna—. Sabía que no serías capaz de dispararme.

Levantó el revólver con tranquilidad y apuntó al pecho del rey mientras aquella sonrisa cruel seguía adornando su rostro. Todavía estaba pensando qué hacer para detenerla cuando escuché el sonido de una detonación… Alguien había disparado su revólver. Pero no había sido la reina, que en aquel momento yacía en el suelo del comedor con un agujero negro adornando su pecho. Me giré hacia el origen del disparo y me encontré con Alfred.

—Él no iba a dispararte, pero yo sí. —Bajó el brazo con el revólver aún humeante en su mano—. Se acabó tu juego.

Alfred

Capítulo dieciseis

Todavía no podía creerse lo que había hecho. Acababa de matar a la reina de Inglaterra… Acababa de matar a la reina de Inglaterra…

¡Acababa de matar a la reina de Inglaterra!

Contempló su cuerpo inerte, la pechera de su vestido blanco con la seda chamuscada en el lugar por el que había entrado la bala, sus ojos cerrados, su piel cetrina… Estaba muerta. Él la había asesinado delante de varios testigos, incluida la propia familia real. Y nadie iba a creerse que lo había hecho para salvar al rey, que aquella mujer en realidad era una espía nazi infiltrada… Si ni siquiera él acababa de entender cómo aquello era posible, no iba a poder conseguir que nadie más le creyera.

Su carrera militar acababa de terminarse. Seguramente, su vida también. Sería acusado de alta traición y nadie podría dar ningún argumento creíble que le librase de ser condenado y ejecutado. Su nombre pasaría a la historia como el de un magnicida, una vergüenza para su apellido y su familia…

Y, sin embargo, nunca antes en su vida se había sentido tan orgulloso de sí mismo. Sabía que acababa de frustrar un atentado contra el rey, que le había salvado de una muerte cierta y que, al evitar su asesinato, acababa de echar por tierra los planes de invasión de los nazis. Con aquel disparo, no solo había salvado a su rey, sino a toda Inglaterra. Le daba igual cómo fueran a juzgarle y a recordarle las generaciones venideras. Él sabía que acababa de actuar como un héroe.

Un lamento largo y lastimero rompió el silencio que se había adueñado de la habitación. La princesa Elisabeth soltó a su hermana pequeña, a la que había estado abrazada hasta aquel momento, y sin dejar de gritar, cruzó la estancia para arrodillarse al lado del cadáver de su madre. La agitó varias veces mientras la llamaba entre sollozos y, cuando se convenció de que no iba a responder, se tumbó sobre ella, abrazando su cuerpo y llorando desconsolada. Todos se quedaron quietos y en silencio, sin saber cómo reconfortar a la joven… y entonces el cadáver abrió los ojos.

Alfred temió estar volviéndose loco. Tenía que estar viendo mal o sufriendo alucinaciones. Seguramente toda la tensión de los últimos días le estaba pasando factura. Pero no… No lo estaba imaginando. La reina había abierto los ojos. Incluso acababa de parpadear. En su rostro amarillento volvió a dibujarse una sonrisa cruel mientras empezaba a levantar su mano, que aún empuñaba el revólver, para

apuntar a la cabeza de la princesa.

Elisabeth dejó de llorar al notar el frío del cañón apoyado contra su sien. Fue incorporándose poco a poco, como si tratara de no hacer ningún movimiento brusco, hasta acabar sentada en el suelo al lado del cuerpo de su madre. La reina también se incorporó, sin dejar de apuntar un segundo a su cabeza. La princesa se quedó mirando a su madre, boquiabierta. Parecía que no era capaz de decidirse entre la alegría por ver que no estaba muerta o la confusión.

La reina agarró a su hija por un brazo e hizo que se levantara. Después, puso el cuerpo de la princesa justo delante del suyo, usándola como escudo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el rey—. ¿Qué… qué… qué está pa… pa… pasando?

—Basta ya de tartamudeos, George —gritó ella—. No te imaginas lo harta que he acabado de escucharte repetir y vacilar... Si vuelves a hacerlo, le plantaré un tiro en la cabeza a tu estúpida hija.

Alfred volvió a levantar su revólver para apuntar a la mujer. A pesar de que se consideraba un tirador experto, no se sentía seguro de poder acertar sin darle a la princesa. Había tantas cosas que podían fallar: que la reina esquivara, que la princesa se moviera y se interpusiera en la trayectoria de la bala… Tomó aire un par de veces para recuperar el control y parecer sereno antes de hablar:

—Señora, le ordeno que aparte su arma de la cabeza de la princesa y la deje en el suelo.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —preguntó la mujer burlona.

—La persona que acaba de dispararle y que no dudará en volver a hacerlo —contestó él con voz firme.

—Sí, es cierto… Me has disparado una vez y puedes volver a hacerlo. —Su sonrisa se ensanchó, mostrando que no le tenía ningún miedo—. Sin embargo, tú mismo te habrás dado cuenta de que no me has matado. No puedes hacerlo.

Alfred sintió como un escalofrío recorría su espalda. No podía entender qué era lo que estaba sucediendo, pero sabía que Wendy tenía razón en lo que les había dicho: aquella mujer no era la reina de Inglaterra. Ni siquiera era una mujer. Ni siquiera era humana. Era algún tipo de monstruo desconocido al que no sabían cómo detener.

Se forzó a enterrar todos aquellos miedos en lo más profundo de su mente. No era momento de tener dudas ni de mostrar flaquezas. Tomó aire, hinchó el pecho y elevó el mentón, orgulloso, mientras le dirigía una mirada valiente y confiada.

—Sé que mis balas no pueden matarte, pero sí te detendrán durante un rato. El suficiente para sacar de aquí al rey y a las princesas y enfrentarnos a ti de igual a igual.

—¿De igual a igual? Sois cinco contra uno… —La mujer dejó escapar una risa desquiciada—. Y aun así no tenéis nada que hacer contra mí.

Volvió a plantearse si sería capaz de disparar a la cabeza de la mujer sin darle a la princesa. Eran más o menos de la misma altura y la figura de Elisabeth casi la cubría por entero. Iba a ser muy difícil y requeriría de toda su puntería y de unos nervios de acero. Se concentró, tomó una bocanada de aire y la retuvo en sus pulmones antes de apuntar justo por encima de la oreja de la princesa… Y, en ese preciso momento, una figura se interpuso entre ellos.

Era Irma. Se había colocado justo un paso por delante de él y le impedía disparar. Maldijo entre dientes mientras intentaba adivinar qué demonios estaba intentando hacer aquella mujer. Pensó en apartarla de un empujón para que dejara de interponerse en su trayectoria, pero, en lugar de eso, decidió darle un voto de confianza y permitir que se quedara en su sitio… mientras se movía un par de pasos a la derecha para volver a tener a la reina en el punto de mira de su revólver.

—Tira el arma —ordenó Irma.

Su voz fue tan potente y autoritaria que Alfred tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no tirar la suya. Por suerte, no estaba en la trayectoria de su mirada, por lo que pudo resistirse. A pesar del poder que había destilado Irma, la reina no se inmutó. Siguió manteniéndole la mirada mientras se encogía de hombros.

—¿Se puede saber por qué debería obedecerte?

Alfred sintió un nuevo escalofrío. Aquello era otro indicio de que lo que tenían delante no era humano. Desde que conocían a Irma, no habían encontrado a nadie capaz de resistirse a su voluntad. Habían pensado que cualquier persona que tuviera la mala fortuna de colocarse frente a la mirada de su hipnotizadora estaba perdida… pero parecía que había seres que escapaban a su control.

Irma pareció confusa, tanto como para quedarse paralizada en lugar de retirarse y dejar de molestar. Alfred iba a ordenarle que se quitara, pero, en aquel momento, la princesa Elisabeth aparcó su miedo y reaccionó. Agarró con fuerza la mano con la que la reina la tenía encañonada, se la llevó a la boca y mordió con todas sus fuerzas. La reina gritó de dolor, pero no soltó el revólver. Intentó empujar a Elisabeth con la mano que tenía libre, pero esta se había enganchado como un perro de presa. Seguía mordiendo, cada vez con más fuerza,

hasta el punto de que la sangre empezó a manar de la mano de la reina, tiñendo de color escarlata los labios de la princesa.

Alfred consiguió salir de su estupor al darse cuenta de algo. La reina no se estaba fijando en él y, en aquel momento, mientras forcejeaba para liberarse, no estaba usando a la princesa de escudo. Tenía una línea de tiro perfecta.

Volvió a tomar aire y a retenerlo dentro de sus pulmones, poniendo su cuerpo tenso pero no rígido. Abrió las piernas para alcanzar una posición más estable y calculó la trayectoria de la bala teniendo en cuenta el retroceso del Enfield. Justo antes de disparar, todos sus miedos atacaron al unísono: Irma o la princesa podían colocarse sin querer en la trayectoria de la bala. La reina podía darse cuenta de sus intenciones y volver a usar a su hija como escudo… O podía dispararla antes de caer abatida por su tiro… Sintió como una frialdad absoluta se instalaba en su pecho. Sabía que tenía que dejar de lado todos sus miedos y actuar. Irma conocía los riesgos de formar parte de la División OpenMind… Y la princesa… Bueno, era la heredera a la Corona, pero tenían otra disponible en aquella misma habitación.

Sin dudarlo más, apretó el gatillo. Le pareció que todo sucedía a cámara lenta. Sintió el golpe del retroceso extenderse por todo su brazo, pero lo mantuvo firme para que el cañón no ascendiera y la bala siguiera su trayectoria. Escuchó la detonación y vio cómo un nuevo agujero negro se abría en la frente de la reina. Ella echó la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos, como si estuviera sorprendida, y cayó al suelo.

Alfred dio un par de pasos hacia ella. Yacía con los ojos y la boca abierta y no se movía. Ni siquiera respiraba. En el centro de su frente resaltaba aquel círculo negro con los bordes quemados, pero no era allí donde la bala había causado los mayores daños. En un par de segundos, la sangre que manaba de la parte posterior de su cabeza inundó el suelo, formando una aureola de color rojo brillante.

La princesa había soltado su presa y gritaba enloquecida, con la sangre resbalando por su mentón. El rey reaccionó por fin, la abrazó y se la llevó al fondo del comedor, al lugar donde seguía llorando su hija pequeña. Los tres se colocaron en círculo y se abrazaron, como si pretendieran ignorar todo lo que sucediera a su alrededor.

—¿Va a volver a levantarse? —preguntó Clarice.

—No podemos saberlo. —Alfred se arrodilló al lado del cuerpo y le quitó el revólver de la mano—. Por si acaso, yo apostaría a que sí y actuaría en consecuencia.

Se metió el revólver en la cinturilla del pantalón. Después se giró

hacia el rey, avanzó hacia él y le dio un par de toques en el hombro para llamar su atención.

—¿Cuál es la estancia más segura de esta zona? —le preguntó.

—Según me habían dicho ustedes, este comedor —contestó el rey enojado—. ¿No se han pasado el día haciendo rituales para protegerme?

—Sí, de una amenaza externa. No esperábamos que su propia esposa intentara matarle —le cortó Clarice—. ¿Hay algún sitio que se pueda cerrar desde dentro?

—Mi dormitorio —contestó el rey tirando de sus hijas para que le siguieran.

Recogieron del suelo a Wendy, que continuaba inconsciente. El mantel inmaculado que Irma había colocado en su cuello para taponar su herida ya estaba teñido de rojo casi por completo. Alfred se fijó en su rostro. Estaba terriblemente pálida. No quedaba rastro del rubor encendido que normalmente cubría sus mejillas ni del tono sonrosado de sus labios. Se le acababa el tiempo.

—Irma, escúchame —dijo mientras corrían siguiendo al rey hacia su habitación—. Quiero que te quedes con ellos y que intentes mantener con vida a Wendy. Nosotros vamos a ponernos en contacto con el exterior para que abran las puertas y vengan a ayudarnos.

—¿Y si esa cosa viene a por nosotros? —preguntó ella aterrada.

—No se lo vamos a permitir. Antes de llegar a vosotros, tendría que pasar por encima de nuestro cadáver.

Vio la duda en los ojos de Irma, pero no había nada más que pudiera decirle. Siguieron corriendo hacia la habitación del rey. Este ya había entrado con sus hijas y las había sentado en un sofá, donde se quedaron sollozando aterradas.

Mientras colocaban el cuerpo de Wendy sobre el colchón, Irma abrió varios armarios hasta encontrar uno lleno de ropa de cama. Sacó un puñado de sábanas y empezó a rasgarlas para fabricar vendas.

—Ha perdido ya muchísima sangre y, si no recibe ayuda médica de forma urgente, va a seguir perdiéndola. No sé cuánto tiempo le quedará… —les advirtió—. Voy a intentar detener la hemorragia, pero no puedo hacer milagros.

—Yo sí sé hacer milagros. Dadme un segundo —pidió Clarice.

Se acercó a la cama en la que reposaba Wendy y, tras lanzarle una mirada apenada, se quitó un collar que llevaba al cuello. Sin decir nada, lo posó sobre la tela sanguinolenta que taponaba la herida de

Wendy hasta que quedó impregnado con su sangre. Después, se quitó la venda que rodeaba su mano, la abrió y cerró varias veces hasta que la herida se abrió de nuevo y cerró el puño, con el colgante encerrado en él, para que su propia sangre se mezclara con la de Wendy.

A pesar de que pensaba que no era el mejor momento para que Clarice volviera a abrirse la herida de la mano y que aquello de mezclar sangres no debía de ser muy higiénico, Alfred no se atrevió a decir nada. No sabía nada de brujería, ni siquiera sabía qué era lo que pretendía conseguir Clarice con todo aquello. Se acercó un poco a ella, casi como si pretendiera darle apoyo con su muda presencia, y siguió observándola en silencio.

Clarice cogió el colgante impregnado en sangre y se lo puso a su amiga. Después, besó su frente con cariño y, antes de apartarse, le susurró unas palabras en latín que Alfred no pudo entender:

—*Ego do tibi sanguinem meum*.

Cuando Clarice se apartó, Nigel ocupó su lugar al lado de la cama de Wendy. La observó con una mirada muy cercana a la adoración mientras ahogaba un sollozo. Extendió su mano para acariciar su mejilla con tanta suavidad como si temiera despertarla y le susurró un "aguanta". Después, se giró hacia ellos con un destello de ira demencial brillando en sus ojos negros.

—Vamos a por esa hija de puta —rugió—. Va a descubrir que no debería haberse metido nunca con la División OpenMind.

Clarice

Capítulo diecisiete

Alfred, Nigel y yo salimos de la habitación. Escuchamos como alguien giraba una llave en la cerradura y, después, el arrastrar de un mueble pesado sobre el suelo. Parecía que estaban asegurando la puerta poniendo delante una cómoda o algún armario. Pensé que aquello debería ser suficiente, pero que me sentiría mucho más segura cuando consiguiéramos que aquella mujer, o lo que fuera, dejara de levantarse definitivamente.

—Vamos a por ella antes de que se escape —ordenó Alfred como si acabara de leerme el pensamiento.

—¿Y qué vamos a hacer para impedírselo? —preguntó Nigel poniéndose en movimiento para seguirle.

—No sé… Vaciarle el cargador en la cabeza si es necesario —contestó él mientras le tendía a Nigel el otro revólver—. ¿Sabes usarlo?

—Bueno, he disparado alguna vez, pero estoy seguro de que Clarice puede hacerlo mucho mejor. —Cogió el revólver de manos de Alfred e intentó pasármelo.

—Gracias, pero prefiero que te lo quedes tú —dije mientras negaba con la cabeza—. Yo puedo usar la magia para defenderme, pero tú no tienes nada.

—Muchas gracias por recordarme que soy un completo inútil —dijo él sarcástico—. Igual habría sido buena idea que me lo hubieras dicho antes de que atrancaran esa puerta para que me hubiese quedado dentro. Además, este revólver no sirve para nada. Ya hemos visto que las balas no le hacen daño.

—Respecto a eso… —Alfred se paró en medio del pasillo y puso los brazos en jarras antes de dirigirse a mí—. ¿Tienes alguna explicación? No es normal que le disparemos y le dé igual.

—Bueno, no le da igual. Al menos las balas la paralizan —contesté—. Y no sabemos si esa segunda bala en la cabeza habrá hecho efecto.

—Le metí una bala en el centro del pecho y la maté —me contradijo Alfred— y después de eso, volvió a levantarse como si no hubiera pasado nada.

—Sí, pero no sabemos si dañar su cerebro puede destruirla de forma definitiva —objeté.

—Está bien. Comprobémoslo.

Acabábamos de llegar a la puerta del comedor. Alfred abrió, miró dentro y se echó a un lado antes de hacer una teatral reverencia para permitirnos entrar. Nigel y yo nos quedamos clavados en el umbral, paralizados. Sentí que el miedo invadía todo mi cuerpo. Me pareció que mi corazón se detenía y que mi sangre se congelaba. La reina no estaba. En el suelo, donde había yacido, solo quedaba la corona sanguinolenta que había rodeado su cráneo perforado, como una broma macabra, un recordatorio de que su cuerpo debería estar allí pero no estaba.

Alfred miró por encima de nuestros hombros y, al ver que no nos movíamos, nos empujó para pasar entre nosotros. Cruzó el comedor, se colocó al lado de la mancha de sangre y la señaló.

—No está —nos dijo como si no fuera lo bastante obvio—. ¿Puedes explicar esto?

—Sí, bueno… —Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos como si tratara de despejarme—. Se podría decir que los seres sobrenaturales no se comportan todos de la misma forma ante las armas… No a todos se les puede matar de la misma manera.

—¿Podrías ser un poco más precisa? —preguntó él impaciente.

—La mayoría de los seres sobrenaturales no reaccionan a las armas normales. Muchos de ellos ya están muertos, por lo que no resulta fácil "matarlos de forma definitiva" —expliqué mientras caminaba para colocarme detrás de la mesa del comedor y dejar de ver aquella mancha de sangre que me estaba poniendo muy nerviosa—. Os pongo unos ejemplos: A los espectros no se les puede matar, pero se les puede espantar con hierro o sal y se les puede desterrar para siempre de este plano quemando sus huesos. Otros seres, como los hombres lobo o los vampiros solo pueden ser heridos con armas de plata, aunque para destruir a estos últimos también se les puede clavar una estaca en el corazón, cortar su cabeza y, a ser posible, llenar su boca de ajos…

—¿Estás hablando en serio? —estalló Alfred—. ¿Espectros? ¿Hombres lobo? ¿Vampiros?

—Claro que estoy hablando en serio. Formamos parte de una división ocultista. Pensaba que ya habíamos superado la discusión de si esos seres existen o no… Tú mismo te enfrentaste al espectro de Ana Bolena en la Torre de Londres.

—Sí, lo sé… Pero todo esto es demasiado.

—Creo que será mejor que dejes lo de sentirte superado por los acontecimientos para cuando hayamos conseguido salir de esta —sugirió Nigel—. ¿Cómo vamos a matar a esa cosa, Clarice?

—Ese es el problema: que no lo sé —admití mientras negaba con la cabeza—. No sé lo que es, así que no puedo saber cómo se la mata.

En aquel momento, la luz se apagó. Solté un grito ahogado y me quedé muy quieta en la oscuridad. Escuché maldecir a Nigel y los pasos firmes de Alfred moviéndose por la estancia. Yo me limité a permanecer inmóvil, con la respiración suspendida, atenta a cualquier sonido que indicase que aquella cosa intentaba acercarse a nosotros aprovechándose de la oscuridad para atacarnos.

Escuché el sonido de la cabeza de un fósforo al prenderse y, al girarme hacia allí, vi a Alfred con una cerilla en la mano. Tras acercarse a una de las cómodas del salón, en la que descansaban un par de candelabros, empezó a encender las velas.

—Supongo que podemos darle las gracias a nuestra enemiga por esta oscuridad. —Cuando hubo prendido todas las velas, le tendió un candelabro a Nigel y otro a mí—. Parece que quiere jugar al escondite.

—Esto mejora por momentos— dijo Nigel sarcástico—. No sabemos lo que es, no sabemos cómo matarla y ahora tampoco podemos verla.

—Pero sabemos dónde está —apuntó Alfred—. Esta ala del castillo no es muy grande y sabemos que no ha podido salir de aquí. Sugiero que nos separemos…

—No, no, no… Ni lo sueñes —le cortó Nigel—. No vamos a separarnos para que nos mate cómodamente uno a uno. Acabas de decir que este lugar es pequeño, así que la encontraremos enseguida sin necesidad de separarnos.

—Estoy de acuerdo con Nigel. —Me coloqué a su lado para apoyarle —. Voto por seguir todos juntos.

—Esto no es una votación. Es el ejército y yo soy el oficial al mando —repuso Alfred.

—Me da igual lo que digas —le corté—. Te vamos a seguir. Además, tú no puedes ir por ahí solo. No tienes candelabro.

Él resopló y se dirigió a la puerta mientras negaba con la cabeza y farfullaba entre dientes algo acerca de nuestra poca profesionalidad. Nigel y yo le ignoramos y comenzamos a caminar agarrados por el brazo justo un paso por detrás de él.

Salimos al pasillo, que también se encontraba sumido en la negrura. Mis ojos ya debían de haberse acostumbrado a la oscuridad porque con la tenue luz de las velas y el plateado brillo de la luna que se filtraba por los ventanales ya podía distinguir los contornos de los muebles del corredor. El pasillo parecía vacío y seguro, pero, a pesar de ello, cada sombra proyectada por las velas me sobresaltaba, cada

eco levantado por nuestros pasos hacía que mi corazón se saltase un latido.

Nunca me había considerado una persona miedosa ni impresionable. Llevaba toda la vida relacionándome con el más allá, contactando con espíritus y espectros, conjurando y dominando fuerzas sobrenaturales que asustarían a cualquiera. Pero el problema al que me enfrentaba ahora no era sobrenatural. Había algo físico, algo real y tangible oculto en alguna de esas habitaciones, que pretendía matarnos. Y, aunque había algo de paranormal en su naturaleza, me encontraba tan perdida como un principiante. No saber a qué nos estábamos enfrentando me asustaba. Me aterraba.

Alfred fue abriendo las puertas que íbamos encontrando a nuestro paso. Abría de golpe y se quedaba apuntando con su revólver a la negrura de la habitación mientras nosotros nos manteníamos detrás, sosteniendo los candelabros, intentando elevarlos para alumbrar un poco por encima de su cabeza. Nos estábamos enfrentando a aquel ser a ciegas y con un arma que no podía matarlo. Aquello estaba destinando al fracaso. Aun así, seguí adelante, en silencio, apoyándome cada vez más en el brazo de Nigel.

Hacía rato que no me encontraba bien. Sentía que las fuerzas me iban abandonando, que mis piernas cada vez pesaban más mientras que mi cabeza parecía flotar en una neblina. Pero no me quejé. No habría servido de nada más que para preocupar a mis compañeros.

Sabía perfectamente a qué se debía aquel mareo: al ritual que había improvisado para salvar la vida de Wendy. Había unido su sangre y la mía. Con aquellas palabras había fusionado nuestros destinos.

Ego do tibi sanguinem meum.

Te doy mi sangre.

Cuanta más sangre perdía Wendy, más sangre le transfería yo. Aquel ritual funcionaba como una especie de transfusión a distancia, sin necesidad de tubos ni agujas. Simplemente yo iba cediéndole mi esencia vital para conseguir mantenerla con vida… pero, si aquello seguía prolongándose durante demasiado tiempo, ambas acabaríamos muriendo.

Decidí no pensar en ello y centrarme en lo que estábamos haciendo. Fuimos recorriendo todas las habitaciones del pasillo. Revisamos las habitaciones de la familia real, nuestros dormitorios, la biblioteca, un par de despachos, un pequeño salón de té… Yo habría preferido no tener que cruzar sus puertas, pero Alfred había decidido ser lo más minucioso posible. Se adentraba en cada una de las habitaciones, apartaba los espesos cortinajes tras lo que podría esconderse cualquier

cosa, miraba debajo de las camas, abría todas las puertas de los armarios… Yo sentía que a cada segundo el corazón se me encogía. Temía que, en cualquier momento, la reina aparecería, con la cabeza destrozada por aquel disparo, con jirones de cerebro a la vista mezclados con sangre y pelo chamuscado… Ese engendro se lanzaría a por Alfred, pero ya no sería del todo humano. Sus dedos se habrían convertido en unas garras retorcidas de largas uñas negras. En su boca, mucho más grande de lo normal, resaltaría el brillo de unos colmillos afilados…

Traté de tranquilizarme. Estaba dejando que mi imaginación se desbocase. Era cierto que estábamos luchando contra un ser desconocido, pero, al menos de momento, lo único en lo que se diferenciaba de un ser humano era en su invulnerabilidad a las balas. No había garras ni colmillos y esperaba que siguiera siendo así.

Ya solo nos quedaba revisar tres habitaciones en aquel pasillo que se me estaba haciendo eterno. Me sentía cada vez más débil. Mis piernas parecían rígidas, el candelabro que llevaba en la mano pesaba muchísimo y empezaba a faltarme el aire. Noté que el paisaje se nublaba y tropecé. Por suerte, Nigel estaba atento y me sujetó con fuerza para evitar que cayera.

—¿Estás bien, Clarice? —preguntó preocupado.

La verdad era que no me sentía bien en absoluto. Además de la debilidad, notaba el pulso acelerado y cada vez me costaba más respirar, como si, en lugar de estar recorriendo a paso lento aquel oscuro pasillo, estuviera tratando de alcanzar la cima de una montaña a la carrera. Además, mi cuerpo se había cubierto de una película de sudor frío y húmedo que me hacía tiritar. Sin embargo, en lugar de decir todo eso, me limité a asentir y a fingir una sonrisa.

—Sí, estoy bien. He debido de tropezarme en la oscuridad. —Decidí cambiar de tema para que no se preocuparan por mí—. Ya solo nos quedan esas puertas, ¿verdad?

—Sí —contestó Alfred sin detener su andar resuelto—. ¿Alguien sabe qué hay ahí?

—Una despensa, un almacén de carbón y leña y la cocina —dije señalando cada puerta.

A pesar de que él nunca había estado en aquellas estancias, Alfred pareció leerme el pensamiento y se dirigió hacia la puerta de la cocina con un par de decididas zancadas. Tanto la despensa como la leñera estaban muy bien surtidas, tan repletas de cosas como para que no hubiera sitio para esconderse en ellas. La reina, si no tenía la capacidad de desvanecerse en el aire, tenía que estar en la cocina.

Alfred se puso el dedo índice delante de los labios para pedirnos silencio y le indicó a Nigel que se pusiera a su lado, frente a la puerta cerrada. Yo me coloqué justo detrás. Me habría gustado decir que estaba preparada para cualquier cosa, que me sentía fuerte y concentrada, lista para lanzar cualquier hechizo que nos hiciera falta, pero la realidad era que tenía la vista nublada y que mis piernas amenazaban con dejar de sostenerme. Aun así, cuando Alfred se giró hacia mí y me preguntó con la mirada si estaba preparada, asentí resuelta.

Él empujó la puerta con fuerza y los dos se colaron en la cocina. Entré justo tras ellos y la vi, al final de la estancia, de espaldas a nosotros. A la débil luz de las velas, la sangre que seguía manando de su cabeza abierta brillaba. Era de un rojo tan oscuro que parecía casi negro. Entre los cuajarones de sangre se distinguían zonas blancas y grises… Esquirlas de cráneo o quizá incluso trozos de cerebro… No quise fijarme mucho. Aquello era justo lo que necesitaba para acabar de desmayarme. Sin que nadie se diera cuenta, me moví un paso a la izquierda hacia una mesa y me apoyé en ella para no caerme.

—Ríndete —ordenó Alfred mientras amartillaba su revólver—. No tienes escapatoria.

Escuchamos una risa que iba subiendo más y más de volumen. Los hombros de la mujer empezaron sacudiéndose un poco, pero el temblor de su cuerpo también fue incrementándose con su risa. Sentí que el miedo abría un agujero en mi estómago mientras mi mente repetía una y otra vez que era imposible que aquella mujer siguiera viva.

—¿Qué eres? —le pregunté con un tono de voz que rayaba la histeria —. ¿Qué demonios eres?

La mujer dejó de reírse. Vi que llevaba las manos hacia una esquina, pero, al estar de espaldas e iluminada solo por la tenue luz de las velas, no pude distinguir qué hacía. Se giró despacio hacia nosotros, con la mano derecha cerrada en un puño. Me miró a los ojos y me lanzó una sonrisa burlona.

—No va a servir de nada que os diga lo que soy. Estoy segura de que nunca antes habéis conocido a alguien como yo. —Volvió a soltar una risa desquiciada—. Debería bastaros con saber que soy el ser que os va matar.

—Tómalo entonces como la última voluntad de una condenada — contesté luchando para que mi voz no temblara—. Me gustaría saber qué es lo que va a acabar con nosotros.

La mujer volvió a reírse. Noté que el brazo de Alfred temblaba de

forma ostensible. Supuse que estaba pensando que, aunque sus balas no pudieran matar a aquel ser, lo paralizarían durante unos segundos. En aquel momento, a mí también me apetecía pegarle otro tiro y que dejara de reírse de nosotros. Habría dado cualquier cosa para que dejara de mirarnos con aquella superioridad. Me hacía sentir que era ella la que tenía la situación bajo control a pesar de tener un arma apuntándola. Sin embargo, alargué un brazo y toqué a Alfred para llamar su atención. Cuando me miró, negué con la cabeza.

Él enarcó una ceja, confuso, pero asintió. Confiaba en mí, en mis conocimientos arcanos, en toda mi experiencia con el mundo sobrenatural… Me sentí muy culpable y muy inútil. No sabía qué se podía hacer contra aquella cosa. Mi única esperanza era que, cegada por su prepotencia, nos confesara qué era y que eso me iluminara para adivinar cómo hacerle daño.

—Está bien. Te concederé ese último deseo. —La mujer me miró sonriente y pasó la punta de la lengua por su labio inferior, como si estuviera relamiéndose al imaginar mi sabor—. Se me han dado muchos nombres a lo largo de los siglos: soy un *Doppelgänger*, un cambiaformas, un cambiante, un metamórfico, un mimetista, un trasmutador… ¿Alguno de esos nombres te dice algo?

Había escuchado hablar de aquellos seres, pero lo único que recordaba eran retazos de antiguas leyendas: mitos europeos que hablaban de hombres que se convertían en lobo con la luna llena o de vampiros con la capacidad de transformarse en ratas o murciélagos. Sabía que también había historias sobre gente con esas capacidades en América: antiguos y poderosos chamanes que podían convertirse durante unas horas en su animal totémico… Nada de aquello me servía. Estaba segura de que no encontraría ni una sola leyenda que explicara como un espía nazi había sido capaz de convertirse en la reina de Inglaterra… Y, lo que era peor, por mucho que tratara de concentrarme, no conseguía recordar nada acerca de cómo se mataba a aquellos seres. Sin poder evitarlo, negué con la cabeza.

—Lo que suponía. Solo sois aficionados luchando contra algo que os queda inmensamente grande. No podéis imaginar el poder que atesoramos. —La mujer dio un paso hacia mí y sonrió con crueldad—. Cuando liberemos ese poder, nadie podrá detener nuestro avance. El triunfo del Tercer Reich será absoluto y el mundo entero se arrodillará ante nosotros.

Aquellas palabras, en lugar de asustarme, consiguieron liberar un poco mi mente del miedo que me atenazaba. Necesitaba saber más cosas de aquel ser, hacerle hablar con la esperanza de que acabara revelando qué podía hacerle daño.

—¿Y la reina? —pregunté—. ¿Cómo te has convertido en ella? ¿La has matado?

—Te lo explicaré antes de matarte a ti: soy capaz de transformarme en cualquier persona o animal bebiendo unas gotas de su sangre cada anochecer. Puedo tomar su aspecto, su voz, su manera de moverse, su personalidad, incluso muchos de sus recuerdos… Puedo convertirme en una copia perfecta del ser que quiero imitar… —La mujer abrió el puño que había mantenido cerrado hasta el momento y extendió la palma para mostrarnos lo que había tenido guardado—… o adoptar solo algunas de sus características.

Me adelanté un paso para observar su palma. Sobre su mano caminaba una asquerosa araña de rincón de patas largas. Supuse que sería la habitante de la espesa telaraña que había visto aquella tarde en una esquina de la cocina y, de inmediato, supe que tendría que haber matado a su ocupante y que iba a arrepentirme de no haberlo hecho.

La mujer agarró a la araña por una de sus largas patas, echó la cabeza hacia atrás y se la metió en la boca. Sentí que mi estómago empezaba a girar a toda velocidad y tuve que hacer un enorme esfuerzo para no vomitar.

Algo en mi interior me gritaba que debía huir, que estaba a punto de suceder algo muy malo, pero me sentía paralizada, fascinada, como un conejo delante de los ojos de una serpiente. La reina cayó al suelo, agarrándose el vientre con un gesto de agónico dolor en el rostro. Lanzó un grito tan alto y agudo que hizo vibrar los cristales y empezó a retorcerse en el suelo y a patalear mientras a su alrededor se formaba una extraña niebla negra de consistencia viscosa.

—Vámonos de aquí —susurró Nigel con un hilo de voz.

Ni Alfred ni yo nos movimos ni dijimos nada. Seguíamos mirando fascinados los golpes y contorsiones del cuerpo de aquella mujer sobre las baldosas de la cocina. Se movía muy rápido y de una forma extraña, como si tuviera más articulaciones de las normales y estas pudieran girar en cualquier dirección… Y entonces me di cuenta de algo… A pesar de la débil luz de la estancia y de que aquella niebla espesa y oscura impedía verlo con claridad, me pareció que aquella mujer tenía más de dos piernas… Cuatro… Quizá seis… Quizá ocho… Había algo más que me resultaba chocante en su figura. Su abdomen había ido creciendo y creciendo hasta convertirse en un enorme bulto negro de color brillante…

—Tenemos que salir de aquí —insistió Nigel.

Tenía toda la razón. Sabía que teníamos que huir, que nos

encontrábamos en peligro mortal… y, sin embargo, era incapaz de mover un solo músculo. Incluso mis pulmones y mi corazón se detuvieron cuando aquel ser dejó de agitarse como si estuviera poseído y empezó a erguirse sobre sus ocho largas patas hasta mostrarnos su nueva forma: mitad mujer, mitad araña. Un monstruo oscuro y terrible cuya cabeza rozaba el techo. Cuando se inclinó sobre nosotros, sentí que el terror más absoluto me invadía por completo.

Lo único que pude hacer fue gritar y gritar.

Alfred

Capítulo dieciocho

—¡Vámonos de aquí! —gritó Nigel de nuevo.

Sin esperar respuesta, agarró la mano de Clarice y tiró de ella para escapar de la cocina. Aquello sacó a Alfred de su estupor. Les siguió y cruzó a toda prisa la puerta que les separaba del pasillo. Intentó convencerse a sí mismo de que era una puerta normal, preparada para que pasaran los seres humanos. Aquel monstruo era demasiado grande para cruzarla. Estaba atrapado y ya no podría cogerles.

Miró hacia atrás para descubrir lo equivocado que estaba. La reina se había asomado, agarrándose a las jambas de la puerta con sus brazos humanos antes de empezar a pasar sus largas patas negras. Después, tiró con fuerza y consiguió desatascar su enorme y abultado abdomen. Y entonces, empezó a correr hacia ellos.

Alfred se quedó plantado en medio del oscuro pasillo. En algún momento, habían abandonado los candelabros y ya solo les iluminaba el leve resplandor azulado de la luna que se colaba por los amplios ventanales de la galería. Se planteó que, aunque agradecía no ver a la criatura en detalle, aquello les ponía en desventaja. No sabía por qué, pero estaba seguro de que los ojos de aquel depredador estaban perfectamente preparados para capturar a sus presas en la oscuridad.

Se giró para contemplar a Nigel y Clarice, que le sacaban unos cuantos pasos. Vio sus expresiones aterradas al mirar hacia atrás y el modo en el que trastabillaban en su alocada carrera y se dio cuenta de que no eran lo bastante rápidos para escapar de aquella cosa… Además, en realidad no había escapatoria posible. Por mucho que corrieran, solo conseguirían llegar hasta el otro extremo del pasillo, donde les esperaba otra puerta imposible de abrir.

Tomó aire y se giró hacia el monstruo. En un primer momento, no lo vio y pensó que estaba volviéndose loco. Era imposible que aquella cosa hubiera desaparecido o que se hubiera escondido. Era enorme, desproporcionada. Algo así no se podía esconder.

Escuchó un chapoteo sobre el suelo, apenas un paso por delante de él. Algo líquido había caído desde el techo, algo verduzco y corrosivo que estaba devorando la alfombra. Levantó la vista y se encontró a la araña colgando sobre su cabeza, con la boca abierta. Pudo ver que sus ojos habían cambiado. Eran facetados, como los de los insectos. Cuando el monstruo abrió la boca para gritar, mostró unos colmillos blanquecinos de los que rezumaba veneno.

La impresión fue tan fuerte que Alfred reculó y tropezó con un pliegue de la alfombra. Cayó hacia atrás y se quedó tumbado en el suelo, confuso y aturdido mientras aquel ser empezaba a descender hacia él colgado de un grueso hilo grisáceo. Se vio reflejado en cada una de las facetas de aquellos ojos monstruosos. Asustado. Desvalido. Perdido…

No. No iba a morir así, entre las fauces de aquella cosa. Se tumbó en el suelo, extendió el brazo derecho, en el que aún llevaba aferrado su revólver, y apuntó al grueso abdomen de la criatura. A pesar de la postura forzada y del retroceso del arma, aquel blanco era tan grande y estaba tan cerca que no podía fallar. Tomó aire, lo retuvo y disparó…

La bala rebotó contra su abdomen sin hacerle el menor daño. A Alfred le vinieron a la memoria algunos recuerdos de sus tediosas clases de biología en el Winchester College, el internado en el que pasó su adolescencia. Recordó que el aburrido profesor Eaton les había contado que los insectos tenían el esqueleto por fuera, lo que los hacía mucho más resistentes, pero no podía recordar si aquello se aplicaba también a las arañas…

No era momento de ponerse a repasar conceptos de biología. El monstruo había continuado descendiendo hacia él. Lo tenía casi encima. Volvió a abrir su enorme boca de colmillos blanquecinos, pero, al contrario de lo que temió Alfred, no la usó para atacarle ni lanzarle veneno. Tan solo se rio. Había algo terriblemente desagradable en el hecho de escuchar una risa humana surgiendo de aquella cosa, algo tan discordante en aquella mezcla entre lo humano y lo monstruoso que hacía que el cerebro se negara a procesarlo, que no pudiera pensar con claridad…

Por suerte, su cuerpo reaccionó por instinto. El monstruo había levantado una de sus largas y delgadas patas de color negro metálico y la había lanzado hacia él. Aquella pata que iba estrechándose hasta acabar en una afilada punta parecía tan letal como una espada… y debía serlo. Alfred rodó sobre sí mismo para esquivar el ataque y la pata del monstruo se clavó en el suelo, atravesando la alfombra, destrozando la madera y levantando una lluvia de astillas.

El monstruo no se rindió. Lanzó hacia Alfred otra de sus patas y este volvió a esquivarla. Al quedar tumbado de espaldas sobre el suelo, aprovechó para volver a disparar. Tenía a la araña justo encima y era imposible fallar el blanco, pero su tiro volvió a estrellarse contra aquel abdomen blindado sin causar el menor daño.

De repente, escuchó el estruendo de otros disparos que no procedían de su revólver. Miró hacia atrás y vio a Nigel, de pie en

medio del pasillo. Se había colocado con las piernas abiertas y sujetaba el revólver con las dos manos mientras disparaba una y otra vez y otra... Aquella postura delataba que no tenía mucha experiencia en el manejo de armas de fuego, pero Alfred pensó que al menos debía agradecer que estuviera apuntando lo bastante alto como para no darle.

La araña ascendió hacia el techo utilizando aquel grueso hilo por el que se había descolgado para escapar de los disparos. A pesar de la poca puntería de Nigel, existía la posibilidad de que alguno de los tiros diese en una parte blanda por casualidad. Pero entonces el sonido de los disparos cesó y solo se escuchó el clic del percutor contra un tambor vacío. Ya no le quedaban balas.

Alfred miró hacia el techo. El monstruo estaba ahí, colgado boca abajo, inmóvil. Parecía indeciso entre seguir atacándole a él o ir a por Nigel, que continuaba en medio del pasillo aferrando el revólver y presionando el gatillo inútilmente una y otra vez. Él estaba más cerca, pero Nigel parecía una presa más fácil. Y justo detrás estaba Clarice, que también parecía paralizada. Si él fuera la araña, tendría muy claro con quién acabar primero.

Se levantó de un salto y empezó a correr hacia sus amigos mientras agitaba los brazos, en un intento de sacarles de su estupor y hacer que se movieran y de atraer de nuevo la atención del monstruo sobre él. No consiguió lo primero, pero sí lo segundo. Notó un fuerte impacto en la espalda y se vio rodeado por unas gruesas y pegajosas hebras grises. En cuestión de un par de segundos, aquella sustancia viscosa rodeó su tronco y sus brazos, atrapándole por completo. Aun así, intentó seguir corriendo, pero se sintió arrastrado hacia atrás por aquellas espesas cuerdas. Giró un momento la cabeza y contempló aterrado como iba acercándose irremediablemente hacia las fauces abiertas de la araña. Su mirada quedó atrapada en aquellos enormes colmillos que parecían brillar con luz propia en la penumbra del corredor. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero el miedo le había atenazado la garganta y de su boca solo surgió un gemido ahogado.

Supo que había llegado el fin, que aquel ser le había vencido y que no había nada que pudiera hacer para evitar la muerte. Tan solo pudo rezar para que no doliera.

Tarice

Capítulo diecinueve

Reaccioné de pronto, como quien se libera de un hechizo. Ver a Alfred en peligro mortal obró el milagro de sacarme de la parálisis y devolverme la capacidad de pensar y moverme. Sin dudarlo un segundo, aparté a Nigel, que seguía plantado en medio del pasillo aferrado a un revólver sin balas y corrí hacia Alfred. Me arrojé a su lado y empecé a rasgar aquellos gruesos hilos que cubrían su cuerpo.

Pronto me di cuenta de que aquello no iba a ser suficiente. Los hilos eran mucho más flexibles y resistentes de lo que yo había supuesto y el monstruo seguía tirando de ellos para atraer a Alfred hacia sus fauces. Le abracé y tiré de él, pero tampoco conseguí nada. Aquel ser era mucho más fuerte que yo y nos arrastraba a los dos sin que pudiera evitarlo.

Levanté la cabeza hasta encontrarme con el rostro de aquella monstruosidad, en el que seguían percibiéndose las facciones desfiguradas de la reina a pesar de los ojos facetados y la boca de la que sobresalían aquellos dos enormes colmillos. Me fijé en aquellos ojos brillantes y anclé mi mirada a ellos. Tomé aire, me concentré y pronuncié mi maldición.

—*Volo te dolor*.

El monstruo dejó de tirar. Lanzó un chillido agudo que hizo que me rechinaran los dientes y que me provocó un deseo casi incontrolable de soltar a Alfred para poder cubrirme los oídos. Pude resistir y aproveché que aquel engendro se había retirado a una esquina a retorcerse de dolor para volver a tirar de él. Nigel apareció a nuestro lado, se arrodilló y rebuscó en su bota hasta sacar una navaja. La abrió y empezó a cortar a toda prisa las hebras que rodeaban el cuerpo de Alfred.

—Ve a por la araña —me dijo Nigel—. Hazle más daño.

—No puedo hacerle más daño —contesté desesperada—. No sé qué funciona con ese bicho.

—Te ha dicho lo que es. ¿No sabes nada sobre esos seres?

—No. Lo siento —contesté avergonzada antes de esquivar su mirada.

Nigel dejó de cortar las ataduras de Alfred por un segundo y me agarró por los hombros para sacudirme. Cuando le miré a los ojos, él negó con la cabeza.

—No te rindas. —Su voz fue casi un gruñido desesperado—. Piensa. ¿Qué mata a los metamórficos?

Iba a volver a contestarle que no lo sabía, pero, de repente, un leve destello de luz se encendió en mi cerebro. Solo tenía que pensar en las antiguas leyendas que conocía sobre aquellos seres. Los hombres lobo eran metamórficos... Los vampiros eran metamórficos… Y a los dos se les hacía daño con plata.

Iba a compartir mis pensamientos con Nigel cuando un nuevo grito de la criatura llamó mi atención. Ya no era un grito de dolor, sino de rabia. Parecía que el efecto de mi maldición ya había pasado o que se había acostumbrado al dolor y quería venganza. Se dejó caer desde la esquina en la que se había refugiado hasta el suelo y se irguió sobre sus ocho patas, ocho cuchillas letales que empezaron a avanzar destrozando las maderas del suelo a su paso. Caminaba lentamente, como si supiera que no podíamos escapar y estuviera disfrutando de ver sufrir a sus presas.

Miré a Nigel, que continuaba luchando por cortar las ataduras de Alfred, mientras este se retorcía dentro de aquella red viscosa tratando de escapar. Me di cuenta de que no iba a dar tiempo y que, aunque lo tuviéramos, solo nos quedaban unos pasos para llegar hasta la otra puerta del pasillo, que también encontraríamos cerrada. Teníamos que enfrentarnos a ella… Y tenía que funcionar.

Me levanté del suelo y empecé a mirar a uno y otro lado, buscando entre la recargada decoración del pasillo algo que pudiera servirme. Nigel me miró enfadado mientras seguía cortando hebra tras hebra.

—¿Qué haces? Ayúdame a liberar a Alfred.

—¡Plata! ¡Necesito plata! —grité—. Creo que puede hacerle daño.

Un siseo furioso del monstruo fue la confirmación que necesitaba. Dejó de caminar con paso lento y saltó hacia mí. Me vi arrojada al suelo, atrapada bajo su cuerpo. La idea de tocar a aquel engendro me producía una repugnancia extrema, pero tenía que defenderme, así que estiré los brazos y conseguí asir los suyos, aquellos brazos que seguían siendo humanos. Empujé con todas mis fuerzas para mantenerla alejada de mí, para que no pudiera llegar a mi cuello y clavar en él aquellos inmensos colmillos impregnados de veneno. Aquel monstruo sonrió ante mis patéticos intentos de resistir y dejó de sostenerse sobre sus afiladas patas para que el peso de su enorme abdomen cayera sobre mí y me aplastara.

Grité y pataleé, me resistí hasta agotar mis ya menguadas

fuerzas, pero fue inútil. El aire me faltaba, la vista se me nublaba… Aun en aquel momento, mantuve la esperanza. Mis amigos harían algo. No me dejarían morir así. Conseguí retorcerme bajo el abdomen de la araña y echar la cabeza hacia atrás para ver qué estaban haciendo y lo que vi me confundió.

Alfred había conseguido liberar uno de sus brazos y, con la navaja de Nigel en la mano, seguía cortando sus ataduras. Y Nigel… No supe interpretar qué demonios estaba haciendo. Seguía arrodillado sobre una sola pierna, con uno de sus brazos extendido hacia delante con la palma hacia arriba. A un par de pulgadas sobre su mano, algo metálico giraba a toda velocidad.

Nigel observaba el giro de aquel objeto, tan absorto como si estuviera hipnotizado por su movimiento. Y, de repente, elevó la cabeza hasta fijarla en la araña, levantó el brazo hasta colocarlo frente a sus labios y sopló…

El objeto metálico rasgó el aire, silbando como una saeta, directo hacia uno de los ojos facetados de la reina. Cuando se clavó en él, me quedé mirándolo confundida… Era una cucharilla, una de las cucharillas de plata de la cubertería real.

El monstruo se levantó, liberándome de su peso, y empezó a convulsionar y a golpearse contra las paredes del corredor. Aquella niebla negra y espesa que habíamos visto en su transformación anterior volvió a hacer acto de presencia, rodeando su figura que, segundo a segundo, iba haciéndose más y más pequeña.

Alfred y Nigel habían corrido a mi lado para ayudarme a incorporarme. Nos quedamos los tres quietos, abrazados, viendo como aquella cosa iba recuperando poco a poco su apariencia humana. Cuando la niebla desapareció y el monstruo dejó de moverse, nos acercamos. Ya no era una araña, pero tampoco era la reina de Inglaterra. Era una mujer normal de mediana edad, de rostro anodino y cabello canoso, alguien que habría pasado desapercibido en cualquier parte, alguien de quien nadie habría sospechado que ocultaba un poder así.

—¿Estás bien? —me preguntó Alfred.

—Sí, no te preocupes —mentí—. Tenemos que encontrar a la reina.

—Estará muerta —intervino Nigel. Ante nuestras miradas de enfado, se limitó a encogerse de hombros—. Lo siento mucho por ella. También era mi reina, pero esta cosa se la habrá comido hace días.

—No. Tiene que estar viva.

Me apoyé en la pared para empezar a andar a pesar de que cada vez me sentía más débil. Recordé que el hechizo que había pronunciado para salvar a Wendy seguía activo, haciéndome perder más y más sangre a cada minuto.

—Alfred, por favor, sal a alguna de las terrazas y avisa a los soldados de fuera. Tienen que entrar ya y traer ayuda médica para Wendy —dije sin parar de avanzar.

—No. Yo quiero ir contigo. —Alfred se colocó a mi lado y pasó su brazo por mi cintura para ayudarme a caminar—. Nigel, ve tú.

—A mí no me van a hacer caso. No soy el oficial al mando —se quejó el chico.

—Diles "Gripp sigue vivo" y sabrán que vas de mi parte —respondió Alfred.

—¿Y qué significa eso? ¿Quién es Gripp?

—Es la contraseña para indicar que todo ha acabado. Gripp es el nombre del último cuervo.

Cuando Nigel salió corriendo hacia una de las habitaciones con terraza al exterior, Alfred se giró hacia mí. No pude evitar sonreírle con lágrimas en los ojos.

—El nombre del cuervo que hemos salvado —susurré emocionada—. Lo hemos conseguido.

A pesar de la oscuridad, pude ver en sus ojos que él también estaba emocionado. Apretó un poco más el agarre en mi cintura mientras me sonreía. Incluso se inclinó un poco hacia delante, hasta que sus labios quedaron a apenas una pulgada de los míos. Temí que fuera a besarme. Deseé que lo hiciera… pero se recompuso y miró hacia el frente.

—¿A dónde vamos? —preguntó—. ¿No deberías descansar y esperar al médico?

—Vamos a la habitación de la reina. Tiene que estar ahí.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque ese monstruo la necesitaba viva para poder seguir transformándose en ella. Nos ha dicho que para convertirse en cualquier persona o animal tenía que beber unas gotas de su sangre cada anochecer —contesté antes de volver a ponerme en marcha—. Te recuerdo, además, que las únicas habitaciones que no hemos registrado han sido las de la familia real. Y te recuerdo también una frase que me dijiste cuando abandonamos Buckingham para venir a Windsor —Alfred enarcó una ceja, confuso—. Dijiste que los baúles de

la reina eran tan grandes que en ellos podría viajar una persona cómodamente. Vamos a comprobarlo.

Él asintió y me ayudó a seguir avanzando. Me sentía cada vez más débil. Mi pulso estaba acelerado y me resultaba difícil respirar. Además, cada vez hacía más frío. Lo único que me apetecía en aquel momento era refugiarme en los brazos de Alfred y dormir, pero sabía que no podía hacerlo, que, si cerraba los ojos, jamás volvería a abrirlos.

Llegamos a la puerta de los aposentos de la reina. Alfred me ayudó a entrar y me llevó hasta la cama. Me dejó sentada allí. Tuve que agarrarme a uno de los postes del dosel para no dejarme caer sobre aquel mullido colchón que parecía llamarme. Me habría gustado ayudar en el registro, pero sabía que estaba al límite de mis fuerzas. Tuve que conformarme con sonreír cuando un grito de triunfo de Alfred me confirmó lo que ya sabía.

—¡Está aquí, Clarice! —dijo asomado al enorme baúl que ocupaba los pies de la cama—. Está dormida o drogada, pero está viva.

En aquel momento, escuchamos un fuerte golpe proveniente del pasillo. Nigel apareció a la carrera, con una enorme sonrisa adornando su cara.

—Ya vienen —anunció—. Están abriendo las puertas y traen un equipo médico.

Alfred se acercó a mí y se sentó a mi lado. Cambié el apoyo del dosel por el de sus brazos y me derrumbé en ellos para dejarme arropar por la inconsciencia. Sabía que ya estábamos salvados. Nosotros, el rey, Inglaterra y el último cuervo…

Lo habíamos logrado.

Bletchley park (buckinghamshire), Agosto de 1943

Alfred

Capítulo uno

Nigel no se dejó ayudar, por mucho que Alfred insistió en ello. Recorrió todo el camino desde el edificio principal de Bletchley Park hasta la orilla del lago llevando a Wendy en brazos sin pronunciar un solo quejido. Aquel día, el sol lucía radiante en un cielo sin nubes y hacía mucho calor, pero él caminó firme hasta dejar a la chica sentada en un banco. Ella le dedicó una dulce sonrisa que hizo que él se hinchara de orgullo, como si todo su esfuerzo se hubiera visto recompensado solo con eso.

—No hacía falta que me trajeras en brazos, Nigel —dijo ella, con un ligero rubor tiñendo sus mejillas—. Creo que habría podido venir andando. Clarice ha dicho que vendrá ella sola y también perdió mucha sangre.

—Sí, pero a ella no la apuñalaron —rebatió él—. Tú aún tienes los puntos y tienes que reposar.

—La herida está en el cuello, Nigel —se burló Alfred—. No va a abrirse porque camine un poco.

Él le lanzó una mirada indignada, pero en lugar de seguir discutiendo, optó por sentarse al lado de la chica y tomarla de la mano.

—Aún no me puedo creer que te interpusieras en el camino de ese cuchillo. ¿Es que no tuviste miedo? ¿Y cómo pudiste moverte tan rápido? —le preguntó con un matiz de adoración tiñendo cada una de sus palabras.

—Bueno, lo de la falta de miedo no fue mérito mío —contestó ella soltando una risita—. Irma me había ordenado no sentir temor y la orden seguía haciendo efecto. Y sobre lo de reaccionar tan rápido… Vi cambiar su aura. Se volvió roja y supe que iba a atacar.

—Sea como sea, salvaste al rey de Inglaterra. Nos salvaste a todos —le dijo él, apretando su mano con cariño.

—Bueno, todos colaboramos un poco.

Alfred se giró hacia el origen de esa voz. Era Clarice, que se acercaba a ellos llevando una carpeta en las manos. Se sorprendió de su aspecto. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de rayas y se había recogido el largo cabello negro en una alta cola de caballo. Nunca había visto a una dama vestir de aquella manera… Pero ella no era una dama. Era una mujer, una auténtica mujer que le volvía loco en tantos y tantos sentidos…

Clarice se acercó a él y miró la carne que se doraba en la barbacoa. Negó con la cabeza antes de agarrar un hierro y esparcir los carbones encendidos.

—El fuego está demasiado alto —le riñó—. Se te va a quemar.

—Es que no entiendo por qué tengo que encargarme de la barbacoa —se quejó él—. No he hecho esto en mi vida.

Ella sonrió burlona y se acercó a él para susurrar sin que ninguno de los otros la oyera.

—Perdiste la apuesta, Alfred. Ninguno de ellos estaba implicado en la conspiración contra el rey.

—No pensé que ibas a cobrártela…

—Por supuesto que voy a cobrarla. Debes aprender la lección y confiar en tus compañeros.

—Está bien… Pero sigo sin ver por qué eso me obliga a hacer de cocinero.

—Porque durante una semana, que acordamos que empezaba hoy, soy la jefa de la División OpenMind —explicó—. Mi primera orden es que hoy es 4 de julio…

—Es 23 de agosto… —protestó él.

—He dicho que es 4 de julio, soldado —le cortó ella—. Me fastidiaste mi 4 de julio trayéndome aquí y pienso cobrármelo. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino, señora.

—Perfecto, pues hoy vamos a celebrar con una barbacoa y tú eres el encargado de hacerla. ¿Alguna duda?

—Sí. ¿Puedo desertar? Esta semana se me va a hacer larguísima.

—No. La pena por deserción es la muerte. Y por quemar la carne también —dijo antes de soltar una risa—. Da la vuelta a eso y ven a reunirte con nosotros. —Agitó la carpeta que llevaba en la mano—. Tengo noticias.

Él la obedeció y, después de dar la vuelta a la carne, se dirigió hacia el lugar en el que estaba el resto del grupo. Wendy y Nigel continuaban ocupando el banco e Irma y Clarice habían extendido una manta de cuadros sobre el césped y se habían sentado. Él se limitó a quedarse de pie al lado, con las manos a la espalda, en posición de descanso.

—Alfred, por favor, sácate el palo del culo y siéntate con nosotras.

Los demás intentaron, sin mucho éxito, disimular la risa. Él resopló y, sin protestar, se sentó en el suelo, aunque no consiguió la postura

cómoda y despreocupada de sus dos compañeras. Cuando estuvo sentado, Clarice abrió la carpeta que llevaba en las manos y esparció su contenido sobre la manta.

—Como ya sabréis, Alfred les encargó a nuestros compañeros cerebritos una investigación a fondo sobre los metamórficos —empezó a explicar.

—En efecto, así es —le interrumpió él—. Estuve conversando con nuestros más brillantes colaboradores de la King's Collegue para que emprendieran una investigación interdisciplinar. A través del estudio de antiguas leyendas de las más variopintas culturas, confiábamos en hallar respuesta a varias cuestiones que seguían inquietándonos…

—¿Podrías hablar en cristiano, por favor? —pidió ella.

Él esbozó una sonrisa burlona. Estaba hablando a propósito de la forma más rebuscada posible, en venganza por su burdo comentario anterior acerca de su postura.

—¿Es que acaso no me entiendes? —preguntó con tono sarcástico—. No pensaba que la educación americana fuera tan pobre.

—¿Quieres pasarte toda la semana pelando patatas? —le amenazó ella.

Alfred se rio y, después de negar con la cabeza, se giró hacia el lago para contemplar el aterrizaje de unas garzas, fingiendo que lo que ella estaba contando no le interesaba.

—Os traduciré lo que ha dicho Alfred —continuó ella, molesta —. Estábamos preocupados porque la princesa Elisabeth mordió al metamórfico y tragó algo de su sangre y no sabíamos si eso podría matarla o hacer que se convirtiera en monstruo…

—¿Y qué han dicho? —preguntó Irma, preocupada—. Esa chica es la futura reina de Inglaterra…

—Tengo buenas noticias —contestó Clarice, sonriendo—. Después de estudiar todas las leyendas sobre esos seres que han encontrado, nuestros compañeros han llegado a la conclusión de que la sangre de metamórfico es inofensiva. Lo único raro que han podido encontrar es la creencia de que beber sangre de metamórfico alarga mucho la vida. Se cuenta que algunos poderosos hechiceros del pasado se dedicaban a capturar a estas criaturas para aumentar su longevidad.

—Es decir, que lo único que puede pasarle a la heredera es que su reinado vaya a durar mucho, mucho tiempo —resumió Nigel—. Habrá que brindar por ello.

Se levantó del banco, rebuscó en la cesta de picnic que habían traído y fue sacando botellines de cerveza y repartiéndolos entre

todos.

—Larga vida a la futura reina —dijo Clarice mientras chocaban los botellines.

—Que su reinado sea próspero y se alargue incluso hasta el siglo que viene… O incluso más[xii] —añadió Alfred—. ¿Hay algo más en tu carpeta?

Clarice sonrió y sacó una fotografía. La colocó en el centro de la manta para que todos pudieran verla. En ella, Churchill posaba con un puro en una mano y el otro codo apoyado en la rama baja de un árbol. A su lado se podía ver un enorme cuervo.

—Nos acaba de llegar esta foto desde la Torre de Londres —explicó ella—. Os leo el mensaje que la acompaña: "Muchas gracias de mi parte y de la de todo el pueblo británico por haber salvado al último cuervo. Gripp también os da las gracias. Este triunfo supone la confirmación de que vuestro equipo funciona y que será de gran utilidad en estos tiempos oscuros. Mi enhorabuena para toda la División OpenMind".

Cuando terminó de leer, Clarice volvió a dejar la foto sobre la manta para que todos pudieran verla. Alfred se quedó en silencio un segundo, contemplando la sonrisa satisfecha del rostro de Churchill y el brillo de los ojos del cuervo, que, de alguna extraña manera, también parecía feliz y agradecido. Hinchó su pecho con orgullo, se puso en pie y les hizo una seña a los demás para que le imitaran. Todos se levantaron y formaron un círculo. Alfred extendió su brazo, con el botellín en la mano y esperó hasta que todos lo chocaron.

—Quiero pedir disculpas por haber dudado de vosotros en algunas ocasiones, por no confiar en vuestras capacidades, por sospechar incluso de alguno de vosotros. —Le lanzó a Clarice una sonrisa cómplice y ella le devolvió un guiño—. Es un error por el que estoy pagando…

—Y más que vas a pagar —le interrumpió ella entre risas.

—Sea como sea, es un error que no voy a volver a cometer. Todos y cada uno de vosotros me habéis demostrado vuestro compromiso, vuestra fidelidad y vuestra valía… Incluso Nigel ha demostrado que saber mover cucharillas puede ser un gran poder.

—Sí. ¿Quién iba a decir que sería yo con mi birria de poder el que acabaría con el espía nazi? —preguntó el chico, sonrojándose.

—Por no hablar de lo oportuno que resultó que hubieras robado una de las cucharillas de plata de la cubertería de los reyes —intervino Irma, sarcástica.

—¡No la robé! La cogí prestada para hacerle un truco a la princesa Elisabeth y justo en aquel momento la reina se volvió loca y, sin darme cuenta, me la metí en el bolsillo…

Todos estallaron en carcajadas al ver lo rojo que se había puesto. Nigel los miró con gesto ofendido, pero Alfred se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros.

—No te preocupes. —Volvió a chocar su botellín con el del chico—. Estás totalmente perdonado… pero intenta no volver a robarle a la familia real.

—Que yo no estaba robando… —insistió él, ofendido.

Alfred se separó del grupo para ir a cuidar de la barbacoa. No quería arriesgarse a la ira de Clarice si acababa quemando la comida. Tras comprobar que todo estaba bien, se llevó el botellín de cerveza a los labios y contempló a sus compañeros, que seguían riéndose y bromeando. Una enorme sonrisa iluminó su rostro. No podía sentirse más orgullosos de ellos.

Un soldado, una bruja, una vidente, una hipnotizadora y un ilusionista.

Eran mucho más que eso: Eran la división que iba a derrotar a la Ahnenerbe y que iba a ayudar a ganar la guerra.

Eran la División OpenMind.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 8 de julio de 2022

AGRADECIMIENTOS

Y hasta aquí hemos llegado con esta nueva historia y ha llegado la hora de dar las gracias. Lo primero que quiero agradecer es el inmenso apoyo que he recibido desde que la primera parte de esta historia vio la luz. Habéis estado a mi lado en todo momento, diciéndome cuánto os estaba gustando La historia de Clarice y esperando como locos a que estuviera disponible su segunda aventura. Eso da fuerzas y ánimos para escribir y para tratar de ofreceros la mejor historia posible. Espero haberlo conseguido y que os haya gustado.

Lo siguiente que quiero decir es que, aunque la historia de la salvación del último cuervo acaba aquí, os habréis dado cuenta de que quedan muchos hilos por cerrar… Después de todo, ni la Ahnenerbe ha sido derrotada ni la Segunda Guerra Mundial ha terminado. Esto solo puede significar que **a la División OpenMind le quedan muchas batallas que librar** y que estáis invitados a acompañarles. **Habrá más libros sobre ellos en los próximos meses**. Si no queréis perderos nada, ya sabéis. Podéis seguirme en Facebook, Twitter o Instagram o apuntaros a mi lista de correo.

Bueno, que me enrollo y esto es una página de agradecimientos, así que voy a centrarme: Quiero dar las gracias a Laura por haberme ayudado a detectar todos esos pequeños fallos que se me escapan. Eres un cielo y nunca te estaré lo bastante agradecida.

A Lidia por haber diseñado el logo de la División OpenMind a pesar de no tener tiempo ni de respirar últimamente. Muchísimas gracias, cuqui!!!

A Mónica Gallart por el diseño de portada. Siempre haces un trabajo perfecto para vestir mis historias de gala.

A toda la gente que me rodea, me apoya, me saca una sonrisa, me da fuerzas cuando me encuentro mal… Ya sabéis quiénes sois:

- Jessi, la mejor hermana que se puede tener.
- Ager, Mary y Lidia, los miembros del Akelarre.
- Elena y Ainara, mis supernenas.
- A todos los que me conceden el gran honor de poder llamarles amigos: Corina, Jorge, Jon, Ángel y Juanmi.
- Iván, mi chico de los ojos mágicos y la sonrisa eterna…
- Y todos los que me leéis, me seguís en redes y estáis a mi lado día a día.

Algo debo haber hecho muy bien para tener alrededor a tanta gente

maravillosa.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish* y *La red de Caronte*. No lo pienses más y únete).

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Terror/fantasía urbana: Saga ¿Tú me ves?

¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles...

¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller paranormal

Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.

Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?

Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía: Trilogía viajes a eilean

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Fantasía: Trilogía de Kayne

¿Recuerdas esas historias de espada y brujería, de valientes caballeros y hermosas princesas, de sabios magos y terribles monstruos? ¿Recuerdas las batallas a espada, los asedios a castillos, los bosques misteriosos en los que se ocultaban criaturas de leyenda? ¿Recuerdas haber leído sobre ello bajo las mantas, con la ayuda de una linterna, temiendo que tus padres te pillaran y que te hicieran dejar de leer?

Nunca es tarde para recuperar algo que nos hacía tan felices. Vuelve a sentir la aventura con la Trilogía de Kayne: TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- La muerte del heredero
- La profecía del traidor
- PRÓXIMAMENTE EN AMAZON EL TERCER TÍTULO DE LA TRILOGÍA.

- **Novela policíaca: Serie Caronte**

Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos... ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos

Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.

Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica

¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED

[i] Aviación alemana.

[ii] Se refiere al Motín del Té de Boston, en el que un grupo de colonos tiraron al mar el cargamento de té de tres barcos británicos en protesta contra Gran Bretaña. Este acto se considera el precedente de la Guerra de Independencia.

[iii] La Gran Guerra es la forma con la que se conocía la Primera Guerra Mundial. Fue una de las guerras más destructivas de la historia moderna. En ella murieron diez millones de soldados, número que superaba ampliamente la suma de los muertos militares de todas las guerras de los cien años anteriores.

[iv] Sí, es la misma Elisabeth que acabó convirtiéndose en reina de Inglaterra y que continúa reinando a día de hoy. Ya sé que parece que ha pasado una eternidad, pero la buena mujer ahí sigue.

[v] En francés "Ya hemos estudiado francés con otras institutrices".

[vi] Crawfie es el apodo cariñoso con el que las princesas Elisabeth y Margaret se referían a su institutriz Margaret Crawford, que cuidó de ellas desde la niñez.

[vii] En contra de lo que pensaba Alfred, Margaret Crawford acabó traicionando a la familia real británica, ya que vendió todos sus secretos a una revista americana por 85.000 dólares, pero esa es otra historia…

[viii] Daga ceremonial utilizada en los rituales.

[ix] Plato de pescado rebozado con patatas fritas condimentadas con sal y vinagre muy típico del Reino Unido. Empezó a popularizarse entre la clase obrera en la segunda mitad del siglo XIX.

[x] Barrio obrero de Londres que fue bombardeado durante 57 noches consecutivas durante los bombardeos alemanes de 1940.

[xi] El rey George VI padecía de tartamudez. Consiguió superarla gracias al tratamiento con un logopeda llamado Lionel Logue, tras el cual pudo comenzar a dar discursos sin tartamudear y hablar solo con ligeras vacilaciones. Hay una película titulada El discurso del rey que trata sobre este hecho.

[xii] Bueno, pues aquí tenéis la explicación. Es muy posible que con Jordi Hurtado sucediera algo similar ;-)